3 1761 08695814 7

K.6

LOS MISTERIOS DE MADRID

ó

EL SALON DE CAPELLANES.

LOS MISTERIOS DE MADRID
Ó EL
SALON DE CAPELLANES.

V. Urrabieta dib.° y lit.°

Lit.de S.Gonzalez S.Clara 6.Madrid

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/losmisteriosdema00cast

3527mi

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LOS

MISTERIOS DE MADRID,

O EL

SALON DE CAPELLANES,

POR

DON RAFAEL DEL CASTILLO.

321050
12 11. 35

MADRID: 1863.

LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR,
calle de Preciados, número 5.

MADRID: 1863.

—

Imprenta de los Sres. F. Martinez y J. Bogo,
calle de la Manzana, núm. 5, bajo.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde se vé que en vez de ir una persona al baile de Capellanes, puede muy bien quedarse colgada en una taberna.—Lo que puede suceder en Capellanes.

I.

—Vamos, venga otra, tio Carántula.
—A ver esas *siguidillas*.
—Sí, sí, cante V.
—Vaya, bueno, cantaré.
—¡Viva!... ¡viva!...
—Pero habeis de bailar.
—Perfectamente; ea, vengan los *nombraos*.
—A cantar.
—Venga, venga.
—Toca la vigüela, *chavó*.
—Principie V.
—Allá va.

Y el tio Carántula con una voz cascada y aguardentosa, se puso á cantar la siguiente seguidilla:

El que quiera encontrarse
la sal y el garbo,
si cansarse no quiere
que venga al Rastro.

Verá morenas
como la medicina
nos las receta.

—¡Bravo!... ¡bravo!...

—¡Bien por esa boca!...

—¡*Miste* qué cosas canta el hombre!

—¿Pues qué no te gusta eso, *Salaiya?* preguntó el tio Carántula haciéndose una jalea.

—¡Pero si es V. un carcamal!...

—Dice bien.

—Ja... ja... ja...

Y la chacota y la algazara, y la rechifla respecto al entusiasmo del viejo se aumentaron, hasta que vino á templarse por medio de algunos jarros de vino hábilmente distribuidos entre la veintena de cubas ambulantes que habia en aquel recinto.

Toda esta escena tenia lugar en la sala de una taberna situada, en esa estension *sui generis*, centro de tanta miseria y de tanta riqueza, verdadero *pandemonium* donde se hacinan los harapos de la desgracia, los desechos de los grandes señores, y las prendas robadas á unos y á otros.

Era el dia de Santa Brígida, y la tabernera que se llamaba así, solemnizaba el cuatrigésimo octavo invierno de su vida, dando una fiesta á sus amigos.

La sala de la taberna resplandecia con los quinqués colocados en las paredes.

El vino, como se comprenderá muy bien, circulaba con profusion.

Allí habia mujeres como solo se encuentran en los barrios bajos de Madrid.

Sus ojos pardos y no muy rasgados brillaban al resplandor de las luces, de la misma manera que las estrellas en medio de la oscura cortina del firmamento.

Sus talles voluptuosos, se balanceaban flexiblemente al compás de las seguidillas ó de los boleros que punteaban cuatro *mocitos templaos* que estaban al lado del tio Carántula.

Llevaban dos horas de jaleo; se habian desocupado algunos jarros de legítimo Valdepeñas, y mozos y mozas estaban, como suele decirse, en punto de caramelo.

Las frases dulces y enamoradas se cambiaban con algun voto completamente redondo, y las carcajadas se encontraban quizá con alguna mirada celosa é iracunda.

—Cuánto tarda la *cantaora*, dijo una jóven á su pareja; ¿si no vendrá esta noche?

—*Quiá*, contestó la tabernera que la habia escuchado: la tengo yo comprometida para que venga esta noche.

—¿De veras?... preguntó vivamente un gallardo mozo que permaneció silencioso toda la noche en uno de los costados del mostrador.

—¡Hola!... ya habló el *chaval*; gracias á Dios, hijo; creí que te habias *alpistao* antes de tiempo.

—Es... es que no estoy muy bueno esta noche, señora Brigida, contestó el jóven tartamudeando, y poniéndose estraordinariamente encendido.

—¡Hum!... murmuró el tio Carántula; no tienes tú mala enfermedad.

—Vamos, vamos, vengan mas playeras, Sr. Pepe, dijeron entonces algunas jóvenes á un torero que estaba sentado cerca de la tabernera.

—Si os vais á dormir, luceros...

—No, señor, cante V.; ¡son tan bonitas esas coplas!...

—*¡Ay!... ¡Canela!...* Mas bonitas sois vosotras y no quereis cantar jamás una coplilla que me alegre el corazon.

—¡Que si quieres!... ¿Para qué hemos de cantar nosotras si á V. lo que le hace falta es el canto de su Amparito, segun V. dice?...

—No me hableis de esa perra, dijo el torero frunciendo estraordinariamente el entrecejo.

—¿Pero no está en Madrid?... preguntó una de las jóvenes.

—Me se perdió en Sevilla, y... ea, qué diablo, fuera pesares, venga ese *peñascaró*, Brígida, quiero remojar la garganta.

Y el torero cogió un vaso de aguardiente que habia sobre la mesa y se lo bebió de un trago.

—Ahora á cantar.

—Sí, buenas mozas, á cantar, y que se vayan al diablo las penas.

—¿Y las mujeres? repuso sentenciosamente el tio Carántula.

—Silencio, que va á cantar el Sr. Pepe, dijeron algunas voces.

—Allá va lo que es.

Y el torero cogiendo una guitarra despues de un breve preludio tierno, armonioso y melancólico, como todos los aires meridionales, con una voz estensa y perfectamente modulada, se puso á cantar la siguiente playera:

¡Ay!... de la flor que entre abrojos
solo tiene en la vida
penas y enojos!...

¡Ay!... ¡ay!...
¿Dónde estará
la mujer que mi alma
buscando va?...

La última estrofa de la playera la cantó el torero con un acento tan dolorido, que parecia verdaderamente un ay lanzado por su alma.

Y aun no se habia estinguido la última vibracion de su acento, cuando abriéndose violentamente la puerta de la taberna apareció en ella una mujer en un completo estado de desórden.

Al verla el torero palideció de una manera intensa.

Y dando un paso hácia ella, esclamó:

—¡Amparo!...

—¡La *cantaora!*... gritaron á la par todas las personas que habia en la taberna.

—¡Salvadme, salvadme!... gritó la jóven dirigiéndose á la tabernera y acurrucándose junto á ella.

—¿Pero qué es eso?... preguntaron todos.

—¡Ahí está!... dijo Amparo con un profundo acento de terror señalando hácia la puerta.

Efectivamente, en ella habia aparecido un hombre cuya sola presencia era capaz de infundir pavor.

—¡El *Colorao!*... esclamaron todos al verle.

Aquel hombre, corpulento, con el rostro estraordinariamente encendido y tambaleándose, penetró en la taberna diciendo:

—Ven aquí, ¡rayos y truenos!... ¡tunanta!.., te voy á cortar el cuello si no cantas, pero para mí, para mí solo, ¿lo entiendes?...

—¡Oh!... ¡salvadme!... gritó la jóven.

—Ni la paz... y caridad te salvan, repuso el *Colorao* tartamudeando.

—Ahora lo veremos.

Y el torero al pronunciar estas palabras dió un paso hácia donde estaba el coloso.

Pero antes que él llegó el jóven que hemos dicho estaba junto al mostrador, y cogiendo por un brazo al borracho, le apretó con tal fuerza que este no pudo por menos de exhalar un gemido acompañado de un tremendo juramento.

Dirigió su vista al que así le contenia, y sus ojos al fijarse en el pálido semblante del jóven, espresaron, primero la sorpresa y despues un terror infinito, murmurando por fin:

—¡El!...

—Márchate de aquí, le dijo el jóven con acento severo.

Y al decir estas palabras le hizo dar media vuelta, y el *Colorao*, con el miedo retratado en su rostro, tembloroso y vacilante, atravesó de nuevo la sala y desapareció tras de la puerta de la calle.

—¡Bien, *chaval!*... eres todo un hombre, dijo la *señá* Brígida, como la llabaman sus convecinas.

El jóven inclinó la cabeza, y en medio del asombro de cuantas personas habia en la sala, se volvió al mismo sitio donde antes se encontraba.

—¡Malvas!... gritó en este momento una voz bronca hácia el interior de la taberna.

—¡Mal, vas!... repuso otra voz que parecia un poco mas lejana que la primera.

Todos volvieron riéndose hácia donde habian sonado

las dos voces, y en una de las puertas que comunicaban con las otras salas, vieron un hombre vestido con decencia y que contemplaba con satisfaccion el cuadro que ofrecia la taberna.

—¿Qué es eso, Tiburcio? ¿has dejado tus botes de medicina y tu raiz de juncia?...

—Ya lo creo, contestó aquel; no habeis de ser vosotros solos los que os divertais, mientras que bailais y cantais; yo tambien me divierto y canto á mi modo. ¿Quién quiere raiz de juncia?... la buena salvia... espliego.... en dos cuartos el manojo de malvas...

—¡Mal vas!... volvió á gritar la misma voz contestando á la retaila que habia ensartado el vendedor ambulante.

—Qué diablo de Juan, siempre ha de tener gana de broma, dijeron algunos.

El *chaval* se levantó de su silla nuevamente, y acercándose á Tiburcio lo cogió de un brazo y lo llevó á una pieza inmediata donde nosotros lo seguiremos dejando para mas tarde el ocuparnos de lo que acontecia en el baile.

La habitacion en que se hallaban el vendedor y el jóven estaba algo retirada de la sala del baile.

En ella habia algunas mesas.

Una solo estaba ocupada.

Dos hombres bebian y hablaban recatadamente en ella.

El uno habia sido el que contestó á los gritos de Tiburcio.

Este y el jóven se dirigieron á uno de los estremos de la estancia.

—¿Ha sabido usted algo de esa mujer? preguntó el jóven.

—No, señor, todavía no, pero ya me he puesto en relaciones con una vieja que vive con ella y espero...

—¡Oh!... haga usted cuanto pueda...

—Descuide usted, que yo no perderé el tiempo.

—Dentro de dos dias nos veremos aquí.

—Está bien; yo ahora voy á ver si duermo un poco, porque esta noche hay baile en Capellanes y quiero ir.

—¿Usted á Capellanes? esclamó el jóven sorprendido.

—Sí, señor; tal vez me agradezca una persona el que vaya.

—Bueno, bueno, yo no trato de saber nada.

—¿Qué hora tiene usted?

—Las diez, dijo el jóven despues de haber mirado su reloj.

—Hasta las doce tengo dos horas para dormir.

—Conque hasta pasado mañana.

—Convenido, respondió Tiburcio.

El *chaval* se separó del vendedor, y poco despues este se acomodaba perfectamente entre dos sillas roncando al cabo de algunos segundos como si estuviera sobre un colchon de pluma.

Entretanto los dos personajes que hemos dicho se hallaban en la otra mesa, hablaban en voz baja:

—Es necesario que ese hombre no vaya á Capellanes esta noche, decia el uno de ellos.

—Eso mismo estoy pensando, repuso el otro.

—Por una imprevision de Roman, lo ha descubierto, y ya lo has oido, ha dicho al *Chaval* que va á ir.

—Pero nosotros estamos aquí para impedirlo.

—No te dé cuidado, Juan, que no saldrá.

—¿Pues qué vas á hacer?

—Tratar de que no se nos escapen de las manos los cinco mil reales que el marqués nos ha ofrecido.

—Ten cuidado, Perico; ten cuidado, y no nos comprometas; mira que el *estarivel* está con una cuarta de boca abierta, y yo no tengo gana de volver por allá.

—Calla, *mandria*, ya verás si yo entiendo de estas cosas.

—Pero...

—Mira, casualmente está sentado, casi al lado de la trampa para bajar á la cueva; ¿ves esa garrucha y ese cordel que la tia Brígida tiene ahí para bajar los pellejos á la cueva? pues con eso le atamos, y te aseguro que va á pasar una noche divertida.

—Vamos, hombre, está visto que eres el mismísimo demonio.

—Ahora verás, duerme como un liron, y cuando se despierte se va á encontrar como Quevedo.

Y ambos, sonriéndose por aquella buena idea, se acercaron de puntillas á Tiburcio, le ataron perfectamente las cuerdas por la cintura y los brazos, y le pusieron un pañuelo por delante de la boca, que si bien podia dejarle respirar, no era lo suficiente para que gritase.

Despues apagaron las luces, levantaron la trampa de la cueva, y salieron de la estancia, cerrando las dos puertas que daban á la taberna.

Perico se quedó en la tienda, mezclándose con los que bailaban, mientras que Juan salió á la calle, se dirigió precipitadamente á la casa de un alquilador de trajes de máscara, tomó un dominó negro, y poniéndose una careta de raso blanco que llevaba en el bolsillo, se dirigió hácia los salones de Capellanes.

Nosotros nos adelantaremos á él para conocer á algunos personajes que en nuestra obra tienen que jugar un papel harto importante.

. . . . . .

Magníficos estaban los salones de Capellanes.

Desde su fundacion habian adquirido estos salones una celebridad estraordinaria.

Menos aristocráticos que los bailes del Teatro Real, permitian y permiten estar en ellos con mas franqueza, dirigir bromas mas picantes, y traspasar ciertos límites que en aquellos no es posible franquear.

En el momento en que nosotros penetramos en ellos, acababa la orquesta de tocar una de aquellas polkas que tanto electrizan á los *pollos* de la primera edad, y á las viejas que ya están en la última.

Es delicioso el ir recorriendo los salones, escuchando la multitud de palabras que se escapan de los diferentes grupos que nos vamos á encontrar.

—¡Ay! mi esposo, esclama una beata que va *íntimamente* asida del brazo de un gallardo mancebo.

—¿Sabes que tomaria de muy buena gana alguna cosa? dice otra disfrazada de *pierrot* á uno de los pollos de que antes hicimos mencion.

—Vamos, picaruelo, añade otra cubierta con un dominó de raso y con una voz de falsete agudo, qué anoche bien te estabas divertiendo en el baile de Jovellanos, sin acordarte de tu pobre mujer.

—Máscara, tú te engañas, yo no soy casado.

—Ya, ya, eso lo dices para que no se incomode tu pareja.

—Vaya, vaya, déjate de tonterías, máscara; ni yo soy

casado, ni creo que sea broma de buen género la que me estás dando.

—¡Ah traidor! dice la que iba apoyada en su brazo, dándole un pellizco tremendo; ¿con que tratabas de engañarme?

—No lo creas, mujer,

—Sí, créelo; es casado y muy casado; yo conozco á su mujer, y te aseguro que es mejor que él.

—Apártate, máscara; como broma se puede disimular, pero como pesadez, no.

—Pues bien, traidor, perjuro, ¿tendrás valor aun de desmentirme?

Y al decir la máscara estas palabras se arranca la careta, dejando ver el rostro de la esposa que él creia ausente.

Y tras de aquello viene un desmayo, y hay risa, diversion y alboroto, formando esto uno de esos mil incidentes que ocurren en un baile de máscaras.

Y entre insultos que se dicen bajo la forma encubierta de una broma; entre los suspiros que se le escapan á la jamona que no ha podido encontrar un primo y al pollo que despues de haberse gastado su último real con una encantadora cantinera, la ve desaparecer del brazo de uno que dice es su hermano, pero que él sospecha que no tengan mas parentesco que el que como hijos de Adan les corresponda; entre algun beso furtivo y entre un... silencio; pudiéramos estralimitarnos al describir con toda su verdad el cuadro del baile, y antes que el señor censor nos haga hacer punto final, lo hacemos nosotros.

Ibamos diciendo que de aquellas maneras y encontrando grupos muy perdidos en fuerza de encontrarse muy hallados, pasamos la primera parte de la noche.

Pero nosotros no hemos ido á Capellanes á ser mártires de deseo, porque eso de estar viendo pasar parejas tan tiernas por nuestro lado y de ver grupos tan desanimados en fuerza de haberse animado mucho, comprende tú, carísimo lector, que no pueda agradarme mucho á mí, que todavía soy jóven, y que voy á un baile no precisamente para ver.

Por lo tanto dirijo mis miradas á todas partes buscando una máscara que aunque sea fingida pronuncie en mi oido una frase de esas que tanto nos gusta oir en ciertas y determinadas ocasiones.

Hácia nosotros se dirige una con las condiciones que yo deseo.

Es alta, esbelta, hay dignidad en su aspecto, hay belleza en su forma, y emana de ella ese perfume de finura y elegancia característico, por decirlo así, en determinadas personas.

Parece que dirige miradas ansiosas á todas partes.

Yo que me hago la ilusion de que es á mí á quien busca, me acerco á ella y la digo con un acento que á mí me parece sumamente dulce:

—Encantadora mascarita, ¿es á mí á quien buscas?

—No.

Esta respuesta no ha podido ser ni mas lacónica ni mas concluyente.

Esto me gusta á mí.

Yo quiero en la mujer franqueza para todo.

Lo mismo para conceder que para negar; me gustan las palabras estremas.

Asi es, lectores mios, que esta mujer me interesa sin saber por qué, y por lo tanto, me olvido de mi papel de

enamorado para acordarme del de observador, y me voy tras ella con objeto de seguirla, y no es eso lo peor, sino que á vosotros que habeis tenido la amabilidad de acompañarme, os llevo tambien á la fuerza en seguimiento de mi beldad.

Parece buscar á alguno, como ya hemos dicho, y sus inquietas miradas vagan sin cesar de una á otra parte.

De pronto la vemos que sus ojos se fijan en un punto.

Nosotros tambien nos fijamos en el mismo, y nuestra vista tropieza con un dominó cubierto con un antifaz de raso blanco.

Sin saber por qué nos acordamos involuntariamente de Juan, el mozo á quien hemos encontrado en la taberna de la señora Brígida.

Y nos sorprende mucho que aquella encantadora mascarita, cuyo porte es tan elegante, tan aristocrático, por decirlo así, fije sus ojos en un hombre, al cual nosotros hemos visto hacer un papel tan repugnante y tan bajo en la taberna.

Y sin embargo, parece que él tambien ha reparado en nuestra jóven, porque hace esfuerzos inauditos para romper por medio de la multitud.

Ambos se vieron, se reconocieron, y pocos momentos despues estaban ya reunidos.

II.

Nosotros necesitamos no perder de vista á aquella pareja, pues á pesar nuestro, nos ha llamado la atencion y tenemos un interés grande en ver lo que podia resultar de su union con el dominó de que antes hablamos.

Y mucho mas interés tendremos en saberlo, cuando nos convenzamos de que el hombre que acompañaba á nuestra máscara era el mismo á quien vimos salir de la taberna de la señora Brígida, despues de haber dejado á Tiburcio atado con las cuerdas á pocos pasos de la cueva.

Nos acercaremos todo lo que sea posible á aquella pareja y poniendo la mayor atencion, escucharemos el siguiente diálogo:

—¿Está V. seguro que vendrá?... preguntaba la señora á su compañero.

—Ya lo creo, respondo de él como de mí mismo.

—¿Y esa mujer tambien?...

—Ya lo creo; pues por ella viene.

—¡Quién habia de creerlo!...

—Bah, señora, de esas cosas se están viendo todos los dias.

La jóven no contestó y siguió á su acompañante que la llevaba por el pasillo que rodea el salon.

Pocos momentos despues un arlequin tropezó con nuestra pareja.

A través de su careta sus ojos se fijaron en Juan y en la máscara que le acompañaba.

Despues se separó para dejarlos pasar murmurando cortesmente:

—Dispénsame, máscara.

Pero la dama de nada se habia apercibido, y no contestó á las palabras del arlequin porque no las oyó siquiera.

Este, dando codazos y abriéndose calle precipitadamente, atravesó el salon dirigiéndose hácia el café en el que desapareció.

Entretanto, nuestra pareja dando la vuelta por el pasillo, iba dirigiéndose tambien hácia la puerta del café.

III.

Pocos momentos antes de que esto sucediera, y algunos despues que el arlequin habia entrado en aquel sitio, una multitud de jóvenes de ambos sexos, un tanto alegres, salieron de él, ocupando la mayor parte de la escalera que daba ascenso hasta aquel departamento.

—Vamos, marqués, decia uno de ellos que llevaba del brazo una máscara disfrazada de pescadora napolitana; convéncete de que esta noche no estás de suerte.

—Ya tú ves, repuso otra, ni Lola, ni Concepcion, ni Pura han querido ir con él.

—Dicen que está muy preocúpado esta noche.

—Estará enamorado, dijo una de las jóvenes que iban con él.

—Sí, de alguna condesa, repuso otra; esperará verla aquí, y por eso se hace el interesante.

—Vamos, Pura, no dirijas reconvencion alguna al marqués.

—Déjame, Eduardo, contestó la máscara; sin duda que una no podrá decir las verdades.

Pero aquellas verdades poca impresion le hacian al marqués.

Sus ojos vagaban en todas direcciones, como buscando á alguna persona.

Por fin se detuvieron.

Quien habia llamado la atencion del marqués era nuestra pareja.

La mascarilla de raso blanco de Juan, resaltaba tanto sobre su dominó negro, que llamaba la atencion de todo el mundo, y hacia que se le distinguiese desde bastante distancia; la dama seguia en su mutismo absoluto, rompiéndolo únicamente para decir de cuando en cuando á su acompañante:

—¿Le vé V.?

—No, señora, le contestaba aquel.

Y ella cerraba de nuevo sus lábios, abria los ojos mirando en todas direcciones, y Juan seguia arrastrándola, segun su capricho, hácia el sitio que mejor le parecia.

De esta manera se fueron aproximando hácia el café.

Y cuando estuvieron cerca de él, Juan dijo dirigiéndose á la dama:

—Señora, me parece que se le cae á V. la careta.

—¡Dios mio! esclamó la jóven.

Y al mismo tiempo dirigió sus manos hácia las cintas de ella.

Pero Juan la dijo:

—Permítame V., señora, yo lo haré.

Y efectivamente, bajó la capucha que cubria la cabeza de la dama, y en vez de apretar las cintas como habia dicho, las acabó de soltar, cayendo la careta al suelo, y dejando ver un rostro encantador y encendido en aquel momento por la vergüenza.

—¿Qué ha hecho V.? esclamó la jóven.

En aquel momento una esclamacion de asombro se exhaló de todos los jóvenes que, como hemos dicho antes, estaban en la escalera del café.

—¡La condesa de la Union! esclamaron.

—¡Calle! pues si es Juanilla, la oficiala de sombreros

que tenemos en casa, dijo Pura, reparando tambien en la jóven.

—¡El marqués! murmuró esta al ver á pocos pasos de ella al que capitaneaba el grupo de jóvenes.

Entonces, fuera por casualidad, fuera acaso hecho á propósito, la careta de Juan desapareció tambien de su rostro, dando lugar á nuevas esclamaciones por parte de los jóvenes.

—Mira, Eduardo, si es Juan el camarero del Suizo.

—Como es guapo... ja... ja... ja...

—Hombre, puesto que hay gusanos que se convierten en mariposas, bien puede haber mozos de café que se trasformen en condes.

—¡Qué vergüenza! murmuró entretanto la dama, escondiendo el rostro entre las manos.

IV.

Todo esto pasó en menos tiempo, como se puede comprender, del que nosotros hemos tardado en referirlo.

Al par que aquello sucedia, una pareja que salia tambien del café, tuvo que detenerse en lo alto de la escalera, para esperar á que bajasen las personas que la obstruian.

Un caballero jóven llevando del brazo á una máscara que se apoyaba lánguidamente en él, fueron los que aparecieron en la puerta.

El caballero dirigió tambien sus ojos hácia la persona que tanto llamaba la atencion de los jóvenes, y un asombro estraordinario se retrató en él.

Y con un acento que demostraba perfectamente lo que sentia, esclamó:

—¡Si esa es la condesa!

Despues agarró con violencia á la máscara que iba con él, la entró de nuevo al café, y arrancándola violentamente la careta, esclamó:

—Quiero saber quién eres.

Pero cuando se quedó con el antifaz en la mano, cuando contempló el rostro de la mujer que tenia delante, no pudo menos de esclamar con una espresion indefinible:

—¡Dios mio!... si es esta la condesa.

Efectivamente, aquella mujer se parecia como una gota de agua á otra, á la que hemos visto apoyada en el brazo de Juan.

El caballero, loco, sin saber lo que hacia, abandonó á su pareja, salió de nuevo á la puerta, pero ya no estaba allí la persona á quien él iba buscando.

El marqués en el momento en que vió que Juan se habia quitado la careta, es decir, desde que comprendió que el escándalo ya estaba dado, se acercó á la jóven, y la dijo:

—Irene, ha cometido V. una imprudencia muy grande con venir aquí; se ha puesto V. en ridículo, y nadie ignorará mañana en la córte, el sitio y con quién se la ha visto á V. en él.

—¡Oh! ¡qué vergüenza! volvió á decir la jóven.

—Apóyese V. en mi brazo, y yo la sacaré de aquí.

Y el marqués, al par que decia estas palabras, cogia del suelo la careta de la jóven, y se la entregaba diciendo:

—Cúbrase V. pronto y vámonos.

Irene obedeció temblando, y apoyándose sobre el brazo del marqués, desapareció entre la multitud diciéndola este:

—Tranquilícese V., esa gente no dirá una palabra, si usted consiente en llevar mi nombre.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!... murmuró la jóven con desesperacion; salgamos de aquí.

V.

Los jóvenes entretanto quedaron riéndose y celebrando el suceso, y aquella fué la causa por la cual el caballero de quien antes hablábamos, no pudo encontrar en el sitio en que estaba antes á la condesa.

Entonces volvió de nuevo al café.

La máscara que estaba con él se habia vuelto á cubrir el rostro, y permonecia altiva, severa é impasible en el mismo sitio que aquel la habia dejado.

Cuando el jóven se acercó á ella, le dijo:

—Caballero, ¿me querrá V. esplicar lo que esto significa?

—¡Oh!... señora, yo he estado loco, lo estoy todavía.

—Pero yo tengo muy sana mi razon, y trataré de que esto no vuelva á repetirse.

—Es que yo he visto allí fuera otra mujer que era su retrato, y...

—Suplico á V., Mario, que me acompañe hasta mi carruaje.

—Irene...

—Todo ha concluido entre nosotros, contestó la jóven con severidad.

—Pero...

—Si no quiere V. acompañarme, quédese V. aquí, me iré sola.

—Es que yo no puedo consentir...

—Ni yo tampoco; ya le he dicho cuanto tenia que decirle.

Y la jóven, despues de pronunciadas estas palabras, dió algunos pasos hácia la puerta.

Mario la miró con una desesperacion estraordinaria, y fué siguiéndola hasta que llegó á la puerta, y penetró en un carruaje que estaba esperándola delante del *Monte de Piedad.*

CAPITULO II.

Qué era lo que sucedia una noche en el camino de Estremadura y qué fué lo que sorprendió al dia inmediato á los vecinos de Madrid.

I.

Era la misma noche en que han tenido lugar los sucesos que dejamos referidos en el capítulo anterior.

En el camino de Estremadura, y distantes escasamente dos leguas de la córte, ocultos entre los árboles, y con no muy buenas intenciones sin duda, habia seis hombres perfectamente armados y hablando acaloradamente.

A no ser la noche tan oscura, nuestros lectores pudieran haber distinguido muy bien los semblantes de aquellos hombres.

Pero ya que esto no puede ser, les daremos una idea, aunque muy ligera, de ellos.

Todo lo peor que la mente se puede imaginar estaba daguerreotipado en su semblante.

El crímen se leia en ellos de una manera bastante enérgica.

Añadamos á esto unos trajes compuestos de piezas sumamente hetereogéneas y rotos y sucios por todas partes, y tanto por esto, cuanto por verlos armados en aquel sitio y con aquellas precauciones, comprenderemos que aquellos hombres sino son bandidos les falta muy poco para ello.

II.

—Oye tú, *Mala Sangre*, ¿vamos á tener mucho que esperar aquí? dijo uno de ellos.

—¡Vaya una pregunta!... Hasta que hayamos *despavilao* á ese mozo.

—De manera que si no le da la gana de venir en toda la noche, vamos á pasar un frio de *mistó*.

—Anda, que otras peores has pasado.

—Esa no es cuenta.

—Tiene razon *Poca Pena*, dijo otro de los bandidos; no es cuenta el que en otro tiempo hayamos estado hechos unos perros por esos caminos, para que ahora volvamos á estarlo.

—Toma, pero entonces no teniais una *familia* que cuidará de vosotros; que os sacase de la *trena* si ibais á ella y que os pagase un sueldo diario *todos los dias*, por no hacer nada la mayor parte de ellos.

—Mira tú, *Almiforero* (1), no vengas ahora á defendernos á la *familia*, dijo *Poca Pena* de mal talante.

—Como que él es uno de los que menos hacen y de

(1) En caló significa ladron de caballos.

los que mejor cobran, dijo otro de los bandidos, es natural que los defienda.

—Mira, *Chispero*, ya me has dicho muchas veces eso mismo y veo que tienes gana de que armemos una gorda.

—¿Y á mí, qué?...

—Aquí unos cardan la lana y otros son los que se llevan la fama; no, pues que se anden con cuidado conmigo, porque cada uno es cada uno...

—¿Es por mí por quien dices eso?... preguntó el *Almiforero*.

—Por tí, y por otro que sea mas hombre que tú.

—Vamos, caballeros, fuera *isputas*, y hablando en plata, *tóos* sois unos brutos.

Y *Mala Sangre*, al par que se terciaba en aquella cuestion, se interpuso entre todas aquellas personas tan decentes que estaban á punto de tirar de las navajas para sostener cada uno sus derechos.

III.

—¿Y por qué somos unos brutos?... preguntó el *Almiforero*.

—Porque sí; vais ahora á pelearos por una brutalidad; vamos, sois unos chavales y no conoceis nada de mundo.

—Vamos, *Mala Sangre*, menos palabras y...

—Mira tú, *Poca Pena*, dijo *Mala Sangre* con una calma que contrastaba con lo terrible de sus palabras; para destriparte así como quien destripa un pichon, no necesito esforzarme mucho, ya lo sabes, ¿me has comprendido? así que *sonsoniche* y cada uno á su obligacion.

—Pero...

—¡Rayos y truenos! cuando yo hablo no quiero que nadie me replique; *la familia* nos ha mandado que estemos aquí, y el que no quiera puede dejarlo; pero no le arriendo la ganancia, que lo que es con la gente de allá abajo maldito si se puede jugar.

Las palabras del bandido compusieron, como no podian por menos de hacerlo, á aquella gente: entre ellos ya se sabe que no existe mas ley que la de la fuerza, y *Mala sangre* demostraba tenerla hercúlea.

Todos los murmullos cesaron, y aquellos hombres que momentos antes abrigaban disposiciones tan hostiles los unos contra los otros, permanecieron silenciosos mientras que *Mala sangre*, que parecia el jefe de ellos, masticaba entre sus negruzcos dientes la colilla de un cigarro de esos que para martirio de cualquiera cristiano se venden en los estancos.

Asi trascurrió algun tiempo, hasta que de pronto se dejó percibir un rumor bastante lejano; todos los ojos se volvieron en la direccion en que aquel sonaba, y *Mala sangre* dando el último chupeton á su cigarro esclamó:

—¿Si estarán ya ahí?

—Parece que se oye el galopar de un caballo, dijo uno de los bandidos.

Efectivamente; un rumor muy parecido al que producen los cascos de un caballo contra el suelo, se percibia acercándose gradualmente.

—Al suelo todo el mundo y mucho silencio, dijo *Mala sangre*.

Los bandidos permanecieron inmóviles, y entretanto el ruido del caballo se escuchaba cada vez mas claro y mas distinto.

IV.

Poco despues se dejó oir un silbido modulado de una manera particular.

Al escucharlo, *Mala sangre* esclamó:

—¡Por vida del diablo! esa es la señal.

El silbido volvió á repetirse de nuevo; entonces el bandido, no dudando ya, se puso los dedos en la boca y silbó de una manera particular.

Entonces pareció que el caballo emprendia su carrera con mas precipitacion, llegando á los pocos momentos al sitio donde estaban *Mala sangre* y su gente.

Aquel se lanzó al camino, y dijo al ginete que venia en el caballo:

—¿Quién eres?

—*Portugal*, contestó aquel.

—*España*, dijo el bandido, completando, por decirlo asi. la contraseña que sin duda estaba de antemano convenida.

—Ya viene ese hombre, dijo el ginete.

—Hace seis horas que le estamos esperando; ¿y viene solo?

—¡Si los conductores de la silla de posta son tambien de *la familia*!

—Mejor que mejor, con eso nos evitamos tener que meterle á otro una cuarta de acero dentro del cuerpo.

—Vaya, qne se acercan, *Mala sangre*.

—Muchachos, gritó este; listo todo el mundo; y despues continuó dirigiéndose al ginete,—¿dónde vamos con la silla despues?

—Al puente de la Reina.

—¡Cómo! ¿al camino del Pardo?

—Si, y sobre todo tened mucho cuidado con quitarle bien todos los papeles.

—¡Oh! descuide V., que en cuanto á eso, yo le aseguro que ha de quedar el *probe* mas limpio que una patena.

—Conque adios, cumplid bien el encargo.

—Vaya V. *descuidiao.*

El ginete picó espuelas á su caballo, y pocos momentos despues habia desaparecido tras una nube de polvo.

V.

Entretanto la silla de posta iba acercándose hácia el sitio donde se encontraban los bandidos.

Mala sangre reunió inmediatamente á sus compañeros, y dictó las disposiciones necesarias para la realizacion del proyecto que llevaba entre manos.

Los bandidos avanzaron hasta el camino, ocultándose como pudieron tendiéndose en el suelo, esperando la llegada de los desprevenidos viajeros, que á cada momento anunciaban estar mucho mas próximos.

El carruaje rodaba con velocidad y en muy poco tiempo se encontró en el sitio donde aquellos le aguardaban.

Entonces se escucharon esas palabras que llenan de espanto á todos los viajeros, porque generalmente sirven de prólogo á escenas bastante terribles.

—Alto ahí, gritó *Mala Sangre.*

Y al mismo tiempo los caballos fueron detenidos, abriéndose violentamente las puertecillas del vehículo.

Dentro de él iba un caballero.

Escuchó impasible la órden dada por el bandido, y cuando este abrió la puerta del carruaje, esclamó con un acento tranquilo y sereno:

—¡Cáspita!... ¿pues no decian que en España no habia ladrones?... y prosiguió dirigiéndose á aquellos: vamos, vosotros quereis sin duda dinero, ¿eh?...

—¡Cáa! queremos mas que eso, contestó el bandido.

—¿Cómo?... repuso el caballero sorprendido por la entonacion que *Mala Sangre* habia dado á sus palabras.

—Toma, si lo que nosotros queremos es el pellejo de usted.

—¡Miserables!... gritó el caballero con esfuerzo; os doy mi oro y no os contentais, pues venid á buscar mi vida si sois hombres.

Y al decir estas palabras dió un tremendo empellon á los dos bandidos que habia junto á la puerta, y saltando de un brinco al camino, apuntó resueltamente con un rewolver á *Mala Sangre*, diciendo:

—Ya lo has oido, si eres capaz de venir á buscar mi vida, da un paso y yo te prometo que la tuya no ha de quedar muy bien parada.

VI.

Mala Sangre se contentó con sonreirse de una manera terrible, y haciendo una señal al *Almiforero*, dijo;

—No hay que alterarse, no hay que alterarse, señor; todo eso no ha sido mas que una chanza; afloje V. los *parnés* y únicamente si V. se empeñara... pues, en que le pintásemos un *jabeque* en el cuerpo; ya vé V. que me parece que somos bastantes para hacerlo.

El caballero debió tambien comprenderlo así, porque dejando su actitud amenazadora, dijo:

—Bueno, quiero ver mejor en vosotros á los bandidos que á los asesinos; he oido tantas veces hablar en el estranjero de los asesinos españoles, que, francamente, tenia deseos de convencerme si era cierto que mi pátria no habia cambiado en nada desde que yo la dejé.

—Vamos, señor, menos *palique* y al negocio; aquí no estamos para perder tiempo.

—Es verdad, no me acordaba entre las gentes que me hallaba; tomad.

Y al decir el viajero estas palabras, echó mano á su bolsillo con objeto sin duda de sacar lo que llevaba en él.

Pero no pudo hacerlo.

El *Almiforero* se arrojó inmediatamente sobre él ayudado por dos ó tres de aquellos canallas, sin que el caballero tuviera lugar para defenderse.

La navaja del bandido penetró en su corazon, y pocos momentos despues el viajero no era mas que un cadáver.

VII.

—¿Sabeis que lo siento, muchachos? dijo *Mala Sangre*.

—Parecia un valiente.

—Y lo era.

—Pero, en fin, nos lo han *mandao* y nosotros no podemos hacer mas que cumplir con nuestra obligacion; á ver, galopines, prosiguió dirigiéndose á dos de aquellos rufianes; registrad á ese buen señor y dadme lo que encontreis.

El *Chispero* y otro de su misma calaña se encargaron de hacer lo que su jefe les mandaba, y pocos momentos des-

pues el dinero y una cartera con papeles, que era lo que aquel llevaba, estaban en poder del bandido.

—Ahora nosotros hácia el puente de la Reina; á ver, vamos arriba,

Mientras se sostuvo el anterior diálogo, dos de los ladrones habian estado abriendo un hoyo, en el cual, despues de haberle mutilado horrorosamente, enterraron el cadáver del viajero.

Cuando concluyeron aquella operacion, siguiendo el ejemplo de *Mala Sangre*, se subieron á la silla de postas, partiendo, segun el bandido habia dicho, en direccion al puente de la Reina.

. . . . . .

En la madrugada del dia siguiente se apeaba en el «Hotel de los Príncipes» el marqués de Santillan, noble caballero español, que hacia una porcion de años faltaba de su país, y que volvia á él para gastarse sus riquezas, y para hacer patente de la misma manera que en otros paises, el buen gusto y la elegancia, que por decirlo así, se habian hecho ya característicos en él.

CAPITULO III

Otro baile en Capellanes.—Un pollo bobalicon, y una máscara que sabe dónde le aprieta el zapato.—Una familia de provincia.

I.

Lectores mios, la noche está bastante oscura, un mucho de fria y algo de lluviosa, ¿qué os parece que hagamos con semejante noche?

—Señor autor, esclamarán algunas de mis lectoras; sentémonos junto á la chimenea, y jugaremos á juegos de prendas, ó...

—No, lectorcita mia, son unos juegos en que siempre he temido dejar por prenda á mi corazon.

—Vamos á echar una partida de tresillo, dirán algunos papás.

—Cuéntenos V. sus amores, esclamarán algunas beldades, que ya pertenecen al pasado.

—¿Vámonos de baile? dicen de pronto algunos pollos.

—Sí, sí, al baile.

—¿Pero dónde vamos? digo yo.

—¿Dónde? á Capellanes.

—¡Jesús, María y José! esclaman las mamás escandalizándose.

—Sí, sí, mamá; sí, sí, vamos al baile.

—Ya verán Vds. cómo se divierten, añaden los pollos.

—Acompáñenos V., señor autor.

—Pero, hijas mias, contestan las mamás; mirad que vosotras no sabeis lo que es Capellanes; allí suceden cosas...

—Por eso mismo queremos ir; ya hemos estado en el teatro Real, tambien sabemos lo que es Jovellanos, y nunca nos han querido llevar Vds. á Capellanes.

—Tienen razon las niñas, dicen los pollos; sean ustedes condescendientes, y vamos allá, aunque no sea mas que por un poco tiempo; al principio está bien.

—¡Oh! sí, pero despues...

—Bien, despues nos vamos.

—Suceden allí lances...

—Pero, mamá, no parece sino que nosotras somos como muchas jóvenes que hay en el mundo; ya sabemos distinguir lo bueno de lo malo.

—Vamos, mamá, un ratito.

—No sé qué ocurrencia les habrá dado á Vds. para hablar de Capellanes.

—Si ahora es la época de los bailes.

—Pero á V., señor autor, ¿qué le parece de esto?

—Yo, señoras mias, no soy persona competente para hablar sobre este asunto; si las niñas desean ir...

—¿No es verdad que seria una crueldad el no dejarnos?

II.

Yo me contento con encojerme de hombros, y esperar con estóica resignacion que los acontecimientos sigan su curso.

—Vamos, mamá, el señor autor nos va á acompañar.

—Pero es que no habeis de quitaros la careta.

—Cáa; no, señora.

—Y no habeis de bailar con nadie, porque allí los hombres se creen que todas son iguales.

—No, señora, únicamente con los amigos.

Y al decir esto, algunas jóvenes dirigen miradas harto significativas á algunos de los pollos que hay á su alrededor.

Por fin, los mimos de las niñas hacen ceder á las mamás, y mientras las jóvenes improvisan sus trajes, los pollos murmuran á *sotto voce*.

III.

—No seas tonto, chico, aprovecha el tiempo; mira que otra ocasion como esta no vas á encontrar.

—No te dé cuidado; Emilia está loca por mí.

—¡Pues lo que es yo, pienso divertirme con Dolores! ¡qué cándida es! me contaba unas cosas el otro dia...

—Pues su madre está muy creida que te casas con ella.

—Es que no sé quién es mas tonta de las dos, si la madre ó la hija.

—¿Te ha devuelto ya el guarda-pelo Adela?

—Sí, y con un ricito muy mono de sus cabellos rubios.

—Pues yo, os lo digo francamente, siento que hayais hablado de Capellanes, porque tengo allí un medio belen, y si esta noche me vé con Candelaria...

—Anda, hombre, que nunca por mucho trigo es mal año.

—Tened presente que es conveniente que nos perdamos en el baile.

—Hombre, eso se supone; dejaremos á las mamás por allí sentadas...

—Silencio, aquí están.

IV.

En aquel momento aparecen en la puerta de la sala las hijas y sus mamás, y pocos instantes despues, todos nos lanzamos á la calle, dirigiéndonos hácia Capellanes con aquellas cándidas mamás, que no comprenden las consecuencias que para ellas puede tener el acceder á los caprichos de sus pimpollos.

El salon está magnífico, hay una multitud de máscaras, y trescientas voces distintas; cien grupos á cual mas variados, y á cual menos edificantes, encontraremos por todas partes.

Desde que hemos salido acompañando á nuestras lectorcitas, estas se han agarrado del brazo de sus correspondientes caballeros, y yo, humildísimo autor de este libro, he tenido que resignarme á formar la escolta de honor de las mamás, que iban charlando sobre los caprichos de las niñas y sobre la carestia del aceite y la mala calidad de los garbanzos.

V.

Pero penetramos en el baile, y entonces las mamás se olvidan de la economía doméstica, y principian otra série de advertencias y de observaciones.

—Cuidado, niña; no te separes mucho.

—Mira, no des broma á ningun conocido.

—No te metas en apreturas.

—Repare V., doña Josefa, dice una mamá á otra; repare V. en aquella pareja que está allí sentada.

—¡Jesús qué escándalo!... si está él casi recostado....

—¡Si en nuestros tiempos se hubiese visto una cosa semejante!

—Es preciso convenir en que hoy está el mundo muy malo, amiga mia.

—¡Qué ejemplo para las jóvenes!

—Lo que es mi hija puede despedirse esta noche.

—Y las mias lo mismo.

—Está visto que á los bailes de máscara no puede venir ninguna jóven honrada.

—¡Si mi difunto viviera!...

—Yo he tenido que decirle á mi esposo que íbamos á casa de unas amigas para que nos dejase venir.

—Mire V., mire V. esos que están ahí debajo del tablado de los músicos...

—¿Y eso se consiente?...

—¡Ay!... señor autor, ¡qué tiempos!...

—Tienen Vds. razon, esclamo yo; son unos tiempos muy malos, y Vds. se encargan de hacerlos peor.

—¿Qué dice V.?

—Si no hubiesen venido, y mucho menos hubieran traido á sus hijas, ellas se ahorrarian de ver lo que no deben, y Vds. de criticar lo mismo á que las esponen.

—Pero...

—Dios quiera, señoras, que no tengan Vds. algun dia que deplorar las consecuencias de este baile.

Y disgustado por la debilidad de aquellas madres, que no saben resistir como deben los caprichos de sus hijas, y retraerlas á su tiempo del trato de cierta clase de pollos perjudiciales en todas partes, me separo de ellas y principio á vagar de una parte á otra, escuchando alguna que otra vez:

—¡Qué solo vas!...

—¿Te han dado calabazas?

—Tú estás enamorado.

Yo contesto á unas, dejo sin respuesta las preguntas de otras, y de esta manera cruzo el salon en todas direcciones, sufriendo algun pisoton, y escuchando alguna que otra palabra algo significativa que se cambia entre una pareja.

VI.

Cansado de sufrir empujones y de escuchar palabras necias, me dejo caer en uno de los asientos, y permanezco algunos segundos aturdido en medio de la multitud de gritos, carcajadas y palabras que se escuchan en aquella especie de Babel.

De pronto percibo una voz dulce y armoniosa, y otras menos agradables.

Vuelvo la vista á los dos lados, y á mi derecha veo una máscara perfectamente envuelta en un capuchon de

raso, hablando con un jóven de figura simpática y espresiva.

VII.

A mi izquierda veo una respetable mamá, y un papá no menos digno de consideracion, que contemplan embobados el cuadro que se ofrece ante su vista.

Al lado del papá hay una jóven encantadora que habla con un caballerito harto conocido en los círculos de Madrid.

El tal tiene fama, y muy merecida, de calavera, y no queda persona que asista á un baile, que vaya á una tertulia, ó que concurra al Prado, que no conozca al marqués de Pino Blanco.

Los padres y la niña, porque yo no dudo un momento que la jóven sea hija de mis vecinos de la izquierda, tienen ese aire de provincia que tan perceptible es para las personas que están habituadas á la existencia de Madrid.

En las fisonomías de los ancianos hay honradez, hay lealtad.

En la de la hija existe esa aureola de virtud y de candor que resalta á primera vista, y que hace tan recomendable á una mujer.

El marqués sostiene con ella una conversacion, y no sabemos si será por efecto del calor que hace en el baile, ó por las palabras que aquel la dice, su semblante se enrojece de vez en cuando.

En cuanto al jóven que está á nuestra derecha, tambien tiene cierto aire de provincialismo estraordinario, y encontramos al mirarle con atencion un gran parecido con la jóven y los ancianos que hay á nuestra izquierda.

VIII.

No sabemos por qué, pero es lo cierto que estos personajes nos interesan; simpatizamos con ellos, y hacemos cuanto nos es posible por saber quiénes son.

Su conversacion podemos oirla perfectamente, y por lo tanto, nuestra curiosidad se despierta mucho mas.

—Pero, vamos á ver, bellísima mascarita, porque tú debes ser muy bella, ¿por qué te muestras tan cruel conmigo?

—¿Yo cruel? no sé por qué me digas eso.

—Hace tres noches estás hablándome en un lenguaje completamente desconocido para mí; á través de tu careta distingo unas facciones que me enloquecen; la mirada que brilla en tus ojos es de aquellas que no se olvidan jamás; me estás hablando como si fueras una íntima amiga mia, y yo no te puedo conocer.

—¿Y creerás acaso que yo tengo la culpa de tu?...

—De mi torpeza, ¿no es cierto? acábalo de decir.

—Pues bien, sí: si tú no me has conocido, no creo que la culpa sea mia; evoca bien tns recuerdos, y mira á ver si en ellos existe alguna mujer que se parezca á mí.

—Sí, contestó el jóven con entusiasmo; positivamente que encuentro un recuerdo; pero ¡ay! máscara mia, el recuerdo á que yo me refiero, no es al de una mujer real y positiva, no; es al de un fantasma dulcísimo, vago y misterioso que ha habitado en mi pensamiento; es un parecido estraordinario con un ser impalpable, misterioso y aéreo, que ha existido durante largos años en mi fantasía.

—¡Ay! Angel, observo que si no eres poeta te falta muy poco para ello.

—No te burles, máscara mia; el amor nos hace poetas muchas veces.

—Segun eso, tú me amas, preguntó la máscara fijando una mirada ardiente y voluptuosa en el jóven.

—¿Que si te amo? repuso este con efusion; no, yo no sé si es amor lo que siento hácia tí; pero hace diez dias que he llegado á Madrid. El conde de Piño Blanco me trajo á este baile, y te encontré: desde entonces no sé lo que pasa por mí: me hablaste en un lenguaje cual yo hasta ahora no habia escuchado, y si es amor el no pensar mas que en una mujer; si es amor el no vivir mas que para ella, no ver mas que sus ojos por todas partes, y no escuchar mas que su acento, yo te amo, máscara mia; te amo como no he amado nunca, como creo que jamás podré amar.

IX.

Las apasionadas frases del mancebo se conoce que debieron de impresionar á la jóven, porque permaneció sumamente pensativa durante algunos segundos.

Entretanto, los señores que estaban á nuestra izquierda hablaban tambien, y por sus palabras vendremos en conocimiento de que tanto estos como el jóven que estaba á nuestra derecha, pertenecian á una misma familia.

—¿Sabes que esto está bueno? decia la mamá.

—¡Hum! contestaba el padre; no son estos los bailes de nuestro pueblo; aqui veo cosas que ninguna jóven que se estime en algo debiera ver nunca.

—Pues ya has oido lo que nos ha dicho el marqués, que

muchas señoras de la aristocracia vienen aquí.

—¿Y á mi qué me importa eso? lo mismo le diré al marqués cuando pregunte qué me ha parecido.

—Pero hombre, me parece que el marqués nos ha convidado, y...

—¿Y eso qué tiene que ver para que yo le diga que su convite no es de mi agrado? yo soy de una tierra donde no hay mas que el pan pan, y el vino vino, y si las costumbres de la córte consienten en que una madre traiga á sus hijas á semejantes bailes, yo reniego de la córte y de sus costumbres tambien: mira, mira, prosiguió el anciano, señalando á una pareja que pasaba bailando por delante de ellos; si eso te parece regular, que venga Dios y lo vea: vaya, vaya, vámonos de aquí, porque yo tengo sueño, y creo que en ninguna parte estaremos mejor que en nuestra casa.

—Pero hombre, ¿y hemos de dejar á la niña así, ella que tenia tantas ganas de venir al baile?

—Pues; entre su hermano y el marqués la han calentado los cascos; ¿y por dónde andará ahora ese trastuelo?

—Calla, hombre, está aquí, al lado de este caballero, contestó la madre bajando la voz, y señalando al jóven que habia á mi derecha.

X.

—¿Señor de Perez? dijo el marqués levantándose del sitio que ocupaba, y acercándose al anciano; ¿tiene V. la bondad de permitir que Amalia baile conmigo esta polka?

—¿Bailar?

—Hombre, dice la mamá apretando el brazo de su es-

poso: mira que es el señor marqués, y...

—Vaya, bueno, bailen Vds., pero concluyan muy pronto, porque, francamente, lo que es esto, no me parece bien; vamos, ¿qué quiere V. que le diga?

—¡Oh! si á V. le molesta no bailaremos, y nos retiraremos cuando le parezca.

—Ya ves si es amable, dice la madre en voz baja á su esposo.

—No, no; bailen Vds.

Y el marqués coge del brazo á la jóven que se ruboriza al apoyarse en él, y pronto se confunden con la multitud de parejas que invaden el salon.

XI.

La madre va mirando la elegancia y la belleza de su hija, mientras el padre se queda murmurando:

—¡Hum! maldito si me agradan á mí estas cosas; ese marqués tiene trazas de ser un galanteador muy largo, y Amalia es muy inocente todavía.

Nosotros, en nuestra calidad de novelistas, debemos, aunque invisibles, seguir aquella pareja, sin perder por esto de vista al jóven que estaba á nuestro lado, ni á su encantadora pareja.

El marqués y Amalia no dijeron una palabra mientras fueron recorriendo todo el espacio que habia de un estremo á otro del salon.

La orquesta tocaba uno de esos walses que tanta delicia causan á los aficionados.

XII.

—Cuando V. quiera, Amalia, dijo el marqués.

—Por mi parte, cuando le parezca; pero vuelvo á repetirlo de nuevo, que voy á hacerlo muy mal.

—No sea V. tan modesta, que quien como V. atesora tantas gracias, es imposible que no posea tambien el nuevo encanto del baile.

—Vamos, vamos, marqués, está V. abrumándome con sus galanterías.

—¡Oh! nada de eso, Amalia; la repito lo mismo que la he dicho desde que tuve la satisfaccion de conocerla; para mí, ni existe, ni ha existido, ni es posible que exista una mujer que me haya causado ni que me cause la impresion que V.

—Vamos á bailar, dijo Amalia, tratando de disimular la turbacion que la causaban las palabras del marqués.

—Cuando V. quiera.

XIII.

Pocos momentos despues, los jóvenes se lanzaban en aquel torbellino.

Sus alientos se confundieron.

Al principio la música era mas lenta.

Progresivamente fué aumentando la rapidez, y muy pronto nuestros jóvenes sintieron que la sangre circulaba por sus venas con una rapidez estraordinaria.

Nosotros lo hemos dicho muchas veces; para dos corazones que estén predispuestos á amarse, el wals es una cor-

riente eléctrica que los atrae, que los embriaga y que los aproxima el uno al otro con una rapidez estraordinaria.

—¡Oh!... Amalia, esclamaba el marqués; ¿hay mayor delicia en el mundo que la de estrechar uno en sus brazos á una mujer querida?...

—Suplico á V. que mudemos de conversacion.

—Es imposible; al lado de V. no puedo decirla mas que la adoro, que mi vida entera la pertenece, y que por obtener una palabra de cariño, haria todos los sacrificios imaginábles...

—¡Por Dios, marqués!... murmuraba Amalia con voz ahogada.

XIV.

Y el wals cada vez era mas rápido.

Los ojos del marqués brillaban con el fuegó del amor y del entusiasmo al posarse sobre los de la jóven.

Los latidos de sus corazones se confundian.

Y el titilar de las luces, los armoniosos sonidos de la orquesta, aquellas parejas que giraban sin cesar, las carcajadas, los gritos y las frases que se cruzaban producian un vértigo contra el cual era difícil resistirse.

XV.

—Vamos, Amalia, decia el marqués con un acento tímido, armonioso y dulce como una queja del alma; pronuncie V. una palabra; V. me ama, yo lo he comprendido así, y no sé por qué ha de ser V. tan cruel que quiera privarme de la ventura de escucharla de sus lábios.

Pero...

—Si fuera posible que viera V. mi corazon, comprenderia V. entonces si la amaba.

Y el marqués oprimia dulcemente el talle y la mano de la jóven.

Y la pobre niña no sabia cómo resistirse á aquella presion.

Y loca, fascinada, embriagada, por decirlo así, por aquel encanto, al cual no tenia fuerzas para resistirse, murmuró con ternura un *te amo*, que llenó de alegría al marqués.

El señor de Perez entretanto decia á su esposa:

—¡Caramba!... Cómo tardan los chicos.

—Es natural, hombre, contestaba la buena de la mamá; no querrán desperdiciar nada del baile.

—Vaya, vaya, tú dirás lo que quieras, pero yo voy á buscarlos.

Y ya iba á levantarse el anciano para ir en busca de su hija, cuando la vieron venir apoyada con indolencia en el brazo del marqués.

XVI.

Amalia estaba trémula todavía por la emocion que habia esperimentado.

Su padre la contempló con interés y la dijo:

—Pues, te habrás cansado; ya se vé, como tú no estás acostumbrada á estas cosas... vaya, vaya, vámonos á casa y allí podrás descansar.

Pocos momentos despues nuestra familia abandonaba el salon de Capellanes, bien agena del cambio que en su

hija habian operado las palabras del marqués.

Al pasar el señor de Perez por delante del sitio donde estaba Angel, le dijo:

—Mira que nos retiramos ya.

—Bien, papá, no tardaré mucho en ir.

XVII.

—Yo tambien voy á marcharme, dijo la máscara que estaba al lado del jóven.

—¿Y vas á ser tan cruel como la otra noche que no me permitas acompañarte?...

—¡Oh! desde luego.

—Parece que te has propuesto jugar con mi corazon; pero yo necesito saber dónde vives y lo sabré.

—Ya sabes que te exigí tu palabra de honor, de que jamás habias de averiguar quién era yo, y me la diste; sentiria, por lo tanto, que me hicieras variar del juicio que habia formado de tí.

—Pero es que yo te amo, máscara; es que tú al llevarte mi alma, te has llevado tambien mi razon, y de un loco no puedes esperar mas que una locura.

—Puesto que yo te he hecho ese daño, yo te lo curaré.

—¿Tú?...

—Sí; ¿no es una palabra lo que necesitas?...

—¡Oh! sí, sí.

—Pues bien, en el próximo baile te la diré.

Y antes de que Angel tuviese tiempo de contestar, la máscara se levantó de su asiento y se confundió entre la multitud que llenaba el salon.

XVIII.

El jóven se lanzó inmediatamente detrás de ella.

Pero nada pudo conseguir.

La máscara habia desaparecido.

Nosotros, cansados de observar por aquella noche, abandonamos tambien el salon, y cuando salíamos nos encontramos de nuevo con las lectoras de que hablamos al principio de este capítulo, y con las cuales habíamos venido al baile.

XIX.

—Vaya, vaya, una y no mas, Sr. San Blas, decia una de las respetables madres de aquellos pimpollos; podeis despediros, niñas, que lo que es nosotras no estamos para ir de bureo porque á vosotras se os antoje divertiros.

—¿Reparó V., mi señora doña Josefa, en aquellos dos que habia á nuestro lado? Vamos, si cuando le digo á usted que las niñas del dia no sé cómo están.

—Ya, ya.

—No tengas cuidado, Luis, murmuraba una de las niñas al oido de su acompañante; yo te prometo que por mas que diga mamá, vendremos tambien al baile inmediato.

—Chist, chist, señor autor; dice una de las mamás reconociéndome, á pesar de los esfuerzos que yo hacia para ocultarme con el embozo de mi capa; ¿no es verdad que son muy malos los salones de Capellanes?

—Pregúnteselo V. á sus niñas, que ellas podrán contestarla mejor que yo.

—Ya lo creo; ellas bien se han divertido; han bailado, y...

—Y Vds. han tenido la culpa de que oyeran lo que no debian.

Y entre la sorpresa de las mamás, entre el rubor de las niñas, y entre las miradas furibundas de los pollos, me embozo mas en mi capa, y saludando bruscamente á aquellas respetables señoras, me separo de ellas dejándolas que tomen tranquilamente el camino que las ha de conducir á su casa.

CAPITULO III.

Un misterio.—La opulencia y la miseria.—Un agente de negocios.

I.

En el capítulo anterior dijimos ya que la noche estaba estremadamente fria y bastante lluviosa.

Esto era al principio del baile.

Por lo tanto, en el momento que aquel terminaba, que eran las dos de la mañana, el frio era mucho mas intenso, y la lluvia tambien caia con mas fuerza.

Escasos eran los transeuntes, y escasa tambien la claridad que daban los faroles.

II.

Sentados en el escalon de un portal, y apenas resguardados del agua que caia, hay dos personas.

Estas eran un hombre y una mujer.

¿Quiénes eran?

Nosotros no lo sabemos, así como tampoco lo sabian la mayor parte de las gentes que los habian visto.

Un dia aparecieron en Madrid.

Llamaron la atencion por la vida que llevaban; pero nadie pudo penetrar el misterio que habia en ella.

Comian en cualquier parte, dormian á la intemperie, y sus trajes, sin ser los de personas acomodadas, estaban muy próximos á ser los de un mendigo.

Todo el mundo los observaba con curiosidad.

Hubo quien quiso hablarles, y aun trató de ofrecerles dinero, pero rehusaron entrar en conversacion con nadie, y rechazaron con altivez la limosna que se les ofrecia.

III.

Esta conducta, como es consiguiente, hubo de llamar mucho mas la atencion.

Se hicieron mil comentarios sobre ellos, pero nadie pudo averiguar la verdad.

Su ajuar lo llevaban consigo constantemente, y hacian su cocina de cualquier calle de Madrid, sirviéndoles de lecho todo el espacio en que se encerraba la poblacion.

Y todo el mundo los llamaba con interés, algunos los vituperaban, pero la generalidad los compadecia.

Si hubieran sido locos ó mendigos, la autoridad haria indudablemente que se los llevasen á los asilos destinados al efecto.

Pero la misma indulgencia con que aquella los miraba era un nuevo incentivo para el interés con que la generalidad los miraba.

Y se preguntaban los unos á los otros, se formaban los juicios mas absurdos, se hacian los cálculos mas exagerados, y el resultado de todo esto era que nadie sabia la causa de aquella existencia.

Y entretanto las dos personas que motivaban la curiosidad general, continuaban impasibles su vida estraña y escepcional.

En el momento en que nosotros los encontramos, ya hemos dicho que estaban sentados en el escalon de un portal, guareciéndose apenas de la lluvia que cada vez caia con mas fuerza.

IV.

Ambos permanecian inmóviles.

Se hubiera creido que dormian, pues únicamente se percibia algun ligero estremecimiento que les arrancaba el frio estraordinario que hacia.

Aquellas dos personas, ó dormian ó estaban preocupadas hasta el punto de hacer una abstraccion completa de la vida real en que se hallaban.

Sin embargo, en cuanto á dormir, podemos asegurar que no lo hacian.

En cuanto á meditar, tal vez.

La mujer alzó la cabeza y dijo:

—Juan.

—¿Qué quieres? la preguntó su misterioso compañero.

—¿Le has visto hoy?

—Sí, contestó Juan con una entonacion particular.

—¿Dónde le has visto?

—¿Dónde quieres que le vea? entre esa turba de jóve-

nes tan libertinos y tan viciosos como él.

—Desgraciada ha sido la estrella que presidió á nuestro nacimiento.

—Los crímenes de nuestra familia tenemos que espiarlos nosotros, contestó el que ya conocemos con el nombre de Juan, con un acento cada vez mas triste.

—Y á su vez ellos tambien sufrirán las consecuencias de...

—Calla, María; hay cosas que jamás se deben decir, murmuró Juan lleno de terror.

—Es cierto, me habia olvidado de que nos está prohibido hasta recordar el pasado, pero ¡quién puede olvidarlo, Dios mio! quién puede olvidarlo.

Y María, deshecha en llanto, ocultó el rostro entre las manos.

V.

Al cabo de algunos momentos, Juan que la habia estado contemplando con un silencio estraordinario, la dijo:

—Es necesario, María, que hagas cuanto esté de tu parte para dominarte; nuestra espiacion es cierto que es muy dura, pero tambien es necesario que comprendas que ha sido muy grande nuestra falta.

—Sí, muy grande ha sido, y únicamente la infinita misericordia de Dios, podrá perdonarnos,

—Esa es mi única confianza.

—Entonces, y puesto que lo comprendes así, ¿á qué afligirte?

—Hombre, ya que durante el dia tiene uno que ocultar el llanto que se agolpa á sus ojos, al menos durante la no-

che déjame que pueda desahogarme con mas libertad.

—¿Has visto hoy á Inés? preguntó Juan al cabo de algunos momentos de silencio.

—Sí.

—Es el único miembro de nuestra familia que hasta ahora no está podrido, por decirlo así.

—¿Qué quieres decir, Juan? esclamó María.

VI.

Y sus ojos se fijaron con una espresion estraña en el semblante de aquel.

Y en aquella mirada se leia una ansiedad infinita.

—No sabes, contestó el hombre con una entonacion estraña, que Dios castiga los crímenes de los padres hasta la quinta generacion? ¿No comprendes que Inés forma el último eslabon de esa cadena de desgracia? ¡Pobre María! te olvidáste sin duda que hace tres generaciones, nuestro nombre está maldito: recuérdalo, y no te sorprendas si la desgracia viene tambien á estampar su salvaje pisada en esa criatura tan cándida, tan pura y tan hermosa.

—¡Calla, Juan! Yo daria mi salvacion por la salvacion de Inés.

—Ruega á Dios, hermana, y quién sabe si tus ruegos podrán alcanzar alguna cosa.

VII.

Juan volvió á caer en su meditacion, y durante mucho tiempo no se percibió en aquel sitio mas que el rumor de

los sollozos de la hermana, y el acento de su hermano que decia:

—¡Perdon, Dios mio! ¡perdon para ella y para mi familia!

VIII.

El agua seguia cayendo á torrentes.

Juan se quitó la capotilla raida y rota que cubria apenas sus ateridos miembros, y trató de cubrir con ella á su hermana.

En aquel momento se escuchó el rumor de un carruaje que se aproximaba.

Ambos personajes al escucharlo alzaron la cabeza dirigiendo su vista en direccion al sitio donde se escuchaba el rumor.

Poco despues un coche se detenia á la puerta de la casa frente á donde se encontraban María y Juan.

—Ya está ahí, murmuró él.

—Quizá venga de cometer alguna infamia. ¡Oh, qué terrible expiacion es la que tenemos!

La persona que bajó del carruaje era el marqués de Pino Blanco, que, como recordarán nuestros lectores, salió del baile de Capellanes acompañando á Amalia.

IX.

La puerta de la casa se abrió, y pocos momentos despues el elegante marqués estaba en su gabinete murmurando con indolencia:

—Magnífica jugada hemos hecho; si Cristina ha obte-

nido tanto como yo, el triunfo es seguro, y sobre todo poco costoso: es necesario convenir que la muchacha vale mucho, pero mas vale todavía lo que representa para mí.

Y despues de este soliloquio el marqués llamó á sus criados y principió á desnudarse tranquilamente, creyendo tal vez que lo que habia hecho en el baile y la idea que en todo aquello le llevaba, era una cosa completamente buena y para nada y para nadie perjudicial.

Nosotros abandonaremos por ahora á semejante personaje, á quien quizá no tardaremos en encontrar, y dejando pasar lo que resta de noche, vamos á ver qué era lo que ocurria al dia siguiente en una miserable habitacion, situada en la calle de la Palma Alta.

X.

Nada mas triste, nada mas desconsolador que el cuadro que ofrecia la miserable bohardilla en que penetramos, lectores mios.

Quizá al haceros la descripcion de ella, os parezca exagerada, pero no es así; existen, por desgracia, muchas casas en Madrid, casas donde la miseria se anida, y casas que jamás llega á conocer el rico que se olvida, en el interior de sus suntuosas habitaciones, de la desgracia horrible, descarnada y salvaje, que oprime como un lazo de hierro á ciertas y determinadas personas.

No se crea por esto que nosotros hacemos una acusacion á los ricos en el mero hecho de serlo.

XI.

Nosotros, sí, acusamos á esos corazones empedernidos, que por desgracia hay en la sociedad, que pudiendo tender una mano, mejor dicho, que debiendo tenderla para sostener á sus hermanos que sufren, pasan indiferentes por su lado y aun encuentran una palabra para insultar su desgracia; por lo demás, somos los primeros en decir y en confesar con orgullo que, á pesar de todo esto, hay tambien almas nobles, dignas y hermosas entre la clase rica, que no vacilan un momento en tender su mano al desvalido; que suben á la bohardilla del artesano enfermo; que se sacrifican en aras de la humanidad, y que cumplen perfectamente aquella sublime máxima del Redentor, de *ayudaos los unos á los otros.*

Por lo tanto, creemos que al confesar esto, que al conceder que en la clase rica hay mucho bueno, no se nos podrá negar tampoco, que tambien existe mucho malo.

Y que esto malo, jamás tiene ni una palabra ni una mirada para el pobre que sufre.

XII.

Pero dejándonos de digresiones, que tal vez pudieran conducirnos mas lejos de donde nosotros tratamos de ir, diremos que en la bohardilla, de que anteriormente nos ocupamos, habia un pobre anciano con una mujer enferma y achacosa y dos niños de no muchos años.

Al hablar de las personas nos hemos olvidado de la vivienda de aquellas.

Con decir que en aquella estancia se carecia hasta de lo necesario, creemos haber indicado lo suficiente.

Padres é hijos, todos dormian sobre un mismo lecho.

¡Pero qué lecho, Dios mio!

¿Podia merecer el nombre de tal, el reducido y ético jergon que habia tendido en uno de los rincones de la sala?

Nosotros creemos que no, y no solamente lo creemos así, sino que á no verlo, jamás podríamos concebir que existiera una miseria semejante.

XIII.

En aquella habitacion habia una carencia absoluta de muebles.

Una tabla clavada sobre dos maderos servia tambien de asiento comun á toda la familia.

En una pequeña pieza contigua, habia un fogon apagado hacia mucho tiempo.

Dos ó tres felpudos viejos, retazos de estera y harapos, era lo que completaban los accesorios de aquella miserable vivienda.

De la descripcion del aposento debemos pasar á la de las personas que habia en él.

Como ya hemos dicho, un matrimonio con tres hijos vivian allí.

A la sazon no habia mas que dos de estos.

XIV.

Estamos, como ya hemos indicado, en los primeros

dias de febrero, por cuya razon debe comprenderse que el frio era intenso, y que en aquella estancia, sin condiciones para ser habitable, el frio debia ser mucho mas horrible, mucho mas glacial.

La esposa estaba tendida sobre el jergon, encubriéndose apenas con los desgarrados vestidos que llevaba.

Su esposo la contemplaba con esa desesperacion sombría y silenciosa, mas terrible infinitamente que la que se desahoga por medio de esclamaciones, palàbras y votos ó juramentos.

Los dos niños, de los cuales el mayor escasamente podria tener ocho años, estaban acurrucados en una esquina del jergon.

Eran las dos de la tarde y hacia cerca de veinte y cuatro horas que en aquella estancia nadie habia comido.

Los niños, comprendiendo, á pesar de su corta edad, que cuando sus padres no les daban pan, era porque no lo tenian, hacian esfuerzos inmensos para dominar aquella necesidad de la materia.

Pero todos sus esfuerzos eran impotentes.

Y por fin sus lábios se entreabrian para decir con voz débil y apagada:

—¡Pan!...

XV.

La madre entreabrió los ojos, tendió sus brazos á sus hijos, y atrayéndolos junto á sí, les dijo con voz mas imperceptible:

—Tened paciencia, hijos mios, no aflijais mas á vuestro padre; ahora vendrá Félix y os traerá pan.

Los niños se contuvieron sostenidos por aquella esperanza, y su padre que al escuchar aquellas voces infantiles pidiéndole lo que él tenia la única y esclusiva obligacion de darles, habia alzado sus ojos al cielo con una espresion de amenaza terrible, volvió á inclinarlos al par que una lágrima temblaba en ellos.

Despues, con una espresion indescriptible, murmuró cobijando con sus ojos á la madre y á los hijos:

—Bendita seas, Antonia, bendita seas, porque á cada momento sostienes mi valor.

Su esposa le contempló en silencio tambien, diciéndole al cabo de algunos segundos:

—¿Y qué he de hacer, hombre? ¿acaso no tenemos la esperanza de que Félix nos traiga dinero, si por casualidad ha visto á Gomez?

—No confies, Antonia, murmuró con desaliento el anciano; Gomez es mas miserable de lo que nosotros creíamos; Gomez es un infame que no ha hecho mas que abusar de nuestra situacion, y que despues de habernos robado, nos rechaza como á unos miserables mendigos.

XVI.

La voz del anciano, aumentando por momentos su vibracion, demostraba perfectamente que habia llegado una de esas situaciones estremas en que se agota el sufrimiento y en que no vacilaria en repetir lo mismo que habia dicho respecto al hombre de quien se hablaba.

Su esposa le escuchó asombrada y le dijo con un acento de profundo terror:

—Calla, Santiago, si Félix te escuchase...

—Tienes razon; por él únicamente estoy aguantando, pero temo que á cada instante se me agotan las fuerzas, que el vaso de mi sufrimiento, no pudiendo contener ya mas, salte hecho pedazos, y entonces ¡ay de él!

—¡Por Dios, Santiago, calla!... volvió á esclamar de nuevo la madre incorporándose en el jergon y fijando sus miradas suplicantes en su esposo.

—¡Pobre Antonia! esclamó este á pocos momentos; pobre mártir, cuya situacion yo la admiro y la cual tampoco puedo imitar; ¡siempre estoy dándote disgustos!...

—No es eso, Santiago; tú te exaltas y con razon, y temo por tí y por mi hijo.

—¡Pobre Félix!... A costa de privaciones ha conseguido concluir su carrera; ¿y cuál ha sido el resultado? El gobierno no necesitaba ya mas telegrafistas y ha tenido que reprobar á muchos de los que se han presentado.

—Ten confianza, hombre; quizá si vé á Gomez, este le proteja y... en fin, ya sabes que hace un año te prestó generosamente mil reales.

XVII.

Al escuhar estas palabras, una cosa estraña pasó por el semblante de aquel hombre.

Una ansiedad infinita se retrató en él.

Sus manos temblaron convulsivamente, y sus ojos se fijaron con una espresion indefinible en sus hijos y en su mujer.

Todo esto fué tan rápido, que Antonia no tuvo tiempo para apercibirse de nada, pues cuando sorprendida por el

silencio de su esposo le preguntó qué tenia, este, repuesto ya de la emocion que habia esperimentado, contestó:

—Nada, nada absolutamente; tienes razon, quizá Gomez se compadezca de nosotros, y nos socorra, como en otro tiempo le socorrimos á él.

—¡Cuánto tarda Félix! esclamó Antonia al cabo de algun tiempo.

—Quizá nuestro antiguo agente de negocios le haya detenido mas de lo que debiera.

—¿Quién hubiera de decir que tuviera Gomez esa suerte?

—Cuando se roba el dinero, se hace la fortuna muy rápidamente.

—¡Santiago!...

—Es verdad, ya me habia olvidado de lo que antes te ofrecí.

XVIII.

En aquel momento la puerta de la estancia se abrió, y un jóven apareció en ella.

Nada mas simpático, nada mas agradable, ni nada mas triste tambien que aquellas facciones llenas de juventud, llenas de honradez y llenas de hermosura empañadas por una tinta de melancolía amarga, encubiertas, por decirlo asi, por un velo sombrío, bajo el cual se ocultaba un cáncer que poco á poco iba royendo su corazon, matando en él las creencias, las ilusiones y los sentimientos de delicadeza y de honor que sus padres le habian inculcado.

Aquel jóven continuando mas tiempo en aquella existencia, quizá vendria á degenerar en ser un criminal terrible.

Habia ambicion, habia dignidad en su frente, habia talento en él; y sin embargo, ni su talento, ni sus sentimientos, ni su dignidad, eran suficientes para sacarle de la atmósfera mefítica é insalubre en que vivia.

XIX.

Habia una mano de hierro que pesaba sobre él, que inutilizaba todos sus esfuerzos y que le arrojaba de nuevo en medio del fango, cuando él trataba de remontarse hasta las nubes.

Félix veia en el mundo séres raquíticos, infames, asquerosos, y con una carencia completa de genio y de saber, y los veia ocupando altos lugares, los veia respetados y adulados, y esto, como debe comprenderse muy bien, habia de impresionarle de una manera harto desagradable.

XX.

Hasta entonces habia resistido á todas esas tentaciones que el mundo ofrece á cada instante al desgraciado.

Pero podia llegar un dia en que ya no pudiera resistir mas aquellas seducciones, mas terribles en proporcion que está mas desarrollada la inteligencia en ciertos y determinados individuos, y ¡ay entonces del pobre Félix!

Pero basta de digresion, pues la presencia de este nuevo personaje nos ha llevado mas lejos de donde nosotros queríamos ir.

En su consecuencia, retrocederemos al momento en que Félix apareció en la puerta de la estancia.

XXI.

Los niños se lanzaron inmediatamente á él, mientras que sus padres le contemplaban con ansiedad diciendo:

—¿Qué has conseguido?

—Nada absolutamente, contestó el jóven con tristeza.

—¿Segun eso se ha negado?

—Sí, padre mio, me ha rechazado hoy de la misma manera que ya lo ha hecho en otra ocasion.

—Pan, Félix, dijeron los niños.

—Tomad, hermanos mios.

Y Félix al decir estas palabras, puso en manos de las tiernas criaturas un pañuelo, dentro del cual venian dos libretas y un poco de queso.

XXII.

Los niños exhalaron un grito de alegría al ver aquellos comestibles, y Félix prosiguió, sacando de un bolsillo un papel:

—Para V., madre mia, tambien traigo otra cosa.

—¡Otra cosa!... ¿y qué es?

—Mire V., una chuleta.

Y desenvolviendo el papel mostró á su madre la chuleta que encerraba.

Los ojos de la pobre mujer chispearon de alegria, y tendió su mano para cogerla.

Félix introdujo de nuevo la mano en los bolsillos de su pantalon, y sacando algunas monedas se las dió á su padre diciendo:

—Tome V., padre mio; siento que no sea mas.

Santiago miró fijamente á su hijo, y rechazando el dinero que le ofrecia, le dijo con acento severo:

—Escucha, Félix, contéstame sin vacilar, ¿de dónde es este dinero?... ¿quién te lo ha dado?...

—¡Padre!... repuso el jóven con acento ofendido.

—Respóndeme.

—Pues bien, mire V.

Y al decir estas palabras, el jóven se desabrochó la mugrienta levita que llevaba.

—¡Hijo mio!... gritó Antonia; ¡has vendido la camisa y el chaleco!...

—Era necesario que Vds. comieran.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... esclamó Santiago, ¿hasta cuándo hemos de estar sufriendo?...

Y despues de estas palabras cayó en los brazos de su hijo, permaneciendo abrazados durante largo rato.

CAPITULO V.

La familia del pintor.—El primer dia de Carnaval.—Una broma.

I.

Han pasado ocho dias de los sucesos que hemos narrado en nuestros capítulos anteriores.

Necesitamos dejar por ahora á muchos de los personajes que hemos presentado ya, para ocuparnos de otros que tienen que representar en nuestra obra los principales papeles.

Por lo tanto, vamos á salvar la distancia que separa á la calle de la Palma de la del Prado, y conoceremos á dos de esos tipos que tanto nos agrada encontrar en mitad de nuestro camino.

II.

La familia á quien vamos á conocer, no vive precisamente en la calle del Prado.

Habita en la calle del Baño en un cuarto segundo de una casa de bastante fea apariencia.

La familia está compuesta de una anciana, con una hija y un hijo.

Doña Ramona, que así se llamaba aquella, era viuda de un antiguo empleado.

La corta viudedad que disfrutaba, administrada con una economía estraordinaria, la habia permitido dar á su hijo una carrera.

Pero Aureliano habia nacido poeta.

No podia trazar sus concepciones en un papel, y encerrando su pensamiento bajo la forma de una redondilla ó de un romance.

Necesitaba mas espacio.

Un lienzo y una caja de pinturas le bastaron para reproducir las obras de los otros reyes del arte, ó para trasladar á un cuadro las impresiones de su corazon.

III.

Por lo tanto, ni el *Derecho Romano*, ni las *leyes de D. Alfonso el Sábio*, pudieron causarle aficion alguna á la carrera del foro, y en vez de ir á cátedra, se marchaba á la Cuesta de la Vega ó al Retiro, y con lápiz de colores dibujaba casitas y árboles que despues regalaba á su hermana Clotilde, que tenia algunos años menos que él.

Viendo su madre aquella inclinacion, y despues de haber mostrado los dibujos de su hijo á personas inteligentes, lo sacó de la Universidad y lo puso con maestros que cada dia estaban mas encantados con los progresos de su discípulo.

IV.

Dos años despues de haber sucedido esto, Aureliano marchaba á Roma, donde permaneció tres años, remitiendo obras que llenaron de admiracion á cuantas personas las vieron.

El jóven pintor volvió por fin á Madrid, y su nombre y su posicion estaban hechos ya.

V.

Clotilde era una niña buena y angelical.

Educada por una madre que comprendia perfectamente su mision, hizo de su hija una mujer tan buena como ella lo habia sido.

La jóven no conocia, por decirlo así, nada de mundo; sus amigas eran muy pocas, y si salia alguna vez á la calle, lo hacia con su madre ó con su hermano.

Y sin embargo, habia en aquella jóven un no sé qué especial, que la hacia digna de las miradas de un observador.

Clotilde era estremadamente hermosa.

Su alma casta y pura, al permanecer constantemente encerrada en aquella urna virginal, habia lanzado todos sus aromas, todos sus encantos al rostro de la jóven.

Sus ojos grandes y rasgados encerraban en su pupila un foco pensador y ardiente que aun no habia brillado en toda su esplendidez, quizá por la carencia de una mirada que encendiese la suya.

VI.

Su frente era altiva y despejada.

Su sonrisa espresiva y melancólica.

Durante horas enteras se pasaba en una meditacion profunda, vaga y misteriosa, que no habia dejado de sorprender á su madre y á su hermano.

En el momento en que la presentamos á nuestros lectores, se hallaba sentada delante del balcon, bordando unos pañuelos para su hermano.

Doña Ramona estaba en el interior ocupándose en los quehaceres domésticos. Aureliano se encontraba en su gabinete, pintando una *Anunciacion* que le habian encargado y queria presentar en la Esposicion de pinturas algunos meses despues.

Dejaremos á la jóven preocupada con su trabajo, y tal vez sumergida en una de aquellas meditaciones sin nombre, á que era tan propensa, y vamos á ver lo que sucedia en la casa que habia frente á la que habitaba la familia que hemos presentado á nuestros lectores.

VII.

La entrada de esta era por la calle del Prado.

Era un edificio magnífico, y sus tiendas llamaban la atencion á pesar del sitio en que se encontraban.

En el piso principal habia establecida una gran agencia de trasportes para España y el estranjero, y en el segundo se veian las oficinas de giro de los señores Stanley y compañía.

Las dos tiendas que habia en los pisos bajos, eran una verdadera maravilla para aquellos sitios.

La una era un vasto almacen de bisutería, bajo la razon social de los señores Sousa y Colomini, y la otra el taller de una modista francesa llamada Mme. de L'Ardonais.

La aparicion de todos estos personajes causó una estrañeza estraordinaria en el barrio, pero no pasó de ahí.

Los dueños de los respectivos establecimientos se trataban con cierta ceremonia, y nadie podia quejarse de haber salido descontento de una ó de otra parte, aun cuando no hubiesen comprado nada en ellas.

En cuanto á la agencia de trasportes, se conoce que tenian mucho despacho, porque en todo el dia cesaban de llegar y de despacharse carros llenos de fardos que venian de fuera, ó que salian para distintos puntos.

VIII.

La oficina de giro de los señores Stanley y compañía, debia tener tambien mucho trabajo, pues se veia entrar y salir un sinnúmero de corredores, agentes y cobradores, durante las horas en que aquellas estaban abiertas.

Nadie conocia al jefe de la casa.

Tenia dados poderes al jefe de contabilidad, que era un tal D. Andrés de Vargas, y este se entendia para todos los negocios con las personas que se ponian en relacion con la casa.

El despacho de Jorge Stanley era inaccesible para todo el mundo.

Se habia dicho que estaba viajando, pero ya hacia diez

dias que estaba en Madrid, y aun no se habia dado á conocer á nadie absolutamente.

El dia en que esto sucedia era el domingo de Carnaval, y por lo tanto, oficinas y tiendas estaban cerradas.

Unicamente la agencia de trasportes estaba abierta.

Nosotros subiremos la ancha escalera y llegaremos hasta el piso segundo.

La tarjeta de metal donde se lee Stanley y compañía, nos demostrará que aquella es la casa que vamos buscando.

IX.

Franquearemos la puerta, y atravesando los escritorios, la caja y los despachos del tenedor de libros y del jefe de contabilidad, nos encontraremos con una mampara de terciopelo verde, delante de la cual hay un criado.

Prescindiremos de este, y abriendo la mampara penetraremos en un saloncito perfectamente amueblado, en el fondo del cual hay otra puerta.

La salvaremos tambien, y por fin nos hallaremos en un gabinete enmedio del cual hay un velador cubierto con un tapete de terciopelo, alrededor del cual hay tres butacas de la misma clase.

Algunos trozos de leña arden en la chimenea, esparciendo por la estancia un calor sumamente agradable.

Dos de las butacas están ocupadas.

El jefe de contabilidad y el cajero son los que están en ellas.

Ambos fuman dos magníficos habanos que han tomado de una cigarrera de palo santo con embutidos de nácar que hay sobre el velador.

X.

—Conque amigo Vargas, nuestros negocios parece que marchan á las mil maravillas, decia el cajero.

—Ya lo creo; la emision que hemos hecho de billetes fabricados en los talleres de Carabanchel, nos ha valido cerca de dos millones.

—Sí, pero en cambio han salido de caja para el señor, setenta mil duros.

—Y eso en diez dias solos que hace que se encuentra en Madrid.

—Los *Duques* le han dado unas atribuciones tan ámplias...

—¿Pero quién es este hombre?... esclamó Vargas al cabo de algunos segundos; nadie lo sabe, nadie le conoce, mientras que él...

—El os conoce á todos, bribones, dijo en esto una voz á espaldas de los dos hombres.

XI.

Estos volvieron la cabeza sorprendidos y vieron que junto á ellos estaba Stanley.

Aprovechándose de lo embebidos que aquellos se encontraban en su conversacion, Stanley habia penetrado en la estancia y el ruido de sus pasos habia quedado amortiguado por la tupida alfombra que cubria el pavimento.

—¿Saben Vds., preguntó el jefe de la casa con severidad, que está prohibido terminantemente que ninguno de los miembros que componen la *familia*, se ocupen para

nada de lo que hagan, ni de quién sean los demás?

—Perdone V., pero...

—Tengan Vds. muy presente su conducta y no se ocupen de la de nadie; quizá en la de Vds. encuentre yo ahora algo que les agrade muy poco y que me obligue á proceder de una manera harto severa con aquellos que no tan solamente faltan á sus deberes, sino que incitan á otros á que falten á ellos tambien.

—Es que...

—¡Silencio!... ¿quién se atreve á replicar cuando yo hablo?...

Y habia tal autoridad, habia tanta fuerza en el acento de Stanley al pronunciar aquellas palabras, que los dos hombres permanecieron anonadados y sin atreverse á decir una palabra.

XII.

Stanley los contempló con severidad y al cabo de algunos segundos, dijo:

—A ver esas cuentas; vengan los libros, que quiero yo ver el arqueo de esta semana.

—Aquí está.

Y al decir estas palabras, Vargas puso en manos de Stanley un libro que tomó del velador de que antes hicimos mencion.

Stanley se puso á mirar detenidamente algunas de las partidas que habia en él.

El cajero y el jefe de contabilidad que habian palidecido al escuchar las palabras que les habia dicho su jefe, en el momento en que le vieron entretenido cambiaron

—Miserables!... les dijo Stanley.

entre sí una mirada de inteligencia é hicieron un movimiento para lanzarse sobre él.

Pero Stanley conocia perfectamente la clase de hombres con quien él trataba, pues aunque parecia tener puesta su atencion en el trabajo que estaba mirando, no perdia de vista ninguno de los movimientos de aquellos.

XIII.

Por lo tanto, cuando aquellos fueron á lanzarse sobre él, no hizo mas que volverse y cogiendo á cada uno por el cuello, los repelió con tal fuerza, que fueron á caer á algunos pasos de distancia del sitio en que se hallaba.

—¡Miserables!... les dijo Stanley; no habeis olvidado todavía vuestras tendencias de robo y de asesinato; veo que me habia engañado, cuando creí que tú, Vargas, te habias olvidado de tus asesinatos en el campo de San Roque, así como tambien me habia creido que tú, Rodriguez, tambien habrias dado al olvido que están pendientes en la Audiencia de Cáceres dos causas por robo y asesinato en despoblado; me parece que ahora comprendereis que á quien tanto sabe, se le debe tratar con alguna consideracion.

XIV.

Los dos bandidos, pues ya vemos que por sus antecedentes podemos juzgarlos así, quedaron anonadados por las palabras de Stanley.

Este, satisfecho por el efecto que habian producido estas, contempló á los dos bribones y les dijo:

—Ahora ya sabeis que os conozco; por lo tanto, quedais en libertad para obrar como mejor os parezca; dejadme solo, para nada os necesito.

Vargas y Rodriguez no se hicieron repetir aquella órden.

Pocos momentos despues abandonaban aquella habitacion sin atreverse á mirar siquiera á un hombre que tenia semejantes fuerzas y que poseia secretos tan terribles para ellos.

Cuando Jorge Stanley quedó solo, dirigió una mirada á su alrededor, murmurando:

—Me he creado dos enemigos terribles, pero ¿qué me importa? de otros peores he vencido, tambien venceré de estos.

Y despues fué á sentarse cerca del balcon.

XV.

Indudablemente, la figura de Jorge Stanley era de esas que llaman la atencion á primera vista.

Pero que llaman la atencion de una manera profunda é indestructible.

Era alto; su figura era estraordinariamente distinguida; emanaba de él un perfume tal de elegancia y de distincion que admiraba.

Negros sus ojos y rasgados tenian una mirada tan profunda, que parecian penetrar hasta el fondo del alma.

Su voz era vibrante y armoniosa y no era posible resistirse á las inflexiones de su acento ó á la brillante irradiacion de sus miradas.

En la frente de aquel hombre habia una altivez, habia

una nobleza y una honradez tal, por decirlo así, que no se sabia qué admirar mas en él, si la belleza de su forma ó las buenas cualidades que le adornaban.

Sin embargo, mirando con detencion aquel hombre, se observaba en él una nube de sombría tristeza, una melancolía estraordinaria que realzaba doblemente los encantos de su varonil fisonomía.

XVI.

Stanley fué á sentarse, como ya hemos dicho, cerca del balcon.

Ojeó distraidamente el libro que Vargas le habia dado, y despues su mano alzó la colgadura que habia delante de él.

Entonces sus ojos adquirieron una fijeza estraordinaria; su mirada parecia que estaba fija en un objeto del cual no acertaba á separarse.

Lo que Stanley miraba con tanta atencion, era una jóven encantadora que habia en un balcon en la casa de enfrente.

Aquella jóven era Clotilde, la hermana del pintor de quien antes hemos hablado.

La jóven estaba embebida en su meditacion,

Por lo tanto, no pudo apercibirse de la curiosidad de que era objeto.

Stanley cada vez miraba de una manera mas ardiente á la jóven, y quizá el fuego de sus miradas, atravesando la distancia que le separaba de la jóven, llegase hasta esta, porque Clotilde alzó de pronto la cabeza sorprendida y fijó sus ojos en los balcones que habia frente á los suyos.

XVIII.

Entonces las miradas de ambos se encontraron.

Clotilde se ruborizó estraordinariamente.

Y llena de confusion volvió á inclinar la vista sobre el bordado.

—Dios mio, esclamó Stanley con un acento estraño; ¿seria esta la mujer que yo he buscado con tanto afan?

Y sus ojos volvieron de nuevo á fijarse con una espresion mas intensa, mas anhelante, mas acariciadora en el balcon de Clotilde.

Esta permaneció algunos momentos aturdida, por decirlo así; su corazon principió á latir con una rapidez estraordinaria.

Sus megillas enrojecian y empalidecian sucesivamente.

Todo en ella demostraba que habia recibido una gran impresion.

Alzó su cabeza, sus ojos volvieron á encontrarse con los de Stanley y de nuevo volvió á inclinarla, mas encendida, mas agitada que antes.

Así permanecieron algunos segundos.

Al cabo de ellos hizo un esfuerzo, y fijó una mirada larga, intensa, en el balcon de enfrente.

Y conforme iba mirando á Stanley, parecia que se esclarecia su semblante.

XIX.

Su fisonomía se iluminaba gradualmente, y á su tris-

teza parecia sucederse una felicidad dulce, misteriosa, desconocida.

Parecia que en aquel momento se la habia revelado un sentimiento nuevo.

Y este sentimiento era el amor.

Pero el amor profundo, delirante, fomentado por la soledad y la pureza.

Y no acertaba á separar sus ojos de aquel balcon; Stanley tambien estaba lo mismo y en el mudo lenguaje de sus pupilas, se decian mucho mas que hubieran podido espresarse sus lábios.

Pero de pronto un reloj que habia en la estancia, dió las tres.

El sonido de aquel sacó de su ensimismamiento al caballero.

Sacó el suyo, lo comparó con aquel y murmuró:

—Esta es la hora de la cita; debo marcharme; adios, mi hermoso sueño.

Y al decir estas palabras Stanley saludó graciosamente á Clotilde y se retiró hácia las habitaciones interiores de aquella casa.

CAPITULO IV.

La presentacion en el gran mundo.—El domingo de Carnaval.—Una broma.

I.

Una noche se esparció una noticia estraordinaria en los círculos elevados de la córte.

Toda la aristocracia estaba estremecida, y en el Casino se interrumpieron algunas partidas de juego para ocuparse de aquel acontecimiento.

Esto era que se anunciaba como muy próxima la llegada á Madrid del marqués de Santillan.

¿Quién no ha oido hablar de este personaje?

Creemos que nadie absolutamente.

Todo el mundo debe recordar este semi-Dios de la riqueza y de la elegancia, que poseia un palacio de invierno en París, una *Villa* de recreo en las cercanías de Florencia, y una casa de verano en el aristocrático barrio de *Belgrave-Square*.

II.

Gastaba segun los cálculos de sus encomiadores siete millones al año, y aun habia quien elevase esta suma á diez ó doce.

Nosotros no podremos asegurar ni lo uno ni lo otro, pero sí podemos decir que el marqués de Santillan era un personaje que positivamente tenia derecho á llamar la atencion.

Su venida á Madrid necesariamente debia causar una gran impresion.

Habia una porcion de personas que le habian conocido en París, que le habian alucinado y que le tenian envidia si eran hombres, ó que se habian sentido poderosamente impresionadas si eran mujeres.

Se preguntó con una avidez estraordinaria el dia que llegaba.

Y cada cual daba en su imaginacion una forma distinta á aquel hombre que de tal manera preocupaba todos los ánimos.

Los maridos le creian un nuevo Tenorio, y formaban cien proyectos á cual mas insensatos para ocultar sus esposas á los ojos de aquel vampiro de nueva especie que iba á arrebatarles la flor de su honor.

III.

Las mamás pensaban con cierta delicia en si los encantos de sus hijas serian suficientes para llamar la atencion de aquel hombre.

Las jóvenes le dotaban de una mirada dulce, melancólica, distraida.

Su acento era tan tierno y tan acariciador como el arrullo de las auras.

Finalmente, en su semblante habia ese no sé qué de fatídico, de terriblemente dominador al cual era imposible resistirse.

Las criadas le creian un nuevo Nabad que hacia brotar de sus dedos sortijas y monedas para premiar sus complacientes servicios.

Los comerciantes esperaban con impaciencia la llegada de aquel potentado que habia de dejarse los montones de oro en sus mostradores.

Los *dandys* estaban un tanto amostazados.

La llegada de aquel astro los iba á eclipsar.

IV.

Pero cuando vieron que en el dia anunciado para que hiciera su entrada en la córte, no se presentaba, sintieron una especie de secreta alegría.

La alta aristocracia se vistió de luto.

¿Habria muerto el marqués de Santillan?...

¿Estaria arruinado?

¿De qué nacia esta falta en un hombre que jamás habia faltado á su palabra?

Nadie lo sabia, pero lo cierto era que el duque no parecia.

Sin embargo, cuando menos lo esperaban *El Hotel de los Príncipes* recibió en sus mas suntuosas habitaciones al marqués de Santillan.

Madrid está ya acostumbrado á ver notabilidades de todas clases, y por lo tanto, para causarle impresion se necesita que sea una gran cosa.

El marqués de Santillan, seguido de sus criados, se aposentó á lo príncipe, y dos dias despues de su llegada, en los palacios de la aristocracia se hablaba de él; en los escritorios de la alta banca, era objeto de cien conversaciones distintas, y en los tenduchos del Rastro, se comentaban todas las maravillas que se referian de él.

V.

Durante los tres dias que se siguieron á su llegada, el marqués no se presentó en ninguna parte.

Y no fué por falta de invitaciones.

Las eminencias políticas, las mas elegantes damas y toda la alta banca, se disputaron el honor de su primera visita.

Quién creia que la venida del duque traia oculta una mision diplomática.

Quién, que era el jefe de una vasta asociacion que tenia por objeto la abolicion de todas las monarquías europeas.

Así era que se esperaba con suma impaciencia ver á quién hacia su primera visita.

Pero el marqués dejó pasar cuatro dias, y al cabo de ellos fué á instalarse en la Carrera de San Gerónimo en una magnífica casa cerca de la calle del Baño.

Los caballos que entraron en sus caballerizas eran de *pur sang*, como dicen los inteligentes.

Y sus criados eran de lo mas escogido que pudo encontrarse entre toda la turba de librea.

El marqués de Santillan supo eludir y evitar susceptibilidades haciendo su primera visita á la Condesa de Montejo, noble dama de la córte madrileña, y cuyos salones indudablemente eran el centro de la elegancia y del buen tono.

Despues fué sucesivamente visitando los palacios de diversas personas, y muy presto todo el mundo se convenció de que el marqués estaba perfectamente á la altura de su fama.

VI.

El dia en que nosotros penetramos en las habitaciones de este, era, como ya digimos en el capítulo anterior, el primero de carnaval.

Nuestra vista queda deslumbrada ante la magnificencia que allí se descubre.

Y no es solamente la magnificencia sino el buen gusto, la elegancia, por decirlo así, que por todas partes se descubria.

En el momento en que nosotros penetramos en las suntuosas habitaciones del señor marqués de Santillan, á nadie encontramos en ellas.

Al cabo de algunos momentos de esperar, se levanta casi sin ruido alguno el magnífico portiér que cubren uno de los vanos de las puertas, y nuestra sorpresa se aumenta estraordinariamente al ver que el marqués no es otro que Jorge Stanley, á quien momentos antes habíamos visto en la casa de la calle del Prado en las oficinas de Giro.

El marqués ó Stanley, segun queramos llamarle, se dejó caer sobre una butaca murmurando:

—¡Indudablemente que es una mujer admirable!

Despues hace sonar un timbre que hay á su lado sobre una magnífica mesa de palo-santo, y un criado aparece á los pocos momentos.

—Que enganchen mi carruaje, le dijo.

—¿Va á salir el señor? preguntó el criado.

—Sí.

—Aquí ha estado uno de los *duques* y ha dejado esta carta para vuecencia.

Y al decir el criado estas palabras puso en manos del marqués una carta.

—Está bien, vete á cumplir con tu deber.

VII.

El criado hizo una nueva reverencia á su señor, y salió de la estancia.

Cuando se encontró solo, cayó en un abatimiento bastante estraño.

La carta que su criado le diera, aun la tenia en la mano y la daba una vuelta y otra, como si temiese enterarse de su contenido.

Pero por fin se decidió.

Abrió la carta y á medida que iba leyendo murmuraba:

—¡Todavía otra órden! todavía obedecer otra vez. ¡Oh! pero mi paciencia ya está agotada y ni quiero ni debo sufrir mas; á mí es á quien únicamente debe obedecer toda esa canalla de quien he tenido necesidad de valerme para conseguir la realizacion de mi proyecto. Fuera vacilaciones, que sea lo que deba ser.

Y al decir estas palabras el duque rompió la carta que acabó de recibir y llamando al criado le dijo:

—Si vienen á exigirte respuesta á esa carta, dí que mañana quiero tener una reunion de *amigos* en mi quinta de Carabanchel, que á las doce estaré yo allí, que no me hagan esperar mucho porque saben que no me agrada esperar.

El criado escuchó á su amo con una sorpresa estraordinaria, y pocos momentos despues este subia á su carruaje dirigiéndose hácia el Prado donde ya empezaba á afluir una concurrencia estraordinaria.

CAPITULO VI.

Continúa tratándose del mismo asunto.

I.

¡Magnífico está el Prado en un dia de carnaval!

La multitud le invade por todas partes, y cien bromas distintas, cien gritos, cien imprecaciones, cien carcajadas se escuchan por todas partes.

En dias de carnaval, es casi absolutamente imposible el atravesar el salon de un estremo á otro.

Nosotros dejaremos el salon y nos dirigiremos hacia el paseo del Dos de Mayo, sitio que parece han elegido hace algunos años las jóvenes de la aristocracia madrileña para sentarse ó para pasear durante las tardes de carnaval.

Multitud de bellezas nos encontramos ya en aquel sitio.

Pero entre todas, la que indudablemente ha de llamar

mas nuestra atencion, es la encantadora condesa de la Union.

Mis lectores la deben conocer; es una de esas figuras encantadoras que casi todas las tardes se encuentran en el Prado.

Es elegante, alta; es, en fin, la misma mujer que hemos visto ya en Capellanes en el primer capítulo de nuestra obra, y respecto á la cual reparamos la conducta que Juan habia observado con ella.

II.

La condesa era huérfana.

Vivia con un hermano mayor que ella y que la queria con un cariño estraordinario.

Irene, que así se llamaba, amaba con toda la fuerza de su alma á un jóven que no tenia mas patrimonio que su talento.

Pero en cambio poseia un alma tan noble como la suya, y si la fortuna habia andado harto avara con él, la naturaleza habia sido sumamente pródiga para concederle tanto la belleza de la forma como la belleza del fondo, que es la mejor de todas.

III.

Irene, segun la última voluntad de su padre, debia enlazarse con el conde de la Oliva, á quien aquel habia debido en otro tiempo grandes atenciones.

Pero como generalmente los compromisos que se contraen por los padres son muy poco á gusto de los hijos, de

aquí el que Irene aborreciese mucho al conde de la Oliva y que por el contrario adorase con delirio al jóven de quien antes hablamos.

Su hermano la habia dicho que por ningun estilo la obligaria nunca á dar su mano á un hombre á quien su corazon rechazase, pero que sí la exigia únicamente que la persona á quien eligiese fuera digna de ella por su nacimiento y por su posicion.

IV.

Estas condiciones eran terribles para Irene, pero sin embargo, no habia mas remedio que sujetarse á ellas y estar sumamente agradecida todavía á su hermano, que no la obligaba á cumplir la voluntad de su padre.

Sin embargo, ella tenia confianza en que aun le seria fácil vencer aquel último escrúpulo de su hermano, y dejaba trascurrir el tiempo embriagada por el amor de Mario, que asi se llamaba el hombre de quien con tanto ardor era correspondida.

Pero un dia se presentó un nuevo candidato en escena.

Este era el marqués de Pino Blanco.

Habló á la jóven y esta le rechazó.

Volvió de nuevo á insistir y obtuvo el mismo resultado que la primera vez.

V.

Entonces el marqués hizo juramento de conseguir su objeto, prescindiendo de los medios que para ello pudie-

ra emplear, é inmediatamente principió á tratar de la realizacion de su idea.

Espió á la jóven, compró á sus criados, hizo todas las indagaciones posibles y por fin supo el inmenso cariño que Irene abrigaba hácia Mario.

Esto fué una luz para él.

Inmediatamente principió á esplotar aquella mina.

Puso cerca de la jóven personas hábiles, y muy pronto el aguijon de los celos hizo brotar una lágrima á los encantadores ojos de Irene.

Y trascurrieron los dias, y la ida de la jóven á Capellanes fué el resultado de la trama perfectamente urdida por el marqués.

Ya vimos de qué manera quedó puesta en ridículo la jóven ante los que acompañaban al infame caballero, y tambien recordarán nuestros lectores que salió del baile acompañada por él.

VI.

A consecuencia de la escena que medió aquella noche, al dia inmediato el de Pino Blanco tuvo una entrevista con Irene.

En ella la exigió que para que todo lo que habia pasado se olvidase era necesario que ella asintiese á darle su mano.

Esto era escesivamente cruel para la jóven.

No pudo contestarle en el momento y le pidió algunos dias para reflexionar.

El marqués asintió de buen grado y no dudó un instante que Irene accederia á sus proposiciones.

Pero estaba en un error.

La jóven cuando se quedó sola, cuando pudo reflexionar, se convenció de una manera harto positiva que el sacrificio que se la exigia era muy superior á sus fuerzas.

Y no sabia qué hacer.

Cien veces estuvo á punto de revelar á su hermano todo lo que habia.

Comprendió perfectamente que todo lo que sucediera en el baile no fué mas que obra del Marqués.

VII.

Debemos decir que Mario no habia vuelto á ver á Irene y que todas las cartas que esta le escribió quedaron sin respuesta.

La jóven se sorprendia de esta conducta, pero llegaba la tarde, iba á la Fuente Castellana y allí le veia, y se encontraban sus miradas y en su mas elocuente espresion se decian que se amaban.

¿Como comprender esto?

Irene no lo sabia, pero nuestros lectores lo comprenderán mas adelante.

La jóven temblaba al ir á confesar á su hermano una palabra, porque adivinaba muy bien que de aquella confidencia habia de resultar un desafío.

Y las mismas razones la obligaban á callárselo á Mario.

Así era que la desgraciada sufria de una manera estraordinaria.

Y espiró el término que el marqués la habia impuesto para que contestase, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para cojer la pluma.

Cien cartas distintas empezó, y cien hizo pedazos.

Ninguna la satisfacia.

Por fin, trazó algunas líneas en un papel y lo firmó.

Lo cerró sin mirarlo, y lo mandó inmediatamente por medio de una de sus doncellas de mas confianza, la cual estaba vendida al marqués.

VIII.

Aquella carta era la que debia ser.

Una negativa rotunda; pero al mismo tiempo apelaba al pundonor y á la delicadeza del caballero, á fin de que hiciera cuanto estuviese de su parte para impedir que se esparciesen aquellos rumores que tanto podian comprometerla, á pesar de lo inocente que era.

El hermano de Irene la habia preguntado una porcion de veces, estrañándose de su tristeza, la causa de ella.

Pero era imposible que la jóven se lo dijese.

Ya hemos indicado en otro lugar los temores que tenia por el resultado inmediato de una confidencia semejante, y por lo tanto no debia esperar saber la verdad.

Nosotros nos los encontramos en el Prado.

Con esto reanudaremos nuestra narracion interrumpida para hacer la presentacion de estos dos personajes.

Ya hemos dicho que tanto el salon como los paseos inmediatos estaban completamente obstruidos.

La tarde estaba bastante buena, y las máscaras abundaban estraordiamente; los epígramas, las indirectas y las alusiones picantes se cruzaban de un grupo á otro, como un terrible fuego graneado.

Creemos que la mayor parte de nuestros lectores no ig-

noran cómo se pone el paseo en una tarde semejante, y que no son precisamente las máscaras las que forman el barullo y la animacion que allí se nota.

Son esa turba, esa multitud de grupos de jóvenes que reciben bromas y las devuelven á su vez, y que con sus carcajadas, sus gritos y sus chistes forman un coro que se armoniza perfectamente con el que forman las máscaras.

En uno de estos grupos, nos encontraremos al marqués de Pino Blanco al frente de algunos calaveras de su mismo jaez.

IX.

El marqués ha elegido para sentarse un sitio cerca del que ocupaban Irene y su hermano.

Ha cambiado con ellos algunos saludos y la turbacion de la jóven al ver tan cerca de sí al hombre á quien con harta razon cree su enemigo, ha sido tan perceptible, que su hermano no ha podido por menos de preguntar:

—¿Qué es eso, Irene? parece que estás agitada.

—Eso no tiene nada de particular, repuso el marqués con una ironía que solo comprendia la jóven; en tardes de Carnaval las señoras temen siempre no las dirijan alguna broma que pueda descubrir alguno de esos dulcísimos misterios de amor.

—Me parece que mi hermana no tenga que temer respecto á eso.

—Quién sabe, baron, repuso el marqués; ¿no es cierto, Irene?

X.

La jóven no contestó, porque positivamente nada podia contestar; temia alguna nueva infamia por parte del marqués, y temblaba, porque un escándalo allí pudiera ser terrible.

Así trascurrieron algunos segundos, cruzando sin cesar máscaras que se detenian algunos momentos, bien delante de Irene y de su hermano, bien delante del marqués y de sus amigos.

Cambiaban con ellos algunas palabras y proseguian su camino para detenerse á los pocos pasos delante de otras personas.

Iba ya próximamente á mediar la tarde, cuando el rey de la elegancia y de la moda, el hombre que habia tenido el raro privilegio de ser objeto de todas las consideraciones, desde mucho antes de su llegada á Madrid, el marqués de Santillan... en fin, apareció en el paseo.

Se habia bajado de su carruaje, y solo, como se le veia casi siempre, habia penetrado en el salon.

Inmediatamente que se apercibieron de su llegada las jóvenes y los caballeros que le conocian, trataron de atraerlo junto á si.

XI.

Pero esto era sumamente dificil.

El marqués era de esas personas que no hacen jamás mas que lo que quieren.

Por lo tanto, saludó de aquella manera que solo él sa-

bia hacerlo á las personas con quienes se encontraba, y prosiguió su camino mirando á todas partes con cierta indiferencia que nada de afectada tenia.

Por fin, vió una silla desocupada, casi entre Irene y el marqués, y saludando con una gracia especial á la jóven, la dijo cruzando por delante de ella:

—Señorita, con permiso de V.

XII.

Irene se retiró un poco y dejó pasar al de Santillan.

Pero el marqués, que no veia en él mas que un importuno que le privaba de estar al lado de Irene con toda la libertad que él apetecia, dijo:

—Me parece que hay otras sillas en el salon además de esta.

El marqués no hizo mas que volver con lentitud su cabeza hácia la persona que habia hablado, y la mirada que destellaron sus ojos debió ser tan terrible que el de Pino Blanco no pudo por menos de palidecer dirigiendo á otra parte sus ojos no pudiendo resistir la irradiacion de los de aquel.

El marqués se sentó tranquilamente y algunos de los amigos del marqués le dijeron:

—Chico, ¿sabes quién se ha sentado ahí?

—No, ¿quién es?

—Hombre, es estraño que no le conozcas.

—¿Pero quién es?

—El marqués de Santillan.

—Calla, ese personaje de quien tales maravillas se

cuentan; maldito si encuentro nada de particular en él.

—Adios, marqués, gritó una voz delante de los jóvenes.

XIII.

Alzaron estos precipitadamente la cabeza y vieron dos máscaras cuyos trajes caprichosos llamaban estraordinariamente la atencion.

El marqués, que habia estado mirando á los jóvenes mientras estuvieron hablando entre sí, no pudo menos de sorprenderse al reparar en la especie de cruel alegría que se retrató en el semblante de aquel al fijar sus ojos en las máscaras.

Y aun le pareció notar que se cruzaba una señal de inteligencia entre aquellos y el marqués.

Y como es consiguiente, esto hubo de escitar su curiosidad y prestó una atencion profunda á las palabras que entre ellos se cambiaron.

—Qué perdido andas, marqués, le dijo uno de los máscaras.

—No te sucederá á tí lo mismo, repuso este; pues cuando tú me echas de menos señal que vas á muchísimos sitios donde yo no concurro.

—Dime, ¿á qué purísima paloma tiendes ahora tus redes?

—Dí mas bien quién ha sido la que ahora me ha tendido el anzuelo.

—Ca, contestó la máscara con voz de falsete agudo; tú no eres ya de los que se dejan pescar.

—¿Oye V., Irene? preguntó el marqués dirigiéndose hácia la jóven; ¿ve V. que manera tienen de juzgarme?

—Irene, dijo la máscara á la hermana del baron ¡dí que ese juicio es muy verdadero! hace un mes estaba jurándole un amor eterno á una linda condesa á quien tú conoces mucho.

—¡Pero máscara!..

—Hace quince dias, le decia casi lo mismo á una huérfana muy bonita que tuvo la debilidad de creerle.

—Vamos, basta ya, dijo el marqués fingiéndose amostazado.

—¿Y ahora?... ahora...

—Ea, vete de aquí y embroma á otras personas que tengan mas humor de escuchar tus simplezas que yo.

—Hombre, ¿te incomodas? pues hijo, peor para tí; vaya, agradece á la condesa de la Union que te deje, porque sino ya tenias buena tarea.

—¿A la condesa? esclamó el de Pino Blanco sorprendido.

—Si, tengo muchas cosas que decirla, con que así, adios.

Y las dos máscaras se separaron un paso del marqués aproximándose en cambio á Irene, que sin saber por qué se puso mas agitada y mas temblorosa que habia estado toda la tarde.

XIV.

—¿Los has conocido? preguntó uno de los amigos del marqués.

—Si, contestó este en inglés.

El marqués de Santillan hizo un movimiento de sorpresa y aunque miraba á otra parte prestó nueva atencion á fin de no perder una palabra de cuanto aquellos hablasen.

—¿Y quiénes son? preguntó el otro en el mismo idioma.

—Nuestros hombres.

—¿De veras?

—Ya creí que no venian.

—Entonces ¡pobre de ella!

—Ya, ya, ahora va á ser la gorda.

—No perdamos nada absolutamente.

Y se cambiaron en voz baja algunas palabras entre los jóvenes.

XV.

Todos dirigieron sus miradas hácia Irene y su hermano.

El marqués lo habia comprendido todo.

Sus ojos se fijaron en el de Pino Blanco con una espresion de desprecio infinito.

Despues hizo como los demás; fijó tambien sus miradas en las personas delante de las cuales se habian detenido las máscaras.

—Irene, decia uno de ellos; ¿sabes que te veo muy agitada esta tarde?

—¿Es que no has visto á tu amante?

—Me parece que estais equivocados, dijo la jóven haciendo un esfuerzo.

—No lo creas, tanto á él como á tí, os conocemos muy bien.

—Pero vamos, mujer, no te pongas tan encarnada, tu hermano no se incomodará por eso, ¿no es cierto, baron? prosiguió el máscara dirigiéndose al hermano de la jóven.

—¡Oh! desde luego, contestó este, aunque supongo lo mismo que mi hermana que estais muy equivocados en todo cuanto estais diciendo.

—No lo creas, y sino, tú lo verás.

—Dime, Irene, repuso el otro máscara; ¿has visto esta tarde á Mario?

XVI.

Irene no pudo contestar.

Su turbacion se aumentaba de una manera harto visible.

El baron estaba tratando de recordar si entre las personas que conocia, habia alguno que se llamase Mario.

—Vamos, máscara, dijo el marqués mezclándose en la conversacion; retírate ya y no digas mas simplezas.

—O que se marche ó que se esplique, esclamaron todos los amigos del marqués.

—Eh, señores, dijo el máscara; yo sé muy bien lo que me digo y...

—Habla, habla.

—Vamos, dejadme y puesto que yo no me meto con vosotros, no os mezcleis tampoco en mis conversaciones.

—Bien, bien; pero habla.

—Tenia ánimo de no haber dicho una palabra á Irene, pero me ha sorprendido tanto el verla esta tarde tan triste y tan pálida, cuando la otra noche en Capellanes estaba tan alegre y tan...

—En Capellanes, ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... esclamaron todos los jóvenes, soltando la carcajada.

—Mientes, máscara, repuso el baron alzándose de su asiento lleno de cólera.

—No lo creas, baron; ¿no es cierto que sucedió así, Irene?

XVII.

La pobre jóven habia quedado inmóvil y sin movimiento alguno.

Todas las miradas se fijaban en ella, y sentia que el fuego de la vergüenza y de la confusion abrasaba su rostro.

El baron dió un paso hácia el máscara, y le dijo cogiéndole de un brazo:

—Ten presente que yo sé tolerar una broma, pero no un insulto.

—Pues mira, baron, prosiguió el máscara; tu hermana estuvo en Capellanes, ¿y sabes con quién? con un mozo del café Suizo; y si lo dudas, mírala á ella, y pregúntaselo al marqués de Pino Blanco; ellos te contestarán.

Y desasiéndose de la mano del baron por medio de un movimiento tan brusco como inesperado, los dos máscaras se perdieron muy pronto entre la multitud que les rodeaba por todas partes.

XVIII.

El baron quedó inmóvil durante algunos segundos.

Sus miradas se fijaron en su hermana, y al verla, una cosa horrible, dolorosa, debió pasar por él.

—Ha hablado de tí, marqués, dijeron los jóvenes cuando escucharon las palabras del máscara.

—Silencio, amigos mios, repuso este con un acento y de una manera que confirmaba mucho mas lo que el más-

cara habia dicho; hay cosas sobre las cuales debe correrse un velo.

XIX.

Todas cuantas personas habia sentadas por allí, amigos ó conocidos de él, se habian enterado, como es consiguiente, de lo que los máscaras habian dicho, y habian observado la turbacion de la jóven, turbacion que corroboraba cuanto aquellos dijeron.

El baron al verse hecho el blanco de todas aquellas miradas, avergonzado y lleno de furor al mismo tiempo contra su hermana, que de semejante manera le habia puesto en ridículo, se acercó á ella y la dijo:

—Señora, vámonos de aquí.

—Vamos, baron, dijo el marqués acercándose á Irene y á su hermano; yo suplicaré á V. que no haga caso de las palabras de esos máscaras, y que disculpe esa accion de su hermana.

—Caballero, murmuró en esto una voz á espaldas de nuestros personajes; si tuviera V. un poco de dignidad y algo de vergüenza, no se atreveria siquiera á acercarse á esta señora.

XX.

La persona que habia hablado así era el marqués de Santillan.

Habia estado observando toda aquella escena, como ya hemos dicho.

Estuvo haciendo grandes esfuerzos para contenerse

durante tóda ella; pero cuando escuchó las palabras del marqués, no pudo mas, y le interrumpió de la manera que ya han visto nuestros lectores.

—Caballero, esclamó el marqués, palideciendo de una manera intensa.

—Señor baron, prosiguió el de Santillan; si V. me permite, le ayudaré á trasportar á su hermana al carruaje, pues creo que necesite de algun apoyo.

—No sé con quién tengo el honor de...

—Para V., contestó el recien llegado, soy el marqués de Santillan, y le ofrezco mi amistad franca, sincera y leal; para V., prosiguió dirigiéndose al de Pino Blanco, soy un enemigo acérrimo, infatigable, que no le perderá de vista un solo momento, y que hará V. muy bien en alejarse cuanto le sea posible de mi camino.

—Semejante insulto...

—Ya sabe V. quién soy; tambien sabe V. dónde vivo, y por lo tanto, puede buscarme cuando quiera, que en todos los terrenos me encontrará dispuesto á sostener lo que he dicho.

XXI.

Despues de estas palabras, el de Santillan saludó con una frialdad glacial al marqués, que comprendiendo el papel que estaba haciendo, se retiró de allí, y dijo dirigiéndose al baron:

—Si V. me hace la honra de admitir mi carruaje, creo que estamos mas próximos á él que al de Vds.

—Mil gracias; el nuestro está áquí junto á la fuente de Neptuno; pero no obstante eso, la honra será mia si usted nos acompaña.

Pocos momentos despues penetraban en el carruaje del baron, y el marqués de Santillan daba órden á su cochero para que fuese á buscarle á la casa de aquel.

El marqués de Pino Blanco, trémulo de coraje, se reunió de nuevo á sus amigos, que le dijeron al verle:

—Chico, el escándalo ha sido completo; ¿pero qué tienes?

—Nada, dejadme, y no me pregunteis una palabra.

—Chico, ¿se ha trocado la comedia en drama para tí?

—Y quizá termine en trajedia para alguno, repuso el marqués con acento siniestro.

CAPITULO VII.

Reanudamos antiguos conocímientos.—Un torero y una mujer.—El Chaval.

I.

Tiempo es ya de que nos ocupemos de personajes que hemos olvidado durante algunos capítulos.

Hasta ahora nuestra obra no ha sido mas que una especie de cosmorama, en el cual han ido apareciendo y desapareciendo sucesivamente una multitud de personajes, sin que parezcan tener relacion alguna entre sí.

Ahora ya debemos ir relacionándolos.

Hasta aquí no hemos hecho mas que esponer personas y hechos.

Desde este momento necesitamos ir presentando ya las consecuencias de aquellos hechos.

Por lo tanto, podemos decir que ahora es cuando vamos á empezar nuestra obra.

¡Quiera Dios que lo hagamos á gusto tuyo, lector mio, pues ese es mi único deseo al principiar á escribirla.

Hecha ya esta salvedad, proseguiremos adelante.

II.

Para proceder con órden, debemos retroceder al primer capítulo de nuestro libro.

¿Os acordais, lectoras mias, de la *cantaora*, cuya entrada causó una sensacion tan grande en la taberna de Brígida?

Pues á esta es á quien vamos á buscar.

La broma y el jaleo duraron en la taberna hasta muy tarde.

Tiburcio, como si le hubieran llamado, se despertó á la hora marcada.

Y quedó sorprendido al ver que no habia luz alguna.

Y medio adormilado se levantó de la silla.

Dió dos pasos, y cayó en la trampa de la cueva.

Entonces se apercibió de la situacion en que se encontraba.

Una cuerda estremadamente fuerte, le sujetaba por la cintura.

Habia caido en una disposicion, que ni sus piés podian tocar al suelo del sótano, ni sus manos alcanzaban á los bordes de la trampa.

Y para hacer mas penosa su situacion, el pañuelo que le habian puesto en la boca casi le ahogaba.

Así fué que de lo primero que trató fué de quitárselo.

Y lo consiguió á costa de infinitos esfuerzos.

Juan y su compañero habian atado las cuerdas per-

fectamente, de manera que si bien la posicion que ocupaba el pobre vendedor era incómoda, no tenia nada de peligrosa.

Tiburcio gritó, pero fué en vano.

Juan habia dicho á la tabernera que habian jugado una broma al vendedor, y que por ningun estilo le dejasen salir hasta despues de las dos de la madrugada.

La *cantaora*, ó Amparo, segun queramos llamarla, repuesta algun tanto del susto qne el *Colorao* la habia hecho pasar, no pudo ocultar una turbacion inmensa al ver al torero que la contemplaba con una cólera y al mismo tiempo con una alegría estraordinarias.

Pero á pesar de todo, ella habia ido allí para cantar, y no tenia mas remedio que hacerlo.

Los mozos la instaron, la tabernera lo mandó, y nuestra jóven, con una voz melodiosa, dulce y argentina como la de un ángel, cantó unas rondeñas y unas seguidillas que entusiasmaron á todos los concurrentes.

III.

El tio *Carántula* no pudo por menos de decir:

—Esta es una moza de *mistó*.

Y el torero, contemplándola con delicia, murmuraba:

—Lo mismo, lo mismo que en Sevilla; ¡oh! ¡que voz!...

—¡Qué hermosa es!... esclamaba el *Chaval*, posando sobre ella una mirada intensa y apasionada.

Y terminó el baile, y Amparo se dispuso á salir.

Todos los mancebos que habia en la taberna se alegraron y se ofrecieron á acompañar á la jóven.

Pero el Sr. Pedro se adelantó hácia ellos, y les dijo:

—Eh, *cabayeros*, aquí nadie tiene derecho para acompañar á esa mujer mas que yo.

—Bueno, bueno, Sr. Pedro, vaya V. con Dios.

Y el torero se acercó á la jóven que ya estaba en la calle, y la dijo:

—Vamos, Amparito, me parece que ya era tiempo de que yo te echara la vista encima.

—¡Sr. Pedro!... murmuró la *cantaora* un tanto asustada.

—Me jugaste una *partia* muy serrana; cómo ha de ser; este es el pago que uno encuentra siempre que hace un favor en el mundo.

—¡Oh!... yo le aseguro que mi gratitud es tan grande...

—Ya se ha conocido... contestó el torero con ironía.

—Suplico á V. que no me reconvenga...

—Y dime, *lucero*, ¿con quién vives en Madrid?

—Vivo con una pobre anciana de quien soy el único amparo hoy, así como V. lo era el mio en otro tiempo.

—No recuerdes aquello porque...

—Si V. no tiene inconveniente, dijo Amparo con timidez, desearia que ahora no subiera á nuestra pobre vivienda.

—¿Qué es eso? ¿temes que vea?...

—Temo que la pobre anciana, que me quiere como á una hija, y á la cual respeto como á una madre, sospeche lo que no debe sospechar nunca.

—¿Qué quieres decir? preguntó el torero sorprendido por el acento de Amparo.

—Quiero decir, que yo, á pesar de mi desgracia, á pesar de la situacion en que he vivido, no tengo todavia por qué inclinar mi frente con vergüenza, y por esta razon no quiero hoy dar lugar á que nadie tenga que hablar de mí.

IV.

El acento con que pronunció Amparo estas palabras, respiraba una resolucion tal que el torero la contempló asombrado.

Y al par que habian ido hablando, recorrieron la distancia que separaba al Rastro de la calle de la Cabeza.

Delante de una casa cuya apariencia era bastante mezquina, se detuvo la *cantaora*, segun la llamaban las gentes de los barrios bajos.

—¿Qué es eso? ¿te quedas aquí? la preguntó el torero.

—Sí, señor; en una de las bohardillas de esta casa es donde vivo.

El torero permaneció silencioso durante algunos segundos, mientras la jóven sacaba de su bolsillo una llave y abria la puerta de la casa.

Despues que estuvo hecho esto, Amparo se volvió hácia Pedro y le dijo:

—Amigo mio, V. que tiene un corazon noble y generoso, comprenderá perfectamente los motivos que me impulsaron á abandonarle en Sevilla.

—Yo solo comprendo que...

—Que mañana, á cualquier hora que sea, le espero á usted para estrecharle de nuevo la mano.

Y al interrumpir la jóven al torero lo hizo muy á tiempo.

V.

Su acento espresaba con harta elocuencia la esplosion

de un amor profundo, inmenso, contenido durante largo tiempo.

Amparo aprovechó la especie de turbacion que habia causado al Sr. Pedro la cita que ella le daba, y abriendo la puerta desapareció tras ella con estraordinaria rapidez.

El torero se quedó mirando aquel lienzo de madera que se interponia entre Amparo y él, y despues murmuró:

—¡Oh!... se ha burlado tambien como en *Seviya*; pero ahora sé que está en Madrid, y si mañana no me cumple lo que me ha prometido, yo sabré encontrarla.

Y despues de estas palabras se enteró bien del número de la casa, y desapareció al poco tiempo dirigiéndose hácia la suya.

VI.

Entretanto el *Chaval*, que habia entrado solo en la taberna de Brígida, solo tambien habia salido de ella.

¿Quién era aquel hombre? ¿Qué hacia? ¿En qué se ocupaba?

Nadie podia responder á estas preguntas.

El *Chaval* habia aparecido en la sociedad reunida tanto en la taberna de Brígida como en otros puntos parecidos á aquel, sin que nadie supiera cómo y por dónde habia llegado.

Unicamente le veian alternar con cierta clase de personas cuyos antecedentes no eran los mas satisfactorios.

Siempre llevaba una onza en el bolsillo, y su lenguaje y sus maneras diferian mucho de las de la sociedad en que se hallaba.

Para nosotros ha sido tambien un personaje que ha lla-

mado nuestra atencion, y como somos un tanto testarudos cuando nos proponemos seguir la pista á alguna persona, no abandonaremos al *Chaval* desde el momento en que salió de la taberna, pocos instantes despues que Amparo habia marchado.

El jóven habia estado contemplando á la *cantaora* desde el momento en que nosotros le abandonamos, con esa avidez, de esa manera anhelante que ya conocemos en él.

No se cruzó palabra alguna entre ellos.

Y sin embargo, un observador no habria dejado de percibir algunas miradas que con mucho disimulo dirigia la jóven al *Chaval*.

Y cuando sus miradas se encontraban el rostro de Amparo se enrojecia.

Pero á pesar de esto, ambos se separaron sin haberse cambiado una palabra que sirviese para demostrar que sus corazones estaban de acuerdo.

VII.

El *Chaval*, triste, meditabundo y silencioso, muy despacio atravesó una porcion de calles, perfectamente embozado en su capa, hasta que por fin se detuvo delante de una casa de magnífica apariencia.

El jóven tocó ligeramente al llamador de ella, é inmediatamente se abrió la puerta.

Dos criados aparecieron y nuestro jóven pasó por en medio de ellos sin corresponder á las respetuosas inclinaciones de cabeza que le hacian.

El *Chaval* subió por la ancha escalera y se detuvo

en el piso principal, cuya puerta franqueó tambien pocos instantes despues.

Nuestra admiracion subirá de punto al ver nuevos criados en la antesala, y que todos ellos saludan con un respeto profundo al jóven que pasa con altanería por delante, atravesando habitaciones suntuosamente adornadas, en las que se advierte una riqueza y un lujo estraordinario.

El jóven se detuvo por fin en un gabinete hasta donde le habia acompañado un criado que tomó la capa que pendia de los hombros y que le dijo:

—¿Quiere alguna cosa mas el señor baron?

—Nada absolutamente; traéme mi vaso de agua con azúcar y ya podeis retiraros todos.

VIII.

Ya iba el criado á retirarse cuando el *Chaval* ó el baron, puesto que ya sabemos que tambien tenia ese título, le dijo:

—Dime, Bautista, ¿han traido algo para mí?

—¡Ay señor! ya no me acordaba; aquí encima dejé una carta que trajeron esta noche.

—¿A ver? dámela.

El criado hizo lo que su señor le ordenaba, y puso en sus manos una carta en cuyo sobre decia:

«Al señor baron del Valle.»

Este miró el sello y pareció que al reconocerlo le estremecia.

—¿Qué significará esto? murmuró.

Y despues, alzando la cabeza y viendo al criado que estaba inmóvil en la puerta, añadió:

—Puedes retirarte, ya te he dicho que no quiero nada.

Cuando este se marchó, el jóven inclinó tristemente la cabeza murmurando:

—No sé por qué tiemblo siempre que recibo una carta de *la familia*; ¡oh!.. ¡cuán caro he pagado el crímen de mi padre!.. si yo pudiera evadirme de ese lazo que me oprime con tanta dureza!..

Y el baron dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció durante algun tiempo en aquella misma postura.

Al cabo de algun tiempo volvió á levantarla, y haciendo un esfuerzo esclamó:

—Veamos qué es lo que me dicen aquí; quiza mis temores sean tan pueriles esta vez como lo han sido todas.

Y con mano firme, aunque con una palidez espantosa esparcida por su rostro, rompió el sello que cerraba la carta y se puso á leer lo siguiente:

IX.

«Señor baron: mañana á las siete llegará á Madrid el marqués de Santillan.

Irá á alojarse en el *Hotel de los Príncipes*.

Usted irá á visitarle.

El marqués de Santillan es el jefe de *la familia*. V. será su amigo íntimo.

Le ha conocido en París, y en Madrid estrecharán con doble motivo sus relaciones.

El Consejo Supremo tiene fijas en V. y en él sus miradas, y no perdona jamás á los que faltan á sus juramentos.»

X.

Al pie de esta estraña carta no habia firma alguna.

Unicamente ocupando el sitio de esta, se veian dos líneas azules cruzadas en forma de aspa.

El baron cuando concluyó de leerla, dijo con un acento de profunda amargura:

—¡Siempre amenazas!.. ¿creerán acaso que por valerse de estas van á amedrentarme?.. Obedezco porque el nombre de mi padre está empeñado, pero sino... Es verdad que si por eso no fuera, el baron del Valle jamás hubiera tenido trato con semejante canalla.

Y despues de pronunciadas estas palabras, el baron volvió á sumergirse en profundas meditaciones.

Al dia inmediato, y próximamente á las tres de la tarde, nuestro jóven subia la ancha escalera del *Hotel de los Príncipes*.

Encontró al marqués de Santillan mucho mejor de lo que él se habia imaginado.

Creyó que iba á ver tal vez á un bandido mas ó menos elegante, pero asqueroso, repugnante, y siempre digno de desprecio.

Mas en vez de esto, la persona á quien habló era escesivamente simpática.

Habia en su semblante mucho de sinceridad, de honradez y de lealtad, y nuestro jóven no sabia cómo adunar todos estos sentimientos con los que debia tener un jefe de *la familia*, segun se le habia anunciado que era el marqués de Santillan.

Simpatizó con él y no sabemos qué clase de conversa-

cion sostendrian los dos, porque para una primer visita de etiqueta, el baron del Valle estuvo dos horas largas en el *Hotel de los Príncipes.*

XI.

Entretanto y casi al mismo tiempo que el baron estaba en casa el marqués, Pedro, que como recordarán nuestros lectores habia quedado en ir á la casa de Amparo, se dirigió á ella efectivamente creyendo que tal vez cuanto la jóven le habia dicho la noche anterior, no fué mas que con el objeto de que se marchase y la dejase en paz.

Pero aquellas presunciones eran completamente infundadas.

El torero encontró la puerta, subió á la bohardilla y llamó resueltamente á una de las habitaciones.

Amparo salió á abrir.

Pedro quedó sorprendido, como era consiguiente, y durante algunos segundos, nada absolutamente pudo decir.

XII.

La jóven le tendió su mano afectuosamente.

—Buenos dias, amigo mio; veo que ha sido V. puntual.

—¿Cómo no habia de serlo, siendo tú la que me llamabas, chiquita? contestó Pedro con un acento que espresaba perfectamente la emocion que sentia.

—¿Pero qué es eso? ¿no quiere V. pasar adelante? dijo la jóven, observando que el torero permanecia inmóvil en la puerta.

—Francamente, repuso este, yo no he acostumbrado nunca á disimular mis impresiones; lo que siento lo digo y...

—Pero...

—Déjame concluir; yo no esperaba haberte encontrado aquí, creí que cuanto me dijiste anoche no habia sido mas que un puro embrollo; de manera que al verte hoy, me he quedado sorprendido, y casi casi sin saber lo que me pasaba.

—Muy mal me ha juzgado V., y me parece que tenia motivos muy sobrados para conocerme, y saber que de cualquier manera que sea, yo no he faltado jamás á mis palabras.

—Por desgracia tienes razon, murmuró Pedro con amargura.

—¿Pero estamos todavía en la puerta? y me parece que no es este el sitio mas á propósito para ello.

—¿Y está contigo esa buena mujer de que hablaste anoche?

—¿Cree V. que si así no fuera, yo recibiria á alguien en mi casa?... No precisamente por miedo, sino por lo que se pudiera murmurar.

—Haces bien, hija; haces bien.

—¿Conque pasa V.?..,

—Puesto que te empeñas...

Y el torero franqueó la puerta de la bohardilla seguido de Amparo.

XIII.

Ya sabemos lo que semejantes habitaciones son, y por

lo tanto, se supondrá muy bien que no tardaron, ni tuvieron que atravesar muchas habitaciones para llegar á la sala.

Todo era muy pobre en aquella casa; pero todo estremadamente limpio, respiraba ese gusto peculiar solo en ciertas y determinadas mujeres.

Hay algunas de estas que saben describir en rededor de sí un círculo tal de belleza y de encanto, que nosotros no podemos esplicar, y creemos que tampoco nadie puede hacerlo, pero cuya influencia sentimos, por mas que no podamos esplicarla.

Una de estas mujeres era Amparo.

XIV.

Su belleza era infinita, altiva, espléndida.

A pesar de la humildad de su posicion, habia dignidad y orgullo en sus modales y en su semblante.

Pero esta dignidad y este orgullo eran hijos de la rectitud de su conciencia; del convencimiento que tenia de lo honrados y buenos que eran sus sentimientos.

En su lenguaje, en sus maneras y en su porte, habia una finura, una elegancia que nada de afectada tenia, y que la realzaba doblemente.

Amparo tenia diez y ocho años.

Estaba en la primavera de su vida, y aquella habia derramado con mano pródiga todos sus tesoros en nuestra amiga.

Y para realzar todavía mas los encantos de Amparo, una ligera tinta de melancólica tristeza, esparcida sobre su rostro, la hacia doblemente interesante.

En cuanto al torero, era tambien el mismo tipo de franqueza, generosidad y honradez.

Pero mucho mas rudo.

No estaban en él estas buenas cualidades suavizadas por el cincel de la civilizacion.

XV.

Pedro salió de la juventud para franquear el umbral de la madurez.

Habia cumplido ya cuarenta años, y de la misma manera que Amparo, no tenia que reprocharse ninguna mala accion.

Su conciencia, como la de la jóven, estaba tranquila, y demasiado sabemos que esta paz esparce sobre el semblante una tinta indefinible que hace mucho mas simpática y agradable á la persona en cuyo rostro se advierte.

Pedro y Amparo penetraron, como ya hemos dicho, en la sala, en la cual una pobre anciana, sentada cerca del brasero, dormitaba, haciendo con mano trémula y temblorosa algunos puntos de media.

Aquella era la mujer de quien Amparo habia hablado al torero la noche anterior.

La jóven dijo dirigiéndose á ella:

—Señora Rosa, aquí tiene V. la persona de quien la hablé esta mañana, anunciándole su visita; es el hombre que ha cuidado de mi infancia, como el padre mas estremoso, y al cual yo profeso un cariño tan grande como el que debe tenérsele á aquel.

Estas últimas palabras de Amparo no debieron ser muy

satisfactorias para Pedro, que hizo un mohin de desagrado.

Pero comprendia que tenia una necesidad de decir algo, toda vez que estaba ya hecha su presentacion, y contestó:

—Vamos, niña, no elogies tanto lo que yo he hecho; esta misma señora que nos está oyendo, á encontrarse en mi lugar, habria procedido lo mismo.

—Pero eso en nada atenua el mérito que tiene su accion, contestó la anciana.

XVI.

Pedro y la jóven se sentaron, y durante algun tiempo la conversacion giró sobre el encuentro de Amparo y el torero, hasta que doña Rosa, pretestando algunas ocupaciones, se levantó dejando solos á nuestros dos amigos.

Por espacio de algunos instantes medió un silencio que tenia mucho de embarazoso para ambos.

Despues la jóven alzó resueltamente la cabeza y dijo:

—Pedro, me parece que estamos en una situacion en que debemos hablar con toda franqueza.

—Hace mucho tiempo que estoy yo deseando eso mismo.

—Anoche me acriminó V. de una manera poco conveniente y que me ofende bastante.

—¿Qué estás diciendo, niña? esclamó el torero mirando con delicia á la jóven que le parecia doblemente encantadora, con la altivez que habia esparcida en su semblante.

—Digo, que deseo una esplicacion franca y leal; que sepamos cada uno á lo que debemos atenernos; y si yo debo

ver en V. á mi segundo padre ó si tengo que apartarme de su lado temiendo...

—¿El qué? preguntó el torero estrañándose de la reticencia de la jóven.

—Temiendo no me exija V. un interés demasiado crecido por el cariño que me profesa.

XVII.

Pedro se quedó mirando á Amparo.

Pareció que no pudo comprender todo lo que la jóven le habia dicho.

Y estuvo reflexionando durante algun tiempo hasta que dijo por fin:

—Vaya, vaya, hablemos en plata, y no andemos con requilorios; tú, ¿qué es lo que quieres?

—Antes de todo, déjeme V. que pase, por decirlo así, una revista de acontecimientos; que eche una ojeada sobre nuestra existencia pasada, para establecer clara y terminante la situacion que teníamos en Sevilla, y los motivos que me impulsaron á dar el paso que dí.

—Déjate de esas tonterías ahora.

—No lo son, y le suplico que me permita...

—Pues bien, habla.

—Respecto á nuestro encuentro poco tengo que estenderme; yo era una pobre criatura que nunca conoció á sus padres, que vivió con una vieja infame y malvada hasta los ocho años; que un dia cuando volví á mi casa, me encontré con que aquella mujer habia sido conducida á la cárcel, y que yo no tenia donde guarecerme.

—Y aquella misma noche, yo, que me retiraba de correr una *borrasca* con los amigos, te ví en el cancel de una puerta aterida de frio y de hambre; dormias y yo te desperté; me contaste tu situacion, y yo... vamos, qué diablo, á pesar de estar á *medios pelos*, como suele decirse, me conmoví y te llevé á mi casa.

—¡Oh!... fué una accion que no se borrará jamás de mi memoria.

—Vaya, vaya, déjate de eso ahora.

—La habitacion que V. tenia era estrecha y reducida, y por mí tomó V. otra mas espaciosa y mas capaz.

—Ya se ve; tenia entonces mucho trigo, se pagaba bien en las plazas; y teniendo yo, ¿por qué habias tú de pasar miserias, pedazo de cielo?

—Me puso V. maestros, llevó V. á casa una mujer para que cuidase de mí, y yo no podia sentir hácia el hombre que todo esto hacia por mí, mas que una gratitud profunda é inmensa, y esta era la que le daba.

—Sí, pero...

—Así trascurrieron los años, y sin duda V. comprendió un dia que la niña se habia trasformado en mujer, y que esta tenia algunos encantos.

—¡Oh!... muchos, los suficientes para volver loco á cualquier hombre, contestó el torero con entusiasmo.

—Usted notó, ó mejor dicho, se lo hicieron advertir sus amigos, todo lo que he indicado, y sus palabras, sus maneras cambiaron completamente.

—Yo te queria, Amparo; te queria de una manera muy distinta de como te amaba cuando niña.

XVIII.

Efectivamente, el torero tenia razon.

No habia amado jamás.

Su existencia habia sido, como otras muchas, una série no interrumpida de placeres, sin que en ninguno de sus amores interesase para nada su corazon.

Amparo principió como niña hablando á sus sentimientos, y mas tarde principió á ir despertando sus sensaciones.

Y por fin la amó con delirio, con arrebato, de esa manera que caracteriza á los corazones que han estado comprimidos durante muchos años.

La jóven prosiguió:

—Yo comprendí el amor de V., y conocia tambien su carácter.

—¡Mi carácter!...

—Sí, sé que tiene V. buenos sentimientos; nadie mejor que yo sabe apreciarlos, pero comprendo todo lo arrebatado de su carácter y temí...

—¿Por qué?...

—Porque... yo soy muy franca, Pedro; no se incomode usted conmigo; pero no podria amarle jamás como á un amante.

—¿Qué estás diciendo? preguntó el torero palideciendo.

—Que amo á V. como á un padre, que le respeto, que le profeso una afeccion sin límites; pero amarle como se debe amar á un esposo, no puedo.

—¡Amparo!...

—Por esas razones, comprendiendo que tenia que me-

diar entre nosotros una escena terrible, me decidí por evitarla y abandoné á Sevilla.

—Y me dejaste destrozado el corazon.

—Comprenda V. que fué el mejor partido qne debia tomar.

—¿Pero tú no me quieres?...

—De la manera que V. lo hace, no señor.

—Mira que yo no tengo vida sin tí, que me has vuelto loco, y...

—Pídame V. la existencia, pero no me pida mi amor, contestó la jóven resueltamente.

—Entonces amarás á otro.

—Quizá...

—¡Pobre de él!... gritó el Sr. Pedro con arranque.

—¡Oh!... no hay por qué temer, repuso Amparo, sin demostrar que le habian causado impresion las palabras de su bienhechor.

—Yo te aseguro...

—No asegure V. nada, Pedro; V. en este momento está herido, y habla por los dolorcs que esa herida le causa; dentro de dos horas, y cuando esté lejos de esta casa, entonces su razon hablará, y me amará como debe amarme.

—Mira, Amparo, yo no sé qué es lo que siento por tí, pero esas palabras que has pronunciado me han hecho mas efecto que si me hubieran dado una puñalada en mitad del corazon.

—Comprendo perfectamente, Pedro, que le habré hecho daño, pero debe convencerse que he procedido como debia: usted mismo me ha enseñado á que no mienta jamás.

—Y es lo que debes hacer; aunque sea en daño tuyo, no ocultes la verdad nunca, y cuidado, que esta verdad me

cuesta hoy á mí muy cara.

—No quiero, porque no debo darle esperanza alguna.

—¿Pero quieres á otro?... preguntó el torero con voz anhelante.

—Sí, señor, contestó resueltamente la jóven.

XIX.

—¡Amparo!... esclamó Pedro.

—Y le amo de una manera enérgica y ardiente; su vida es una parte de la mia.

—¡Amparo!... volvió á gritar el torero, cada vez mas trémulo de cólera.

—Pero él no me ama, repuso la jóven con desaliento; no me ama.

—¿Que no te ama?... dijo Pedro escandalizándose de que hubiera un hombre que no amase á la jóven.

—No, señor.

—¿Entonces por qué le quieres tú?

—¿Por qué?... ¿Quién es capaz de preguntar semejante cosa al corazon?

—Sin embargo, yo creo que...

—Ese mismo desvío que él muestra hácia mí, es un incentivo mas para el amor que le profeso.

—Pero desgraciada, ¿tú sabes lo que estás hablando?

—Por desgracia, sí, señor.

—¿Y quién es?...

—No me pregunte V. su nombre.

—Es que yo necesito saberlo, necesito conocer á ese hombre para...

—Para nada absolutamente; V. es mi padre, y no mi

amante, y deseo, mejor dicho, le suplico que no se olvide de ello.

—No puede ser.

—Esa es mi voluntad, y no creo que sobre ella tenga derecho nadie.

—¡Oh!... ¡esto es insufrible!...

Y el torero, furioso, dió un paso hácia la jóven.

XX.

Pero habia tanta serenidad en la mirada de esta, que aquel se sintió desarmado.

Despues se apretó la cabeza con entrambas manos, y loco, desesperado, tropezando con todos los muebles, se lanzó fuera de la estancia.

CAPITULO VIII.

Una entrevsita curiosa.—El marqués de Pino Blanco.—Alianza ofensiva y defensiva.

I.

Estamos en casa del marqués de Pino Blanco.

Es el segundo dia de carnaval, y por lo tanto el inmediato al en que el marqués de Santillan habia tratado de una manera tan enérgica y tan dura al del Pino.

El jóven se retiró, como se comprenderá perfectamente, muy irritado.

Y lo que mas le exasperaba era que sin saber por qué, se sentia dominado por el marqués.

Con las palabras que este habria dicho al hermano de Irene podia tener la seguridad de que todo su plan se habia frascasado.

Y esto era muy satisfactorio para él.

De aquí, que estaba, como ya hemos dicho, doblemente irritado contra el marqués de Santillan.

En el momento en que nosotros penetramos en su gabinete, lo encontramos con el entrecejo fruncido estraordinariamente, y las miradas brillantes de cólera.

De vez en cuando sus lábios se entreabren pronunciando palabras que revelan con suma elocuencia el estado de su corazon.

II.

—Es necesario que yo averigüe quién es ese hombre. ¿Con qué derecho se interpone en mis asuntos? y á pesar mio no sé qué terrible influencia tiene ese hombre que me domina, que me subyuga y... ¡Oh!... pues que se ande con cuidado, porque quizás llegue un dia en que esa influencia de nada absolutamente le sirva.

Y de nuevo tornó el marqués á caer en aquella meditacion de que antes hablamos.

Largo tiempo llevaba así cuando la puerta de la estancia se abrió, apareciendo en ella un criado.

El marqués levantó la cabeza, y haciendo un gesto de desagrado, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Esta carta acaban de traerme.

—¿De quién?

—Nada me han dicho, señor.

—Pues bien, dámela; ¿esperan contestacion?

—No, señor; se marchó inmediatamente el hombre que la trajo.

III.

El criado entregó á su señor la carta, y momentos despues este se encontraba de nuevo solo en la estancia.

Cogió aquella carta, miró el sobre y al reparar en el sello que la cerraba, esclamó:

—Es de la *familia*.

Despues la abrió precipitadamente y leyó lo siguiente:

«Marqués: ha llegado á Madrid hace algunos dias el marqués de Santillan.

Mañana hay reunion secreta en la quinta de Carabanchel; es necesario que no faltes á ella.

La hora es á la ocho de la noche.

La seña, «Portugal y España.»

Ten mucho cuidado de lo que hablas, pues los oidos de la familia están en todas partes.

Mucha prudencia y recuerda bien á lo que te has comprometido.»

IV.

De la misma manera que ya hemos visto en la carta que recibió el baron del Valle, ó el *Chaval*, segun queramos llamarle, la que acababa de leer el marqués de Pino Blanco llevaba por toda firma una cruz formando aspa trazada con tinta azul.

Durante algunos segundos el jóven permaneció presa de una estupefaccion estraordinaria.

La incógnita se hacia cada vez mas oscura.

El marqués de Santillan, el hombre que de tal manera

le dominaba, pertenecia tambien á la familia.

Pero ¿qué categoría tenia en aquella? quién era aquel hombre? porque su presencia provocaba una reunion secreta.

Esto era lo que confundia al marqués, y lo que no sabia esplicarse.

Y formando proyectos á cual mas insensatos, y haciendo comentarios á cual mas absurdos, pasaron algunos segundos; al cabo de ellos de nuevo volvió á alzarse el portier que cubria la puerta de la estancia.

V.

Pero entonces no fué un criado quien apareció en ella.

Era una mujer jóven, elegante y hermosa.

El marqués alzó la vista y esclamó al verla:

—Gracias á Dios, Cesarina; gracias á Dios que te veo.

—Me parece que no te habrá importado mucho el verme; ya sabes dónde vivo, y por lo tanto, si te importaba, pudieras haber ido á buscarme, contestó la jóven con indiferencia.

—¿Sabes, Cesarina, que hace unos dias advierto en tí una cosa estraordinaria?

—Lo estraordinario es que tú hayas olvidado tu fama de hombre galante, hasta el punto de olvidarte que es una señora la que te habla, y que está de pié, mientras que tú te encuentras sentado.

—Tambien tienes razon.

Y el marqués, levantándose de su asiento, se acercó sonriéndose á la jóven y ofreciéndola una butaca cerca de la suya.

VI.

Cesarina se dejó caer con negligencia en ella murmurando:

—¡Cómo han cambiado los tiempos!

—¿No te agrada el cambio acaso?

—No sé qué decirte.

—Me parece que tu posicion...

—Ha sufrido una gran reforma, lo mismo que la tuya, pero creo que tanto mi cara, como mi talento, valen mas aun de lo que me han dado.

—¿Cómo?...

—Naturalmente; *la familia* ha visto que tú eras un pícaro bastante ingenioso, que tenias mucho de lo que se necesita para brillar en el mundo, es decir, ser audaz, no tener vergüenza, saber adular cuando conviene, variar de semblante á cada paso, fingir sentimientos que no se tienen, y otras mil cosas por el estilo; y como ha visto que á tí no te hacia falta mas que espacio para tender tus alas, dijo, toma un título, toma oro, fascina á la multitud y enamora á la mujer que nosotros te indiquemos.

VII.

—Pero Cesarina, ¿dónde vas á parar?

—Me has dicho casi que debo estar satisfecha por mi posicion actual, y voy á demostrarte que por mas que tú digas, aun nos hemos vendido bastante baratos.

—Pero...

—*La familia* te indicó dos mujeres; pero para la una

necesitabas lo que yo sola te podia dar; es decir un parecido exacto con ella.

—Es verdad.

—Y aquí tienes que si tú te enlazas con la condesa de la Union; si obtiene *la familia* por este medio el gran favor y los inmensos bienes de esa mujer, á mí, que soy su otra ella, su homónima, en fin, será á quien se deba tan magnífico resultado.

—Tienes razon.

—Y por lo tanto, como un retrato bueno se paga muy caro, yo creo que nada han hecho demás en sacarme de casa de mi modista, y darme los recursos que me han dado. Yo soy la falsa condesa de la Union, y creo que debe confesarse que represento maravillosamente mi papel.

El marqués contempló de una manera insistente y tenaz á la jóven.

Despues, y viendo que ella no continuaba, se puso á mirar distraidamente al techo, aunque sin perder de vista á Cesarina.

Y ambos quizá, pensando en cosas muy distintas, dejaron trascurrir algunos momentos sin cambiar palabra alguna.

CAPITULO IX.

Continúa una conversacion interesante.—Dos ambiciones.

I.

Efectivamente, como habia dicho muy bien Cesarina, era un retrato viviente de Irene.

Ella era la misma mujer que vimos en el primer baile de Capellanes, del brazo de Mario.

Era tan hermosa como la marquesa, y su fisonomía, de la misma manera que la del marqués, debia ser estraordinariamente fácil en cambiar de espresiones, pues la que tenia en este momento, diferia muchísimo de la que observamos en el baile.

Y aun nos atreveríamos á asegurar otra cosa mas.

Cesarina debia ser tambien la máscara que vimos en el mismo baile, pocos dias despues del en que el marqués dió el escándalo respecto á la hermana del baron.

Aun no sabemos de seguro nada de esto; pero su acen-

to es el mismo que el de aquella, y él verla tan íntimamente ligada con el marqués, como parece estarlo, da nuevo pábulo á nuestra presuncion.

Sin embargo, escuchemos lo que hablan, y quizá esto nos dé algunas luces sobre lo que nos imaginamos.

II.

—Bien, Cesarina. dijo el marqués al cabo de algun tiempo, y con cierta indiferencia; veo que comprendes admirablemente todo lo que vales.

—¡Pobre de mí si no lo comprendiera!

—Y observo tambien que tu nueva posicion te ha trasfigurado; me pareces hoy mucho mas hermosa que en otro tiempo y...

—Hoy me encuentro en una posicion inferior todavia á la que yo tenia derecho á ocupar, contestó la jóven con un tanto de altivez.

—¿Sabes, Cesarina, que eres ambiciosa?... dijo el marqués observándola con una atencion profunda.

—¿Y qué tendria eso de particular?

—Nada absolutamente.

—La ambicion es una virtud en el dia, y quien no es ambicioso, se encuentra en una imposibilidad constante de llegar á ser algo.

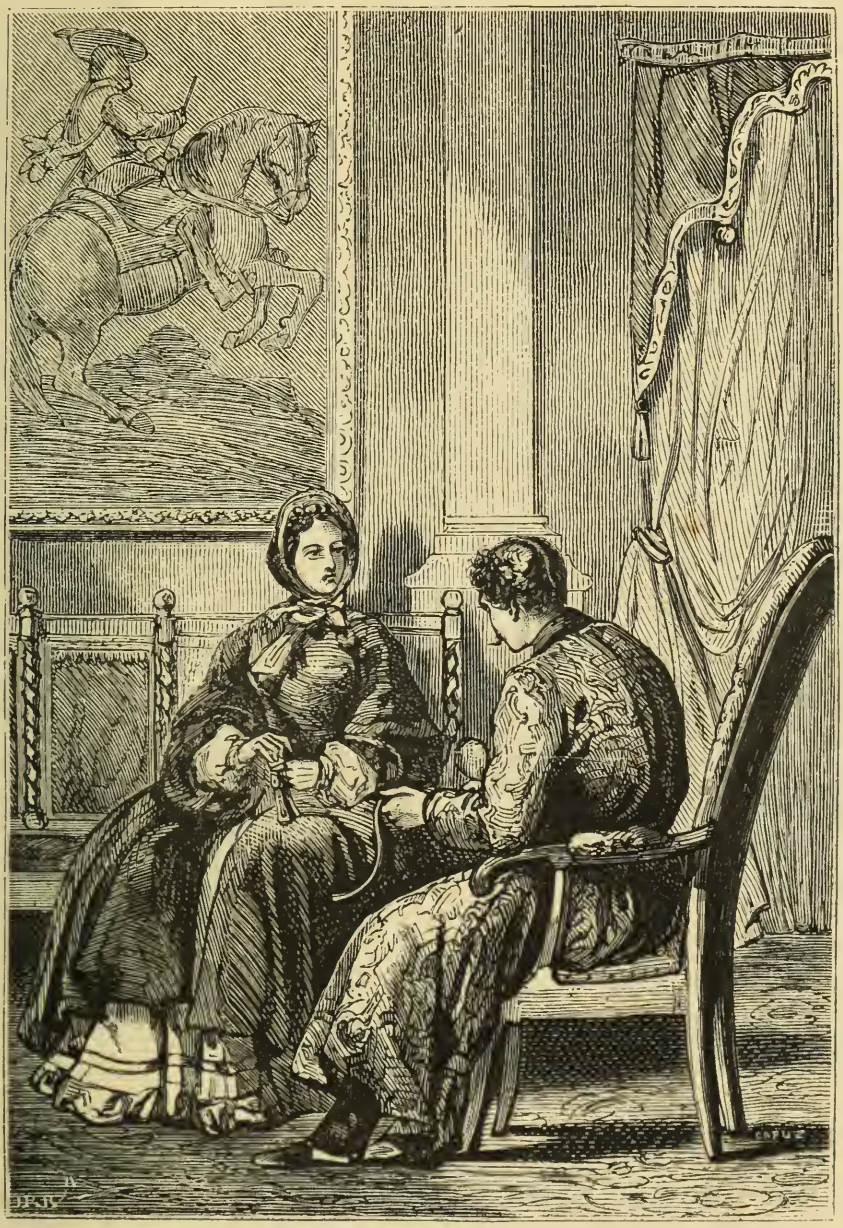
—Me agrada que pienses de semejante modo.

—No sé por qué.

—Yo tambien soy ambicioso.

—Hace mucho tiempo que lo sabia.

—¿Lo sabias?...



¿Sabes que eres ambiciosa, Cesarina?

—Sí, Luciano, te conozco quizá mucho mejor que tú mismo.

—Eso hace un gran elogio de tu talento, repuso el jóven con ironía.

—Sé la ambicion y el orgullo que te consume: cuando yo era una pobre oficiala de sombreros, y tú un miserable cajista, por mas que tuvieses ya tus ideas muy avanzadas, te veias encerrado en un círculo, del cual no podias salir; entonces como yo estaba en tu esfera, tenias como á una gala el poseer mi amor...

—Y hoy lo mismo.

—No lo creas; las circunstancias han variado mucho, mucho, ¿lo entiendes, Luciano?

—Ignoro por qué.

—*La familia* por medio de una de sus fascinadoras serpientes, te habló, te atrajo á ellos, y un año despues apareciste en el mundo rodeado del esplendor que tu título te daba, y en todo aquel espacio no tuviste un recuerdo siquiera para la mujer á quien amabas en otro tiempo, y de la cual tenias pruebas muy positivas de ser correspondido; es verdad que tú entonces eras un marqués, mientras que yo no era mas que una triste oficiala de modista.

—Pero repara, que yo entonces no sabia cuál era tu paradero.

—Como que no hiciste diligencia alguna, á pesar de que no te era difícil averigüarlo, no vayas á creer por esto que te haga reproche alguno; para mí el pasado ha muerto, y de la misma manera que tú, tengo hoy una nueva vida, bajo el nombre de Cesarina, y con la posicion de la rica viuda de un caballero portugués.

—¿Pero del todo ha muerto tu pasado?

—¿No ha muerto tambien el tuyo?

—Bien, pero...

—Yo tambien tengo ambicion, tú mismo lo has dicho, y hoy, lo que tú pudieras ofrecerme, Luciano, en nada satisface mis aspiraciones.

—¿Entonces qué deseas?

—Deseo lo que tú no podrás darme nunca.

—¿Nunca?

Y al decir estas palabras, Luciano fijó una mirada mas interrogadora en el rostro de la jóven.

III.

Pero este era un libro cerrado, del cual no era posible distinguir una sola letra.

Cesarina contestó:

—Yo ambiciono un mando supremo; si no tuviera ingenio, si no tuviera talento, nadie me buscaria; cuando me buscan, es porque valgo, y valiendo, ¿qué necesidad tengo de estar supeditada á nadie? Ya tú ves, como he dicho muy bien, que tú no podias darme lo que yo necesitaba, lo que yo queria, lo que yo tenia derecho á encontrar.

—¿Sabes que vas mucho mas allá de donde yo creia que pudieras ir?

—¿Y eso qué te demuestra?

—Que quizá haya tambien alguien que haya pensado de la misma manera que tú.

A su vez Cesarina fijó sus ojos en Luciano.

Y la mirada de esta, mas penetrante, mas sutil que la de aquel, sondeó perfectamente hasta lo mas recóndito de

su corazon de una manera tal, que el jóven no pudo por menos de estremecerse.

IV.

Ella, despues de haberse convencido, por decirlo así, de cuanto queria, dijo sin dejar de mirarle:

—La persona que ha pensado como yo, eres tú.

—¡Yo!...

—Sí; te conozco demasiado, y sé tambien de lo que eres capaz.

—Pero yo no te he dicho...

—Tu corazon ha hablado por tí.

—Pues bien, repuso Luciano al cabo de algunos momentos de silencio; tienes razon; he concebido un proyecto que quizás será absurdo, será loco, pero no por eso dejo de estar mas resuelto á llevarlo adelante de la misma manera que tú.

Y Cesarina, al par que pronunciaba estas palabras, fijó una de esas miradas embriagadoras, dulces y enamoradas en el jóven.

Despues, por medio de uno de esos cambios tan frecuentes en las mujeres, y cuyo mecanismo ellas solas poseen, varió la conversacion diciendo:

—¿Sabes, Luciano, que mucho me temo que de tu papel de galanteador de Amalia, no vayas á quedar realmente enamorado?

—No lo creas.

—¡Oh! sí, sí, ella es muy linda y tú eres demasiado combustible, si me permites que me esprese así.

—Haces mal en abrigar semejante temor.

—Tú la amarás y harás bien.

Y el acento de la jóven al pronunciar estas palabras era tan triste que Luciano la dijo·

—¿Tendrias celos?

—¡Yo, celos! nada de eso; lo digo únicamente por... por nada.

—Tambien podria yo, dijo el jóven, tener celos por tus amores con Angel; pero no creo que puedan hacer mella alguna en tu corazon; ya ves que te hago mucha mas justicia de la que tú me haces. Pero hablemos con franqueza, Cesarina.

—Casualmente eso es lo que yo quiero y lo que estaba deseando mucho tiempo hacia.

—¿Qué seria lo que dieras tú al hombre que te proporcionase la posicion que tanto ambicionas?

—¡Yo! contestó la jóven con asombro.

—Sí, tú; grande debe ser la recompensa, toda vez que grande es tambien tu deseo.

—Pues bien: al hombre que me dijera, «ahí tienes esa posicion que has soñado; puedes alternar, puedes ponerte hombro á hombro con las primeras damas de la corte; tienes riquezas, tienes poderío, y todo eso me lo debes á mí,» yo caeria en los brazos de aquel hombre loca, enagenada, y suya seria mi vida, conforme lo seria mi agradecimiento.

V.

Estaba tan hermosa Cesarina al pronunciar estas palabras, habia tal entusiasmo en ellas, brillaban sus ojos con tanto fuego, que Luciano no pudo por menos de esclamar:

—¡Oh! ¡qué hermosa eres!...

—Pero aun me falta una cosa; la posicion, murmuró la jóven con una languidez encantadora.

—Pues bien, repuso Luciano; yo te prometo que tendrás todo cuanto apeteces.

—¿De veras?...

—Si; yo tambien tenia mi idea, yo he aspirado á salir de la esclavitud en que estoy, y ahora que trabajo para tí tengo nuevas fuerzas, tengo nuevo aliento, y no dudes que conseguiré la victoria.

VI.

—Y yo á mi vez, dijo tambien Cesarina, te prometo ese amor grande, ardiente que tú entrevees en mi corazon, porque entonces será que hay en tí una pasion grande, toda vez que no has vacilado un momento en concederme lo que con tanto afan he deseado.

—¿Pero entretanto?

—Entretanto soy tu aliada, soy tu amiga, soy tu hermana; déjame de esta manera; y que cuando el amor nos ofusque sea ya cuando tengamos hecha nuestra fortuna.

—Tienes razon.

—Ahora á obtener la posicion; hagamos todo lo posible por merecer la confianza de la *familia*; conozcamos bien á fondo los múltiples anillos de esa asociacion, busquemos su lado vulnerable, y descarguemos sobre ella el golpe que ha de destruir.

—¿En qué estado te encuentras tú respecto á Angel?

—Cada dia está mas enamorado de mí.

—Bien, continuemos de esa manera, y con esto obten-

dremos que la sociedad esté contenta de nosotros y no sospeche de nada.

—¿Y Amalia?...

—Amalia está loca por mí, y á sus padres los tengo tan fascinados que me oyen como á un oráculo, y para todo me consultan.

—¿Y con Irene?...

—¡Oh!... eso está mucho peor.

—¿Cómo?

—Se ha presentado un personaje que todo mi plan me lo ha desbaratado.

—Entonces conviene hacerlo desaparecer.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque es un miembro de la *familia* y mañana se me va á presentar.

—¿Y ese hombre se ha atrevido á luchar contra la *familia*, siendo miembro de ella?

—Sí.

—¿Pero cómo ha sido eso?...

Entonces el marqués refirió á Cesarina lo que habia ocurrido en el Prado la tarde anterior, y que ya saben nuestros lectores.

VII.

La jóven le escuchó con una atencion profunda, y le dijo al cabo de algunos instantes de reflexion:

—Mira; antes de todo es necesario que estés muy bien con ese hombre.

—¿Por qué? ¿Le conoces?

—No; pero por la descripcion que me haces, presumo que no debe ser nada vulgar.

Y de esta manera siguieron hablando durante algun tiempo hasta que la jóven echándose sobre la cara el velo de la mantilla, estrechó afectuosamente la mano de Luciano, y salió de la estancia de aquel.

CAPITULO X.

El agente de negocios.—Un ama de llaves.—La loca de Fuencarral.

I.

Teníamos anunciada en uno de nuestros capítulos anteriores, la presentacion de un personaje conocido bajo el nombre de Agente de negocios.

De este personaje no hicimos mas que referir un rasgo muy ligero, sin detalles apenas, pero lo suficiente para poder juzgarle.

Ahora vamos á conocerle mejor.

Penetraremos en su casa y además nos informaremos de la vecindad acerca de la opinion que se tenia formada de este personaje.

II.

No solamente podremos informarnos de los vecinos, sino

que tambien preguntaremos en varios círculos de Madrid en qué opinion y qué juicio se formaba respecto á él.

En todas partes escuchamos lo mismo.

D. Lúcas Orduño era una persona sumamente honrada y virtuosa, capaz de sacrificarse por cualquiera y siempre dispuesto para hacer un favor á sus semejantes.

Hombre probo y entendido, llovian sobre él los negocios de todas clases.

Representaba á una multitud de personas que vivian en provincias, pero que tenian intereses en Madrid.

Era apoderado de una porcion de propietarios, y finalmente, manejaba grandes capitales, casi ninguno suyo; pero que representaban una suma fabulosa.

Tenia establecidas sus oficinas en una de las calles mas retiradas de Madrid.

Tanto el esterior como el interior de aquella casa era escesivamente modesto.

Muchas personas se quejaban de esto.

Y aun motejaban al bueno de D. Lúcas por aquella estrechez en que vivia, cuando sus recursos le daban lo suficiente para darse otra existencia mas desahogada.

Pero nadie pudo hacerle ceder.

III.

En una de las calles que desembocan en la plaza de las Comendadoras, y formando una especie de recodo, se veia un edificio pobre, negruzco, sombrío que estaba pegado á una casa recien hecha como una araña inmensa, estendiendo sus negras patas de uno á otro lienzo de una pared.

Un portal oscuro, estrecho y bastante deteriorado daba paso á una escalera tortuosa y medio arruinada, que conducia á un piso principal y único que habia en la casa.

Penetremos en la habitacion.

Al ver la casa no podemos por menos de sentir una opresion estraña en nuestro corazon, y al penetrar en ella, esta opresion se cambia en un terror profundo, misterioso, injustificado, pero mucho mas terrible por la misma razon de que no conocemos la causa.

Al ver aquellas paredes blancas y desnudas, nos parece entrar en una tumba.

A mano derecha, nos encontramos con una habitacioncita no muy clara, en la cual hay dos mesas de pino con sus correspondientes pupitres.

Unos estantes carcomidos y viejos como las sillas, completan el mobiliario de aquella estancia.

Aquel es el despacho de dos escribientes, verdaderas estampas del hambre y de la miseria por lo pálidos y demacrados que están.

Los dos apenas han salido de la adolescencia.

Son dos de esas pobres criaturas que las provincias envian á Madrid por falta de recursos y donde vienen muchas veces á encontrar la muerte tal vez.

Esa terrible enfermedad que se llama *nostalgia*, ese *mal del pais*, como se debiera decirle, consume muchas de esas existencias débiles é impresionables que no tienen valor para arrancar de su pensamiento los recuerdos del hogar paterno, los campos que rodean el pueblo, los niños con quienes jugaban y los objetos que estaban viendo todos los dias.

Los dos escribientes que tenia D. Lúcas pertenecian á

la clase de esos infelices reclutados en las inmensas filas de la miseria.

IV.

D. Lúcas, visto por fuera, era un hombre bueno, honrado y virtuoso.

D. Lúcas, visto por dentro, era un hombre miserable, bajo y corrompido.

Su honradez, su virtud y su hombría de bien no eran mas que una máscara de hipocresía que á fuerza de años y de estudio habia conseguido de tal modo adaptar á su semblante, que impedia que se pudiera trasparentar en él todo el cieno de su alma.

Bajo aquella corteza tan apreciable se ocultaba una ambicion, una avaricia tan estremada que podia perfectamente conducir hasta el crímen, que quizá ya le hubiera hecho cometer alguno.

El vicio infame, horrible, en toda su hediondez, se encontraba en aquel hombre.

Y era mas horrible todavia, mas asqueroso por la capa en que se envolvia.

Pero el mundo no veia nada de esto.

Y como desgraciadamente en el mundo no se juzga mas que por las apariencias, D. Lúcas era todo un bendito señor, un tanto sucio y desaseado para vestir, pero muy formal, muy probo en sus tratos y un guardador fiel é incorruptible de los depósitos que se le confiaban.

V.

Hemos hablado algo sobre la parte moral de nuestro individuo.

Vamos á retratar, si nos es posible, la física.

Era bajo y fornido.

Gastaba unos enormes anteojos oscuros, que atenuaban el brillo impúdico de sus pupilas.

Cuando miraba á una persona, se asemejaba al tigre que observa detenidamente la presa sobre que se va á lanzar, á fin de encontrar su lado mas vulnerable.

Los lábios de aquel hombre eran gruesos y carnosos.

Sus piernas eran un poco torcidas, y un bosque de cabellos negros, espesos y revueltos, cubria su cabeza de una manera tal, que hacian aun mas estrecha su frente chata y deprimida.

Pero sobre todo la parte que mas se destacaba de su rostro, era una nariz colosal.

Una nariz que tomaba en determinadas ocasiones la mayor parte de los colores del Iris.

Aquella nariz monstruosa, granugienta, estaba pálida ordinariamente; pero cuando un fuego interior, asqueroso, innoble, rebosaba hasta el rostro de D. Lúcas, entonces aquella parte de él tomaba una rubicundez estraordinaria.

El agente de negocios era la personificacion viva del deseo.

VI.

Cuando un fuego impuro hacia estremecerse su cuerpo;

cuando un ardor mas creciente cadavez encendia su aliento, entonces los vapores del apetito carnal oscurecian su inteligencia y desaparecia aquella máscara de hipócrita virtud que le ocultaba ante los ojos del mundo.

Entonces el tigre se presentaba bajo su verdadera forma, y D. Lúcas era doblemente asqueroso y repugnante.

Pero estos accesos, si tal podemos llamar á aquellos raptos de un apetito completamente desordenado, no los presenciaba el mundo jamás.

Aquellas erupcciones bolcánicas, ardientes y abrasadoras, hijas de un deseo creciente siempre, y no satisfecho jamás, las contenia hasta el momento en que llegaba á su casa.

Se encerraba en su cuarto, y como una fiera en su cubil se revolcaba contra el suelo á impulsos de aquel fuego devorador que le consumia; pero pasaba la crísis y D. Lúcas volvia á parecer ante la sociedad como un bendito señor, incapaz de haber pecado nunca.

Tal era el agente de negocios en cuya casa vamos á penetrar.

Pero antes de llegar á su despacho nos dirigiremos á las habitaciones interiores.

Allí nos encontraremos tambien con otro tipo que merece una parte de nuestra atencion.

VII.

Este es la señora Luisa.

D. Lúcas, para evitar la maledicencia, no queria criadas jóvenes.

Y la señora Luisa era no solamente vieja, sino que de

lo viejo era todo lo mas repugnante y mas feo que puede imaginarse.

Sus ojos jamás miraban derecho á una persona.

Su nariz, afilada y encorvada de una manera bastante notable, daba un aspecto mas siniestro á su fisonomía.

Su acento era meloso é insinuante.

Y lo mismo que su señor, habia tomado ya una costumbre tal de ocultar sus sensaciones y sus sentimientos, que en aquel semblante de mármol nadie era capaz de definir lo que pasaba.

Todo el mundo la creia una servidora completamente digna de su señor.

Y tenian mucha razon.

Pero el mundo lo tomaba en el buen sentido. en la buena opinion que habia formado de él, mientras que nosotros lo decimos en el verdadero sentido, en la maldad respectiva que se anidaba en ambos corazones.

Amo y criada, jamás descubrian ante nadie el interior de sus corazones.

VIII.

En el momento en que nosotros entramos en aquella casa, la señora Luisa habia penetrado en el despacho de su señor.

La desnudez que habia allí de muebles hacian aun mas triste y mas sombrío aquel despacho.

El ama de gobierno hablaba acaloradamente con su señor; pero sus palabras, pronunciadas en voz sumamente baja, era imposible que pudieran percibirlas las personas que hubiese en la habitacion inmediata.

—¿Pero estás cierta, decia el agente, de que esa mujer está en Madrid?

—Como se lo digo á V.

—¿Y habrá sospechado algo?...

—Me parece que no.

—¿Quién habia de creer que esa mujer volviese á España? esclamó D. Lúcas con un acento de profundo desprecio.

—Ya se lo dije yo á V.; ese asunto debió quedar terminado en Sevilla; V. no quiso...

—Eh, ¡qué diablo! ¿quién habia de imaginarse que *Andreson* fuera á faltar á su compromiso?

—De esa canalla nada puede uno prometerse.

—Y bien, Luisa, ¿cómo has sabido que estaba aquí la duquesa?

—La ví ayer en la calle; no sé si ella me conoceria; pero sí puedo asegurar que se quedó mirándome, y yo hice como que no la conocia.

—Obraste perfectamente.

—Pero no es eso lo peor, sino que tambien Amparo está en Madrid.

—¿Qué dices?...

IX.

Y el agente al pronunciar estas palabras, dió un salto sobre su silla, y palideció de una manera estraordinaria.

—Que está en Madrid; yo la he visto.

—¡Vamos, tú has visto visiones!...

—Sí, sí; pues casualmente la niña es fácil de equivocarse con otra cualquiera.

—Pero eso no puede ser; creeria que todos los diablos del infierno se habian conjurado para perderme.

—Usted podrá creer lo que quiera, pero Amparo vive y está en Madrid.

— ¿Pero qué hizo entonces la gitana?

—Eso es lo que yo no sé.

—¡Por vida del diablo!...

—Y la chica es bien conocida; lo que es si da la casualidad de que se encuentra con su madre, inmediatamente la reconoce.

—Y yo estaba perdido.

—De eso nadie mas que V. tiene la culpa; sus escesivos escrúpulos le indujeron á hacer en el rostro de la niña la señal que ni el tiempo ni la edad han podido conseguir que desaparezca.

—Era preciso; lo exigió su madre.

—A esas exigencias no se accede jamás.

—Pero...

—Ahora verá V. las eonsecuencias.

—Vamos, déjame de letanías; tras de que estoy contento...

—Pues bien, V. verá cómo se las compone.

X.

Y al decir la vieja estas palabras, se levantó de su asiento, y dió algunos pasos hácia la puerta.

Don Lucas al verla hacer aquel movimiento, la detuvo inmediatamente diciendo:

—No te vayas, Luisa; no me dejes así.

—¿Y para qué le hago á V. falta? contestó la vieja con alguna ironía.

—No me guardes rencor por lo que te he dicho; si tú pudieras comprender...

—No, no; ya sé que se halla V. en un compromiso; eso nadie necesita decírmelo.

—En ese caso, aconséjame: díme qué he hacer, porque te aseguro que humauamente no lo sé.

—Yo no me apuraria mucho.

—¿Cómo?

—Sabemos que está aquí la madre y la hija; por lo tanto, lo principal es evitar que se encuentren.

—Hasta ahora estoy conforme; como no me digas algo mas de nuevo, inútil será que te molestes.

—Es que si á V. no se le ocurre un medio para encontrar á Amparo, yo me comprometo á buscarla.

—¿Tú?

—Yo, á quien V. dice que no se moleste en hablarle.

—¿Pero de qué manera?

—Conozco hoy á Madrid, lo mismo que conocia á Sevilla hace algunos años; por lo tanto, ayer mismo dí algunos pasos que sin duda me darán un escelente resultado.

—¿Y si la encontramos?

—Si la encontramos, ya sabe V. que en boca cerrada no entran moscas; se la hace callar para siempre.

Pronunció Luisa con un acento tal de ferocidad, pero ferocidad horrible y repugnante, las anteriores palabras, que D. Lucas, á pesar de ser una especie de fiera muy parecida al ama de gobierno, no pudo por menos de fijar sus ojos en ella con una espresion de asombro, no muy exento de terror.

XI.

Luisa permaneció en una indiferencia tan glacial, como habia pronunciado las anteriores palabras.

El agente dijo:

—Gracias, mi querida Luisa; si no fuera por tí...pero dime, dime, ¿qué medio piensas emplear para saber la verdad?

—Yo misma lo ignoro; pero sé que puesta sobre sus huellas, la encontraré.

—Pues es necesario que cuanto antes averigües...

—Por mi propio interés, ¿acaso no estoy yo tan comprometida como V.?

—Es verdad.

—¿Y qué queria esta mañana ese pobreton de Félix?

—Phe, pedir proteccion y dinero.

—Era una friolera; ¿V. no se lo habrá dado, por supuesto?

—No, contestó secamente D. Lúcas.

—¿Y qué tal van los negocios?

—Mucho mejor de lo que yo podia prometerme.

—*La familia,* por lo visto, debe estar ganando mucho. ¡Qué bueno fuera dejarlos el dia menos pensado con una cuarta de narices!

Luisa al pronunciar estas palabras, fijó sus ojillos azules de una manera penetrante y escrutadora en el semblante del agente.

XII.

Este sostuvo admirablemente aquella observacion.

Su rostro era de mármol, y la vieja no pudo satisfacer su curiosidad.

Y viendo que el agente de negocios nada la contestaba, volvió á decir:

—¿Sabe V., D. Lúcas, que seria una bonita jugada alzarse un dia con el santo y la limosna?

—No seria malo eso, contestó con indiferencia el viejo.

—¿Por qué no trata V. de hacerlo?

A su vez el agente, fijó sus ojos en Luisa.

Y si diestro era el uno para ocultar sus sensaciones, no lo era menos el otro tambien.

Por lo tanto, D. Lucas no encontró en la fisonomía de su ama de gobierno mas que una especie de curiosidad natural, de interés respecto á él, á fin de que se llevase una ganancia positiva.

Así fué que la dijo:

—Vamos, no seas tonta, Luisa.

—Si por ejemplo, repuso esta sin hacer caso de las palabras de su amo, se fueran comprando uno á uno todos los que componen la gente subalterna de la *familia*, se podria conseguir que el *Consejo Supremo* de esta se encontrase el dia menos pensado sin nadie que le sirviese.

XIII.

El agente de negocios alzó vivamente la cabeza al escuchar estas palabras, y su mirada fria, penetrante, como

la hoja de un puñal, se enclavó con tal fijeza en el semblante de Luisa, que esta, á pesar de su severidad habitual, no pudo por menos de estremecerse.

D. Lúcas se apercibió de esta turbacion, y aunque no dió muestras de ello, se sonrió de una manera particular y dijo:

—¡Qué cosas se la ocurren á esta buena Luisa!

El ama no añadió mas palabras.

XIV.

De esta manera se pasaron algunos momentos.

Al cabo de ellos, D. Lúcas se puso á arreglar algunos papeles, diciendo:

—¡Caramba! ¡cuánto tengo que hacer!

—Por lo visto quiere decir que nuestra entrevista ha terminado, dijo Luisa.

—Si no tienes algo mas que decirme...

—No.

—Entonces me alegraria que me dejases solo; tengo que mirar unas escrituras y...

—¿Son algunos bienes que va V. á apropiarse?

—Phe, ¿quién sabe cómo pudieran venir las cosas?

—Ya, ya, bueno es V.

—Por muy bueno me tienen.

Despues de estas palabras, Luisa se levantó de su asiento disponiéndose á salir.

—Conque quedamos en que yo me encargo de Amparo, y V. se las entenderá con la duquesa, si por una casualidad llega á descubrirnos.

—Bien, bien déjame de eso.

Luisa, cerca ya de la puerta, arrojó una mirada tan siniestra sobre el agente, que á haberla este reparado, desde luego que no habria podido por menos de causarle alguna impresion.

Cuando aquella hubo desaparecido de la estancia el agente murmuró con un acento indefinible.

—Mucho sabe ya esta mujer, y lo que no sabe lo adivina; por lo tanto, será preciso darla tambien carta de pago.

CAPITULO XI

Algo respecto al marqués de Santillan.

I.

El marqués de Santillan seguia llamando la atencion en la córte de una manera estraordinaria.

En todos los círculos se ocupaban de él.

Habia una delicadeza esquisita en su manera de presentasre.

Su casa estaba montada de una manera verdaderamente régia.

Sus trenes eran suntuosos, y todo en él respiraba una riqueza verdaderamente fabulosa.

Ya hemos dicho que le habia precedido su fama.

Y esta le representaba como un moderno D. Juan Tenorio, superior á este en la nobleza de sus sentimientos y en que á pesar de sus calaveradas, resplandecia siempre en él una nobleza y una generosidad superiores á todo elogio.

II.

En Madrid, como ya hemos dicho en otro lugar, se le esperaba con cierto terror un tanto fundado; de manera que especialmente las mujeres estaban con una impaciencia estraordinaria, y con la vista muy perspicaz á fin de ver á quién se dirigia primeramente el marqués.

La baronesa de la Estrella era una de la mujeres mas lindas de la córte.

Era viuda, y su reputacion era tan buena como hermoso era tambien su semblante.

La malicia y la murmuracion no habian encontrado un lado vulnerable para clavar las uñas en su reputacion.

Ya hemos dicho que el marqués estuvo eligiendo entre todas las invitaciones que le habian hecho, una para hacer su primera salida en la sociedad madrileña.

Los salones de la baronesa de la Estrella tenian fama de ser los mas elegantes de la córte.

Allí se reunian los hombres del saber, las entidades políticas de todos los matices, y la aristocracia de los pergaminos tropezaba muy raras veces con la moderna aristocracia del dinero.

Eran las reuniones de la baronesa un círculo donde se encontraba la nobleza *pur sang*, si se nos permite esta frase.

Aquel fué el salon que el marqués de Santillan eligió para su presentacion.

III.

Cuando llegó y le anunciaron, se operó un movimien-

to estraordinario en los salones.

Todo el mundo deseaba conocer á aquel hombre tan terrible.

Y todos sufrieron al pronto un gran desengaño.

El marqués de Santillan iba vestido con una sencillez estraordinaria.

Muchos le motejaron por esto, como si la verdadera elegancia consistiese en llenarse el cuerpo de varatijas como el escaparate de un diamantista y llevar trajes ricos y costosos.

El marqués vestia con sencillez, y en esto consistia su verdadera elegancia.

Las mujeres, que son mas jueces en la materia que los hombres, le juzgaron así, y no pudieron menos de contemplar con interés la figura noble, simpática y espresiva del nuevo presentado.

Pero cuando principió á hablar, cuando su acento dulce y armonioso principió á cruzar de uno á otro grupo, entonces la fascinacion fué completa.

Todo el mundo se sintió subyugado por aquel acento, y el marqués obtuvo un triunfo completo.

Y desde aquella noche hubo mas deseos de verle, de tratarle, quizá de ser amadas por él.

Pero entonces aquel hizo una especie de paréntesis en su vida.

Se retiró de nuevo, y se hicieron comentarios por aquel alejamiento.

Y lo compararon con el de la baronesa, y los comentarios tomaron nuevo cuerpo.

IV.

La baronesa, como ya hemos dicho, habia sido hasta entonces una mujer irreprochable.

Era jóven, hermosa y rica, y por lo tanto, tenia esa especie de coquetería natural en las mujeres que poseen aquellas tres cualidades.

Desde la muerte de su esposo no se la habia conocido ningun amante.

La jóven habia rehusado todas las proposiciones que se la habian hecho.

En todas partes se presentaba, y á todas horas recibia á las personas que iban á verla.

Pero á los muy pocos dias de la presentacion en su casa del marqués, un cambio repentino se operó en ella.

Se envolvió, por decirlo así, en un velo de misterio que no fué tan tupido que impidiera el que algunos curiosos llegaran á penetrar la verdad.

La baronesa de la Estrella tenia relaciones con el marqués.

Ella le amó de una manera ardiente, apasionada, frenética.

Saltó por todas las vallas sociales, y la importaba muy poco el juicio que el mundo pudiera formar de su conducta.

El marqués la amó de la manera que él solo sabia amar.

La pasion que aquel hombre estraordinario sentia hácia una mujer, era fuerte, violenta, abrasadora.

Y de la misma manera que la sentia, la inspiraba tambien.

Pero mientras que en el corazon de la mujer que le amaba, hacia que quedasen profundas raices, el suyo se desbordaba en un momento,

Despues nada quedaba en él.

V.

Al decir á una mujer que la amaba, él mismo se lo creia.

Las engañaba sin saberlo.

Su alma era demasiado grande, para sentir amores vulgares.

Pero tambien su imaginacion era ardiente, volcánica, inmensa, y no podia por mucho tiempo fijarse en un objeto.

Esto no se lo podia confesar él mismo.

No podia comprenderlo, y por lo tanto, al amar á una mujer, lo hacia con la mejor buena fé del mundo.

Despues, aquella pasion tan ardiente se enfriaba.

Y la pobre mujer que le habia amado, no tenia mas remedio que llorar su olvido; pero no podia odiar al hombre que habia destrozado su corazon.

La baronesa se creyó amada.

Y como el amor de aquel hombre era un cielo perenne para la mujer amada, durante ocho dias la jóven estuvo embriagada, adormecida en un letargo de placeres desconocidos, cuyo despertar la hizo un efecto terrible.

Ocho dias despues de haber puesto el marqués su corazon á las plantas de la viuda, la habia olvidado.

Aquel triunfo fué comentado en la córte, y la fama del nuevo D. Juan, subió como la espuma.

Y así pasaron los dias.

Las mujeres deseaban sus amores.

Los hombres buscaban su amistad.

Y entretanto el marqués de Santillan seguia impasible su camino por en medio de la sociedad madrileña, libando los aromas de todas las flores que se presentaban á su paso, y tratando con una cortesanía estraordinaria á cuantas personas le presentaban.

Sin embargo, un dia se advirtió algo de nuevo en la existencia del marqués.

Se vió con algun asombro que tenia un amigo.

Es decir, una persona con la cual parecia tener mas intimidad que con los otros.

Hasta entonces siempre se le habia visto solo.

Desde esta época iba muchas veces con un jóven que tenia un nombre y una posicion en la alta sociedad madrileña.

VI.

Esta persona era el baron del Valle, ó el *Chaval*, segun mejor nos parezca.

El baron, como ya indicamos en otro lugar, en virtud de la órden recibida y que ya conocen nuestros lectores, fué á ver al marqués.

Ambos simpatizaron, y desde aquel momento no se separaron, por decirlo así, el uno del otro.

Indudablemente nuestros lectores deben recordar lo que ya indicamos respecto á la posibilidad de que hubiese me-

diado una entrevista secreta, una de esas entrevistas puramente confidenciales, en las cuales se prescinde de todas las formas, se dejan á un lado las interioridades, y el corazon se muestra únicamente tal y conforme con sus verdaderas sanciones, con sus defectos ó con sus virtudes.

Efectivamente, esta entrevista tuvo lugar.

Mas adelante esplicaremos las circunstancias en que se verificó, y lo que el marqués dejó escapar respecto al secreto en que parecia estar envuelta su misteriosa existencia.

CAPITULO XII.

Continuamos ocupándonos del Marqués de Santillan—El Marqués de Pino Blanco.

I.

No habremos echado en olvido que el primer dia que conocimos al marqués, ó sea el domingo de carnaval, recibió una carta á consecuencia de la cual dió una cita para la noche siguiente en la quinta de Carabanchel.

Despues de esto ocurrió la aventura del Prado, y como consecuencia de ella hemos presenciado lo ocurrido en casa del marqués de Pino Blanco en la escena que tuvo lugar entre este y Cesarina.

La carta firmada con la cruz azul en forma de aspa recibida por el marqués de Pino Blanco, recordamos que le habia preocupado de una manera estraordinaria.

Deseaba conocer al marqués de Santillan y saber quién era un personaje cuya venida era causa de que se reuniese el *Consejo* de la *familia*.

Se le ordenaba que fuese á verlo, y fué una órden que cumplió con muchísimo gusto.

Se vistió apresuradamente, hizo preparar su carruaje y dió la órden de que aquel se dirigiese hácia la casa del marqués de Santillan.

II.

Este se hallaba de la manera que acostumbraba estar en su casa.

Siempre preocupado y un si es ó no es, melancólico y abatido.

El de Pino Blanco dió una tarjeta al criado, el cual la pasó inmediatamente á su señor.

Cuando el de Santillan la vió, dijo:

—Quizá vendrá á pedirme unas esplicaciones por la escena de ayer.

Y volviéndose al criado añadió:

—Está bien, dile que pase.

El criado salió á cumplir su comision, y pocos momentos despues, ambos marqueses se encontraban frente á frente.

El de Santillan recibió de una manera fria y ceremoniosa al de Pino Blanco.

III.

Despues de los saludos de ordenanza, el de Santillan dijo:

—Usted indudablemente vendrá á exigirme una esplicacion por lo que ayer sucedió en el Prado.

—¡Oh! nada de eso, repuso Luciano, puesto que así sabemos que se llamaba el de Pino Blanco.

—¿Cómo? esclamó su interlocutor sorprendido.

—Eso se reservará para mas adelante.

—Como V. guste; siempre me encontrará á su disposicion en cualquier terreno.

—Yo le doy á V. mil gracias por esa honra que me hace, repuso el de Pino Blanco dominado á su pesar por el ascendiente que ejercia el marqués de Santillan sobre todo lo que le rodeaba.

—Entonces...

—Voy á esplicar á V. por qué he venido aquí.

—Sí que tengo curiosidad por saberlo.

—¿Conoce V. esta seña?

Y al hacer esta pregunta el marqués, cruzó dos dedos en forma de aspa.

El de Santillan le miró con calma y le contestó de la misma manera,

—Ya sabia que era V. uno de los miembros de la *familia*.

—Lo mismo que V.

—Phe, contestó el de Santillan, haciendo un gesto que nada concedia y nada negaba tampoco.

—Se me ha pasado un aviso á fin de que viniese á visitar á V.

—Sí, ya sé, una órden; eso mismo se ha hecho con otras varias personas que tambien han tenido la amabilidad de venir á visitarme.

IV.

El marqués de Pino Blanco no pudo por menos de mor-

derse los lábios al escuchar el acento con que el de Santillan dijo que era una órden la que habia recibido en vez de un aviso.

Así fué que cuando concluyó de hablar dijo con cierto aire de orgullo:

—Yo soy uno de los *duques*...

—De segunda clase, ya lo sé.

Luciano volvió de nuevo á morderse los lábios, y afectando una especie de jobialidad que no tenia, dijo:

—Muy enterado se encuentra V. de cuanto ocurre en el seno de la *familia*.

—Sí, quizá mucho mas de lo que V. se figura.

—¿Entonces pertenecerá V. al alto consejo?

—Es muy posible; ya tendrá V., así como tambien otras personas, ocasion de conocerme mas particulamente.

—¡Oh! y desde luego que tendremos mucho gusto.

—¡Phs, quién sabe!

El marqués miró sorprendido al de Santillan; pero este, sin darse por entendido de aquella mirada en que iba envuelta una curiosidad estraordinaria, preguntó al cabo de algunos segundos:

—¿Y qué tal se piensa de la *familia* entre la mayoría de sus miembros subalternos?

V.

Al escuchar esta pregunta la mirada del de Pino Blanco se hizo mas vívida, mas brillante, mas escrutadora.

Pero el semblante de la persona que le preguntaba era un libro cerrado en el cual era imposible que nadie pudiera leer una línea.

Así fué que el de Pino Blanco no pudo leer nada en aquella fisonomía de mármol, y se contentó con responder:

—Nada; se obedecen los actos del consejo; se le respeta y...

—Es estraño, murmuró el de Santillan.

—¿El qué? preguntó con curiosidad su interlocutor.

—Me habian dicho que existian algunos descontentos entre los miembros de la *familia*; pero cuando V. me asegura lo contrario, supongo que eso no habrá sido mas que palabras sin fundamento alguno.

VI.

En aquel momento pasó una idea muy estraña por la imaginacion del marqués de Pino Blanco.

Se figuró que el de Santillan quizá era uno de esos hombres pertenecientes desde luego á la *familia,* pero de una ambicion estremada.

Tal vez aquel hombre pensara tambien en apropiarse el mando supremo.

Y si esto era así, al de Pino Blanco le convenia muchísimo.

Un hombre ambicioso era para él un poderoso auxiliar.

Un hombre que tuviera ambicion por aquel puesto que él tanto codiciaba, necesariamente debia de contar con algunos recursos para conseguirlo.

Y siendo así, le convenia muchísimo una asociacion con semejante hombre.

Por lo tanto era necesario sondearlo hasta convencerse de si positivamente abrigaba aquellas intenciones para únicamente despues de convencido, darle participacion en el

proyecto, exigir su ayudá, y conseguido el objeto deshacerse de él.

Todo esto pasó durante un segundo por la imaginacion del jóven.

Despues repuso:

—Si hay algunas murmuraciones, hay personas en la *familia* que desearian mejor tener por jefés á una ó dos personas.

—¿De veras? preguntó el de Santillan fijando una mirada al parecer indiferente en el semblante dél marqués.

—Sí, señor.

—Hombre, pues de esa especie de fermentacion que segun V. dice existe, se podia sacar un gran partido.

—Ya lo creo; un par de hombres de audacia y de corazon podian muy bien obtener cualquier cosa.

VII.

El marqués de Santillan fijó sus ojos en el semblante de su interlocutor.

Y mientras que este antes no habia podido leer nada en él, vió perfectamente todo lo que habia oculto en el corazon del de Pino Blanco, y una sonrisa imperceptible vagó por sus lábios.

Despues, afectando una duda estraordinaria, dijo:

—Vamos, marqués, me parece que existe un poco de exageracion en lo que está V. diciendo.

—No lo crea V.: cuando esté mas tiempo entre nosotros se convencerá de que positivamente existe esa fermentacion de que le hablo.

—Bueno; si eso es cierto, tal vez diera mucho en que pensar.

—¿En qué pensar? ¿sobre qué?

—Hombre, sobre el partido de que me habló V. hace poco.

—Sabe V. que desde este momento me tiene completamente á su disposicion en todo y para todo.

—Gracias, gracias; ya abusaria de la amabilidad de usted en caso necesario.

—No haria V. mas que causarme con ello una satisfaccion.

—Ya nos ocuparemos de esa efervescencia que dice usted existe.

—Cuando V. guste.

VIII.

El marqués de Pino Blanco comprendió perfectamente que las últimas palabras del dueño de la casa equivalian casi á una despedida.

En su consecuencia se levantó de su asiento y se dispuso á marchar.

Entonces se trocaron algunas ofertas, varios ofrecimientos, y cuando uno y otro se separaron, el marqués de Santillan se quedó diciendo:

—Hé aquí un enemigo con el cual yo no habia contado, pero ya le conozco y difícil será que pueda arrebatarme la victoria.

Al mismo tiempo el marqués de Pino Blanco, dirigiendo á los balcones de la casa del marqués una mirada indescriptible, murmuraba:

—Ola, ola; parece que este tambien trata de quitarme el puesto: ¿quién será? ¡Bah! ¿qué me importa? esta noche lo sabré, y en último resultado que me sirva, y despues ya veremos de deshacernos de él, lo mismo que de Cesarina.

CAPITULO XIII.

Una visita diametralmente opuesta á la anterior.

I.

El marqués de Santillan, despues de pronunciadas las palabras anteriores, quedó sumergido en una meditacion bastante profunda.

Así permaneció durante algun tiempo.

De cuando en cuando alzaba la vista; su mirada vagaba por el espacio y murmuraba despues:

—¡Dios mio! ¿sucumbiré en medio de esta lucha? sucumbiré sin haber podido ver realizado ese sueño tan delicioso al cual he sacrificado todo? No, me parece que no; mis esfuerzos tienen un fin noble, santo y generoso. Para llegar á ese término que me he trazado, he tenido necesidad de recurrir á esa gente: ¡oh! pero bien sabe Dios que todavía mis manos no se han teñido en sangre; que yo necesito oro para la empresa que llevo; pero que ese oro no es

el arrancado al desgraciado padre de familia. No: estos son mis hermanos tambien, y jamás podria yo arrebatarles le mismo que les quiero dar.

Y despues de estas palabras, despues de esta especie de soliloquio, tornaba á caer en su anterior meditacion, de la cual salia únicamente para hablar en el sentido que ya la han escuchado nuestros lectores.

II.

Permaneció durante algun tiempo en esta disposicion hasta que vino á sacarle de su meditacion un ruido que se escuchó en la puerta.

Alzó los ojos y sus miradas tropezaron con las de nuestro antiguo amigo el *Chaval*, ó el baron del Valle, segun mejor nos parezca,

—¿Qué es eso, amigo mio? dijo el baron fijando sus ojos en el de Santillan; ¿qué tiene V.? ¿es posible que desde que tengo el gusto de conocerle no he de haber visto jamás cuando estamos solos despejada esa frente, ni su rostro libre de esa nube de sombría tristeza que tanto me afecta?

—¿Qué quiere V. que yo le haga? muchas veces me incomodo conmigo mismo, porque en mi concepto no existe una razon suficientemente probada que justifique este desasosiego constante, este disgusto, este desaliento que, por decirlo así, me acomete únicamente cuando estoy solo.

—Vamos, marqués, eso es hijo únicamente de algun disgusto interior, de algun recuerdo tal vez de otra época; será hijo de uno de esos dolores ocultos, misteriosos, injustificados la mayor parte de las veces; y si es así, yo desearia conocerlo para tratar de aliviarlo si era posible, ó de sentir

con V. si no habia mas remedio que sentir.

—Gracias, amigo mio, gracias, contestó el marqués; mi dolor no es de aquellos que puedan atenuarse con consuelos, ni á los cuales pueda asociarse sentimiento alguno.

—No comprendo...

—Desde luego que para V. tiene que ser mi lenguaje bastante oscuro.

—Mire V., marqués, vamos á hablar con franqueza, porque yo siento por V. hoy una afeccion grande, poderosa; una afeccion como no podria sentirla mas que hácia mi padre, ó hácia mi hermano mayor; ignoro el por qué de esta simpatía, pero lo cierto es que existe; tampoco sé si el acento con que le hablo, llevará impreso el sello de sinceridad que hay en mi corazon; pero sea de ello lo que quiera, vuelvo á repetirle que mi amistad es de aquellas que no mueren nunca, que no se venden jamás.

III.

El marqués tendió silenciosamente una mano al baron, y oprimiendo las de este entre las suyas, permaneció algunos momentos contemplándole fijamente.

Al cabo de ellos, le dijo:

—Ya sé que tiene V. un corazon noble y leal: sé que por misterios de familia está ligado á una sociedad, cuyas ideas y cuya mision no puede menos de indignar á su alma; leo en el corazon de V., como podria leer en el de un niño de seis años, y por esa razon no he vacilado en tenderle mi mano, y en dejarle penetrar hasta mis habitaciones; delante de V. he dejado caer esa máscara que me ocul-

ta á los ojos de todo el mundo, y la fibra de mi amistad, fibra que yo creí se habia dormido para siempre, ha despertado al escuchar el sonido de su voz.

—Poco se conoce esa amistad, cuando nada se la ha confiado todavía; cuando no se la ha puesto á prueba una vez siquiera, dijo el *Chaval* con un ligero acento de reconvencion.

—Una verdadera amistad no es exigente nunca, repuso el marqués sonriéndose.

—Sin embargo, hay ocasiones en que debe serlo.

—Mas...

—Ya sabe V. que hasta ahora, á pesar que desde el momento en que nos conocimos, simpatizamos, yo nada le he dicho, nada he querido saber, no he indicado una palabra, respecto á esa asociacion misteriosa, á la cual V. y yo pertenecemos; pero hoy que le veo abatido, hoy que adivino en V. un sentimiento real y positivo, me parece que mi amistad tiene un derecho para saberlo y para consolarlo.

—Este sentimiento que V. adivina, este abatimiento que vé, sírvale á V. de regla para lo sucesivo, debe anunciarle siempre que estoy próximo á correr un gran peligro.

—¡Un peligro!... esclamó el baron sorprendido estraordinariamente.

—Sí, un peligro cierto, seguro, terrible, y para salir del cual se necesita mucha audacia, y valor á toda prueba.

—¿Y va V. á correr un peligro, y nada me ha dicho? ¿entonces para qué sirve nuestra amistad?

—Amigo mio, ese peligro á nadie amenaza mas que á mí, y nadie puede correrlo mas que yo.

El baron contempló sorprendido al de Santillan.

Adivinaba desde luego que tras la ancha y despejada frente de aquel, se ocultaba algun proyecto atrevido, colosal.

Uno de esos proyectos en los cuales se juega un albur con la vida, sin que haya probabilidad alguna de ganarla.

Así fué que le miró con mucho mas interés, y le dijo:

—Yo quiero compartir ese peligro con V., quiero conocerlo, y no vacilaré un instante en arriesgar mi vida tambien.

El marqués á su vez miró al jóven.

Y su mirada profunda y escrutadora penetró hasta el corazon de aquel, y vió todo el fondo de sinceridad y de abnegacion que habia en él.

En su consecuencia, le tendió de nuevo su mano, y le dijo:

—Amigo mio, voy á hablarle á V. con franqueza, y quiero que con la misma me conteste.

—De esa manera he hablado siempre.

—¿Quiere V. compartir conmigo el peligro que voy á correr?

—Yo mismo se lo he exigido.

—Mire V. que es mas fácil perder la vida que ganarla.

—¿Y cree V. que mi existencia hoy es agradable?... Estoy ligado á una sociedad indigna, á una sociedad que rechaza de su seno todo lo que es honrado, todo lo que es bueno, todo aquello que no está tan viciado como ella; yo siento cada dia una aversion mas estraordinaria hácia *la fa-*

milia, y sin embargo, no tengo mas remedio que permanecer entre sus afiliados, y este remordimiento que me tortura, esta vergüenza que á cada paso enrojece mi rostro, es un cáncer que me va consumiendo el corazon, es uno de esos dolores ocultos, terribles y misteriosos de que antes hablaba á V.; nadie los conoce, y por eso mismo son mas terribles; ¿cree V. todavía que tema perder una existencia semejante?... Hable V., marqués, hable V., porque á su lado me encuentro dispuesto á todo, á todo menos á el crímen.

—Jamás le propondria yo una cosa semejante; no tengo un remordimiento en mi conciencia, y esto le probará que mis manos hasta ahora están completamente limpias.

—Ya lo sabia; yo tambien sin la esperiencia de usted, sin ese golpe de vista seguro é infalible, creo conocer á los hombres, y sé que su corazon es grande, noble y generoso; por esa misma razon ha sido mayor mi simpatía.

—Puede V. estrechar mi mano con toda confianza, con toda franqueza, y de la manera que podia V. estrechar la de un hermano.

—Ya lo he hecho así.

—Pues bien, voy á hablarle á V. de la manera que dice y no me detendré á darle antecedentes.

—Sabe V. que cuanto deposite en mi pecho, jamás saldrá de él; si es bueno, lo esculpiré en mi corazon con caractéres indelebles; si es malo, lo olvidaré para siempre.

—Vá V. á saber algo de lo que quiere.

Y el marqués dejó caer la cabeza entre sus manos como si tratase de coordinar sus ideas.

CAPÍTULO XIV.

El proyecto del marqués de Santillan —Termina la entrevista.

I.

Largo tiempo permaneció el marqués en aquella postura.

El baron respetó su silencio, y no pudo por menos de sorprenderse cuando su amigo alzando de pronto la cabeza, le dijo:

—¿Usted conoce la constitucion de la *familia*?

—Alguna cosa, contestó aquel.

—Entonces sabrá que ambos consejos están supeditados á un tribunal especial establecido en París.

—Sí, señor.

—Comprenderá V. tambien que el tribunal francés tiene el derecho único y esclusivo de nombrar los jefes supremos, tanto en Lóndres y Bruselas, como en Lisboa y Madrid.

—Sí, señor.

—Pues bien, yo soy ese jefe supremo de España.

—Ya lo sé.

—Pero un jefe supremo que tiene que estar sujeto á la observacion de un consejo que quién sabe lo que podria decir al dar cuenta de mis operaciones.

—Es cierto.

—Yo he reflexionado mucho sobre ello, y me creo á mas altura de la en que me quieren colocar.

—No comprendo...

Y el baron fijó sus ojos en el semblante del marqués, de una manera escrutadora.

II.

Pero el de Santillan, ya hemos dicho en otro lugar que no se prestaba mucho á las observaciones de cualquiera.

Así fué, que nuestro amigo se quedó en la misma duda en que estaba.

—Voy á esplicarle una parte de mi proyecto.

—Lo escucharé con sumo gusto.

—Todas las personas que componen tanto el consejo de aquí, como los de los demás sitios, son criminales demasiado endurecidos en el crímen, y de los cuales debe huir toda persona honrada.

El baron fijó una mirada en el marqués. Este comprendió lo que aquella significaba, y añadió en seguida:

—Usted estrañará que conociendo yo á esa gente, y estando tan en contra de sus ideas, me haya asociado á ellos, pero debo decirle que yo tengo un plan muy distinto del de ellos, que hay en mi imaginacion un proyecto colosal, disparatado tal vez, pero que es noble y grande, como

todo aquello que tiende á mejorar la suerte de nuestros hermanos, que á ese proyecto he sacrificado los mejores años de mi vida, y que para ese proyecto he necesitado un auxiliar poderoso, grande, que tuviera unos recursos estraordinarios, y esto no podria proporcionármelo mas que la *familia*.

—¡Oh!... bien le habia yo juzgado, esclamó el baron.

—Ya que he conseguido ser jefe supremo de un reino, quiero ser solo, quiero ser el único jefe sin consejo alguno que fiscalice mis acciones; quiero disponer á mi voluntad del poder que se me ha conferido; quiero que España no tenga que depender del Gran Consejo francés; de esta manera esa clase de crímenes que repugnan; ese asesinato, única arma de que se valen hasta ahora los miembros de todos los consejos, quiero que desaparezca; no seré yo quien autorice jamás una muerte, á no ser que las circunstancias lo exijan de una manera imperiosa.

III.

—¡Bravo, marqués!... ¡bravo!... dijo el *Chaval* entusiasmado.

—Este es mi objeto hoy; mas adelante sabrá V. la verdadera mision que me he impuesto.

—Sea lo que quiera, vuelvo á repetirle que me tiene completamente á su disposicion.

—Gracias, gracias.

—¿Pero cuándo se va á realizar ese proyecto?

—Esta noche.

—¿Esta noche?...

—Sí, amigo mio, esta noche.

—¿Y con quién cuenta V. para eso?

—Conmigo solo y con V. si por casualidad quiere acompañarme en la realizacion de esa idea.

—Desde luego estoy dispuesto á llegar á donde usted llegue; pero me parece que todos nuestros esfuerzos van á ser completamente inútiles.

—¡Quién sabe! si no lo hacemos hoy, otro se nos adelantará mañana.

—¿Cómo?

—Se acaba de marchar de aquí una persona que es tan mala como ambiciosa, y tan astuta como mala.

—¿Qué dice V?

—Esa persona á quien me refiero, arrebatará el poder de las manos en que hoy está, dentro de poco.

—Permítame V. que le diga que eso me parece completamente imposible.

—Es V. niño todavía, baron; yo por desgracia he tenido que vivir entre gentes muy infames, y he tenido que conocer á las personas; por lo tanto le digo á V. con toda ingenuidad y abrigando una conviccion, y positiva, que si el marqués de Pino Blanco no los ha vendido á ustedes ya, es porque espera sacar mejor partido, dejando á la sociedad que viva, y este partido es el de hacerse él único jefe de ella.

IV.

—Pero ¿qué está V. diciendo, marqués? preguntó el baron cada vez mas admirado.

—La verdad, lo que yo siento, lo que no vacilaria en jurar; es mas, creo que si me exigieran pruebas tambien las daria.

—Lo dice V. de un modo...

—Que no hay mas que creerme, amigo mio; por lo tanto, á tiempo está V. de retroceder si es que mi empresa le parece demasiado arriesgada.

—¿Quiere V. callar? Le he dicho ya que estaba dispuesto á seguirle donde quiera que fuese, y yo no soy persona que hasta ahora haya faltado á mis palabras.

—Entonces esta noche correremos nuestro *albur*.

—¿Pero cómo va V. á hacer eso?

—De una manera muy sencilla; disolviendo todos los Consejos.

—¿Pero en virtud de qué órden? ¿en virtud de qué autorizacion? porque segun los estatutos de la *familia*, esos consejos no pueden disolverse mas que únicamente en virtud de una órden sellada con el sello secreto del supremo tribunal.

—Pues bien, mire V.

Y al decir el marqués estas palabras se levantó de su asiento dirigiéndose hácia su *secretaire* de palo de rosa, del cual sacó algunos papeles en blanco, en cada uno de los cuales habia un sello impreso con tinta roja, circundado por tinta azul en la cual se veian algunos caractéres trazados con tinta blanca.

V.

El baron le contemplaba con curiosidad, preguntándole por fin:

—Y bien, ¿qué quiere decir eso?

—Esto, amigo mio, es el sello secreto del Supremo Tribunal; me ha costado muchos años el llegar á verlo, el po-

derme hacer con él, hoy felizmente ese sello está en mi poder, y esas tintas que aparecen únicamente por medio de ciertos reactivos, esos caractéres que para la generalidad nada dicen, he necesitado una paciencia estraordinaria para poder conseguir el adquirirlo; y ahora con este arma, ¿cree V. que la victoria podrá permanecer indecisa?

—Confieso que no esperaba semejante cosa.

—Esto le probará á V., amigo mio, que mi plan es mucho mas vasto de lo que parece, que es una idea madurada un dia y otro, y para conseguir la cual, he necesitado muchísimo tiempo, muchísima paciencia, y sobre todo aprender á conocer las personas.

VI.

De esta manera siguieron hablando durante algun tiempo, poniéndose á escribir despues algunas líneas sobre los papeles que antes habia sacado, despues de cuya operacion el baron del Valle se marchó á su casa quedando citado para verse despues en la reunion que habia de celebrarse en la quinta de Carabanchel.

Nosotros los abandonaremos por ahora para irnos á ocupar de otros personajes que para nosotros representan un gran papel.

CAPITULO XV.

Cesarina vista por su lado bueno.—Cesarina vista por el lado malo.

I.

¿Os acordais de Cesarina, lectores mios?

Me parece que sí.

La habeis visto primeramente en un baile en Capellanes, despues en otro en el mismo sitio, mas tarde en casa del marqués de Pino Blanco; y como en todos estos sitios ha representado un papel harto importante, creemos que no se la habrá podido olvidar con tanta facilidad.

Figurémonos una de las bonitas habitaciones de esas casas elegantes que de pocos años á esta parte se han construido en la calle de la Greda; y despues de haberla adornado á nuestro gusto con todo lo de mas elegante, mas sencillo y mas costoso á la par, que se guarda en los almacenes de Kexel, en el Toison de Oro y en otros varios depósi-

tos de la elegancia y del buen gusto; imaginaos que estais en la casa de Cesarina.

Esta, segun hemos oido ya, hubo una época en que se llamaba Juana, y era oficiala de una modista de Madrid.

Ella misma lo ha confiado en su conversacion con el marqués de Pino Blanco; por lo tanto, nosotros debemos aceptar como una verdad aquella confesion, y creer que Cesarina representaba una de esas muchas fortunas improvisadas que á cada paso hallamos en el mundo.

Y á propósito de fortunas.

II.

Hay muchas en Madrid que son un verdadero misterio, y que como tal ocuparian dignamente un lugar en nuestra obra, ¿no es cierto, lectores mios?

—Sí, sí, señor autor, cuente V. algunas; por ejemplo, la de aquel banquero que...

—O la de aquel ministro que V. conoce y nosotros tambien.

—O la del general...

—O la de la señora de...

—O la del conde...

—Señores lectores, háganme el favor de callar; pues si cuento todas las historias que Vds. quieren, no tendria bastante con diez volúmenes como el presente; yo, si tendria mucho gusto en ello.

—Entonces cuéntenos V. la de aquel embajador...

—Paso, paso, mis queridos lectores, no nos metamos con nadie y no queramos cosas imposibles: ¿qué adelantaria yo con empezar una historia si despues la censura?...

vamos, vamos, dejadme que siga tranquilamente con mis MISTERIOS sin meterme en los misterios de los demás.

—Pero...

—Nada, nada, amigos mios, soy muy intransigente respecto á ese particular; por lo tanto escuchadme, y si en lo que yo os cuento encontrais algo que vosotros conozcais ya, callaos, no se lo digais á nadie, no sea que nos tenga mucha peor cuenta.

III.

Hemos principiado á hablar de Cesarina, y lo hemos interrumpido para hacer estas digresiones.

Esto no me parece nada natural.

Por lo tanto ahorremos palabras inútiles y sigamos con nuestra narracion.

Penetremos en las habitaciones de la jóven.

Allí la veremos reclinada con una encantadora voluptuosidad sobre una butaca de raso celeste.

Mirándola así, nos creemos estar mirando á la bellísima condesa de la Union.

Su parecido es estraordinario.

Imposible hubiera sido encontrar dos fisonomías mas gemelas que las de ambas jóvenes.

Los mismos ojos, la misma boca, la misma sonrisa grave y melancólica, el mismo acento, todo aquello, en fin, que puede hacer que una mujer se confunda con otra.

A pocos pasos de Cesarina, y sentado tambien en una butaca, nos encontramos á Angel.

IV.

¿Os acordais de él?

Este mismo jóven á quien hemos visto en Capellanes sentado al lado de Cesarina, á quien entonces no conocia.

¿Cómo ha podido llegar á aquel estremo de intimidad?

Nuestros lectores deben suponerlo muy bien.

No habrán olvidado que la noche en que nosotros estuvimos en el baile y nos encontramos con estos personajes, la jóven dió una cita á Angel para el baile siguiente, ofreciéndole que entonces le diria las palabras que él anhelaba tanto.

El jóven, como se comprenderá perfectamente, no faltó al baile la noche que se habia convenido.

Habló con Cesarina, la pintó de nuevo su amor con los mas vivos colores, y únicamente al terminar aquella noche, al separarse de ella, fué cuando pudo escuchar de sus lábios un dulcísimo «te amo», que fué á herir de una manera estraordinaria el corazon de nuestro jóven.

Al dia siguiente Angel recibió un billete muy perfumado, en el cual, Cesarina daba una cita al jóven para aquella tarde en el Prado.

Angel pertenecia á una de esas familias de provincia, perfectamente acomodadas, y cuyo capital representa toda una vida de trabajos, de economías y de escaseces, por parte de dos ó tres generaciones.

Sus padres, cediendo á los deseos generales de Angel y de Amalia, que así se llamaba su hermana, y por las instigaciones del marqués de Pino Blanco, que durante el verano anterior habia estado en la poblacion donde aquellos

residian, y los habia conocido, se vinieron á Madrid á pasar el invierno.

V.

En mal hora lo hicieron.

El marqués se puso inmediatamente sobre la pista de la jóven, y ya hemos visto el resultado que dieron sus palabras la noche del último baile en que asistimos á Capellanes.

El marqués obedecia á las instrucciones comunicadas por el Consejo Supremo de *la familia*.

De la misma manera, Cesarina tambien obedecia á aquellos terribles personajes, en todo cuanto estaba haciendo con Angel.

El pobre jóven estaba aturdido, fascinado.

La conversacion de la jóven le seducia.

Sus miradas le abrasaban.

Y por lo tanto, de una manera delirante, frenética, recibió la primera palabra de la jóven, y con una alegria sin límites, bebió, por decirlo así, las letras que habia trazado en el lacónico billete que le escribió.

Escusamos decir que Angel fué al Prado.

Tomó uno de sus mejores caballos, y luciendo su gallardía, se dirigió al paseo.

Habia dado ya algunas vueltas, cuando de pronto apareció ante sus ojos Cesarina mas hermosa que nunca.

La jóven iba en una carretela, y tanto el tren de su carruaje y sus caballos, como el traje que vestia, la hacian doblemente interesante.

Nuestro amigo se acercó á ella inmediatamente, y en toda la tarde acertó á separarse de allí.

VI.

Pocas palabras trocaron, pero fueron harto significativas; demostraron de una manera bien patente lo que pasaba en sus corazones.

Porque debemos advertir, siquiera sea de paso, que en Cesarina se habia operado un cambio muy estraordinario desde el momento en que conoció á Angel.

Se la habia impuesto como una obligacion que se hiciese amar del jóven.

Y tomando este amor como un pasatiempo al principio, legó un tiempo en que los sentimientos vírgenes del jóven, espresados con harta elocuencia por él, hicieron una mella harto profunda en su corazon, y de dia en dia fué interesándose mas por él, hasta que por fin se apercibió de que su corazon principiaba tambien á tomar parte en aquel asunto.

En este estado ocurrió la cita que ya conocen nuestros lectores.

VII.

De resultas del paseo por el Prado provino una nueva cita para el dia siguiente en casa de Cesarina, y á esta es á la que vamos á asistir.

La jóven se habia retirado á su casa estraordinariamente pensativa.

La sinceridad que habia en las palabras de Angel, el

candor que en él se advertia, la firmeza que se traslucia en sus juramentos y la lealtad de sus protestas, impresionaban á la jóven de una manera estraordinaria.

Hemos observado siempre que generalmente la mujer que ha tenido una larga carrera de amores, que ha llevado una vida un tanto alegre, por no calificarla de otra manera mas fuerte todavia, que ha hecho del amor un placer, y del placer un comercio, estas mujeres, repetimos, se encuentran fascinadas, anhelan con ardor un amor casto y puro, como es el amor de un niño, como era el amor de Angel.

Un amor de esta especie las causa emociones desconocidas.

Las causa rubor y alegría, celos y remordimientos, placeres y dolores.

La alegría es por verse amadas de una manera digna y noble, á la cual ellas no estaban acostumbradas nunca.

El rubor es hijo de este mismo cariño, al cual por ningun estilo se creen merecedoras.

Y tienen celos de las demás mujeres, porque todas tienen mas derecho que ellas á aquel amor.

VIII.

Entonces su vida pasada las causa unos remordimientos horribles.

Y esperimentan un placer dulcísimo, inefable, cuando los ojos de su amado se fijan en ellas con amor.

Y este placer se trueca en un pesar horrible, punzante y desgarrador cuando aquella mirada se separa de la suya, cuando aquellos ojos miran á otra mujer, cuando aquella

sonrisa en la cual ellas han entrevisto un paraiso de delicias, desaparece de los lábios, y cuando aquel acento las parece tornarse en indiferente, en frio, en glacial.

Y trás de esto está la vergüenza.

Una vergüenza desconsoladora, un recuerdo perenne de su pasado, que por borrarlo darian gustosas una parte de su existencia.

¡Pobres mujeres, que pasando su juventud entre tinieblas, el momento en que abren los ojos á la luz es el mas doloroso de su existencia!

Cesarina había tomado como un juego los dos amores que la *familia* le habia impuesto.

El uno era el de Mario, el otro era el de Angel; mas tarde los dos papeles que estaba haciendo la repugnaban.

El uno lo rechazaba su cabeza, el otro lo rechazaba su corazon, y esto era porque amaba á Angel.

IX.

Le amaba de una manera ardiente, enérgica, purísima; y aunque parezca antitético que una mujer como Cesarina pudiera amar con un amor puro y espiritual como el que decimos, nada sin embargo es mas positivo en las mujeres como el tipo que estamos presentando á nuestros lectores.

Durante su larga carrera de desórdenes, no interesan su corazon para nada, y por lo tanto este permanece completamente virgen.

Y en el momento en que una emocion desconocida hace, por decirlo así, estremecerse aquellas fibras que han permanecido adormecidas durante largos años, entonces el

amor que sienten, hijo puramente del alma, es tan puro y tan ideal como ella, la materia no entra para nada en él, y el amor de una mujer así, es mas grande, mas imperecedero que el de otras mujeres cuya existencia ha sido una cadena no interrumpida de virtud, de pureza y de honradez.

X.

Cesarina se encontraba en este caso.

No podia definir la clase de sensaciones que esperimentaba; pero era lo cierto que cuando estaba al lado de Angel, se hallaba mucho mas turbada, con mucha menos libertad que cuando se encontraba sola.

Tenia un placer en verle, y al mismo tiempo sentia un dolor indefinible cuando estaba á su lado.

Así fué que cuando vino del paseo, permaneció durante mucho tiempo sumamente pensativa, preguntándose cuál era la causa de aquella preocupacion sin nombre, de aquella emocion completamente desconocida para ella.

Y llegó el dia inmediato, y Angel se presentó en su casa.

Al verle entrar en la sala la jóven, se estremeció estraordinariamente.

Angel se sentó junto á ella, y dió principio á uno de esos tiernos idilios, que solo los enamorados saben compo ner, y que nadie es capaz de poder imitar.

XI.

—¿Sabe V., Cesarina, decia el jóven con ese acento

trémulo, dulce y armonioso que caracteriza á los verdaderos amores, que me parece un sueño todo cuanto me está pasando?

—No comprendo...

—Y temo, que como sueño, se me desvanezca cuando menos lo piense.

—Nunca, contestó la jóven con arranque.

—Benditos sean esos lábios que palabras como esas pronuncian; ¿es cierto, Cesarina, es cierto que me ama usted de esa manera?

—Sí, Angel, le amo á V., y se lo digo con franqueza; no he amado á nadie, no será posible que ame jamás de la manera que ahora le amo.

XII.

—¿Y yo qué podré decir? esclamaba el jóven embriagado, por decirlo así, por el perfume que aspiraba en las palabras de aquella mujer; yo, pobre niño, que encerrado en un rincon de provincia he pasado mi juventud, soñando con una mujer; ¡qué ageno estaba de que al venir á Madrid habia de encontrar la realizacion de mi sueño!... yo no he amado jamás, Cesarina; todos los tesoros de cariño, toda la abnegacion, toda la ternura de que es susceptible el corazon del hombre, toda es tuya; y permíteme que deje ese usted tan ceremonioso, ese usted, que parece alejar la confianza de dos personas que necesariamente tienen que tenerla ilimitada; si tú comprendieras, Cesarina, cómo he ansiado el amor de una mujer; lo he deseado de una manera anhelante, he buscado la pureza del fondo mas aun que la pureza de la forma, y en tí, mi querida Cesarina,

he encontrado adunadas las dos; ¡ah! yo habia prometido á mi madre buscar una mujer tan buena como ella, y la he encontrado, ¿no es cierto? ¿no es verdad que tú tambien estarás muy satisfecha con que mi madre te llame su hija?

Y Angel quedó silencioso, esperando la contestacion de la jóven.

CAPÍTULO XVI.

Continúa dejándose ver el lado bueno de Cesarina.

I.

El jóven estuvo esperando durante algun tiempo la respuesta de su amada.

¡Ay! Cesarina no podia contestar.

Las palabras del jóven la habian trastornado.

Se consideraba indigna de aquel amor.

Habia hablado Angel de su pureza, ¿y podia ella presentarse en cualquier parte, ciñendo el velo blanco de las vírgenes?

Ya hemos hablado algo sobre la vida pasada de la jóven.

Creemos que nuestros lectores tienen bastantes antecedentes, y por lo tanto, pueden comprender perfectamente la verdadera situacion de la jóven.

Angel al verla encendida, agitada y temblorosa, se

preguntaba cuál podia ser la verdadera causa de aquella agitacion.

Pero era imposible que lo adivinase.

Hubiera sido necesario que el jóven hubiese tenido mas mundo y mas conocimiento de la sociedad, y aun así, á no haber conocido la historia anterior de la jóven, le habria sido muy difícil.

II.

Los enamorados suelen ser un tanto *miopes*; la vergüenza producida por faltas de su vida pasada, la equivocan con el rubor, y el remordimiento lo confunden muy fácilmente con la agitacion producida por las dulces emociones del amor.

Sin embargo, la jóven, necesario es confesarlo, habia escuchado á Angel con una emocion estraordinaria; y cuando Angel habló de su madre; cuando pintó la pureza de su cariño; cuando su alma al desbordarse la hablaba en un lenguaje completamente desconocido para ella, entonces una voz interior la gritó de una manera estraordinaria.

Esta voz era la de su conciencia; ella la reprochaba por el engaño de que estaba haciendo víctima á un jóven, cuyo único delito consistia en haber creido en la falacia de sus palabras.

Y durante algunos segundos, estuvo luchando su razon con su corazon.

El uno la aconsejaba que dejara las cosas en el mismo ser y estado en que se hallaban, que ella no habia hecho mas que recibir una órden, y por lo tanto tenia el deber de cumplirla.

El otro, en cambio la decia que le obedeciese, que desengañase al jóven, y de esta manera cumpliria como una mujer honrada y buena.

Cesarina no era una mujer completamente mala.

Pertenecia á esa raza de seres que por falta de educacion, por falta de una persona que las guie por el camino en que deben marchar, equivocan la senda, se vician casi sin saberlo, y casi sin tener la conciencia de si obran bien ó mal.

Así era, que existiendo en ella todavía un gérmen de virtud, este gérmen crecia y se desarrollaba ante las palabras sencillas pero elocuentes del jóven.

Y ella seguia luchando con aquellas dos fuerzas encontradas que habia, disputándose la victoria.

III.

Angel ya hemos dicho que la contemplaba con sorpresa sin que pudiera esplicarse el por qué de aquella situacion tan estraña.

Pero Cesarina se encargó de esplicárselo.

Durante algunos segundos sostuvo aquella lucha.

Pero miró á Angel de esa manera insistente y sostenida con que ya la hemos visto mirar en distintas ocasiones y leyó todo cuanto de sincero y de leal habia en aquel corazon, y esto acabó de decidirla.

Alzó su frente, y aunque con el acento un poco tembloroso, dijo:

—Angel, antes de todo es necesario que hablemos.

—¿Que hablemos? esclamó el jóven sorprendido.

—Sí, uno y otro, mejor dicho, yo sola he sido quien

me he olvidado de mi situacion, y ahora que esta se me presenta en toda su mas horrible realidad es necesario que yo no siga engañando mas tiempo á una persona tan digna como V.

IV.

—¡Cesarina!... gritó Angel, ¿qué quiere decir esto?

—Esto no quiere decir mas, sino que yo he estado soñando, pero que he despertado felizmente cuando aun puede evitarse el daño.

—¿Pero qué daño es ese? ¿Qué quieren decir esas palabras? todo eso es enigmático para mí.

—Usted me ama con amor noble, con un amor que honra á la mujer que es objeto de él; por ese amor usted tiene un derecho natural, legítimo, á exigir otro cariño semejante; ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—El amor que yo puedo darle á V. no es el amor que necesita, no es un amor para el cual tiene un derecho adquirido.

Y Cesarina, al pronunciar estas palabras inclinó los ojos ruborizada estraordinariamente.

V.

Angel tornó á mirarla, y cada vez estaba mas confuso.

Así fué que la dijo:

—Cesarina, no te comprendo, ó mejor dicho, temo comprenderte demasiado.

—Es muy posible que mientras yo no me esplique mas, usted no me comprenda.

—Entonces...

—Me ha hablado V. en un lenguaje, al cual no estoy acostumbrada; me ha hecho V. sentir lo que nunca he sentido, he esperimentado un dolor infinito, al par que una alegría indefinible; pero ¡ay! ni esta alegría puede ser duradera, ni es posible que exista la felicidad para mí.

—¿Pero qué estás diciendo?

—He tenido vergüenza de mí misma.

—¿Vergüenza?

—Sí.

—Habla, habla, esclamó Angel con una sopresa cada vez mas creciente y presintiendo que algo de cruel, algo de doloroso se le iba revelar en aquel momento.

—Existe entre los dos una barrera inespugnable.

—¿Una barrera?

—Que todos nuestros esfuerzos jamás podrán salvar.

—¿Pero quién ha alzado esa barrera?

—Yo misma.

—¿Tú?

—Sí; mi vida pasada es un obstáculo que se opondrá constantemente á nuestra dicha.

VI.

Aquellas palabras fueron un rayo de luz para Angel.

El pobre jóven quedó anonadado.

Llegó á entreveer algo de lo que Cesarina queria decir, y aquello fué una especie de puñalada que atravesó su corazon.

Miró á Cesarina y las lágrimas que corrian por sus megillas, la vergüenza que enrojecia su frente, la turbacion que habia impresa en sus facciones acabaron de revelarle aquel misterio.

Entonces exhaló un gemido ronco é inarticulado y se cubrió el rostro con las manos.

CAPITULO XVII.

Termina el lado bueno de Cesarina.—El lado malo.—Correspondencia interceptada.

I.

Largo tiempo permaneció Angel en aquella postura.

Cesarina no cesaba de llorar.

Comprendió la herida tan cruel que habia abierto en el pecho del jóven, y se acusaba como la única autora de aquella desesperacion sombría y terrible que se estereotipaba con caractéres tan enérgicos en el rostro de Angel.

Y asi trascurrió el tiempo.

Ninguno de los dos pronunciaba una palabra.

Mejor dicho, ninguno podia pronunciarla.

La emocion que ambos esperimentaban ahogaba la voz en su garganta.

II.

Cesarina alzó por fin la cabeza.

Fijó sus ojos con una espresion indefinible en el jóven.

Estuvo vacilando durante algunos segundos hasta que alzándose de su asiento se acercó á Angel, y poniéndole una mano sobre el hombro le preguntó con ternura:

—¿Padece V.?

—Mucho, contestó el jóven con acento dolorido.

—¡Oh! ¡cuánto debe V. aborrecerme por haber sido la causa de ese sufrimiento!

—No, no te aborrezco, creo que...

—Pero V. me perdonará; V. tendrá piedad de una pobre mujer que si tiene algunas manchas en su pasado ha sido lo suficiente franca para decirle, «no te acerques á mí; tú tienes un alma generosa, noble y buena, la mia está viciada, no es digna de la tuya; tú me has hecho conocer el fango en que he vivido, has despertado mi alma, pero esta se ha ruborizado al ponerse en parangon con la tuya; aléjate de mi lado, tú estás herido, es verdad, pero tienes la esperanza de que esa herida se cicatrice, mientras que yo...» pero no hablemos mas de esto, ¿á qué afligirnos por lo que no tiene remedio? y sin embargo, yo tengo que agradecer á V. mucho, muchísimo.

—¡Cesarina!

—Usted me ha hecho conocer un sentimiento nuevo; usted, al mostrarme su corazon, me ha hecho comprender la hediondez del mio; V. me ha amado de una manera... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué hermoso es ser amada así!

Y Cesarina, que habia hecho esfuerzos inmensos para dominar su dolor, fué nuevamente vencida por él, y llorosa y palpitante se dejó caer sobre la butaca en que estaba momentos antes.

III.

Angel, al escuchar sus últimas palabras, fijó en ella sus ojos en los que resplandecia un dolor estraordinario.

Y al verla desvanecida, por decirlo así, á impulsos de la emocion que esperimentaba, se lanzó hácia ella, se dejó caer ante sus plantas, y cogiendo sus manos la dijo al par que las abrasaba con sus besos:

—Cesarina, Cesarina, yo te amo, yo te amo, á pesar de tu pasado; sí; mi amor te ha purificado, para mí eres una mujer completamente nueva; has empezado á vivir desde el momento en que has empezado á amarme, no llores; ¿no comprendes que renunciar á tu amor, para mí equivaldria á la muerte?...

La jóven miró á su amante á través de la cortina de lágrimas que ocultaba sus ojos.

Y fué tan dulce, tan tierna, tan acariciadora aquella mirada, que Angel murmuró:

—¡Dios mio!... ¡y aun dice que renuncie á ella!...

Cesarina trató de dominarse otra vez, y ahogando los latidos de su corazon rechazó suavemente al hombre á quien tanto amaba y le dijo:

—Vamos, Angel, seamos razonables.

IV.

Este la contempló asombrado.

—Ya he dicho á V., prosiguió la jóven, que nuestro amor es completamente irrealizable.

—¿Pero por qué?...

—Porque yo no soy la mujer que V. se merece, y prefiero tener un dolor hoy, dolor que vivirá perenne en mi corazon, á tener mañana un remordimiento mas horrible todavía, por haberle engañado.

—Si yo te amo, Cesarina.

—Usted tiene un nombre honrado, y debe conservarlo ileso para otra mujer que en el suyo no tenga las manchas que hay en el mio.

—Yo te amo, volvió á decir el jóven.

—Es necesario que V. renuncie á ese amor.

—Pero...

—Yo ahogaré el mio dentro de mi pecho.

—Y yo no podré jamás hacerlo.

—Tenga V. fuerza de voluntad.

—Es imposible.

—Piense V. en su familia, ¿qué hermana iba V. á dar en mí á la suya?

—¡Oh!... tú eres buena, Cesarina, tú eres la mejor de las mujeres; la que obra de la manera que tú has obrado es digna del aprecio, de la consideracion, del amor de todo el mundo.

—Está V. equivocado, el mundo juzga de otra manera muy distinta.

—¿Y qué me importan á mí los juicios del mundo?

—Pero debe importarle mucho el juicio de sus padres.

—¿De mis padres?

—Sí, ellos le acusarian siempre por haber contraido una alianza completamente indigna.

—No lo creas, Cesarina, no lo creas.

—Es necesario que lo crea, me pongo en el lugar de ellos, y sé lo que haria.

—Dí mas bien que ya has variado de opinion, que eres una mariposa que despues de haber aspirado la esencia de mi alma, me rechazas de tu lado.

—Piense V. lo que quiera.

—¿Y me lo dices con esa indiferencia?

—Sí, contestó la jóven haciendo un esfuerzo supremo.

—¿Con que no me amas?...

V.

Cesarina no pudo contestar.

La respuesta que tenia que dar al estremo á que aquella conversacion habia llegado, era superior á sus fuerzas.

Por lo tanto, mientras que el jóven esperaba con impaciencia una palabra que calmase, por decirlo así, las inquietudes y los dolores que esperimentaba, la jóven dejaba resbalar una silenciosa lágrima por su megilla, sin poder pronunciar, sin poder decir nada absolutamente.

Angel adivinó lo que pasaba en el corazon de la jóven y la dijo:

—¿Ves, te convences ahora de que cuantos esfuerzos hagas para que ceda, son infructuosos? tú me amas; si no me amaras, habrias pronunciado esa palabra sin vacilar.

y amándome tú, ¿crees que vaya á abandonarte?

—¡Por Dios, Angel, no quiera V. hacerme mas desgraciada de lo que soy!

—¿Mas desgraciada?

—Sí, lo que yo siento, no puedo esplicárselo á V.; tengo vergüenza de estar á su lado; el amor que V. me profesa me causa remordimientos; el cariño que siento hácia usted me hace daño; nuestro amor no puede producirnos mas que lágrimas; déjeme V. que sea yo sola la que las vierta.

—Pero Cesarina...

—Mi resolucion es irrevocable.

—Es que yo te amo.

—Tambien amará V. á otra mujer.

—Imposible.

—A los veintidos años fácilmente se cambia un amor por otro.

—Pero es que tú me amas tambien.

—Ahogaré mi amor dentro del pecho.

—¡Oh! ¡es que no me amas!

—¡Dios mio! gritó la jóven; ¡dadme fuerzas para no desmentirle!

—Vamos, Cesarina, ¿qué nos importa el mundo, si yo te amo y tú me correspondes? ¿á qué queremos pensar en nada mas?

—Suplico á V., Angel, que dejemos ya esa conversacion.

—¿Pero lo dices de veras? preguntó el jóven sorprendido por lo glacial del acento de Cesarina.

—Sí, es necesario.

—Mas...

—Nada me diga V.

VI.

Y Cesarina al pronunciar estas palabras, comprimiendo con entrambas manos su corazon, altiva, severa, aunque con una herida terrible en el alma, se levantó de su asiento, y pasando por delante de Angel, que la contemplaba estupefacto, abandonó la estancia.

VII.

El jóven permaneció durante algunos momentos aturdido bajo el peso de aquel mundo de dolor que se desplomaba sobre él.

Despues se levantó y dió algunos pasos hácia la puerta, tras de la cual habia desaparecido aquella mujer.

Pero se detuvo junto á ella, paseó sus miradas por aquella estancia donde momentos antes habia escuchado un acento que vibraba de una manera dulcísima en su corazon, y loco, desesperado, rugiente de dolor y de desesperacion salió de aquella casa donde con tantas esperanzas, con tanta felicidad habia entrado.

Entretanto Cesarina habia pasado á sus habitaciones.

Llegó á su gabinete y se dejó caer de rodillas en el pavimento delante de una imágen del Redentor que tenia colgada sobre la cabecera de su lecho.

En aquel instante, y lejos de las miradas del hombre á quien amaba, la amargura y el dolor que habia estado conteniendo durante tanto tiempo, estalló de una manera terrible.

Gemidos desgarradores se exhalaron de su pecho.

Palabras confusas brotaron de sus lábios; palabras entre las cuales se percibia, unida á la súplica que hacia al Redentor, el nombre de su amado.

Y en aquel estado, y en aquella posicion, permaneció durante mucho tiempo.

VIII.

Pero poco á poco fueron calmándose aquellos arrebatos, consecuencia lógica de la esplosion de su amargura.

Entonces se levantó.

Las palabras habian espirado en su garganta, pero las lágrimas aun no se habian secado en sus megillas.

Fué á sentarse junto á una mesita, y sumiendo la cabeza entre sus manos se entregó á profundas meditaciones.

Al cabo de algun tiempo de permanecer en aquel estado, la puerta de la estancia se abrió y el ligero rumor que hizo la sacó de su ensimismamiento.

Una jóven penetró en la estancia.

—¿Qué ocurre, Cármen? preguntó Cesarina á la recien llegada.

—Señorita, la doncella de la condesa de la Union ha traido esta carta.

Y al decir estas palabras la criada, puso en manos de su señora un billetito muy perfumado.

—¿Estas ahí todavía? preguntó Cesarina.

—Sí, señora, espero la contestacion.

—Pues bien, ya te llamaré.

La criada salió del gabinete y Cesarina quedó sola.

Entonces murmuró:

—Otro crímen mas; ¡oh! hoy me avergüenza cuanto he hecho, cuanto estoy haciendo; hasta ahora creia un juego todo esto, ¡oh! si yo pudiera romper estos lazos que me aprisionan, quizá así me creeria mas digna de Angel; sí, este pensamiento me dá fuerzas; remitiré esta carta á su destino, y romperé con esa sociedad miserable y egoista que especula conmigo porque me cree tener sujeta con sus anillos de hierro; ¡oh! sí, sí, pensando en Angel encuentro nuevas fuerzas: ¡qué no seria yo capaz de hacer por él!

IX.

Y la jóven se levantó de su asiento y fué á dar algunos pasos hácia la puerta.

Pero de pronto se detuvo.

Su frente se oscureció estraordinariamente.

Y con voz opaca y que espresaba un profundo dolor, esclamó:

—¡Oh! ¿qué iba á hacer? la *familia* es un tribunal terrible; sí, sí, ellos lo han dicho: castigarán la falta del que los venda en todas las personas á quienes mas amen; ¡Dios mio, iria yo misma á ser su verdugo!

Y de nuevo tornó á su inmovilidad, de la que salió al cabo de algunos instantes diciendo:

—No, no; antes que á él le suceda una desgracia, sea yo sola la que sufra; veamos lo que dice esta carta.

Cesarina rompió con mano trémula el sobre que la envolvia y se puso á leer con atencion.

La carta decia así:

X.

«Mario, he tenido hoy una larga conferencia con mi hermano; tanto le he suplicado y he llorado tanto, que por fin he podido obtener que consienta en nuestros amores.

Para esto me ha servido de mucho un auxiliar muy poderoso.

Indudablemente tú no podrás imaginarte quién es.

Pero yo debo decírtelo.

Es el marqués de Santillan.

Ese caballero que tanto ha preocupado la atencion pública, ese hombre, que positivamente es un ser puramente escepcional, ha tomado nuestros amores bajo su proteccion, y ejerce un poder tal sobre cuanto nos rodea, que mi hermano le cree como á un oráculo y le trata con unas consideraciones estraordinarias.

Por lo tanto ya somos felices.

Mañana te espera el baron.

Quiere hablar contigo, quiere conocerte y procurarte una posicion que te ponga, segun sus ideas, mas al alcance de mi mano.

Tienes además otro protector, que es el marqués.

Ya se ha despejado el cielo de nuestra dicha, y la ventura nos sonríe.

Estoy loca de placer.

Ven mañana y de nuevo te repetirá cuanto te ama tu

IRENE.»

XII.

Cuando concluyó de leer esta carta Cesarina se quedó profundamente pensativa.

Y una persona que hubiese estado cerca de ella, desde luego que habria podido percibir estas palabras que pronunció con acento casi imperceptible:

—El marqués de Santillan es el mismo de quien me habló Luciano, y ese hombre, que pertenece á la *familia*, quiere estorbar lo que aquella ha dispuesto; ¡oh!... es necesario estar muy alerta; ese hombre debe ser un competidor terrible.

Y la jóven tiró del cordon de la campanilla.

La criada volvió á aparecer en la puerta.

—¿Llamaba V., señorita? preguntó.

—Sí; dí á la que ha traido esta carta que pase.

Pocos momentos despues la doncella de Irene estaba en el gabinete.

Cesarina hizo una seña á su criada y esta las dejó solas.

—¿Qué he de decirle á mi señora? preguntó la infiel servidora de la condesa.

—Que esta carta ha llegado á su destino.

—¿Y si me exige contestacion?

—La dices que Mario ha leido esta carta con indiferencia, y que despues ha contestado que estaba muy bien.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—¿De modo que el señorito ese no pasará por casa?

—Es lo mas posible.

—La señorita no tiene secreto alguno para mí, y me

ha dicho que su hermano consentia al fin en sus amores.

—Ya lo sé.

Y despues de estas palabras, la doncella se despidió de Cesarina, saliendo de aquella casa para llevar á Irene la primera espina que habia de clavarse en su corazon.

XIII.

Cuando la jóven quedó sola inclinó la cabeza con profundo desaliento.

Despues dijo:

—¡Qué repugnante me es hoy el seguir haciendo esos papeles que antes formaban mi diversion! ¿Para qué se habrá atravesado ese hombre en mi camino? Yo era feliz, y él ha venido á hacerme desgraciada.

Al cabo de algunos momentos, dió nuevo curso á sus ideas, y añadió:

—Pero ese marqués de Santillan ¿quién es? ¿por qué ese afan de mezclarse en los negocios de la *familia*, y de tratar de destruirlos? ¡Oh!... pues que tiemble, y que se guarde de Luciano, porque podia costarle muy caro el atravesarse en su camino; yo, por mí, nada siento hácia él; el amor de Angel ocupa por completo mi corazon, sin que me quede lugar para pensar en otra cosa; vamos, vamos á escribir otra de esas cartas que han de envenenar lentamente el corazon de Mario; cumplamos nuestra mision, ya que no es posible que pueda romper esta cadena que me sujeta.

Y Cesarina se acercó á la mesita de que antes hablamos, y se puso á escribir una carta, cuyo resultado conoceremos mas adelante.

CAPITULO XVIII.

«La familia.»—Un poder que se derrumba.—Otro poder que se eleva.

I.

Hemos hablado varias veces de esa asociacion poderosa conocida con el nombre de *la familia*, y nunca hemos podido dar detalles respecto á ella.

Encontramos á muchos de nuestros personajes afiliados á ella, y esto, como es consiguiente, habrá llamado la atencion de nuestros lectores.

Nosotros no queremos que por mas tiempo permanezca subsistente esa curiosidad.

En su consecuencia, trataremos de esplicar, como Dios nos dé á entender, lo que era esa terrible sociedad, á la cual vemos que pertenecen personas de la mas elevada categoría.

II.

En Lóndres, que es, por decirlo así, la poblacion donde se reunen los mayores bribones del mundo, habia tenido su nacimiento *la familia*.

Algunos bandidos de mas genio que sus compañeros se asociaron para ejecutar sus latrocinios y dedicarse á varias industrias que los ponia á cubierto de las pesquisas de la policía, establecieron oficinas privadas, hicieron sus estatutos, buscaron casas á propósito para que sirvieran de asilo á aquellos de sus asociados, que por algun golpe de mano demasiado atrevido, tuvieran que temer las persecuciones de la justicia; y finalmente, nombraron un Consejo especial, al que dieron ámplias facultades para disponer y mandar, aunque siempre con arreglo á los estatutos de la sociedad.

La familia, perfectamente organizada, abrazando todos los diversos ramos del bandolerismo, tenia buques para introducir el contrabando; buques para hacer el comercio de negros en el cabo de Buena Esperanza; posaderos que dejaban sin blanca á los viajeros que dormian tranquilamente en sus posadas; verdaderos bandidos que en medio de un camino, y á la clara luz del dia, robaban y asesinaban sin piedad; y ladrones de alta escuela, que vestian como el *dandy* mas almivarado, y que con una destreza estraordinaria *limpiaban* el bolsillo de la persona con quien éstaban hablando.

III.

Cada uno tenia sus instrucciones.

Los pícaros de todos los paises, tenian ingreso en aquella sociedad; pero sin conocer todos los misterios, por si acaso á alguno le daba el capricho de descubrirla, que no pudiera dar detalles.

Esto no era fácil que sucediese.

Los miembros de *la familia* no tenian por qué quejarse de ella.

Poco á poco fué esta adquiriendo tal estension, y sus negocios se multiplicaron tanto, que las autoridades se pusieron muy alerta.

Entonces el Consejo Supremo tuvo un pensamiento féliz.

Este fué el de buscarse aliados poderosos, cuyas recomendaciones fueron suficientes para evitar que la accion de la justicia se ejerciese con todo el rigor que debia sobre los malhechores que cayesen en su poder.

En todas partes se encuentran nobles arruinados que no vacilan un momento en cambiar el oro, para hacer que de nuevo brillen sus blasones, por su poder y su valimiento,

IV.

El Consejo de *la familia* supo cojer á algunos de estos en momentos dados, y una vez echado el gancho, difícil era que nadie se escapase.

Cogidos por el oro, por algun secreto importante, ó por

otra causa cualquiera, se formó un nuevo Consejo de *lores*, al cual se le dieron algunas de las facultades que tenia el anterior.

Dado un paso en la mala senda, todos los demás se siguen inmediatamente.

Así fué que muy pronto los lores tenian mas perspicacia, mas maldad, si cabe, que los mismos bandidos que estaban bajo sus órdenes.

Los nobles señores que habia en *la familia* atrajeron otros mas á su partido, y muy pronto la asociacion contó con un gran número de aquellos personajes.

En vista del asombroso resultado que obtenia la sociedad, el gran Consejo se decidió por establecer otra en París otra en Bruselas.

Pero conforme los lores de Lóndres habian arrebatado el poder á las mismas personas que se lo habian conferido, los *pares* de París aspiraron al mando supremo, y el centro francés fué desde entonces el único que tuvo la facultad de espedir órdenes.

La familia iba de dia en dia tomando mayor vuelo.

Sus miembros estaban en todas las clases del Estado, y sus negocios eran sumamente heterogéneos.

Habia jugadores de Bolsa que utilizaban perfectamente las noticias que se recibian en las regiones oficiales.

Escribanos que ponian en conocimiento de la asociacion las escrituras de préstamo ó de venta que se habian hecho para que los que habian tomado el dinero se viesen asaltados, cuando menos lo esperaban, y no tuviesen mas remedio que entregarlo.

Cambistas de monedas, contratistas, agentes, posade-

ros, altos funcionarios, nobles y banqueros estaban confundidos en aquella inmensa asociacion.

V.

Cuatro grandes centros tenia establecidos aquella, y Lóndres, Bruselas, Madrid y París, sufrian los efectos de aquel azote, cuyos instrumentos estaban en todas partes y á los cuales era imposible encontrar.

Se manejaban los millones con una facilidad estraordinaria, y las cajas de *la familia*, constantemente estaban muy repletas para atender á cualquier incidente que pudiera ocurrir.

Al posesionarse del poder el Consejo francés, estendió, por decirlo así, mucho mas sus relaciones, y España tuvo tambien que sufrir las depravaciones de aquella sociedad.

En Madrid, lo mismo que en París y que en Lóndres, hubo tambien nobles arruinados, que quisieron restaurar su fortuna á costa de su honor, y estos compusieron el Supremo Tribunal llamado de los *Duques*.

Sin embargo, el tribunal de Francia no dió jamás unos derechos ámplios á las sociedades de los demás paises, reservándose siempre el derecho de nombrar un jefe supremo.

Pero este jefe tenia que estar, como se comprenderá muy bien, supeditado á aquel Consejo.

Habia negocios que podia resolver por sí solo, mas en cambio, habia otros, y eran los mas, que no podia resolverlos sin la aprobacion de aquel.

Esta dependencia era la que el marqués de Santillan

trataba de hacer que desapareciera, segun se desprendia de la conversacion que habia tenido con el baron del Valle.

VI.

Dados estos ligeros antecedentes respecto á la sociedad á que pertenecen varios de los personajes que mas figuran en nuestra obra, atravesaremos la distancia que separa á Madrid de Carabanchel, y llegaremos á este último punto.

Indudablemente nuestros lectores se imaginarán que vamos á llevarlos á una casa de aspecto lúgubre y siniestro.

A una casa que esté aislada en medio del campo, como un pária en medio de la sociedad.

VII.

Nada de eso.

La casa donde vamos á penetrar es una de esas quintas deliciosas, que vosotros, lectores mios, que indudablemente habeis ido á los Carabancheles mas de una vez, debeis haber visto.

Y no está aislada en medio del campo como vosotros sin duda os habeis creido.

Todo lo contrario.

Está situada en lo mas céntrico del pueblo.

Una ancha verja de hierro deja percibir entre sus espesos barrotes un jardin perfectamente cuidado con anchas y estensas calles de árboles, por entre las cuales se deja percibir el rumor de algunas fuentes caprichosamente construidas.

En medio de aquel jardin, y casi oculto por una ancha alameda de plátanos, hay un palacio.

Y decimos palacio, porque desde luego no encontramos una calificacion mas á propósito que darle á aquel inmenso edificio con anchas escalinatas de mármol, con delicados frescos pintados en los techos de sus habitaciones, y con una multitud de criados bullendo por todas partes.

VIII.

Aquella posesion pertenecia al marqués de Pino Blanco.

Todo el mundo se sorprendia del estraño capricho del marqués en sostener semejante número de holgazanes en una casa de recreo, á la cual iba muy pocas veces.

Pero se sabia que el marqués era muy rico, y por lo tanto, podia muy bien gastarse algunos miles de duros en sostener aquella finca bajo el pié que estaba.

Nosotros, sin entrometernos á dar mas detalles, subiremos la ancha escalera que conduce al piso principal, y penetraremos en él.

El marqués de Pino Blanco tiene la costumbre de cuando en cuando de llevar algunos de sus amigos á comer á aquella quinta; por lo tanto, los campesinos no se estrañaban de ver en ciertos y determinados dias algunos carruajes detenidos dentro de la verja que rodeaba el jardin.

En el momento en que nosotros hemos entrado allí, habia siete carruajes á la puerta de la casa.

Como es consiguiente, nuestra curiosidad se despertará y desearemos conocer á las personas que hay allí dentro.

Atravesaremos varios salones, hasta que por fin llega-

remos á uno, en cuyo fondo hay una puerta, delante de la cual se pasean dos criados.

IX.

Estos dos hombres deben tener sin duda alguna consigna especial, porque cuantas personas llegan allí, murmuran una palabra en su oido, y franquean la puerta.

Nosotros nos escurriremos como podamos detrás de uno que acaba de llegar, y penetraremos en aquella especie de *Sancta Sanctorum*.

Una sorpresa estraordinaria se dibujará en nuestro semblante.

Allí nos encontraremos con una multitud de personas que hemos encontrado en los círculos mas elevados de Madrid.

Allí veremos algunos altos caballeros pertenecientes á la aristocracia, entre los cuales se cuentan el dueño de la casa, Luciano de Pinó Blanco y el baron del Valle.

Entre ellos se encuentra tambien el agente de negocios, D. Lúcas.

Todos aquellos personajes se encuentran muy agitados á juzgar por su conversacion y por las miradas que de cuando en cuando dirigian hácia la puerta de entrada.

—Saben Vds., decia el marqués de Pino Blanco adoptando cierto aire confidencial, y dirigiéndose á un grupo que le preguntaba con interés, ¿saben Vds. que me está dando mucho en qué pensar el marqués de Santillan?

—Eso mismo hemos dicho nosotros.

—Usted ya le ha visto, repuso el marqués dirigiéndose á otro jóven que habia á su lado; no sé por qué se me figu-

ra que ese hombre no va con nosotros de buena fé.

—Peor para él, repuso D. Lúcas con un acento feroz.

—Ó para nosotros; no sabemos á quién podria salirle peor la cuenta.

—¿Qué quiere V. decir, marqués? esclamaron algunos.

—Yo ya he cumplido con dar mi aviso; he hablado con el marqués, y francamente, hay algo de misterioso en él que no me agrada.

X.

En aquel momento una voz fuerte y poderosa retumbó en el salon, diciendo:

—Señores, va á constituirse el *Gran Consejo*.

Inmediatamente todas aquellas personas fueron ocupando asientos, dispuestos ya de antemano, estableciendo algunas diferencias en la forma que llevaban de sentarse.

En el fondo del salon se veia una mesa de despacho, y la mayor parte de los lienzos de pared que habia en el mismo estaban cubiertos por magníficos estantes de palo santo llenos de libros perfectamente encuadernados.

En uno de los costados del salon habia otra mesa, en derredor de la cual se veian varios sillones.

El resto del salon estaba circuido por un ancho divan de terciopelo carmesí.

Sobre las mesas se veian dos índices de los libros que contenia la librería, y tinteros y libros tirados en desórden.

XI.

Todo estaba allí dispuesto de manera, que en caso de

penetrar alguien en aquel salon, no habria podido por menos de suponer que aquella habitacion era la biblioteca del palacio, y que los amigos del marqués estaban allí haciendo tiempo hasta la hora de cenar, hojeando algunos libros.

En la mesa del fondo se veian cuatro personas.

En medio de ellas habia un asiento vacante.

En la mesa que estaba al costado del salon habia cinco caballeros, y de frente á ellos, y como si no dependieran de nadie mas que de ellos, habia hasta veinte personajes mas.

Entre los que ocupaban la primera mesa estaba don Lúcas,.

Sentados frente á la segunda, encontraremos al marqués de Pino Blanco, y á nuestro amigo el baron del Valle.

En la puerta del salon hay dos criados.

Junto á la mesa del fondo encontraremos otros dos.

Uno de estos es el que ha anunciado que el Consejo se iba á reunir.

Aquellos cuatro hombres permanecian inmóviles.

XII.

Cuando se hubo restablecido el silencio; cuando cada uno, por decirlo así, se hubo colocado en su sitio, entonces uno de los que estaban sentados en la primera mesa, se levantó y dijo:

—Señores, son las ocho y media, y á las nueve llegará el marqués de Santillan; tenemos media hora para ocuparnos de él.

—¿Pero quién es ese marqués? preguntó uno de los que allí se encontraban.

—Eso es lo que necesitamos averiguar, y para lo cual hemos contado con Vds.

—Sepamos, hable V., esclamaron algunos.

XIII.

—El marqués de Santillan, dijo el presidente, se ha presentado en Madrid despues de haberle precedido una fama estraordinaria. Aquí se recibió una comunicacion del Consejo Supremo, en la cual se nos decia que un dia determinado, y dando todos los detalles imaginables, habia de llegar á Madrid el marqués de Santillan, alto personaje español, que habia pasado muchos años, mejor dicho, toda su vida, haciendo estudios profundos en medio de las tribus americanas, y que venia á Madrid provisto de grandes tesoros, tanto de inteligencia como de riquezas, que se le esperase en un sitio de terminado, y que se le hiciera desaparecer recogiendo títulos y cuantos documentos fueran necesarios para identificar su persona.

—¿Y desapareció? preguntaron algunos.

—Las órdenes que dá el Consejo Supremo, se obedecen siempre, señores.

—¿Y el marqués?

—Al mismo tiempo que recibiamos aquella órden venia otra tambien, por la cual se nos daba aviso de que en la misma noche en que aquella debiera suceder llegaria por otro camino distinto una silla de posta, dentro de la cual vendria D. Jorge Tellez Giron: Vds. recordarán, señores, que dos meses antes, y en virtud de instrucciones recibidas

de Francia, habíamos hecho correr la voz de que ese don Jorge Tellez que tanto habia dado que hablar en Lóndres, en París y en Italia, era el marqués de Santillan, que habia querido observar un incógnito rigoroso, y que harto de visitar el estranjero venia de nuevo á España, su país natal, á terminar su carrera de galanteos y calaveradas.

—¿Con que, segun eso, el marqués de Santillan actual es ese D. Jorge Tellez, de quien tanto se ha hablado?

—El mismo, señores: pero él no sabe, ni sabrá nunca, segun la órden del Consejo Supremo, el premio á que ha comprado su título y su posicion.

—¿De veras?...

—Sí, señores; Jorge esperaba la noche en que desapareció el marqués en un sitio determinado; allí se le llevaron todos los documentos que necesitaba, y hasta ahora nadie le ha dicho, ni le dirá la verdad.

—¿Y qué supone V. del marqués de Santillan?

—Ese hombre se nos hace sumamente sospechoso.

XIV.

—¿En qué sentido? preguntó el baron del Valle, que hasta entonces habia permanecido silencioso.

—Eso es lo que nosotros no podemos definir, y para esto hemos contado con Vds.: hay en la vida de ese hombre algo de misterioso que nos sorprende; por esa razon hemos querido que cada uno de Vds. fuese á verlo, que hablase con él, que tratase de comprender su secreto, que le estudiase perfectamente, á fin de que pudieran comunicarnos el resultado de sus observaciones; vamos, V., conde de Pie-

dra Negra, V. que ha sido de los primeros en visitarle, ¿qué opina de él?

XV.

La persona á quien se habia dirigido el que parecia presidente de aquella reunion, era un jóven perteneciente, como la mayoría de los que estaban allí reunidos, á la alta aristocracia madrileña.

En su rostro se veian impresas las huellas de la crápula, del vicio y de la disolucion.

Quizá este habia sido el lazo de que la *familia* se habia valido para apoderarse de él.

XVI.

El conde se levantó de su asiento y contestó:

—Señores, he visto al marqués de Santillan mas de una vez; me ha parecido un tanto altanero, muy orgulloso y bastante reservado. Me ha hecho preguntas bastante capciosas respecto á la *familia*; le he juzgado con bastante imparcialidad, y creo que á pesar de todo cuanto diga el Supremo Consejo francés, debemos de andar con mucho cuidado para admitirlo en nuestro seno.

—Esa es tambien nuestra opinion, dijeron algunas voces.

—Y V., señor baron del Valle, dijo el presidente dirigiéndose al *Chaval*, V. que se ha hecho su amigo íntimo, ¿qué juicio ha formado de él?

—Me parece, contestó el jóven, que el marqués de San-

tillan es un cumplido caballero, que todo en él respira nobleza y dignidad, y que le creo incapaz de cualquier proyecto indigno de una persona de honor y de lealtad.

—Siento no opinar como mi digno amigo el baron del Valle, dijo entonces el marqués de Pino Blanco levantándose á su vez del sitio en que se hallaba; yo he hablado con el marqués de Santillan, he creido leer un poco en el interior de su corazon, y me atrevo á decir muy alto y á sostener lo que digo, que el marqués de Santillan es ambicioso; lo que si es miembro de la *familia*, es el enemigo mas terrible con que esta cuenta en su seno, que tiene una audacia estraordinaria y que si no andamos con cuidado, ese hombre tratará de reasumir en sí el poder supremo.

XVII.

—¿Qué está V. diciendo, marqués? esclamó el presidente.

—La verdad; hablo con arreglo á mis convicciones y estudio que he hecho del marqués en el poco tiempo que le he visto.

—Pues me parece que en la ocasion presente se halla usted en un gravísimo error.

—¿De veras? preguntó el marqués con cierta ironía; parece que toma V. su defensa con mucho calor.

—La tomo como debo tomarla, toda vez que oigo insultar á una persona y tratarla de ambicioso, cuando hay aquí mismo algunas que abrigan proyectos mas atrevidos que los que atribuyen al marqués.

—Señor baron, gritó el de Pino Blanco pálido de cólera.

—No me retracto de lo que digo.

Iba ya á replicar el marqués de una manera harto dura, cuando abriéndose la puerta del salon apareció en ella un criado que dijo:

—El señor marqués de Santillan.

—El marqués de Santillan.

CAPITULO XIX.

Un desenlace inesperado.—Lo que sucedió despues de la reunion.

I.

Un silencio estraordinario reinó en el salon instantáneamente.

Todas las miradas se fijaron en la puerta.

El marqués de Santillan ó Jorge Tellez, segun queramos llamarle, apareció en ella.

El marqués iba vestido de negro.

Su fisonomía noble y varonil resplandecia doblemente, destacándose con mayor fuerza del fondo oscuro de su traje.

Altivo, severo y grave, adelantó algunos pasos por en medio del salon.

Sus miradas se pasearon á su placer por toda aquella reunion, fijándose algunos segundos en el marqués de Pino Blanco y en el baron del Valle.

Despues fueron á fijarse en las personas que habia sentadas alrededor de la mesa del fondo.

II.

Entonces el presidente del *Consejo*, se levantó y dijo:

—Señor marqués, nos consideramos muy honrados con recibir á V. entre nosotros, y creemos que desde hoy la *familia* de España podrá contar con un miembro mas que la preste su apoyo y su inteligencia.

—Doy á V. en particular las gracias y á estos señores en general, contestó el marqués con una finura esquisita, por el favor que me están haciendo, y por las pruebas de deferencia que hasta ahora les he merecido.

—No ha sido mas que cumplir con un deber.

—De cualquier manera es digno siempre de agradecerse.

—Sírvase V. tomar asiento donde guste, dijo el presidente indicándole uno de los divanes que circuian el salon.

Pero el marqués se sonrió de una manera imperceptible.

Y avanzó hasta la mesa del fondo en medio del asombro de todas las personas allí reunidas.

El presidente se levantó y dijo tratando de detenerle:

—Señor marqués...

III.

Pero este no hizo caso alguno, y separando dulcemente al que le contenia, se dirigió hácia la silla que estaba vacante y de la cual hemos hablado ya, y se sentó en ella.

—¿Usted sabe para quién está destinada esa silla? preguntó el presidente.

—Sí, señor, contestó con calma Jorge.

—¿Y se atreve V. á sentarse?

—Ya lo ha visto V.

—Fuera, fuera, dijeron algunas voces.

Los otros tres personajes que estaban al lado del presidente dieron un paso hácia el marqués.

Pero este, al escuchar aquellas palabras, lanzó una mirada tan terrible, que no pudieron por menos de estremecerse los que se apercibieron de ella.

El baron del Valle dió algunos pasos hácia el marqués.

Pero otra mirada de este le detuvo en el mismo sitio.

Jorge, afectando una indiferencia estraordinaria, se desabrochó el gaban que le cubria.

IV.

Entonces una cosa estraña pasó por toda aquella gente.

Una espresion de asombro infinito se esparció por todos los semblantes.

Y una esclamacion de sorpresa brotó de los lábios de las treinta personas allí reunidas.

El marques, al desabrocharse el gaban, dejó ver una cruz de brillantes y esmeraldas, en medio de la cual habia un círculo de rubíes, que estaba adherida al frac que llevaba debajo.

Aquella cruz fué la que causó una trasformacion tan repentina en toda la sociedad.

Jorge paseó su mirada tranquila y serena por todas aquellas fisonomías.

El presidente y sus compañeros retrocedieron llenos de respeto y murmuraron:

—¡Es su alteza!...

—Vamos, señores, dijo el marqués por fin, ¿creen ustedes ahora que estoy sentado en el sitio que me pertenece?...

—¡Oh!... perdone V. A., dijo D. Lúcas disimulando apenas su disgusto.

—¿Tiene alguno de Vds. algo que decir?... gritó Jorge mirando á todos los miembros de la sociedad.

—Nada, nada.

—Ahora, señores, escúchenme Vds. y graben bien en su memoria lo que voy á decirles.

—Hable S. A., gritaron todos.

V.

—He venido á España, dijo el marqués con voz reposada, pero sonora y vibrante, y he visto que la *familia*, en vez de ser una sociedad organizada para apoderarse de los capitales de unos para aumentar los de otros, en vez de recurrir á todas las especulaciones posibles, de esplotar la estafa, la falsificacion, todos esos recursos que en manos hábiles son manantiales de riqueza, como lo prueba el estado de la *familia* en Lóndres, en Bruselas, y en Paris especialmente, la *familia* de España no es mas que una sociedad de asesinos y de ladrones.

—¡Príncipe!... gritaron la mayor parte de los personajes que habia en el salon, alzándose de sus asientos.

Una cólera estraordinaria se veia retratada en aquellos semblantes.

El baron del Valle veia que su amigo iba mas lejos de

lo que se imaginaba, y temió por las consecuencias que de aquello pudieran resultar.

Jorge no se alteró por aquella tempestad que principiaba á bramar en su derredor.

VI.

Miró á todos ellos, y dijo:

—Sí, señores, lo he dicho y lo repito; la *familia* en España no es mas que una asociacion de ladrones y asesinos. Yo, al venir aquí, he tenido que plantear sistemas de especulacion que no habia, mientras que Vds. se ocupaban, los unos en robar el dinero á desgraciados incautos, en casas de juego establecidas á propósito, y los otros en asesinar en medio deun camino á viajeros indefensos, en fracturar puertas, penetrar en las casas y maltratar á los pobres vecinos; he sabido tambien que esta gran sociedad, cuya índole es tan distinta en otros paises, en España tiene hombres en su seno que han robado un talego de ropa á una infeliz lavandera, que han ganado á juegos indecorosos en las afueras de la puerta de Toledo cuatro ó cinco duros á pobres arrieros que no tenian mas que aquello, como fruto de sus trabajos y de sus penalidades. ¿Y creen Vds. que esta es la mision de la *familia*? mentira, señores. Yo he venido aquí, y la sociedad será lo que debe ser, no lo que Vds. han hecho que sea.

—Repare V. A..., dijeron algunos.

—Que tenga mucho cuidado con lo que habla, añadieron otros.

—Y si no, nos dará una satisfaccion de sus palabras.

Los ojos del marqués chispearon de cólera.

Sus lábios se agitaron convulsivamente, y todo su semblante tomó una espresion tal de ferocidad y de bravura, que todos no pudieron por menos de sentirse un tanto impresionados.

VII.

Jorge se dominó inmediatamente y dijo con un acento tranquilo y glacial, que contrastaba estraordinariamente con la borrasca que se habia daguerreotipado en su semblante:

—He oido hablar por ahí de provocaciones y de satisfacciones que habia de dar por mis palabras, y debo decir dos palabras tan solas: Jorge Tellez no se batirá jamás con asesinos ni ladrones.

Un murmullo de corage y de furor se exhaló de aquella gente, y en tumultuoso desórden se acercaron á la mesa donde estaba el marqués.

El *Chaval*, inmediamente que comprendió el peligro que corria Jorge, se lanzó hácia él y se puso á su lado.

Pero aquel no demostró temor alguno.

Al contrario, una sonrisa de desden punzante, irónico y sarcástico vagaba por sus lábios.

Ni un músculo de su fisonomía se alteró.

Unicamente su mirada se hizo mas insistente, y cuando los tuvo cerca de sí, como si aquella mirada tuviese un magnetismo especial, los hizo detenerse en el sitio á que habian llegado.

Entonces únicamente habló.

—¿Qué quiere decir eso, señores? preguntó con su acento severo é imponente; ¿tratan Vds. de asesinarme quizá?

pues les aseguro que esa es empresa harto difícil, y el que trate de asesinarme firma su sentencia de muerte.

VIII.

Habia tal resolucion en su acento, que las personas que le escuchaban, quizá no tendrian muy tranquilas sus conciencias, porque retrocedieron instintivamente un paso.

—¿Por qué ese temor? ¿Acaso V., señor conde de Vargas, teme que descubra la lista de sus crímenes? pierda usted cuidado, las pruebas existen en poder de personas que no las presentarán mientras que yo exista; pero si yo falto, irán las de V., lo mismo que las de D. Lúcas; usted que engaña á todo el mundo, que bajo la capa de una falsa virtud oculta crímenes horribles, tan horribles y tan asquerosos como los del conde de Piedra Negra, que hace dos años se llamaba Cristóbal Gomez; igualmente V., señor banquero Piedrahita, guárdese de hacer algo que me perjudique, pues V. mismo se haria el daño. Todos ustedes, señores, tienen un secreto que guardar; ese secreto lo poseo yo, pero... pero no sé por qué estoy hablando así; ustedes desde luego que piensan como deben, y están dispuestos á hacer cuanto les indique, toda vez que en ello van ganando ¿no es cierto, señores?

IX.

Todos aquellos personajes que momentos antes hemos visto tan altaneros y tan furiosos lanzarse sobre el marqués, conforme este fué hablando, cambiaron de maneras y de posicion.

Los unos fueron escondiéndose detrás de los otros, y de este modo se acercaron nuevamente á sus asientos, dejándose caer en ellos al par que se preguntaban con cierto terror, quién era aquel hombre que tan bien conocia el misterio de sus vidas.

Cuando Jorge pronunció sus últimas palabras, ya todos se habian retirado.

Asi fué que contestaron inmediatamente:

—Puede V. A. estar seguro de nosotros.

—Perfectamente, eso es lo que yo quiero, porque de esta manera quien lo ganará ha de ser la *sociedad* en general.

—Ese es nuestro deseo.

—Ahora vamos á otra cosa.

—V. A. dirá.

—Señor presidente, sírvase V. leer esa órden del *Consejo Supremo.*

Y al decir Jorge estas palabras, entregó al presidente un papel de los que aquella tarde habia enseñado al baron.

Ya dijimos que los habia llenado; pero en cambio, el sello habia desaparecido.

El presidente lo cogió, sacó de su bolsillo una cajita, estrajo á su vez de ella un frasquito y una brocha, la empapó en el contenido de aquel, y despues la pasó repetidas veces sobre el papel.

X.

Hecha esta operacion aproximó la órden á la chimenea y muy pronto con el calor que brotaba de ella, principia-

ron á aparecer los colores del sello, hasta que este quedó perfectamente perceptible.

Entonces el presidente se dirigió de nuevo á su mesa, y se puso á leerlo.

Y á medida que se iba enterando de su contenido, su rostro espresaba una sorpresa estraordinaria.

Todas las personas allí reunidas se contemplaban con curiosidad, hasta que D. Lúcas no pudo contenerse mas, y dijo:

—¿Qué es eso?...

—Escuchen Vds., señores, repuso el presidente dirigiéndose á todas las personas que le miraban llenas de asombro,

XI.

El documento que tenia en la mano decia así:

«Al *Consejo Supremo* de *la familia* en España.

»Desde el momento en que recibais la presente, queda disuelto el Consejo de los *duques* de segunda clase.

»Cumplidlo así, y obrareis como buenos asociados.»

La firma de aquella órden era la misma que ya conocemos, añadiendo el sello de que ya hemos hablado á nuestros lectores.

Un silencio sepulcral se esparció por toda la sala.

Se miraban unos á otros todos aquellos personajes, y hubo algunos que dijeron:

—¿Pero qué quiere decir esto?

—Aun falta esta otra órden, dijo el marqués, sacando un nuevo papel de su bolsillo, y entregándoselo al presidente.

—¿Otra órden?...

—Sí, señor, tome V.

Se hicieron los mismos preparativos que con el papel anterior, y el sello apareció de la misma manera.

—Lea V., lea V., dijeron algunos.

XII.

El presidente leyó primero para sí aquella nueva órden, y si sorpresa le habia causado la anterior, mucha mas recibió entonces.

Una llamarada de cólera subió hasta su semblante, y durante algunos segundos nada pudo decir.

D. Lúcas se acercó á él, y trató de ver lo que decia aquel documento,

Al mismo tiempo los señores que se impacientaban con aquella tardanza, gritaron:

—¿Qué dice esa órden?

—Lea V.

—Señores, esto es una indignidad, repuso por fin el presidente.

—Tambien fué una indignidad lo que V. hizo con aquella pobre jóven, dijo el marqués en voz muy baja al presidente.

—¡Oh!... calle V. A., repuso este aterrado.

—Lea V., volvieron á gritar con impaciencia.

—Pues bien, oigan Vds.

Y el presidente con voz trémula por la emocion que esperimentaba, leyó lo siguiente:

XIII.

«Señores del *Consejo Supremo* de España.

»Desde esta fecha queda disuelto ese Consejo, pasando todo el poder y las atribuciones que Vds. tenian al marqués de Santillan, que les entregará la presente.

»El marqués lleva nuestro sello, es nuestra misma persona, y á él solo se debe obedecer y respetar.»

Con una estupefaccion profunda se escuchó la lectura de aquel documento.

Durante algunos segundos nadie se atrevió á decir una palabra.

Mejor dicho, nadie pudo decirla.

Tal era el efecto que aquellas dos órdenes les habian causado.

Una cólera sorda, reconcentrada, terrible, fermentaba en aquellos corazones, que sentian abandonar los puestos en que se hallaban, ó que tenian aspiraciones á otros mas grandes.

XIV.

El marqués impasible los contemplaba, y al fin dijo:

—Señores, comprendo que sentirán Vds. el abandonar unos puestos tan importantes; pero son órdenes muy severas las que tengo, y no hay mas remedio que hacerlo; yo á mi vez les prometo una cosa: tengo que crear necesariamente una junta para que me ayude á sobrellevar el peso de tantos negocios, y las personas que compongan esas juntas serán Vds.; de esa manera no se habrá hecho mas que

cambiar de nombre, pero de hecho seguirán lo mismo.

—¿De veras?... esclamaron todos que vieron renacer de nuevo sus esperanzas de mando, y que aun se imaginaron que tal vez podrian derribar al marqués.

—Doy á Vds. mi palabra de que sucederá así, dijo este.

—Pues bien, cuente V. A. con nosotros.

—Gracias, no esperaba yo menos de Vds.

XV.

—Ahora, señores, dijo el marqués de Pino Blanco, justo será que solemnicemos la llegada de nuestro nuevo jefe.

—Aprobado, gritaron todos.

—Es necesario que mañana, repuso Jorge, todos los miembros de la *Asociacion* sepan las novedades que han ocurrido.

—Descuide V. A., dijo el presidente, que era á quien aquel se habia dirigido.

—¿Se digna V. A., dijo el de Pino Blanco, hacernos la honra de cenar con nosotros?

—Estaré á la mesa con Vds.; pero en cuanto á cenar, me será imposible, he comido poco antes de venir aquí.

—Como S. A. quiera.

—Ya no soy alteza, señores; los títulos mientras estemos en sesion, para asuntos del servicio, como dicen los militares; fuera de eso, no soy mas que un amigo de ustedes, si me hacen la honra de aceptar mi amistad.

Y el acento sencillo y bondadoso con que el marqués pronunció estas palabras, acabó de entusiasmar á los caballeros, que gritaron:

—¡Bravo! ¡bravo! ¡viva nuestro nuevo jefe!

—A la mesa, señores, á la mesa, dijo Luciano.

Y todos se precipitaron hácia un magnífico salon, donde se habia colocado una mesa á propósito para tanto convidado.

CAPITULO XX.

La conclusion de la cena.—Lo que puede suceder en una noche.

I.

La cena del marqués de Pino Blanco fué lo que debia esperarse de una reunion de jóvenes en su mayor parte.

Los manjares mas delicados, y los vinos mas esquisitos circulaban con profusion.

Las cabezas se pusieron un tanto alegres, y cuando la cena terminó, era ya bien avanzada la noche.

Todos fueron arreglándose en sus carruajes, y cuando se separaron, la mejor armonía reinaba entre el marqués de Santillan y los demás miembros de la *familia*.

Jorge y el baron entraron en el carruaje del primero, y cada coche tomó por un camino distinto, para dirigirse á la córte.

II.

Cuando se encontraron solos, dijo el baron á su amigo:

—Verdaderamente que es V. un hombre singular.

—¿Por qué?

—He estado admirándole esta noche.

—¿Usted cree que he triunfado?

—No, señor.

—Me alegro que tenga V. tan buen golpe de vista.

—En mi concepto, ahora es cuando empiezan los verdaderos peligros.

—Tiene V. razon.

—Esos hombres que ahora por efecto de los vapores del vino le han tendido su mano, mañana cuando la razon haya vuelto á recobrar su imperio, le aborrecerán con mas fuerza.

—¿Y eso qué importa? dijo con una calma admirable el marqués.

—Vamos, vamos, cuando digo que es V. el hombre de mas valor que he conocido.

—Tengo el mismo que V.

—No, marqués; yo creo no ser cobarde, pero ponerme frente á frente con esos hombres, que como V. ha dicho muy bien, no son mas que una trahilla de asesinos, le aseguro que lo hubiese pensado mucho antes de hacerlo.

—Gradúe V. cuánto debo yo de haber observado en mi vida, cuánto estudio no habré hecho para saber revestirme de esa indiferencia, de esa calma, de esa tranquilidad que á V. tanto le admira, y que no es mas que hija de ese estudio que le he dicho.

—¡Oh!... pero de cualquier manera, para mí siempre será una cosa que tendré que admirar en V.

Pues aun creo que me verá V. en circunstancias mas terribles todavía.

—Y dígame V., marqués, hablando aquí entre nosotros, ¿es V. verdaderamente el *Príncipe*, jefe de toda la *familia*?

—Sí.

—¿Entonces?...

—Hoy no existe mas *familia* que una; ya no hay *Consejos Supremos* en ninguna nacion.

—¿Qué quiere V. decir?

III.

Y el baron, al pronunciar estas palabras fijó sus ojos asombrados en el marqués.

Pero la oscuridad de la noche le impidió distinguir la espresion de aquella fisonomía.

Mas el acierto con que contestó á su pregunta, le demostró palpablemente que aquel hombre estaba completamente tranquilo, y que decia la verdad.

—Lo que V. oye, repuso Jorge; todas las *familias* establecidas en este ó en el otro punto, se han refundido en una sola.

—No comprendo...

—La única que quedó en pié mas tiempo, fué la portuguesa, y eso porque yo necesitaba que me proporcionase un nombre para llegar á Madrid.

IV.

Entonces recordó el baron lo que se habia hablado aquella noche en la reunion respecto al título que llevaba el marqués; así fué que le dijo:

—¿Y cómo se ha proporcionado V. ese título?

—No lo sé, contestó Jorge con sencillez; yo le pedí al *Consejo* portugués un título, y al cabo de dos dias me dijo:

—«Ya puede V. salir para Madrid; deténgase V. tal dia y á tal hora de la noche, en el camino del Escorial, y allí le entregarán los títulos para identificar su persona. Nada mas supe, y al dia siguiente salia para Madrid.

—¿Y V. no preguntó á las gentes que le dieron los papeles?...

—No; sabe V. que segun nuestros reglamentos está prohibido preguntar nada respecto á una órden que se ha dado, y yo he sido el primero siempre en respetar esa cláusula.

—¡Es estraño!

—¿El qué?

—Nada, nada.

—¿Pero por qué me ha hecho V. esas preguntas? preguntó el marqués cuya curiosidad se habia escitado por las palabras del jóven.

V.

Este creyó muy prudente toda vez que Jorge nada sabia,

no recordarle nada acerca del sangriento drama, al cual debia su título.

Habria tenido un remordimiento constante por aquella muerte, y el baron apreciaba demasiado á su amigo para quererle causar un disgusto.

Así fué que le dijo·

—No lo he preguntado con intencion alguna; únicamente por si acaso V. sabia el misterio que envolvia su título.

—No, ni me he cuidado de saberlo; ya sabe V. que la *familia* ha tenido siempre á su disposicion dos ó tres títulos de distintos paises, para las personas que mejor la conviniesen.

—¿Y decia V. que todos los *Consejos Supremos* han desaparecido?

—Sí, amigo mio, todos.

—¿Pero quién ha hecho eso?

—Yo.

—¿Usted?... esclamó con asombro el baron.

—Sí, yo he disuelto uno tras otro los cinco que habia, y hoy no existe mas jefe que yo.

—Marqués, ¿qué está V. diciendo?

—La verdad, amigo mio, la verdad, vuelvo á repetirle; ya he dicho á V. que llevo un proyecto colosal entre manos hace mucho tiempo, que á él he sacrificado mi vida, y que he de conseguirlo ó he de morir en la lucha.

—¿Pero ese proyecto?...

—Ya lo sabrá V. á su tiempo.

—Está bien, no le preguntaré jamás.

—Ya vé V. qué para disolver todos esos consejos, para luchar contra tantas dificultades, para vencer á hombres

tan terribles, habré necesitado un arrojo y una audacia estremada; por lo tanto, todos los peligros que aquí pueda correr, ya los conozco.

VI.

—¿Pero cómo se han resignado aquellas gentes á perder su dominio? preguntó el baron cada vez mas admirado.

—Ese es uno de los secretos de mi ciencia; he conseguido que se convenzan de que bajo mi dominio tienen mayores riquezas, mas bienestar, menos persecuciones que tenian anteriormente; los asesinatos son muy escasos, y los que hay, jamás los autorizo yo; todo lo contrario, castigo con mas rigor tal vez que lo hicieran los tribunales á los que no puedo entregar sin poner en peligro á toda la sociedad.

—Está visto que V. es un hombre escepcional, dijo el baron.

—Soy un hombre que se ha trazado una senda, y que marcho por ella á pesar de todo y contra todo cuanto se atraviese en su camino.

En esta conversacion llegaron nuestros personajes á Madrid, y poco despues el marqués se bajó del carruaje á la puerta de la casa del baron, dejándolo en ella.

VII.

Jorge, siguiendo una de las rarezas de su carácter, quiso marcharse á pié hasta su casa, pretestando que le agradaba el dar un paseo por las calles á las altas horas de la noche, en las cuales siempre se encontraba alguna miseria que socorrer ó quizá algun crímen que evitar.

Así fué que inmediatamente se envolvió en su capa y se alejó de la casa de su amigo.

Eran, próximamente, las dos de la madrugada.

Y demasiado se sabe que á semejantes horas pocos son los transeuntes que circulan por las calles de la coronada villa.

Jorge se alejó del centro y se dirigió hácia los barrios estremos.

Andaba muy despacio, y poco á poco fué sumiéndose en profundas meditaciones.

Y tan absorto iba en ellas, que no reparó en una persona que le venia siguiendo hacia algunos momentos.

El marqués se introdujo por fin en una de esas calles estrechas, solas y apenas alumbradas que hay por la parte de Maravillas.

Quizá él mismo no sabia por donde iba.

Y así debió ser, porque de pronto alzó la cabeza y miró con sorpresa á todas partes.

VIII.

En aquel momento, la persona que hemos dicho le iba siguiendo, se lanzó sobre él, y cogiéndole violentamente por el cuello con una mano, mientras que con la otra le amenazaba con un cuchillo, le dijo:

—Deme V. el dinero que lleva.

Jorge quedó sorprendido en el primer momento.

Pero se repuso inmediatamente, y desasiéndose por medio de un esfuerzo vigoroso de aquella presion, sacó su *revolver*, y apuntando al que le tuvo cogido, le dijo á su vez:

—¡Quieto ahí, miserable!

—Máteme V. y me hará un favor, dijo el ladron.

Y habia en su acento una espresion tal de amargura y de desesperacion, que el marqués no pudo por menos de sorprenderse.

IX.

Entonces dió un paso hácia él.

Lo cogió de un brazo y le dijo:

—V. no es un ladron.

—¡Caballero!...

—¿Qué desgracia es la que le ha traido á semejante estremo? preguntó bondadosamente el marqués.

—¡Oh!... evíteme V. la vergüenza de semejante confesion, esclamó el jóven que le habia acometido.

X.

Este debeis reconocerlo, lectores mios.

¿Os acordais de Félix?...

Es el hijo de aquel desgraciado á quien vimos en la calle de la Palma Alta.

Sin duda escitado por su miseria se habia lanzado á cometer un crímen que su alma honrada y noble no podia por menos de rechazar.

Jorge lo adivinó desde luego, y aumentando la dulzura de su acento no pudo por menos de decirle con una compasion estraordinaria.

—¡Desgraciado!... ¿no se le ha ocurrido á V. pensar en las consecuencias que pudiera haber tenido su atentado?

—¿Y cree V., repuso Félix con amargura, que cuando

se desciende á este estremo se encuentra la imaginacion dispuesta para pensar?...

—Tiene V. razon.

De esta manera habian dado algunos pasos y salieron de la calle en que se hallaban, pasando á otra, debajo de cuyos faroles se detuvieron.

Jorge fijó una mirada profunda y escrutadora en nuestro pobre amig.

Aquella mirada tenia un poder tal, que la persona en quien se fijaba no podia por menos de estremecerse, aun cuando no guardase en su corazon uno de esos secretos que hacen subir al rostro los colores de la vergüenza.

Félix estaba trémulo y avergonzado.

La mirada de aquel caballero le imponia un respeto profundo.

XI.

El marqués leyó en su corazon.

Adivinó quizá una parte de su triste historia, y le dijo:

—Amigo mio, no hay que dudar que existe una Providencia; ella le ha puesto en mi camino; á V. le ha evitado un crímen y á mí me ha presentado la ocasion de hacer un nuevo servicio á mis hermanos.

—Perdóneme V., señor, esclamó Félix con un acento que demostraba perfectamente la emocion que esperimentaba; estaba loco hace un momento.

—Locuras como las de V., hay por desgracia muchas en el mundo.

—¡Oh!... ¡si mi madre supiera!...

—¿Tiene V. madre?

—Por ella he hecho esto.

—Jóven, no diga V. semejante cosa; no profane la santidad del afecto materno con esa accion puramente criminal que ha estado á punto de cometer.

—Tiene V. razon.

—Yo habia creido que era V. casado y que quizá una esposa...

—No, señor.

—¿Tiene V. padre?...

Al escuchar esta pregunta, una nube de dolor sombrío, terrible, se esparció por su semblante.

Sus ojos brillaron de una manera siniestra.

Se contrajeron los músculos de su semblante y temblaron sus miembros.

XII.

Jorge no dejó de observar esta trasformacion.

Y se admiró de nuevo, volviendo á preguntar:

—¿Qué tiene V.? le he preguntado por su padre y...

—¡Mi padre!... ¡mi padre! prosiguió Félix con amargura; ¡sabe Dios lo que será de él!

—¿Qué dice V.?...

—Perdone V., caballero; ya que ha sido tan generoso conmigo, que no me ha entregado á la autoridad, no me pregunte V. nada respecto á mi familia, porque siento que de nuevo se apodera un vértigo de mí que puede conducirme hasta un estremo mas deplorable todavía.

El marqués contempló con un asombro creciente al jóven.

Despues le dijo:

—Amigo mio, V. se equivoca en el juicio que ha formado de mí.

—No señor; V. ha sido demasiado bueno.

—He obrado como debia; he comprendido que en usted no habia vicio, no existia crímen; lo único que tenia era una desgracia inmensa que se habia desplomado sobre usted y que le habia perturbado la razon.

—¡Oh!... sí, sí.

—Pues bien, comprendiendo eso, he procedido así.

—¡Qué desgraciado soy!...

—Esa desgracia es la que yo deseo conocer, replicó de nuevo Jorge interesándose mas cada vez por Félix.

—¿Y de qué le servirá el conocer una miseria mas, habiendo tantas en el mundo?...

—Para consolarla, para...

—Es muy difícil.

—Nada lo es cuando se tiene una voluntad firme y decidida de proteger y de auxiliar á la desgracia.

XIII.

Félix contempló con sorpresa á su interlocutor.

El pobre jóven habia sufrido tantas decepciones, habia visto tantos ingratos, por decirlo así, que no podia comprender existiese en el mundo una persona con la abnegacion suficiente para socorrer á la desgracia por el solo placer de socorrerla.

¡Esta desconfianza es tan natural en los desgraciados!...

Jorge comprendió el pensamiento del jóven y le dijo:

—V., amigo mio, tiene poca confianza en mis palabras.

—Sí, señor; le soy á V. franco; jamás he podido fingir mis sentimientos.

—Ni yo le diré tampoco que los oculte nunca. Los sentimientos de un hombre son su única propiedad, es de lo único de que debe estar orgulloso.

—Gracias.

—V. ha sufrido mucho.

—Bastante, caballero, bastante; ya vé V., cuando he tenido que llegar á un estremo como este, ¿cuánta hiel no habria ya en mi corazon?

—Lo creo, y comprendo perfectamente que ni su educacion ni sus principios han sido para llegar á este caso.

—¡Oh! si V. supiera... contestó Félix con una espresion de amargura infinita.

—Ya me lo dirá V. mas adelante.

—Son misterios de la vida.

—¿Y quién no los tiene en la suya?... Pero recuerdo que me ha hablado V. de familia y...

—¡Pobre madre mia!...

—Vamos á verla, dijo el marqués al cabo de un momento.

XIV.

—¿Qué dice V?... preguntó Félix cada vez mas admirado.

—Que vayamos á ver á su madre de V.

—V. quiere venir á mi casa?

—Sí, señor; yo no acostumbro jamás á hacer las cosas á me dias.

—¿Pero á estas horas?...

—¿Qué familia tiene V.?

– Mi pobre madre y dos hermanos.

—¿No habló V. de su padre tambien?... preguntó el marqués mirando fijamente al jóven.

—¡Mi padre!... ¡oh! si viera V. qué daño que me hace el recordar...

—¿Pero ha muerto?

—No, señor.

—¿Entonces?...

—Está preso.

—¡Preso!...

—¡Oh!... caballero, ignoro quién es V.; pero me ha hablado de una manera muy distinta á como estoy acostumbrado á que me hablen hace mucho tiempo; no sé por qué pero me parece que su corazon es noble, bueno, y me ha dicho usted que queria venir á mi casa, y yo he dudado; ahora quiero que venga V., verá á tres personas casi espirantes de hambre y de miseria, y allí, en aquella habitacion, delante de las víctimas, escuchará V. la infamia que las ha reducido á semejante estado.

—Y yo le prometo desde luego toda mi proteccion, repuso Jorge; vamos allá.

Y guiado por Félix, que caminaba precipitadamente, se dirigieron ambos hácia la calle de la Palma Alta.

CAPITULO XXI.

Algo respecto á Mario.—Lo que puede resultar de una semejanza.

I.

Hemos hablado de Mario varias veces.

Le hemos visto en el baile de Capellanes una vez sola y durante un momento, y justo es ya que le conozcamos un poco mas á fondo.

Mario era uno de esos infinitos mártires del trabajo, que á cada paso se encuentran por todas partes, y que desgraciadamente forman la mayoría de la sociedad.

Sus padres no le habian dejado patrimonio alguno.

Era hijo de un modesto empleado que falleció dejando un hijo sin carrera alguna, y una viuda achacosa y débil que necesariamente debia ser una carga para el hijo, de la misma manera que este lo era para su madre.

II.

Mario principió aprendiendo un oficio.

Los recursos de su madre eran muy escasos, y el pobre niño quiso aprender un oficio que era con lo que mas pronto podia ayudar á su madre.

Aprendió á dorador.

Su aplicacion, su docilidad, y su afan de complacer le granjearon el aprecio de su maestro.

El jóven hizo rápidos progresos en su oficio.

Y cuando principió á ganar alguna cosa, todo su afan era llevarle el producto de su trabajo á su madre.

Pero él no estaba contento con aquello.

Queria aprender algo, y durante las noches de invierno se marchaba á la Academia de dibujo, ó á otras cátedras, y de esta manera con un trabajo asíduo, quitando horas de sueño, y aprovechando todos los instantes que tenia libres, Mario en tres años aprendió el dibujo de una manera bastante correcta, y el francés, el inglés y la teneduría de libros con bastante estension.

III.

Iba á cumplir los diez y nueve años, era ya oficial de dorador, tenia para vivir, sino con comódidad, al menos con algo de desahogo, y entonces fué cuando despues de haberlo pensado mucho, se decidió por elegir una carrera corta, pero que le permitiese sostener con decencia á su pobre madre.

La que eligió fué la del Magisterio.

Tres años despues falleció su madre; al inmediato, Mario era profesor de primera y segunda enseñanza.

Pero estaba sin relaciones, y demasiado se sabe que en el estado en que hoy se encuentra la sociedad, estas se necesitan para todo.

Entonces el jóven que habia estado perfeccionándose un dia y otro en los diversos estudios que habia hecho anteriormente, estableció varias clases, y en muy poco tiempo la facilidad de sus métodos llamó la atencion, y le proporcionó una multitud de discípulos.

Daba tambien algunas lecciones particulares, y á esto debió su conocimiento con Irene.

IV.

La condesa de la Union tenia unas primas, cuyos hermanos estaban aprendiendo el francés y el italiano.

Mario iba todos los dias á darles leccion.

Se suscitó delante de Irene la conversacion respecto á él; se ponderaron sus buenas cualidades, se habló de la belleza de su figura, y sin saber por qué, la jóven tuvo deseos de ver al profesor.

Un dia se marchó á casa de sus tios, y reunida con sus primas, penetró en el gabinete, donde los jóvenes estaban dando sus lecciones.

Mario y ella cambiaron una de esas miradas que, por decirlo así, forman una época en la vida, y desde aquel momento la condesa pensó con mas insistencia en el profesor, y el profesor no veia delante de sí constantemente mas que la encantadora figura de la condesa.

Y como naturalmente los dos se habian interesado buscaron ocasiones para verse de nuevo.

Y de esta manera, cruzando miradas y cambiando sonrisas, nuestros jóvenes llegaron á un término en que les pareció muy insuficiente todo aquello para espresar lo que sentian.

Pocos dias despues de esto los discípulos de Mario terminaron sus estudios, y el jóven no volvió á parecer por la casa de la tia de Irene.

En cambio, buscó medio para hablar con la jóven, y poco despues los dos se habian comprendido admirablemente.

Desde entonces, con muy raras escepciones, los amores de entrambos fueron mas bien una correspondencia no interrumpida, en la cual se repetian una y cien veces que se amaban.

V.

El jóven pudo conseguir que lo presentara en algunas reuniones, y de esa manera podia alguna vez que otra ver á su amado.

Pero, sin embargo, esto era muy de tarde en tarde, y el jóven donde únicamente podia verla con mas libertad, aunque sin hablarla, era ó bien en la Fuente Castellana, ó bien en el teatro, al cual asistia casi todas las noches Irene.

De pronto observó Mario una cosa estraña en la conducta de su amada.

Sus cartas no respiraban ya aquel amor, aquella ternura que en otras circunstancias habian demostrado.

Parecia que la imaginacion de la jóven se hallaba preocupada por algun otro objeto.

Pero á pesar de esto, á pesar de aquella frialdad, veia despues á la jóven en el paseo, y sus miradas le demostraban de una manera harto elocuente que le amaba de la misma manera que antes.

Pero llegaba el dia inmediato, recibia una nueva carta y advertia de nuevo la misma frialdad y el mismo despego que tan perceptible se le habia hecho en las anteriores.

VI.

De esta manera trascurrieron los dias, y llegamos á aquel en que Cesarina recibió la carta que ya conocen nuestros lectores..

Mario estaba de huésped en una casa donde tenia el local suficiente para tener las cátedras que habia establecido.

El jóven esperaba con suma impaciencia la llegada de la doncella de Irene.

Mas la hora en que acostumbraba á ir se pasó, y nuestro jóven que tenia leccion á las ocho de la noche, lleno de una angustia estraordinaria se dirigió hácia la casa de la persona que ya le estaba esperando.

Este era el marqués de Pino Blanco.

Desde el momento en que Cesarina tuvo que mezclarse, por decirlo así, en el negocio impuesto por la *familia*, necesitaba, como fácilmente se puede comprender, un medio seguro que la proporcionase saber cuanto necesitaba, respecto al hombre al cual tenia que engañar.

Por lo tanto, combinó con Luciano el medio mas á

propósito, y el resultado fué que este eligiera como maestro de inglés al jóven, y de este modo fácil le seria averiguar todo cuanto pensase, y todo cuanto quisiera hacer.

Efectivamente, muy pronto hubo entre ambos una amistad estraordinaria.

VII.

La noche en que vamos hablando, Mario llegó á la casa del marqués, y este le dijo:

—Estaba esperándole á V. lleno de impaciencia.

—¿Pues qué, me necesitaba V.?

—Sí.

—¡Cuánto lo siento entonces!

—Pero todo se puede remediar.

—Sepamos, dijo Mario.

—Se trata de que coma V. conmigo, y que despues nos marchemos al Príncipe, donde parece que están representando una comedia que está gustando mucho á la generalidad del público.

—Si viera V. qué poco humor tengo para ir á ninguna parte, contestó nuestro amigo, que no cesaba de pensar en Irene.

—Hombre, ¿pues qué le sucede á V.? preguntó el marqués.

—Nada, son cosas de familia.

—Vamos, véngase V. al teatro conmigo, y estoy seguro que allí se distraerá.

—Pero...

—No admito objecion alguna.

— Pues bien, complaceré á V.

—Y no tiene V. tampoco mas remedio; se encuentra usted en mi casa, y no le dejaré tan fácilmente salir de ella.

VIII.

En su consecuencia Mario comió con el marqués, dirigiéndose desde allí al teatro del Príncipe.

El jóven, antes de marchar al teatro, quiso pasar de nuevo por su casa.

Pero no habia ido carta alguna.

Así fué, que disgustado estraordinariamente, acompañó á su amigo.

La funcion que entonces estaba representándose, tenia el privilegio de llamar la atencion, y todas las noches acudia un público numeroso á escuchar los versos que tan admirablemente recitaba la Teodora.

Durante la primera mitad del acto primero, el jóven, absorto en sus cavilaciones, no se ocupó de nada absolutamente.

Pero de pronto se sintió abrirse la puerta de un palco.

Algunas cabezas se volvieron en la direccion en que aquel habia sonado.

Y las esclamaciones de los que miraban hicieron que muchos gemelos se dirigieran tambien hácia aquel palco.

El marqués miró y esclamó inmediatamente:

—¡Caramba!... qué hermosa es la condesa de la Union.

IX.

Al escuchar Mario estas palabras, alzó vivamente la cabeza.

Palideció de una manera intensa y sus ojos se fijaron tambien en el palco.

Entonces sintió una alegría infinita.

Habria abrazado de buena gana al marqués, que le habia llevado allí.

En el palco estaba Irene.

Pero aquella era la Irene falsa.

Era Cesarina.

Pero Mario no lo sabia.

Mario no sabia que existiese otra mujer en el mundo que pudiera parecerse á la mujer que amaba, hasta el estremo de confundirse con ella.

Por lo tanto no veia en ella mas que á la mujer á quien adoraba mas que á su vida.

Y sus ojos y su corazon volaron hácia aquel palco.

Pero ¡ay!... Cesarina no le miraba.

Por mas esfuerzos que hacia, por mas que se esforzaba en hacerse visible, la jóven no daba muestras de haberle visto.

Mario no apartaba su vista del palco.

X.

El marqués saludó á la jóven, y su amigo le preguntó:

—¿Pues conoce V. á esa jóven?

—Ya lo creo, repuso Luciano; si he estado á punto de casarme con ella.

—¿De casarse con ella?... esclamó el jóven con un asombro y un dolor estraordinarios.

—Sí, señor; pero aquello ya pasó.

—¿De manera que ahora?...

—¡Oh! ahora ya es muy distinto; ahora suceden otras cosas...

—¿El qué?... preguntó vivamente Mario.

—¡Hombre!... esclamó Luciano alegremente; parece que se interesa V. demasiado por la condesita.

—Nada de eso, contestó el jóven ruborizándose, creyendo que habia dejado escapar su secreto; únicamente la curiosidad.

—Vamos, silencio, repuso el marqués; va á principiar el segundo acto, y es una lástima el que perdamos un solo verso de la comedia.

—Tiene V. razon.

Y Mario guardó silencio, pero estaba mas preocupado que cuando entró en el teatro.

XI.

¿Qué seria lo que significaria la última reticencia del marqués?

Esto no podia esplicárselo el jóven, y esto era lo que estaba mortificándole.

Por fin el telon cayó de nuevo.

Y Mario, que hasta entonces se habia contenido á duras penas, dijo tocando ligeramente en el hombro al jóven.

—Dígame V., ¿quién es ese caballero que está en el palco de esa señorita?

—¡Oh! aquel es el vizconde de la Esmeralda.

—¿El vizconde? replicó Mario como si no comprendiera lo que acababan de decirle.

—Sí, un calavera muy rico, pero que tiene un partido estraordinario con las damas.

Mario fijó sus ojos irritados en Cesarina á la que creia de buena fé la condesa de la Union.

Y tenia motivos para ello.

La jóven aceptaba todas las galanterías del vizconde de la Esmeralda, y en sus miradas se advertia cierta inteligencia que no se escapó á la perspicacia del pobre amante.

Los ojos de Cesarina se fijaron en él alguna vez que otra, pero siempre con tanta indiferencia que el jóven no pudo por menos de afectarse mucho mas.

El marqués miraba con alegría el efecto que causaba al jóven lo que estaba viendo, y una alegría estraña se dibujaba en su semblante.

XII.

Debemos decir para mejor inteligencia de nuestros lectores, que Mario, despues de la escena ocurrida en Capellanes, no pudo encontrarse á su amada, que por decirlo así, se le escapó llena de cólera por el abandono en que la habia dejado en el café.

Al dia siguiente el jóven esperó en vano una carta de Irene.

Entonces se decidió por escribirla.

Y efectivamente aquella misma noche se fué á buscar á la doncella de la condesa.

Esta ya estaba prevenida por Cesarina, y la carta en vez de llegar á su destino, fué á poder de la temible agente de la *familia*.

Esta agarró la pluma y trazó un borrador que á su vez copió de mano maestra uno de los individuos de la asocia-

cion, que falsificaba con mas perfeccion que robaba, y en esto era ya un maestro muy consumado.

En aquella carta Cesarina fingia que rendida por las súplicas del jóven, consentia en continuar aquellas relaciones, pero que se guardase en lo sucesivo de dejarla abandonada como lo habia hecho en el salon de Capellanes.

Mario, feliz con este perdon, siguió disfrutando de la inmensa dicha que esperimentaba con el amor de la jóven y no volvian á hablar en ninguna de las cartas que entre ellos se cruzaban respecto á aquel incidente.

XIII.

Hemos hecho esta salvedad, porque indudablemente nuestros lectores se habrán estrañado de que despues de haber visto separarse á la jóven tan furiosa por la conducta de Mario en el baile, los hayamos visto tan amigos y tan enamorados como antes de que ocurriera aquel incidente.

Dicho esto, seguiremos adelante con nuestra narracion.

Mario seguia mirando con avidez al palco donde estaba Cesarina.

Sus sonrisas eran cada vez mas espresivas, sus miradas respecto al vizconde eran mucho mas intensas.

Esto heria, como es consiguiente, el corazon de nuestro pobre amigo en términos, que sin poderse contener mas, se dirigió al marqués diciéndole:

—Dígame V., ¿pero ese hombre quién es? ¿qué títulos tiene para esa intimidad con la condesa?

—Pues qué, ¿no sabe V. nada?

—¿Yo? ¿de qué? preguntó asombrado Mario.

—Es verdad que V. no tiene motivos, repuso el marqués, para saber lo que pasa en ciertos círculos.

—¿Pero qué es lo que hay?

—Toma, toma, pues si el vizconde es el prometido de la condesa.

—¿Qué dice V.? gritó Mario pálido de dolor.

—Sí, amigo mio, dentro de muy pocos dias Irene será la esposa del vizconde de la Esmeralda.

XIV.

El jóven ya no pudo escuchar mas; su paciencia se habia agotado, ó mejor dicho, el vaso de su sufrimiento se habia llenado, y se desbordaba sin que todos sus esfuerzos fueran capaces de contenerlo.

El marqués fingió sorprenderse por la turbacion de Mario, y le dijo:

—¿Pero qué tiene V., amigo mio?

—Nada, nada, contestó aquel con voz sombría.

Y antes de que Luciano pudiera contenerle, se levantó de su asiento, abandonó las butacas, y salió del teatro corriendo como un loco por las calles hasta llegar á su casa.

El marqués se quedó sonriéndose, y de nuevo cruzó otra mirada de inteligencia con Cesarina, á quien tampoco se le habia escapado la precipitada marcha del jóven.

CAPÍTULO XXII.

Al dia siguiente.—Un misterio.

I.

Como se comprenderá muy bien, únicamente un enamorado como Mario, podia no ver ciertas cosas que debieron haberle hecho sospechar.

En primer lugar, ¿cómo la condesa de la Union estaba sola en el teatro?

Muy bien que á Capellanes hubiese asistido sola.

Allí iba disfrazada, y por lo tanto, nadie podia conocerla, ni motejarla por su conducta.

Pero en el teatro era distinto.

Allí habia una porcion de personas que la conocian, y que indudablemente habrian de encontrar muy estraña su conducta.

La jóven no solamente se presentaba sin su hermano, sino lo que era mas punible todavía, iba acompañada por el hombre con quien, segun se decia, iba á casarse.

Pero ya lo hemos dicho en otro lugar; los enamorados son un tanto *miopes*, y no ven mas que aquello que quieren otros que vean.

II.

Mario no pudo hacerse todas estas reflexiones, y por lo tanto, creyó, como vulgarmente se dice, á pié juntillo todo cuanto le dijo Luciano.

Y llegó á su casa, y allí se encontró con otra noticia terrible.

Noticia que corroboraba con cuanto el marqués le habia dicho.

Esta era una carta de Irene.

Se la habia remitido mientras estaba en el teatro.

¡Pobre Mario!... aquella carta era terrible.

La condesa le decia lo siguiente:

«Mario, nuestras relaciones no pueden continuar.

Mi hermano me ha exigido que entregue mi mano al vizconde de la Esmeralda, y como quiera que esta union me conviene tambien, debemos concluir unas relaciones que no podian proporcionarnos mas que disgustos.

Yo lo siento, porque creo que esto le ha de causar algun disgusto; pero yo deseo que se consuele, y no dudo que accederá, como siempre lo ha hecho, á este último deseo de

LA CONDESA DE LA UNION.»

Esta carta, como se puede suponer muy bien, habia de producir una impresion terrible en el jóven.

Permaneció durante mucho tiempo anonadado.

Y aquella noche fué, podemos decirlo con toda sinceridad, la mas horrible de cuantas habia pasado Mario, á pesar de haber pasado por circunstancias muy difíciles.

Nosotros le abandonaremos por ahora, y nos dirigiremos de nuevo al teatro para seguir al marqués.

III.

Ya digimos que cambió una nueva señal de inteligencia con Cesarina, á cuyo palco subió despues que terminó el acto.

El vizconde de la Esmeralda, era otro personaje por el mismo estilo del marqués de Pino Blanco.

Con la diferencia de que el título de aquel era un título verdad, un título heredado de su familia.

Pero mientras que sus antepasados fueron unos modelos de caballerosidad y de honradez, su descendiente no era mas que un solemne bribon con barniz de caballero.

—Adios, Eduardo, dijo Luciano al entrar en el palco.

—Adios, marqués, le contestó este estrechando la mano que aquel le tendia.

—¿Sabe V. que jamás me ha parecido mas hermosa que esta noche?... dijo dirigiéndose á la jóven.

Cesarina habia hecho esfuerzos violentos para presentarse en el teatro.

Pero era necesario cumplir las órdenes que se la habian dado.

Luciano se guardó muy bien de decirla una palabra sobre lo que habia ocurrido en Carabanchel.

Comprendia que el marqués de Santillan, en vista de la conducta que habia observado en el Prado, y de lo que

habia hecho con el *Consejo de la familia*, trataba de anular todo lo hecho por aquel.

Y como quiera que á él le halagaba mucho la union con la condesita, y por otra parte estaba decidido á hacerle la contra á Jorge en todo cuanto pudiera, trataba de separar á Mario de Irene de una manera que hiciese imposible toda uion entre ellos.

Así era que como se comprende perfectamente, lo que hacia era impulsado solamente por aquella idea.

El vizconde de la Esmeralda era uno de los jóvenes que estaban con el marqués en Capellanes la noche del escándalo de Irene y tambien ocupaba una silla en el Prado la tarde en que ocurrió lo que ya saben nuestros lectores.

IV.

Cesarina hizo un gesto de desagrado cuando escuchó la galanteria de Luciano, y no le dijo nada absolutamente.

—Dime, marqués, dijo el vizconde, ¿qué tal te ha ido con tu jóven enamorado?

—¡Phe!... muy sentimental; lo ha tomado por lo fuerte, y se ha ido sin duda á depositar sus penas en el fondo cenagoso del canal, ó...

—¿Dónde?

—Sobre su mullida almohada.

—Ja... ja... ja... qué cosas tiene este Luciano.

—Hombre, sí; él se ha marchado muy furioso, pero esas furias se pasan muy pronto, y esos amores ya se sabe que con el mismo ardor que se sienten, con el mismo desaparecen.

—¿Oye V., Cesarina?.. dijo el vizconde; ¿qué le parece á V. de lo que dice Luciano?

—Quizá hable por esperiencia propia, contestó la jóven con un acento de ligera ironía.

—Chico, chico, ese ha sido un disparo á quema-ropa; tu verás cómo te libras de él.

—Ya sabe Cesarina que yo he dado pruebas de mucha constancia y por lo tanto conmigo no pueden ir esas palabras.

—Sí, tiene V. razon, repuso Cesarina; he oido no sé qué historia de una jóven con quien tuvo relaciones, y que despues habiendo desaparecido V. un dia del punto en que estaba, fueron tales las diligencias que hizo para buscarla que...

—¿Qué?... preguntó el vizconde.

—Que al cabo de ocho dias ya tenia dos amores nuevos, contestó la jóven sonriéndose.

V.

Luciano se mordió los lábios de cólera.

Pero comprendió que se ponia en ridículo si decia alguna cosa, y en su consecuencia no tuvo mas remedio que sonreirse contestando:

—Veo que tiene V. una penetracion poco comun, y que sabe V. mucho mas de lo que yo la he dicho.

—En el mundo á veces se saben muchas cosas sin quererlo una, sin preguntarlo, sin tratar de averiguarlo siquiera.

—En fin, dejemos esa cuestion y pensemos en que hemos conseguido un triunfo inmenso con haber puesto fuera

de combate al mocito que estaba enamorado de Irene.

—Triunfo, repuso el marqués, que debemos confesar se debe á Cesarina.

—Y que por cierto no ha dejado de serme bastante doloroso.

—¿Doloroso? esclamaron los dos jóvenes á la par.

—Sí, señores; ¿creen Vds. acaso que yo no siento? ¿que yo soy una de esas mujeres que pueden contemplar impávidas el dolor y la angustia de sus semejantes?

—¿Quién podria dudar semejante cosa? repuso el marqués con acento burlon.

—No; es que generalmente Vds. han creido todos que yo pertenecia á esa raza de desgraciadas que han hecho una abjuracion completa de todos los sentimientos y de todas las virtudes.

—Pero Cesarina, dijo el vizconde, creo que nos juzga usted muy mal.

—No, los juzgo á Vds. de la misma manera que lo han hecho conmigo.

—Semejante distincion nos honra muchísimo, repuso el vizconde con ironía.

VI.

Y en este sentido estuvieron hablando durante algun tiempo.

Y cuando terminó la funcion, Cesarina no permitió que ninguno de los jóvenes la acompañasen á su casa.

Habia representado ya su papel, y por lo tanto era muy justo que se la dejase descansar del rudo trabajo que se la imponía.

Y decimos rudo, porque positivamente despues de la impresion que Angel la habia causado.

Despues de la revolucion, si esta frase se nos permite, que aquel habia hecho en sus sentimientos, la jóven, purificada ya, no podia por menos de sublevarse contra el papel que estaba representando.

Dejaremos á Cesarina por ahora, y dejando trascurrir aquella noche, iremos al dia siguiente á la casa de D. Lúcas, donde nos encontraremos con una escena que ya debíamos haber previsto, teniendo en cuenta los caractéres de muchos de los individuos que componian la famosa asociacion de la *familia*, con la cual han hecho conocimiento ya nuestros lectores.

VII.

A pesar de las observaciones que al salir á abrirnos la puerta nos hará Luisa, nosotros la empujaremos con muy poca ceremonia y penetraremos en el despacho de aquel.

Allí está el marqués de Pino Blanco, Vargas, Rodriguez y el conde de Piedra Negra.

A los dos segundos ya los conocemos por haberlos visto en las oficinas de giro de los Sres. Stanley y Compañía.

Eran el cajero y el tenedor de libros de aquella casa.

El conde de Piedra Negra tenia una de esas fisonomías repulsivas que inspiran al verlas una repugnancia invencible.

Pero sobre todo otro personaje habia en aquella estancia que causaba mas terror.

Este era el doctor Perez.

¿Quién no conoce á este hombre?

Era el rey de las ciencias médicas.

Su voto era siempre decisivo.

Era uno de esos hombres que profesaba un fanatismo por su ciencia, que habia encanecido en el estudio, y que sacrificaba sin compasion á sus enfermos para arrancar un secreto á la ciencia, para hacer un descubrimiento mas.

Era uno de esos hombres, todo cabeza, todo cálculo, todo análisis, que ora con el escalpelo, ora con la vista, observaban detenidamente todas las *vísceras*, todos los *vasos*, toda esa vasta red de tegidos que forman el cuerpo humano, ó todos esos mil distintos síntomas que se presentan en el rostro de un enfermo.

VIII.

El doctor prescindia de la persona para ver la enfermedad.

Y una vez puesto frente á frente de esta, no se cuidaba gran cosa de los amigos ó parientes del enfermo; miraba con avidez el desarrollo del mal, lo fomentaba él mismo, por decirlo así, y despues se ponia á luchar á brazo partido, si se nos permite esta frase, con él hasta vencerle ó hasta ser vencido por él.

En el corazon del doctor, ya lo hemos dicho, no existia sentimiento alguno.

Amaba la ciencia y á ella lo haria sacrificar todo.

Aquel hombre no se habia casado nunca, y lo habia hecho, no precisamente por tacañeria, como suelen hacerlo varios celibatos.

Lo habia hecho porque comprendia que una mujer ha-

bia de absorberle una parte del cariño que él profesaba á la ciencia.

Y no queria que en lo mas mínimo pudiera menoscabarse aquella ceguedad, por decirlo así, que sentia hácia ella.

Mas tarde se encontró con que en su corazon existia un vacío inmenso; este vacío era la falta de una familia, falta que no compensaban los goces que le proporcionaba la ciencia.

IX.

El doctor Perez no podia esplicarse la razon de lo que sentia.

Pero era lo cierto que al ver una mujer jóven y hermosa, sentia una opresion, un disgusto que no se lo podia esplicar, pero que no por eso era mas cierto y positivo.

La vista de un padre que iba con sus hijos le producia una envidia inesplicable.

Y poco á poco, segun los años fueron trascurriendo, aquella naturaleza, que tal vez en la primavera de su vida hubiese podido ser generosa, buena y honrada, se trasformó en egoista, ambiciosa y cruel.

Y su persistencia en descubrir esos secretos que la ciencia ocultaba entre sus pliegues, era hija de una ambicion brutal y egoista.

Y aquel hombre pertenecia á la *familia*.

Pertenecia á ella por sus instintos y por su conviccion; era quizá de los miembros mas temibles que habia en la sociedad.

Era uno de los miembros del *Consejo Supremo*.

Habia conseguido, merced á sus astucias y sus intrigas, llegar á aquel puesto, y al verse arrojado de él por Jorge, necesariamente debia de considerarlo como á uno de sus mas capitales enemigos.

Y sin embargo, en el mundo consideraban al doctor Perez como la primera lumbrera de las ciencias médicas, se le respetaba por su saber, y á nadie se le hubiese ocurrido jamás que aquel hombre que pruebas tan repetidas estaba obteniendo á cada paso del aprecio que de sus talentos se hacia, fuera miembro de una asociacion, cuya tendencia, de una manera ó de otra, era la de hacer daño á la masa social, de la cual tantos favores recibia.

Esto nadie podia pensarlo, nadie lo hubiera creido jamás.

X.

Por manera que él y D. Lúcas eran dos de los individuos mas temibles, porque sabian envolverse bajo una capa, á través de la cual era muy difícil conocerlos.

Nuestros lectores deben haberse imaginado ya cuál era el objeto de la reunion que habia en casa de D. Lúcas.

Noches anteriores habian quedado disueltos los Consejos de la *familia*, y aquellos hombres les era completamente imposible que se resignasen con el lugar subalterno que se les reservaba.

Cada uno de ellos tenia su ambicion particular.

Pero en aquellos momentos, como lo que convenia era deshacerse del principal enemigo, dejaban á un lado sus ambiciones para aunar todos sus esfuerzos y derribarlo del puesto en que se hallaba.

Dados estos antecedentes, que quizá á nuestros lectores hayan parecido un tanto difusos, nos ocuparemos de la conversacion que aquellos bribones sostenian.

XI.

—Señores, decia el marqués; yo voy mas lejos que ustedes, y preveo que el marqués de Santillan no es lo que aparenta; él oculta indudablemente alguna segunda idea que nosotros no conocemos, y que por la misma razon tiene que sernos mas perjudicial.

—¿Pero qué segunda idea es esa? preguntó D. Lúcas.

—Si lo supiera estábamos fuera del paso; pero hay no sé qué voz misteriosa que me lo dice, porque yo obedezco...

—¿Y qué observa V.? esclamaron todos con curiosidad.

—Lo mismo que Vds. pudieran haber observado á haber tenido la misma comision que yo.

—¿Cómo?

—Ustedes saben ya que se nos habia dado, tanto á mí como á Cesarina, el encargo de evitar los amores de la condesa de la Union, y de unirme yo con ella á fin de que de este modo pudieran venir á poder de la *familia* los bienes que constituyen su patrimonio.

—¿Y qué?

Entonces el marqués refirió á sus compañeros todo cuanto ya saben nuestros lectores respecto á lo ocurrido en el Prado la tarde en que el marqués llevó á cabo su doble escándalo.

Los dignos compañeros de Luciano no pudieron por menos de conceder que este llevaba mucha razon en lo

que habia dicho respecto á los temores que debian de abrigarse por la conducta del marqués.

XII.

—Eso es muy grave, señores, dijo D. Lúcas; ¿no es cierto, doctor? añadió dirigiéndose á Perez.

Este no habia hablado hasta entonces una palabra.

Permaneció espectador pasivo y oyente atento de cuanto allí se habia dicho.

Pero al interrogarle ya directamente contestó diciendo:

—Señores, llevan Vds. mucha razon en desconfiar del marqués, pero hasta ahora á ninguno se le ha ocurrido el tratar de averiguar lo principal.

—¿El qué es? preguntó el marqués con cierto aire de petulancia.

—Si realmente el Consejo Supremo de París ha autorizado al marqués de Santillan para que se encargue del mando de la sociedad.

—Es cierto, dijeron todos.

—Pues es necesario hacerlo, dijo el marqués; hacerlo inmediatamente.

Esas cosas deben preverse siempre, repuso el doctor.

—¿Y cómo no lo ha previsto V. que nos acrimina á los demás, porque no lo hemos hecho? dijo el de Santillan con alguna ironía.

—Ya lo he hecho, contestó sencillamente el doctor.

—¿Y qué ha resultado?

—¿Qué ha de resultar? que el marqués se ha burlado de nosotros de la misma manera que lo ha hecho en Francia.

—¿Cómo?

—Jorge no ha hecho mas sino por medio de engaños; ha ido disolviendo todos los consejos que habia establecidos, y finalmente, por medio de un golpe tan atrevido como el que llevó la otra noche, se ha apoderado del Consejo francés que no se ha encontrado con fuerzas para resistir á un hombre que poseia de ellos secretos muy terribles.

—¡Oh! eso es una infamia, esclamaron todos.

—Cuidado, señores, dijo el doctor; seamos prudentes, porque á veces oyen las paredes, y hay cosas que no conviene nunca que se oigan.

—¡Oh! en mi casa se puede hablar con entera libertad.

—Sin embargo, para ciertas cosas ni aun en la mia me conceptuaria seguro.

—¿Teme V. acaso?...

—¿No debe temerse á un hombre así?

—Será necesario que recurramos...

—A medios muy estremos, dijo el doctor, interrumpiendo al marqués que habia pronunciado las palabras anteriores.

XIII.

Un silencio sepulcral se siguió á estas palabras.

Parecia que á todos les infundia respeto el luchar con aquel hombre.

El doctor los estuvo contemplando en silencio durante algunos segundos, y una sonrisa estraña vagó por sus lábios.

Despues inclinó la cabeza é hizo lo que los demás.

CAPITULO XXIII.

Continuacion del anterior.

I.

Durante algun tiempo permanecieron sumergidos en las meditaciones que les producian la idea emitida por el doctor.

Por fin, D. Lúcas alzó la cabeza y dijo:

—Pero, señores, ¿qué quiere decir esto? ¿tanto terror les causa á Vds. el ponerse en lucha con ese hombre?

Estas palabras deshicieron, por decirlo así, el encanto de los circundados; todos alzaron á la vez la cabeza, y Rodriguez esclamó:

—¡Caramba! pues es verdad, estábamos hechos unos tontos aquí, como si realmente el marqués fuera un ser escepcional, cuyo solo nombre bastará para infundirnos pavor.

—Pues una cosa muy parecida es lo que he observado que tenian Vds., repuso el doctor con un acento glacial.

—Hombre, me parece que la sorpresa debia ser muy natural, tratándose de un asunto como este..

—Sí, tienen Vds. razon.

—Pero ¿qué medios estremos son esos que V. ha querido indicar? preguntó el marqués fijando una mirada escrutadora en el médico.

Pero el semblante de este permaneció impasible y contestó con un acento indiferente:

—Hombre, yo creo que cualquiera comprende lo que son los medios estremos.

—Tiene razon el doctor, replicó D. Lúcas; aquí estamos en el terreno de la amistad y de la conveniencia, y por lo tanto podemos hablar con entera franqueza; el marqués de Santillan no es mas que un traidor, y yo el primero opino porque merece la muerte.

II.

Aquellas palabras volvieron á producir un silencio estraordinario.

Sin embargo, se habia ya roto la balla, y necesariamente no podia ser el encanto tan grande como habia sido anteriormente.

—Bien, señores, bien, dijo el doctor con acento inclaro; veo que abundan Vds. en buenas disposiciones, pero esto es necesario que se haga con mucho tino, de una manera que no escite sospechas.

—Hombre, se supone.

—¿Con qué gente podemos contar en caso necesario?

—¡Oh! la mayoría de nuestra gente no hará mas que aquello que nosotros queramos que haga.

—¿De veras?

—Como V. lo oye.

—Ahora en lo que se debe convenir es, en la manera de utilizar á esa gente.

—En el momento en que se quiera.

—No es eso; es preciso buscar una oportunidad, pues de otra manera nos comprometeríamos sin obtener resultado alguno.

—Pues bien, pensemos.

—Y efectivamente, aquellos hombres se pusieron á buscar una idea para deshacerse por medio de una infamia del hombre que se habia presentado dominándolos á todos.

III.

El doctor los contemplaba de esa manera irónica y sarcástica que ya hemos tenido ocasion de reparar en él.

Al cabo de algunos momentos les dijo:

—Caramba, señores; poco valen Vds. para conspiradores.

Todas las miradas se fijaron en el doctor.

El marqués frunciendo el entrecejo, dijo:

—Hable V. de una vez, y si se le ocurre una idea, no sé para qué hace que estemos devanándonos los sesos buscándola.

—Queria saber, queria ver la opinion de Vds., y conocer sus ideas para ver si eran mejores que la mia.

—Bien, bien, hable V.

—Dos medios tenemos para deshacernos del marqués de Santillan.

—¿Y cuales son?

—El uno el puñal.

—¿Y el otro?

—El veneno.

—¿Y nada mas?... preguntaron todos.

—Nada mas.

—¿Pero y el modo de emplear esos medios?

—Eso es ya muy fácil.

—Veamos.

—¿Con cuántos hombres podemos contar en Madrid pertenecientes á la *familia*?

—Con dos mil, contestó Luciano sin vacilar.

—Quitemos mil y...

—¿Y por qué?

—Porque debemos contar que á estas horas mil están comprados por Jorge.

—Es verdad.

—Estos hombres han de estar dispuestos para la primera señal.

—Lo estarán, contestó D. Lúcas.

IV.

—¿Y despues?... preguntó el marqués.

—¿Cómo despues?

—Hombre, despues que esté avisada la gente, ¿cuándo se ha de dar el golpe?

—¡Ah!... eso depende de las circunstancias.

—¿De las circunstancias?

—Sí, señores, puede ser mañana y puede ser dentro de quince dias.

—No sabemos por qué.

—Todo estriba en el dia en que el marqués quiera tener otra junta.

—¡Ah!... ya comprendo, repuso D. Lúcas.

—En esa noche nuestra gente debe estar prevenida, y á una señal dada lanzarse sobre él.

—¡Magnífico!...

—¿Y el veneno?

—Esa ya es preparacion mas larga.

—¿Por qué?

—Porque hay que comprar al cocinero que hoy tiene el marqués, á fin de que se marche de su casa, recomendando antes á otro que nosotros le diremos.

—Eso es de mas tiempo ya.

—Sin embargo, repuso D. Lúcas, mirando fijamente al doctor; yo creo que no habria que esperar tanto...

—¿Por qué?...

—¿No hay cierta clase de venenos que producen la muerte instantánea, bien sea por absorcion un una flor, ó en cualquier otra cosa?

—Sí que los hay...

—¿Y el señor doctor? prosiguió D. Lúcas, mirando mas intensamente al médico; ¿no ha hecho en su vida uso de alguno de ellos?

V.

La palidez del doctor se hizo lívida.

No pudo sostener la mirada que irradiaban los ojos del agente, y los suyos se inclinaron hácia el suelo.

Estaban tan interesados todos los que presenciaban aquella escena, que anhelantes, silenciosos esperaban la respuesta de Perez.

—¿No responde V., doctor? volvió á decir D. Lúcas.

Aquel hizo un esfuerzo.

Levantó sus ojos que brillaron de una manera sombría al fijarse en el agente y con acento no muy sereno contestó:

—Sí; efectivamente los hay.

—Entonces debemos emplearlos, si á Vds. les parece.

—¿Pero cómo?

—Se improvisa un baile, se le ofrece una flor, un dulce, cualquier cosa, ó bien se le escribe una carta, se le remite un libro, en el cual tenga necesidad de humedecer su dedo en los lábios para separar las hojas, ó tambien se le cambian los polvos que use para los dientes; en fin, es necesario que no empleemos una cosa sola.

—Es verdad, es verdad.

—¡Está visto, D. Lúcas, que es V. hombre de recursos!.. esclamó el conde de Piedra-Negra entusiasmado.

VI.

El doctor miraba de una manera siniestra al agente.

Y aun siguieron hablando durante mucho tiempo, y combinando los medios de que se habian de valer para conseguir el resultado que se proponian.

Suponemos que á nuestros lectores ha de serles algo repugnante semejante escena, y por lo tanto nos los llevaremos de allí.

Sin embargo, aun tenemos necesidad de ver otra vez al marqués de Pino Blanco.

Por lo tanto dejaremos trascurrir todo lo que restaba de aquel dia, para llegar á la noche.

Luciano estuvo en el *Casino*, y á hora ya muy avanzada se dirigió á su casa.

El jóven estaba satisfecho.

Veia que todos sus proyectos estaban á punto de realizarse con mucha mas prontitud de la que él creia.

Desapareciendo el marqués, los demás no le imponian temor alguno.

Estos no tenian con él lucha posible.

Poseia algunos secretos de ellos, y en todo caso, ya sabia las armas de que se habia de valer para deshacerse de los que le hicieran sombra.

Así era que marchaba sumamente satisfecho, y jamás se le habia visto en el teatro Real mas alegre, ni en el Casino mas jugador ni mas calavera.

Nosotros al verle salir de este último punto y dar órden al cochero para que le condujese á su casa, nos adelantaremos á él para ver lo que ocurria por aquellos barrios.

VII.

Van á dar las tres de la madrugada.

En el mismo portal en que ya los hemos visto otra vez, se encuentran los dos personajes, cuya vida ha sido y es un verdadero misterio.

Ambos están acurrucados uno junto á cada lado del portal.

María, pues ya sabemos que así se llamaba ella, dor-

mia rendida, tal vez por el cansancio, ó estaba aletargada por el frio, que era estraordinariamente intenso.

Juan la contemplaba silencioso.

De vez en cuando fijaba sus miradas en el cielo, y una espresion de amargura infinita, cruel, desconsoladora, brillaba en ellas.

Despues el rumor de cualquier carruaje le hacia volver la cabeza en la direccion en que aquel habia sonado.

Y así trascurria el tiempo.

De pronto alzó María la cabeza.

VIII.

Miró á su acompañante, y le dijo:

—¿Ha venido ya?

—No; ¿y tú has descansado algo?

—El frio me ha dejado casi yerta. ¡Oh!... ¡esta vida!...

—María, la gritó Juan interrumpiéndola; piensa bien lo que dices.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... esclamó la pobre mujer sollozando; ¡cuán inmensa no habrá sido nuestra falta, cuando tan grande es tu castígo!

—Tienes razon.

—¿Y estás resuelto á que le veamos?

—Sí, es necesario que le hablemos.

—¡Oh!... ese lujo, ese título, ese boato ¿de dónde sale?

—¡Ay! ¡María!... me estremezco á la sola idea de otro crímen.

—Ha sido una herencia tan terrible la que nos han legado!...

—¿Cómo Luciano ha salido del polvo en que vivia, pobre sí, pero honrado, para subir á esa altura?

—Muchas veces nos lo hemos preguntado, y jamás hemos podido darnos la solucion.

—Bien queria yo haber hablado con él.

IX.

—Tienes razon en reconvenirme, Juan, dijo María; yo te he hecho desistir siempre de ese proyecto.

—Le has defendido de una manera...

—Le queria tanto...

—En cambio ahí tienes á la pobre Amparo.

—¡Desgraciada niña!... ¿quién nos habia de decir que habíamos de encontrarla en Madrid?

—Dios nos la ha puesto sin duda en nuestro camino para que seamos sus protectores, para que velemos por ella.

—¿Pero cómo habrá sido el separarse de ese torero con quien, segun supimos en Roma, vivia?

—¡Quién sabe!...

—¿Y tú no has podido, no has tenido interés en averiguar algo de su vida? preguntó María.

—¿Para qué?... En su frente lleva escrita con caractéres indelebles la pureza, su alma se trasparenta en su rostro, por lo tanto, ¿qué he de averiguar?

—¡Estraño contraste forma con Luciano!...

—Sí, muy estraño, tienes razon; Luciano, que ahora sin saber por qué se llama marqués de Pino Blanco, tiene grabadas en su semblante las huellas del crímen, del vi-

cio, del desórden, Luciano, es el hijo maldito de una raza maldita tambien.

—¡Juan!...

—Pero Amparo es el ángel que Dios ha puesto á nuestro lado para que le ruegue por los pecados de su familia.

—Tienes mucha razon.

X.

Y se siguieron algunos momentos de silencio.

Aquellos dos personajes tan misteriosos que habian envuelto su existencia en un velo tan tupido que la mirada mas esperimentada, mas curiosa, mas perspicaz, no habia podido descubrir nunca; sumergidos cada uno en sus meditaciones, dejaron que trascurriera el tiempo, y únicamente cuando percibieron el rumor de un carruaje que se aproximaba fué cuando ambas alzaron la cabeza á la par.

—Ya está ahí, dijo él.

—¿Estás resuelto, Juan? preguntó ella.

—Sí, será la segunda vez que durante su vida nos hemos presentado delante de él.

—Pero si su alma está tan viciada como dices, ¿de qué nos servirá esa presentacion?

—Estamos en nuestro deber de hacerlo.

—¿Tantos deberes tenemos que cumplir?

—Y si Dios me conserva la vida, puedes estar en la inteligencia, María, que todos se cumplirán.

Entretanto, el carruaje se iba acercando hácia la casa, frente á cuya puerta estaban nuestros dos personajes.

Aquel coche pertenecia al marqués.

Ya le hemos visto salir del Casino, y en la misma disposicion en que lo encontramos le volveremos á encontrar.

Este es; iba tan alegre y tan satisfecho como lo habia estado desde que se separó de D. Lúcas y de toda la córte que en su casa se reunia.

Se detuvo el carruaje delante de la puerta de su casa, y en el momento en que iba á poner los piés en el suelo escuchó una voz que dijo:

—Señor marqués, suplico á V. que me conceda algunos minutos de audiencia.

—Fuera el mendigo, dijo el lacayo.

Al mismo tiempo el marqués dirigió sus ojos en la direccion en que habia sonado aquella voz, y no pudo contener una esclamacion de sorpresa.

A cada lado de la puerta se encontraba uno de aquellos personajes.

Al reconocerlos Luciano, no pudo ocultar un estremecimiento de terror.

XI.

Juan, al escuchar las groseras palabras del lacayo, le dirigió una mirada tal de cólera y de desden que aquel no pudo por menos de quedarse un tanto turbado.

Luciano se dirigió hacia el portal de su casa, pero Juan y María avanzaron á la vez, y el primero le dijo:

—¿Ha oido V., señor marqués, que quiero hablarle?

Luciano trató de oponerse, trató de contestar con una negativa á aquella exigencia.

Pero esta fué hecha con tal imperio, y de una manera

tan terminante, que no pudo negarse, que no tuvo fuerzas para hacerlo.

En su consecuencia contestó:

—Suban ustedes.

Los criados se miraron con asombro al ver aquellos dos personajes tan llenos de harapos, respirando tanta miseria, y á quienes, sin embargo, su amo hacia que le acompañase hasta sus habitaciones.

Luciano, de tan alegre como antes estaba, se trasformó en meditabundo y cabizbajo.

De esta manera subieron las escaleras, atravesaron las magníficas habitaciones, llegaron hasta el gabinete del jóven.

Una vez allí, este dijo:

—Y bien, sepamos qué es lo que Vds. quieren.

—Nuestra entrevista será muy corta y quizá sea tambien la penúltima vez que nos veamos.

XII.

Luciano hizo un gesto que significaba: «poco me importa eso.»

Juan tambien lo tradujo así, sin duda, porque añadió inmediatamente.

—Mucho debe chocarte esa última entrevista que tengamos, porque será el dia en que el verdugo reclame tu existencia.

Luciano no pudo menos de palidecer.

Aquellas palabras le causaron una impresion estraordinaria.

Esta impresion no estaba exenta de terror.

Pero dominándola le contuvo y preguntó con cólera:

—¿Y quiénes sois vosotros para hablarme de esa manera?

—Hay una voz en tu corazon que te lo asegura; un terror que te lo dice, y un remordimiento en tu conciencia que te lo acaba de afirmar, contestó con una severidad estraordinaria el anciano.

—No comprendo ese lenguaje, replicó el marqués cada vez mas turbado.

—Ni yo tampoco concibo cómo haya podido convertirse en marqués un miserable cajista como tú eras; mejor dicho, sé perfectamente que de la ambicion al crímen no hay mas que un paso, y ese es el que tú has recorrido con demasiada rapidez.

—Ea, basta ya, gritó Luciano trémulo de coraje.

—No lo creas; he venido aquí á exigir razones, á dar un consejo; ¡ay de tí si desoyes el uno conforme has desoido el otro!

XIII.

Era tan solemne el acento de Juan, que el marqués no podia por menos de sentirse dominado por él.

Pero dominado, no con ese dominio que ejerce el superior respecto al inferior, sino dominado por esa autoridad que el padre tiene siempre respecto á su hijo.

Así fué que le dijo con un acento que quiso hacer irónico, pero que en vez de esto demostraba terror y sumision:

—¿Y de cuándo acá tengo yo necesidad de consejos?

—Desde que has emprendido una senda tan perjudicial y tan contraria á la del bien; desde que has emprendido el camino del crímen abandonando el de la virtud; desde que

has renunciado al modesto producto de tu trabajo para adquirirte el oro, fruto quizá de la degradacion y de la deshonra.

—Basta, gritó el marqués con un furor próximo á estallar.

—Difícil es que yo calle cuando estoy resuelto á hablar.

—Luciano, hijo mio, dijo María, que hasta entonces no habia dicho una palabra; piensa bien en tí mismo, mira que cuanto decimos es por tu bien.

—¿Y quién os mete á vosotros á aconsejarme?

XIV.

—En mis tiempos, dijo Juan con un acento no exento de cierta amargura, los jóvenes hablaban á los viejos y á los mendigos con respeto; hoy nada de eso se hace, han cambiado tanto los tiempos...

—¿Has venido acaso para hacerme escuchar tus simplezas?

—He venido, no se por qué; pues te aseguro que no agradecias siquiera el que nadie se tomase interés por tí; no hubiese creido nunca que fueras tan miserable como eres.

—¡Fuera de aquí! gritó cada vez mas enfurecido Luciano.

—He dicho que no saldré de aquí sin haberte demostrado el precipicio que tú mismo has abierto á tus pies, y ni tus amenazas, ni tus ruegos me harán ceder en mi propósito; el mal es muy grave, ha echado raices muy profundas y es necesario curarlo con remedios muy enérgicos.

—¿Pero qué quiere decir toda esa palabrería?

Y el marqués fijó una mirada ávida, interrogadora, irritada en los dos personajes que tenia delante de sí.

XV.

María contemplaba á su vez con una tristeza infinita á Luciano.

Juan, grave, severo y altivo, le miraba y estaba haciendo esfuerzos para contener la cólera y el dolor que á pesar suyo le inspiraban los vicios y el terror de Luciano.

Y se siguieron algunos momentos de silencio.

XVI.

Viendo el marqués que estos se prolongaban demasiado, volvió á decir:

—¿Quieren Vds. esplicarse de una vez?

—Sí, eres el hijo de una raza maldita, y veo que á pesar de que se ha querido evitarte esa mancha, llevabas en tí el gérmen del vicio, de la infamia y de la corrupcion, y por lo tanto, tus instintos te han llevado al crímen, y te conducirán al patíbulo.

—¿Pero qué estás diciendo, miserable? gritó el marqués dando un paso hácia Juan.

Este contestó sin inmutarse.

—Quiero decir, que un pobre obrero como tú eras, no se hace marqués tan de pronto, sino por medio de un crímen; que ese crímen necesita una espiacion, y que esa espiacion va á ser para tí muy terrible, y muy pronta tambien.

—¡Ay de tí si hablas una palabra mas!

Y el marqués hizo un movimiento de amenaza respecto á Juan.

XVII.

María al verlo, se lanzó apresuradamente entre ambos diciendo:

—Luciano, ¿qué vas á hacer? es tu tio.

—¡Mi tio! esclamó el jóven aterrado.

—Sí, tu tio, prosiguió Juan, con un acento mas terrible; tu tio, que como tú, desciende de una raza desgraciada, que ha sido tambien criminal, y que se ha impuesto una espiacion mas terrible, si cabe, mas grande que ha sido su falta; he venido aquí para decirte esto, hoy puedes todavía evitarte un fin, que me estremezco al pensar cuál ha de ser; caminas al precipicio, puedes detenerte, piénsalo bien, y no seas tú el último de tu raza que concluya su existencia de una manera tan baja y tan vergonzosa.

Y mientras Luciano quedaba anonadado por las palabras que Juan le habia dicho, este hizo una señal á María, y ambos se dirigieron hácia la puerta.

Luciano ni se apercibió siquiera de aquella desaparicion.

Permaneció sumergido en la meditacion que las palabras de Juan le habian causado, y nosotros le abandonaremos por ahora, para retroceder algunos dias al en que sucedieron los sucesos narrados anteriormente.

CAPÍTULO XXIV.

Ojeada retrospectiva.—El marqués de Santillan en casa de Félix.—Qué habia sucedido allí.

I.

Necesitamos retroceder algunos dias.

Tenemos que dar las esplicaciones necesarias respecto á algunas palabras que indudablemente habrán sorprendido á nuestros lectores.

Hablamos respecto á Félix.

¿Recordais la situacion en que le dejamos en el último capítulo en que nos ocupamos de él?

Indudablemente lo que dijo respecto á su padre habia de sorprender.

Y como que aquellas palabras necesitan una esplicacion es necesario que la demos.

II.

Ya tenemos noticias de que D. Lúcas habia conocido en otro tiempo al padre de Félix.

Ahora debemos dar algunos antecedentes respecto á estos personajes, antecedentes que nuestros lectores desearán, pues no dudamos que hayan conseguido inspirarles interés, y por lo tanto, deseos de conocerlos mas á fondo.

Santiago, que así se llamaba el padre de Félix, era uno de esos personajes ricos de buen género, alegres y un tanto gastadores, pero nunca malvados ni miserables.

Estaba casado, y habiéndosele ocurrido hacer un viaje á París, y él, que hasta entonces se habia administrado sus bienes, buscó un administrador para que lo hiciese durante su ausencia.

La hablaron de D. Lúcas y ¡ojalá que nunca le hubiese nombrado á semejante personaje!

La mayor calamidad que podia sucederle era entrar en tratos con él.

Don Lúcas era una especie de vampiro que no se saciaba hasta que habia absorbido la última moneda que tuviera el bolsillo de la persona que hubiese depositado en él su confianza.

Santiago se marchó con su familia á Francia, pasó desde allí á Italia, y Félix, que á la sazon era muy niño, cayó gravemente enfermo, en términos que inspiró sérios temores á los autores de su existencia.

III.

Ya se sabe que una enfermedad grave produce en los niños un efecto estraordinario, y por lo tanto, la salud de aquel quedó tan resentida que los médicos aconsejaron á sus padres qne no abandonasen el templado clima de Italia,

hasta que Félix hubiese franqueado ya el umbral de la adolescencia.

Por lo tanto, fueron á establecerse en Florencia, avisando de su resolucion á D. Lúcas.

Esta noticia causó al agente de negocios una alegría estraordinaria.

Así podria destrozar su presa con mayor libertad.

Los gastos de enfermedades y de viajes, como es consiguiente, tenian que esceder en mucho á la cantidad con que ellos habian contado al salir de Madrid.

Así fué que tuvieron necesidad de pedir dinero al nuevo administrador.

IV.

Al principio mandó el dinero sin decir una palabra, pero despues ya principió á decir que todas las rentas las habia entregado, que tenia muchos quebrantos, porque los arrendamientos unos no habian cumplido, y otros habian tenido que disminuir, por cuya razon el dinero que le mandaba era á consecuencia de un empréstito que habia hecho sobre una de las fincas.

Santiago no estaba entonces en disposicion de pensar mucho en sus asuntos de España, toda vez que se hallaba preocupado con la reciente enfermedad de su hijo y con otra afeccion que su esposa empezaba á padecer.

V.

Parece que hay familias predestinadas para la desgracia, y la de Santiago era una de ellas.

Su esposa fué poco á poco poniéndose cada vez peor, en términos, que si cuidados habia inspirado Félix, doblemente mayores, si cabe, los inspiró su madre.

Tras de esto vinieron gastos, tuvo cartas para D. Lúcas, este contestó con evasivas, dijo que no tenia dinero, que podia disponer de algunas cantidades, pero que las exigencias de los tenedores de ellas eran tales, que por ningun estilo debia asentirse á ellas, y sufrir todas las privaciones imaginables antes que tomar el dinero con aquellas condiciones.

Como se comprenderá muy bien, D. Lúcas sabia muy bien lo que se hacia.

Negando, hacia mas apremiante la necesidad, y de esa manera la ganancia era mayor y mas positiva.

Santiago contestó lo que debia contestar en la situacion en que se hallaba.

Que buscase el dinero por los medios que estuvieran á su alcance, y que se lo remitiese.

VI.

D. Lúcas recibió esta carta con una alegría innoble y repugnante, y la conservó cuidadosamente.

El dinero fué remitido, y mas tarde supo el padre de Félix que una de sus fincas habia quedado afectada en otra venta para el pago de aquella cantidad.

De esta manera, durante cinco años de enfermedades y de viajes de un punto á otro, la mayor parte de los bienes que constituian el patrimonio de Santiago quedaron afectados de una manera que era casi imposible que pudieran volver á su primitivo dueño.

VII.

Tres años despues regresaba la familia á su pais natal.

Entonces sucedió una cosa horrible.

Santiago no esperaba encontrarse con una realidad tan aterradora.

Para cubrir los plazos de algunos préstamos se habian hecho nuevos compromisos y se habian gravado las fincas en términos que algunas de ellas ya pertenecian á otros dueños.

Este habia sido un negocio que D. Lúcas habia manejado con la admirable maestría que le caracterizaba.

Necesariamente los recursos eran mas escasos; habia muchas obligaciones contraidas y relativamente pocos medios para satisfacerlas.

El gasto era mayor que el ingreso, y aunque conocia la infamia de D. Lúcas, no podia acriminarle, porque él mismo le habia autorizado para ello.

De este modo aquel pingüe patrimonio desapareció, y la pobre familia se encontró reducida á la miseria cuando diez y ocho años antes estaban en la opulencia.

D. Lúcas les adelantó en distintas ocasiones varias cantidades pequeñas, pero esto no era mas que una gota de almivar que iba á perderse en el inmenso mar de amargura y de desgracia en que se anegaban.

VIII.

Santiago recurrió á sus antiguos amigos.

Pero demasiado se sabe que la amistad, cuando una per-

sona está caida, se olvida muy fácilmente.

Así fué, que el desgraciado padre no pudo llevar á su familia otra cosa mas que el sello de las humillaciones que habia sufrido.

Félix, entretanto, con privaciónes, y en medio de las escaseces que le rodeaban, siguió la carrera de telégrafos, segun ya digimos en otro lugar.

Y para hacer mas desgarradora su situacion, la esposa de Santiago cayó enferma de nuevo.

Hay un refran que dice que jamás un mal viene solo.

Estos sencillos pensamientos del vulgo suelen ser, desgraciadamente, harto verdaderos.

Tras del lujo, la miseria.

Tras de la miseria, la enfermedad.

Tras de la enfermedad, el crímen, la vergüenza, la deshonra tal vez.

Santiago, venciendo la repugnancia que le inspiraba el dirigirse al agente de negocios, se dirigió hácia la casa de él.

Le espuso su situacion y le pidió mil reales asegurándole que se los pagaria, confiando en una pequeña colocacion que le habian prometido.

IX.

El usurero, pues este nombre creemos que se le puede dar sin ofenderle, anduvo un tanto reacio, como siempre lo habia estado, hasta que por fin se los entregó haciéndole firmar un recibo por el cual aquella cantidad aparecia como que la habia recibido en calidad de depósito.

Santiago no supo lo que firmó, porque aunque juzgaba

mal á D. Lúcas, no lo creia tan infame que pudiera abusar de aquel documento.

Se fué á su casa alegre por el dinero que habia recibido, y mientras duró, la pobre mujer no careció de nada absolutamente.

Pudo curarse algun tanto su enfermedad, y cuando llegó la convalecencia, su situacion se hizo mucho mas difícil de lo que hasta entonces habia sido.

No tenian recursos, no sabian á quién recurrir, y por lo tanto, los pobres habian llegado ya al último estremo.

Y para hacer mas penosa su situacion, D. Lúcas se acordó del dinero que le debia Santiago.

Se lo reclamó, y el padre de Félix fué á verle para suplicarle que se apiadase de su situacion.

La colocacion que le habian ofrecido, se quedó en palabras, y nuestro pobre amigo no tuvo los medios en que confiaba para solventar su crédito.

D. Lúcas no le recibió.

Luisa fué la que salió á decirle que su señor no estaba, escusándose de atender á sus súplicas con que el dueño del recibo reclamaba su dinero, sopena de hacer uso del derecho que le asistia.

X.

Santiago se retiró desesperado.

Preveia una nueva catástrofe, y no sabia de qué manera evitarla.

Su familia advirtió el desaliento y la zozobra que en su rostro se retrataban con caractéres muy enérgicos.

Trató tanto su esposa como Félix de averiguar la causa de aquella tristeza.

Pero fué completamente imposible.

Santiago encerró su dolor en el fondo de su pecho y no quiso dar á su familia aquel nuevo motivo de disgusto.

Pero ¡ay!... este tenia que esperimentarlo muy pronto.

D. Lúcas no podia perdonar una falta que se hiciera á sus intereses.

Así fué que dió el recibo al juzgado, llamaron á Santiago para que se reconociese su firma, y pocos dias despues el pobre hombre era conducido al Saladero como reo de abuso de confianza.

Semejante desgracia cayó como una bomba sobre aquella pobre familia.

Félix, ciego de cólera y de desprecio, se dirigió una vez y otra á la casa de D. Lúcas.

Pero este no le franqueó sus puertas.

El jóven le esperó durante horas enteras á la puerta de su casa.

Mas el agente de negocios no salió.

Y entretanto el hambre, cada vez mas grande, mas espantosa, daba muchas menos treguas.

XI.

Félix tenia un vértigo.

Estaba á la orilla del precipicio, y no sabia, no encontraba medio para evitarse el caer.

Y no hallándolo, ya lo hemos visto precipitarse sobre Jorge, como un tigre sobre su presa.

Pero él no tenia ni los instintos ni la resolucion de la

fiera, y por lo tanto se dió por vencido inmediatamente.

Durante el trayecto que recorrieron, ninguno de los dos dijo una palabra.

Penetraron en el portal de la casa de Santiago, subieron la escalera, y llegaron por fin á la especie de mechinal donde estaba una pobre madre llorando junto á sus hijos que la pedian pan.

XII.

Al penetrar en aquella estancia, Jorge no pudo por menos de preguntar:

—¿Están Vds. á oscuras?

—Si no tenemos para comer, ¿cómo hemos de tener para luz?... repuso Félix con un acento de sarcasmo desgarrador.

Efectivamente, en aquella pobre vivienda reinaba una noche mas terrible, mas sombría, mas oscura que la que hacia por fuera.

Aquella era la noche de la miseria.

Antonia, al escuchar las pisadas de su hijo, esclamó:

—¿Eres tú, Félix?

—Sí, madre mia, yo soy.

—Pero no vienes solo, ¿quién te acompaña?

—Un alma noble y generosa que quiere consolar nuestra desgracia.

—¡Dios le bendiga!...

—Gracias, señora, gracias, contestó Jorge, pero yo no puedo permitir que estén Vds. de semejante modo.

—¿Qué quiere V. decir?... esclamó á la par la madre y el hijo.

—Vamos á mi casa; acompáñeme V., jóven, y uno de mis carruajes vendrá por su madre y sus hermanos.

—Gracias, caballero, gracias, acepto por mi madre, pero ya le he dicho que antes de todo quiero que escuche delante de las víctimas la desgracia que las ha conducido á semejante estado.

—Pero es necesario que Vds. coman, que tengan luz, que atiendan primero á las necesidades materiales, y despues...

—Mi hijo tiene razon; V. que ha sido tan bueno...

—¡Oh!... no lo sabe V. bien, madre mia, repuso Félix, interrumpiéndola; me ha evitado un crímen.

—¡Un crímen!... esclamó Antonia estremeciéndose.

—No lo crea V., señora, dijo Jorge, que no queria causar un nuevo dolor á aquella desgraciada.

—Sí, madre, sí es cierto; escucha, y perdóname despues.

XIII.

Y Félix se arrodilló junto á su madre, y entre sollozos la confesó lo que habia hecho.

Antonia lloró con su hijo.

¿Qué iba á decirle la pobre madre?

Le estrechó entre sus brazos, y aquel fué su perdon.

Jorge estaba profundamente afectado.

Por fin se calmaron los sollozos, y entonces Félix dijo:

—Ahora debe V. de escuchar la historia que le he ofrecido.

—Si yo no necesito escucharla ahora, venga V. conmigo, y...

—No, señor; hasta ahora quizá pueda V. juzgar mal

de mi pobre padre por saber que está en la cárcel.

—Jamás he juzgado por apariencias.

—Sin embargo, estas nos condenan.

—¿Y qué importa eso, si es completamente injusto?

—Sin embargo.

—Escuche V.

XIV.

Entonces Félix se puso á referir al marqués todo lo que ya saben nuestros lectores respecto á lo ocurrido entre Santiago y D. Lúcas.

Jorge no pudo contener su indignacion al escuchar la infamia del agente de negocios.

Y esta indignacion se espresó de una manera muy enérgica, diciendo varias veces:

—¡Oh!... yo le aseguro que no ha de quedar impune su infamia.

—No se meta V. con él, es un hombre muy malvado.

—Pierda V. cuidado, que á mí no me hará daño alguno.

—¿Pues qué, le conoce V.? preguntaron á la vez la madre y el hijo.

—Un poco.

—Es un miserable.

—Mas de lo que Vds. se figuran.

—Ya vé V. lo que ha hecho con nosotros; ¿quién nos lo hubiera dicho?

—Vamos, vamos, no hay que pensar mas en lo que ha sucedido.

—¿Pero y mi esposo?...

—Mañana mismo quizá pueda V. verlo á su lado.

—¡Dios mio!... esclamó Antonia.

XV.

—Ahora vámonos, Félix, dijo el marqués al cabo de algunos momentos; vámonos á mi casa, y dentro de muy poco vendrá V. para acompañar á su madre y á sus hermanos.

—¿Dónde?

—Donde yo vivo; mañana ya tendremos tiempo de buscar mas despacio otra habitacion.

—Gracias, señor, gracias; ¿qué hemos hecho nosotros para obtener semejante felicidad?

Jorge trató de sustraerse á las demostraciones de afecto de aquella familia, y se marchó seguido de Félix, que no sabia si estaba soñando ó despierto.

CAPITULO XXV.

Nuevos personajes.—Cómo se pierden las familias.

I.

Angel estaba sumamente disgustado.

Habia recibido una herida profunda con la declaracion de Cesarina.

Pero á pesar de eso la amaba.

Aquella declaracion, prescíndiendo del daño que le habia hecho, era un motivo mas para que la apreciase.

Porque le revelaba que en su corazon habia un fondo de honradez y de virtud que aun no se habia viciado.

Y fué una vez y otra á su casa.

Pero la jóven habia dado órdenes muy severas.

Y como consecuencia de ellas, Angel encontró aquella puerta cerrada siempre.

Esto aumentó su desesperacion.

II.

Y esta es muy temible en ciertas y determinadas naturalezas, y mucho mas en ciertas y determinadas situaciones de la vida.

Angel no habia visto nada de mundo.

Alma entusiasta y ardiente, vino á Madrid, encontró una mujer, y aquel corazon se desbordó en un instante.

Amó con frenesi, y creyó hasta el fanatismo.

Pero su creencia fué burlada, su amor creyó que lo pagaban con la falsía, y entonces volvió los ojos á todas partes, buscando un objeto en que poder apoyarse para no caer.

En Madrid, mas que en ninguna otra parte, abundan estos objetos.

Angel encontró un amigo.

¡Pero qué amigo, lectores mios!

Era nada menos que el vizconde de la Esmeralda.

Este cogió aquel pobre autómata, y le hizo moverse segun su capricho.

Angel necesitaba aturdirse, embriagarse en otra atmósfera, y el vizconde le sirvió maravillosamente.

Ya hemos dicho que Angel era muy rico, es decir, su padre habia recogido el fruto de las economías y de los afanes de cuatro generaciones consagradas al trabajo; él mismo habia añadido tambien una gran parte á aquel capital, y su hijo era el encargado de gastar todas aquellas pilas de onzas que representaban tanto sudor, tantas inquietudes y tantas privaciones.

III.

El juego, las orgías, los desórdenes tuvieron un adepto mas.

Este adepto era Angel.

Angel, á quien habia iniciado en aquellos misterios su nuevo amigo el vizconde de la Esmeralda.

El jóven entraba á ojos cerrados en aquel gran mundo, y por lo tanto, todo habia de seducirlo, todo habia de deslumbrarle.

Ya hemos oido, entre las recriminaciones que el marqués de Santillan hizo á los miembros de la *familia*, que se quejaba de que hubiese casas de juego, donde por medios infames é indecorosos se arrebataban á las familias los recursos con que contaban, tal vez para atender á las necesidades de su existencia.

Pero estas casas no estaban, por decirlo así, al alcance de la generalidad.

Eran una especie de templos, donde se rendia el culto á todos esos vicios sociales, cuyas consecuencias suelen ser tan terribles como irremediables para las familias.

IV.

Hay tipos desgraciadamente en nuestro suelo asquerosos y repugnantes, que por mucho trabajo que nos cueste el presentarlos á nuestros lectores, no podemos por menos de hacerlo asi.

¿Habeis visto, lectores mios, alguna vez en vuestro camino una mujer vieja, andaluza, regularmente que tiene

maneras muy desenvueltas, que de la misma manera que se la vé sola en la fonda, se la vé tambien en el paseo; mujer que de todo habla y bastantes veces bien; que murmura de todo el mundo, y que nada la parece bueno mas que aquello que ha sido importado de allende el Pirineo?

Indudablemente alguna vez la habreis visto, y no habreis podido por menos de deciros:

—¿Quiénes serán estas mujeres?

Ellas mismas os contestan.

Dicen á todo el que las quiere oir que son huérfanas de generales ó viudas de coroneles, ó... otra porcion de cosas mas, que omitimos, á fin de no cansar la paciencia de nuestros lectores.

Creo que por esta descripcion habreis comprendido ya la clase de mujeres que pensamos presentaros.

La generalidad las llama *cucas*, nosotros las llamaremos mujeres que hacen un tráfico infame con todos los sentimientos mas dulces, mas nobles y mas hermosos que pueden llenar el corazon de la mujer.

Hay incautos que se dejan prender en las redes de estas modernas Aspasias, y cuando despiertan de aquel vértigo que les han hecho sentir, se encuentran sin una moneda en el bolsillo, y sin una creencia en su corazon.

Por triste, por repugnante que nos sea penetrar en una de estas casas, donde bajo las mejores formas sociales se oculta el cieno mas asqueroso, no tenemos mas remedio que hacerlo.

V.

Estamos escribiendo una obra que se titula Los Miste-

RIOS DE MADRID, ¡y cuántos misterios no se ocultan bajo un vestido de moaré, ó bajo un frac hecho en casa de Utrilla!

Hecha esta especie de salvedad, vamos á penetrar en una casa que hay en la calle de Cedaceros de una apariencia bastante regular.

Subiremos al piso segundo.

Á pesar de haber dos cuartos, lo mismo nos da llamar en una que en otra puerta.

Ambas habitaciones están unidas por la parte interior.

Si preguntamos al portero al penetrar en la casa, nos dirá que en aquel piso vive la brigadiera Arnedillo, viuda, con dos hijas bastante bien parecidas.

VI.

La brigadiera reune todas las noches en su casa unos cuantos amigos y amigas de confianza, con objeto de pasar el rato, y de hacer menos incómodas las largas veladas del invierno.

Y si aun seguimos tomando mas detalles de la portera, que como mujer y como vieja es muy habladora, nos dirá que la brigadiera era una mujer de mucho arreglo, de muchísima economía y de muchas relaciones, y merced á lo primero, podia pagar los dos cuartos, salir á veranear con sus hijas, y dar aquellas reuniones diarias, sin perjuicio de las pequeñas *soirées* que tenia dos veces á la semana.

VII.

Nosotros, que no tenemos nada de cortos de génio, que somos muy curiosos y bastante preocupados, queremos

quitarle la capa á aquel pastel, porque francamente, para la portera puede pasar muy bien eso de que con diez mil reales de viudedad que tenia la brigadiera, pudiera hacer todo lo que hacia; pero para nosotros, que sabemos que diez mil reales no son mas que quinientos duros, y que esa cantidad próximamente gastaba la viuda de Arnedillo durante la temporada de verano, no podemos creer en aquellos milagros, porque la multiplicacion de los peces y de los panes, es muy buena para la Biblia, pero que en nuestra sociedad moderna creemos que todavía no se haya realizado.

En su consecuencia, esperaremos la hora de la reunion, y nos presentaremos allí.

Llamaremos, y dos criados tratarán de impedirnos el paso.

Ya se vé, no somos de los iniciados en aquella especie de *lógia* masónica, y por lo tanto, ellos no hacen mas que obedecer su consigna.

VIII.

Los rechazaremos con toda la aspereza posible, y guiados por las voces, las carcajadas y los confusos acordes del piano, conseguiremos llegar hasta el salon.

Bonito espectáculo será el que se presentará á nuestra vista al penetrar en él.

Encontraremos allí una porcion de jóvenes de uno y otro sexo, que hablan, se agitan, bailan, pero todo esto hecho de una manera automática.

Los rostros de ellas , en su mayor parte, tienen que inspirarnos compasion.

Allí encontraremos megillas pálidas, y otras cuyos colores se han comprado en casa de Fórtis á diez reales la caja.

Veremos ojos magníficos, negros, rasgados, pero cuyo brillo se ha estinguido; son los ojos de una estátua.

Encontraremos formas admirablemente moderadas, veremos mujeres de lábios rojos como el carmin, de frente tersa y despejada; tal vez en nuestro atrevimiento tocaremos una mano de aquellas mujeres.

Pero ¡ay! es una estátua de mármol, y el frio que esperimentaremos al tocarla, nos hará alejarnos de su lado con un disgusto invencible.

Aquellas mujeres, desde que habian empezado á vivir, habian suspirado constantemente una atmósfera mefítica y corrompida.

El vicio las habia rodeado por todas partes y se habian entregado en sus brazos sin tener la conciencia de lo que hacian.

IX.

Pero todo esto se habia hecho guardando todas las formas sociales.

Aquellas niñas se habian viciado bajo un ambiente tibio y perfumado, sus habitaciones perfectamente amuebladas, y con maestros de piano y con otra multitud de clases puramente de adorno.

Allí no era la miseria la que las viciaba, era el ejemplo, la especulacion; era la corrupcion que habian heredado ya.

Cuando aquellas niñas eran mujeres, cuando su cuerpo al desarrollarse modelaba, por decirlo así, el *álbeo* donde ha-

bia de encerrarse el corazon, este no existia ya.

No habia sentimientos; la sensacion estaba gastada, y no habia mas que una comedia contínua de su vida, en la cual, como actrices consumadas, no hacian mas que representar el papel que se las confiaba.

En el fondo del salon donde nosotros hemos penetrado hay un gabinete.

Allí se vé una mesa cubierta con un tapete verde, en derredor de la cual están las madres, las tias, ó las parientas de aquellos pimpollos que antes hemos visto en el salon.

X.

Junto á la mesa veremos ancianos, á quienes la vejez en vez de ser una aureola de gravedad y de respeto, es solo un objeto de repugnancia, de aversion.

Jóvenes que llevan sobre su rostro grabadas las huellas de la crápula y de los desórdenes.

Sobre la mesa hay montones de oro.

En medio de ella se ven media docena de barajas.

Delante de uno de aquellos personajes hay una gran cantidad de dinero.

Tiene una baraja en la mano, y delante de él hay cuatro cartas.

Aquel hombre es el banquero.

Las apuestas menudean y él sigue impávido sacando cartas hasta que sale la contraria de la que está mas cargada.

Entonces se ven rostros coléricos, manos que aprietan convulsivamente el tapete, ojos irritados que miran con

envidia á los gananciosos y lábios que murmuran palabras inconexas.

De cuando en cuando, algunas de las parejas que hay en el salon penetran en el gabinete.

El caballero saca un napoleon, la jóven une á él una peseta, y los pone juntos á una carta.

Si sale esta, el caballero pone en manos de su dama los cuarenta y seis reales, á pesar de los melindres que ella hace, y de nuevo tornan al salon, donde bailan, cambiando despues la jóven de pareja y haciendo con esta lo mismo que con la primera.

XI.

De este modo aquellos angelitos ganan todas las noches algunos napoleones en cambio de.... de cuanto una mujer puede tener de mas sagrado, de su honra.

Y sus madres están allí, pero no se cuidan para nada de ellas.

Están en el gabinete formando *párolis* con los jóvenes incautos que se presentan, haciendo *bacas* con los jugadores ya maestros ó *levantando muertos*, segun la metáfora usada por los que rodean el tapete verde.

Entre los grupos que hay en el salon, dos deben sorprendernos sobremanera.

Estos grupos son de dos personas.

Un hombre y una mujer.

Uno de ellos lo componen Angel y Virginia.

El otro el vizconde de la Esmeralda y Aurora.

Las dos jóvenes son las hijas de la brigadiera Arnedillo.

XII.

El vizconde era uno de los contertulios mas asíduos de la brigadiera.

Alli ganaba y perdia; pero segun su espresion, se divertia grandemente con las jóvenes que iban allí.

Angel queria conocerlo todo, queria saturarse de placeres, de emociones, queria ver si en el seno de ellas olvidaba aquel pensamiento que cada vez estaba mas aferrado en su imaginacion.

El vizconde lo habia presentado allí.

Aurora, que era la hija mayor de la brigadiera, conoció inmediatamente el estado de Angel.

Vió que aquel era un terreno vírgen, y que por lo tanto se podia esplotar perfectamente.

Así fué que reservó para él sus encantadoras sonrisas, sus miradas mas fascinadoras, y sus trajes mas elegantes.

Angel, ya lo hemos dicho, necesitaba aturdirse, y por lo tanto aceptó aquel medio que la casualidad le proporcionaba.

XIII.

—Qué tarde ha venido V. esta noche, le decia Aurora; parece que ya nos va V. olvidando.

—¡Oh!... nada de eso, me entretuve con el vizconde en el Casino mas de lo que creia.

—¡El Casino!... he ahí un edificio al cual le profeso una antipatía grandísima.

—Antipatía, ¿y por qué?

—Porque es un tirano que nos arrebata á las personas que mayores simpatías nos inspiran.

—¿De veras?... preguntó Angel vivamente.

Y miró á Aurora, y esta inclinó los ojos aparentando que se ruborizaba, y despues mirando con una espresion dulcísima al jóven, le contestó:

—¿Y por qué no?...

—¿Seria posible que yo pudiera contarme en el número de las personas que la han inspirado esa simpatía?

—Han sido tan pocas...

—Entonces, desgraciados de ellos...

—¿Cómo?... no comprendo...

—Naturalmente, V. tiene que inspirarlas á todo el que la vea, y siendo muy pocos los que á V. hayan conseguido inspirarla, desgraciados de los demás.

—Es V. muy galante.

—No lo crea V., hablo con el corazon.

—Permítame V. que desconfie un poco, porque son tan escasos los hombres que hoy hablan con el corazon...

—La mayor parte de las veces no son ellos los que tienen la culpa.

—Esa es la manía de Vds., es la escusa que quieren dar á su conducta, nos achacan á nosotras...

—Pero no debe V. de hacer un plural tan estenso.

—Gracias por el concepto que forma de mí, contestó Aurora con coquetería.

XIV.

—¡Eh!... ¿qué tal? decia entretanto el vizconde á Virginia, ¿qué te parece el *paleto*? cómo se esplica.

—Es un pobre hombre, contestó Virginia con frialdad.

—Pues tu hermana no debe pensar del mismo modo.

—Mi hermana es otra tonta como él; vaya, ¿vamos á hacer una *baca*? porque supongo que tú no puedes seguir el ejemplo de tu amigo.

—Casi, casi me dan ganas de imitarle; voy á hacerte el amor.

—Vaya, vaya, no tengas ganas de broma, todo eso ya es muy gastado.

XV.

—Eres, Virginia, la mujer mas escéptica que he coconocido.

—Y que quizás el amor no es mas que una necedad dividida en tres partes; la primera suspiros, la segunda posesion y la tercera hastío; despues queda un epílogo que es incredulidad; yo me encuentro en este caso; en nada creo ni en nada espero; únicamente tengo confianza en una cosa.

—¿En qué?

—En que cuando todo se compra y todo se vende por una moneda de oro, esto solo es lo que vale, esto solo es lo cierto, y por lo tanto en esto solo es en lo único en que tengo confianza.

—Está visto que eres una mujer adorable.

—Y tú un nécio de *primísimo* cartelo.

—Muchas gracias por tu epíteto.

—No hay por qué darlas.

—¿Conque, quieres ir á que yo pierda un duro?

—Sí, porque yo lo ganaré, contestó la jóven con un cinismo repugnante.

—Pues si te empeñas, vamos allá.

Y el vizconde se levantó de su asiento, y Virginia, fria, impasible, y con el desden impreso en su semblante, se cogió á su brazo.

CAPITULO XXVI.

La mesa de juego.—Una interrupcion imprevista.

I.

Aurora y Angel continuaban hablando.

El jóven estaba hasta cierto punto fascinado por la hija de la brigadiera.

Amarla era imposible.

Habia amado con delirio, de esa manera que solo puede amar un corazon vírgen como lo estaba el suyo, á Cesarina.

Y por lo tanto Aurora no podia ocupar mas que un papel muy secundario en aquel corazon.

Pero de cualquier manera que fuese, Angel esperimentaba al lado de Aurora esa sensacion especial, indefinible, que esperimenta todo el hombre que ha tratado muy pocas mujeres cuando se encuentra al lado de una de ellas.

Era mas bien una atraccion de la naturaleza que una simpatía del corazon.

II.

En el momento en que nosotros volvemos á hacernos cargo de su diálogo, decia la jóven:

—¿Sabe V. que no creia que fuese V. tan galante?...

—¿Y por qué, Aurora? preguntó Angel sorprendido.

—Yo creia que las galanterías eran una consecuencia directa de las personas que tenian poco de verídicas; mas claro, las galanterías estaban sumamente en boca de esa coleccion de jóvenes en que todo es superficial, en que no hay fondo alguno y en que á falta de otras palabras emplean esas frases insustanciales y pasadas muchas veces.

—Casualmente no tengo yo el carácter de esos á quienes V. alude; las galanterías que brotan de mis lábios son galanterías hijas de lo que siente mi corazon.

—Se suele engañar el corazon tantas veces...

—Pero el mio no se engaña nunca.

—Sin embargo...

—Mire V., Aurora, á pesar de mi edad, soy un niño; y con toda la ingenuidad de este la digo, que si no esperimentara una satisfaccion inmensa al estar á su lado, no lo estaria; que esta satisfaccion se aumenta cada vez mucho mas en términos que si no le doy el nombre de cariño ignoro qué otro le pueda dar.

III.

Iba la jóven á contestar, pero en aquel momento el viz-

conde de la Esmeralda y Virginia se levantaron de sus asientos, y el primero dijo, dirigiéndose á Angel:

—Vamos, vamos, parece que estás muy entusiasmado.

—¿Y quién no lo ha de estar encontrándose al lado de Aurora?

—Tienes razon; pero justo es que dés ahora treguas á tu amor.

—¿Para qué?

—Para acompañarnos con tu bellísima pareja á cambiar algunas monedas desde nuestros bolsillos á los del banquero.

—Si Aurora quiere.

—¡Oh! por mí no se moleste V.

—No es molestia ninguna; en todo caso no seria mas que un deber, prescindiendo de la parte que tuviera mi corazon, el que me obligaria á estar á su lado.

—Mil gracias, pero no es justo que de nada se prive; vamos allá.

Y Aurora dejó su asiento, obligando de esta manera á que Angel hiciera lo mismo, y ambas parejas se dirigieron hácia el gabinete de que antes hicimos mencion.

El juego estaba en el período álgido, si así podemos esplicarnos.

Las puestas se sucedian á las puestas, y cada prójimo se llevaba á aquel sitio á su pareja para que soltase el óbolo que habia de ir por final á parar á su bolsillo.

IV.

Cuando estuvieron ya junto á la mesa, Virginia rompió el fuego diciendo al vizconde:

—¿Con que hacemos la *baca*?

—Sí, hija mia; ¿quién podria dudarlo?

Y el vizcondé sacó una moneda de oro, á la cual unió la jóven un napoleon.

—Vamos á darle tres golpes, dijo.

Y al par puso el dinero junto á una carta.

—¿Hay quien juegue mas? preguntó el banquero.

—¿Qué haces, Angel? preguntó el vizconde á su amigo; ¿estás soñando?

Efectivamente, el desdeñado amante de Cesarina habia caido en una de esas meditaciones sin nombre que tan frecuentes eran en él.

Aquellas meditaciones siempre tenian su objeto.

V.

Este objeto era Cesarina.

Cuando el pensamiento de esta mujer, aferrado siempre á su imaginacion, se hacia mas intenso, mas grande, entonces se olvidaba de todo, nada veia á su derredor, y solo la imágen llorosa, arrepentida y enamorada de la jóven era lo que su vista acertaba á contemplar.

Por lo tanto, en aquel momento se habia olvidado de Aurora, de su madre y del vizconde, de todo el mundo, y únicamente la voz de aquel pudo sacarle de su ensimismamiento.

Como quien despierta de un sueño dulcísimo para encontrarse con una realidad desgarradora, así miró Angel á todas partes.

Aurora no pudo menos de decirle:

—¡Caramba, qué distraido está V.!

—¿Hay quien juegue mas?... preguntó el banquero nuevamente.

Aquellas palabras hicieron comprender á Angel para lo que habia entrado en aquel sitio.

Y por si acaso no habia sido suficiente, el vizconde se encargó de advertírselo de nuevo, diciéndole:

—Vamos, Angel, ¿no juegas?

—Es verdad, tengo una cabeza tan mala que casi me habia olvidado del sitio en que me encontraba.

Y despues prosiguió dirigiéndose á Aurora:

—Es verdad que estando al lado de V., ¿quién no se habia de olvidar de todo?

—Pues me parece que ahora no se ocupaba V. mucho de mí, repuso la jóven haciendo un mohin encantador.

—Vamos, señores; volvió á repetir el banquero; ¿no juegan Vds.?

VI.

Angel entonces sacó de su bolsillo algunas monedas; tomó media onza, y poniéndola en manos de Aurora, la dijo:

—A V. la hago árbitra de mi suerte, juegue V. por mí.

—¡Oh! le advierto á V. que soy muy desgraciada.

—Eso probará que es V. muy feliz en amores, siguiendo al pié de la letra el adagio italiano.

—No he sido feliz ni para lo uno ni para lo otro; por lo tanto corra V. solo la suerte; y lo único que podré hacer será depositar en manos de V. mi capital.

—Nada de eso; si V. no quiere jugar, tampoco yo.

VII.

Aurora comprendió que si no hacia lo que deseaba el jóven, iba á perder la cantidad que pudiera haber obtenido por aquello.

Así fue que dijo:

—Puesto que V. se empeña, no habrá mas remedio que complacerlo; pero le advierto que vamos á perder.

—Jugando con V., Aurora, no se puede perder nunca.

—Pues, señor, vamos allá.

Y la jóven sacó otra moneda de oro, que unió á la de Angel, diciendo:

—Vamos á unir nuestros capitales.

—Así pudiéramos unir de la misma manera nuestros corazones, contestó Angel fascinado por la mirada que la jóven le dirigió al pronunciar las palabras anteriores.

—Juego, esclamó la voz fuerte del banquero.

Esta palabra siempre produce un grande efecto en una mesa de juego.

Se suspenden todas las conversaciones.

Todas las miradas se fijan en las manos del banquero, jueces, por decirlo así, que van á firmar la sentencia del hombre que ha arriesgado á una carta quizá la fortuna de su familia ó quizá su honra.

Un silencio sepulcral reinó en aquella estancia.

VIII.

Virginia, la mujer *material*, si esta frase nos es permitida, fijaba una mirada anhelante en la baraja.

El vizconde se sonreia mirando todos aquellos personajes, y de cuando en cuando hablaba algunas palabras con otro jóven que habia penetrado en la sala de juego.

—Chico, decia el recien llegado, ¿sabes que esta noche hay aquí gran entrada?

—¡Bah! ¿quién duda que la casa de juego de la señora brigadiera es una gran casa?

—Dime, dime, tú que la conoces y eres uno de los antiguos amigos de la casa, ¿vas á esplicarme en qué consiste que relativamente hay en los salones menos hombres que mujeres?

—Hombre, bien clara es la esplicacion; la brigadiera es una mujer de mucho talento, conoce que en el mundo el mejor cebo para atraer á los hombres son las mujeres; ella se cuida muy poco de bailes ni de reuniones; lo que la tiene cuenta es que la abonen cada noche dos onzas por la banca de *cabecera* y cuatro duros por cada burlote. Ella es mujer de recursos, ha intentado estas reuniones para cubrir mejor las apariencias: tiene un par de hijas, prosiguió bajando la voz, que son capaces de sacarle la cerilla de los oidos al hombre mas avaro del mundo, y en fin, con esas diversas industrias la pobre mujer se va vandeando.

—Chico, ¿sabes que debe ser muy cuca la tal brigadiera?

—Muy cucas y muy cucos la mayor parte de los que se reunen aquí; hay cada culebron!...

—Ya, ya, ya lo creo.

—Mira, aquí se descifran muchos de esos misterios que hay en Madrid; ves por la calle un señor muy elegante, gastando un gran tren y un gran boato, vas al teatro y lo encuentras; vas al café, y lo ves en la mesa al lado de la

tuya; en el Prado tropiezas con él; en fin, en todos los sitios donde una persona pueda hacerse visible y gastar, allí lo encuentras.

—¡Cuántos hay de esos!

—Tú preguntas naturalmente quién es, pero nadie lo sabe; crees que tal vez sea un gran señor, que vive de sus rentas, pero cáa, no es mas que un jugador muy cuco, que todas las noches viene aquí; de treinta albures juega cuatro, los gana generalmente, esto suele perjudicar al banquero, y en este caso, le señala un tanto para que no apunte, y cátate como tienes á esos personajes con una renta segura, y sin tener que trabajar.

IX.

—Chico, ¿sabes que deben tener muy poca vergüenza esos señores? dijo al cabo de un momento el amigo del vizconde.

—Toma, ya lo creo; ¿pero no ves tú que la sociedad está de una manera que admite en su seno al que tiene dinero, sin entrometerse á investigar los medios de que lo ha adquirido?

—¿Y todas esas... mujeres que están ahí sentadas, son jugadoras tambien?

—Son señoras; hazlas mas favor, hombre; la que menos es viuda de un brigadier ó de un general.

—¡Cáspita!

—Ya sabes que hay mucha distancia del dicho á la verdad; por lo tanto, no hay que hacerlas caso cuando hablan; lo que hay que estar con estas, es con mucho ojo cuando ganas.

—¿Con que tambien?...

—Ya lo creo; aquí desaparecen las puestas que es un portento antes de que tú te apercibas de ello; aquí hay niñas que son verdaderas sirenas, que te obligan á que dejes enredados en sus pestañas los napoleones que llevas en tus bolsillos; y mamás... chico, qué mamás tan largas, el dinero que sus hijas han desdeñado, lo toman ellas sin escrúpulo de conciencia.

—¿Chico, sabes que es decente esta sociedad?

—Pues mira, has de saber que Madrid tiene muchas casas así.

—¡Desgraciados de los que entren en ellas!

—Eso sí, aquí se queda uno sin dinero, pero se divierte; suele haber escándalo algunas veces; alguna mamá chupona que se estralimita; algun caballero que tiene poca paciencia; algun jugador que ha perdido, y dice que el juego es ilegal; pero esos son incidentes muy curiosos siempre.

—Vaya, vaya, esto para verlo una vez es muy bueno; á mí me han presentado esta noche por primera vez, pero no me parece que repetiré mucho mis visitas; para jugar, me voy al Casino; y para divertirme, tengo cien casas en Madrid, donde se está en una sociedad un poco mejor que esta.

—Ésto es como todas las cosas; es necesario acostumbrarse, despues ya te parecerá mas tolerable.

—Nunca.

X.

En aquel momento se notó una grande animacion en la mesa.

Habia salido una de las cartas que estaban sobre el tapete.

Hubo esclamaciones de alegría é imprecaciones de cólera.

—¿Qué es eso? preguntó el vizconde á Virginia; ¿hemos ganado?

—Hemos perdido, contestó la jóven de mal talante.

—Phe, ¡y qué le hemos de hacer? repuso el vizconde con un estoicismo admirable.

—¡Válgame Dios! esclamaba á la par Aurora; creo que es la primera vez que he ganado; ya vé V., prosiguió dirigiéndose á Angel; esta suerte se la debo á V. únicamente.

—No, hija mia, creo que la suerte pertenece á V.

—*Entrés*, dijo el banquero.

—¿Lo jugamos? preguntó Aurora.

—Como V. guste.

XI.

Se hicieron nuevas puestas, y poco despues, la jóven volvia á decir:

—Está visto que esta noche tengo una suerte estraordinaria.

—¡Dichosa V.! murmuró Angel.

—Nada, chico, le dijo el vizconde en voz baja: aprieta ahora; las mujeres en esta casa son como las cartas, se pierden ó se ganan con la misma facilidad.

—¿Quiere V. jugar una *baquita* conmigo, caballero? dijo una de las señoras que habia junto á la mesa, dirigiéndose á Angel.

—Con mucho gusto, señora; ¿de cuánto?

—¡Oh! de poquito, de poquito; casualmente esta noche he sacado poco dinero de casa.

—Por eso no se apure V., señora, jugaremos dos napoleones, si á V. la parece.

—Es que yo no tengo mas que uno.

—Bien, yo pondré el que la hace falta.

—¿Es V. aficionado á los *entreses*?

—Lo mismo me da.

—Entonces jugaremos, si á V. le parece, solamente en los albures.

—Vuelvo á repetirla que puede V. hacer lo que guste, contestó Angel, que deseaba que le dejasen hablar libremente con Aurora.

—Es V. muy galante, dijo la señora haciendo melindres.

XII.

—¿Quiere V. que juguemos un *pároli*? preguntó entonces la brigadiera Arnedillo á nuestro amigo.

—Sí, señora, contestó Angel, que no queria disgustar á la madre de Aurora.

—Vizconde, dijo otra al de la Esmeralda, ¿no quiere ustud ser mi compañero esta noche?

—No, contestó este con descaro, quedé muy escarmentado la anterior; de cualquiera manera las ganancias fueron para V...

—Caballero, murmuró la dama haciéndose la ofendida.

—*Juego*, dijo entonces el banquero.

XIII.

Aquella palabra fué un talisman que hizo que cesasen todas las conversaciones.

Entonces Angel se volvió hácia el vizconde y le dijo en voz baja:

—Pero hombre, ¿qué has dicho?

—Toma, toma, la verdad; pues si te haces de miel, no sé qué va á sucederte; ándate con cuidado; bueno que dejes que una de esas huríes te lleven cinco ó seis duros, pero pasar la plaza de primo, no lo hagas nunca.

En aquel momento salió una de las cartas contrarias al *entrés*.

Las puestas se habian perdido.

En cambio el banquero habia ganado estraordinariamente.

Esto produjo, como es consiguiente, muy mal efecto entre las personas que habian perdido.

Se oyó un rumor que honraba muy poco al banquero, y poco á poco fué tomando este insistencia hasta que por fin dijo una de las viejas que estaban allí:

XIV.

—Vamos, esto es una indignidad, ¿quién habia de esperar á que viniera esa carta estando fuera las demás?

—Tienes razon, dijeron algunos.

—Chico, chico, principia á formarse la nube, dijo el vizconde á Angel en voz baja.

—Señores, esclamaba el banquero; me parece que no dudarán Vds.

—Ello es que esa carta no debia venir.

—¿Y en qué se fundan Vds. para decir eso?

—En que las demás cartas estaban fuera y...

—Señores, el juego ha sido legal, dijeron algunos de los que habian ganado.

—Eso no ha probado mas que mucha ligereza de manos, repusieron los que habian perdido.

—Ustedes jugaban de mala fé.

—No, señores, eran Vds.

XV.

Y de esto provino el rumor, voces, confusion, sobresaliendo entre todo aquel estrépito, la voz de la brigadiera Arnedillo, que decia:

—Pero señores, tengan Vds. presente que están en mi casa.

Y los dicterios eran cada vez mas graves y cada vez tomaban un carácter mas alarmante, pronunciándose palabras harto inconvenientes para pronunciadas delante de una sociedad tan escogida como aquella parecia ser.

Y ya iban á llegar á las manos, cuando un incidente completamente nuevo vino á dar otro giro á la cuestion.

XVI.

En el momento en que todos estaban preocupados por aquella disputa, que hablaban todos sin entenderse ninguno, que chillaban las mujeres y votaban los hombres, entraron

cuatro personajes en el gabinete, y adelantándose uno de ellos hácia la mesa, tendió el baston que llevaba, diciendo:

—Por la reina.

Una estupefaccion general se apoderó de todos los circunstantes.

No se podia negar el hecho; sobre la mesa estaban las barajas y el dinero, y las viejas no podian por menos de sentir que aquel dinero no hubiese ido á parar á sus bolsillos, en vez de que lo cogiese la policía.

El inspector de aquel distrito era un hombre que sabia cumplir con su obligacion, y sin miramientos de ninguna especie, cogió á todos los jugadores y los condujo al gobierno civil, á fin de que la autoridad competente dispusiera lo que creyese mas acertado.

XVII.

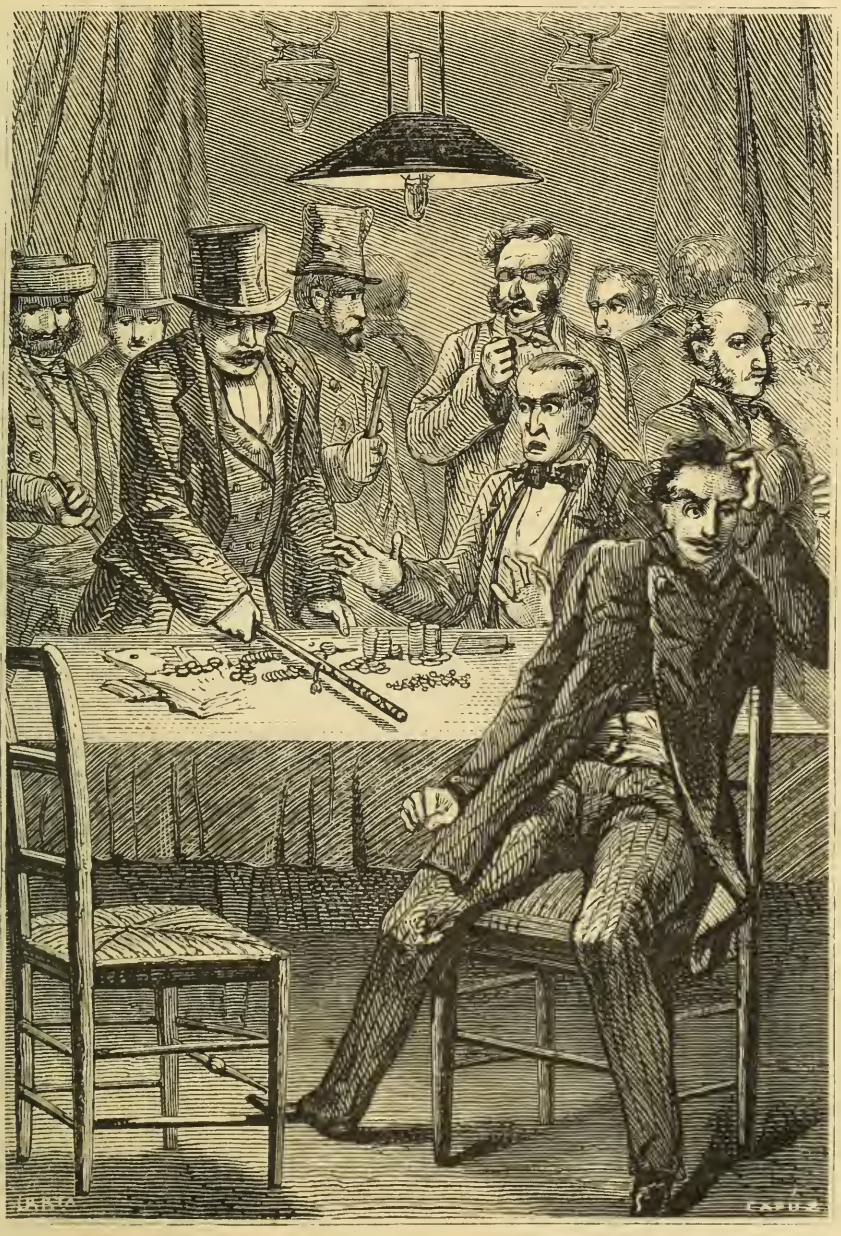
Angel se quedó como quien vé visiones, mientras que el vizconde de la Esmeralda se sonreia por aquel detalle de la vida del jugador.

El jóven se dirigió á su amigo, y le dijo:

—Pero hombre, ¿cómo siendo brigadiera esa señora, y teniendo fuero militar permite?...

—Quítate de ahí, hombre; qué ha de ser brigadiera; como tú y como yo.

Y nuestros dos amigos siguieron hablando algun tiempo sobre aquel mismo asunto, hasta que llegaron al gobierno civil.



—Por la reina!...

CAPÍTULO XXVII.

Recuerdos.—Clotilde.--La baronesa de la Estrella.—La duquesa del Campo.

I.

Algunos de los hechos ocurridos á nuestros personajes nos han llevado mas lejos tal vez de donde nosotros hubiésemos querido ir.

Por lo tanto, esto tiene que obligarnos á retroceder, sin quererlo, sin poder evitarlo nosotros mismos.

Estamos presentando una multitud de cuadros; llevamos en juego una porcion de personajes de distintas clases, de opuestas ideas y de antitéticas posiciones, y por lo mismo á cada momento tenemos que dejar á unos para seguir á otros.

Vamos á retroceder algunos dias hasta llegar á aquel en que el marqués de Santillan vió á Clotilde á través de los cristales que cubrian los balcones de su casa.

II.

¿Os acordais de Clotilde?

Es aquella jóven, hermana de Aureliano, el jóven pintor que estuvo en el estranjero y que vivia en la calle del Baño.

Indudablemente habreis ya recordado quién es, y por lo tanto, cansado seria tratar de daros mas esplicaciones.

El marqués de Santillan se retiró de su balcon un tanto pensativo, segun ya manifestamos.

Tambien hemos dicho, hablando de este nuevo personaje, que era tan propenso á sufrir impresiones como á dejarlas desaparecer.

Y el motivo de estar tan pensativo, era Clotilde.

¡Pobre niña!

Esta esclamacion se exhalará indudablemente de los lábios de nuestros lectores, al comprender que el marqués pensaba en la jóven.

Tenia una fama tan terrible el de Santillan...

Clotilde tambien se habia ruborizado y estremecido al contemplar al marqués.

III.

Es verdad que aquel hombre tenia una cosa especial en sus ojos que fascinaba, que hacia enloquecer, que no se podia resistir.

Jorge era hermoso y hacia resplandecer doblemente su belleza por el fuego y la espresion que daba á su semblante.

Clotilde, cuando se retiró del balcon, lo hizo profundamente afectada.

Sentia una emocion desconocida.

Estaba triste y gozosa á la par.

Deseaba estar sola para pensar mejor en el gallardo caballero que vivia en la casa de enfrente.

Y cuando fué á buscar á su madre trató de sacar la conversacion respecto á los vecinos que tenian en los alrededores.

Y naturalmente, la conversacion vino á recaer sobre Jorge.

Pero su madre no pudo decirla lo que deseaba saber.

IV.

Ya hemos dicho que sus relaciones eran muy escasas, que salian muy poco, y por lo tanto, no conocia mas que de vista á algunas personas que vivian allí.

Lo único que su madre la dijo, fué lo que ella misma sabia ya.

Que aquella casa tenia la entrada por la calle del Prado, y que hacia poco se habian establecido algunas oficinas, segun se veia en los letreros que cubrian los hierros de los balcones.

Cuando vino su hermano de paseo, Clotilde trató tambien de averiguar si sabia alguna cosa.

Pero no pudo salir de su ansiedad.

Aureliano nada sabia.

Su madre no pudo por menos de sorprenderse de la curiosidad de su hija, y la dijo:

—Pero mujer, no te interesas poco por saber quién vive en esa casa.

—¡Yo, mamá!...

—¿Qué nos importa á nosotros quién vive?

—Quizá le haya salido algun novio á Clotilde, repuso Aureliano alegremente.

V.

La jóven se ruborizó estraordinariamente al escuchar estas palabras.

Inclinó los ojos, y no dudaba que ella misma habia sido la que vendiera su secreto con sus indiscretas preguntas.

Aureliano, que la veia confusa y trémula, se reia cada vez mas, diciendo:

—¿No lo dije? vamos, vamos, picarilla, qué callado lo tenias.

Clotilde estaba, como se dice vulgarmente, en áscuas.

Su madre miró con severidad á Aureliano, y le dijo:

—Pero, hombre, qué cosas tienes; ¿á qué hablas de eso á tu hermana?

—Vamos, madre mia, yo creo que Clotilde no ha de estudiar para monja; y si se ha de casar ha de empezar por tener novio, ¿no es verdad, hermana?

—Vamos, déjame, Aureliano, dijo Clotilde que cada vez estaba mas turbada.

—¿Quieres decirme quién es el hombre que ocupa tu pensamiento?

—Mamá, diga V. á Aureliano que se calle.

La madre miró á su hijo, haciendo un gesto para que

se contuviese, y la conversacion varió completamente de carácter, con gran alegría por parte de la jóven.

VI.

Clotilde habia creido, como ya hemos dicho anteriormente, que su secreto estaba vendido.

Despues creyó, que si no lo estaba, ella misma iba á venderlo.

Quiso hacer acopio de todo su valor para sostener la conversacion en el mismo terreno en que se hallaba, pero la fué completamente imposible.

Y al dia siguiente, sin pensarlo, ella misma, sin quererlo, sin poderse esplicarla fuerza que la impulsaba, se dirigió al balcon y levantó la cortinilla.

Pero nadie habia en la habitacion de enfrente.

Clotilde se sentó á coser junto al balcon.

Poco despues, Jorge aparecia en su despacho.

Era la hora en que se abrian las oficinas de Stanley y Compañía.

VII,

Jorge ó el marqués de Santillan, fijó sus ojos en aquel rostro encantador, que le miraba con una espresion tan dulcísima, tan pura y tan elocuente al mismo tiempo.

Y aquellas dos miradas se encontraron, y habia una atraccion tan dulce en ellas, habia un imán tan irresistible de la una con respecto á la otra, que ambas se confundian en una, se acariciaban, hablándose en un lenguaje mudo, pero sencillo y elocuente á la par.

Y Clotilde, ruborizándose unas veces, atreviéndose otras á sostener aquellas miradas, fué poco á poco interesándose por su hermoso vecino, en términos, que jamás se la habia visto tan asidua y tan consecuente en ponerse á trabajar junto al balcon.

Y así trascurrieron algunos dias, sucediendo á las miradas las sonrisas, y habiéndose puesto, por decirlo así, de acuerdo sus corazones.

VIII.

En el momento en que volvemos á encontrarlos, es al dia inmediato al en que Angel y el vizconde de la Esmeralda fueron conducidos al gobierno civil en compañía de todos los contertulios de la brigadiera Arnedillo.

Clotilde estaba detrás de los cristales de su balcon.

El marqués tambien se hallaba tras de los suyos.

Largo rato llevaban en aquella mútua contemplacion, cuando de pronto el marqués se volvió precipitadamente

Clotilde, sorprendida por este movimiento, trató de penetrar con su mirada el interior de la habitacion de Jorge.

Le vió vuelto de espaldas como si hablase con alguna persona, pero no pudo distinguir quién fuese esta.

Estuvo mirando durante algun tiempo, mas cuando vió que el marqués hacia un movimiento, como para sentarse, entonces dejó caer la cortinilla de su balcon, y se puso á saborear toda la infinita delicia que encontraba en aquel amor tan puramente platónico.

Debemos, antes de seguir adelante, hacer una pequeña salvedad, á propósito de un incidente ocurrido dias antes.

IX.

En la calle del Prado, y dando frente á la del Baño, habia un cuarto segundo desalquilado.

La casa era magnífica, y se comprendia muy bien que la persona que fuera á ocuparla debia ser persona de muchas campanillas, como se dice vulgarmente.

Pocos dias despues se dijo que la duquesa del Campo, recien llegada á la córte, se iba á habitar á aquella casa.

Efectivamente, se quitaron los papelés, y la duquesa fué á habitar el cuarto segundo de la casa de la calle del Prado.

Dicho esto, que puede tener una gran influencia en nuestra novela, continuaremos ocupándonos de lo que ocurria en la casa del marqués de Santillan, y qué era lo que le habia hecho abandonar tan bruscamente la contemplacion de Clotilde.

Cuando mas embebido estaba en ella, sintió una voz que dijo:

—¿Se puede hablar algunos momentos con el señor marqués de Santillan?

Volvióse este precipitadamente, y al ver la persona que estaba delante de él, esclamó:

—¿Usted aquí, Pilar?

—Sí, Jorge, contestó la dama.

X.

La persona que estaba delante de nuestro amigo, era la baronesa de la Estrella, de quien ya nos hemos ocupado

anteriormente, cuando hablamos de la aparicion del marqués en Madrid.

Era la mujer á quien habia amado Jorge de esa manera que solo él sabia amar.

Amor de fuego que abrasaba durante ocho dias, y al cabo de ellos, se habia estinguido completamente.

En cambio, la mujer amada, la mujer mecida en aquel paraiso de delicias durante ocho dias, no podia olvidar jamás la impresion que habia recibido.

Ya lo hemos dicho.

El amor de Jorge quemaba, dejando una úlcera que no se cicatrizaba tan fácilmente.

Del mismo modo que Jorge era el tipo de la hermosura enérgica y bravía del hombre, Pilar era la personificacion exacta de la belleza correcta y armoniosa de la mujer.

XI.

Azules sus ojos dejaban entrever al hombre por quienes era contemplado, un cielo permanente de ventura y de felicidad.

Blanco y encarnado su cútis, dejaba trasparentar los surcos azulados de sus venas.

Una boca de niña encerraba entre sus pliegues la mas encantadora de las sonrisas.

Su barba, su cuello y sus hombros, los hubiera envidiado la estatuaria griega.

Y si á este conjunto tan admirablemente hermoso le añadimos un aire de elegancia y de finura esquisito; si le dotamos con un corazon hermoso y con un alma tan pura como las líneas de su rostro, tendremos una idea un tanto

aproximada de lo que era Pilar de Araujo, de lo que era la baronesa de la Estrella.

En el momento en que nosotros la vemos, hay una tinta de indefinible tristeza esparcida por su semblante.

Vestida con sencillez, pero siempre con la elegancia que la caracteriza, Pilar permanece mirando á Jorge que la contempla tambien y que no se atreve á decirla una palabra.

Por fin, comprende que es necesario hablar algo, que es preciso salir de aquella situacion tan ambigua en que se encuentra, y entonces dando un paso hácia ella la dice:

—Demasiada es la honra que me hace V. con venir á esta casa para...

—He dado un paso quizá muy adelantado, que el mundo si lo llegára á conocer, quizá lo juzgára muy mal, pero ¿qué me importa á mí la opinion del mundo? yo queria verte, Jorge, tenia necesidad de escuchar tu acento.

—Siéntate, Pilar.

XII.

Entonces la dama se sentó en una butaca y fijó sus ojos con una espresion indescriptible en el marqués.

Este la dijo:

—Sí, yo siempre te amo, Pilar; mis ocupaciones me han impedido el ir á verte.

—Te engañas, Jorge, contestó la jóven con tristeza; no son las ocupaciones las que te alejan de mi lado.

—Ignoro en qué puedas fundarte para decir eso.

—¿Acaso tus ocupaciones han sido tan grandes que en diez dias no te han dejado un cuarto de hora disponible

para dar otra gota mas de felicidad á una mujer que tanto te ama?

El marqués comprendió que en las palabras de la baronesa se encerraba una acusacion que él no podia, no se atrevia tampoco á rechazarla.

La baronesa adivinó tambien lo que pasaba en el corazon de su amante, y le dijo:

XIII.

—¿Ves? tú mismo no te atreves á contradecirme; no te atreves á disculparte, porque tu corazon, noble y bueno, se subleva contra lo que pudieras decirme para atenuar tu falta.

—A todo cuanto me digas no podré contestarte mas que una cosa.

—¿Y qué es?

—Que te amo de la misma manera que te amaba.

—Estás es un error, Jorge.

—¿Lo dudarias acaso?

—Sí.

—Veo que has perdido la fé en mis palabras.

—Nadie ha tenido la culpa mas que tú.

—Nunca creí que tus lábios me dijeran semejantes palabras.

—Mira, Jorge, la mujer que ama como yo tiene una desgracia generalmente.

—¿Y cuál es?

—La de tener una percepcion estraordinaria que la hace ver mucho mas que el mismo hombre que la está jurando amor.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que he leido en tu corazon mucho mejor que tú mismo, que estoy leyendo ahora mismo, y que véo que tu amor se ha estinguido por completo.

—Segun eso, ¿lo que te estoy diciendo?...

—Es una prueba de tu buen corazon.

—¿Cómo?

—Tienes piedad de una pobre mujer que te adora con toda la fuerza de su alma, y tratas de prolongar su engaño, porque sabes que ese engaño es su vida.

XIV.

Estaba tan hermosa la baronesa al pronunciar estas palabras, el tinte de melancólica tristeza que se esparcia por sus megillas se habia pronunciado tanto, y las dos lágrimas que brillaban en sus ojos eran tan puras, tan ardientes, tan enamoradas, que Jorge, hombre al fin, no pudo por menos de caer ante sus rodillas, murmurando:

—¡Oh!... ¡qué hermosa eres, Pilar; qué hermosa eres, y cuánto te amo!

—¡Dios mio!... ¿si fuera verdad?... esclamó la jóven alzando sus ojos al cielo con una espresion de inefable ternura.

—Sí, sí, prosiguió Jorge; te amo, y te amaré siempre.

—Y sin embargo, contestó ella con un ligero acento de reproche, has podido pasarte tantos dias sin verme.

—Ya te he dicho...

—No, no vuelvas á repetírmelo, déjame gozar con la impresion que he tenido; ¡ay!... me dura tan poco...

—¿Vuelves á acusarme?...

—Mira, Jorge, prosiguió la baronesa sin hacer caso de la interrupcion de su amante; yo habia oido hablar de tí; tenias una fama...

—Muy terrible, ¿no es cierto?

—Sí: te pintaban como un hombre sin corazon, como un hombre que solo buscaba el aroma de las flores, lo aspiraba y despues proseguia su camino tranquilo, frio, indiferente, pisoteándolas en su marcha.

—¿Y tú creiste semejante pintura?

—No sé por qué me pareció exagerada, y abrigaba, como todo el mundo, una curiosidad terrible por conocerte.

—Bendita seas, Pilar, esclamó el marqués fascinado por el encanto indefinible que emanaba de aquella mujer.

—Por fin llegaste á Madrid, la fama nos habia hablado de tí, y todos tratamos de poner una barrera insuperable á fin de que no pudieras apoderarte de nuestros corazones.

—Y ya me habeis visto; me parece que no he tratado de corroborar la fama que tenia de Tenorio ó Lovelace.

—¿Y es necesario acaso que tú recurras á esos medios tan gastados por otros hombres para que inspires cariño?

—Me elogias de una manera tal...

—Yo te ví, y á pesar de la prevencion que contra tí abrigaba, á pesar de todo, mi corazon voló hácia tí, como pudiera haberlo hecho el pájaro hácia el nido donde se albergaban sus hijuelos.

—Tú me harás enloquecer, Pilar, esclamó Jorge estrechando entre las suyas las manos de la baronesa.

XV.

Esta, cada vez estaba mas encantadora, si es posible que

aquella mujer pudiera aumentar su belleza.

El recuerdo de aquellos primeros dias de su amor habia encendido algun tanto los apagados colores de sus megillas.

Sus ojos brillaban de placer, y todo en aquella jóven bellísima y seductora, respiraba un amor grande, infinito, ardiente.

El marqués estaba, como habia dicho, muy enloquecido,

¿Y qué hombre no lo habria estado al lado de aquella mujer?

Pero el enloquecimiento de Jorge era de un instante.

Estaba impresionado, y separado de Pilar la impresion habia desaparecido.

La jóven bien lo comprendia así, y por lo tanto, no se hacia ilusion alguna respecto al amor del marqués.

Sin embargo, le veia, y en aquel momento se olvidaba de las prevenciones que abrigaba contra él.

Ya hemos dicho que el marqués era de esos hombres que fascinan, que aturden, que enloquecen.

La baronesa estaba admirablemente hermosa bajo la impresion del amor que la inspiraba Jorge.

XVI.

Permanecieron en silencio durante algunos segundos hasta que por fin, Pilar, como si despertara de un penoso sueño, esclamó:

—¡Qué lástima que ese amor que tan bien espresas, que tan perfectamente haces sentir, no pueda ser una verdad!

—¿Qué quieres decir, Pilar? esclamó el marqués con un acento que espresaba una ligera reconvencion.

—Digo que te espresas admirablemente, que tú mismo te crees positivamente que sientes, y cuando tú te llegas á creer eso mismo que no harás creer á las demás.

—Eso quiere decir que tú no me amas ya, que tal vez te cansas de mi amor, que no encuentras un pretesto justo, y que...

—Calla, Jorge, no creia que tú pudieras descender á semejante vulgaridad; sé que no me amas, pero á pesar de eso, yo no podré olvidarte nunca; tengo necesidad de amarte, porque mi vida está interesada en ese amor, pero no creas que ignoro la suerte que me espera; el destino de tus amores son siempre comprar muy cara la felicidad que proporcionan.

—Pero, Pilar, ¿quieres esplicarme el por qué de esa trasformacion tan súbita? te he visto hace pocos momentos amante como siempre, crédula respecto á mi amor, como un niño para el cariño de su madre; ahora, por el contrario, te has trasformado y...

—Como me verás siempre; porque aunque conozco todo cuanto tu amor puede dar de si, ya te he dicho que tienes el raro privilegio de inocularlo de una manera tal en el corazon, que son imposibles cuantos esfuerzos se hagan para poderlo arrancar de allí.

—¿Pero qué es lo que te induce á creer que yo no te amo?

—Todo; ya te he dicho que las mujeres que aman tenemos una perspicacia, por lo comun, que ven mucho mas allá de donde quieren que se vea; y que no hay arcano, por escondido que esté en el corazon del hombre amado, que pueda ocultarse á nuestra penetracion.

—Estás en un error, Pilar.

—No lo creas, hablo con toda sinceridad.

—Pues no tienes fundamento.

—Sí, tu imaginacion está ya preocupada; ignoro por qué otras cosas, pero sí puedo asegurarte una cosa.

—¿Y qué es?

—Que entre esas cosas que te preocupan, una de ellas, quizá la mas interesante por ahora, es el amor.

XVII.

El marqués no pudo por menos de quedarse un tanto sorprendido.

La repentina salida de la jóven le desconcertó algun tanto.

Y á pesar de su serenidad habitual no pudo por menos de inmutarse algun tanto.

Pilar le miraba, y le sorprendió el efecto de sus palabras.

Al mismo tiempo, Jorge, maquinalmente, y sin que él pudiera esplicarse el por qué de aquel movimiento, volvió la cabeza precipitadamente hácia el balcon.

Cuando quiso remediar esto ya era tarde.

La baronesa habia percibido su movimiento, y le dijo:

—Tú mismo te has vendido.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando entré aquí estabas sumergido en una contemplacion estraordinaria; ahora vuelves los ojos, y mira.

XVIII.

Y al par que decia estas palabras, antes que Jorge pu-

diera impedirlo, se levantó, alzó las cortinas que cubrian el balcon, y dijo:

—Ahí tienes tu nuevo amor.

La aparicion de Pilar causó un efecto particular.

En el balcon de enfrente estaba Clotilde.

La jóven, impaciente porque no veia al marqués, no contenta con mirar, abrió sus vidrieras y salió al balcon.

La baronesa hizo lo mismo que la jóven.

Al ver la insistencia de esta sospechó, como no podia por menos de hacerlo, que aquella mujer era una rival.

Y ciega en aquel momento, sin saber lo que hacia, sin poderse contener, sin tener tiempo para reflexionar, abrió el balcon y salió tambien.

Jorge, comprendiendo su imprudencia, quiso detenerla, salió con ella, y la situacion se complicó doblemente.

XIX.

En la casa de la calle del Prado, que daba frente á la del Baño, ya hemos dicho que vivia la duquesa del Campo.

Esta estaba en el balcon tambien.

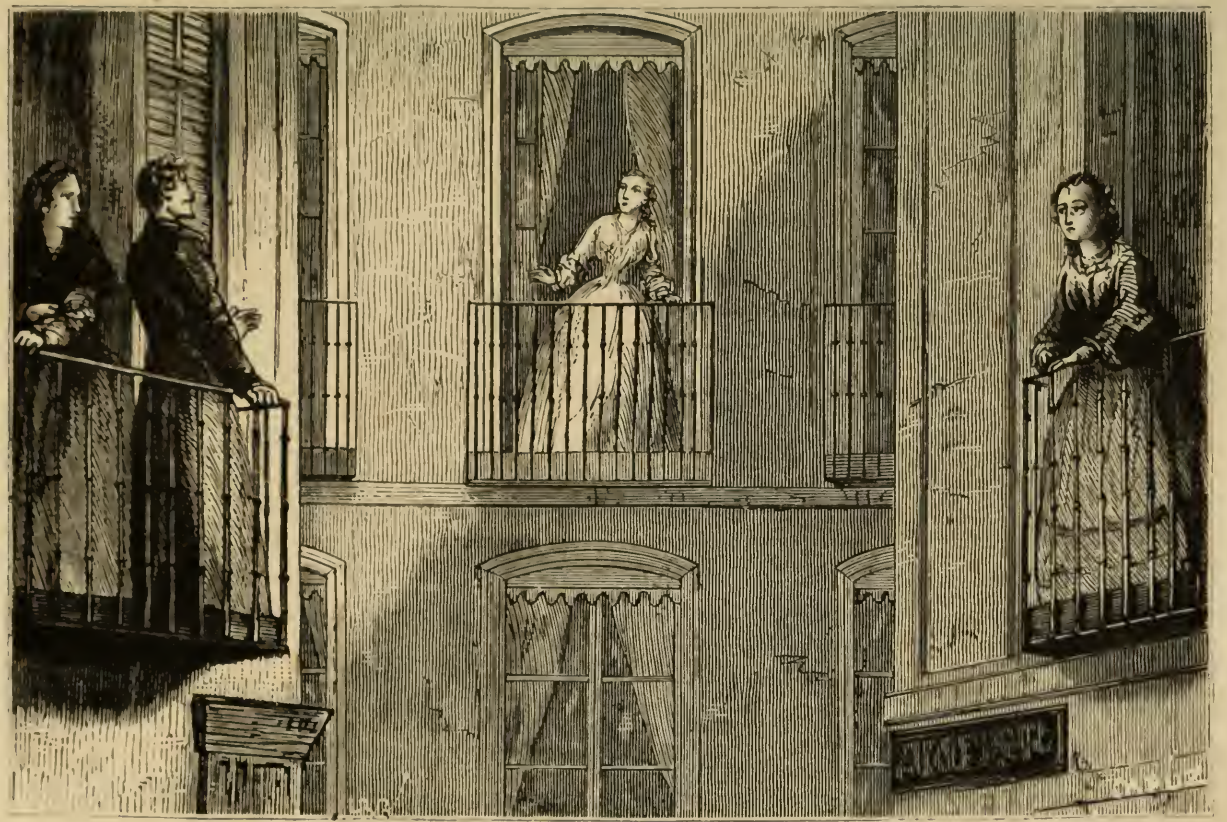
Necesariamente la aparicion sucesiva de Pilar y del marqués debia llamar su atencion.

Fijó su vista en aquel sitio, y al ver á Jorge, una palidez estraordinaria se esparció por su semblante.

Se dilataron sus ojos, se contrajeron sus lábios, y sintió que vacilaban sus pies.

El marqués la miró, y una agitacion estraña se apoderó de él.

La baronesa le contempló con asombro, y le dijo:



—Blanca!... murmuraba.

—¿Qué tienes?... ¿sabes que es muy hermosa tu vecina?...

—¡Blanca!... murmuraba Jorge entretanto sin dejar de mirar á la duquesa.

—¡Dios mio!... esclamaba esta al mismo tiempo; ¿él aquí?...

Y apoyándose en las vidrieras para no caer, abandonó el balcon.

XX.

Clotilde, que no miraba mas que á Jorge y á la baronesa, sintió que las lágrimas temblaban en sus ojos, y haciendo un esfuerzo cerró el balcon, diciendo:

—¡Me engañaba!...

Jorge, como un hombre embriagado, tropezando con todos los muebles penetró en la estancia, y dejándose caer sobre una butaca, murmuró:

—¿Por qué me habia dicho que ya no existia?...

La baronesa le contemplaba atónita, y así se pasó mucho tiempo, al cabo del cual, y viendo que nada la decia el marqués, se levantó, se dejó caer el espeso velo de su mantilla sobre su rostro, dirigió una última mirada á Jorge, mirada que revelaba un cariño inmenso y un dolor indefinible, y salió del aposento enjugándose los ojos y diciendo:

—Nada, Dios mio, nada, no me ama.

CAPITULO XXVIII.

En que el lector tiene necesariamente que hacer conocimiento con nuevos personajes.—Una orgía.

I.

Estamos en casa del marqués de Pino Blanco.

Han pasado cuatro dias de los sucesos anteriores.

Venid, lectores mios, venid conmigo: atravesad un portal primorosamente estucado, donde encontrareis un portero, vistiendo con orgullo una librea. y que os mirará con impertinencia, y os preguntará sin levantarse de su asiento dónde vais. Pero no le hagais caso: en mas de una ocasion, durante el curso de nuestra novela, tendreis ocasion de tratar con algunos de estos serviles cancerberos, que quieren vengarse en los demás del desprecio con que los tratan sus señores.

Subid la magnífica escalera, atravesad las antecámaras,

cruzad los salones, y por fin, entraremos en un comedor digno de admirarse por mas de un concepto.

II.

Las paredes están cubiertas de un papel, en cuyos anchos tarjetones se ven deliciosos paises de Suiza, y fiestas campestres de Holanda.

En marcos ovalados vereis fruteros de Rivera y paisajes de Haes.

Las ventanas ojivales dan sobre un jardin, cuyos perfumes suben á embalsamar el comedor.

En las cuatro esquinas de la estancia hay cuatro estátuas representando las cuatro estaciones, sosteniendo cada una de ellas una jaula de alambre dorado, en las que algunos ruiseñores unen los encantos de sus trinos á los aromas de las flores.

En el centro de la estancia hay una mesa, y en uno de los testeros un magnífico aparador de palo-santo, sobre el que se destaca una vagilla de porcelana de Sevres.

Alrededor de la mesa hay seis jóvenes con los que teneis que hacer conocimiento, lectores mios.

Dos asientos quedan vacíos junto á la mesa.

III.

—¡Cuánto tarda el marqués! dijo el vizconde de la Esmeralda, que era uno de ellos.

—Tal vez se halle ocupado... contestó el baron del Valle, que estaba sentado en una butaca junto á la chimenea, con un acento en el que se advertia una ligera ironía.

—¡Siempre ha de tener German el sarcasmo en los lábios! repuso un tercero.

—Haceis bien en llamar sarcasmo á mis verdades, contestó el baron.

—Oye, conde, dijo el que habia hablado primero: ¿sabes que la duquesa de la Caridad ha puesto ya un sustituto al secretario de la embajada?

—¿De veras, Eduardo?

—Lo que te digo.

—¿Lo has visto tú? preguntó con su acento incisivo el baron al vizconde.

—¡Bah!... ni hay otra cosa mas pública en Madrid.

—¡Siempre fátuos y siempre maldicientes! murmuró el baron con desden.

—¡Eh! dejémonos ahora de sandeces. ¡Siempre nos has de venir predicando moral!

—Mira, vizconde, si comprendiérais que una palabra vuestra emponzoña la vida de una familia tal vez; si comprendiérais que esa palabra pudiera causar la muerte de alguna persona, os miraríais mucho en lanzar esa palabra. Pero como para vosotros la desgracia de una familia, la deshonra de una mujer y la muerte de un hombre, son cosas tan insignificantes, las arrojais sin considerar las consecuencias.

—¡Fuera el misántropo!

—¡Hemos venido á comer, y no á oir sermones!

—¡Que calle!

IV.

Estas diversas esclamaciones siguieron inmediatamente á las palabras del baron.

Este iba sin duda á contestarles, cuando la llegada de dos nuevos personajes vino á dar un giro nuevo á la conversacion.

Los que entraban eran:

Un hombre de treinta á treinta y cinco años, buen mozo, pero cuyas facciones revelaban los escesos que marchitaba su existencia.

Aquel hombre era el marqués de Pino Blanco; el dueño de la casa en que estamos, y el anfitrion de los jóvenes con quienes antes de ahora hemos hecho conocimiento.

El otro que entraba con él era muy jóven, casi un niño.

El uno representaba el último escalon del vicio.

El otro representaba el primero de la inocencia.

El jóven conde de Lugo habia perdido á su madre hacia un año.

Al cabo de él habia abandonado la quinta donde habia corrido tranquila y pura su existencia, para venir á la córte, que no conocia, y que habia deseado tan ardientemente conocer.

Trajo una visita para el marqués, y este le convidó á comer en familia, como él llamaba á las comidas que tenia con sus amigos.

V.

Todos se levantaron al ver entrar á un desconocido, y el marqués dijo:

—Señores, tengo la satisfaccion de presentaros al conde de Lugo; es amigo mio, y espero que tambien lo sea vuestro.

Á estas palabras se siguieron los cumplidos de ordenanza, y el marqués puso término á ellos diciendo:

—Señores, ¡á comer!

Todos volvieron á sentarse; las viandas cubrieron la mesa, y las copas se llenaron de los vinos mas esquisitos.

—¿Cómo andamos de amores, marqués? preguntó Eduardo.

—¡Phe!... siempre lo mismo... viendo constantemente las mujeres que se venden...

—Y los hombres que las compran, repuso el baron interrumpiendo al marqués.

—¡Calla!... dijo este; ¡qué gesto tan desplicente tienes, baron!... ¿qué te pasa?

—Acabo de acompañar al Hospital á una pobre mujer que ha sido atropellada por un coche.

—¿Y eso qué tiene que ver?... dijo el marqués haciendo un movimiento de disgusto.

—Es que el coche que la ha atropellado es el tuyo.

—¡El mio!...

—Sí, á la caida de esta tarde, en la Carrera de San Gerónimo.

—¡Bah!... ¡y cómo ha de ser!... ¡Juan es tan torpe!...

—¿Y está reducido á eso todo? preguntó con un acento particular German, puesto que ya sabemos que así se llamaba el baron.

—No comprendo lo que quieres decir.

—¿No te se ocurre preguntar por el estado de esa mujer, ni si tiene familia, ni si acaso esa familia tiene mañana que comer?

—¡Bah!... ¡bah!... ¿Y tengo yo tiempo para eso?

—Es verdad... tienes que ocuparte en seducir á alguna

pobre muchacha virtuosa, en jugar y perder en el Casino algunos cientos de duros, ó en ir á la reunion tal ó cual á seguir la comenzada intriga con la marquesa de A ó B. Efectivamente, que eres un hombre muy ocupado.

—Vamos, marqués, no le hagas caso. Esta noche está insufrible.

—Sí, mas cuenta os tiene.

VI.

—¿Conque ha llegado V. hace poco tiempo á Madrid? preguntó el vizconde al presentado por el marqués.

—Sí, señor, hace tres dias solamente.

—¿Y qué le parece á V. Madrid?

—¡Un paraiso! contestó con entusiasmo el adolescente.

—¡Ruegue V. á Dios que dentro de poco no le parezca un infierno! repuso con acento triste German.

—¿Otra vez?... dijo el marqués.

—A propósito, Rivella: me han dicho que uno de tus caballos ha ganado dos premios en la carrera.

—Sí, contestó con indiferencia el interpelado, que era el que ya hemos visto figurar en la reunion de la *familia* con el título de conde de Piedra Negra.

—Y creo que esas carreras han costado la vida al mejor de tus *jokeys*, ¿no es cierto? preguntó con calma glacial el baron.

—Me parece que sí.

—Ahí tiene V., conde, prosiguió el baron dirigiéndose al jóven amigo del marqués; ahí tiene V. la sociedad en que va á entrar: el uno atropella con su carruaje á una pobre anciana, y no se ocupa de proporcionarle algun me-

dio para el mal que él mismo ha causado: el otro, por ganar un premio en las carreras de caballos, compromete la existencia de un hombre, que tal vez tuviera una familia que mantener, y que habrá quedado reducida á la miseria: y todos ellos, con sus palabras imprudentes, comprometen á cada paso la honra de una pobre mujer, cuyo único daño ha sido dar crédito á sus palabras.

VII.

—En cuanto á mí, dijo Rivella, creo que mi mayordomo se ha ocupado de eso, y ha hecho que los hijos del difunto entren en el Hospicio.

—¿Y nada mas?

—Y ha dado mil reales á la viuda.

—¡De manera que con todas esas cosas creerá V. ya satisfecha su deuda para con esa familia!...

—¡Pues ya lo creo!... contestó Rivella.

—Mira, German, vuelvo á repetirte que te dejes de tonterias, y nos permitas comer tranquilamente, añadió el marqués.

—A propósito, marqués, dijo el vizconde; va á ser necesario buscarle á tu amigo una belleza que le haga pasar mas gratas las horas de su vida. ¿No te parece?

—Eso es lo único que le hace falta para acabarse de perder.

—Calla, baron.

—El primer paso para su perdicion lo ha dado ya conociéndoos á vosotros.

—Muchas gracias, German, dijeron todos á la par.

VIII.

El conde se hallaba sin saber qué pensar de cuanto estaba viendo y escuchando.

Tenia todas sus ilusiones de provincia, y no podia imaginarse nunca que la sociedad fuera tan mala como se le presentaba en casa del marqués.

Así era que su corazon se oprimia dolorosamente al escuchar, á propósito de dos muertes tal vez, aquellas palabras tan indiferentes.

Entretanto la orgía iba tomando su verdadero carácter.

Los vinos habian sucedido á los vinos, y las cabezas se iban oscureciendo algun tanto con los vapores que aquellos exhalaban.

Todos hablaban á la par, y nada de edificante tenian por cierto sus conversaciones.

IX.

—Dime, vizconde, decia Rivella; ¿triunfaste ya de tu nueva conquista?

—¡Ya lo creo!... ¡un vestido de damasco hace prodigios!

—¿Con que cedió?

—Y ya la he olvidado tambien.

—¿Oye V., conde?... Aprenda V. la táctica que llevan estos señores con las mujeres.

—¡Sin duda que tú querias erigirte en paladin del bello sexo!... dijo el marqués con un tanto de ironía.

—Nada de eso, repuso el baron. Conozco la maldad que

hay entre ellas, así como tambien la que existe entre nosotros.

—Nada, conde, decia en tanto el vizconde; las mujeres, y sírvale á V. de regla para el porvenir, no cederán nunca á un amor verdadero; pero en cambio le concederán á usted todo lo posible por un aderezo de brillantes.

—¡Segun eso, todas las mujeres se venden!... preguntaba el conde con asombro.

—Todas, amigo mio: unas mas caras y otras mas baratas, segun la posicion en que se encuentran.

—¡Qué bajeza!

X.

—¿Cuál? ¿la de las mujeres ó la de los hombres que recurren á medios tan raquíticos para hacerse amar de una mujer? preguntó German con ese acento incisivo que ya en mas de una ocasion le habrán notado nuestros lectores.

—¡Qué cosas tiene este baron!

—Ahí las tiene V.: de las verdades que les digo se rien.

—No le haga V. caso, conde. German la mayor parte del tiempo está loco. Tenga V. presente, que en la sociedad en que V. va á entrar, todo se compra y todo se vende.

—Segun eso, la virtud no es mas...

—Que una vana palabra, le interrumpió el marqués.

—El honor...

—Unicamente se ha quedado para vuestra clase.

—¡Vaya un honor, que á cada paso están arrastrándolo por el lodo!

—Esas son palabras de algun drama, baron.

—Sí; del drama que la sociedad está representando con-

tínuamente; de ese gran drama que podríamos titular MISTERIOS DEL MUNDO, y del cual representais una parte no pequeña, vosotros que os estais divirtiendo, mientras que tal vez la familia de la pobre anciana á quien el coche del marqués ha atropellado, no tenga que comer esta noche.

—¿Sabes que estás ya cansado con esa mujer?... Pierde cuidado, mañana le enviaremos algun dinero para que se remedie.

—Gracias, marqués: á esa pobrecilla no le hace falta nada. Yo no hago las cosas á medias.

—¿Y has hecho?...

—Lo que está obligado á hacer todo hombre honrado.

—Pero sepamos qué ha sido.

—Eso no os importa á vosotros.

—¡Ea, señores, bebamos, brindemos porque todas nuestras empresas amorosas tengan el mejor resultado posible! Yo estoy haciéndole la corte á la viuda de Sandoval.

—Yo estoy ya bastante adelantado con la condesa del Pino.

—Yo he dirigido mis primeras baterías á Lady Wingthon.

XI.

—Pues yo, señores, estoy haciendo una conquista magnífica, dijo el marqués al cabo de algunos segundos.

—Habla, marqués, habla.

—Quiero reservarme el placer de causaros una sorpresa.

—¿Es jóven?

—Diez y seis años.

—¿Es linda?

—Como el primer albor de la mañana de mayo... y tan inocente como el pensamiento de un niño.

—¿Y es rica?

—Es una costurera.

—¡Bravo! ¡bravo! por la conquista del marqués.

—¿Sabes que no tiene precio una mujer así?... No te costará mucho.

—Así lo espero.

—¡Cáa!... ¡venga Champagne para brindar por el feliz éxito de tus amores!

—Y por el de los mios, dijo otro.

—Digo lo mismo.

XII.

Y el espumante Champagne llenó las copas y pasó al estómago de aquellos nobles señores.

La orgía habia llegado á su mayor período.

Las carcajadas, las voces y las palabras se chocaban y formaban el concierto mas discordante que puede imaginarse la mente.

—Conde, soy su amigo de V., decia Cárlos levantándose y ofreciendo su mano al recien presentado.

—Y yo tambien.

—Y yo.

—No se fíe V. de esa amistad, conde. Esos amigos serán los primeros que le venderán á V. La amistad de estos señores es lo mismo que su amor; cambia tan pronto que no se puede fiar en ella.

—¡Fuera el baron!

—¡Calle el misántropo!

—¡Silencio el moralizador!

—¡Anatema sobre él!

—¡Fuera, fuera!

Y las voces siguieron á las voces, y el Rhin, y el Champagne, y el *Tokay*, y el *Burdeos*, acabaron de trastornar las cabezas de la elegante sociedad del marqués de Pino Blanco.

CAPITULO XXIX.

De la casa del marqués de Pino Blanco á la taberna de Juan.

I.

Como soy un tanto aficionado á los contrastes, lectores mios, voy á arrebataros, bruscamente si se quiere, de la casa del marqués, donde supongo que habreis gozado muchísimo, para llevaros á otra cena de un color enteramente distinto.

¿Habeis visto en el final de la calle del Meson de Paredes una taberna con un aparador muy limpio, y cuyo dueño se ha hecho apreciar por sus buenos modales para con sus parroquianos, y su deseo de agradarles?

Pues allí es adonde vais á penetrar conmigo.

Entremos en la primera pieza; busquemos una puerta que hay á la derecha; franqueémosla y nos dará paso á dos habitaciones, de las que en la segunda haremos alto.

Sentados delante de una mesa, sobre la que hay algunas viandas, hay dos hombres, con los cuales teneis que hacer un conocimiento bastante íntimo.

Voy á presentároslos.

II.

El uno de ellos se llama Antonio, tiene veinte años, y es cajista de una imprenta.

No tiene padre; vive con su madre, ciega y anciana ya, no tanto por la edad cuanto por los disgustos que ha surido.

Antonio ha estado en el Hospicio.

Salió de él y aprendió el oficio que le daba para mantener á su madre.

Todo cuanto de bueno, todo cuanto de noble puede caber en un hombre, estaba atesorado en el corazon de Antonio.

El otro que estaba con él se llamaba Lucio.

Habia sido contramaestre de uno de los buques de nuestra marina, y habiendo quedado imposibilitado durante la campaña de Africa, habia venido á comerse la pension y el poco dinero que habia ahorrado en la capital de la monarquía.

Recien llegado á la córte el contramaestre, que estaba mareado con el ruido de los carruajes y el bullicio de la gente, habia estado á punto de ser atropellado por una diligencia, cuando Antonio, que casualmente pasaba por allí, se arrojó y pudo sacarle casi milagrosamente de entre los piés de los caballos.

El contramaestre tendió su callosa mano al cajista, y le juró una amistad á toda prueba.

Desde entonces se fué á vivir con la ciega y con su hijo; y en el dia en que los presentamos á nuestros lectores, Lucio había convidado á cenar á sus amigos para solemnizar su cumpleaños.

III.

—¡Por vida de cien tempestades! que me pesa en el alma que tu madre no haya venido á cenar con nosotros.

—¡Qué quiere V., Sr. Lucio!... Ya sabe V. que la gusta ir todos los sábados á Atocha... Pero no tardará mucho.

—Vamos... Y el judío del dueño de tu imprenta ¿te ha aumentado por fin el jornal?

—Dice que desde la semana que viene, que va á tener mas trabajo.

—Tres meses hace que se ha aumentado el trabajo, pero el jornal no se aumenta.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga,

—Ya lo sé.

IV.

Y la frente del anciano se anubló un poco mas de lo que la tenia.

—Y le aseguro á V., Sr. Lucio, que no me pesa el trabajar; lo unico que siento es que mi trabajo no sea recompensado lo suficiente para que mi pobre madre pueda tener algunas comodidades mas.

—¡Eh! ¡voto á cien truenos! ¿crees que haces poco aun, muchacho?

—Todo me parece poco para ella.

—¡Bien, hijo mio, bien! Eres un honrado jóven, y Dios te protejerá.

—Demasiado lo necesito. Ya sabe V. que en la enfermedad de mi madre me he atrasado mucho. Tuve que pedir prestados treinta duros á la señora Juana, la que tiene el puesto ahí en el Rastro, y gracias que me los dió llevándome á peseta por duro.

—¡Infame! ¿y qué le has dado?

—Nada mas que los réditos. Pero como ya han pasado dos meses, tengo muchos réditos que darla, sin poderla pagar el capital.

—¡Mal huracan que se la lleve!... ¡habráse visto pícara como ella!...

—He ido á ver á un señor que mi madre me ha dicho que fué en otro tiempo agente de mi padre; pero se ha negado á recibirme; ¡y no sabe V., Sr. Lucio, qué ideas se me han ocurrido, cuando he comparado aquel lujo con nuestra miseria!

—¡Chist!... calla, muchacho; no te se ocurran jamás semejantes ideas.

—¿Por qué, Sr. Lucio?

—Porque te harian mas desgraciado de lo que eres. ¿Por qué has de envidiar una fortuna que no te pertenece? Esas ideas que de poco tiempo á esta parte se han despertado entre el pueblo, son muy perniciosas, como decia el contramaestre primero de la fragata donde yo estaba.

—¿Y por qué son perniciosas? preguntó el jóven con curiosidad.

—¿Tú te crees que todos esos que hablan mal de los ricos, serian mejores que ellos si tuvieran riquezas? preguntó el Sr. Lucio bajando la voz.

—¿Y por qué no? dijo con candidez Antonio.

—Mira, niño: el dinero causa un hambre canina que no se sacia nunca; el dinero lleva consigo muchas exigencias que yo no te puedo esplicar, pero que hace que los hombres varíen completamente.

V.

—Confieso á V. que no lo entiendo.

—Voy á ponerte un ejemplo, dijo el marino al cabo de algunos momentos de reflexion: figúrate tú que llegases á tener una imprenta tuya...

—¡Ojalá fuera mañana!

—Bien; si tenias solamente las cajas y una prensa, querrias despues tener una máquina, porque con ella aumentarias las tiradas que se hicieran en tu casa, y ganarias mas dinero; para esto tratarías de ahorrar todo lo posible.

—¡Ya lo creo!... ¿y no aprueba V. eso?

—Sí, pero necesitabas trabajar y que trabajasen los que estuviesen á tus órdenes: vigilarias constantemente á los cajistas, no dejarias parar al prensista, y á todos tratarías de economizarles sus jornales, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pues bien, aquellos hombres que te daban á ti la utilidad de su trabajo, murmurarian de tí, te tacharian de tacaño, y ya eran casi enemigos tuyos; y si algun dia ellos llegaran á tu posicion, harían lo mismo que tú, así como tú hacias lo que otros han hecho y hacen.

—Pero...

—Esto es decirte que siempre habrá pueblo que trabaje para que otro pueblo se utilice: ó lo que es lo mismo, un pueblo rico y otro pueblo pobre.

—No comprendo á V., Sr. Lucio.

—Lo que únicamente debes comprender, hijo mio, es que hay una Providencia, y que si ella te ha puesto en esta situacion, sus razones tendrá, y no hay mas que resignarse.

—Es cierto; por eso mi madre me dice constantemente que Dios amó á los pobres, y que los condenó á ganarse el pan con el sudor de su frente; y eso, comprenda V., señor Lucio, que es una cosa muy dura. ¿Qué delito he cometido yo para sufrir privaciones y miseria, mientras que otros despilfarran en una hora lo suficiente para hacer feliz á una familia? Allí, en la imprenta, siempre están mis compañeros quejándose de lo mismo.

VI.

—No les hagas caso, Antonio. Si Dios ha dicho que el hombre ha de ganarse el pan con el sudor de su frente, por dura que sea esta sentencia, no hay mas que conformarse. Tambien Dios ha dicho: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» ¿Crees tú que aunque el pueblo declarase la guerra á los ricos, mejoraría en algo su condicion? Desengáñate, siempre ha de haber ricos y pobres, y estos han de ser necesariamente mas que los ricos. Y aunque te digan que todos los que tienen dinero son malos, no lo creas; entre ellos los hay muy buenos,

que hacen mucho bien, así como entre la gente del pueblo hay mucho malo, muchísimo.

—¿Y quién tiene la culpa?

—Pregúntaselo, no á ellos, sino cuando conozcas mas el mundo, á tí mismo.

—¿Luego no hay medio para mejorar la situacion de ese pueblo que sufre?...

—Hay otra clase en este mundo, que padece aun mas que ese pueblo de quien tú hablas.

—¡Imposible, Sr. Lucio!

—No seas niño; yo te lo aseguro, y créeme á fé de viejo marino.

—¿Y cuál es?

—Ya te la enseñaré algun dia.

VII.

Callaron algunos instantes.

El jóven estaba preocupado por lo que habia oido.

Mil ideas nuevas brotaban en aquella imaginacion ardiente y virgen todavía.

El Sr. Pedro callaba tambien.

De cuando en cuando miraba á Antonio, y se atusaba con cierta complacencia su ceniciento bigote.

VIII.

El cajista alzó de pronto la cabeza, y dijo al contramaestre:

—¡Cuánto sabe V., Sr. Lucio!

—¡Phe!... yo no sé nada, muchacho; pero en la vida que yo he llevado se aprende algo.

—¡Ya lo creo! viajando tanto...

—No consiste precisamente en viajar. Tú no sabes lo que se siente cuando uno se encuentra en alta mar, sobre una cáscara de nuez, como es un buque, por grande que sea, en comparacion con el Océano. Allí, en aquella soledad, con una superficie tan peligrosa por su suelo, y con un cielo por techumbre, se engrandece el pensamiento y se eleva hasta Dios. Luego se encrespan las olas, se ennegrece el firmamento, retumba el trueno, silva el viento destrozando las jarcias, y entonces Dios le habla al hombre con el acento de la tempestad. Mas tarde se serena el cielo, llegas al puerto, desembarcas, y hallas otros paises, otras lenguas, otros trajes; pero siempre los mismos hombres, siempre las mismas ambiciones, siempre los mismos crímenes. Pasan los dias, recibes un nuevo desengaño, vuelves á embarcarte, y cuando en la soledad de la noche, durante tu cuarto de guardia, recorre tu imaginacion todo tu pasado, elevas tu alma al Criador, y te encuentras con una leccion mas para tu porvenir y con un consuelo para tu herida.

IX.

—Gracias, Sr. Lucio, dijo Antonio enternecido por la relacion del marino; gracias, porque sus palabras de V. me han hecho mucho bien.

—Mira, hijo mio, dijo el viejo dando una palmada familiar en el hombro del cajista; tú tienes todas las condiciones necesarias para ser un hombre honrado; guárdate

mucho de las malas compañías: ten presente que la mayor parte de los que recorren los talleres diciendo que los ricos son malos y que los pobres tienen derecho á los bienes de los ricos, no van mas que por su interés particular. No les hagas caso, Antonio.

—¿Segun eso, no debo ambicionar nada?

—Sí, debes tener la ambicion noble de crearte una posicion.

—¿Pero de qué modo?

—Por medio de tu trabajo. Sé honrado, y piensa que hay una Providencia para los buenos hijos.

—Así lo haré. ¡Oh! ¡por mi madre haria yo cualquier cosa!

—¡Y lo mismo por todo el mundo, hijo mio! Haz en tu esfera todo el bien que puedas. A veces los ricos tienen necesidad de nuestros socorros tambien. No seas egoista, y Dios te protejerá.

X.

Antonio sintió que una lágrima resbalaba por su megilla.

Las palabras del marino tenian la culpa de ella.

Los consejos del anciano eran de aquellos que van derechos al alma, haciendo que todas sus fibras se estremezcan.

El cajista comprendia toda la grandeza de aquellas máximas espresadas tan sencillamente.

Con su imaginacion fogosa y exaltada por las palabras de sus compañeros de imprenta, Antonio sentia una especie de aversion hácia los ricos, que mas tarde tal vez pudiera trocarse en un ódio terrible.

Pero las palabras del contramaestre vinieron á despertarle de su sueño.

Comprendió lo que habia sido, y conoció lo que habia de ser.

Se avergonzó de sus ideas anteriores; y aquella lágrima que resbalaba por su megilla era una señal muda, pero elocuente, de su vergüenza y confusion.

El Sr. Lucio no quiso decirle nada.

Adivinaba lo que estaba pasando en el alma del jóven, y comprendia que en esta situacion es muy conveniente dejar á la persona sola con sus emociones.

CAPITULO XXX.

Una conversacion interrumpida.—Un protector desconocido.

I.

El baron estaba á disgusto en medio de aquella sociedad.

El cinismo que allí se respiraba, aquella atmósfera corrompida, saturada, por decirlo así, con la intemperancia y la maldad, le hacia daño.

Siempre que estaba entre ellos, su acento era el único que se atrevia á vituperar sus acciones.

A lanzarles á la cara, por decirlo así, toda la bajeza y asquerosidad de su conducta.

Pero al estremo á que habian llegado los jóvenes á quienes vimos en casa de Luciano, era imposible decirles nada.

II.

Estaban medio borrachos y no podian comprender.

Las copas se llenaban una y otra vez, los vinos circulaban con profusion, y no era posible que nadie se entendiera en aquella especie de Babel.

El baron se aprovechó de aquella falta de conocimiento.

Se levantó con mucha precaucion y abandonó la estancia, saliendo poco despues de la casa del marqués.

Una hora habria trascurrido de esto, cuando durante las últimas palabras de la conversacion de Lucio y de Antonio, que recordarán nuestros lectores, un hombre jóven, de fisonomía simpática y distinguida, envuelto en una capa y cubierta la cabeza con un sombrero calañés, penetró en la taberna, y dirigiéndose al dueño de ella, le dijo:

—Oye, Juan.

El tabernero, en cuanto escuchó aquella voz, alzó vivamente la cabeza; sus ojos brillaron con una espresion de alegría, y se dirigió inmediatamente al recien llegado:

—¡Señorito! le dijo: ¿V. por aquí?... ¿Está V. bueno?... ¡Tanto tiempo sin verle!...

—Ando muy ocupado, Juan, y muy disgustado tambien.

—¿Pues qué, le ha ofendido alguien?... preguntó con un aire amenazador el tabernero.

—Gacias, Juan, murmuró el desconocido con acento triste; gracias por esa afeccion que me demuestras. Pero para lo que á mí me ofende, no es suficiente tu valor.

—Ya sabe V., señorito, que siempre puede contar conmigo para todo.

—Lo sé. Y tu mujer, ¿está buena?

—Sí, señor; gracias á V., puede criar á sus hijos y hacer feliz á su marido.

—Y tu comercio, ¿prospera?

—Se saca para vivir.

—Me alegro, me alegro mucho... Pero vamos á otra cosa.

—Diga V.

—¿Tú conoces á un viejo contramaestre que se llama Lucio?

—¡Que si le conozco!... ¡vaya!... No hay un hombre, sin agraviar á nadie, que sea tan honrado como él.

—¿Y á una anciana que tiene un hijo que es cajista, y vive aquí en el número 4 de la calle del Oso?

—Tambien... ¡y por cierto que es bien desgraciada!

—¡Cómo!

—Sí, señor. Segun he oido, ha estado en otro tiempo muy bien; pero hoy... hoy está muy mal la pobre. El chico es un buen muchacho; trabaja cuanto puede, pero están tan malos los jornales, que apenas gana para atender á las necesidades de su casa.

—¿Y qué mas? preguntó con interés el desconocido.

—Hace algun tiempo que padeció la señora Antonia una enfermedad que agotó los escasos recursos de la familia, y el pobre jóven tuvo que pedir prestados unos cuartos á una tia tunanta que le lleva á peseta por duro al mes.

—¡Pobres gentes!...

—Yo no tenia la cantidad suficiente, que sino.

—¿Se los hubieras dado?

—¡Ya lo creo!...

—Pero, ¿y en tu casa?

—Dios nos hubiera ayudado.

—Bien, Juan, bien; sigue así, que lo mejor que un hombre puede tener, es el afan de hacer á sus semejantes todo el bien posible.

III.

Y el incógnito estrechó con efusion la mano del tabernero.

—Y dime, prosiguió, ¿están aquí el contramaestre y el cajista?

—Sí, señor; están cenando, y esperan á la pobre vieja, que ha ido á Atocha, como todos los sábados.

—Pues la esperan en balde... ¡Pobres gentes!...

—¿Qué ha sucedido? preguntó con interés el tabernero.

—Que la anciana ha sido atropellada por el coche de un título.

—¡Mal rayo para esa gente, que no hacen mas que daño á los pobres que andan á pié!

—¡Chist!... Juan, dijo el desconocido con un acento grave; ya te he dicho que nunca tengas para nadie, sea la que sea la posicion en que se encuentre, un pensamiento de ódio.

—Es V. muy bueno, señorito.

—Dime, ¿dónde están esos hombres?

—Ahí los tiene V.

IV.

El tabernero le indicó el sitio en que se hallaban.

—Está bien; voy á hablarles.

—¿Quiere V. algo mas? le preguntó Juan.

—Nada mas... Hasta luego.

—Vaya V. con Dios.

El desconocido se dirigió hácia la habitacion en que se hallaban el Sr. Lucio y Antonio.

Estos continuaban aun en el mismo silencio que se habia seguido á las últimas palabras del anciano.

El que habia hablado con el tabernero, que no era otro, segun habrán comprendido nuestros lectores, que el baron del Valle, el cual al salir de casa del marqués, se fué á la suya, donde se cambió de traje, se adelantó hasta ponerse junto á su mesa.

V.

Los dos alzaron la cabeza á un mismo tiempo.

—Muy buenas noches, señores. ¿Son Vds. el Sr. Lucio y el Sr. Antonio Ibarra?

—Servidores de V., contestaron á la par los dos.

—Pues entonces es á Vds. á quien busco.

Y el desconocido se sentó, desembozándose y dejando en descubierto el rostro de nuestro amigo.

—¿En qué podemos servir á V.?

—Traigo una comision desagradable, tanto para ustedes como para mí.

—Sepamos qué es, preguntó el contramaestre con un tanto de impaciencia.

—¿V. tiene valor, jóven? preguntó German á Antonio.

—¡Oh! si, señor. Pero no sé por qué razon...

—Vuelvo á preguntar á V. si tiene valor; pero no el que se necesita para encontrarse frente á frente con un hombre, sino el que se necesita para luchar contra la adversidad.

—Desde que he nacido estoy luchando con ella; conque ya vé V. si tendré valor...

—Pero caballero, dijo Lucio, que habia adivinado que bajo el traje que llevaba el baron, se ocultaba una persona distinguida; no comprendo adónde va V. á parar.

—Jóven, dijo aquel sin hacer caso de la interrupcion del viejo, déme su mano y nada tema.

—¿Pero qué sucede?

—No espere V. esta noche á su madre.

VI.

—¡Ah! ¡Dios mio!... esclamó el cajista. ¿Qué la ha sucedido?... Hable usted...

—No hay que asustarse. Comprendo la emocion de usted pero felizmente no hay peligro.

—¿Pero qué la ha sucedido? preguntó tambien el marino.

—Que la ha atropellado el coche del marqués de Pino Blanco.

—¡Ah!... ¡Miserable! gritó apretando los puños el cajista. ¡Ha muerto á mi madre!... ¿Y con qué derecho? ¿Por qué?...

—Cálmese V., jóven, cálmese V.; le repito que felizmente no hay peligro alguno.

—¿Dónde está mi madre?... ¡quiero verla!

—Ahora es imposible; está en el hospital.

—¡En el hospital!... ¡ella en el hospital! ¡Oh! ¡eso no puede ser! Y ese infame que la ha puesto en esa situacion, ¿dónde vive?.., ¡Quiero verle!

—Vamos, muchacho... ¡qué diablo! cálmate. ¿No ha dicho este caballero que no hay peligro?

VII.

—Y es la verdad, prosiguió German, su desgracia no es grave, y mañana podrá V. verla.

—Ya se vé... decia entretanto Antonio con una ironía desgarradora; los ricos atropellan con sus carruajes á los pobres que andan á pié. ¿Y qué son ellos para tener ese derecho? ¿No le decia á V. antes, Sr. Lucio, que todos eran unos infames?...

—¡Eh!... no digas tonterías.

—Conque, señores, he cumplido mi mision, y me retiro.

VIII.

Y el baron se levantó de su asiento, disponiéndose para marchar.

—Díganos V., caballero, ¿cómo ha sabido la desgracia de mi madre?

—Me encontraba á dos varas de ella cuando la derriba-

ron los caballos del carruaje del marqués; acudí en su socorro, la metí en un coche, y la llevé inmediatamente al hospital. Cuando volvió en sí, me dijo quién era, dónde vivia, y que la esperábais aquí esta noche.

—¡Pobre madre mia!... ¡en un hospital... sin tener á su hijo que la consuele y que la sirva!...

—No se apure V., jóven; á su madre nada le hace falta; los mejores facultativos de Madrid están junto á ella, y está cuidada un poco mejor, y permítame V. que se lo diga, que podria estarlo en su casa, por la escasez de medios que Vds. tienen.

—¡Dios mio! ¿es cierto?

—Mañana á las diez puede V. ir á verla.

—¡Oh! gracias, caballero, gracias, dijo el Sr. Lucio.

—Y dígame V., preguntó anhelante Antonio, ¿á quién debo agradecer semejantes acciones?

—¡A Dios!

IX.

Y antes de que el contramaestre y Antonio pudieran decir una palabra, el baron se embozó en su capa y salió de la estancia.

Cuando llegó á la pieza donde estaba el tabernero, le apretó la mano, y le dijo:

—Juan, vete mañana antes de las diez á mi casa.

—Está bien, señorito; iré.

Entretanto Antonio se habia vuelto hácia el Sr. Lucio, y le dijo:

—¡Cómo sufrirá mi pobro madre!,.. Pero al menos si

hemos de creer en las palabras de ese señor, nada la hará falta para su curacion.

—Ahí tienes la prueba de lo que antes te dije, hijo mio: no todos los ricos son malos; si uno ha causado la desgracia de tu madre, otro, ya lo vés, trata de remediarla por cuantos medios están á su alcance.

CAPÍTULO XXXI.

Presentaciones.—Entrevista.—El Marqués de Pino Blanco.

I.

Lectora mia ¿quieres que te presente algunos personajes nuevos?

—Si no son muchos, si, señor; porque despues me sería dificil seguir á todos, como me ha sucedido en otras muchas novelas.

—Pierde cuidado, que yo, que ante todo quiero complacerte, no trataré de cansar mucho tu imaginacion.

—Siendo así, empiece V., señor autor.

II.

—Dime, tú no conocerás á Caridad, ¿no es cierto?

—Yo conozco á muchas.

—Pero á la que yo digo, estoy seguro que no la conoces.

—Si es una creacion de V...

—No; es un tipo muy verdadero... La Caridad que yo te digo es una jóven de veinte y un años, ojos azules sombreados, de largas pestañas, boca de niña, nariz regular, y colocadas todas estas facciones sobre un rostro oval que á su vez se asienta sobre un cuello de cisne al que sirven de pedestal unos hombros admirablemente modelados.

—¿Sabe V., señor novelista, que será muy guapa la tal niña?.,.

—¡Yo lo creo!...si de la parte física pasamos á la moral...

—¿A qué vienen esos puntos suspensivos?

—Es que la parte moral de las mujeres es tan difícil de analizar, que siempre al llegar á ese punto me quedo suspenso y los suspensivos indican la suspension de mis pensamientos.

—Pero...

—Nada; renuncio á semejante descripcion, y dejo á tu cargo, amabilísima lectora, el comprenderla por la marcha sucesiva de los acontecimientos.

III.

Caridad no tenia padre.

Vivia con su madre y una hermana mayor.

Orgullosas por conviccion, preferian trabajar para mantenerse, á tender su mano á sus parientes ricos, que no las hubieran dado mas que una limosna humillante.

Honradas en medio de su pobreza, supieron resistir

esas mil sugestiones que tiene el vicio para atraer á la deshonra.

Y resignadas y tranquilas atravesaban todo lo menos mal posible el camino azaroso de su existencia.

Caridad conoció á Adela en casa de una amiga.

Empezaron antipatizando las dos, para concluir por una simpatía inmensa.

Adela era la personificacion exacta de la niña-mujer.

Admirablemente hermosa, era tambien la inocencia personificada.

IV.

Figúrate, lectora mia, una de esas creaciones que los novelistas suelen tener, pero realizada sobre la tierra.

Ojos garzos, velados por luengas pestañas que amortíguan un tanto la luz de unas pupilas brillantes y negras como la noche: morena la tez, pero con ese color que suaviza el cútis: sonrosados los lábios, que encubren unos dientes de marfil; y una nariz un tanto desproporcionada, pero que sin embargo oscurecen su defecto las infinitas bellezas de su rostro.

Y sirviendo de círculo á tanta hermosura, unas trenzas negras como el azabache.

Tan aéreo su talle, que las palmeras del desierto aprendieron de ella á cimbrar sus troncos.

Tan suavísimo y puro el timbre de su voz, que las auras la remedaban al murmurar entre las flores.

Y sobre todo, esparcido por aquel rostro un sello de inefable candidez, de inocencia purísima, que era el mayor, el mas grande de sus infinitos encantos.

Su carácter era el de una niña, con sus aberraciones, sus dulzuras, sus impresiones y sus sentimientos.

Atendiendo á su edad, parecia imposible que fuera tan inocente.

Pero sabiendo sus circunstancias, era necesario convencerse de que en el mundo, á despecho de algunos escépticos, aun existe la pureza.

No tenia madre.

Era una pobre violeta que crecia solitaria en medio de una vasta pradera, sin un arroyo que bañase su tallo.

Educada lejos de la córte y muy encerrada en su casa, no tenia ese trato de la sociedad que tan perjudicial suele ser á las señoras.

V.

—¿Sabe V., señor autor, que hay en el dia muy pocas muchachas así?...

—¡Ya lo creo!...

—Muy agradecida debe estarle á V. Adela por el elogio que de ella hace.

—Cuando se hace justicia, lectora mia, no cabe agradecimiento.

—Es tan raro en el dia hacer justicia á las pobres mujeres, que por eso me estraña, mas..... prosiga V.

—Pues como te iba diciendo, Adela y Caridad eran amigas.

VI.

Esta era muy pobre, y Adela se hallaba en el mismo caso.

Su padre habia sido terriblemente desgraciado, y el mal resultado de sus especulaciones le habia traido á una situacion sumamente precaria.

Las dos amigas trabajaban para algunas tiendas.

Pero la labor de las mujeres, da tan poco de sí, que escasamente tenian para comer.

Un dia iba á la calle de Postas á llevar unas camisas, cuando un caballero cruzó por delante de las jóvenes.

Él reparó en Caridad, así como esta advirtió que era muy guapo y muy elegante.

A él tampoco le pareció fea; y como no tenia otra cosa que hacer, la siguió.

Supo dónde vivia; trató de hablarla; pero como siempre iba con su madre ó con su hermana, no le fué posible conseguirlo.

Entonces tomó la pluma.

La escribió, haciéndola las mas seductoras proposiciones.

Caridad le devolvió la primera carta sin abrirla.

Aquel desaire irritó al galan.

Este era el marqués de Pino Blanco.

Volvió á escribir, y entonces su carta fué abierta y rechazadas con desprecio sus ofertas.

Visto que las dádivas no le daban resultado, recurrió á otros medios.

La altivez de la jóven, habia herido su amor propio.

Aquello le hizo ansiar doblemente la posesion de la jóven.

VII.

La escribió una carta de arrepentimiento, y finalmente

consiguió tener una entrevista con ella.

Tan buena maña se dió, y de tal modo la pintó su pasion, que la pobre jóven, fascinada, le dijo tambien que le amaba.

El marqués se guardó muy bien de revelarla su verdadera posicion, y consiguió ser admitido en la casa, en el convencimiento de que trataba con un empleado en provincia que estaba en la corte con licencia.

En el momento en que te presento, lectorcita mia, á Caridad, está sola en su casa cosiendo.

Hace dos dias que el marqués no ha ido á verla.

Su madre y su hermana han ido á una casa de donde las han llamado para encargarlas una labor.

Nuestra amiga está muy pensativa.

Es la primera vez que ama, y la pobre niña lo hace con toda la vehemencia de su alma.

Acostumbrada á ver todos los dias á su amante, esta primera falta la es terriblemente dolorosa.

Algunas lágrimas se desprenden de sus ojos y bajan á humedecer su costura.

De pronto suena la campanilla de su cuarto.

Su fisonomía se esclarece, y murmura:

—¡Si será él!...

Pero un momento despues vuelve á esparcirse el desaliento por su rostro, y levantándose para abrir la puerta, dice:

—¡Qué loca soy!... Será mamá.

Levanta el pestillo, y un grito ahogado instantáneamente se escapa de sus lábios.

VIII.

De pié en el umbral de la puerta estaba el marqués de Pino Blanco, mas hermoso que nunca.

—¿Qué es eso, Caridad? ¿qué la sucede á V.?

—Nada... nada... me he cogido un dedo con el picaporte.

Y la jóven seguia inmóvil en la puerta, vacilante entre la voz de su corazon, que le decia que dejase entrar al marqués, y la voz de la razon, que se lo prohibia estando ausente su madre.

—¿No me deja V. pasar?... dijo por fin el seductor, viendo la inmovilidad de su amada.

—No está mamá en casa, y...

—Y no se atreve V. á recibirme, ¿no es eso?... Está bien. Me retiraré.

—Dispense V., Julian; pero...

—Al contrario, hija; me alegro infinito de que piense usted de esa manera. Voy á retirarme, y...

¿Cómo dejar marchar á un hombre que pensaba tan juiciosamente, y sobre todo, á un hombre tan querido?

IX.

Caridad dudó algun tiempo; pero al fin, la voz de su corazon venció á la de la conveniencia.

—No se vaya V., Julian, le dijo; mamá no puede tardar...

—Nada de eso, hija mia. Mi presencia estando la mamá ausente, pudiera comprometerla, y...

—¡Y marcharse V., al cabo de dos dias que no ha venido!...

Y Pilar bajó los ojos ruborizándose, porque comprendió que habia dicho demasiado.

—Yo volveré mas tarde.

—Si V. tiene que hacer...

Y el acento de la jóven respiraba un tanto de despecho.

—Al contrario; todo mi deseo es estar al lado de V.

—Entonces pase V.

Y Caridad, sin tener la conciencia de si obraba bien ó mal, dejó que el marqués entrara en la habitacion.

Cuando se encontró sola con él, fué cuando adivinó el riesgo que corria, y entonces, ruborosa y palpitante, agarró su costura, y bajó la cabeza aparentando fijarse en ella, para ocultar su turbacion.

—El marqués la contemplaba y se sonreia de una manera, que esplicaba bien á las claras su satisfaccion.

—¡Siempre trabajando, Caridad!... dijo al cabo de un momento.

—¡Y qué le hemos de hacer!... La suerte lo ha dispuesto así...

—¡Lástima es que unas manos tan lindas estén ocupadas constantemente con la aguja y el algodon!

—¿Y en qué otra cosa mejor pueden estar ocupadas?... Ellas nos dan de comer, y...

—¡Y esa mirada fija siempre en la tela!... ¿Quiere usted privarme de que admire en esos ojos la dulcísima irradacion de sus pupilas?

—¡Ay Julian!... ¡poco debe importarle á V., cuando tan poco se acuerda de venir á verlos!

X.

Y el acento de Caridad revelaba al marqués un reproche por su ausencia anterior.

—¿Se ha acordado V. de mí?

—Algo mas que V., que no ha querido venir á la calle de la Madera á ver á la mujer que ha creido en sus palabras.

—Y puedes seguir creyendo en ellas. Si he estado ausente estos dos dias, ha sido porque asuntos de mucha entidad para mí, lo han impedido.

—¿De veras? preguntó la jóven con ese acento anhelante de la mujer enamorada, que quiere creer las causas que la dá su amante.

—¿Lo dudas acaso?

—Te confieso que he pasado muy malos dias, Julian: dudaba de tí.

—Pues hácias mal: yo maldecia los negocios que me alejaban de tu presencia, y tu recuerdo me seguia á todas partes.

XI.

Se siguieron algunos momentos de silencio.

Silencio embarazoso para ambos, y que no podia prolongarse.

El marqués fué el primero que lo rompió.

—Vamos, Caridad... abandona un momento tu labor, y fija tu vista en mí: sino, creeré que aun estás incomodada y que no quieres perdonarme.

—Tengo tanto que hacer...

—Pero, hija, ¡por Dios! ¿tus quehaceres son tan apremiantes, que no te permiten concederme siquiera una mirada?

—Es necesario que acabe hoy mismo esta camisa.

—Detente cinco minutos. que corta será la detencion.

Y el acento del marqués era tan interesante, tan dulce, que Caridad alzó sus ojos, y los fijó de una manera indescriptible sobre el marqués.

—¡Oh! ¡bendita seas, vida mia, bendita seas, tú que me haces sentir un átomo de esa felicidad infinita de que disfrutan los ángeles cuando Dios les concede una de sus celestiales miradas!... ¡Bendita seas tú, que has hecho palpitar mi corazon como nunca lo he sentido!... ¡Y bendita mil veces, porque me has demostrado que aun no está perdida la felicidad para mí!

XII.

Caridad, con el rostro encendido, agitado el seno y temblorosas las manos, inclinó la vista para sustraerse á las ardientes miradas del marqués.

Este prosiguió:

—Mira, Caridad: escúchame, y perdóname si hasta ahora te he ocultado una cosa que no debia de haber hecho. Yo te adoro, y desde el dia en que te conocí, mi amor ha aumentado estraordinariamente, en términos que hoy se desborda de mi pecho, y mis lábios son incapaces de espresarlo. Tengo una posicion que en el mundo se reputa como de la clase mas elevada, y esa posicion comprendo que hoy es nada al compararla con el tesoro de la virtud.

—Pero...

—Déjame acabar, Caridad. Te oculté mi nombre, porque si lo hubiéses sabido, me habrias rechazado; y yo te amaba con demencia, como no he amado hasta ahora, como no amaré jamás.

—Pero, ¿quién es V.?... preguntó nuestra amiga, sobresaltada por lo que estaba escuchando.

—Ya lo vés, contestó el marqués con un acento sumamente triste: ya me hablas de V., y no sabes quién soy: en cuanto te lo diga me arrojarás de tu casa. ¡Oh¡ ¡eso es cruel! ¿Por qué privarle á un hombre de su ventura, porque tenga una posicion mas ó menos elevada que la de la mujer á quien ama?

—Pero dígame V. quién es...

—Si con ese acento me lo preguntas, jamás te contestaré. Me aljearé de tu lado, no te volveré á ver mas; pero no sabrás tampoco quién soy.

XIII.

—Pues bien, Julian, dijo Caridad, enternecida por el acento del Marqués; dime quién eres.

—Soy... el marqués de Pino Blanco.

—¡Dios mio!... ¡tú marqués, y yo una pobre costurera!... ¡Eso no es posible!... ¡dí que esto es un sueño!... Pero dispense V., señor marqués, entre Caridad la costurera y el marqués de Pino Blanco, nada de comun puede existir ya. A mi antiguo Julian podia amarle sin reserva, porque entre el empleado con poco sueldo y la jóven á quien su desgracia habia traido á trabajar para comer, habia poca diferencia; pero ahora existe muchísima entre los dos.

La jóven haciéndose superior al pesar que desgarraba su pecho, miró de una manera tranquila y severa á su amante.

El marqués, con el semblante descompuesto por la emocion que esperimentaba, se levantó, y fijando una mirada triste en la jóven, la dijo:

—¡Adios, Caridad!... Veo que no me ha amado V. nunca. Adios.

XIV.

—¡Dios mio! esclamó la pobre niña con un acento de amor infinito: dice que no le he amado nunca.

—¡Adios, Pilar!... Sea V. tan felíz como es digna de serlo.

Y cogiendo el sombrero abrió la puerta y desapareció.

Pilar no le dijo una palabra, porque no podia hablar; se inclinó con frialdad pero sin afectacion, al saludarla aquel, y cuando salió de la habitacion se dejó caer en la silla, murmurando con desesperacion:

—¡Vírgen de la Caridad, ten compasion de mí!

En cuanto al marqués, se restregó las manos con satisfaccion mientras bajaba la escalera, y dijo:

—¡Bravo! ¡bravo! Ahora me quiere mas y tengo la presa mas segura.

Y contento y satisfecho fué á salir á la calle; pero retrocedió otra vez hacia el portal, diciendo:

—¡Diablo!... El baron; si me habrá visto!

Y se esperó algunos instantes, al cabo de los cuales se asomó, y viendo que no habia peligro alguno, tomó el camino de su casa.

XV.

German, entretanto, que cruzaba por la acera opuesta al tiempo que el marqués iba á salir, le reconoció, á pesar de la rapidez con que se ocultó; pero se hizo el desentendido, y siguió adelante diciendo:

—El marqués sale de una casa de tan mezquino aspecto, y la otra noche dijo que tenia una conquista.... Averiguaré lo que haya y trataré de evitar una desgracia mas.

CAPITULO XXXII.

Antecedentes respecto á Antonio.—Lo que puede suceder en un paseo.—Un rico como muchos.

I.

Hemos presentado inopinadamente á nuestros lectores á Antonio, habiendo dado algunos antecedentes, siquiera sean muy ligeros, respecto al señor Lucio, y no podemos relevarnos de hacer lo mismo con respecto al jóven cajista.

Antonio era uno de esos pobres mártires del trabajo, que tanto han abundado y que por desgracia tanto seguirán abundando.

Habia quedado sin padre cuando aun era muy niño.

El autor de sus dias fué uno de esos hombres que todo lo sacrifican por una idea, y respondió dignamente al llamamiento liberal hecho en las Cabezas de San Juan.

Y sufrió todas las consecuencias consiguientes al ardor con que defendia los principios liberales.

Y las consecuencias de esto fueron perder la fortuna, malgastar su tiempo, estropear su salud, y hacer de la existencia de un hombre un manantial constante de inquietudes para su familia.

II.

Finalmente el año cuarenta y ocho durante los aciagos dias que se siguieron, el siete de mayo fué deportado á Filipinas, muriendo durante la travesía y dejando á su esposa y á su hijo una herencia de lágrimas y de trabajos.

La pobre madre que quedaba con un niño de muy corta edad, sufrió lo que no es decible para que de nada careciese su hijo.

Este aprendió, como ya sabemos, un oficio, y trascurrieron los años y jamás ha habido un hijo mas obediente ni que mas respetase á su madre.

Antonio habia llegado á los diez y nueve años.

Hasta entonces su vida habia corrido tranquila y apacible, cifrando todo su cariño en su madre y compartiendo el respeto que la profesaba con el señor Lucio el contramaestre.

Pero llegó un dia en que Antonio se volvió triste, meditabundo, y no encontraba placer mas que cuando estaba solo.

Leia con avidéz las cuartillas del original de novelas que componia en su imprenta, y su corazon se dilataba cuando encontraba alguna escena de amor que el poeta habia adornado con las mejores galas de su rica fantasía.

Despues sentia en su corazon un vacío.

Habia un deseo que no podia ni comprenderlo ni definirlo, y por lo tanto tampoco lo podia satisfacer.

III.

Sus ojos se fijaban tristemente en las parejas de amantes con quienes se encontraba, y su alma se oprimia cuando escuchaba las conversaciones que sostenian sus compañeros á propósito de sus novias.

Algunas veces solian preguntarle estos:

—¿Y tú, Antonio, no tienes novia?

Y entonces el jóven se ponia encarnado, y contestaba con voz balbuciente:

—No.

—¡Vaya una cosa rara! decian. ¿Y cómo te las compones para no querer á nadie?

—Os equivocais: yo quiero á mi madre.

—Ya... lo mismo las queremos nosotros; pero eso no quita para que tenga una ó dos novias, y que se marche alguna noche de broma.

IV.

Y estas palabras se grababan en la imaginacion del cajista.

Y en sus soledades se decia á sí mismo, que sus compañeros tenian razon, que el cariño que él profesaba á su madre debia ser distinto del que profesase á otra mujer.

Y de estas contínuas vigilias, de estas conversaciones, y de estos pensamientos, resultó que Antonio se enamoró

de una mujer á quien no conocia, y cuyo retrato no veia en ninguna de las que encontraba en su camino.

Y así pasaba los dias.

Sufria, y sus padecimientos llegaron á reflejarse en su rostro.

Amaba la soledad, y aprovechaba todos los momentos de que podia disponer para marcharse al campo, donde podia entregarse completamente á su pensamiento dominante.

V.

Una mañana, era domingo, y se marchó hácia San Antonio de la Florida.

Entró en la ermita, casualmente cuando estaban diciendo misa, y despues que concluyó, se dirigió hácia la Cuesta de Areneros, con ánimo de entrar por el portillo de San Bernardino.

Con la cabeza baja, caminaba completamente distraido, cuando unas voces que pedian socorro le hicieron alzarla vivamente.

En direccion opuesta á la que él llevaba, venia una jóven, cuyo caballo desbocado amenazaba derribarla en tierra, arrastrándola en su caida.

Pálida, desencajada, y llena de miedo, la amazona se habia aferrado con entrambas manos á las bridas del corcel, que doblemente irritado por aquella tirantez, acrecia á cada momento su furia.

VI.

La pobre jóven fijó sus despavoridos ojos en Antonio

cuando pasó por su lado, y volvió á gritar con acento mas dolorido:

—¡Socorro!

—¡Animo, señorita! la dijo nuestro héroe; ¡allá voy yo... sosténgase V. un poco mas!

Y diciendo estas palabras, dióse á correr tras el caballo.

Antonio era jóven y robusto, y corria con tanta rapidez, que á poco tiempo se habia puesto á su lado, y con una mano de hierro oprimió el hocico del furioso bruto, mientras que con la otra se agarraba á su cuello.

Como es natural, el caballo se enfureció mucho mas.

Trató de evadirse de aquel anillo que le oprimia, pero no pudo conseguirlo,

Antonio oprimió con mucha mas fuerza, deseando terminar aquella lucha.

El animal, doblemente hostigado, comenzó á dar furiosas sacudidas que no hicieron mucho provecho á nuestro amigo.

Sin embargo, no por eso abandonó su presa.

Al contrario, hizo un nuevo esfuerzo; apretó mas los dedos, y el caballo, dominado completamente, se detuvo.

Entonces Antonio se volvió á la dama, y la dijo:

—Ya está V. salvada.

Y tirándose al suelo, la tendió su mano para que bajase.

VII.

Pero aquella, vencida por el terror que habia pasado, cayó desmayada en los brazos del jóven, que afortunadamente pudo sostenerla á tiempo.

El caballo habia ido á caer cerca de la union que forma la Cuesta de Areneros con el camino de la Puerta de Hierro; por manera que en el momento en que Antonio cogió el inanimado cuerpo de la jóven, una porcion de lavanderas y mozos de cordel se acercaron con curiosidad al grupo que formaban.

—¡Qué lástima de señorita! decia una.

—¡Bien empleado se la está! añadia otra. Si estuviera todo el dia como nosotras, aperreada dentro de una vanca, no montaria á caballo.

—Pero eso no quita para que sienta una su desgracia.

—Vamos, dijo Antonio; menos charlar y mas socorro. Ayudadme á conducirla á una de esas casillas.

VIII.

Algunas mujeres se presentaron de buen grado á conducirla, y la jóven fué trasportada á una casa, donde merced á un paño empapado en vinagre, comenzó á volver en sí.

—¿Dónde estoy?... fueron las primeras palabras que pronunció.

—Señorita, la dijo Antonio, entre unas buenas gentes que se regocijan de ver á V. fuera de todo peligro.

—¡Oh!... ya reconozco á V.; ya sé que le debo mi salvacion..... Pero V. debe estar tambien herido....

—Esto no es nada, señorita; son rasguños que nada importan; y sobre todo, algo se debe arriesgar cuando se trata de salvar á una persona.

—¡Eh! ¿Dónde está mi hija? preguntó en esto una voz desde la puerta.

IX.

Volvieron todos la cabeza, y fijaron su vista en tres personas que estaban en el umbral de ella.

Uno de ellos, el que habia hablado, era un caballero de alguna edad, cuya fisonomía respiraba el orgullo y la altivez.

El otro, de edad tambien avanzada, pero mas jóven que el anterior, llevaba en su rostro la señal inequívoca de que debia su existencia á dos séres de distintas razas.

Era mulato, y en las líneas pronunciadas de su rostro, en la mirada de sus ojos, en el fruncimiento de sus cejas y en la configuracion de su boca se adivinaba algo de siniestro, algo de perverso, que predisponia muy poco en su favor.

El tercer personaje era un lacayo que estaba respetuosamente á algunos pasos de sus señores.

X.

Al escuchar la jóven el acento del que habia hablado, volvió tambien su cabeza y dijo:

—Aquí estoy, padre mio, aquí me tienes salvada casi milagrosamente.

—Tú te empeñaste.... eres tan caprichosa.... Bien sabes que te dije que no montases la «Perla».

—Ya no tiene remedio; ahora solo debemos dar las gracias á este valiente jóven, porque á no ser por él, mal lo hubiese pasado tu pobre hija.

—Ya, ya, dijo una lavandera; bien magullado ha sacado el cuerpo.

—¡Bah!... repuso con indiferencia el caballero. El cuerpo de esas gentes está ya hecho á los golpes.

—¡Papá! dijo la jóven con acento de reconvencion mirando á su padre.

—¡Eh!... no seas niña. Si te ha dicho que se ha hecho daño, habrá sido por hacerse pagar mas caro su servicio: ¿no es cierto, Enriquez?

—Desde luego, contestó el mestizo con fatuidad; esas gentes todo lo hacen por el interés.

—¡La lástima ha sido que no la ha dejado que se mate! añadió una mujer mirando con ojos encolerizados al caballero.

—¡Miren qué agradecimiento el del señor!...

—¡Oiga V., caballero! dijo Antonio adelantándose con las megillas encendidas de indignacion; cuando yo he salvado á su hija de V., no lo he hecho llevado de interés alguno: nosotros somos pobres, pero no todos hacemos los favores por dinero.

—¡Vaya un orgullo con un traje tan raido!

—¡Y vaya un alma raida, bajo un vestido tan lujoso! dijo otra lavandera.

—Pero, papá, ¿qué estás diciendo?

—Calla tú, Elena; estas gentes son como los perros, que están gruñendo mientras que no se les echa de comer.

—¡Mas!...

XI.

Y Elena, pues ya sabemos su nombre, se puso encendi-

da de la vergüenza que la conducta de su padre la causaba.

—Déjele V., señorita, tiene razon. Lo mismo nos sucedia allá en América; con la diferencia que aquí se dá dinero, y allá les dábamos á nuestros esclavos el látigo de los mayorales.

—¡Lástima de latigazos que te dieran á tí donde yo dijera, cara de cobre! añadió otra mujer.

—Vamos... acabemos pronto, dijo el padre de Elena. Tome V., buena mujer.

XII.

Y le dió un napoleon á la dueña de la casilla.

—Tome V. su dinero, señor; aquí no hemos hecho nada para tomar esos cuartos: gástelos V. en café.

—Yo pago siempre á los que me sirven.

—Y yo hago siempre el bien que puedo, sin necesidad de que me lo pague nadie.

—En cuanto á tí, muchacho, ahí tienes para que bebas á mi salud.

Y le echó un portamonedas bastante repleto.

Antonio lo recogió, y se lo dió al lacayo que habia á la puerta, diciéndole:

—Toma ese dinero que te da tu amo, agradecido á tus buenos servicios.

—Vamos, papá, dijo Elena, que no podia soportar mas aquella escena.

El padre se encogió de hombros y dijo al otro caballero:

—¿Ha visto V. en su vida estúpidos como estos?

—Nada, conde, le contestó aquel: para esta gente, el látigo.

—Y para tí una puñalada que te parta el alma que tienes tan negra, repuso la lavandera.

—Doy á Vds. mil gracias por sus socorros, buenas gentes, dijo Elena disponiéndose á marchar.

—Eso no las merece, señorita, dijeron todas á la vez, comprendiendo la diferencia que existia entre la hija y el padre.

XIII.

Los tres salieron de la casa, pero Elena que no queria marcharse sin despedirse de Antonio, pretestó que se habia dejado el pañuelo y volvió á entrar.

Se acercó al jóven y le dijo en voz baja rápidamente:

—Vivo en la calle de Alcalá, me llamo Elena de la Torre; y mi padre es el conde del Caño. Vaya V. á verme y pregunte por Teresa; ella le conducirá hasta mi habitacion.

—Gracias, señorita; iré.

Y la jóven volvió á subir, y momentos despues subió con ambos caballeros á un coche, y desapareció en medio de las imprecaciones é injurias de las lavanderas y mozos de cordel, cuyo buen sentido comprendia desde luego lo injusto del proceder de entrambos caballeros y la generosidad, nobleza y altivez que resplandecia en el proceder de Antonio.

CAPITULO XXXIII.

Tres escenas que reconocen por causa una sola.

I.

Hemos presentado en nuestros capítulos anteriores un personaje que debe haber causado, á nuestro juicio, algun efecto.

Este personaje es la duquesa del Campo.

Hemos oido hablar de ella, aunque sin nombrarla, en casa D. Lúcas.

Suponemos que no se la perderia la pista al verla, y como es consiguiente se desearia conocer á aquella mujer de quien hablaban con cierto temor tanto el agente como su buena ama de llaves.

Despues incidentalmente hemos vuelto á indicar algo de la duquesa al ocuparnos de los nuevos vecinos que habian ido á la casa de la calle del Prado, y finalmente, ya

hemos visto la esplosion de la mina en el momento en que Jorge apareció en el balcon.

II.

Ninguna de las otras dos mujeres, actoras en aquel drama, se habian apercibido del estado de la duquesa.

Es verdad que tenian que pensar tanto en sí mismas, que no podian ocuparse de nada respecto á las demás.

Ambas habian recibido un golpe terrible.

Ambas amaban, aunque en distintas posiciones y quizá tambien con las afecciones mas ó menos puras, á un mismo hombre, y ambas se habian encontrado con que este no amaba mas que á una, ó quizá, segun opinaba la baronesa, no amaba á ninguna de las dos.

Pero sea de ello lo que quiera, nosotros, por ahora, debemos de prescindir de una y de otra para ocuparnos esclusivamente de la duquesa del Campo.

Tenemos necesidad de esplicar á nuestros lectores algo respecto al pasado de aquella mujer, que nos aclare la causa de su impresion al ver á Jorge, y el motivo que pudieron tener las palabras que acerca de una duquesa escuchamos en casa de D. Lúcas.

Mucho tenemos que retroceder en nuestra narracion.

Pero creemos que nuestros lectores nos lo dispensarán en gracia de las noticias que vamos á darles.

III.

Vamos á trasladarnos á Sevilla, en el año mil ochocientos cuarenta y dos.

¿Quién no ha conocido allí en esa época á la encantadora duquesa del Campo?

Creemos que nadie; pues tanto los pobres por su escesiva caridad, como los ricos por la gracia y finura de su trato, todos prodigaban elogios sin cuento á la bellísima duquesita.

Y conociéndola ya, no deben ignorarse tampoco las circunstancias que hubo para su casamiento.

El padre de la duquesa era uno de esos tipos bajos, gastados y repugnantes, que por desgracia suelen abundar en nuestra sociedad.

Jugador desenfrenado, no vacilaba un momento en arriesgar á una carta una de las fincas que constituian el patrimonio de su familia.

IV.

Entre los jugadores con quienes constantemente tropezaba el duque, se encontró con uno viejo ya, pero mas infame, mas audaz que él mismo.

Este hombre, que era tambien otro personaje cuyo nombre nos creemos en el deber de omitir, ganó en muy pocas noches al duque la mayor parte de su fortuna, llegando al estremo el vértigo de aquel, que no teniendo una noche que jugar, puso á una carta el palacio que ocupaba en Sevilla él y su familia.

El estraño partido que estaba verificándose entre el duque y el personaje de quien antes hicimos mencion, tuvo el privilegio de llamar la atencion de todo el mundo, y cuantas personas habia en la sala rodearon con curiosidad á entrambos jugadores.

V.

El duque estaba loco, frenético, desesperado.

Veia que toda su fortuna habia desaparecido en muy pocas noches, y fijaba sus ojos en las cartas que tenia delante, de la misma manera que el náufrago los fija sobre una tabla que vé flotar encima de las aguas.

Aquellas cartas podian ser su tabla de salvacion.

Algunos amigos trataron de separarlo de aquel sitio, pero fué completamente imposible.

El otro jugador no decia palabra alguna.

Impasible habia visto su ganancia y la pérdida de su contrario.

Aquel hombre parecia una estátua de piedra.

Por fin salió una carta, y al par que de los lábios del duque se exhalaba una imprecacion, sus amigos no pudieron por menos de hacer un movimiento de tristeza y de disgusto.

—Ya te decíamos nosotros que no jugaras.

—¿En qué estaba V. pensando para hacer lo que ha hecho? añadian otros.

—Es una tonteria el tentar á la suerte cuando esta se empeña en volvernos la espalda.

VI.

El duque nada podia contestar.

Estaba anonadado.

Entretanto, su antagonista recogia tranquilamente los papeles firmados por el duque y se disponia á marchar.

De pronto se levantó aquel.

Sus ojos brillaban de una manera siniestra.

En su frente se veia un pensamiento cruel.

Habia llegado á ese terrible paroxismo del juego.

No tenia ya la conciencia de lo que hacia, y todos los sentimientos honrados y buenos habian muerto completamente con el desarrollo agostador de aquella pasion tan desordenada.

—Aun tengo que jugar, dijo dirigiéndose á su felíz adversario.

—¡Duque! esclamaron sus amigos.

—Ya oye V. lo que le dicen sus amigos, repuso el otro jugador con frialdad; reserve V. lo que le quede y no trate de tentar mas la suerte.

—Pero...

—Nada; lo dicho; señores, hasta mañana.

Y al pronunciar el desconocido estas palabras hizo un movimiento para salirse del salon.

Pero el duque, á pesar de los esfuerzos que hacian sus amigos para contenerle, se adelantó hácia su contrincante, y le dijo:

—Vuelvo á repetir á V., que tengo todavía que jugar.

—Yo le repito lo mismo que le dije anteriormente.

—Eso seria una infamia, repuso el duque cada vez mas enfurecido; eso probaria, ó que habia V. jugado de mala ley, ó que tenia V. miedo.

—¡Miedo yo!... esclamó el jugador fijando una mirada indefinible en el duque.

—Vamos á jugar.

—Vamos, duque, deje V. eso ya; puesto que ha cometido V. una locura, no cometa otra.

—Señores, déjenme Vds.; me parece que yo puedo hacer lo que mejor me parezca.

VII.

Nadie quiso ya mezclarse en aquella cuestion.

El duque estaba loco, y debia de respetarse su locura.

—Y bien, ¿qué vá V. á jugar? preguntó el personaje ya citado, dirigiéndose al duque.

—Juego... juego mi hija, repuso el duque con voz opaca.

Los ojos de su adversario destellaron un resplandor tan vivo, pero al mismo tiempo tan instantáneo, que nadie pudo advertirlo.

Despues sacó cuantos documentos le habia firmado el duque; añadió á ellos todo el dinero que llevaba, y sacando una cartera, trazó sobre una de sus hojas varias palabras.

—Toda mi fortuna, todo cuanto he ganado, todo cuanto tengo, va contra lo que V. me propone, dijo poniendo la cartera sobre la mesa.

VIII.

Todos los amigos del duque se separaron de su lado, no queriendo presenciar un juego tan impío.

El duque cogió la pluma, y con mano temblorosa, trazó sobre un papel el compromiso que habia adquirido.

Despues se barajaron las cartas; fueron cayendo unas despues de otras, y por final el duque, pronunciando una horrible blasfemia, se dejó caer sobre la silla.

Su contrario recogió de nuevo todos los papeles guar-

dó cuidadosamente el último compromiso firmado por el duque, y salió de la estancia con la misma impasibilidad y de la misma manera que habia estado toda la noche.

Dos horas despues, el duque, tambaleándose como un hombre embriagado, salió de la casa del juego, dirigiéndose hácia la que habia sido suya hasta aquella noche.

Se encerró en su habitacion y se puso á escribir algunas cartas.

Al amanecer el dia inmediato, todas las personas que habia en la casa se despertaron sobresaltadas al sonido de una detonacion.

Penetraron en el cuarto del duque, y le hallaron tendido en el suelo sin movimiento y bañado en su propia sangre.

IX.

Aquel trájico suceso, mucho mas por las circunstancias que le habian precedido, dió que hablar estraordinariamente en la poblacion.

Blanca, que así se llamaba la hija del duque, estaba inconsolable.

Una de las cartas que su padre habia escrito antes de morir fué para ella.

Allí la decia el compromiso que habia adquirido, y la suplicaba que le perdonase.

Trascurrieron los nueve dias del duelo, y el jugador misterioso no se presentaba por ninguna parte.

Todo el mundo creía que hubiera desaparecido de Sevilla.

Pero era todo lo contrario.

Al dia inmediato al último que, segun la etiqueta mortuoria, marca para acompañar y consolar á los descendientes del finado, Blanca recibió una tarjeta de un caballero que deseaba hablarla.

X.

Blanca era una niña de diez y seis años con todas las formas, con toda la razon, y con toda la sensatez de una mujer de veintiuno.

Los contínuos desórdenes de la vida de su padre la habian hecho abrir los ojos, como vulgarmente se dice, antes de tiempo.

Por el nombre que habia en la tarjeta, la rebeló quién era la persona que deseaba verla.

Y le mandó pasar, y pocos momentos despues la jóven se hallaba frente á frente con el único árbitro de su destino, segun la última voluntad de su padre.

Blanca no pudo ocultar un ligero movimiento de repulsion al verle.

Este la miró de una manera avara é intensa, y la dijo:

—Señorita, no he querido venir á molestarla antes por que en las circunstancias tan terribles por que ha atravesado, no me parecia conveniente hacerlo.

—Mil gracias, contestó la jóven con una frialdad glacial; y... ¿en qué puedo complacerle?

—Me es doloroso el tener que evocarla cierta clase de recuerdos, pero me es absolutamente imprescindible.

—Puede V. hablar cuanto guste y como quiera; me he acostumbrado á sufrir, y tengo valor suficiente para escuchar cualquier cosa, por terrible que sea.

—Pues bien, señorita, sírvase V. leer estos papeles.

Y al decir estas palabras, el jugador puso en manos de Blanca los papeles que el duque habia firmado algunas noches antes.

XI.

La jóven los miró con la misma frialdad, y despues dijo:

—Y bien, ¿qué quiere decir esto? que V. es el dueño de todos mis bienes; sea en buen hora: puede V. tomar posesion de ellos cuando guste: tiene V. demasiada prisa por lo que veo.

—Como V. comprenderá...

—Sí, estoy disfrutando unos bienes que no me pertenecen; estoy habitando una casa que no es mia; pero yo le doy mi palabra de que mañana quedará desocupada: ¿era eso todo cuanto tenia V. que decirme?

—No, señora.

—¡Cómo!

—Queda todavía este otro compromiso, que contrajo conmigo el señor duque.

XII.

Blanca recogió el papel que le alargaba su interlocutor; lo leyó, y un temblor sumamente ligero agitó sus miembros.

Despues repuso con voz serena:

—¿Y qué quiere V. que yo le diga respecto á eso?

—Señorita... yo... esperaba...

—Es decir: V. tiene la bajeza de venir á comprar una mujer de la misma manera que ha comprado sus bienes; muy pobre es el concepto que me dá V. de sí.

—Señorita, yo amo á V.

—Y yo le desprecio.

XIII.

Una llamarada de cólera subió al rostro del jugador.

Pero, sin embargo, la ahogó dentro de su pecho, y dijo:

—V. podrá despreciarme; pero me parece que he ganado en buena ley.

—Lo que ha ganado V. en el juego, lo ha perdido V. en la honra.

—No creo que tenga V. derecho alguno para insultarme.

—Ni yo creia que fuese V. tan exigente ni tan innoble, para venir á exigir el precio de la sangre de un hombre.

—Señorita...

Y el jugador fijó una mirada colérica en la jóven.

Pero la tranquilidad, la altivez y el orgullo que resplandecía en las pupilas de esta, le imponian un respeto, le dominaban de tal manera, que no pudo por menos de inclinar la vista.

—He hablado de la sangre de un hombre, prosiguió Blanca, y he dicho la verdad: mi padre ha muerto, y la única causa de su muerte han sido todos los compromisos que tenia contraidos con V.

—Es... que si él me hubiera hablado con franqueza, lo mismo que á V., les hubiera concedido algun plazo, ó en

fin, hubiéramos hecho algun convenio razonable.

—No, señor; ni mi padre ni yo lo hubiéramos aceptado: lo ha hecho él, y yo lo cumpliré.

—¿Qué me dice V., señorita?

—Que le pertenecen mis bienes, y que estoy dispuesto á entregarle tambien mi mano.

XIV.

—¡De veras! esclamó el jugador con alegría.

—Pero tenga V. presente mis condiciones: voy á unirme á V. para darle mis bienes, pero jamás mi corazon: este supongo que á V. le importará muy poco, porque comprendo demasiado que lo que únicamente ambiciona es el dinero.

—¡Oh! no lo crea V.

—En ese caso entraremos en un pleito, y nada sacará usted; es imposible que haya un juez que sentencie en su favor, y si lo hubiera, se enlazaría V. con un cadáver, y...

—¿Qué dice V., señorita?

—Que acepte V. mis condiciones, y creo que sean las que le tengan cuenta.

XV.

No nos detendremos nosotros mas á detallar aquella escena.

Nos distraería de nuestro propósito, y tenemos todavía que hablar demasiado respecto de la duquesa del Campo.

Unicamente diremos, que un año despues de aquella escena la duquesa se casaba con el jugador, saliendo aquella para una quinta que poseía en las cercanías de Sevilla, y su esposo para una mision diplomática cerca de la córte de Austria, que le confiaba el gobierno español.

CAPÍTULO XXXIV.

Continúan los antecedentes respecto á la duquesa del Campo.—Una mujer desgraciada.

I.

Mucha sensacion causó en Sevilla el enlace de la duquesa del Campo con aquel personaje, toda vez que se habia hecho bastante pública la aventura que tuvo lugar entre aquel y el padre de Blanca.

Pero lo mas estraño fué la manera de terminar aquel casamiento.

Hubo curiosos que aseguraron que la misma noche de la boda acompañó el esposo á la recien casada hasta la alcoba nupcial, y que la dejó en aquel sitio, retirándose él á su habitacion.

Al dia inmediato salió aquel de la quinta para Madrid, desde donde marchó á desempeñar la mision que se le confiaba.

II.

La duquesa permaneció durante mucho tiempo oculta en su quinta.

Pero al cabo de él, las instancias de sus amigas consiguieron vencerla, y regresó á la ciudad.

Su carácter era estremadamente melancólico.

Asistia á muy pocas reuniones, y sus diversiones estaban reducidas á salir de cuando en cuando á dar un pequeño paseo por el rio, y á recibir en su casa algunos antiguos amigos de sus padres.

Iba á misa todos los dias á la Giralda, y regresaba inmediatamente á su palacio.

Un dia se encontró en la iglesia con una impresion que ella no esperaba.

Entraba en la iglesia; iba á dirigirse á tomar agua bendita, cuando un caballero, en quien ella no habia reparado, y que estaba junto á la pila, la ofreció respetuosamente el agua, en la cual habia humedecido sus dedos.

III.

La duquesa tendió maquinalmente la mano y tropezó con aquella otra.

Entonces se ruborizó estraordinariamente, y fijó su mirada en la persona que con tanta galantería la habia servido.

Delante de ella habia un jóven estraordinariamente hermoso, que la contemplaba con una insistencia tal y con

tanta avidez, que no pudo por menos de ruborizarse de nuevo, y haciéndole una reverencia se alejó de allí.

El desconocido la fué siguiendo hasta que desapareció tras las sombrias nabes del templo.

Despues se adelantó tambien, mirando todos los objetos que la rodeaban con una mirada inteligente y escrutadora.

IV.

La catedral de Sevilla encierra preciosidades que solo un inteligente puede apreciar, y nuestro desconocido debia serlo, porque claramente lo demostraban los movimientos de satisfaccion y el detenimiento con que observaba ciertos objetos.

La duquesa, sin saber por qué, se habia separado de la pila un tanto mas pensativa y preocupada que cuando entró en la iglesia.

Se arrodilló, y sin poderse esplicar ella misma la causa, sus ojos vagaban en todas direcciones como buscando un objeto determinado.

De pronto brillaron sus miradas; estrechó contra su seno el manto que cubria su rostro, y un tanto agitada y un mucho trémula, dirigió sus ojos hácia el devocionario que tenia en la mano.

Apoyado en una de las arábigas columnas que sostienen aquellas inmensas nabes, estaba el desconocido.

Y posaba sobre ella una mirada tal, que no pudiendo Blanca resistirla, ya hemos visto que tuvo que inclinarla.

V.

Pero la mirada de aquel hombre tenia una fuerza maravillosa.

Debia de tener una atraccion particular, porque la duquesa volvió á levantar sus ojos, y fué á fijar sus pupilas en el semblante del jóven.

Porque muy jóven era el hombre de quien estamos hablando.

Y desde el momento en que Blanca miró al jóven ya no pudo apartar sus ojos de él.

Y terminó la misa y Blanca se levantó, y el desconocido volvió á encontrarse con ella al pié de la pila del agua bendita.

Otra vez se tocaron sus dedos.

Despues el jóven la saludó como la vez primera, y uno y otro abandonaron el templo tomando un camino diametralmente opuesto.

VI.

La duquesa estuvo mas pensativa, mas triste todo aquel dia que habia estado en los anteriores.

Salió á pasear como tenia de costumbre, y caminando por la orilla del rio absorta en sus cabilaciones, no pudo por menos de estremerse al reparar que á pocos pasos de ella caminaba tambien el mismo jóven que habia visto por la mañana.

Y al dia siguiente en la iglesia sucedió lo mismo.

Y por la tarde en el paseo volvieron á encontrarse.

Y de esta manera durante quince dias se vieron, y la duquesa no podia menos de confesarse que deseaba con una ansiedad infinita, que deseaba con impaciencia que llegase la hora en que tenia la costumbre de hacerse visible su desconocido.

Y decimos su desconocido, porque á pesar de algunas diligencias que habia hecho no habia podido descubrir quién fuera aquel hombre.

VII.

El dia en que vamos hablando, Blanca habia esperado con una impaciencia estraordinaria que llegase la hora de ir á paseo.

Esta llegó, mandó disponer su carruaje, y acompañada por su nodriza, como iba siempre, se dirigió á su paseo favorito.

Descendió del carruaje, y principió á pasear por aquella ribera tan llena de encantos.

Al poco tiempo ya estaba allí nuestro desconocido.

Uno y otro caminaban á bastante distancia aunque con las miradas confundidas.

Y tan absorta iba en su contemplacion Blanca, que no observó que habia abandonado el ánimo que llevaba.

Pero cuando quiso recordar ya era tarde.

Su pié no encontró un punto de apoyo donde apoyarse, y cayó rodando hasta el rio.

Un grito horrible se exhaló de sus lábios, al cual contestó el jóven con otro mas horrible todavia.

La nodriza cayó de rodillas alzando sus brazos al cielo.

El desconocido llegó á la orilla; no vaciló un momento,

Un grito horrible.....

y se arrojó precipitadamente al agua.

Blanca sobrenadó algun tiempo por encima de las aguas hasta que desapareció del todo.

VIII.

En aquel momento fué cuando el desconocido se arrojó al agua.

Este luchó con la corriente durante algunos segundos hasta que desapareció tambien.

Los gritos de la nodriza atrajeron algunas personas junto á la orilla, que fijaban tambien sus miradas impacientes en el rio.

Una angustia general reinaba entre aquellas personas.

Por fin, una esclamacion de alegría se exhaló de sus lábios.

Sobre la movible superficie de las aguas aparecioron el desconocido teniendo estrechamente cogida á la duquesa.

Todo el mundo se apresuró á socorrerlos, y poco tiempo despues la jóven era conducida á su casa en su carruaje, mientras que su salvador, que se habia vestido con la ropa del dueño de uno de los caseríos inmediatos, se dirigia tambien hácia la ciudad.

El socorro de aquel no pudo llegar mas á tiempo.

Ya empezaba la duquesa á sucumbir cuando el jóven la cogió, trasportándola á la orilla.

Blanca, á consecuencia de la emocion que habia esperimentado, estuvo enferma de peligro durante muchos dias.

Durante ellos, un caballero jóven, el mismo que habia salvado á Blanca, segun dijo la nodriza, se presentaba to-

dos los dias á preguntar cómo seguia la jóven, y obtenida la respuesta, se retiraba inmediatamente sin añadir otra palabra.

IX.

Cuando Blanca estuvo en estado de poder escuchar todo aquello, no pudo por menos de desear de una manera inquieta y anhelante, ver aquel hombre que tan generosamente la habia salvado la vida.

Ya hemos dicho que la jóven principiaba á interesarse por él.

Pero despues de aquella accion, el agradecimiento de Blanca era una cosa muy parecida al amor.

Y sin saber cómo, al par que su nodriza la contaba cuanto el jóven habia hecho por ella, esclamó:

—Yo quiero verle, quiero darle yo misma las gracias.

—Nada mas fácil, señora, contestó aquella; mañana cuando venga, yo me encargo de hacerle que suba.

—¡Oh! no; esclamó la jóven profundamente afectada.

—¿Y por qué no, hija mia? ¿qué mal hay en que tú recibas á tu salvador para darle las gracias?

La duquesa, debemos decirlo con sinceridad, deseaba ver y hablar al generoso jóven que tan bizarramente la habia socorrido.

Pero sin embargo, conocía los deberes que habia contraido, y temia por las consecuencias que pudiera tener su entrevista con el caballero.

Mas tales fueron las palabras que la dijo su nodriza, que ella, que no deseaba mas que dejarse convencer, consintió al fin en que al dia siguiente subiera el jóven.

Y con gran estrañeza de la nodriza y de la misma Blanca, cuando aquella le significó el deseo de su señora, este no contestó una palabra, y no hizo otra cosa mas que inclinar la cabeza y alejarse de aquella casa para la cual habia sido citado.

Como es consiguiente, esta falta de atencion hirió estraordinariamente á la duquesa.

Creyó que esto era un desprecio ó un esceso de orgullo, y sabido es que las mujeres rara vez perdonan una cosa semejante.

X.

Entonces formó la resolucion de no volverse á acordar de él siquiera, toda vez que tan poco caso hacia de que una mujer como ella le diera las gracias por lo que habia hecho.

Pero á pesar de esta resolucion, en todo el dia cesó de ocuparse de él.

Sabido es que nada irrita mas á una mujer que un desden dado á tiempo.

Al dia siguiente, á pesar de la indiferencia que aparentaba, la primer pregunta que hizo fué si habia ido el jóven á preguntar por su salud.

Se la contestó negativamente, y se pasó todo el dia sin que ni aquel se presentase, ni mandase á nadie para averiguar cómo seguia la jóven.

Y al siguiente sucedió lo mismo, y sucesivamente en todos los demás dias que trascurrieron fué repitiéndose aquel abandono.

Blanca estaba sumamente colérica.

Le calificaba de poco atento, de mal caballero y de otras cosas por el estilo.

Pero á pesar de esto no dejaba de desear con viva impaciencia que llegase el dia en que pudiera salir á la calle, para ir á misa á aquel templo donde le habia visto por primera vez.

Efectivamente, en el momento en que pudo fué á la catedral.

XI.

Habia estado diciendo durante muchos dias, que en el momento en que viese al jóven habia de despreciarle de la misma manera que él habia hecho con ella.

Pero todos estos proyectos se desvanecieron con una rapidez maravillosa

Nosotros tenemos ya por regla general y segura, que cuanto mas dice una mujer que aborrece á un hombre, le quiere mucho mas.

Llegó á la iglesia, y como siempre, junto á la pila del agua bendita, estaba el desconocido.

Y espresó tanto la mirada de este al posarse sobre Blanca, que esta, no solamente no tuvo fuerzas para decirle una palabra, sino que le tendió la mano estrechando los dedos entre los del jóven, cuando este la ofreció el agua bendita.

El desconocido, al mismo tiempo que miraba fijamente á la duquesa, la dijo en voz casi imperceptible:

—Señora, mañana van á presentarme en la casa de usted; le traigo una visita de su esposo.

Y despues de pronunciadas estas palabras se separó de

la jóven, yendo á colocarse junto á la columna donde lo habia hecho en los dias anteriores.

Blanca quedó estraordinariamente confusa por aquellas palabras y sus ojos no se separaron ni un momento de los del jóven.

XII.

Aquel dia fué á verla como acostumbraba hacerlo con alguna frecuencia el marqués de A... pariente lejano de la duquesa.

Este la dijo, que quizá aquella noche la presentaria un caballero recien llegado de la córte de Austria, el cual la traia una visita de su esposo.

El evocar estos recuerdos en aquellos momentos, en que, por decirlo así, su corazon tomaba otro rumbo, y en que sus ideas se fijaban en otro hombre que no era aquel á quien habia jurado su fé ante el altar, tenia necesariamente que impresionarla.

Sin embargo, se dominó cuanto pudo y dijo, que la estrañaba sobremanera que aquel caballero, trayendo una visita de su esposo, no se hubiera presentado en su casa.

A esto la contestó el marqués, que habiendo llegado á Sevilla, en ocasion en que ella estaba enferma, no le habia parecido prudente el presentarse allí.

Esta razon justificaba hasta cierto punto la no presentacion de aquel caballero.

El marqués la habló largamente acerca de las buenas cualidades de aquel caballero, pintándole como un modelo de finura, de talento y de formalidad, á pesar de ser muy jóven todavía.

XIII.

Blanca casi no le escuchaba, porque su imaginacion habia volado inmediatamente hácia su salvador.

Recordaba las palabras que este le habia dicho por la mañana, y por lo tanto se figuró que este y no otro fuera la persona á quien habia de presentar el marqués.

Pero si positivamente el jóven traia una visita de su esposo, ¿por qué no haberse presentado inmediatamente en su casa, puesto que tuvo tiempo para hacerlo antes que sucediera la aventura que ya conocen nuestros lectores?

Para esto no encontraba solucion posible Blanca.

Y llena de impaciencia, esperó que llegase la noche para ver si efectivamente la persona que le presentaban era la misma á quien ella conocia hacia tanto tiempo.

Pero aquella noche, á pesar de lo que el marqués la habia dicho, no se presentó nadie en su casa.

Al dia inmediato, Blanca tropezó de nuevo con su desconocido.

XIV.

—¿Es V. el que va á ir hoy á visitarme? le preguntó la jóven cuando estaba cerca de él.

—Sí, señora, la contestó este.

—¿Y por qué no lo ha hecho V. antes, trayendo una visita de mi esposo? se apresuró á añadir Blanca, que comprendió que habia dicho algo mas de lo que debia.

—Ya la esplicaré á V. por qué no lo he hecho, pero ahora separémonos.

Y efectivamente, el jóven se reclinó de nuevo en su columna, sumergiéndose en uno de aquellos misteriosos éxtasis que tanto sorprendian á Blanca.

Aquella mañana, nuestro jóven era presentado á la duquesa del Campo, bajo el nombre de D. Jorge Orantes, hijo de un americano muy opulento, cuyo mayor placer consistia en que su hijo derrochara el inmenso patrimonio que tenia.

Segun Jorge se esplicó, habia conocido en Austria al duque del Campo, y hablando con él de lo próximo que se hallaba á hacer un viaje á las provincias meridionales de España, le encargó este que en aquel caso hiciera á su esposa una visita.

Mas tarde, cuando aquellas relaciones tomaron un carácter de intimidad mas marcado, entonces reveló Jorge á Blanca que efectivamente traia una visita de su esposo, pero que el verdadero encargo que este le habia dado era que vigilase la conducta de su esposa, refiriéndole algunos de los incidentes que habian ocurrido para aquel matrimonio.

Jorge decia que aquello le escitó una curiosidad estraordinaria por conocer á la mujer que tanta fuerza de voluntad habia tenido, y por lo tanto, aunque sin estar dispuesto á acceder á los deseos del marqués, apresuró su viaje á Sevilla y lo primero que hizo fué tratar de conocer á la duquesa.

XV.

El Jorge de entonces era el mismo que ya conocen nuestros lectores con el título de marqués de Santillan.

En su consecuencia ya comprenderán nuestros lectores

de qué frases se valdria aquel hombre para pintar su pasion á la duquesa del Campo.

Ya hemos dicho que uno de los poderosos auxiliares de aquel hombre era su palabra.

Hablaba, y existia una mágia tal en su afecto, que era imposible que nadie pudiera resirtirle.

Por lo tanto, Blanca, sola, abandonada completamente y enamorada como ya lo estaba, no tuvo mas remedio que ceder.

Y pertenecia á Jorge de la manera única y esclusiva que ella podia pertenecer á un hombre.

Entregándole su corazon de la misma manera que le entregaba su honra.

Jorge la amó de la manera que solo aquel hombre sabia amar.

Quizá la pasion que sintió por Blanca fué la única que habia sentido en su vida.

Durante siete meses no vivió mas que para ella ni tuvo otro pensamiento mas que el de ella.

Pero de pronto circunstancias imprevistas vinieron á anublar de una manera inesperada el cielo de aquella felicidad.

Vinieron los acontecimientos del año 43.

XVI.

Jorge tomó con demasiado calor la causa de la libertad y sufrió la suerte de otros muchos.

Huyó de Sevilla, abandonando á Blanca cuando dentro de dos meses iba ya á ser madre.

Nadie supo cómo Jorge habia escapado, y la generalidad creyó de buena fé que habia muerto en alguno de los encuentros habidos con las tropas de Espartero.

La duquesa creyó lo mismo que los demás, sin que nadie pudiera decir por dónde ni cómo pudo escaparse aquel hombre.

Quizá nosotros mas adelante podamos saber alguna cosa, tanto respecto á este como á otros muchos sucesos un tanto oscuros, que hay en la vida del marqués.

Entretanto debemos de contentarnos con lo que se dijo en Sevilla y con lo que la duquesa creyó.

El cambio político que habia ocurrido en España produjo tambien los mismos cambios en los puestos oficiales y en las demás dependencias del estado.

Como consecuencia de esto el esposo de la duquesa fué separado del puesto que ocupaba.

La situacion de esta se hizo estremadamente difícil.

Estaba en dias de salir de su paso y la presencia de su marido pudiera producir un conflicto terrible.

Blanca trató de detenerle algunos dias con diversos pretestos en París, en Bruselas y en Madrid, con objeto de que no pudiera apercibirse de su situacion.

Y entretanto su nodriza iba buscando una persona segura á quien poder confiar el sér que naciera.

Por fin la encontró, se la ofreció cuanto dinero pidiera, y cuando Blanca dió á luz una niña, esta fué confiada á aquella mujer.

Se la asignó una suma muy crecida, y Blanca, mas tranquila, esperó la vuelta de su esposo.

XVII.

Blanca se consideraba como la viuda de Jorge, y de la misma manera que á este solo habia pertenecido, su esposo jamás pudo decir que habia podido vencer la irrevocable resolucion de la jóven.

Pero esta no podia considerarse segura en Sevilla, pues un incidente cualquiera podia descubrir el misterio que habia en su existencia y esto pudiera perjudicarla, como muy fácimente se puede comprender.

Dejó asegurada la pension para su hija, y hecho esto marchó á Suiza, donde se estableció, permaneciendo durante largos años en aquel sitio, sin olvidarse un dia del sér á quien tanto amaba y del cual la necesidad la obligaba á estar separada.

Al cabo de muchos años falleció su esposo, y entonces Blanca inmediatamente regresó á su pais.

XVIII.

Pero su desesperacion no tuvo límites cuando supo que hacia dos años se ignoraba el paradero de la mujer á la cual la nodriza de Blanca, que tambien habia fallecido en Suiza, se la habia confiado.

La duquesa hizo todas las pesquisas imaginables.

Hubiera sacrificado gustosa una parte de su fortuna con tal de haber descubierto el paradero de su hija.

—Pero esto no pudo ser, y Blanca tuvo que resignarse á llorar toda la vida la pérdida de aquel objeto, que era un recuerdo viviente del hombre á quien tanto habia amado.

Pocos años despues, con objeto de distraerla de aquella profunda melancolía que la devoraba, sus parientes y amigos la aconsejaron que se fuera á la córte á pasar una temporada, y aquí ha sido donde nuestros lectores han tenido lugar de conocerla.

CAPITULO XXXV.

Un mal hombre.—Antecedentes sobre él.—Qué era lo que le traia á Madrid.

I.

Nuestra novela es una especie de cosmorama, en el cual aparecen y desaparecen sucesivamente la multitud de personajes con quienes vamos jugando.

Habrá quien se crea que todos estos son completamente creaciones nuestras.

A esto debemos contestar, que si no todos, una parte bastante considerable son personas conocidas, son tipos que indudablemente nuestros lectores tratan y ven, y que quizá de la misma manera que nosotros los conocemos, los conocerán tambien.

Estamos escribiendo una novela en la que si no todos, al menos muchos de ellos son cuadros conocidos, son hechos ocurridos en la vida de este ó de aquel personaje.

Pero hechos que siempre demuestren una cosa, que pueben una verdad, que corrijan un vicio.

II.

Creemos que la mision del escritor está mucho mas alta que el escribir novelas que sirvan de puro entretenimiento.

Nosotros, ya lo hemos dicho en otras obras, queremos escribir libros que si no hacen buenos á ninguno de los que los lean, al menos tampoco los hagan malos.

Este es, á nuestro juicio, el deber que contrae el hombre que se dedica á escribir para el público, en los distintos terrenos que puede emprender.

Hecha ya esta salvedad continuaremos con nuestra narracion.

III.

Nuestros lectores no se habrán olvidado, á pesar de no haberle visto mas que un momento, de D. Alejo Enriquez, el caballero mulato que acompañaba al conde del Caño cuando entró en la casilla de San Antonio de la Florida.

Tenemos necesidad de dar algunos antecedentes sobre él.

Lectora mia, ¿te acuerdas del mulato que has visto ya?

—Sí, señor autor, y le aseguro á V. que es un tipo que, sin conocerlo, lo aborrezcó ya.

—Pues cuando te enteres de su vida, tendrás dobles motivos para odiarlo.

—Hable V., que ya estoy impaciente por conocerle.

—Escucha, pues.

Don Alejo Enriquez era hijo de una negra, á quien conoció D. José Romero en uno de sus viajes en la costa de Guinea.

Era hija de uno de los caciques de las tribus que se dedican á vender sus prisioneros á los capitanes que hacen el comercio de ébano (1).

IV.

Romero entró á hacer aguada en la isla en que habitaba su padre, y obsequiado por él cuando saltó en tierra, visitó sus dominios y tuvo ocasion de ver á toda su familia.

Kargday, que así se llamaba la negra, era hija de una abisinia, y habia heredado de su madre la redondez de formas, la pureza de contornos y la regularidad de facciones, que hacen de esta raza la mas privilegiada de todas las de color.

El marino vió á Kargday, y no le pareció mal.

Kargday vió á Romero, que era jóven y buen mozo, y la gustó infinitamente mas qne todos los guerreros cobrizos de su tribu.

Pero no pasó de ahí.

Romero volvió á hacerse á la mar, y no pudo olvidar en mucho tiempo los atractivos incitantes de la negra.

Y trascurrió un año.

Al cabo de él, el buque que mandaba el capitan fué destinado al apostadero de la Habana.

---

(1) Nombre que dan los capitanes negreros al tráfico á que se dedican.

Uno de los dias que se paseaba silencioso y meditabundo por las afueras de la capital, recorriendo las plantaciones inmediatas, y pensando en su encantadora negra al contemplar los semblantes estúpidos é innobles de la mayor parte de los esclavos que veia, oyó una voz que le llamaba por su nombre.

V.

Aquel acento le hizo estremecerse.

Volvió vivamente la cabeza, y no pudo contener una esclamacion de alegría y de sorpresa.

A algunos pasos de él estaba Kargday, mas hermosa que cuando la habia visto un año antes.

En su fisonomía se veia un sello de melancolía y de tristeza que la hacia doblemente interesante.

Un vestido de muselina á cuadros cubria apenas sus esbeltas formas, y un collar de cuentas encarnadas rodeaba su mórbida garganta, y su desnudo pié y lo corto de su traje dejaban ver una pierna admirablemente modelada.

Sobre sus hombros llevaba unos fardos de tabaco, y se dirigia á una de las posesiones cercanas.

VI.

Romero se quedó parado algunos momentos, hasta que al cabo de ellos dijo:

—¡Kargday!... ¡tú aquí!...

—Sí, señor, le contestó la negra: ostoy en esa plantacion que se divisa desde aquí.

—Pero, ¿eres esclava?...

—Sí, señor capitan, contestó con amargura la jóven.

—¡Tú!... ¡tú esclava!... Eso no puede ser.

—Pues nada hay mas cierto.

—¿Y cómo ha sido eso? preguntó Romero.

—El capitan que venia á nuestra isla á comprarnos los prisioneros, le pareció que yo sería una pieza que le valdria mas dinero, y aprovechándose de la embriaguez de mi padre y de mis hermanos, me arrebató de mi casa una noche, y largando todas las velas, cuando amaneció estábamos ya muy lejos de mi casa.

—¡Qué infamia!...

—Despues desembarcamos, y fuí vendida como los demás esclavos que traian en su buque.

—¿Y dices que tu amo vive ahí cerca?

—Sí, señor.

—Está bien, Kargday.... Tengo ahora que hacer, pero no me olvidaré de tí.

Y el marino, tras una nueva palabra de despedida, se separó de la negra.

VII.

Romero, cuando estuvo á alguna distancia de ella, se volvió para mirarla.

Kargday hizo lo mismo, y aquellas dos miradas, á pesar de la distancia, se encontraron y se confundieron la una con la otra.

El capitan conoció que su amor se habia desarrollado con mas fuerza.

Inmediatamente que llegó á la capital, buscó una tercera persona y la dió el encargo de que fuese á la planta-

cion donde estaba la esclava, y se la comprase á su dueño sin ocuparse del precio.

Así sucedió, y Kargday, sin saber ni quién la compraba, ni cuál seria su suerte, fué trasportada á la Habana, á una casa que no conocia.

Al dia inmediato, recibió una escritura de libertad.

Y al siguiente, Romero fué á verla.

Kargday estaba mas hermosa que nunca.

Inmediatamente que vió al marino, comprendió que él habia sido su libertador.

Se arrodilló á sus plantas y le dijo:

—¡Oh señor!... ¡cuánto tengo que agradecerte!

—¡A mí!... No te comprendo.

—Tú me has salvado de la esclavitud: no trates de negármelo, porque las mujeres tenemos un instinto muy delicado para conocer los beneficios que se nos hacen, por mas que estos traten de ocultarse.

—¿Y crees?...

—Que tú me has salvado.

—Pues bien, Kargday, dijo el marino; es verdad, yo te he comprado, y eres libre; ya puedes marchar con tu familia.

VIII.

La negra miró asombrada á su interlocutor.

Este volvió á repetirlo:

—Cuando quieras, dime tú los medios necesarios para marchar á la isla, y los pondré en planta inmediatamente.

Kargday se levantó del suelo.

Sobre su semblante se veia una nube de pesar inmenso.

Dió algunos pasos hácia la puerta.

—Adios, señor, dijo al capitan.

—¿Qué, no estás contenta? la dijo este, reparando en la fisonomía apenada de la negra.

—No.

—¿Pues qué quieres? ¿Qué te hace falta?

—Vivir á tu lado.

—¿Vivir á mi lado?...

—Sí, ser tu esclava, prosiguió Kargday con resolucion; estar constantemente junto á tí, aspirar tus menores deseos, satisfacer tus caprichos mas insignificantes, y velar tu sueño con el mismo afan, con el mismo cuidado que una madre despliega para velar á su hijo, con el anhelo, con el cariño de....

Y aquí la *nubia* se detuvo y bajó la vista aparentando confusion.

—Habla, acaba, la dijo Romero fascinado por aquel acento dulce, dolorido y ansioso.

—Pues bien, sea: con el cariño de una mujer amante respecto al hombre á quien adora.

Y la negra, concluidas de decir estas palabras, alzó su hermosa cabeza, y con el seno palpitante, encendidos los lábios é intensa la mirada, fijó sus negras pupilas en las del bravo marino.

IX.

—¿Qué dices, Kargday? la dijo este sin atreverse á dar

crédito á lo que oia; ¿tú me amas? ¿tú pasarías tu vida entera á mi lado?

—¡Qué si te amo!... ¿y me lo preguntas, señor?.. vacilé la primera vez que te ví: creo que lo advertistes: me parece que preveia que algun dia te habia de encontrar, porque constantemente rechacé las uniones mas ventajosas entre los guerreros mas afamados de mi tríbu. Te idolatro; y cuando una mujer de mi sangre dice «te amo», pierde la vida antes que se borre de su corazon el amor que ha hecho brotar aquella palabra.

—¡Oh! ¡Kargday mia! yo tambien te amaba; pero no creia nunca que tú pudieras corresponderme.

—Pues bien, ya lo sabes: ¿quiéres dejarme ahora junto á tí?

X.

Kargday se quedó en casa de Romero.

Durante un año vivieron juntos.

Al cabo de él, la negra se habia apoderado por completo del corazon de su amante.

Por este mismo tiempo Romero se encontró con un hijo mestizo, que llenó de alegría á su madre, y que reservaba á su padre grandes disgustos para el porvenir.

Cuando se bautizó al niño, lo reconoció secretamente el marino, y tras de su apellido le puso el de D. Alejo Enriquez, corrupcion del nombre distintivo del padre de Kargday.

El mulato creció, y heredó muchos de los defectos de su madre; ítem más, una multitud de vicios, hijos del escesivo mimo con que era criado por sus padres.

Era orgulloso, tenia la envidia por alimento, y toda su complacencia consistia en hacer daño á los pobres esclavos y demás gentes que tenia bajo sus órdenes.

Tenia la travesura de la niñez, y la maldad de un criminal endurecido.

Hipócrita y franco, espléndido y avaro, disimulado y astuto, respetuoso y altanero, tomaba todos estos diversos disfraces, segun convenia á sus intentos.

XI.

La ambicion que tenia su madre la habia heredado con creces.

Y con todos estos vicios, y sin ninguna virtud, creció el niño, y llegó á la edad de la adolescencia, no ignorando nada, y con las mejores disposiciones para llegar á ser un tunante.

Poco tiempo despues las pretensiones de la negra se desembarazaron entonces por completo.

Aspiraba nada menos que á que Romero legitimase su union por medio del casamiento.

Estas pretensiones las apoyaba tambien el mestizo, que no ignoraba la situacion de su madre respecto á su padre.

Era muy posible que en los primeros años de su fascinacion Romero hubiera asentido aquel casamiento.

Pero conforme habia trascurrido el tiempo, se habia resfriado un tanto aquel cariño, porque habia comprendido algunos de los defectos de la negra.

Así que constantemente, desde que se le indicó, se negó á semejante union.

XII.

Sin embargo, en los primeros años, el marino, ciego por el amor que profesaba á aquella mujer, habia hecho testamento, por el cual la legaba todos sus bienes, que eran considerables.

De resultas de la negativa de Romero á las exigencias de Kargday y de su hijo, tuvieron bastantes disgustos, los que se aumentaron con los escesos y la mala conducta que llevaba el mestizo.

XIII.

Al desarrollarse su naturaleza, se desarrollaron tambien sus vicios, y nunca libertino mas audaz se paseó por las calles de la Habana.

Cada calaverada del mestizo, era un dardo que heria profundamente el corazon de su padre.

Así trascurrió algun tiempo.

Al cabo de él murió Kargday sin haber podido conseguir su objeto.

Privado de aquella mujer, que hasta cierto punto le habia dominado, el marino comprendió que jamás podria querer á su hijo, en quien veia desgraciadamente uno de los séres mas despreciables que pululan en la atmósfera social.

Por fin, gastado Romero por sus trabajos como marino y sus disgustos como padre, cayó gravemente enfermo, y muy pronto no hubo esperanza alguna de salvarle.

Entonces el mestizo se instaló á la cabecera de la cama,

interesándose mas por la herencia que por la salud del enfermo.

Pero este, defraudando todas las esperanzas de su hijo, hizo un nuevo testamento, en el cual instituia por su heredero universal á un hermano que tenia, y señalando á su hijo una renta para que pudiera vivir con decencia.

XIV.

Cuando murió Romero, y D. Alejo Enriquez tuvo noticia de esto, su furor no conocia límites, y los desgraciados esclavos sufrieron la cólera de su señor.

Aquella herencia con que tanto habia soñado, se escapaba de sus manos, y era necesario recobrarla á toda costa, sin reparar en los medios de que fuera preciso valerse.

Para esto se vino á España, donde estaba á la sazon el hermano de su padre.

Aquel hombre estaba decidido á todo, y sus instintos crueles y sanguinarios se habian exacerbado mucho mas con la pérdida de aquellos bienes con que habia contado para sostener sus vicios que tambien habian crecido en la misma proporcion que se desarrollaron sus malos instintos.

CAPÍTULO XXXVI.

En que se prueba palpablemente que para el amor no hay clases.—Dos almas vírgenes.

I.

Tenemos necesidad de decir algo respecto á la impresion y á las escenas que se siguieron á la salvacion de Elena por nuestro artesano Antonio, y vamos á hacerlo así.

El jóven tenia uno de esos corazones, en los cuales no cabe mas que cariño para todo el mundo, sin que en él pudiera mezclarse jamás ódio ni aborrecimiento á determinada persona.

Ignoraba, por decirlo así, lo que era el amor de un hombre respecto á una mujer.

Se habia educado en el Hospicio, y mas tarde junto á su madre, y siempre trabajando para ella, no pudo ocuparse ni de analizar ni pensar en semejante pasion.

II.

Antonio tenia el alma vírgen de amores.

Lo amaba todo, y en nada se habia fijado.

Sin embargo, desde el momento que salvó la vida á Elena, el ser que habitaba en su imaginacion tomó una forma.

Esta era la de Elena de la Torre.

Cuando el cajista se apercibió de semejante cosa, se sobrecogió de temor.

Pero despues trató de hacerse la ilusion de que lo que sentia por la hija del conde, no era mas que un resto de la compasion que le habia incitado á salvarla.

Creia que con el tiempo se disiparia aquella idea.

Mas desgraciadamente se engañó.

Cada dia que pasaba, la imágen de Elena se esculpía mas en su imaginacion; y en su casa, y en la imprenta, y en el paseo, y en todas partes, no veia mas que á la condesa, y no pensaba mas que en ella.

Cuando salia á la calle, sus piernas se dirigian maquinalmente hácia la calle de Alcalá, y cuando se apercibia del camino que llevaban, ya no tenia fuerzas para retroceder.

Y Antonio sufria mucho.

III.

Luchaba contra aquel amor, que era una locura, y no podria dominarlo.

Y si antes padecia por amar sin objeto, despues sufria

horriblemente por haberlo encontrado.

Un dia iba por la calle de Atocha, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

Volvióse inmediatamente, y se encontró con un lacayo.

—De parte de mi señorita, que está allí, le dijo el criado, señalando á una jóven que estaba parada en el átrio de San Sebastian, que venga V. en seguida.

Dirigió Antonio su vista hácia donde le indicaba el criado, y vió á Elena que estaba disponiéndose á subir al coche.

Toda la sangre afluyó á la cabeza del cajista.

Se quedó parado sin saber qué hacer; en términos que el lacayo tuvo que volver á decirle:

—Que mi señorita está esperando á V.

Entonces fué cuando Antonio se dirigió hácia donde estaba Elena.

IV.

Acercóse á la jóven, y con voz balbuciente por la emocion que esperimentaba, la dijo:

—Tenga V. E. muy buenos dias.

—Aquí no hay nada de tratamientos, señor mio; no hay mas que una señora agradecida, y un hombre muy poco complaciente, cuando no ha querido ir á ver á la jóven que salvó con peligro de su vida.

—Señorita, no hice mas que mi deber.

—Esas son muy bellas palabras; pero que no me prueban nada.

—No comprendo...

—Ni yo tampoco... Dígame V., ¿por qué no ha ido á verme antes?

—Señorita, estoy muy ocupado siempre.

—¿Es V. artesano?

—Soy cajista de una imprenta.

—¿Tiene V. padres?

—No tengo mas que madre.

V.

—¿Y es muy anciana? preguntó con interés la jóven.

—Sí, señora, respondió con tristeza Antonio.

—¡Anciana!... ¡qué desgracia!

—Ha llorado tanto, que sus pupilas se han empañado completamente.

—¿Con que ha sufrido mucho?

—Muchísimo, señorita.

—Ya me contará V. sus desgracias, y buscaremos el medio de poder aliviarlas.

—Felizmente, á mi madre, mientras le viva su hijo, no la faltará nada, contestó Antonio con un tanto de altivez.

—Dispense V., pero no he querido ofenderle, repuso Elena.

—V. es quien me ha de perdonar, señorita, el estarla molestando con cosas tan insulsas para V.

—La prueba de que no me incomodo, es que ahora mismo le exijo á V. palabra muy formal de que vaya V. á verme para que me cuente todas sus desgracias.

—Pero....

—Nada, nada.... ¿qué dia le espero á V.?

—Señorita....

—¿Qué dia va V. á ir?

—Puesto que V. lo exige, iré el domingo por la mañana.

—¿A qué hora?

—A la que á V. la sea menos molesta.

—Vaya V. á las diez: no se olvide de preguntar por mí al portero, y decirle que es V. Antonio.

—Está bien, señorita.

—¿Con que no faltará V.?

—Es demasiada honra para mí, para que dejase de ir á disfrutarla.

Y concluidas estas palabras, Elena entró en su coche, y despues de haber saludado nuevamente al cajista, se alejó murmurando con voz apenas perceptible:

—¡Qué lástima que sea artesano!

VI.

Antonio se quedó algunos momentos estático contemplando aquel carruaje que se alejaba llevándose á la mujer que amaba tan ciegamente.

Aquel encuentro, los nuevos encantos que habia descubierto en su conversacion con la jóven, y la bondad que inspiraban sus palabras, fueron otros tantos incentivos para aquel amor, que habia crecido en medio de la soledad y de la desgracia.

Toda la semana la pasó el jóven cajista en un estado de escitacion febril imposible de esplicar.

Por fin, llegó el domingo.

Se puso sus mejores galas, y se dispuso á hacer la visita ofrecida.

VII.

El Sr. Lucio no pudo menos de estrañarse al verle tan compuesto, y cuando salió á la calle, se volvió hácia la ciega y la dijo:

—Creo que el muchacho ha encontrado ya lo que le hacia falta. ¡Voto á cien tempestades! que es mas galan y mas buen mozo que el mismo Amadis de Gaula.

Y la madre se sonrió, y alzando los ojos al cielo, murmuró:

—Si ha de ser para su bien, cúmplase tu voluntad, Dios mio.

Antonio, entretanto, llegó á la calle.

Dió algunos pasos y se detuvo en seguida.

¿Quién era él para entrar en la opulenta morada del conde del Caño?

Además, el amor que profesaba á Elena, se lo representaba como si fuera un crímen.

Él se decia, que no debia sentir hácia la jóven mas que amistad, veneracion, respeto, pero jamás amor.

Y á pesar de todo eso la amaba.

Y la amaba con una pasion tanto mas frenética, cuanto mayores eran los obstáculos que se habian de oponer á ella.

VIII.

Y el pobre jóven luchaba con un ardor desesperado.

Y tras cada lucha, aquel amor se alzaba mas violento, mas impetuoso.

Por donde quiera que iba, no veia mas que á Elena.

Cerraba los ojos, y su imágen voluptuosa, encantadora é incitante la veia grabada en su pensamiento.

Y su corazon palpitaba como nunca le habia sentido palpitar.

Y todos estos sentimientos, todos estos deseos, adquirieron nueva fuerza despues de la entrevista que tuvo con Elena en la puerta de San Sebastian.

Por manera qne Antonio, que comprendia el desarrollo que su amor habia adquirido desde entonces, temblaba por el nuevo que pudiera tomar despues que volviese á ver á la condesita del Caño.

Y por eso vacilaba, sin atreverse á ir á su casa, como la habia ofrecido.

Dió algunos pasos, y volvió á detenerse.

Se puso nuevamente en marcha; y por fin, al cabo de muchas detenciones, llegó á la calle de Alcalá.

Hizo un esfuerzo supremo, y trató de dar á su rostro una sombra de serenidad que no tenia.

IX.

Con el corazon palpitante, penetró en la casa de Elena.

Tartamudeó algunas palabras para contestar á la jóven, y necesitó algun tiempo para serenarse.

La condesa quiso conocer su historia, y el cajista se la refirió sin omitir el mas mínimo detalle.

Y su lenguaje era sencillo, respetuoso, pero lleno de sentimiento.

Su voz dulce y armoniosa, se infiltraba en el alma de Elena, y mas de una vez una lágrima diáfana y trasparente como una perla, tembló entre sus párpados.

La condesa admiraba en Antonio la abnegacion, la constancia y el cariño que le habian hecho dominar la fatiga que necesariamente debian ocasionarle las rudas tareas que se habia impuesto.

Tambien descubria en aquella alma un fondo de nobleza y honradez, una delicadeza de sentimientos tan esquisita, que le hacian mas digno de todo su aprecio.

Despues, habia una tan perfecta regularidad en todas sus facciones, tenia Antonio una fisonomía tan simpática y tan distinguida, si se nos permite esta frase, que la jóven se complacia en estarle contemplando.

X.

Elena habia perdido á su madre cuando aun era niña.

Su padre, ocupado en sus negocios de Bolsa y en sus especulaciones, no muy limpias algunas de ellas, no podia dedicarse á contemplar á su hija ni á prodigarla los cuidados y atenciones que solo una madre sabe prodigar.

De modo que Elena estuvo durante largos años confiada á manos mercenarias que no se tomaban interés ni por su educacion ni por inculcarla esos sentimientos y esas ideas que constituyen primero una jóven digna de aprecio, y despues una madre de familia acreedora al respeto y á la veneracion de todas las personas que la rodeen.

XI.

Afortunadamente para Elena, su madre habia podido dejar en su alma, niña todavía, el gérmen de sus sanos y rectos principios; y esta semilla fructificó tan abundante y tan oportunamente, que Elena creció en medio del abandono de su padre, con un tesoro de sentimientos en su corazon; mejor mil veces que los tesoros que la Torre estaba acumulando.

El aislamiento en que se hallaba la hizo pensar, y Elena se encontró con el raciocinio de una mujer, cuando apenas entraba en la adolescencia.

Llegó un dia en que su padre se encontró con bastantes riquezas para establecer su casa de banca, y con una multitud de relaciones para obtener un título, y entonces pensó en su hija.

En la nueva esfera en que iba á brillar, su hija tenia que representar ya un papel nuevo, y era necesario que supiese sostenerlo dignamente.

Volvió hácia ella su vista, y quedó admirado completamente al ver una mujer bajo las formas de una niña.

Unicamente advirtió una sombra de tristeza en aquella frente, y una cierta vibracion de severidad en aquel acento.

Entonces observó mas detenidamente á su hija.

La admiró en la buena direccion de los asuntos domésticos, y se sorprendió agradablemente al verla bordar con una perfeccion que honraba á su maestro, y al escuchar su linda voz de mezzo-soprano, cantando los mejores spartitos del repertorio italiano.

XII.

Tuvo largas y frecuentes conversaciones con ella, y se convenció de que su hija tenía profundos conocimientos en geografía é historia; que poseia el italiano y el francés, y que respecto á la direccion de una casa no tenia necesidad de leccion alguna.

El bueno del banquero creyó volverse loco de alegría.

Una hija como Elena, era una cosa que él no la esperaba ni podia esperarla. Es menester hacerle justicia de que comprendia tambien que no la merecia.

Pero, en fin, ya que la suerte se la proporcionaba con una tan brillante educacion y tan bien aprovechada, ¿qué habia de hacer mas que felicitarse por su buena suerte?

Habló nuevamente con su hija y la esplicó el cambio que iba á operarse en su posicion, y las exigencias que respecto á ella tenia el círculo en que iban á penetrar.

Elena le escuchó con el respeto y la atencion que debe á su padre un hijo bien educado.

Despues alzó hácia él sus ojos negros, se sonrió tristemente, y le dijo:

—Está bien, padre mio; trataré de mostrarme digna de usted.

XIII.

Elena volvió á su melancolía habitual.

El banquero se preguntaba muchas veces qué causas podria tener su hija para semejante tristeza.

Y este pensamiento le preocupaba algunos ratos.

En su ignorante egoismo, no comprendia que su abandono, su negligencia, su falta de cariño hácia su hija, habian tenido la culpa de que el alma de Elena se replegase en sí misma, y no sintiese hácia él aquel cariño que un hijo siente siempre respecto al autor de sus dias.

Para el banquero, su hija no habia sido mas que un mueble de lujo, del cual no se acordó mas que para ver qué tal efecto producia en medio de sus salones.

La aparicion de Elena de la Torre en medio de la alta sociedad financiera, no pudo menos de causar cierta sensacion.

Era jóven, era hermosa, y se la reputaba como una de las mas ricas herederas de la córte; y estas tres eran razones escesivamente poderosas para que los hombres las mirasen con alguna atencion, y las mujeres con bastante envidia.

Así fué, que desde que hizo su entrada en el mundo, se vió rodeada de adoraciones, y sus oidos escucharon palabras de un lenguaje nuevo completamente para ella.

XIV.

Aquellas lisonjas, aquella atmósfera nueva para Elena, y doblemente embriagadora para una persona que de pronto se veia trasportada á ella, la deslumbraron, y hubo momentos que sus ideas estuvieron un tanto vacilantes.

Pero venció por fin.

Las palabras de amor que escuchó, no consiguieron que las acogiera y correspondiese á la pasion que espresaban; pero sí la hicieron que despertase una fibra adormecida hasta entonces en el fondo de su pecho.

Entonces sintió un amor, no vulgar como los que veia constantemente á su derredor, sino una pasion purísima, y tan virginal estaba su pensamiento.

Se forjó un ser á quien consagrar todos los tesoros de cariño que habia en su alma, y este ser no lo veia realizado en ninguno de los elegantes, apuestos, y fátuos caballeros que la rodeaban.

Buscó con ánsia, en medio de la sociedad en que vivia, un hombre que la comprendiese y la indemnizase del abandono y del egoismo de su padre.

Pero por desgracia no lo encontró.

XV.

Entonces, como antes, habia replegado sus afecciones filiales; replegó tambien á lo mas recóndito de su corazon sus amores de ternura; y su rostro, que se habia esclarecido algun tanto al despertarse aquella nueva pasion, volvió á cubrirse del mismo tinte melancólico que tan interesante la hacia.

En esta disposicion de ánimo, su padre la presentó un dia á D. Alejo Enriquez, ponderándole sus pingües rentas y encomiándole sus cualidades físicas y morales.

Elena, como si hubiese adivinado todo lo que de asqueroso y bajo habia en el indiano, sitió desde luego una repulsion invencible hácia él.

D. Alejo Enriquez se dedicó desde entonces á hacerla la córte, y no pasaba dia que no fuera á ver á la hija del banquero, y por la tarde en la Fuente Castellana su caballo iba á la portezuela de su carruaje, y por la noche en el teatro, siempre consagraba una hora á visitar en el palco

á la encantadora heredera del conde de los Caños.

No podia menos de chocarle á esta semejante asiduidad.

Se preguntaba muchas veces qué causa podria haber para esto, y casi nunca encontraba contestacion.

Finalmente, llegó un dia en que se despejó la incógnita.

El banquero anunció á su hija que D. Alejo Enriquez habia pedido su mano, y que él, contando con su asentimiento á una tan ventajosa union, se la habia concedido.

XVI.

Elena quedó anonadada.

En aquel momento, lo que hasta entonces habia sido solo repulsion, se convirtió en aborrecimiento al indiano.

La respuesta de la hija del banquero fué, como comprenderán nuestros lectores, una negativa formulada de la mejor manera posible.

Su padre no insistió por entonces.

A los pocos dias volvió á hablar sobre el particular y recibió la misma contestacion.

Entonces tomó el aire y el acento de un padre irritado y la impuso su voluntad para que se verificase su union.

Las lágrimas corrieron entonces por las megillas de Elena, pero el conde del Caño se mantuvo inflexible y lo único que pudo obtener su desconsolada hija fué que se dilatase algun tiempo su enlace.

D. Alejo Enriquez entonces penetró en la casa bajo el pié de esposo futuro, y su presencia se hacia cada vez mas insoportable á la desgraciada jóven.

Comenzó por el agradecimiento que la inspiró la valiente y generosa accion del jóven, y muy presto llegó á interesarse por él de una manera que tal vez hubiera herido la susceptibilidad del esposo futuro, á haber podido penetrar en el corazon de Elena.

Pero esta ocultó sus sentimientos y cada dia miraba llegar la noche con cierto despecho, porque su libertador no habia ido á verla como ella le exigió.

XVII.

Por fin dió la casualidad de su encuentro en la calle de Atocha, y como consecuencia de este, Antonio fué á verla.

Salió de allí nuestro amigo en un estado digno de lástima.

Y decimos esto porque si enamorado entró allí, cuando salió estaba loco.

No habia tenido ocasion hasta entonces de ver y hablar detenidamente con Elena, y aquella conversacion, aquella entrevista demostraron al jóven que aquella mujer era digna, no del amor de un hombre. sino de la adoracion de todo el mundo.

Elena par su parte quedó tambien mas preocupada que hasta entonces habia estado.

Exigió á Antonio palabra de que fuera al domingo siguiente á verla, y esperó con impaciencia que llegase este dia.

Mas por desgracia la madre de Antonio habia sido atropellada la noche anterior por el carruaje del marqués de Pino Blanco, y el cajista se olvidó de todo para ir á ver á su madre.

Elena vió con un profundo disgusto que el jóven no iba, y aquella noche en el teatro no pudo menos de verter una lágrima.

¡Era la primera que derramaba por su naciente amor!

XVIII.

Cuando el cajista se convenció de que German le habia dicho la verdad, y que su madre estaba fuera de peligro y asistida de una manera cual nunca se pudiera esperar, pensó en lo que habria dicho Elena al ver que no iba.

Pero desgraciadamente en toda aquella semana no habia un dia de fiesta y tuvo que esperar hasta el domingo.

Cuando llegó este, Antonio fué á casa de la condesita del Caño.

A todas partes la acompañaba, y en esta situacion fué cuando conoció á Antonio.

Preguntó por ella, y el portero, que se conocia que era nuevo, le contestó que no recibia la señorita.

Este fué un golpe terrible para el jóven.

Salió de allí desesperado, la acusó de ingrata, y únicamente al cabo de algun tiempo, ya mas sereno, se dijo que nada de particular tenia que Elena no quisiera recibirle, toda vez que era harto insignificante para que se le concediese semejante honra.

El portero ya hemos dicho que era nuevo, y á la doncella de la condesa se la olvidó el decirle que dejase pasar al jóven que se presentase con las señas de Antonio.

Por lo tanto, cuando Elena supo que Antonio habia estado, se incomodó estraordinariamente, y esperó con ánsia

el dia inmediato, que tambien era fiesta, por si iba el cajista.

Pero este no pareció.

Habia hecho juramento de no volver mas á casa de Elena, y tenia la fuerza de voluntad suficiente para llevarlo á cabo.

La condesita, al cabo de dos dias, estaba mas furiosa por la negativa del portero á la demanda del jóven, y sin poder dominar la vehemencia de su deseo, se decidió por ir á su casa.

—Iré á verle, decia, y de esa manera socorreré á su madre, pues los ricos deben favorecer á los pobres, y mucho mas cuando estos les han hecho un servicio tan señalado como el que yo debo.

Y por medio de estas palabras queria Elena engañarse respecto al sentimiento que la impulsaba á ir á la casa del cajista.

CAPITULO XXXVII.

Continuacion del anterior.—Una entrevista.

I.

Elena estaba, como vulgarmente se dice, sin saber que hacer.

Su voluntad la inclinaba á ir á la casa del jóven.

Pero las conveniencias sociales, estas trabas que el mundo impone á las jóvenes solteras, se lo impedian.

Y en esta lucha se pasaron algunos dias.

Por fin, al cabo de ellos, adoptó una resolucion.

Mandó á buscar un coche de alquiler, y acompañada por su doncella, dió la órden para que la condujeran á la casa del cajista.

Este se hallaba en la imprenta.

Su madre estaba aun en el hospital.

II.

De modo que quien recibió á la jóven fué el Sr. Lucio.

—¿A quién buscan Vds.? las preguntó.

Elena quedó turbada algunos instantes.

No estaba prevenida para aquella pregunta, y por lo tanto la sorprendió doblemente.

En términos, que el honrado contramaestre tuvo que volver á preguntarla:

—¿Por quién preguntan Vds.?

Entonces hizo la condesa un esfuerzo y respondió:

—Veniamos buscando á una anciana que tiene un hijo que se llama Antonio.

—Aquí es; pero, desgraciadamente, no está en casa.

—¿Y tardará mucho en venir? preguntó Elena con interés.

—¡Ay señora! ¡quién sabe!... Pero pasen Vds. y tomen asiento: no tardará mucho su hijo, porque ya está próxima la hora de comer.

Y Elena y su nodriza, precedidas del Sr. Lucio, pasaron á una salita muy pobre, como ya en otro lugar hemos dicho, pero muy aseada.

III.

Ambas se sentaron, y Elena dijo:

—¿Acaso le ha sucedido alguna desgracia á la pobre anciana?

—¡Oh! sí, señorita; una desgracia que no ha tenido felizmente todas las consecuencias que debian esperarse.

—Hable V... ¿Qué ha sido?

—Hace dos dias que la atropelló el coche dol marqués de Pino Blanco.

—¡Dios mio!

—Y desde esa época, está la desgraciada en el hospital.

—¿Y fueron de gravedad sus lesiones?

—No señora.

—¡Y yo que venia á tratar de aliviar su suerte!...

—¡Oh! en cuanto á eso, la pobre estaba mas contenta, y vivia mas feliz en medio de su pobreza, que otros muchos nadando en medio de la abundancia.

—Pero....

—Y sobre todo, tiene un hijo, que por nada en el mundo consentiria que nadie socorriese á su madre, pudiendo él trabajar.

—Es que yo tengo contraida una deuda con Antonio, que hubiese querido pagar á la pobre anciana.

—¡Ah, señorita! dijo el Sr. Lucio con ese acento de ruda nobleza que suele encontrarse algunas veces entre las gentes del pueblo; los favores pequeños y mezquinos que pueden hacer los pobres, los hacen siempre por el deber que tienen de socorrer á sus hermanos, nunca por el beneficio que puedan reportarles.

—Es que yo le debo la vida, contestó Elena con fuerza.

—Y yo tambien, repuso sencillamente el anciano.

—¿V. tambien?... dijo sorprendida la jóven?

—Si no hubiera sido por él, hubiera muerto atropellado por una diligencia.

—Y á no ser por su arrojo y abnegacion, habria sido arrastrada por mi caballo, que se desbocó una mañana que salí á paseo.

—¡Oh! mi Antonio tiene un gran corazon. ¡Voto á mil rayos!... Pero.... perdone V...., señorita; se me escapó: es una costumbre de mis tiempos de marino.

IV.

Pero Elena no le escuchaba.

Aquel nuevo rasgo de Antonio, la enorgulleció.

Y preocupada y pensativa permaneció algunos momentos, hasta que el sonido de la campanilla la hizo alzar la cabeza.

—Ya está ahí, dijo el contramaestre.

Y se dirigió hácia la puerta, la abrió, y Antonio penetró en la estancia.

Al ver á Elena, se quedó parado, presa de una profunda agitacion.

Jamás podia haberse imaginado que la condesa fuera á su casa.

Su rostro se cubrió de un encendido rubor, y sus ojos se fijaron con avidez en la fisonomía de la jóven.

Esta, por su parte, quedó muda como él, y ruborosa y palpitante, miraba tambien á Antonio.

Y aquellas dos miradas chocaron y se confundieron.

Se acariciaron, y en su lenguaje elocuente, mucho mas por su mutismo, se dijeron todo cuanto pasaba en el fondo de sus almas.

V.

El Sr. Lucio los contempló primero con asombro, des-

pues movió la cabeza á uno y otro lado, y salió de la habitacion murmurando:

—¡Ta... ta... ta!... hé aquí la niña que causaba la melancolía de mi Antonio.

Este, por su parte, se pasó la mano por la frente como si quisiera alejar una idea que le afligiese, y serenándose algun tanto, dijo:

—¡V. E. aquí, señora condesa!

—¡Diablo! esclamó el Sr. Lucio, que aun pudo escuchar estas palabras; ¡una condesa nada menos!... Pues el chico no pica poco alto que digamos... Y ella le quiere, no hay que dudarlo... á un viejo lobo marino como yo, no se le escapan estas cosas.

Entretanto decia Elena al cajista:

—Ya le he dicho á V. que no quiero tratamientos. ¿Quiere V. enojarme mas de lo que estoy por su falta de cumplimiento á la palabra que me dió?

—Señorita, un accidente imprevisto y muy desgraciado...

—Ya lo sé, y lo he sentido estraordinariamente.

—¡Tanta bondad!

—Haz el favor de esperar ahí fuera, Catalina, dijo Elena volviéndose á su nodriza.

VI.

Los dos jóvenes quedaron solos.

Algunos momentos permanecieron silenciosos.

Pero aquel silencio era sumamente embarazoso para ambos, y el jóven fué el primero en romperlo.

—Pero, señorita, ¿á qué debo la honra de ver á V. en esta casa?

—A devolverle á V. la visita que me hizo, y á darle una satisfaccion.

—¡A mí!... ¿de qué, señorita?

—Por no haberle dejado el portero pasar el dia que usted estuvo allí.

—¡Oh!...

—Y el jóven, al recordar la herida que la prohibicion le causó, no pudo menos de palidecer.

—Puede V. creer que lo sentí muchísimo, pero era nuevo el portero, y no comprendió bien que la órden que le dí, no era estensiva para V.

—No tenia V. necesidad de haberse molestado para eso. ¿Qué he hecho yo para ser digno de tanta honra?

—Tener el corazon mas noble que el de muchos hombres que tienen lleno de cuarteles su escudo; ser el hijo mejor de todos, y tener siempre su vida dispuesta á sacrificarla por favorecer á sus semejantes... ¿Le parece á V. poco, acaso? prosiguió Elena con una especie de exaltacion. Usted me ha salvado la existencia, y nada ha querido aceptar como recompensa de semejante servicio.

—Yo estoy suficientemente recompensado con verla en esta humilde habitacion.

—¿Y no exige V. nada mas?... Escuche V., Antonio; su madre se encuentra enferma, V. trabaja demasiado, y necesariamente ese esceso ha de hacerle daño: si esto sucede, si V. cae enfermo, ¿qué va á ser entonces de su anciana madre?,.. Déjeme V. que yo le ayude á cuidarla.

—¡Oh, señorita! si alguna vez hubiera dudado de la existencia de los ángeles, creeria en ella al oir á V.

Y el acento de Antonio espresó al decir estas palabras mucho mas que gratitud.

VII.

—¿Luego acepta V.? preguntó Elena con ansiedad.

—Mil gracias; pero no puede ser. Me parecería que el servicio que la habia hecho se lo habia vendido. Quiero que el recuerdo de V. permanezca para mí sin la mas leve sombra de interés.

—¡Mi recuerdo!... ¿Pues qué, acaso se acuerda V. alguna vez de mí?

—Siempre, contestó Antonio con efusion; siempre su memoria de V. va conmigo á todas partes, y ese recuerdo es un...

Y el cajista se detuvo de pronto, porque comprendió que iba á decir demasiado.

Elena le escuchaba con avidez.

Habia en el semblante del jóven un sentimiento, una entonacion, que iba á herir profundamente la fibra del amor de la condesa.

VIII.

—Prosiga V., le dijo esta, sorprendida de la brusca interrupcion del cajista.

—No puede ser, señorita: hay delirios que no deben escaparse nunca de la imaginacion que se los forja.

—¿Por qué razon? preguntó Elena, que á pesar de que comprendia lo falso de la situacion en que se hallaba, se dejaba arrebatar por ella.

—No me lo pregunte V., porque ni puedo, ni debo responder.

—Es decir, que no quiere V. concederme su confianza...

—¡Oh! ¡señorita! no me diga V. eso, porque sufro demasiado.

—¡Sufre V., y no quiere participarme sus penas!... Eso no puede ser... me haria V. que me avergonzase de deberle la vida.

—¡Pero esto es muy cruel!... decia Antonio retorciéndose las manos con desesperacion.

—Pues bien; puesto que V. lo quiere, puesto que no tiene confianza en mí, creo que no debemos vernos mas.

IX.

Y la jóven se levantó, y con los ojos llenos de lágrimas, pero con el rostro pálido y severo, dió algunos pasos dirigiéndose hácia la puerta.

—¡Señorita, tenga V. piedad de mí!

El acento de Antonio espresaba una angustia tan verdadera, que Elena se volvió, diciendo:

—Pero hable V., Antonio, hable V.; y no me tenga en semejante incertidumbre.

—Es que, si hablo, va V. á despreciarme.

—¿Y por qué?

—Porque... he sido un insensato.

—Sepamos... ¿qué tiene V.?

—¡Amor, señorita... pero un amor que me consume... que me devora... que quisiera arrancarlo de mi corazon...

y que, á pesar mio, lo veo que cada vez se afirma mas en él!

—¡Ah!

XII.

Y Elena se llevó entrambas manos al pecho, como si quisiera ahogar los latidos de su corazon.

—¿Vé V. cómo he sido un loco? dijo Antonio con amargura.

—Pero... ¿á quién ama V.? preguntó la jóven con acento un tanto débil.

—¿Y me lo pregunta V.?... ¿A quién he de amar, mas que á la mujer que ha realizado todos los mas puros ensueños de mi alma?... ¿A quién he de idolatrar mas que á usted?

—¡A mi!... ¡Dios mio!... Gracias.

Y Elena tuvo que apoyarse en una silla, porque la emocion que sentia la hacia desfallecer.

Y desde allí dirigió una mirada larga, enamorada é intensa al jóven, que la contemplaba de una manera avara y desesperada.

XIII.

Aquellas pupilas ardientes se encontraron, y se dijeron mas que cuantas palabras hubieran podido espresar.

Y así permanecieron algunos instantes.

Al cabo de ellos, Elena hizo un esfuerzo, tendió su mano al cajista, y con voz trémula le dijo:

—Y yo tambien amo á V.

Y despues de pronunciadas estas sencillas palabras, pasó por delante de Antonio, que no sabia ni qué pensar, ni qué decir; y tras una mirada mas ardiente que las anteriores, salió á la habitacion inmediata y dijo:

—Vamos, Catalina.

Y se despidió del Sr. Lucio, desapareciendo por la tortuosa escalera de la casa.

Antonio permaneció atolondrado, si se nos permite esta frase, por algunos momentos.

Se habia desplomado sobre él un mundo de felicidad, y no se sentia con fuerza para contenerle.

Cuando el Sr. Lucio entró en la estancia, no le sintió, y solamente cuando su acento rompió el silencio diciendo:

—¡Vamos... que la niña, es bocado de rey! Fué cuando el cajista volvió en sí de su aturdimiento.

XIV.

Se lanzó al cuello del contramaestre, y abrazándole con todas sus fuerzas, le dijo:

—¡Me ama... Sr. Lucio... me ama!

—¡Bah!... ¡bah!... eso ya lo sabia yo, contestó el marino arreglándose el cuello de la camisa, que con el apreton del jóven se habia arrugado.

Entretanto, Elena habia salido á la calle.

Iba ya á subir al coche que la esperaba, cuando el caballero D. Alejo Enriquez, que venia en direccion opuesta, la vió salir de la casa de Antonio.

—¡Calle!... ¡Elena aquí!... ¿Qué vendrá á buscar á esta casa?

Y temiendo ser reconocido, se cubrió con el embozo de su capa, y se detuvo á alguna distancia.

Pero ya era tarde.

Elena le reconoció tambien, y su corazon se oprimió dolorosamente al pensar en las consecuencias que podria tener aquel encuentro.

CAPITULO XXXVIII.

Qué iba á buscar D. Alejo Enriquez por aquellos barrios.—Infamia y seduccion.

I.

Bueno será, antes de seguir adelante, decir de dónde venia D. Alejo Enriquez cuando se encontró con Elena.

Para esto tenemos que presentar un nuevo personaje.

Este es Inés.

—¿Y quién es esa Inés, señor autor?

Vas á saberlo, lectora mia.

Inés, diez años antes de los sucesos que vamos refiriendo, era una pobre niña, que vivia con su madre y su padre, que era un honrado carpintero de la calle de la Comadre.

El pobre hombre cayó enfermo, y al cabo de algunos

meses tuvo que ir al hospital, porque se habian agotado ya los pocos recursos con que contaba.

Del hospital al campo-santo tardó en ir muy poco tiempo.

Por manera que Inés se encontró huérfana y pobre.

II.

Por aquel tiempo conoció la madre de Antonio á la viuda del carpintero.

Ambas eran pobres, eran desgraciadas y eran buenas, y ambas simpatizaron.

Los desgraciados se ligan mas pronto que los felices; y las dos mujeres á pesar de la distancia que mediaba entre sus dos educaciones, fueron amigas muy pronto.

De aquí resultó que Antonio, que ya estaba en la imprenta, siguió creciendo al par de Inés.

Los dos eran muy guapos, y quizá un pensamiento para el porvenir cruzó por la mente de las dos madres.

Inés estaba de aprendiza en casa de una modista.

Antonio enseñaba á leer y á escribir á la huérfana, y esta se aprovechó tan bien de sus lecciones, que al cabo de poco tiempo leia y escribia casi como su maestro.

Y así pasaron algunos años.

Antonio mantenia su casa, é Inés casi casi sostenia tambien la suya.

La modista en cuya casa trabajaba, estaba sumamente contenta con ella, y como tenia una parroquia muy escogida, Inés, además de su jornal, que eran cinco reales, sacaba tambien muy buenas propinas.

Tambien solia hacer algunos vestidos en su casa, y de

este modo vivian, si no felices del todo, al menos tranquilas y resignadas.

III.

Cuando los niños traspasaron el umbral de la juventud, la idea que un tiempo cruzó por la mente de las dos madres, se disipó por completo.

Antonio no sentia por la costurera mas que un afecto puramente fraternal.

Inés á su vez queria al jóven cajista con el cariño de una hermana.

Y en esta situacion siguió trascurriendo el tiempo, hasta que un dia, por desgracia, la madre de Inés cayó en cama gravemente enferma.

La enfermedad hizo rápidos progresos, y muy pronto se encontró Inés sola en el mundo, y sin recursos, porque con la asistencia que habia tenido que prestar á su madre, tuvo necesidad de dejar la casa de la modista.

Entonces, la madre de Antonio la ofreció su casa, y el jóven la prometrió velar siempre por ella como un hermano mayor por su hermana mas pequeña.

La jóven aceptó, y durante dos meses vivió en la casa del cajista.

IV.

Pero como la maledicencia se ceba en las cosas y en las acciones mas inocentes, resultó que empezó á comentarse por la vecindad la estancia de Inés, bajo el mismo techo de Antonio, de una manera que la hacia poco favor.

Estas hablillas llegaron á oidos de la jóven, y se decidió por poner un término á aquella situacion.

Habló con la anciana, y esta no pudo menos de aplaudir el proyecto de la huérfana.

Esta no tardó en ponerlo en planta.

Se fué á vivir á un cuarto inmediato, en compañía de una ropavejera del Rastro.

Antonio iba á verla muy pocas veces, y únicamente su madre era la que compartia sus cuidados entre su hijo y aquella otra hija adoptiva que la desgracia la habia proporcionado.

Inés consiguió hacer parroquianas entre algunas de las de su antigua maestra, y á fuerza de trabajo consiguió poderse sostener sin el auxilio de nadie.

V.

Por este tiempo, el Sr. Lucio vino á formar parte de la familia del cajista.

Conoció á la jóven, comprendió todo lo que de bueno y noble habia en su corazon, y la quiso de la misma manera casi que queria á Antonio.

De este modo vivian todos felices y satisfechos.

Un dia iba Inés por la calle de la Montera.

Delante de ella iba un caballero.

De pronto los piés de la jóven tropezaron con un objeto.

Se bajó para ver lo que era, y recogió una lindísima cartera de piel de Rusia con broches de oro.

La abrió, y contenia quince mil reales en billetes y algunas tarjetas.

El corazon de la modista latió con violencia.

El contenido de aquella cartera encerraba su felicidad y la de Antonio y su madre.

Pero ahogó esta voz que gritó en el fondo de su alma y comenzó á mirar á todos lados, buscando al dueño de la cartera.

VI.

Entonces reparó en el caballero que iba delante.

Se acercó á él y le preguntó:

—Caballero, ¿se llama V. D. Alejo Enriquez?

—Sí, hermosa, la contestó este con descaro; ¿qué se ofrece?

—¿Llevaba V. una cartera en el bolsillo?

—Sí, por cierto; y no vacía.

Y al mismo tiempo echó mano á su gaban, cuando la jóven le dijo:

—No la busque V., porque se le ha caido y aquí está.

—¡Bravo, hija!... esa es una gran accion, y yo no puedo pagarla mas que de esta manera.

Y sacó de la cartera dos mil reales, y se los ofreció á Inés.

Esta los rechazó con dulzura, y le dijo:

—Comprenda V., caballero, que cuando no me he quedado con los quince mil que contenia, no aceptaré los dos mil que me ofrece. Mi accion no merece recompensa alguna.

—Pero....

—Beso á V. la mano, caballero.

Y tras estas palabras, pasó Inés delante de D. Alejo Enriquez, y prosiguió su camino.

VII.

—¡Diablo! dijo este así que volvió del aturdimiento que le habia causado la negativa de la jóven. ¡Y es una muchacha guapa!... Parece una modistilla... Bueno será ver lo que se pesca.

Y dicho esto se puso á seguirla.

Y al cabo de dar vueltas y revueltas por espacio de dos horas, llegó hasta la casa de Inés.

Supo dónde vivia, y se decidió á tomar informes.

Y como nunca faltan comadres en la vecindad que se dediquen á averiguar vidas agenas, resultó que el indiano supo quién era Inés, y los medios con que contaba para subsistir.

Conociendo ya el terreno que pisaba, se decidió á dar los primeros pasos.

Acechó á la jóven, y cuando la vió salir, se acercó á ella.

Quiso acompañarla, y ella se opuso.

VIII.

Insistió, y el resultado fué que cuando volvió á su casa, el mestizo seguia aun á su lado.

La jóven no le ofreció su casa, porque ni debia ni podia hacerlo.

Dos dias despues se repitió la misma escena, y ya entonces se mezclaron en su conversacion algunas palabras de amor.

Inés no hizo caso de ellas; pero cuando se retiró á su

casa, su corazon palpitaba de una manera distinta de la que hasta entonces le habia sentido.

Finalmente, al cabo de quince dias, la modista ocultaba un secreto á la familia del cajista.

Este secreto eran sus amores con D. Alejo Enriquez.

Dado por este el primer paso en el corazon de la huérfana, tenia ya adelantado mucho terreno.

Estudió perfectamente su carácter, y comprendió que era necesario tratar de cierta manera aquel amor, á fin de que le diese el resultado que anhelaba.

En este, como fácilmente comprenderán nuestros lectores, iba envuelta la deshonra de la jóven.

Conocido el carácter de D. Alejo Enriquez, esto era lo único que de él se podia esperar.

No sentia amor, porque almas como la suya ni lo sienten ni lo comprenden jamás.

Para él no habia mas que deseo, y para satisfacerlo, ni le arredraba en aquel corazon ni el aislamiento en que se hallaba, ni la desgracia en que podria sumergirla, y se decidió á hacer de ella una de sus víctimas.

IX.

Inés, si bien mas de una vez habia escuchado palabras de amores, nunca las habia oido de la manera que D. Alejo Enriquez la decia.

Poseia ese lenguaje elocuente y apasionado de los Lovelaces y Tenorios de la época, y la huérfana, fascinada por él, no podria menos de sucumbir.

D. Alejo Enriquez era sumamente elegante, y esto era un atractivo mas para la jóven.

La mujer con quien vivia Inés era un instrumento que desde luego pensó utilizar el indiano.

Y así lo hizo.

No habia ido nunca á su casa, y al cabo de dos meses de amores platónicos, una mañana llamaron á la puerta de la casa de la jóven; corrió esta á abrir, y se encontró con don Alejo Enriquez.

Este se escusó de su visita diciendo que iba á avisarla para que fuera á casa de unas señoras, á quienes la habia recomendado, y el seductor penetró en la casa.

La compañera se sorprendió de ver á un caballero tan elegante visitar á su huéspeda, y cuando aquel se marchó, no pudo menos de felicitarla por su eleccion.

Dias despues de esto, ya estaba de acuerdo el hijo de la negra con la dueña del cuarto en que habitaba Inés.

Esta seguia cada vez mas enamorada.

La parecia su amante sumamente formal, y creia con toda su inocencia en la pureza de su amor.

X.

Volvió este á visitarla, y aquel dia por casualidad estaba sola Inés.

Se repitió esta visita, y hubo la misma coincidencia.

Finalmente, llegó un dia en que el ángel de la pureza dejó de batir sus alas sobre la frente de la modista.

D. Alejo Enriquez estaba en el colmo de la felicidad.

Habia estrujado entre sus manos una flor mas, y poco le importaba que su víctima sufriese mas tarde los dolores de su abandono.

Satisfecho su deseo, poco habia de tardar en llegar su olvido.

La frescura de las megillas de Inés se alejó para no volver jamás.

XI.

No comprendió toda la estension de su falta, hasta que esta ya no tuvo remedio.

Entonces ya no sabia cómo presentarse delante de la señora Antonia y del Sr. Lucio.

La primera, gracias á la pérdida de su vista, no pudo advertir la trasformacion que se habia operado en ella; pero el viejo contramaestre fijó en ella sus ojillos grises, y cuando la vió alejarse, no pudo menos de murmurar:

—¡Voto á cien truenos! apostaría cualquiera cosa á que la chica está tan enamorada, que casi está á pique de arriar el pabellon.

Y entonces redobló su vigilancia respecto á la jóven.

Pero por desgracia ya era tarde.

Antonio tambien observó el estado de Inés, y no pudo menos de estremecerse cuando al poco tiempo la vió palidecer estraordinariamente, y cuando reparó en el círculo amoratado que al rededor de sus ojos imprimian las lágrimas y los insomnios.

XII.

Comunicó sus temores al Sr. Lucio, y el marino convino en que habia grandes motivos para alarmarse.

Entonces el anciano tuvo una entrevista con Inés.

En ella la habló como un padre á una hija querida, la instó para que le revelase su secreto, pero ella lloró mucho, mas permaneció callada.

Antonio á su vez fué á verla.

El hermano mas cariñoso, el amigo mas leal, no la hubiera hablado de la manera que él lo hizo; pero obtuvo el mismo resultado que el Sr. Lucio.

Entonces se dedicó á observar.

Supo que hacia algun tiempo que la visitaba un caballero con bastante frecuencia, y que despues disminuyó gradualmente sus visitas, hasta que estas fueron muy de tarde en tarde.

Las mismas comadres que en otras épocas dieron las noticias que deseaba á D. Alejo Enriquez, contaron á Antonio lo que mas arriba hemos dicho.

XIII.

Inés cada dia estaba mas triste.

El mulato escaseaba mucho sus visitas, y la jóven comprendió, aunque tarde, la clase de hombre á quien habia entregado las primicias de su amor.

Antonio con las noticias que sabia, y alarmado por el estado de su hermana, se decidió por abordar con toda franqueza la cuestion.

Fué á verla, y al cabo de algunos momentos, la dijo:

—Vamos, hermana mia, cuéntame tus penas.

—¡Penas yo!... ¿por qué he de tenerlas? repuso la jóven haciendo un esfuerzo,

—Mira, Inés, prosiguió el cajista con gravedad; no tra-

tes ni de engañarme ni de engañarte; tú sufres mucho, y yo conozco la causa.

—¡Tú!...

—Sí, hermana. Tú amas á un hombre que ha correspondido muy mal á ese cariño.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo, que lo he observado. ¿Crees que habiendo advertido en tu rostro las señales de las lágrimas, no habia de buscar el causante de ellas?

—¡Dios mio!

XIV.

E Inés dejó resbalar por sus megillas dos lágrimas que bajaron á perderse entre los pliegues de su pañuelo.

—Ea... no llores mas... ya sabes que todos te queremos como si fueras de la familia... Cuéntame toda esa historia, y todos te consolaremos.

—¡Oh! me moriria de vergüenza.

—¿Por qué? ¿acaso porque haya algunas manchas en tu vida, ha de resfriarse nuestro cariño?... Cuenta, Inés mia, cuéntame lo que te ha pasado.

—No puedo, Antonio, no puedo, contestó la jóven con desesperacion.

—Haz un esfuerzo, hermana mia, hazlo por mí.

—Perdóname, hermano mio.

—¿De qué te he de perdonar?... ¿Has encontrado algun hombre que te haya hablado de amor?

—Sí... por mi desgracia, lo encontré.

—Y tú le creiste, porque tu alma tendria necesidad de ello, porque tú le amarías, ¿no es cierto?

—Sí; yo le amaba.

—¡Y nada me digiste!... esclamó Antonio con un leve acento de reconvencion.

—¡Oh! perdóname.

—Al contrario, te bendigo... ¿Y ese hombre entró en tu casa?

—¡Ojalá no lo hubiera consentido!

—¿Y seria indudablemente un caballero?

—Era un título.

—¡Pobre hermana mia!... ¿Y tú, enamorada y ciega, cediste á su seduccion?

—Sí.

Y el acento de Inés era escesivamente débil, y su rostro estaba cubierto de una palidez espantosa, y sus ojos brotaban un raudal de lágrimas.

XV.

Antonio la contempló con sombría desesperacion.

Despues la dijo:

—No llores, Inés, no te aflijas más: ya no tiene remedio.

—Pero ¿puedo yo borrar ese recuerdo de mi pasado?

—¿Y qué hizo luego ese hombre?

—Disminuye sus visitas.

—Ya lo creo... despues del triunfo, el olvido es la táctica de esos señores.

—Yo lloré mucho, y cuando lo ví, no pude menos de exhalar algunas quejas.

—¿Y qué te dijo él?

—Me dió algunos billetes de banco.

—¡Miserable! gritó Antonio ciego de cólera. ¡Como si con el oro se pudiera pagar la honra de una mujer!

—Antonio, cálmate.

—Tú lo rechazarías, ¿no es cierto?

—Aun no estaba tan envilecida, que fuera á aceptarlo.

—¿Y despues?

—Despues, las pocas veces que ha venido, siempre ha querido hacerme algun obsequio, que yo he rehusado.

—Muy bien hecho, Inés; aun eres digna de ser una hermana.

—Pero no digas nada de esto á tu madre.

—¿Por qué?

—Me moriria de vergüenza al presentarme delante de ella.

—Y dime, ¿cómo se llama ese caballero?

—¿Para qué quieres saberlo? preguntó Inés sobresaltada.

—Para nada: por simple curiosidad.

—No quiero decírtelo, Antonio... Conozco tus ideas, y mas vale que le perdones, como yo lo he hecho tambien.

—Es que tú eres un ángel.

—Yo soy una pobre mujer que ha sufrido, y los que sufren perdonan mas fácilmente que los que siempre han sido dichosos.

—Vamos, Inés, dime quién es... Pero me parece que han llamado.

XVI.

Y asi era en efecto.

En vez de tocar á la campanilla habian dado dos golpes á la puerta.

Inés se ruborizó estraordinariamente, palideció despues, y finalmente, temblando como una azogada, bajó la vista.

Antonio la contempló algunos momentos en silencio.

Despues sintió que otra vez llamaban á la puerta, se levantó y fué á abrirla.

CAPÍTULO XXXIX.

Dos familias desgraciadas.—Efectos que provienen todos de una misma causa.

I.

Presentando personajes nuevos, nos hemos olvidado de los antiguos.

Quizá nuestros lectores se hayan disgustado por esto; pero tenemos la seguridad de que se han de convencer de los gravísimos inconvenientes, hasta cierto punto, que tiene una obra de las dimensiones de la que nosotros estamos escribiendo, y por lo tanto nos disculparán.

Tenemos que presentar cuadro sobre cuadro, y diferentes todos, y con actores completamente distintos.

Tenemos que recorrer esa vasta escala social que dá principio en la primera persona de un pais para concluir con el último mendigo.

II.

Ya saben nuestros lectores la multitud de clases en que se subdividen las tres en que está dividida la sociedad.

Y como que los MISTERIOS DE MADRID no pueden circunscribirse á una clase sola; como que estos no existen en esta ó en aquella, sino que están en todas, de aquí el que tengamos necesidad de dejar trascurrir algun intérvalo desde una á otra, y que presentemos tantos y tan variados personajes.

Esta falta, que no es precisamente nuestra, sino que está en la índole especial de nuestra obra, creemos que se nos disculpe, y contando con esa indulgencia, proseguiremos con nuestra narracion.

Vamos á ocuparnos de dos desgracias, procedentes ambas de una misma causa.

La una se referia á una persona sola, al menos en el momento en que nosotros hablamos; despues quizá recaigan tambien de una manera harto dolorosa en otra ó en otras personas.

Y vamos á hablar de Mario.

Este solo nombre revelará á nuestros lectores uno de los sufrimientos que vamos á referir.

La noticia que habia recibido en el teatro le impresionó de una manera estraordinaria.

Salió del teatro loco, frenético, delirante.

Estuvo corriendo durante algunas horas, y cuando regresó á su casa, ya sabemos la carta que le esperaba escrita por Cesarina.

III.

La leyó, y aquel era el único golpe que le faltaba.

Entonces se convenció de la verdad, como le decian algunos hombres á quienes él habia oido, que todas las mujeres eran falsas, que devolvian desden por cariño, y que mataban sin piedad las ilusiones, las creencias y las esperanzas de aquel que confiara en ellas.

Aquella fué una noche horrible.

Mario ocultó la cabeza entre sus manos, y así dejó trascurrir muchas horas.

IV.

¡Cuánto pensaria nuestro buen Mario!...

Una lágrima temblaba entre sus párpados.

Y debe ser inmenso el sufrimiento de un hombre, cuando hace que este se exhale y rebose hasta sus ojos.

Nosotros no hemos sido de los que creen que el llanto en un hombre significa cobardía.

Lo que sí creemos es, que cuando un hombre no puede ocultar la lágrima que asoma á sus ojos, es porque el dolor, á pesar suyo, se desborda de su corazon.

Mario, durante aquella noche, pasó momentos horribles; no podia convencerse de que aquella mujer, á quien él habia juzgado tan buena, tan inocente, tan sencilla y tan enamorada, fuera la misma á quien habia visto en el teatro desdeñándole y coqueteando con otro.

Dudaba si estaba soñando.

Pero tendia los ojos sobre la mesa, y la carta de Cesa-

rina estaba allí, y aquella carta hablaba demasiado claro y demasiado fuerte para que el jóven pudiera dudar.

Y en este estado, de esta manera, con esa fiebre ardiente de un dolor horrible y desesperado, trascurrió aquella noche.

V.

Cuando amaneció, nuestro pobre amigo estaba tranquilo.

Es decir. habia conseguido encerrar dentro de su corazon la tempestad que durante toda la noche habia estado rugiendo en su pecho.

Estaba escesivamente pálido.

Las huellas del dolor se daguerreotipaban en él de una manera enérgica.

Pero su continente era tranquilo, y su acento no revelaba emocion alguna.

Cuando toda la gente de la casa se habia levantado, cuando la mañana principiaba á avanzar, quizá con demasiada rapidez para algunos, Mario mandó llamar á su patrona.

El jóven era querido de todo el mundo, tanto por la bondad de su carácter, cuanto por las demás buenas cualidades que le adornaban.

Su patrona especialmente le queria muchísimo.

Y cuidado que para que una patrona quiera á un huésped se necesita bastante.

VI.

Así fué, que inmediatamente corrió al cuarto del jóven.

—¿Qué queria V.? le dijo.

—Quiero que vea V. en qué estado se halla toda mi ropa.

—¡Cómo!...

—Voy á marcharme.

—¿Qué, se vá V. á ir? ¿y dónde? ¿por qué? preguntó la patrona haciéndose cruces.

—Cálmese V., Ramona, no crea V. que al salir de su casa lo haga para marcharme á otra.

—Entonces...

—Me voy de Madrid.

—¿Pero, hijo mio, qué vá V. á hacer fuera de aquí? ¿vá V. colocado? ¿qué sueldo lleva V.? preguntó la patrona con esa curiosidad peculiar á las mujeres de todas condiciones.

—No voy colocado; no llevo sueldo ninguno.

—¿Por qué se marcha V. entonces?

—Porque la atmósfera de Madrid me sofoca; porque no puedo respirar mas tiempo un ambiente que me hace daño.

VII.

La patrona miró sorprendida al jóven.

Quizá adivinó algo de lo que pasaba en su corazon, porque sonriéndose maliciosamente, repuso:

—Vamos, picarillo, eso es que V. está enamorado, y nada mas; ha tenido V. alguna reyerta con madama, y de ahí proviene ese disgusto; ¡eh! qué diablo, eso se pasará pronto.

—Tengo formada mi resolucion; y creo que V. sabe

cuán irrevocable es esta, desde el momento en que la formé.

Y Mario pronunció estas palabras de una manera tal, que demostró á la vieja que cuanto hiciera para disuadirle seria completamente inútil.

—¿Y cuándo vá á ser la marcha? preguntó.

—Esta noche.

—¡Ave María purísima! ¡esta noche!...

—Sí, señora.

—¿Pero está V. en su juicio? ¿cómo vá V. á prepararlo todo para esta noche?

—V. arrégleme mi ropa, que yo me cuidaré de arreglar todos mis demás asuntos.

—Pero hombre, ¿por qué no lo deja V. para mañana?

—Porque es necesario que abandone á Madrid cuanto antes.

—Pues hombre, no le ha entrado á V. poco pronto ese deseo.

—Creo que nada me hará falta para cuando yo vuelva.

—¿Y se puede saber dónde vá V.?

—Voy á Barcelona.

VIII.

—Pero señor, si no puedo creerlo, decia la patrona momentos despues, á la par que salia del cuarto de nuestro amigo; ¿en qué consistirá que ayer estaba tan alegre y se encuentra tan triste y tan abatido? vamos, si yo no sé estos jóvenes del dia cómo son.

Y la patrona no cesó de pensar en todo el dia en la repentina resolucion de su huésped, al par que arreglaba la

ropa de este, segun le habia encargado.

Mario se despidió de sus discípulos, satisfizo los honorarios que le habian adelantado algunos de ellos; hizo algunas visitas, y por fin, aquella tarde se dirigió á casa del marqués de Pino Blanco.

Y decimos por fin, porque efectivamente estuvo pensando toda la mañana sobre aquello, vacilando en si iria á ver al hombre que le habia dado un golpe tan terrible la noche anterior.

IX.

Pero por fin comprendió que á él le correspondia irle á dar una satisfaccion, por la manera tan brusca con que habia abandonado el teatro.

En su consecuencia se dirigió á la casa del marqués.

Cuando este le vió, esclamó alegremente:

—Hombre ¿qué diablo de mosca le picó á V. anoche, que nos abandonó así, sin mas ni mas?

—Dispénseme V., pero son movimientos que no se pueden reprimir; hay cosas que afectan.

—¿Y qué fué lo que le afectó á V.?

—Nada.

—Vamos, ya caigo; le ví á V. mirar con mucha atencion hácia el palco de la condesita de la Union, y...

Mario no estaba ducho en ese gran arte de la sociedad, que se llama fingimiento.

X.

En su consecuencia se ruborizó estraordinariamente.

Y contestó con voz un tanto conmovida:

—No, señor, no es eso.

—Vamos, hombre, ¿y por qué negarlo? no parece sino que eso sea un crímen; además, por mas esfuerzos que usted haga se le conocerá siempre; el amor es como el aceite, delata á la persona que lo lleva.

—Pero...

—Y vamos, ¿cómo estaba V. con la condesita?

—¡Yo!...

—Justo, V. Me parece que yo no era quien miraba á la condesa, ni quien se marchó del teatro por no poder resistir el estarla viendo junto al vizconde de la Esmeralda, al menos á mí me parece que no.

—Pero si yo no he dicho nada respecto á la condesa, murmuró Mario haciendo un esfuerzo.

—Bueno, bueno, sea como V quiera; pierda V. cuidado que vayamos á reñir por eso; vamos á dar la leccion cuando V. guste.

XI.

Y el marqués indicó á nuestro amigo los libros que tenia sobre la mesa.

—Dispénseme V., dijo entonces Mario.

—¿Qué, no quiere V. que demos leccion? pues me alegro mucho; casualmente nada he estudiado hoy; no me regañe V., mi querido profesor, prosiguió Luciano estrechando afectuosamente las manos de Mario; mañana le doy á V. palabra de tener estudiadas dos.

—Me parece que no será conmigo con quien las dará usted.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que me marcho de Madrid.

—¿Qué, se marcha V.?

—Sí, señor.

—¿Y dónde, cómo, por qué?

—Tengo algunos asuntos que ventilar fuera, y...

—Bien, pero... esos asuntos, ¿cómo se han originado tan de pronto? ayer nada sabia V.

—Es cierto; se ocurren las cosas tan de repente...

—Vamos, sea V. franco; ¿no influye algo para su marcha la noticia que recibió V. anoche?

XII.

Otra vez Mario volvió á ruborizarse, y aquel rubor, y aquella turbacion, le vendian de una manera estraordinaria.

Sin embargo, á pesar de lo injustamente y de lo malo que Irene, segun él creia, se habia portado, no queria comprometerla por ningun estilo.

Así fué que dijo:

—No, señor; no sé qué tenga que ver la condesa en asuntos que son mios únicamente.

—Bueno, sea como V. quiera; á mí me parecia haber leido en su corazon, y creia que ese amor era la verdadera causa que le impulsaba á marchar.

—Vuelvo á repetir á V. que no creo haber dicho nada que le indicase la existencia de ese amor.

Entonces me he equivocado.

XIII.

Y de esta manera siguieron hablando durante algun tiempo, hasta que por fin Mario se despidió del marqués.

Aquella noche nuestro pobre amigo con el corazon destrozado abandonaba la córte, donde tantos disgustos habia sufrido.

XIV.

Hemos hablado ya de uno de los efectos que anunciamos al principio de nuestro capítulo.

Ahora vamos á ocuparnos del otro, que como ya dijimos, provenia de la misma causa.

Vamos á penetrar en una casa donde no hemos estado.

Esta es la en que habitan los padres de Angel y de Amalia.

Ya conocemos la vida que llevaba Angel, y solo nos falta saber lo que habia sucedido á su hermana despues de la escena ocurrida en el baile de Capellanes.

De la misma manera que Angel era un alma inocente, cándida y sencilla, su hermana tenia un corazon angelical, y bueno tambien.

Angel no habia amado, y Amalia jamás habia tenido mas cariño que el que profesaba á sus padres, y la afeccion fraternal que hácia su hermano sentia.

Como mujer, como curiosa y como educada en un rincon de provincia, tenia, lo mismo que Angel, unos deseos estraordinarios de ver Madrid por lo que le hablaban cuantas personas habian estado en él.

Todas escitaban sus deseos, y finalmente, el marqués de Pino Blanco obtuvo el que sus padres abandonaran la quietud de su pueblo para complacer á sus hijos que deseaban venir á la corte.

XV.

Y llegaron efectivamente, y en vez de los placeres que se prometian no tuvieron mas que motivo de disgusto.

Angel, ya sabemos cómo estaba.

Amalia tenia que estarlo tambien por otro estilo.

Ya escuchamos tambien la declaracion de Luciano, ya vimos tambien que la jóven fascinada, enloquecida sin poderse ella misma dar cuenta del vértigo que esperimentaba, llevó hasta sus lábios una palabra que era la aceptacion del cariño que el marqués la ofrecia.

Y trascurrieron los dias, y Amalia era imposible que pudiera estar satisfecha.

De la manera que ella comprendia el amor, no era por lo visto de la misma que lo comprendia Luciano.

Así fué, que al ver que se pasaban los dias sin que fuese á verla, que él no se privaba por ella de asistir á los teatros, ni á los paseos ó á cualquiera otra diversion, sufria y se acongojaba no pudiendo creer que aquél hombre la amara.

Ella, amaba al estilo de su provincia.

Creia que el hombre amado debia renunciar á todo para no pensar nada mas que en el objeto amado.

Pero en la córte se ama de una manera muy distinta.

Aquí se ama todo no amando nada; generalmente el

amor la mayor parte de las veces, está en los lábios, nunca en el corazon.

Por lo tanto, se concibe perfectamente que el marqués dijese á Amalia que la amaba y que sin embargo no se privase por ella de diversion alguna.

En su consecuencia nuestra pobre amiga sufria estraordinariamente y sus padres principiaban á creer con harto fundamento que su venida á Madrid en vez de ser satisfactoria, iba á ser altamente perjudicial á sus hijos.

CAPITULO XL

Lo que puede suceder en el teatro.—El baron del Valle.—Contrastes

I.

El baron del Valle, como ya recordaremos, no habia dejado de pensar un momento en el estraño encuentro que habia tenido con el marqués de Pino Blanco.

Lo vió á la puerta de una casa de pobre apariencia y temió una villanía.

Despues recordó que en aquella casa tenia él unas amigas.

Entonces tuvo miedo.

Las conocia, sabia que eran unas personas pobres, pero honradas, y creyó que el marqués querria comprar á la hija al precio de la felicidad de su madre.

II.

Hubiera dado cualquier cosa por saber la verdad de aquello.

Y en su consecuencia trató de averiguarlo, y vamos á ver ahora cómo lo consiguió.

Dias despues de la entrevista que tuvo el baron con el marqués de la Estrella y el conde de Lugo, volvieron á encontrarse los tres en el teatro de la Zarzuela.

El marqués y el conde estaban en el palco del primero cuando German entró en el teatro.

Tomó posesion de su butaca, y sus miradas vagaron errantes por el salon.

Durante aquella revista, mas de una vez se inclinó la cabeza del jóven, ya saludando á una hermosa de buen tono, ya á una belleza de las que ocupaban las localidades de los anfiteatros.

Los gemelos del marqués tropezaron con los del baron.

A esto se siguió como es consiguiente un saludo, y tras este una muda invitacion para que subiese á su palco.

Cuando concluyó el primer acto, subió German, y un instante despues, estrechaba las manos de los dos jóvenes.

—¿A qué milagro se debe el verte por aquí? preguntó el marqués al baron.

—Se estrena esta noche una zarzuela de un amigo mio y he querido ver el éxito que tiene.

—Pues yo estaba aburrido esta noche y le dije al conde: ¿vamos á Jovellanos?... aceptó, y aquí nos tienes.

—¿Y qué tal te parece la obra?

—Phe... así, así.

—Al marqués no le gustan esas virtudes terribles, dijo el conde.

—Como no me gusta todo aquello que no es real.

—¡Y qué!... ¿acaso no puede existir un hombre que prefiera morir de hambre á tocar un cuarto del depósito que le han confiado?

—No, no existe; y si lo hay, no dejará de ser un tonto rematado: y sino, ya lo ves, un pillastre le roba ese depósito, y el que antes no quiso hacer uso de aquel dinero es llevado ahora á la cárcel por abuso de confianza, y como tal irá á un presidio. Luego venimos á parar en que ese hombre era un estúpido; al menos que se hubiese aprovechado del dinero, y ¡qué diablo! la balanza de la justicia...

III.

—Marqués, ¡que te resbalas!... interrumpió sonriéndose German.

—No digo mas que la verdad. Tu amigo, al crear ese tipo, ha buscado el medio de interesar, pero no ha escogido la verdad.

—Segun eso, la verdad debe ser que un hombre robe á otro, lo asesine, deje á una familia en la miseria y él goce y triunfe con el dinero robado; ¿y para ese hombre no hay justicia ni nada absolutamente?

—Nada, conde... ¡Cuántos hay en la sociedad que viven á costa de cien familias sacrificadas, y sin embargo, nosotros, V. mismo tal vez, les hablará, les estrechará la mano, y la justicia ni se ha ocupado de aquel hombre ni se ocupará, y todo ¿por qué? porque tiene dinero, y con este se compra todo, hasta el barniz de hombre de bien!

—Te has empeñado en verlo todo de un modo tan estraño...

—Y que sin embargo, es el verdadero.

—Ya digo lo que siempre te he dicho; hay un fondo de verdad en lo que dices, pero no lo hagas regla general; hay escepciones.

—Es que tomándolo como regla general no me equivoco, y de la otra manera estaba espuesto á pasar mas de una vez por la plaza de primo, y no creas tú por esto que yo me queje del mundo; al contrario, estoy muy satisfecho.

—Pues yo teniendo las ideas de V. respecto á él, desde luego le aseguro que viviria muy disgustado.

—No lo crea V., conde, no lo crea V. En el mundo generalmente no hay mas que dos clases, ó sean víctimas y verdugos: aquellos son los pobres, estos son los ricos; nosotros pertenecemos á esta clase, y lo que en ellos es escandaloso, inaguantable y hasta criminal, en nosotros es hermoso, es hasta natural, y la sociedad nos acoge y nos tolera, por nuestra posicion, nada mas que por nuestra posicion. El dia en que V. ó yo no tengamos un real, entonces el mundo nos volverá la espalda, y solo entonces saldrán á relucir todos nuestros defectos.

IV.

—¿Pero es verdad todo eso? preguntaba asombrado el conde de Lugo mirando á German.

—Sí, señor, por desgracia es verdad: el dinero lo es casi todo.

—Como que es el dios del siglo.

—¡Pero es horrible vivir entre una sociedad semejante!

—¿Y qué le va V. á hacer, conde? Si hemos nacido en ella; no tenemos mas que seguir la corriente; y hacer lo contrario seria esponerse á un ridículo completo.

—¿Y qué?

—Es que el ridículo es el arma que mejor esgrime la sociedad, y con la cual le asesta á V. golpes mas contundentes.

—Señores, que se va á empezar el acto, dijo el baron levantándose.

—¡Pues qué! ¿te vas?

—Sí; en el entreacto subiré, y sino al final.

—Como quieras.

—Adios, señores, hasta despues.

—Hasta despues.

V.

Continuó la representacion de la zarzuela, y cuando nuevamente volvió á bajarse el telon, German fué á hacer otras visitas á varios palcos, á cuyos dueños habia saludado al penetrar en el teatro.

Esto le entretuvo lo suficiente para no poder reunirse con el marqués, segun le habia prometido.

Cuando acabó la representacion, salió y los encontró que ya bajaban la escalera.

—Sigo diciéndote, esclamó el marqués en cuanto le vió, que tu amigo es un estúpido; esa Providencia obligada que ponen los poetas en todas las comedias y novelas, es de muy buen efecto, pero de muy mal gusto y de poca verdad.

—Vamos, marqués, dejémos esa cuestion por ahora.

A la puerta del teatro estaba el carruaje del marqués.

—¿Dónde va V. ahora?... preguntó á este el conde.

—Voy á casa de la condesa D... que recibe esta noche.

—Al menos acompañaré á V. á su casa, ya que no ha mandado V. que venga su carruaje.

—No; me iré á pié con German.

—Aceptado, dijo este.

—Pues como Vds. quieran... ¡Ah!... ya se me olvidaba... oye, baron: regularmente mañana recibiré una prueba del virtuoso amor de mi costurera.

—¿De veras?

—Como lo oyes... ¿Y qué dirás entonces?

—¡Phe!... ¡quién sabe!...

—¡Bah!... ¡bah!... anda con Dios... Hasta mañana, conde.

—Hasta mañana.

—Y el marqués se metió en su carruaje y desapareció.

VI.

German y el conde se dirigieron hácia la calle de la Greda, y durante algunos momentos no dijeron ambos una palabra.

Al cabo de ellos, German dijo:

—¿Con que tan adelantada lleva ya su conquista el marqués?

—Asi parece... Creo que para mañana á la noche ha conseguido una cita de ella... Va á ir á la tienda con su amiga, y...

—Y V. se va con la una, mientras él se marcha con la otra, ¿no es eso?

Y la mirada de German se fijó intensa y escrutadora en el semblante de su interlocutor.

VII.

El conde sintió que se le encendia el rostro de vergüenza, y con voz mal segura contestó:

—El marqués quiere eso; pero yo...

—¿V. vacila?

—Si, señor, vacilo... tiene ese hombre un lenguaje tan incitante, que á pesar mio me impele por un camino en el que no quisiera dar un paso, se lo aseguro á V.

—¡Pobre conde!...

—Sí, muy pobre en medio de mis riquezas. Despues, si el mundo es tan malo como se me pinta; si existe en la sociedad todo ese cieno de que habla el marqués; si el ridículo le acecha á uno por todas partes, ¿qué hacer, mas que dejarse envolver en ese fango?

—Luchar y sostenerse.

—¿Y quién tiene esa virtud?

—Usted, porque es hombre como yo, y yo he vencido á todas esas sugestiones.

El conde miró asombrado al baron, y le dijo:

—¿Entonces es V. la virtud personificada?

—No, señor; no soy mas que un hombre que ha sufrido mucho.

—¿Y esos sufrimientos son de la clase de los que un amigo puede mitigar?

—No; para mis pesares no hay consuelo alguno.

—Terrible es esa palabra.

—Demasiado lo sé.

—Le aseguro á V. que si yo tuviera el convencimiento de que un pesar mio no lo habia de poder mitigar nada en el mundo, aunque fuera un disparate, aunque cometiera un crímen, creo que seria tan cobarde, que por no sufrir mas, me suicidaría.

—Algunas veces he estado yo á punto de hacerlo.

VIII.

—¿Y ha tenido V. el valor de sostenerse? preguntó el conde asombrado.

—Me lo han hecho tener.

—¿De qué modo?

—Ya lo sabrá V. algun dia.

—Segun eso, ¿me contará V. sus desgracias?

—No; pero las leerá V. Regularmente emprenderé dentro de muy pocos dias un viaje, del cual es muy posible que no vuelva mas á España. Entonces le enviaré á usted unos apuntes que tengo escritos sobre mi vida, y ellos le enseñarán á sufrir.

—¡Oh! gracias, amigo mio, gracias. ¿Y cómo corresponderé yo á semejante prueba de confianza?

—No arrojando una mujer inocente á la desgracia, no dando la deshonra en pago de su cariño, no haciendo daño alguno á nadie, y derramando el bien, toda vez que usted se encuentra en posicion para ello.

—Lo haré, German, lo haré. Puede V. tener la seguridad que aunque Adela me quiere con delirio, no abusaré de ese cariño. Yo tambien creo que la amo...

—Pues entonces no se deje V. llevar de las preocupa-

ciones sociales: si V. la ama, sea V. feliz haciendo la felicidad de ella.

—Soy independiente: por desgracia, á nadie tengo que dar cuenta de mis acciones, y por lo tanto regularmente realizaré lo que V. me indica.

—Esa será la mayor prueba de amistad que podrá V. darme.

—Pero ese viaje...

—Ya lo encontrará V. cuando lea mis Memorias.

Y así siguieron hablando algun tiempo.

IX.

Estuvieron tomando café en el Suizo, y despues de haber dado German al conde algunos consejos respecto á la marcha que debia seguir en la sociedad en que habitaba, se separó de él, dirigiéndose hácia su casa.

Al dia siguiente á las once de la mañana estaba Caridad acompañada de su hermana y de su madre, cosiendo á toda prisa unas camisas que tenian que entregar aquella noche.

—¿Qué tienes, Caridad? la preguntó su madre, sorprendida por la estraña preocupacion de su hija.

—Nada, mamá, contestó esta; estoy lo mismo que todos los dias.

—No lo creas; ó estás mala, ó tienes alguna cosa que no quieres confiarnos.

—No seas tonta, Juana, decia Caridad contestando á su hermana; estoy tan perfectamente como siempre, y en cuanto á tener otra cosa, demasiado sabeis que no tengo secreto alguno para vosotros.

—Luego, cuando venga Adela, estarás mas comunicativa.

—Ya... ya... cuando estais juntas, charlais como cotorras.

X.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—Ya está ahí, dijo Juana.

—Voy á abrir la puerta.

Y Caridad dejó su labor y fué á abrir.

Pero apenas alzó el picaporte, dió un grito de sorpresa, y con un acento en que se traslucia una alegría franca y natural, esclamó:

—¡Gracias á Dios, señor perdido, que se le ve á V. por casa!

Y volviendo hácia donde estaba su madre, continuó:

—¡Mamá, si es German!...

Efectivamente, el baron acababa de entrar en la estancia.

—Dios guarde á mi señora doña Andrea, dijo con acento jovial, estrechando la mano de la anciana.

—Adios, German... ¿Dónde ha estado V. metido tanto tiempo?

—He estado muy ocupado... ¿Y Vds. siguen tan buenas y siempre trabajando tanto?

—¿Y qué hemos de hacer?

XI.

Y cada una de las mujeres prosiguió su labor, y el ba-

ron se sentó sin ceremonia y se puso á fumar un esquisito habano.

Y hablaron de mil cosas indiferentes, hasta que por fin dijo Caridad:

—¿Y qué tal va la novela de ese amigo de V., German?

—Así, así; ahora está en el final, y por lo tanto le costará un poco mas.

—Pues á nosotras nos faltan muchas entregas.

—Ya se las mandaré á Vds.

—Y dígame V., ¿qué es al fin de aquella muchacha tan buena que estaba enamorada de Julio?

—¡Oh! pasa por pruebas muy terribles.

—¿Y qué?

—Pero todas las necesita, y vence por fin.

—¡Qué virtud, amigo, que virtud!

—Y segun nos dijo V., esa era un tipo verdadero.

—Y tanto, que la estoy viendo casi todos los dias.

—¿De veras?... ¿Y es así, como lo pinta su amigo?

—Aun no es como la realidad, Caridad; porque V. comprenderá muy bien que nunca se puede escribir todo aquello que se ve y que se comprende.

—Y dígame V., ¿esa jóven que usted conoce, estuvo en alguna situacion parecida á esas que nos describe en la novela? preguntó Caridad.

—Mas aun.

—¡Jesús!... ¡mas!... ¡parece imposible!... dijeron las tres mujeres, fijando una mirada en el rostro del baron, en la que se leia una curiosidad escesiva.

—Esa jóven de quien yo hablo á Vds., trabajaba tambien para algunas tiendas, y un dia la vió un caballero muy rico que se enamoró de ella.

—Pues eso no fué del todo malo, dijo doña Andrea.

—Ahora verá V. si fué malo ó bueno. La jóven se dejó querer, y ella fué la que se enamoró de veras; él por su parte tuvo la habilidad de saberlo fingir bastante bien el amor que no sentia.

—Eso ya es otra cosa.

XII.

—¡Cuántas veces, hablando yo con ella, me ha dicho que esta ha sido una de las pruebas mas difíciles que ha tenido en su vida!... Ella tenia un pobre padre anciano, que no habia conservado otra cosa intacta en medio de su pobreza, que su honra. La hija trabajaba para mantenerle, y vivian así contentos y satisfechos los dos.

—¡Cuántas familias hay así en el mundo!...

Y doña Andrea, al pronunciar estas palabras, no pudo menos de exhalar un suspiro.

XIII.

German prosiguió:

—Ese caballero, al ver á la jóven, pensó desde luego que aquella seria conquista algo fácil; y ella, por su parte, cuando supo la posicion de su amante, lloró mucho, se desesperó, porque comprendia la distancia que la sociedad habia puesto entre los dos; pero ya estaba enamorada de él.

—¡Qué desgracia!

—¡Y tanta!... Sin embargo, luchó contra aquel amor, lloró, quiso evitar la presentacion de él, pero este era un

galanteador consumado; sabia tomar todas las formas que le acomodaban, y ocultando perfectamente sus instintos, á fuerza de suplicar, consiguió que la jóven continuase las relaciones con él.

XIV.

Conforme el baron iba avanzando en su relato, Caridad iba escuchando con mas atencion.

El color de su rostro se encendió, y la situacion de aquella jóven de quien German hablaba, y que tanto se parecia á la suya, la preocupaba estraordinariamente.

Y seguia escuchándole, y aspiraba con avidez sus palabras.

—Por fin, para no cansar á Vds., el amante, con un tino infernal, si puedo espresarme así, comenzó á preparar el terreno á que pensaba conducir á la jóven; la puso en una senda en que el resbalon mas insignificante conduce á la deshonra y al pesar; y la jóven, aunque entreveia lo que iba á suceder, estaba fascinada, y no podia volver atrás.

—¡Pobre criatura!...

—¡Oh! sí, señora; muy desgraciada; porque aquel hombre era muy malo, y ella muy inocente; él no queria mas que aspirar la esencia de aquella flor para despues pisotearla, y dejarla un porvenir de ignominia, tanto para ella como para su pobre padre.

—Es verdad: su desgraciada familia es la que iba á padecer sin culpa alguna.

—Su padre nada sabia, y la primera noticia que recibiera seria la de su deshonra.

—¿Y cedió? preguntó con voz trémula Caridad.

—No; hubo una voz amiga que la observaba constantemente, y que en aquel momento supremo habló á su razon y la hizo ver el abismo en que se iba á arrojar para siempre; y tuvo el valor suficiente para rechazar á aquel hombre en el mismo momento en que mas asegurada creia tener su presa.

—Nunca suelen faltar buenas almas que avisen á las pobres jóvenes del peligro que corren.

XV.

La mirada que Caridad dirigió al poeta fué de una espresion indefinible.

Y desde lo íntimo de su alma dió las gracias á aquel amigo que la descubrió en toda su hediondez el abismo á que en su ceguedad estaba próxima á arrojarse.

—¡Cuánto sufriría esa jóven! dijo doña Andrea.

—Muchísimo.

Y la mirada del poeta fué á clavarse en el rostro de la jóven que apenas pudo sostenerse.

Juana no pudo menos de notar su estado, y dijo:

—Pero, mamá, mire V. cómo está Caridad... hace poco estaba muy encarnada, y ahora está pálida como una difunta.

—¿Qué tienes, hija? la preguntó su madre.

—No me siento muy buena... y ha sido cosa de ahora mismo.

—Eso pasará en seguida.

—Sí, hace ya un rato que á Juana y á mí nos preocupó su agitacion y su tristeza.

—¡Bah!... ¡cosas de muchachas!...

XVI.

Pero el golpe que habia recibido la jóven la habia herido en lo mas íntimo del corazon.

Sin embargo, agradecia aquella mano que la habia herido.

Y la conversacion continuó aun algun tiempo.

Cuando el poeta se fué, Caridad, al darle la mano, se la apretó con fuerza.

En aquel apreton iba envuelta una muda promesa.

CAPITULO XLI.

Volvemos á encontrarnos con personajes de los que nuestros lectores crean que nos hemos olvidado.

I.

Indudablemente al ver la persistencia con que hemos seguido á los últimos personajes que hemos presentado, nuestros lectores tal vez se habrán creido que nos habíamos olvidado de los antiguos y que no íbamos á hablar de ellos una palabra mas.

Pero están en un error.

Al prolongar tanto nuestro silencio respecto de aquellos, teníamos un motivo muy justo para hacerlo.

Nuestros nuevos personajes tienen que enlazarse de una manera muy directa con los antiguos.

II.

Nos habíamos estendido mas de lo que pensábamos siguiendo los sucesos ocurridos á aquellos, y como consecuencia directa al tener necesidad de presentar en escena á estos ha habido que tomar la accion desde muy atrasada, á fin de dar los antecedentes necesarios.

Algo tenemos todavia que decir sobre ellos, pero sin embargo, ya entrarán mezclados en la masa comun de nuestros personajes, y por lo tanto no existirá el aislamiento de que ha adolecido en los capítulos anteriores.

III.

Hemos hablado de Antonio, presentando el tipo del artesano honrado.

Hemos visto á Elena, que sin las preocupaciones generales de su raza, ama al hombre por el hombre y sin tener en cuenta la posicion que este ocupa; en contraposicion nos encontramos con su padre, tipo perteneciente á los hombres del dinero, que todo lo ven bajo el prisma de los billetes de banco y que no aprecia al hombre mas que por lo que tiene, sin pensar en lo que vale en sí.

Enriquez pertenece á la misma clase del marqués de Pino Blanco y de sus dignos compañeros, y es tan miserable, tan bajo y tan corrompido como aquellos.

De Inés ya han oido hablar nuestros lectores.

Es la misma jóven de quien se ha oido hablar mas de una vez á Juan y á María.

Lucio y alguno de los personajes presentados última-

mente, no forman, por decirlo así, mas que los accesorios de esos cuadros que estamos dibujando ante los ojos de nuestros lectores.

Dicho ya esto, y estando ya nuestros personajes todos á una misma altura, podemos continuar nuestra narracion.

IV.

Vamos á ocuparnos de los momentos que se siguieron á aquel en que Félix se encontró de una manera tan inopinada con el marqués de Santillan.

Hemos escuchado ya la historia que Félix contó al marqués y aquella misma madrugada se instaló la pobre familia de la calle de la Palma en la casa de Jorge.

Al dia inmediato, él mismo les proporcionó una casa cerca de la suya é hizo que Félix entrase en las oficinas de la casa de giro de Stanley y compañía, asegurando de esta manera la suerte de aquellos desgraciados.

Hecho ya esto, era necesario pensar en Santiago; estaba en la cárcel y preciso era sacarle de ella.

Jorge no era hombre que hiciese las cosas á medias nunca, y por lo tanto, á los dos dias de las ocurrencias de aquella noche, principió á poner en práctica los medios mas á propósito para salvar al padre de Félix.

Se vistió é inmediatamente se dirigió hácia la casa donde vivia D. Lúcas.

El agente de negocios no habia salido todavia de su madriguera, si se nos permite calificar así la casa donde vivia.

V.

Tan ageno estaba él de esta visita que no pudo por menos de estremecerse cuando vió aparecer en su despacho al jefe único de la *familia*.

Jorge se apercibió de aquella turbacion, y posando sobre él una mirada insistente y tenaz, le dijo:

—Quizá le sorprenderá á V. mi visita.

—¡Oh! nada de eso; antes al contrario, tengo muchísimo gusto; sabe V. que viene á su casa y lo único que siento es que esta sea tan mezquina para recibir como se debe á un personaje como V.

—Prescindamos de la casa para venir á parar á la persona, repuso Jorge con sequedad.

—Siempre estoy á su disposicion.

—V. me parece que tiene un crédito contra un desgraciado, digno de toda compasion.

—Phe, quien sabe; son tantos los negocios que uno tiene, pero sírvase V. tomar asiento, prosiguió D. Lúcas reparando que el marqués no se habia sentado todavia.

—Mil gracias.

VI.

Y al decir estas palabras, se sentó en el otro estremo de la mesa mirando fijamente á D. Lúcas.

—V. me dirá quién es ese sugeto, dijo el agente, y veremos lo que por él puede hacerse.

—Se trata de una persona muy conocida de V.

—¡Mia!

—Si, señor.

—¿Y quién es?

—Un tal D. Santiago de Castro.

—Al escuchar este nombre, el agente dirigió sus ojillos grises hácia el marqués, mirándole con alguna atencion, pero Jorge tenia un semblante, en el cual no dejaba que se trasparentasen nunca las sensaciones de su corazon ni las ideas que se ocurrian en su pensamiento.

VII.

Así fué que D. Lúcas nada pudo advertir, ni nada pudo saber; pero como tenia necesidad de decir alguna cosa, contestó:

—Sí, efectivamente conozco ese apellido y á él tambien le conozco.

—Me alegro de que tan pronto le haya recordado, pues de esa manera me ha ahorrado V. á mi un trabajo.

—¡Un trabajo!

—Sí, el recordarle á V. todas las incidencias de ese conocimiento.

—¿Segun eso, V. sabe?...

—Sí, sé que V. primero administró sus bienes, y tan buena maña se dió, que quedaron arruinados ellos mientras que V. se alzaba voyante.

—¿Supongo que no querrá V. decir con eso?...

—Yo nada digo mas que cuando llega el caso, contestó Jorge con una calma admirable.

VIII.

Estas palabras, lo mismo que todo cuanto habia dicho desde que entró, no pudieron por menos de producir una impresion bastante desagradable en D. Lúcas.

El marqués poseia una especie de magnetismo, si podemos esplicarnos así, con el cual subyugaba á las personas con quienes trataba, fuera la que fuese la posicion en que se hallasen, y tuviera buenas ó malas cualidades.

De resultas de esto, D. Lúcas, á pesar de su cinismo y de su descaro habitual, en presencia de aquel hombre estaba cortado, y parecia materialmente que tenia miedo.

Jorge advirtió el efecto que á D. Lúcas le causaba su presencia, y al ver que no decia una palabra, dijo:

—Iba á decir á V. que mi recomendado creo que le pidió prestada hace tiempo una cantidad firmándole un pagaré.

—Y quizá vendria V. por él.

—Justamente.

—Pues siento no poder entregárselo á V., porque ya se vé, en este mundo suele haber sus apuros en todas las casas; por lo tanto, tuve necesidad de dinero, y no hubo mas remedio que tratar de deshacerme del papel que tenia en casa: así fué que ese pagaré llevó la suerte de otros muchos, y por cierto que me costó un trabajo inmenso el poderlo negociar.

—Pues bien, en esa casa me hará V. el obsequio de recogerlo.

—Pero...

—Comprendo lo que V. querrá decir; sin duda deseará

usted el dinero para retirar ese papel; pero á eso le contestaré que vaya lo uno por lo otro; aunque pierda V. algo en esto, mucho ha ganado V. en otras cosas, y que dá una idea muy pobre de sí la persona que hace lo que V. ha hecho.

IX.

Fué esta vez tan directo el golpe, que D. Lúcas no pudo por menos de palidecer.

Y con acento no muy seguro, dijo:

—Me parece que no es justo pierda yo...

—Si V. no pierde; si V. no hace mas que restituir una cosa que posee indebidamente.

—¡Caballero!

—O que ha robado V., como mejor quiera entenderlo, contestó Jorge sin perder un momento la calma admirable que hemos tenido ya ocasion de observar en él.

X.

Estas últimas palabras acabaron de exasperar á don Lúcas.

Se levantó de su asiento, y dando un paso hácia Jorge, le dijo trémulo de cólera:

—¡Señor marqués, V. me está insultando!

—No lo crea V., contestó con su mismo desden glacial nuestro amigo; el decir la verdad no creo que sea un insulto, y lo que es verdades de ese jaez, muchas podria decirle á V.

D. Lúcas de pálido que estaba se puso lívido.

Queria hablar y no podia; la cólera le ahogaba, y con sus pequeños ojos hubiera deseado pulverizar á aquel hombre.

XI.

Jorge entretanto, continuó:

—No se incomode V., porque yo me encuentro muy sereno. Y para relatarle uno por uno todos sus crímenes, no tengo necesidad de molestarme mucho; pero ahora debo decirle á V. una cosa: todo cuanto V. haga y todo cuanto diga será completamente inútil; yo, y entiéndalo V. bien, quiero, no tan solamente que ese documento venga á mi poder, sino que inmediatamente dé los pasos y las declaraciones necesarias para que salga en libertad el desgraciado que la ha perdido por V., y será esta la única vez que le hable en este lenguaje, es muy ageno de mi carácter, y tendria necesidad de espresarme de otro modo si V. me diera motivo para ello.

—Pero...

—No tengo necesidad de hablar mas; mañana le espero á V. con ese pagaré, y pasado con la libertad de Santiago.

—Eso es imposible.

—Lo que no será imposible es que Santiago y su hijo le pidan á V. cuenta de la manera con que desempeñó la administracion, y dónde irá entonces toda esa aureola de pureza y de honradez con que ha tratado de encubrirse; yo no amenazo en valde, señor mio, ni entra en mi cálculo el aterrorizar á nadie; pero tenga V. mùy presente que me hallo muy resuelto á apurar todos los medios para evitar

que se reproduzcan mas crímenes entre los miembros que pertenecen á la *familia*.

XII.

Y Jorge al decir estas palabras, se puso de pié disponiéndose á marchar.

El furor del agente habia llegado á su último estremo.

Quizá con otra persona D. Lúcas no habria vacilado en arrojarse sobre ella, de la misma manera que el tigre sobre su presa.

Pero con el marqués de Santillan no podia hacerlo.

Ya hemos dicho el influjo que este hombre ejercia sobre las personas que le rodeaban.

Así fué que el agente no pudo hacer mas que mirarle con irritados ojos, y decirle con un acento trémulo por la cólera que esperimentaba:

—V. abusa de su situacion.

—Le he conocido á V. en Sevilla, y creo conocer toda su existencia; guárdese V. de mí, y tenga mucho cuidado con lo que hace.

Y despues de pronunciadas todas estas palabras, el marqués arrojó sobre D. Lúcas una de aquellas miradas, en la cual iban envueltos cien reproches y cien desdenes, y abandonó aquella estancia.

XIII.

Cuando salió Jorge fué cuando, por decirlo así, estalló el furor del agente.

Se dejó caer sobre una silla, al par que esclamaba dándose una palmada en la frente:

—¡Ahora caigo en quién es!

Despues principió á pasear por la habitacion dando vueltas como una fiera en su cubil, hasta que de nuevo tornó á dejarse caer en la silla, murmurando:

—¡Oh! si se encuentra con ella estoy perdido; será necesario que el doctor Perez haga uso del mismo medio que ha empleado en otras ocasiones.

Y despues de estas palabras inclinó la cabeza entre sus manos, quedando sumergido en profundas meditaciones.

. . . . . .

Al dia inmediato D. Lúcas entregaba al marqués de Santillan el pagaré de Santiago, y no trascurrieron muchos sin que este se encontrase en libertad.

CAPITULO XLII.

Dos corazones que se acercan.—El torero.—Esplicaciones.

I.

Justo es ya que nos ocupemos de Amparo.

Para esto necesitamos retroceder al momento en que el señor Pedro el torero abandonó la casa de la jóven desesperado por la cruel negativa de esta.

Y sin embargo, cuando estuvo en su casa, cuando dejó que la razon recobrase todo su imperio, entonces se convenció de que habia obrado mal al incomodarse.

Efectivamente, ¿con qué derecho iba él á exigirle á la jóven que le amase?

II.

Ya hemos dicho que el torero tenia bajo su ruda corte-

za un buen fondo, y cierta parte de inteligencia, que le hacia comprender lo bueno y lo malo.

Este fondo, esta parte de su inteligencia, era la que le servia para distinguir la distancia que puede establecer entre dos corazones la diversidad de sentimientos.

El torero, con harta amargura, con un dolor terrible, se confesaba que la jóven tenia razon.

Que habia hecho perfectamente en desengañarle.

Que él nada podia exigirla, porque entonces seria poner un precio á la accion que habia hecho, recogiéndola cuando era niña.

Que su conducta en Sevilla habia sido estremadamente fea, y que Amparo hizo muy bien en alejarse de un hombre que de tal modo abusaba de su fuerza.

Para convencerse de esto, cuánto no tendria que sufrir el pobre torero.

Ya hemos dicho que en todo el dia salió de su casa.

Y llegó la noche, y tampoco sus compañeros le vieron por el café.

Esto no dejó de causar estrañeza.

Pero Pedro tampoco al dia siguiente salió á la calle.

Esto probaba, que ni su corazon ni su cabeza se encontraban en estado de soportar emocion de ningun género, ni de sostener una conversacion que no fuera referente á la idea que le torturaba.

III.

Necesitaba formar una resolucion grande, irrevocable, decidida.

Necesitaba ahogar dentro de su pecho el amor que se

desbordaba á su pesar, y que no podia producirle mas que disgustos, toda vez que entonces comprendia únicamente lo ridículo del papel que hacia un hombre de cincuenta años pidiendo amores á una mujer de veinte.

Pero para concentrar este amor dentro del pecho; para encubrirse con una máscara, siquiera fuera aparente, de frialdad y de cariño; para hacer que sus palabras, sus cuidados y sus atenciones, fueran hijas únicamente de una amistad profunda y desinteresada, en vez de un cariño abrasador y exigente, era necesario que mediase tiempo.

Era necesario que se dejase, por decirlo así, que la razon fuera destruyendo, una por una, todas las fibras de aquellos sentimientos, á fin de que de su amor no subsistiese mas que la amistad, consecuencia legítima de aquella pasion.

Esto, otra persona hubiese dejado al tiempo el encargo de conseguirlo.

Pero Pedro no era hombre que admitiera dilacion alguna para sus resoluciones.

Por lo tanto, comprendió la injusticia con que habia obrado, comprendió la locura de lo que pretendia y con la misma fuerza con que antes deseó aquello, con la misma tambien trató de enmendar su falta.

IV.

Y no dió treguas su imaginacion, sostuvo una lucha constante entre su corazon y su cabeza, y aducia razones sobre razones, á fin de convencer á aquel, de que no podia, de que no debia amar á Amparo de la manera que hasta entonces lo habia hecho.

Y su corazon gritaba.

Pero negaba la voluntad, hallaba con mas energía su corazon, y al cabo de pocas horas pudo, si no cantar la victoria, al menos adquirió la seguridad de poderse presentar delante de Amparo sin temor de que su corazon arrojase hasta sus lábios palabras quizá inconvenientes.

V.

Entretanto, la jóven tambien habia sufrido, profesaba á Pedro esa clase de cariño que se le puede tener á un padre.

Puede decirse que la pobre niña no habia tenido otro.

Por lo tanto, la era muy doloroso tener que rechazar á aquel hombre á quien tanto debia, y causarle un dolor tan grande como el que ella comprendia que le habia causado.

Por otra parte este mismo hombre la habia enseñado á ser franca.

La habia inculcado máximas que jamás se borraban de su memoria, y entre estas máximas, habia la de que dijese la verdad, aunque esta pudiera perjudicarla.

Además habia otra razon tambien muy poderosa.

Amparo amaba.

Amaba aquella figura pálida, melancólica y elegante del baron del Valle.

La jóven le conoció únicamente bajo el nombre de el *Chaval*.

VI.

No conoció su profesion, no sabia en qué se ocupaba,

pero las pocas veces que la habia hablado, lo hizo de una manera muy distinta de como la hablaban la generalidad de las gentes con quien su desgracia la hacia rozarse.

Habia leido en los ojos del jóven que tambien la amaba, y que aquel amor diferia mucho del que algunos la habian pintado y la habian ofrecido.

German por su parte la amaba de la manera que él podia amar.

Habia sufrido mucho.

Pesaba sobre su existencia una desgracia enorme, y él no podia amar mas á un ser desgraciado tambien.

Vió á Amparo.

Comprendió que la jóven no se habia criado en aquella esfera, y que en su existencia debia haber un misterio de la misma manera que él lo encerraba en la suya.

En la estraña vida que llevaba habia encontrado en las tabernas ó en otros sitios semejantes, una porcion de esas pobres mujeres que por una mezquina retribucion van á exhalar por medio de su voz los torrentes de ternura de que está lleno su corazon.

Mejor dicho, los torrentes de ternura de que ya nó pueden disponer para derramarlas sobre un hombre, porque el suspiro y aliento de otros las ha privado hasta de ese derecho.

VII.

Muchas veces el baron habia sentido una tristeza inmensa al oir á aquellas cantar.

Las compadecia con toda la fuerza de su alma y hubiera deseado á costa de cualquier sacrificio sacarlas de la at-

mósfera de vicios y corrupcion en que vivian.

Vió á Amparo y comprendió en seguida que no era lo mismo que sus otras compañeras.

Habia adquirido el jóven en su larga carrera por el mundo, un conocimiento bastante especial para adivinar por una fisonomía lo que pasaba en un corazon, y al par que vió todas las fibras que habia en el de la jóven, descubrió tambien que sobre su frente no habia mancha alguna.

German se interesó por Amparo.

Del interés al amor, media una distancia muy corta.

El jóven la franqueó de un paso y se enamoró de la *cantaora*.

Desde entonces, por medio del amor se escitó mucho mas su curiosidad.

En la vida de la jóven habia, como hemos dicho ya, un misterio.

Nadie sabia quién era, ni de dónde habia venido.

El, que la amaba, tenia necesidad de saberlo.

Para esto se buscó un auxiliar muy poderoso.

Este auxiliar era Tiburcio.

El vendedor de malvas llevaba, por decirlo así, un salvo conducto por el cual podia entrar en todas partes y averiguar lo que él quisiera.

VIII.

German le llamó, habló con él.

No le ofreció dinero porque comprendió desde luego que el vendedor ambulante no era de los hombres que se venden.

Le habló de su amor, le espuso la necesidad en que se hallaba de conocer la existencia de una mujer, de la cual no pensaba por ningun estilo hacer una querida y consiguió por fin que el bueno de Tiburcio le interesase en aquella partida.

Una vez hecho esto, el vendedor de malvas se puso en campaña inmediatamente.

Ya escuchamos las palabras que le dijo en la taberna de la tia Brígida y recordaremos tambien la promesa que hizo el vendedor de que dentro de dos dias le llevaria noticias satisfactorias respecto á la jóven.

Efectivamente, Tiburcio cumplió su palabra y el baron supo todo cuanto aquel habia sabido.

Y decimos cuanto aquel habia sabido, porque esto era infinitamente poco.

IX.

Tiburcio habia encontrado una vieja un tanto habladora, la cual le dijo que Amparo vino de Sevilla, y que se habia unido á la señora Rosa, que parecia una persona de muy buenos principios.

Estas noticias, como antes digimos muy bien, eran muy pocas y no satisfacian por completo los deseos del baron.

Pero en la imposibilidad de adquirir otras, no tuvo mas remedio que resignarse y esperar á que la casualidad se las proporcionase mas ámplias y mas cumplidas.

Y trascurrieron los dias y el baron, ocupado unas veces con su amigo el marqués de Santillan y otras sin poder asistir á los puntos donde iba la jóven, estaba sin verla y esto por ningun estilo podia satisfacerle.

En este estado, se decidió por tomar una resolucion estrema.

Quiso ir á ver á la jóven.

Se vistió con el traje de caballero, si así podemos espresarnos, y se dirigió hácia su casa.

Dió la coincidencia que Amparo estaba sola.

La señora Rosa habia salido aquella mañana y Amparo estaba trabajando.

Al ver al baron, y al verlo con un traje tan distinto de aquel con que le habia conocido, no pudo ocultar un movimiento de doble sorpresa.

Quedó inmóvil en la puerta y al baron le pareció doblemente hermosa, bajo el rubor que oscureció su semblante.

X.

Y conforme ella no podia hablar, tampoco él pudo hacerlo en los primeros momentos.

Sin embargo, aquella situacion no podia prolongarse.

El baron lo conoció; asi que haciendo un esfuerzo, dijo:

—Amparo, desearia hablar con V.

—¿Hablar conmigo?

—Sí, señora.

—Ahora no está en casa la persona con quien habito.

—Comprendo perfectamente lo que me quiere V. decir con eso, pero debo advertirla que al indicarme eso me juzga muy mal; deseo hablar á solas con V. y aunque estuviese aquí la persona con quien V. habita, la habria significado el mismo deseo.

La jóven vaciló todavia.

Pero la voz de German resonaba tan dulcemente en su corazon, que no tenia fuerzas para resistirse á aquel deseo formulado de una manera tan respetuosa.

Así fué que le respondió con un acento ligeramente alterado:

—Pase V.

El baron penetró en la estancia de la jóven y pocos momentos despues ambos, turbados y silenciosos, estaban mirándose frente á frente.

Ninguno se atrevia á hablar, y sin embargo era necesario hacerlo.

Amparo fué la que haciendo un esfuerzo, dijo al cabo de algunos segundos:

—Ahora creo que no tendrá V. inconveniente en manifestarme...

—Quizá la parecerá muy estraño lo que voy á decirla, pero es necesario que lo haga; he llegado á un estremo en que no puedo prescindir de hacerlo.

XI.

Amparo sintió que su turbacion se aumentaba.

Sin embargo, tenia necesidad de decir alguna cosa.

Aquel silencio hacia mas difícil su situacion.

En su consecuencia dijo:

—Ignoro lo que tendrá V. que decirme.

—¿Quiere V. hablarme con franqueza? preguntó German mirando fijamente á la jóven.

Esta no pudo por menos de mirar con asombro al baron.

Pero no pudo sostener el brillo de las pupilas de este.

Así fué que volvió á inclinar la vista, murmurando con voz débil:

—No he sabido mentir nunca.

—Esa es una gran cualidad y que habla muy alto en favor de V.

—No creo que tenga mérito alguno esto.

—¡Oh! sí, hija mia, es muy digno de elogio, porque hoy la verdad anda muy escasa en el mundo, y es muy raro hallar una persona que la lleve en sus lábios.

—No lo creia yo así.

—Usted es muy buena, y juzga á los demás por sí misma.

—Y creo que es la manera de vivir mas feliz.

—Yo vengo á proponerle á V. otra.

—¡A mí!

—Sí, Amparo, V. advertirá en mí hoy una cosa estraña; mi traje ha variado por mas que ni mis sentimientos ni mi rostro hayan sufrido esa trasformacion.

—Efectivamente.

—En esto hay un misterio que necesito descifrar á usted.

—No comprendo...

—Sus ojos de V. no engañan nunca, y estoy en la firme inteligencia de que comprende demasiado.

XII.

Amparo tornó á ruborizarse.

La manera con que el baron habia hablado, no daba lugar á duda.

Aquel acento, como ya hemos dicho, resonaba de una manera dulcísima en sus oidos.

Por lo tanto nada pudo decir, porque sentia que su corazon palpitaba con demasiada rapidez.

German prosiguió:

—Sus ojos de V. no engañan nunca, y no sé por qué, pero me ha parecido ver en ellos que V. habia comprendido lo que pasaba dentro de mi corazon.

—¿Yo?

—Sí, Amparo; á qué hemos de estar entreteniéndonos con frases que á nada conducen; yo amo á V.; pero el amor que yo la profeso no pertenece á esa clase de amores vulgares, como muchos quizá de los que le habrán ofrecido: el mio pertenece á esos amores del alma, que hacen de la mujer amada una diosa, sin que pueda empañar su pureza un pensamiento, un deseo, una palabra aquella aureola de pureza en que se envuelve.

XIII.

La agitacion de la jóven se aumentó estraordinariamente.

Aquel lenguaje era completamente nuevo para ella, añadiendo á esto la simpatía que la jóven habia sentido hácia el baron, se comprenderá muy bien el efecto que aquellas palabras la harian.

German prosiguió:

—Ya sabe V. que la amo; ahora necesito á mi vez, que usted me diga si su corazon aprueba lo que he leido en sus ojos.

¿Qué podia contestar Amparo?

Amaba á German tambien, y su corazon no podia permanecer sordo á aquel llamamiento.

XIV.

Entonces mediaron las esplicaciones.

El baron la dijo quién era; la significó que las desgracias de familia que pesaban sobre él, le obligaban á adoptar aquellos disfraces.

Pero al mismo tiempo la dijo, que su amor no pertenecia á esos que nacen y mueren, y que estaba resuelto á hacerla su esposa.

Entonces Amparo, llorando de placer y de vergüenza, le reveló cuanto sabia acerca de su vida pasada, dándole satisfaccion con esto del interés que el torero la habia demostrado la noche que la habia encontrado en la taberna de la tia Brígida.

CAPITULO XLIII.

Quién entró en casa de Inés.—Dos rivales.

I.

Vamos á retroceder al momento en que Antonio se encontraba en casa de Inés.

Nuestros lectores deben recordar indudablemente la confidencia que la jóven habia hecho á su hermano adoptivo.

De esta confidencia provino una irritacion espantosa de Antonio respecto á el seductor de su hermana adoptiva.

Cuando llamaron á la puerta la jóven se estremeció estraordinariamente; sabia, por decirlo así, la hora que acostumbraba á ir Enriquez, y por lo tanto temia las consecuencias que pudiera tener un encuentro con Antonio.

Por lo tanto trató de permanecer silenciosa cuando lla-

maron á la puerta, quedando muda de terror cuando Antonio se dirigió hácia ella, abriéndola de par en par.

II.

Una esclamacion de sorpresa se exhaló de sus lábios.

En el dintel de la puerta estaba el mulato.

Este penetró en la estancia, y su mirada interrogadora se fijó en los dos personajes que habia allí.

En el umbral apareció el mulato.

Inés quedó muda de terror.

El caballero penetró en la estancia.

Miró á Antonio con curiosidad, y un recuerdo muy vago vino á herir su imaginacion.

El cajista por su parte reconoció desde luego á Enriquez.

Le habia visto el dia en que salvó la vida á Elena, y el recuerdo de las palabras que pronunció aquel dia, irritó con mas fuerza su sangre.

El indiano se hizo cargo de la turbacion de Inés, y una sonrisa irónica vagó por entre sus lábios pálidos y delgados.

En seguida se sentó con el mayor descaro, y con ese cinismo de los calaveras de buen tono, dijo dirigiéndose á la modista:

III.

—Bien, muy bien, Inés... Veo que ha hecho V. caso de mis consejos, y se vá consolando poco á poco, porque esas cosas necesitan tiempo; pero al fin...

—No comprendo, murmuró la jóven, no sabiendo qué contestar.

—Pues es muy fácil, hermana mia, repuso Antonio conteniendo apenas su furor; este caballero quiere decirte que para consolarte de su abandono, te has echado un nuevo amante.

—¡Dios mio!

—Creo que se mezcla este hombre en nuestra conversacion, dijo el indiano con un desden insultante, dirigiéndose á Inés y señalándole á Antonio.

—Este hombre, repuso el cajista pálido de coraje, respeta la casa en que está; porque si no, ya le hubiera arrojado á V. por esa ventana.

—¡Hola, hola! el señor guardador de honras agenas parece que lo toma por lo serio.

—¡Basta de insultos, señor mio!... ¡La honra de esta jóven que V. ha mancillado tan indignamente, es la mia propia.

—¡Ah! ¿conque segun eso, V. ha sido mi antecesor en el cariño de Inés?

—Hé ahí el modo de pensar de Vds., repuso Antonio con amargura. Para Vds. nadie puede interesarse por ninguna mujer mas que por sus miras particulares.

—¡Bah, bah!

—¡Cállate, Antonio! ¡Cállate, por Dios! dijo Inés.

—Es imposible; ya que he llegado en tan buena ocasion, quiero librarte de una vez del hombre que te ha arrebatado tu dicha, y que ha sido lo suficiente miserable para darte oro en cambio de la honra que tú le has sacrificado.

—Y que sino temiera rebajarme demasiado, rompería

sobre tus costillas el baston que tengo en la mano, dijo Enriquez con insolencia.

—Puede V. hacerlo; casualmente me alegraría infinito que fuese V. el que iniciase la agresion.

IV.

El mulato miró entonces con atencion al jóven, y se convenció de que en una lucha cuerpo á cuerpo con él, no llevaría la mejor parte; y por lo tanto, bajó el baston que ya habia levantado en señal de amenaza.

En este exámen que hizo del cajista, recordó la fisonomía del jóven, y las circunstancias en que le habia conocido.

Entonces, con la misma entonacion irónica con que habia hablado antes, dijo:

—¡Calla!... ahora recuerdo de que ya nos hemos visto en otra parte...

—Sí, señor; donde hice lo que ni V. ni nadie se atrevió á hacer por miedo... Vds. no tienen mas que el valor de los cobardes, que no miden sus fuerzas sino con las pobres mujeres, que son mas débiles que Vds.

—¡Ea... basta de moral... no necesito lecciones de esa virtud de chaqueta!

—Es que hay mas honradez en nosotros que bajo vuestra levita.

—¡Tunante! gritó Enriquez, dando un paso hácia él cajista; márchese porque su presencia en esta casa es un nuevo insulto para esta desgraciada.

—Me marcharé cuando me convenga; porque de nadie necesito lecciones.

—No haga V. que se acabe mi paciencia y que me vea en la precision de agarrarle de un brazo y ponerle en la escalera.

V.

—Márchese V., Enriquez, márchese V., y no quiera comprometerme mas, dijo Inés.

—Enriquez comprendió que el partido mas prudente que podia tomar, era el de marcharse.

Su orgullo no le permitia aparecer como que obedecia al cajista; pero por otra parte, no se atrevia á entablar una lucha, en la cual hubiese llevado indudablemente la parte peor.

El ódio que sintió hácia el jóven fué terrible, y en el corazon del indiano, el aborrecimiento era el principio de una guerra á muerte en la cual empleaba toda clase de armas para vencer, por bajas é infames que fuesen estas.

Las palabras del cajista en San Antonio de la Florida, le hirieron estraordinariamente; pero su encuentro en casa de Inés, acabó de exasperarle.

VI.

Esta estaba instándole para que se marchase, y la actitud resuelta y amenazadora de Antonio, le imponia á pesar suyo.

Por manera que comprendiendo que el papel que allí hacia, tenia algo de ridículo, y que no tenia mas remedio que marcharse, dominó algun tanto su cólera y tomando el sombrero y el baston, dijo á la modista:

—Me marcho porque V. me lo ruega; no porque tema á las amenazas de ese hombre.

—Este hombre si alguna vez le encuentra en la calle no tendrá inconveniente en realizar sus amenazas, porque la razon y la justicia le asisten, contestó Antonio.

—Dos veces, le dijo Enriquez desde la puerta, se ha atravesado V. en mi camino y he tenido que dominar mi cólera. Tenga V. cuidado que no llegue la tercera.

Y furioso, y conteniendo apenas su coraje, se lanzó á la escalera.

VII.

—¡Ay! ¡hermano mio! dijo Inés á Antonio; ¡cuánto siento que te hayas comprometido por mí!

—Tus pesares son los que yo siento; que lo que son sus amenazas las desprecio completamente.

—¡Quiera el cielo que no te atravieses esa tercera vez en su camino como te ha dicho él; porque entonces te sacrificaria sin compasion!

—No tengas miedo, hermana mia; déjale que haga lo que quiera.

—Es que tú no le conoces como yo, por desgracia mia.

Y de este modo siguieron hablando algun tiempo.

Antonio contó al Sr. Lúcio lo que le habia pasado, y el anciano marino votó de indignacion al saber lo infame del proceder de Enriquez.

VIII.

En cuanto á este, dejó pasar dos ó tres dias sin ir á casa

de Inés, y la mañana que se decidió por visitarla, fué la en que se encontró con Elena que salia de la casa del cajista.

De resultas de esta escena, como es consiguiente, Enriquez sintió aumentarse su aborrecimiento respecto á Antonio.

Y al salir de allí, y al par que en esto pensaba, iba tambien pensando en Elena.

En Elena, á quien habia visto salir el dia antes de una casa desconocida para él.

Y aquellos dos pensamientos aferrados en su corazon no le dejaban reposar un momento.

¿Qué habria ido á buscar Elena á aquella casa?

¿Quién viviria allí?

Esto, necesitaba averiguarlo.

Y como era hombre que no abandonaba tan fácilmente una idea, inmediatamente trató de averiguar lo que él entonces no podia comprender.

IX.

Fué á la casa, derramó el dinero, y finalmente supo quién vivia allí.

El Sr. Lúcio habia hablado con algun vecino respecto á la accion del jóven cuando salvó á la heredera del conde de la Torre, corrió de boca en boca, y de esta manera pudo llegar á los oidos de Enriquez.

Aquel descubrimiento no pudo por menos de impresionarle.

Y esta impresion le produjo una cólera estraordinaria.

Y esta cólera un deseo de vengarse doblemente, de Antonio.

Pero necesitaba para esto tener la evidencia absoluta de que la jóven amaba al cajista.

Para esto, dos dias despues se dirigió hácia la casa del conde de la Torre.

Primero entró en las habitaciones de este, y despues ambos pasaron á las de su hija.

X.

Elena estaba asaz preocupada.

Y tenia motivos para estarlo.

Aquel dia se descubrió para ella uno de los misterios mas grandes de la vida.

El amor.

El amor es la subsistencia moral de la mujer.

Elena, privada hasta entonces de aquel alimento del alma, se sentia desfallecer bajo la atmósfera de riqueza y de esplendor que la rodeaba.

El amor de Enriquez la daba miedo.

Y doblemente tenia que causárselo, por haberle encontrado al salir de la casa de Antonio.

Esta era la nube que en aquel momento se interponia en el cielo de su felicidad.

Elena habia comprendido perfectamente al mulato.

Las mujeres adivinan por intuicion las buenas ó malas cualidades que adornan al hombre que trata de hacerlas objeto de sus adoraciones.

Así era que como comprenderán nuestros lectores, Elena no se habia equivocado al juzgar mal, respecto de Enriquez.

XI.

Por lo tanto, cuando le vió entrar en su habitacion no pudo disimular un movimiento de terror, palideciendo de una manera intensa.

Cuando el mulato se apercibió de la turbacion de la jóven, una sonrisa indefinible vagó por sus lábios.

—Adios, Elena, la dijo su padre; ya sé que hoy has salido muy temprano.

La condesa no sabia qué contestar.

La mirada del mulato paralizaba completamente su lengua.

Quiso sostener por algun tiempo la luz que de aquellas pupilas se irradiaban, pero la fué completamente imposible.

Bajó sus ojos, y turbada, palpitante, volvió á escuchar la voz de su padre, que decia:

—¿Pero qué tienes, Elena?... ¡Te estoy hablando y no me contestas!

—Regularmente estará indispuesta, contestó con un acento mas incisivo Enriquez; el salir temprano en este tiempo no es muy bueno para la salud.

XII.

La condesa empezó á temblar.

Adivinó que el indiano la habia visto, y todo lo temia de su maldad.

El conde miró á su hija con mas atencion y la dijo:

—¿Será verdad, hija mia?... ¿estás mala?

—¿No la vé V., conde? tiene el color encendido y está temblando...

—¡Diablo de salidas!... repuso el banquero; siempre habrá ido á hacer alguna de sus obras de caridad.

—Ahí tiene V., una caridad muy peligrosa, contestó con su acento burlon el indiano.

—Vamos, hija mia, habla, ¿estás mala?

—No, papá; me siento bien.

—Creo, Elena, que dice V. una cosa contraria á lo que siente.

XIII.

—¿Por qué? preguntó la jóven con voz débil.

—Porque ni su acento ni su semblante, son de hallarse completamente buena; V. ha recibido una impresion demasiado violenta de la atmósfera, ó una emocion de otro género, que la ha causado la escitacion que tiene.

—Sí, indudablemente; habrá presenciado alguno de los cuadros espantosos que ofrece la miseria, y como mi hija se afecta tanto por las desgracias agenas, ahí tiene V. la causa... Yo no sé por qué ese afán de ir á buscar los pobres. Si su suerte es así, dejarlos con ella.

—Papá; ya que nosotros somos ricos, ¿por qué no hemos de socorrerlos?

—Ta... ta... ta..., esas son muy bellas palabras, pero si fuéramos á socorrer á la turba de araganes y estafadores que siempre le están rodeando á uno, no nos bastarian los capitales de Rotschild.

—Tiene Elena una exuberancia de caridad, si puedo usar esta frase, que la puede ser muy perjudicial.

XIV.

—Lo que yo siento, dijo Elena, que se iba reponiendo de su turbacion, es no poder hacer mas beneficios de los que hago; la caridad en los que tienen medios suficientes para vivir, no es una virtud, que es un deber.

—¿Pero de veras no estás mala, Elena? volvió á preguntarla su padre con interés.

—No, señor, se lo aseguro á V.

—Yo tambien he pasado mal rato antes de venir aquí.

—¿Por qué?...

—Al pasar por la calle de la Magdalena vi á un pobre chico maltratado por un hombre, de una manera tan brutal, que escitó la indignacion de todas las personas que pasaban por allí.

—Qué tunante.

—Esos son la clase de protegidos de Elena, dijo Enriquez con una sonrisa un tanto irónica.

—¿Y qué sucedió? preguntó la jóven sin hacer caso de las inconvenientes palabras del mulato.

—Parece que se interesa V., repuso este.

—¿Y quién no se ha de interesar?

—Es cierto.

—Pero sepamos en qué queda....

—Ya íbamos á tomar la defensa del niño algunos de los que allí nos encontrábamos, cuando un jóven que iba delante mí, un chico que segun despues supe, era cajista de una imprenta....

XV.

—¿De una imprenta? esclamó Elena sin poderse contener.

—Sí, señorita, repuso Enriquez, de una imprenta.

—¿Y qué hizo?

—Se lanzó sobre el verdugo del muchacho y de un empujon bien dado por cierto, lo separó de su víctima.

—¡Qué buen corazon, esclamó la jóven!

—Alégrese V., porque aquel muchacho era de la clase jornalera.

—Niégueme V. ahora que entre ella hay virtudes.

—¡Phe!... ¡es una cosa tan rara!

—Y despues, ¿qué sucedió? preguntó el conde.

—El otro, al sentirse apostrofado de la manera que despues de su empujon, lo hizo el jóven, echó mano á la faja y...

—¡Dios mio! dijo Elena palideciendo.

—¿Qué tiene V., Elena?

—Nada, nada, continúe V.

—Y al poco tiempo vimos brillar en su mano una navaja, con la cual se lanzó sobre el cajista.

—¡Diablo!

—Pero el chico era valiente, y no se aterró; luchó con su adversario algunos momentos; pero al fin cayó herido de un tremendo navajazo.

XVI.

—Pero, ¿y Vds. qué hicieron? preguntó la condesa pal-

pitante de emocion. Serian Vds. lo menos cien espectadores y ninguno se atrevió á interponerse.

—Eso, hija mia, se queda para los guardias veteranos, repuso el conde.

—¡Ah! ¿es decir, que pueden matarse impunemente dos hombres delante de Vds. sin que trate ninguno de evitar un crímen?

—¡Phe! sería rebajarnos, ir á medir nuestras fuerzas con las de esos tunantes ó pillastres.

—Tiene V. razon, dijo; nuestra posicion nos prohibe hacer ciertas cosas... el jóven defensor, en pago de su buena accion iria al hospital, donde tal vez pierda la vida, mientras que el asesino se habrá quedado tan tranquilo.

—No se le pudo coger.

—Y el desgraciado jóven, ¿supo V. quién era? preguntó Elena sin poder disimular su ansiedad.

—A mí me parecia reconocerle... recordaba su fisonomía.

XVII.

Elena no podia respirar.

Segun los detalles que habia dado el indiano, temia que fuese Antonio.

Y aquel pensamiento la oprimió el corazon.

Conocia los sentimientos del cajista, y por la intrepidéz con que habia abrazado la causa del oprimido, casi casi creia que fuese él.

Por manera que la jóven estaba en un suplicio.

Suplicio que prolongaba la maldad del mulato.

Creemos que nuestros lectores habrán comprendido que nada habia sucedido de lo que contaba Enriquez.

Su intencion era tan solo la de asegurarse si Elena amaba ó no al cajista, y estudiaba con avidez en la fisonomía de esta la impresion que le causaba su relato.

—¿Y no dijeron cómo se llamaba el desgraciado herido? preguntó la condesa con ansiedad.

—Sí, me parece que dijeron se llamaba Antonio... sí, Antonio.

—¡Dios mio!...

XVIII.

Y Elena, pálida y convulsa, cerró los ojos.

—¡Hija mia! ¿qué tienes? dijo el conde precipitándose á socorrerla.

—Tal vez la haya afligido la relacion que acabo de hacer.

—Puede que ese jóven herido fuese alguno de sus protegidos.

—A mí me pareció que recordaba su fisonomía, pero despues me convencí que me habia engañado.

Entretanto el conde habia conseguido que su hija tornase de aquel desvanecimiento.

Elena habia necesitado hacer un esfuerzo supremo para ocultar su sentimiento que indudablemente la hubiese podido vender.

—¿Te se ha pasado ya, Elena? la dijo su padre.

—Sí, me siento mejor.

—¿Acaso era alguno de los que tú socorres ese jóven que han herido?

—No lo sé, papá; sin embargo, si el señor de Enriquez, puesto que tan enterado se halla, sabe dónde vive, podrá sacarnos de duda.

—Creo que me dijeron que en la calle de Santa Isabel.

—¡Gracias, Dios mio!

Y el acento de Elena espresó al decir estas palabras, una alegría tan inmensa, que su padre no pudo por menos de decir:

XIX.

—Hija mia, me felicito mucho de que no sea tu protegido ese que ha dicho Enriquez; porque al ver tu alegría, no puedo menos de pensar lo que hubieses sufrido si por casualidad...

—No quiero imaginármelo siquiera, papá.

—Elena se toma tanto interés por las personas que proteje...

La condesa no quiso tomarse el trabajo de contestar á aquella nueva indirecta del caballero.

Y de esta manera siguieron aun hablando algunos instantes.

Cuando el mulato abandonó la casa del banquero, se frotaba las manos con satisfaccion, diciendo:

—¡Bravo!... ya sé todo cuanto queria.

XX.

La turbacion de Elena le habia servido de mucho.

Y puesto ya en camino no se detuvo un momento.

El tenia un arma poderosa, con la cual se sorprenden todos los secretos.

Este arma era el dinero.

El mulato tenia una destreza verdaderamente diabólica.

Así fué, que con estos recursos nada le era imposible, y todo pudo obtenerlo.

Supo que Antonio tenia una cita con la jóven.

Compró á la doncella de Elena, y fué testigo invisible de la escena que medió entre ambos.

Esto aumentó doblemente su encono contra ambos.

Aborrecia á Antonio por la felicidad de que disfrutaba.

No podia querer á Elena, porque veia que esta no le amaba tampoco.

Así es, que desde este momento juró doblemente el deshacerse del pobre cajista, y martirizar á la pobre niña, que no habia cometido otro delito que amar al desvalido artesano.

CAPITULO XLIV.

El marqués de Pino Blanco hace una hazaña como suya.

I.

Volvemos otra vez á encontrarnos con Luciano.

Y desgraciadamente tenemos que verle siempre á través de un prisma, no muy favorable para él.

Tal vez se diga que exajeramos demasiado el carácter del marqués.

Pero á esto no tenemos qué contestar mas que haciendo una pregunta á nuestros lectores:

¿Quién de vosotros no conoce, en el círculo en que vive, un hombre que se parezca al tipo que nosotros vamos delineando?

II.

Estamos seguros que todos contestareis que existe, que unos lo conoceis personalmente, y que otros lo habeis oido nombrar.

En cuanto á nosotros, podemos asegurar que el marqués de Pino Blanco no es una creacion nuestra.

Conocemos algunos que desgraciadamente emplean su dinero en satisfacer todos sus caprichos, aunque estos dejen tras de sí el llanto y la desesperacion de algunas familias.

Y para estos hombres las leyes son impotentes.

Porque sus crímenes los tolera la sociedad, y los califica de calaveradas.

Y acaricia y mima á estos calaveras, y de cuando en cuando suele murmurar con un acento de estremada indulgencia:

—¡Qué cabeza tan destornillada tiene F....!

Y ellos siguen entretanto su carrera hasta que hallan la muerte en el seno de una orgía ó en un desafío, consecuencia de algun lance amoroso ó de una palabra imprudente.

III.

El marqués de Pino Blanco era como todos ellos.

No se cuidaba de mañana, y solo pensaba en satisfacer sus caprichos en el mismo dia en que vivia.

Luciano no podia olvidarse un momento de Caridad.

La jóven era quizá la primer mujer que rechazaba sus

riquezas, y naturalmente esto tenia que irritar sus deseos, y hacerle que pusiese en juego cuantos recursos estuvieran á su alcance para dominarla.

Así fué, que no cesó de pensar un momento en aquello y dos dias despues de la negativa de Caridad, llegó á su casa y mandó que se presentase su ayuda de cámara.

Este tenia todas las trazas de un tuno redomado.

Jamás pudo aplicarse con mas propiedad aquel adagio de, á tal amo tal servidor.

—¿Qué me tenia V. que mandar? preguntó el criado.

—Dime, Roque, ¿te acuerdas ó conoces á una muchacha que vive en la calle del Rubio?

—Que se llama Caridad, y tiene una madre que se llama doña Petra, y...

—Basta, basta, le interrumpió Luciano sonriendo; ya veo que estás muy enterado.

—Es necesario estarlo á fin de que V. S. pueda tambien estar perfectamente servido.

—Ya sé que tú eres un truan muy largo.

—¡Señor!...

—Vamos á lo que importa.

—Hable V. S.

—Caridad me gusta.

—¿Muy linda?

—Como un sol.

—¿Y jóven?

—Diez y ocho años lo mas.

—¡Magnífica edad!

—Tiene los ojos azules.

—¡Color de cielo!

—Ya sabes cómo se llama.

—¿Y V. S. quiere, sin duda?...

—Que vaya á mi quinta de Carabanchel.

—¿Cuándo?

—Lo mas pronto posible.

—Está bien; será V. S. satisfecho.

—No esperaba yo otra cosa de tí. Pero ten mucho cuidado con que nadie sospeche que yo he sido...

IV.

—¡Señor!... repuso el criado con un gesto de desdeñosa compasion.; ¿por quién me toma V. S.?

—Ya sé que eres un bribon consumado.

—Razon por la cual V. S. me ha tomado á su servicio.

—Tú conoces á casi toda esa canalla que sirve á los que la pagan bien...

—Y que guarda eterno rencor á los que la pagan mal.

—¿Quieres hablarme, repuso el marqués palideciendo ligeramente, de ese tunante de Mala-sangre?

—Sí, señor; y ese no ha olvidado la jugada que V. S. le hizo.

—¡Bah! y á mí ¿qué me importa? dijo Luciano encogiéndose de hombros; ahora está bien seguro.

—No tanto como cree V. S.

—¿Qué dices?

—Que los presos como Mala-sangre no están seguros aunque se encuentren con centinelas de vista.

—Segun eso, ¿crees tú?...

V.

Y el acento de Luciano espresaba un miedo, que en vano trataba de disimular.

El ayuda de cámara le contestó:

—Que el dia menos pensado se lo encuentra V. S. al salir de casa.

—¿De veras?

—Como lo digo.

—Pero, ¿sabes tú algo?

—Yo... no, señor; pero lo supongo.

—Son suposiciones nécias; y sobre todo, con un aviso que dé yo al gobernador, se redoblará la vigilancia respecto á él.

—No lo dudo.

—Bien, luego nos ocuparemos de eso; entretanto haz lo que deseo, y con esas noticias, componte como puedas.

—Eso me hace variar mi plan.

—¡Diablo! ¿desconfias?

—No, señor, nada de eso; ahora es cuando pongo mas empeño en conseguirlo.

—¡Bravo! reconozco en tí al bribon mas ladino que yo podia haber elegido para mí...

—Para confidente de V. S., contestó con cierta adulacion impudente el criado.

—Tienes razon... pero anda, marcha á ocuparte de este asunto.

—¿No tiene V. S. que recordarme nada mas?

—Nada, vete á desempeñar tu encargo, y ya sabes, que en la proporcion que se me sirve recompenso.

—Ya lo sé, señor, ya tengo pruebas de la generosidad de V. S.

Y tras estas palabras, el ayuda de cámara salió de la estancia.

VI.

El marqués de Pino Blanco se quedó solo, y despues de haberse frotado las manos con cierta alegría, murmuró:

—Sí, es una delicia tener unos servidores como estos... Con ellos se puede confiar siempre en la victoria.

Entretanto el ayuda de cámara salió á la calle, y se dirigió hácia la del Sombrerete, donde se detuvo delante de una casa de una apariencia muy mezquina y sobre cuya puerta se leia en un farol, *Casa para dormir.*

Penetró en ella, y despues de haber preguntado á un muchacho raquítico y enfermizo que salió á abrir, si se podia ver al tio Malafacha, atravesó algunas habitaciones llenas de camas y entró en un cuartito donde habia un hombre sentado delante de una mesa, ocupándose en hacer varios asientos en un libro.

—Padre, dijo el muchacho, aquí está el señor Roque, que quiere hablar con V.

—Volvióse rápidamente el interpelado, y se encontró cara á cara con el confidente de Luciano.

Jamás se ha podido aplicar mejor un apodo, que lo estaba el de aquel hombre.

VII.

Una frente estrecha y deprimida, en la cual nacian

unas cejas pobladas y casi sin separacion alguna, unos ojos hundidos y cuya mirada era dura y recelosa, una nariz chata; la boca, cuyos lábios delgados y blanquecinos ocultaban apenas unos dientes afilados y blancos como los de un chacal, y todo este conjunto de facciones asentadas sobre un cuello corto y grueso que á su vez se apoyaban en unos hombros anchos y robustos.

Su estatura, era mas bien baja que alta, y sus piernas torcidas y una ecrescencia que tenia en la espalda, le daban un aspecto deforme y monstruoso.

Todo en aquel hombre respiraba maldad y perfidia, y se sentia un no se qué de repulsivo y repugnante al contemplarle.

VIII.

Roque le tendió una mano, que él apretó entre las suyas, anchas y callosas, y con una voz digna de aquel cuerpo, dijo:

—Adios, buen mozo.

—Buenos dias, Malafacha; me alegro verte tan bueno y prosperando siempre.

—Cállate, adulador, contestó el alquilador de camas dando un suspiro, que pareció mas bien un rugido de rábia.

—¡Pues qué! ¿acaso tu tesoro no aumenta?

—Soy tan afortunado, que todas las cosas me salen al revés.

—Si yo no vengo á pedirte nada, ¿á qué me vienes suspirando?

—Ya sabes tú que para tí tengo yo siempre una onza

de oro, pero eso no quita para que uno se queje de su mala estrella.

—Pues yo vengo á proporcionarte un negocio en que se puede ganar mucho oro.

—¿De veras?... preguntó Malafacha brillándole los ojos de codicia.

—Sí, pero no te olvides que yo soy tu asociado.

—De eso no tenemos nada que hablar.

—Antes tengo que hacerte una pregunta.

—Habla cuanto quieras.

—¿Qué hay de Mala-sangre y los demás ladrones?

—Para mañana está dispuesto el golpe.

—¿Y confias en el resultado?

—Crees tú que Mala-sangre sea algun tonto? Cuando él se mete en alguna empresa es para salir bien.

—Mucho me alegraré, porque á él tendrá tambien mucha cuenta el negocio de que se trata.

—Pero echa por esa boca.

IX.

—Mi amo, repuso Roque, está enamorado de una muchacha, en cuyos brazos quiere adormecerse.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Robarla.

—¡Bien por el señor! ¿Sabes, Roque, que tu marqués es todo un hombre de chapa?

—Y que paga bien.

—Eso sí, pero que se guarde un poco porque Mala-sangre le tiene unas ganas, que si le llega á coger por ahí, no sé qué va á ser de él.

—Ya charlaremos de eso tambien.

—Conque dime, ¿y esa mujer?...

—No tiene mas de malo sino que va casi siempre con una muchacha que no la deja á sol ni á sombra y que regularmente tendremos que robar tambien.

—Entonces, serán dobles los cuartos, dijo Malafacha.

—Se supone... Además, la chica está con su familia, de la cual es necesario que nos ocultemos.

—¡Bah!... y en caso de que quieran echarla de valientes, nosotros no somos cobardes ninguno.

—Es que debemos evitar á todo trance aquello que pueda comprometernos; pudiéramos ir á la cárcel...

—¿Y qué nos importa la cárcel? Mientras tengamos á los ingleses para que nos hagan sierras para limar los yerros...

X.

—Nada, repuso Roque; tú ya estás enterado del negocio, conque así haz porque lo sepa hoy Mala-sangre, á fin de que trabaje con mas ahinco para *afufarse*.

—No necesita él interés alguno para tratar de escaparse.

—Demasiado lo sé.

—Le tiene una tirria á tu amo, que ya... ya...

—Pues no digo nada... á Ortega.

—Lo que es á este si lo llega á encontrar por ahí, bien puede decir que ha llegado su última hora.

—Y tiene razon, le engañó como á un chino.

—En cuanto á tu amo...

—¡Bah! mi amo cometió un pecado, y justo es que lo

pague, contestó Roque con una sonrisa indescriptible.

—¡Bravo muchacho!... Quiere decir que serás tambien de los nuestros...

—¿Y quién ha podido dudar jamás de mi corazon? preguntó el criado ofendido.

—¡Eh!... no te incomodes por eso, muchacho.

—He dicho una vez que os ayudaré con todas mis fuerzas y no me vuelvo atrás.

—Bueno, bueno... eres un *choro* de los mas finos y me enorgullezco de ser tu amigo.

—Gracias, Malafacha, gracias... Conque quedamos en eso: tú verás hoy á Mala-sangre, y le dirás lo que hay.

—Justamente.

—Entonces, pasado mañana temprano vendré yo por aquí.

—Y con eso podrás hablar con nuestros valientes.

—Mucho desearé que entre ellos no hubiera algun soplon que lo eche todo á perder.

—¡Quiá!... Y sobre todo, si nos sale mal, se busca otro.

—Pero entretanto, se pierde tiempo.

—No tengas cuidado Mala-sangre, no es ningun principiante y ya sabe dónde le aprieta el zapato.

—Así sea.... Con que adios, Malafacha, hasta pasado mañana.

—Anda con Dios, buena alhaja... Que no dejes de venir.

Y despues de haberse apretado cordialmente las manos, se separaron aquellos dos miserables sumamente satisfechos el uno del otro.

CAPÍTULO XLV.

—

Tramas infames.—Cuadros sombríos.—Escenas repugnantes.

I.

Estamos en el Saladero.

Por mas repugnancia que nos causen aquellos lugares, nuestro vagamundo paseo por Madrid nos ha conducido hasta aquel sitio, y no debemos detenernos á la puerta.

Franqueemos la escalera, atravesemos los rastrillos, y despues de subir y bajar, de cruzar y recruzar pasillos, nos encontraremos en *el patio*.

Aquel es el punto de reunion de los criminales de todos los paises.

Pero quedaremos estraordinariamente sorprendidos al penetrar allí.

II.

Antonio se halla en medio de un círculo de presos.

El cajista estaba escesivamente pálido.

No se atrevía á levantar los ojos del suelo porque estaba confundido, y la vergüenza que esperimentaba al encontrarse en aquel lugar y entre aquella gente, era superior á sus fuerzas.

Los presos le contemplaban con curiosidad burlona.

Le miraron silenciosamente algunos momentos, hasta que por fin dijo uno de ellos:

—Parece una estátua; se conoce que no es *parlaor*.

—Tras de que nos ha hecho la honra de *visitarnos*, parece que ahora se halla mal en nuestra compañía.

—Oiga V., señor, le dijo uno dándole una palmada en el hombro; estos caballeros se quejan de su falta de política.

—No te ha oido, Madrileño.

—Puede que esté *peneque*.

—Oiga V., volvió á decir el *Madrileño*; y esta vez fué la palmada tan fuerte, que Antonio no pudo menos de estremecerse, y fijar sus ojos, que brillaron de un modo terrible, en el que se le habia intimado de una manera tan brusca.

III.

—¿Qué queria V.? le preguntó el cajista.

—Que sea V. mas sociable, y que cuando le hablen gentes tan honradas como nosotros, les conteste.

—No habia oido, dispensen Vds.

Y Antonio, despues de pronunciar estas palabras, volvió á su anterior inmovilidad.

—Aquí se viene á divertirse, no á estar así, como le pasa á V., le dijo otro de los presos al cabo de un instante.

—O sino se está espuesto á que le rompan un hueso, añadió otro.

—O á que le abran un *bujero* en la barriga.

—O á que la *serdañi* le devuelva la alegría.

—¿Ha oido V., mocito? le preguntó otro de los bandidos.

—¿Qué decian Vds.? preguntó Antonio alzando la cabeza.

—Que estos señores se van incomodando de verle á usted así, y como aquí ninguno vale mas que otro, si le ven á V. con esa cara de tonto, es muy posible que le hagan ponerla mas alegre de una *guantaa*.

IV.

—¿A mí? preguntó Antonio, sintiendo que se le encendia el rostro de indignacion.

—¡Eh!... no hay que ponerse hueco; cada uno tiene su alma en su almario, y si se amoscan y le cojen entre sus manos, ¡pobre de V.!...

—¿Es decir, dijo el cajista temblándole los lábios de cólera, que aquí es menester reirse porque Vds. quieren?

—Cabal: y el que no lo quiera así, que se marche á pagar un cuarto á la alcaidía.

—¿De modo que el sentimiento que á un hombre honrado le inspira el entrar en un sitio como este, tiene que ahogarlo porque Vds. lo mandan?

—Si, señor, y *soniche*, porque nosotros sabemos cerrar el pico al que *garla* mucho.

—Ea, pues... basta ya de amenazas: si estoy triste es porque tengo motivos para estarlo; y si no hablo, es porque no tengo gana de hacerlo.

Y Antonio al decir estas palabras, alzó su cabeza, dejando ver una fisonomía, en la que se leia la resolucion y la audacia.

V.

Los bandidos le miraron con asombro, y hubo un momento en que se consultaron lo que debian hacer.

La vacilacion no duró mucho tiempo.

Estrecharon su círculo, y todos á la par gritaron:

—¡Darle mulé á ese *mocito*!

—¡Hacerle que nos pida perdon!

—¡Enseñar á ese *mándria*, cómo debe tratar á las personas como nosotros!

—¡Vamos á darle una leccion, para que otra vez sea mas atento!

Y el vocerío aumentó estraordinariamente.

Salieron las navajas sin saber de dónde.

En aquellos rostros se pronunció doblemente el tinte de ferocidad que se advertia en ellos siempre.

Y el pobre Antonio se vió en un peligro inmenso.

Sin embargo, no tembló.

Aunque jamás se habia encontrado en una situacion tan crítica como aquella, su corazon no era capaz de sentir miedo por nada.

VI.

Comprendió que iba á morir, y casi se felicitó por ello.

Habia sufrido y sufria tanto, que la muerte era para él un bien.

Los bandidos redoblaban su griteria, y él los contemplaba impasible.

Sereno y silencioso, su mirada tranquila y resplandeciente, imponía, á pesar suyo, á la canalla.

Pero esto duró muy poco tiempo.

Se avergonzaron de que un hombre solo les impusiese, y dieron un paso hácia él.

—Vamos, herid, les dijo el jóven.

—Defiéndete, *chivato*, le dijeron algunos.

—¿Y para qué? el que quiera que avance.

Aquella respuesta, dada con una calma perfecta, acabó de exasperar aquella gente.

Blandieron sus armas, y amenazaron con la repeticion de una de esas escenas, que por desgracia suelen ensangrentar mas de una vez las losas del patio del Saladero.

VII.

La vida de Antonio no pendia mas que de un hilo, y este se trasformó de pronto en un cordel, suficiente para evitar todo peligro.

Mala-sangre, el bandido que vimos en el principio de nuestra obra en el camino de Estremadura, y del cual hemos oido hablar diferentes veces, estaba en un rincon del patio, y al ver penetrar al cajista le miró con asombro,

quedando despues sumergido en profundas meditaciones.

Largo rato estuvo en aquella situacion, hasta que de pronto se dió una palmada en la frente, diciendo:

—¡Voto á mi nombre!... ¡si seria él!...

E inmediatamente alzó la vista y buscó por todas partes á Antonio.

Pero era imposible que le viera.

Estaba oculto por aquella multitud.

Entónces se dirigió á otro de los que estaban por allí, y le preguntó:

—¿Has visto por ahí al *novato* que acaba de llegar?

—Ahí está entre los compañeros, que creo le van á dar una felpa, de *mi flor*.

—¡Mal rayo!

Y Mala-sangre, pronunciando un juramento terrible, se lanzó hácia el grupo que su compañero le habia indicado.

Su llegada no pudo ser mas oportuna.

Antonio estaba cercado, y todos los bandidos furiosamente irritados contra él, buscaban en su cuerpo el sitio donde le habian de herir.

VIII.

—¡Atrás todos! gritó el bandido, separando á los que amenazaban al cajista: ¡atrás todos, ó juro que mi cuchillo sabrá buscar el camino de vuestras entrañas!

Y al decir esto, estiró el brazo y sacó de su manga un largo cuchillo, que empuñó con resolucion.

Mala-sangre era temido y respetado entre todos sus compañeros.

La fuerza y la maldad tienen ciertos derechos al respeto de aquellos bandidos; y como el protector de Antonio poseía estas dos cualidades en alto grado, de aqui que su intervencion en aquel momento supremo fuese sumamente oportuna.

—¿No habeis oido que atrás todos? volvió á gritar, al ver que permanecían fijando aun sus irritados ojos en el jóven.

—No te incomodes, hombre, le contestó uno; si nosotros íbamos á darle *mulé* á ese *gachó*, era para bajarle los humos que tiene.

—Y hace bien; puede tenerlos.

—Es que á nosotros no se nos insulta impunemente.

—¡Eh, *soniche*! y retiraos por ahí, que tengo yo que hablar con él.

—Es que...

—¿Qué *garlas* tú? Lo que yo hago está bien hecho.

IX.

Y el acento de Mala-sangre era escesivamente terrible, al hacer al Madrileño la pregunta que han escuchado nuestros lectores.

—No te incomodes, le dijo aquel.

—Está bien; dejadme solo.

Y los bandidos obedecieron aquella voz, que mandaba de un modo tan enérgico y amenazador.

Antonio y su salvador quedaron solos.

Solos á veinte pasos de aquella multitud.

Pero era imposible encontrar otro lugar mas retirado.

El cajista miró á su libertador, y le tendió la mano, diciéndole:

—Gracias... le debo á V. la vida.

X.

Mala-sangre rechazó aquella mano, y le dijo:

—Eso no las merece; y en cuanto á estrechar la mano, lo dejaremos para despues... Vamos á hablar ahora...

—¿Sobre qué? preguntó Antonio sorprendido.

—Sobre cosas que tal vez te puedan interesar.

—No comprendo.

—Dime, chaval, ¿tu padre vive?

—No sé por qué me haga V. esa pregunta.

—Tú responde ahora y no te metas en mas.

—Es que yo no admito amenazas, no obedezco á nadie.

—¡Ea!... ¡qué diablo!... no seas tan altanero.

—No sé qué quiere decir eso.

—Dime, ¿tu padre estaba sosteniendo un pleito para el cual le hacian falta unos papeles que tenia en *París*?

—¡Dios mio! ¿cómo sabe V.?...

Y el rostro y el acento de Antonio espresaron una infinita sorpresa.

XI.

—¡Bravo, chaval, bravo! esclamó Mala-sangre. Esa noticia me ha puesto mas alegre que si me hubiese caido el premio grande de la lotería. Yo le aseguro ahora al miserable que tiene la culpa de que yo esté preso, que se va á divertir.

El cajista no comprendia nada de cuanto habia escuchado.

La gerga que hablaba el bandido era incomprensible para el jóven.

Por lo tanto, este no hacia mas que mirarle con asombro.

Mala-sangre, le dijo:

—¿Con que es verdad? ¿con que tu padre esperaba esos papeles con tanto afan?

—Ya lo creo, como que el no haberlos recibido fué la causa de la muerte de mi padre...

—¿Pues cómo?

—Habíamos llegado á la última miseria, y desesperado por ver que sus negocios de Bolsa le habian salido mal, y que esos papeles en los que confiaba para acreditar su derecho á la herencia de mi tio no llegaban, enfermó de desesperacion, y murió por fin.

—¡Oh!... y el tunante entretanto... murmuró el bandido con voz sorda.

—¿Qué decia V.? preguntó el cajista.

—Nada... nada... Y dígame V., jóven. ¿Su familia de V. qué pensó, al ver que los papeles no llegaban?

—Que el notario en cuyo poder estaban, habria fallecido ó que la persona á quien mi padre dió el encargo de ir á buscarlos hubiese muerto.

—O la hubiesen muerto, murmuró sordamente el bandido.

—¿Qué quiere V. decir? preguntó Antonio mirando fijamente á Mala-sangre.

—Digame V., ¿no se le ocurrió nunca á su padre que alguna persona estuviese interesada en hacerse dueña de esos papeles?...

—¡Oh!... ¡es verdad!

Y una luz terrible iluminó la imaginacion del cajista.

XII.

Entonces se le presentaron muy claras una porcion de cosas que hasta aquel momento no habia podido comprender.

—Hable V., cuéntemelo V. todo, dijo al bandido, pues todo debe saberlo.

—Es verdad, lo sé, y tal vez consiga reparar en parte el mal que he causado.

—¿Usted?

—Sí, yo; ¿no sabe V. cómo se llamaba el hombre que disputaba á su padre la herencia?

—Nunca me lo ha querido decir mi madre.

—Es cierto; la pobre señora temería por la vida de su hijo.

Y el rostro del bandido espresó un sentimiento de que no se le habria creido capaz.

—¿Tan malo es? preguntó Antonio.

—Mucho, hijo, mucho; y necesitamos de bastante astucia para luchar con él.

—Pero cuénteme V. lo que sucedió.

—Su padre de V. mandó á París á un amigo de toda su confianza.

—Es cierto... el pobre Luis, que no tenia mas que una cabeza muy destornillada, pero que en cambio tenia un gran corazon.

—Le he conocido.

—¿Y qué le sucedió?

—Luis llegó á París vigilado de dos personas que tenian el encargo de apoderarse de los papeles que trajera, á costa de todo.

—¿Y qué?

—El notario vivia, y...

—¿Y se los negó acaso?

—Se los entregó y Luis vino á Madrid con ellos.

—Entonces...

—Entonces... los que no le perdian de vista...

—Acabe V.

XIII.

Pero Mala-sangre veia que á su pesar se le trababa la lengua.

Aquellos recuerdos que estaba evocando le eran escesivamente penosos.

Anchas gotas de sudor corrian por su frente.

Antonio, viendo que no le contestaba, volvió á decirle:

—Pero... ¿qué fué lo que le sucedió?

—¿Qué?... que le mataron, y se apoderaron de su único tesoro.

—¡Pobre Luis!

—Sí, muy desgraciado; porque á pesar de ver que entablaba una lucha muy desigual, defendió valerosamente aquel depósito sagrado.

—Pero, ¿el nombre de su asesino?...

—Ya lo sabrá V. á su tiempo.

Y pronunciadas estas palabras, el bandido inclinó la cabeza entre sus manos, y así permaneció algunos momentos.

XIV.

Antonio, tambien estaba muy preocupado.

Lo que le habia revelado Mala-sangre era mas que suficiente para preocupar su pensamiento.

Y ambos se entregaron á ellos, y ambos se olvidaron durante algun tiempo del sitio y de la posicion en que se hallaban.

El primero que rompió el silencio fué el bandido.

—Y dígame V., jóven, ¿por qué motivo ha venido V. á parar á esta casa?

—Al escuchar estas palabras, alzó Antonio la cabeza.

Aquella pregunta le hizo ruborizarse, y al cabo de algunos instantes de vacilacion, repuso:

—No puedo decírselo á V.; es un secreto.

XV.

Pero Mala-sangre tenia una vista muy perspicaz.

Sus ojos habian reparado la turbacion del cajista, y habia comprendido contemplando aquel rostro, que no habia criminalidad completa en él.

Por lo tanto le dijo:

—No sea V. niño... sé que no es V. criminal; los ladrones y los *asesinos*, llevan ya impreso en *la fila* lo que son, y en la de V. no hay nada de eso.

—No comprendo lo que V. me habla.

—Es verdad, no me acordaba que no es nuestro idioma el de V... y aquí veo otra prueba de lo que antes he dicho: la cara de V..., no respira mas que bondad; y por lo tanto,

le suplico me hable con franqueza: yo soy ya un zorro viejo, y podré servirle de algo.

—Tiene V. razon; no he cometido crímen alguno, pero la sociedad lo ha juzgado así.

XVI.

—¡La sociedad!... repuso con una ironía amarga el preso; la sociedad es tan caritativa, tan filantrópica, que para evitar el crímen, crea ella misma nuevos criminales.

—No analizaré yo ahora los defectos de que ella adolece; pero en cuanto á mí, me ha juzgado por las apariencias, y estas me condenan.

—¿Y por qué no profundizan esas apariencias, por qué no busca, por qué no averigua antes de condenar?

—Porque no puede. Dos personas podíamos haber hablado: una no lo ha hecho, por... por razones de conveniencia tal vez.

—¿Y V. por qué no lo ha hecho?

—Yo, por mi honor, por mi propia delicadeza.

—¿Y ha habido un hombre que consienta eso?... Es verdad, que por desgracia hay muchos así.

—No ha sido un hombre.

—¿Una mujer, tal vez?

—Sí, murmuró con voz apagada el jóven.

—¡Ah!... hable V., hable V. sin rodeos; yo soy viejo, he cometido muchos, muchísimos crímenes, he visto muy de cerca todas las necesidades, todo el vicio del mundo, conozco bastante las gentes, y si he hecho daño ha sido por vengarme á mi manera del mundo, que tanto me habia hecho á mí. Tal vez algun dia sepa V. mi historia... Hoy

soy ya viejo, mi vida se acaba, y no sé por qué tengo á ratos un miedo que no sé ni de qué proviene, ni á quién temo; pero todos los crímenes que he cometido se me vienen á la imaginacion, y... vamos... no puedo esplicar lo que me pasa; entonces quisiera remediar lo hecho, pero no puede ser; y... y en fin, yo le he hablado á V. con franqueza, yo tal vez pueda devolverle lo que... lo que otros le han robado; por lo tanto háblame V. á mí del mismo modo... hable sin miedo, que yo tengo un corazon forrado en cobre del cual no se escapan los secretos que se le confian, sean criminales, sean virtuosos.

XVII.

Durante la larga tirada de Mala-sangre le habia estado contemplando con asombro el cajista.

Habia notado en él una mezcla de ferocidad y de miedo, de malos y de buenos sentimientos que no se la podia esplicar.

Sentia hácia él simpatías y repulsion, y no sabia á cuál de estas dos sensaciones ceder.

—Vamos... vamos... vivo... hable V... Me basta que haya faldas para comprender que nada bueno puede haberle sucedido.

—Es que la mujer por quien yo estoy aquí es tan pura como una vírgen, y tan buena y tan noble como mi madre, á pesar de la posicion en que se halla.

—¡Hola!... ¡hola!... ¿Con que no es de su clase?

—Es condesa.

—¡Diablo!... razon de mas para que se haya burlado de V.

—No, señor, es buena y yo la defenderé.

—Como todos los enamorados.

—Es que la amo con delirio....

—Ta... ta... ¿y ella?

—Me corresponde del mismo modo.

—¿Se lo ha dicho á V.?

—Y me ha dado pruebas.

—¿Por capricho?

—No, señor, estaba para casarse con un hombre muy rico.

—Y eso ¿qué?

—Es que ese mulato, porque es americano este de quien hablo, está sumamente unido con su padre, llevan juntos los intereses, y á pesar de eso, á pesar de que ese hombre es jóven aun y muy rico, me quiere y me prefiere á mi.

XVIII.

—¿Y dice V. que el amante de esa jóven es mulato? preguntó con interés el bandido.

—Sí, señor, americano sé que es.

—Y el padre de la condesa ¿es banquero por casualidad?

—Sí, señor, contestó Antonio con asombro.

—¿Se llama el conde de la Torre?

—Justamente.

—¿Y el otro?

—Enriquez.

—¡Voto á mil rayos! Hable V., jóven, cuéntemelo todo, todo.

—¡Oh!... sí, esta es la Providencia, no hay que dudarlo...

—¿Qué le ha pasado á V. en casa de ese conde?

XIX.

Antonio no sabia qué pensar de la exaltacion del bandido.

Adivinaba algo de terrible, comprendia que se encerraba en todo aquello un misterio que en valde trataba de penetrar.

Y no sabia qué responder.

Mala-sangre volvió á interregarle otra vez.

—Niño, hable V.; figúrese que soy un juez que tiene derecho á interrogarle.

—Y yo tambien le tengo para no responderle.

—Soy el sacerdote cuyas palabras pueden calmar los dolores del alma.

—Pero el corazon tiene secretos que ni aun se revelan al confesor.

—Entonces soy el padre que dice: «hijo, tu madre se muere de hambre; nos han robado el pan, tú puedes darme un indicio para que yo me cerciore de quien me sospecho: dámelo.»

XX.

Y el acento del bandido se hizo estraordinariamente solemne.

Antonio, al escuchar las últimas palabras, se estremeció y dijo: .

—¡Dios mio!... ¿Serian?...

—Hable V., que puede resultarle mucho bien; hágalo usted siquiera por su pobre madre, que de nada tiene la culpa.

XXI.

A estas palabras ya no pudo resistir Antonio.

Se le preguntaba en nombre de su madre y para bien de ella, ¿y qué habia él de negarla?

Por lo tanto, dominado por el acento de Mala-sangre y por la invocacion que habia hecho, le contó todo cuanto le habia sucedido.

Nada le ocultó.

La manera que tuvo de hacer su conocimiento con Elena, la repulsion que le inspiró Enriquez, el orgullo del banquero, y finalmente la cita que recibió de la condesa y el resultado que tuvo esta, cita de la cual ya nos ocuparemos á fin de que quede mas esplicada para nuestros lectores toda esta escena.

El bandido le habia escuchado con una atencion profunda.

XXII.

Cuando Antonio concluyó de hablar se pasó la mano por la frente, frunció sus espesas cejas, y dijo al cabo de algunos momentos:

—¿Y V. no ha sospechado nada de aquella cita?

—¿Y por qué? preguntó Antonio.

—¿Enríquez sabia que V. amaba á Elena y que era correspondido por ella?

—Creo que no.

—Pues el americano lo sabia, no le quepa á V. duda alguna.

—¿Por quién?

—Eso es lo que yo no puedo decir á V., pero que lo sabia no puedo dudarlo.

—¿Pero en qué se funda V.?

—En todo. En primer lugar la carta que V. recibió no era de la condesa.

—¡Qué dice V!... ¿Pues de quién era entonces?

—De Enriquez.

—¡Imposible!

—¿Cree V. que una mujer para citar á su amante vaya á hacerlo al despacho de su padre?

XXIII.

A esto nada pudo contestar Antonio.

No se le habia ocurrido nunca aquella idea hasta que la evocó el bandido.

Y no podia menos de conocer que tenia razon.

Y el pensamiento de haber sido engañado y comprometido por Enriquez hizo estremecer su corazon de cólera y sintió un aborrecimiento inmenso hácia aquel hombre que habia tratado de arrebatarle su amor y su honra.

Y el pobre Antonio sufrió un dolor infinito.

Se le habian revelado tantas cosas durante su estancia en la cárcel, que su alma no podia soportar tanta amargura.

XXIV.

Mala-sangre le contemplaba con tristeza.

Y al cabo de un momento, le dijo:

—¡Pobre niño! no podia V. comprender que en el mundo hubiese tanta infamia.

—Es verdad, jamás me lo habia imaginado, y le aseguro que el dolor que esperimento es terrible.

—Por los dolores es por lo que se conoce el mundo.

—¿Con que es decir, que es necesario desconfiar de todo, no creer en nada?... ¡Dios mio! ¡esto es horroroso!

—Es preciso creer, y es necesario dudar; sin creencías no podria V. vivir á los diez y seis años, y sin dudas no llegaria V. á los cincuenta. Yo he sido jóven como V., he tenido una educacion brillante, y tenia ilusiones porque las necesitaba, pero me las mataron. Yo no pude tener la resolucion suficiente para llorar mis marchitos ensueños, y recogí el guante que el mundo me habia arrojado, y aquí me tiene V. He hecho mucho daño, y la sociedad me castiga encerrándome aquí... ¡Como si para el hombre resuelto hubiera nada imposible!... Hoy dudo de todos, pero jamás de mí. Tengo una fuerza de voluntad inmensa, y esta me sostiene. Quiero vengarme de un hombre, y lo he de conseguir. Por lo tanto, jóven, bueno es que comience usted á conocer el mundo por el lado malo; yo lo conocí por el bueno, y eso me perdió. Desconfie V. de todo, de todo dude, y no tenga nunca mas amigos que su corazon; para amar, no ame V. nunca mas que con la cabeza y jamás interese V. el corazon, y créame V., que así le irá

mejor: á un amor de razon no le importa mucho un desengaño; pero un desengaño al corazon, suele llevar hasta la mano el puñal homicida. Muchos de los crímenes que en el mundo se cometen, suelen ser hijos del amor defraudado ó de la amistad; por lo tanto, créame V., y vivirá, sino dichoso, al menos tranquilo.

—Pero es horrible vivir de esa manera .. ¿Con que es decir que he de creer que Enriquez?...

—Es un miserable, que si en el mundo hay una justicia que castiga á los criminales, y un Dios en el cielo que juzga las buenas ó malas acciones, ese mulato, ni tiene perdon en la tierra, ni puede confiar en la indulgencia divina.

—¿Y de Elena, debo desconfiar tambien?

—No he dicho eso; entre la duda y la preocupacion hay una diferencia muy grande, inmensa.

—Luego ¿qué debo hacer?

—No interesar demasiado el corazon. Dejar á la cabeza que mire tranquilamente y que raciocine con calma. El corazon enamorado exhala vapores que ofuscan el entendimiento y ponen un velo ante los ojos del amante, y ciego, se cometen muchas locuras, que de otro modo no se cometerian.

XXV.

—Pero ¿V. cree que Elena es inocente? preguntó Antonio.

—No solamente lo creo, sino que perderia la cabeza.

—Pero ¿qué interés podia tener Enriquez?

—Veo que es V. un niño todavía. El americano sabia

que ella amaba á V. y necesitaba de cualquier modo apartar ese obtáculo.

—¿Y por qué no proceder de otra manera? ¿Por qué descender á unos medios tan infames y tan bajos?

—Vaya, vaya, pobre niño, V. no conoce nada de mundo todavia.

Y durante algun tiempo siguieron hablando, descubriéndose ante los ojos de Antonio una porcion de misterios que él desconocia.

El bandido le reveló su plan de evasion, y le dijo: que en el momento en que saliera trataria de obtener su salida de allí, de un modo ó de otro.

CAPITULO XLVII.

Donde hay interés no puede existir amistad.—Sorpresa.

I.

Casi á la mitad de la calle de Alcalá, se alza una magnífica casa de moderna construccion.

Preguntad á cualquiera de los vecinos, á quién pertenece, y os contestará sorprendiéndose tal vez de que no lo sepais, que es del opulento conde de la Torre.

Efectivamente, imposible es que no le conozcais.

Su nombre figura en todas las subastas.

Su casa de banca es la primera de Madrid.

Es el primer accionista de la cuenca carbonífera de San Juan de las Abadesas, tiene varias empresas de ferro-carriles, tanto españoles como estranjeros, es el naviero mas rico de cuantos existen en la capital, y es el banquero, el capitalista cuya firma se acepta sin vacilar por las prime-

ras casas de banca de Hamburgo, de Lóndres, de Paris, de Bruselas y de los Estados-Unidos.

II.

En el mundo comercial, el conde de la Torre es el primer hombre despues del baron de Rothschild.

En el mundo político, el célebre banquero, es una entidad, con cuyo apoyo procuran contar todos los partidos.

¿Y quién era el conde de la Torre?

Algunos rumores corrieron de que en tiempos no muy remotos, fué un mayordomo de un marqués que murió en Sevilla.

Pero aquellos rumores se fueron desvaneciendo poco á poco, porque ¿cómo era posible que un simple criado de un noble pudiera haber realizado en tan pocos años una colosal fortuna?

De manera que nadie sabia el verdadero orígen del capitalista, que todos le respetaban, y que todos rendian párias á aquella inteligencia superior, que asombraba en la bolsa con sus atrevidas jugadas y que de especulacion en especulacion aumentaba cada dia sus riquezas.

III.

Penetremos con la libertad que nos caracteriza en aquella opulenta morada, dos dias despues de los sucesos anteriores, atravesemos aquellos escritorios llenos de empleados y franqueemos por fin el *Sancta Sanctorum* de la casa, ó sea el despacho del banquero.

Cerca de la chimenea, muellemente arrellenado en una

cómoda butaca, el padre de Elena se halla abismado en profundas meditaciones.

Enfrente de él, y sentado tambien, se halla otro personaje que deben recordar nuestros lectores, pero á pesar de lo cual, no podemos prescindir de presentárselo.

Escesivamente delgado, de pequeña estatura, parecia que toda la vida estaba concentrada en sus ojillos grises, cuyas pupilas destellaban en momentos dados un brillo tan siniestro, que parecia imposible que de aquellos ojos tan pequeños y de aquel cuerpo tan endeble, se pudiera exhalar una mirada tan enérgica y que espresaba una fuerza de voluntad tan indomable.

Nada habia de brusco en los modales de aquel hombre, nada de repugnante en las líneas de su rostro, y sin embargo, al verle se sentia una repulsion invencible hácia él.

IV.

Aquel personaje era el médico mas afamado de Madrid.

Se llama el doctor Perez y tiene una reputacion de probidad y de inteligencia tal, que de todos los puntos de España acudian multitud de personas á consultarle respecto á sus dolencias.

En el momento en que lo presentamos, está silencioso, y únicamente sus ojos se fijan con una insistencia estremada en el conde.

Por fin alzó este la cabeza.

—¿Qué has resuelto? le preguntó el doctor.

—Nada; lo mismo que antes.

—¿Es decir, que te niegas á darme participacion en tus negocios?

—Sí, señor; los negocios son de quien los hace, la solidaridad no existe mas que cuando las personas trabajan aunadas para un mismo fin.

—De manera, que si yo hubiera hecho lo mismo cuando el negocio de marras...

—Bah... aquello no podia V. hacerlo sin mí.

V.

Reinaron algunos momentos de silencio.

El doctor se mordió los labios de una manera terrible.

—¿Sabes, dijo al cabo de un momento dirigiéndose al banquero, que tu posicion está algun tanto insegura?

—No lo creo yo así, doctor; la de V. garantiza la mia, repuso el conde con aplomo.

—No te comprendo.

—Los dos tenemos los testamentos que nos garantizan mútuamente, y por lo tanto un paso que diera V. en contra mia necesariamente se habia de volver tambien en la suya.

—No es de los testamentos de lo que yo hablo.

—Entonces á mi vez me toca no comprender á V.

—No hace muchos dias, dijo Perez saboreando con cierta delicia un polvo de esquisito rapé que sacó de una magnífica caja de oro; no hace muchos dias, repito, se concluyó un negocio entre el opulento señor conde de la Torre y otros varios señores, cuyos nombres no creo oportuno citar, respecto á unos carbones...

VI.

—¿Qué quiere V. decir? preguntó sobresaltado el banquero.

—¡Nada!... que aquella fué una infamia y las pruebas de ello existen en mi poder.

—¡Ah!... ¿con que V. tiene pruebas contra mí? Y dígame V. doctor, ¿recuerda V. que hace tres años murió el conde de la Isla, de quien era V. el médico y apoderado?... se decia que habia hecho testamento que obraba en poder de V. Falleció de una manera estraña y el tal testamento no pudo encontrarse; entonces se presentaron una multitud de acreedores á los bienes del conde, ¿y sabe usted quiénes eran los acreedores del difunto?

—Sí... murmuró Perez con cierta indiferencia no exenta de inquietud.

—Pues aquellos acreedores, prosiguió el banquero, era el tio Blas, el prendero del Rastro, y otros varios que no han sido mas que los testaferros de V.; yo tambien tengo las pruebas necesarias.

—Pero...

—Además, el testamento del conde existia, y tanto es así, que en el fólio 176 vuelto del protocolo del espresado año está la copia de esa escritura, mejor dicho, hoy ya no está.

VII.

—¿Qué dices? preguntó el médico sintiendo que un miedo terrible se apoderaba de él.

—La hoja de que hablo á V., prosiguió el banquero con una calma que contrastaba estraordinariamente con la agitacion de Perez, ha desaparecido del libro.

—¿Pero de qué modo, Dios mio?...

—El modo yo no lo sé, pero es lo cierto que esa hoja en manos de una persona que tenga algunos motivos de resentimiento contra V., es un arma demasiado peligrosa, puesto que es culpable de la ocultacion de un testamento con perjuicio de un tercero, y además de un envenenamiento realizado para apoderarse de esos mismos bienes.

VIII.

El doctor Perez quedó aterrado.

Entonces, la mirada de que antes hablamos, brilló en sus ojos y de una manera tal que el conde no pudo menos de estremecerse.

Pero, sin embargo, se repuso inmediatamente y con su voz tranquila y serena, prosiguió:

—Ya ve V., doctor, que no estamos en igualdad de circunstancias; si V. da un paso que me comprometa lo único que yo puedo perder es cierta parte de mi reputacion, pero aun me quedarán muchos millones para rehabilitarme ante esa sociedad que no mira mas que al dinero, sin detenerse en buscar los medios porque se ha adquirido; pero V. pierde, no solamente la honra, sino la vida; gradúe V. ahora cual está peor de los dos.

Perez no contestó una palabra.

IX.

La revelacion que le habia hecho el banquero de los medios con que contaba para perderle, le habia anonadado.

Así fué, que no pudo exhalar mas que una especie de mugido que espresaba perfectamente la profunda desesperacion que se habia apoderado de su alma.

El banquero le contemplaba á su vez con una indiferencia glacial.

El doctor, incapaz de decir una palabra y mas incapaz todavia de permanecer frente á frente del hombre que le dominaba, se levantó de su asiento y tomó el sombrero, disponiéndose á marchar.

Entonces le dijo el banquero:

—¿Qué es eso? ¿Se marcha V. ya?

—Sí, señor, veo que es imposible que nos entendamos.

—Lo que es de la manera que V. quiere, no puede ser.

—Y por lo mismo, comprendo que estoy demás aquí.

—Nada de eso, V. sabe que viene siempre á su casa y puede disponer de ella como guste, le contestó el conde con una urbanidad infinita.

—Es inútil, contestó el doctor; no pienso volver por esta casa, donde todo se ha olvidado.

—Como V. guste; ¿segun eso, me declara V. la guerra?

—Sí, señor.

—La acepto de la misma manera que antes he vivido con la paz.

Y el banquero volvió á su indiferencia y apenas contestó al leve saludo que le hizo el doctor Perez al abandonar su despacho.

X.

Este salió de la casa furioso, y se le oyó murmurar conforme iba bajando las escaleras:

—¡Está visto, este hombre es invencible!... ¿Quién hubiese pensado, que bajo aquella ruda corteza se ocultaba un génio y una inteligencia como esta?

Al mismo tiempo que él salia de la casa del capitalista, un hombre en traje de camino penetró en ella y desapareció por la escalera.

El doctor que reparó en él, despues de haber hecho un movimiento de sorpresa, continuó su marcha, diciendo:

—¿Qué será lo que vendrá á hacer el Romo á casa del conde.

CAPITULO XLVIII

Cesarina y Luciano.—El baron del Valle y el Colorao.

I.

Tiempo nos parece ya de ocuparnos de un personaje que indudablemente habrá llamado la atencion de nuestros lectores.

Este personaje es Cesarina.

Cesarina, á quien hemos visto ya diversas veces, y de la cual hemos analizado hasta los mas íntimos sentimientos.

Cesarina, que ligada de una manera terrible á la *familia*, no ha podido hacer mas que lo que algunos miembros querian, sin haber podido obedecer nunca á los impulsos de su corazon.

Erá víctima de un deber exagerado.

Y este deber la causaba dolores horribles.

II.

Ya la hemos visto en su entrevista con Angel.

Aquella alma, que hacia el daño por necesidad, no pudo resistir á la voz de su corazon, que la hablaba mucho mas alto que la de su cabeza.

La *familia* la dió una órden, y no tuvo mas remedio que cumplirla.

Vió á Angel, y tomó aquel amor como un juego.

Principió la partida y tuvo la debilidad de interesar su corazon.

Ya hemos visto los combates que tuvo que sostener.

Ahora nos resta tan solo ocuparnos de lo que hizo despues del dia en que Angel salió de su casa desesperado por aquel capricho, segun él lo calificaba, que le hacia perder el cariño de una mujer que tan interesante se lo habia hecho.

El jóven, para ahogar la voz de su dolor, se arrojó en el seno de los placeres con un ánsia terrible.

III.

Cesarina no quiso buscar un cauterio para su herida.

Gozaba con ella; cada punzada que sentia le recordaba la única pasion santa, noble y grande que habia sentido.

No salia de su casa; no buscaba diversion alguna.

Para ella no habia mas que una felicidad triste y dolorosa que consistia en recordar palabra por palabra las con-

versaciones que habia tenido con Angel.

Ella misma trataba de ahondarse mas la herida que habia recibido.

Y así trascurrieron los dias.

Las puertas de su casa se habian cerrado para Angel, y cada dia que pasaba tenia que hacer un nuevo esfuerzo para persistir en aquella negativa.

En el momento en que la presentamos de nuevo á nuestros lectores está sentada en su gabinete.

Algunas lágrimas se deslizan por sus megillas, que pálidas y desmejoradas demuestran de una manera bastante perceptible el dolor que la devora.

Largo tiempo llevaba en aquella inmovilidad, cuando abriéndose de pronto la puerta de la estancia, apareció en ella el marqués de Pino Blanco.

Sorprendida en aquel estado Cesarina no trató de ocultarlo tampoco.

Luciano se sorprendió al verla, y la dijo tendiéndola la mano:

IV.

—¿Qué es eso, Cesarina? ¿qué tienes?

—Nada, contestó la jóven con voz débil.

—Eso es imposible; cuando nada se tiene, ni se llora ni se está tan pálida como tú.

—Estoy un poco indispuesta.

—¿Has tenido alguna noticia desagradable de tu hermana? preguntó Luciano.

—No; sigue en Barcelona esperando la llegada de ese capitan.

—Entonces, ¿qué causa hay para tu pena?

—Vuelvo á repetirte que no tengo nada.

Y Cesarina hizo algunos esfuerzos para dominarse, pudiendo pronunciar las anteriores palabras con un acento mas sereno y mas tranquilo.

Sin embargo, Luciano no se dió por satisfecho con aquella contestacion, y dijo:

V.

—Veo que tienes conmigo secretos que no creí nunca tuvieses.

—No son secretos, es que positivamente nada tengo que decirte; estoy pálida porque hace algunos dias me encuentro enferma, y lloro, porque es natural que llore cualquier mujer al verse tan abandonada como yo me encuentro.

—Abandonada, viviendo yo? nunca, Cesarina, demasiado sabes lo que siempre te he dicho.

—Gracias, Luciano, contestó la jóven sonriendo con tristeza.

—Tú tienes bastante con atender á la condesa de la Union ó á Amalia Perez, que ambas representan tu ambicion, ó á una pobre costurera, que segun he oido, escita poderosamente tus sentidos.

—Bah, bah, quién hace caso de la multitud de cosas que se dicen por ahí.

—Cuando las dicen algun fundamento tendrán.

—Ninguno, te lo puedo asegurar; tú misma sabes que si hago la córte á Amalia fué porque la *familia* me lo mandó.

—Ya lo creo, ¿y cómo sigues con ella?

—Bien; la pobre cada dia está mas enamorada de mí, en términos que creo que muy pronto voy á pedirla á su familia.

—He ahí una mujer que va á ser muy desgraciada.

—Qué escrupulosa estás.

—No es que yo sea escrupulosa, pero sí me parece que puedo sentir los dolores que va á sufrir una pobre mujer que va á encontrarse burlada de una manera tan inícua.

—A eso se está espuesto en la vida, contestó con indiferencia Luciano.

—Observo, dijo Cesarina, que te adaptas muy bien á las ideas de los miembros que componen la *familia*.

—Es natural; y díme, Cesarina. preguntó Luciano, ¿á qué altura te encuentras con Angel?

A esta pregunta no fué la jóven dueña de sí.

VI.

Palideció de una manera mas intensa y sus miembros se agitaban convulsivamente.

Y su turbacion se hizo tan perceptible que Luciano no pudo por menos de decirla:

—Pero, ¿qué tienes?

—Nada, nada absolutamente; me dan algunos mareos á consecuencia tal vez de la debilidad; me habias preguntado, prosiguió la jóven recobrándose un poco, por Angel, ¿no es cierto?

—Sí.

—He tronado con él.

—¿De veras?

—Sí, se cansó ó conoció tal vez mi juego, y la consecuencia fué separarse completamente de mí.

—Pues entonces te encuentras en el mismo caso que yo con la condesa de la Union.

—¡Cómo!

—Hace unos dias que recibí una carta de su hermano en la cual me decia, que razones particulares le obligaban á no recibirme en su casa, y que por lo tanto me abstuviese de ir á ella.

—Y tú ¿qué has hecho?

—Obedecer.

—¿Pero no sospechas?....

—No solamente sospecho, sino que tengo evidencia.

—Evidencia, ¿de qué?

—De quién ha sido la persona que ha tenido la culpa de todo esto.

VII.

Cesarina fijó sus ojos en Luciano tratando de leer, por decirlo así, lo que pasaba en el fondo de su pecho.

Pero no fué posible, y en su consecuencia preguntó:

—¿Y quién es esa persona?

—¿Quién ha de ser? el marqués de Santillan.

—¿Pero en qué te fundas?

—En todo; ese hombre tiene una segunda idea, y es el enemigo mas acérrimo que hoy tiene la *familia*.

—Pero hombre, eso es muy grave.

—Pero yo le aseguro que no ha de durarle mucho ese poder que se ha querido apropiar.

—¿Qué quieres decir?

—Que el momento que te anuncié no hace muchos dias, está muy próximo; que el marqués de Santillan sucumba, y despues ya veremos quién se lleva el mando supremo.

—Que va á sucumbir el marqués.

—Sí, ya está resuelto, y en el primer baile á que asista se le dará bien una flor ó bien un dulce cuya sola aspiracion lo hará morir.

—¿Qué dices? esclamó la jóven estremeciéndose.

—La verdad, lo que está resuelto y lo que se ha de cumplir.

VIII.

Y de esta manera continuaron hablando algun tiempo detallando Luciano á la jóven todo lo que tenian pensado y los medios de que pensaban valerse para conseguir su objeto.

Nosotros los dejaremos por ahora para ocuparnos de lo que ocurria en una casa situada en el estremo opuesto de donde vivia Cesarina.

Ya hemos dicho que el Sr. Pedro el torero habia formado una resolucion irrevocable respecto á Amparo.

Y como consecuencia de esto, estuvo una porcion de dias sin parecer por casa de la jóven.

Pero no por esto la olvidó.

Al contrario, todos los dias recibia noticias de ella.

Y dió por fin una casualidad estraña.

IX.

En la misma casa donde Amparo vivia quedó un cuarto desalquilado.

Inmediatamente lo tomó el torero.

Trató de que ella no supiera quién vivia allí, para lo cual le sirvió perfectamente la poca curiosidad que ella tenia, y el poco afan por averiguar vidas agenas.

Así fué, que si bien se estrañaron la mayor parte de los vecinos de la misteriosa conducta del nuevo inquilino, no hicieron tampoco diligencia alguna para descifrar aquel misterio.

Amparo con sus amores estaba sumamente satisfecha.

Alma ardiente y apasionada concentró todas sus afecciones, todas sus esperanzas, todo el inmenso tesoro de su cariño en el baron.

German la amaba tambien del mismo modo.

Estos amores no fueron un misterio para doña Rosa.

La jóven no queria ocultar una cosa que nada de particular tenia.

X.

La pobre anciana se alegró con la alegría de su hija adoptiva.

Y como mujer prudente y que tenia bastante mundo dió algunos consejos á Amparo, y no se separaba de su lado siempre que estaba allí German.

El Sr. Pedro vió entrar al baron, le reconoció en seguida y no pudo disimular algunos movimientos de cólera, que dominó convenciéndose de que á nada conducian.

El torero tenia un gran corazon.

Estaba resuelto á hacer el sacrificio de su amor por la felicidad de la jóven, y por lo tanto era una necedad el incomodarse porque ella amara á otro.

¡Pobre Sr. Pedro!...

En el momento en que de nuevo nos encontramos con nuestros amigos, Amparo está esperando con impaciencia á German.

Es la hora en que acostumbraba á ir, y se retrasaba un poco.

Doña Rosa hacia esfuerzos por tranquilizarla, pero como era muy natural en una mujer, y mujer enamorada, dudaba de todo y temia que ya German se hubiera olvidado de ella.

XI.

Cuando ya su dolor iba tomando un carácter mas pronunciado, sonó un golpe en la puerta de la casa.

El corazon de Amparo latió con violencia.

La señora Rosa sonrió cariñosamente, y dijo:

—Vamos, ya está ahí.

La jóven se levantó inmediatamente y abrió la puerta, pero un grito de espanto se exhaló de sus lábios.

Pálida como un cadáver retrocedió hácia el interior de la estancia.

En el umbral de la puerta estaba el *Colorao*.

Nuestros lectores deben recordar á este hombre á quien vieron en la primera entrega de nuestra obra, en la taberna de la tia Brígida.

El coloso, pues podemos calificarle así, soltó una carcajada brutal y prolongada, diciendo:

—¡Ja.. ja... ja!... Ya te encontré, paloma, ya te encontré, y ahora no está el caballero pálido para que te socorra.

—Pero estoy yo, dijo una voz á sus espaldas.

Al mismo tiempo el Sr. Pedro se presentó á espaldas de el *Colorao*.

Este se volvió, y fijando en el torero sus irritados ojos, le dijo:

—Mejor que mejor, con eso será la funcion completa.

XII.

Amparo dió un nuevo grito, y mientras que la señora Rosa sorprendida, trataba de intervenir para contrarrestar los efectos que aquella escena pudiera causar, un nuevo personaje se presentó en el corredor que se estendia detrás de la puerta de la habitacion de la jóven.

Este personaje era el baron del Valle.

—¿Qué sucede aquí?... preguntó.

Al escuchar este acento se estremeció el coloso.

—Fuera de aquí, dijo el Sr. Pedro, que no pudo contener un movimiento de cólera al ver que se presentaba tan inopinadamente el baron para arrebatarle el triunfo.

German entretanto, y al par que el *Colorao* retrocedia, avanzó hasta él, y cogiéndole por un brazo, le dijo:

—Mira, esa jóven que ves ahí temblorosa por el susto que la has causado, ha de ser desde hoy sagrada para tí, ¿lo entiendes?

—¡Perdon!... murmuró el *Colorao* trémulo y con voz apagada.

—Esa mujer, prosiguió el jóven, ha de ser mi esposa, y ¡ay de tí si esta escena vuelve á reproducirse!

—¡Oh!... esclamó con una espresion indescriptible el torero.

—¿Qué es eso?... preguntó el baron fijando sus ojos en el Sr. Pedro.

XIII.

El pobre viejo conoció que cualquier cosa que dijera tenia que ser una inconveniencia, y permaneció silencioso.

—¡Perdon!... volvió á decir el *Colorao*.

—Tienes razon en pedir perdon; tu crímen fué horrible.

Todos los actores de esta escena estaban preocupados con aquel nuevo incidente.

Y no podian esplicarse el estraño poder que German ejercia sobre aquel hombre.

Y ninguno se atrevia á decir una palabra.

El *Colorao* seguia repitiendo cada vez con mas agitacion:

—Perdóneme V., perdóneme V.

—Has contraido conmigo una deuda de muerte, y sin embargo, ya lo ves, yo no he querido cobrártela.

—No tuve yo la culpa.

—Ya lo sé, contestó German, ¡los miserables!...

Y algo de sombrío y de terrible debió pasar por la imaginacion de aquel hombre porque su frente se plegó de una manera siniestra y se contrajeron los músculos de su semblante.

XIV.

Despues, dijo:

—Ya has escuchado mis palabras, no las olvides, y retírate de aquí.

El *Colorao* sin atreverse á levantar los ojos del suelo, se alzó y salió dando traspieses como si estuviera embriagado.

El Sr. Pedro habia contemplado con profunda curiosidad aquella escena, y despues que se quedaron solos siguió mirando al jóven con la misma insistencia con que antes habia mirado á los dos.

German dió algunos pasos hácia Amparo, y cogiéndola de una mano la dijo:

—Tranquilícese V., ese hombre no volverá nunca á propasarse como hoy lo ha hecho.

Despues miró á su derredor, y sus ojos tropezaron con los del torero.

Entonces le tendió su mano y le dijo:

—Amigo mio, he sabido por Amparo todo cuanto usted ha hecho por ella, y se lo agradezco desde lo íntimo de mi corazon; déjeme V. que estreche una mano que tan perfectamente ha sabido prodigar el bien.

XV.

El Sr. Pedro vaciló durante algunos segundos.

¿Cómo iba él á dar su mano al hombre que le arrebataba su ventura?...

Y sin embargo, no tenia mas remedio que hacerlo.

Así fué, que tuvo que sostener una lucha espantosa, lucha, que hizo cuantos esfuerzos pudo, para que no se trasluciese en su semblante.

Y cuando llegó á dominar por completo su repugnancia, entonces tendió tambien su mano al baron, no pu-

diendo por menos de estremecerse con aquel contacto.

Pero aun le estaba reservado sufrir mas.

El jóven, fijando una mirada llena de ternura en Amparo, dijo al cabo de algunos instantes:

—Ahora que estamos reunidos aquí todos; ahora que están delante de mí las dos personas que han velado, tanto en Sevilla como en Madrid, por Amparo, puedo decir con franqueza mi deseo.

—¿Cómo?... esclamó el torero alarmado por aquel preámbulo.

—Yo, el baron del Valle, amo á Amparo, y deseo que ustedes me concedan su beneplácito para hacerla mi esposa.

—¡Ah!... esclamó la jóven arrojándose en los brazos de la Sra. Rosa y ocultando su rostro en el seno de aquella.

XVI.

Estas palabras causaron un efécto estraordinario al torero.

Nuestros lectores pueden comprenderlo muy fácilmente.

Aquella peticion era la pérdida total de sus locas esperanzas.

El habia formado la resolucion de no ver en la jóven mas que á la hija que la casualidad le habia deparado.

Pero todo aquel valor desapareció al escuchar las palabras de German.

Le era imposible acceder á lo que él deseaba.

Así fué que permaneció silencioso y sin poder articular palabra alguna.

XVII.

La Sra. Rosa fué la que primero rompió el silencio, diciendo:

—Amparo le ama á V.; su felicidad la tiene la pobre niña cifrada en V., pues sea ella feliz y yo estaré sumamente gozosa con su felicidad.

Entonces la jóven alzó su frente.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero aquel llanto era de placer, de ventura, de felicidad.

German se dirigió hácia el torero, y le dijo:

—¿Y V. qué responde?

Al verse el Sr. Pedro interrogado tan directamente, no tuvo mas remedio que levantar tambien la cabeza.

En aquel corto intérvalo que habia trascurrido, el pobre hombre luchó mucho.

Fijó su vista en Amparo, y al ver la dicha que resplandecia en su rostro, se estremeció dolorosamente.

Una lágrima tembló en sus párpados.

Esta lágrima era la espresion mas elocuente de su sufrimiento.

XVIII.

Hizo un esfuerzo supremo, y dijo con voz no muy segura:

—¡Dios los haga á Vds. muy dichosos!

La escena que se siguió entonces, fácilmente se puede comprender.

CAPÍTULO XLIX.

En todas partes se encuentra «la familia.»—Qué era lo que pasaba á algunas leguas de la corte.

I.

Antes de seguir adelante, nos parece muy oportuno dar cuenta á nuestros lectores de lo que sucedió en la Barceloneta, dos noches antes de la entrevista que tuvo Perez con el capitalista.

Hácia las tres de la tarde de aquel dia, el vigía del puerto hizo la señal de una fragata mercante que venia de América.

Dos horas despues tomaba fondo, y concluidas de practicar las primeras diligencias de sanidad, etc., se desprendió de uno de los costados de la embarcacion un bote, que al cabo de algunos momentos se dirigió hácia el muelle.

Dentro del bote iba el capitan de *La Reina de los Angeles*, que así se llamaba la fragata.

II.

Era jóven aún, pero con esa juventud de los marinos, que consiste en no tener el rostro tan curtido, ni los cabellos tan cenicientos como los de mas edad.

Nuestro capitan podria tener unos treinta años, y su naturaleza aparentaba ser estremadamente vigorosa.

En la mirada de aquel hombre se veia la lealtad, y en la espresion de su fisonomía, se adivinaba la franqueza y la honradez.

Cuando el bote atracó al muelle, el marino saltó á tierra, y volviéndose hácia su gente, dijo:

—A las once de la noche, aquí.

Los marineros contestaron un: «Está bien, mi capitan,» y un momento despues, la frágil barquilla se alejaba impulsada por los ocho remos que manejaban otros tantos robustos brazos.

III.

En cuanto al capitan, dió algunos pasos hácia la poblacion, cuando de pronto cruzó por delante de él una mujer que llamó estraordinariamente su atencion.

—¡Diablo!.. dijo, para gracia y garbo mis compatriotas; ya tenia deseos de echarme á la cara una buena hembra, y esta es una buena goleta, no tiene mal aparejo... démosla caza y reconozcamos el buque... ya comprende que me he puesto en sus aguas... larga todo el trapo para ver si puede

escapar... bravo... cambia de rumbo... imitemos su maniobra... ¡voto á diez, carronadas!... ¡y qué bien se balancea!.. ya amaina... pasémosla á sotavento y veamos el bulto.

Durante el monólogo del capitan, la jóven habia apretado el paso, y al comprender que era seguida, varió de pronto el camino y se dirigió hácia la Barceloneta.

Nuestro marino, ocupado en su persecucion, no echó de ver dónde se encontraba, hasta que las primeras casas de aquel barrio *sui generis*, se lo vinieron á recordar.

Entonces se dió una palmada en la frente, y murmuró:

—¡Por vida del diablo!... ya me habia olvidado de estos papeles, pero ¿qué le hemos de hacer? lo mismo dá ahora que luego; ya he perdido el camino, con que adelante.

Y diciendo y haciendo, aligeró el paso y fué á colocarse delante de la jóven.

IV.

Volvió la cabeza, y al contemplarla no pudo menos de esclamar:

—¡Magnífico!... ¡Voto á cien tempestades!... tan buena es la proa como la popa...

Y dirigiéndose á ella, continuó:

—¿Sabe V., reina mia, que doy por bien empleados los veintiocho dias que he venido dando tumbos por esos mares, toda vez que al desembarcar he tenido la suerte de ver una cosa tan bonita?

La jóven no contestó.

Se puso escesivamente encarnada. é inclinó púdicamente su vista hácia el suelo.

—Y dígame V., niña; ¿se puede saber la bahía donde

echa el ancla esa embarcacion? la preguntó el capitan acercándose á ella con galantería.

—¿Y para qué quiere V. saber dónde vivo, caballero? le dijo la jóven con un timbre de voz puro y armonioso.

—¡Ay!... ¡qué acento!... ¡si es mas dulce que el murmullo de la brisa de los trópicos cuando acaricia á las jarcias de mi fragata! ..

—Muy galante es V., señor marino.

—Y. V. muy hermosa.

—¿De veras?...

—No me mire V. de ese modo, porque me mareo; hace tantos dias que no he visto la luz, que me siento deslumbrado.

—¡Oh!... con esas palabras engañan Vds. á las pobres mujeres, dijo la jóven con una inocencia y una candidez encantadoras.

—¡Engañar!... ¿cree V. que yo pueda engañarla?...

—¿Y por qué no?... ¿Acaso no soy yo una mujer como todas, y V. un hombre como los demás?

V.

El marino no contestó durante algunos segundos.

En este tiempo se la oyó murmurar:

—¡Diablo!... esta chiquilla es mas lista que un brick-barca inglés; mantengámonos á la capa... y despues dirigiéndose á ella resueltamente, prosiguió:

—Niña mia, los hombres no son muy peores ni mejores que las mujeres, y yo soy como mi buque; navego en todas aguas; á la que me quiere, la correspondo; á la que me engaña, la desprecio y la olvido; este es mi corazon;

hace seis meses salí de Cádiz, he recorrido sucesivamente la América del Norte y la del Sur, no he visto mas que inglesas tan frias como su suelo, ó americanas que no han hecho mas que escitar mis sentidos sin llenar el vacío de mi corazon, y cuando no veia estos rostros, contemplaba tan solo la faz verdusca, y á veces no muy tranquila, del Océano; y por Cristo, que esto no tiene nada de agradable; así es que deseaba llegar á mi tierra para ver á mis paisanas, á mis paisanas que son las mujeres mas hechiceras del mundo; aquí hay amor y deleite, aquí hay corazon y cabeza; la he visto á V., y con la franqueza propia de un marino, la aseguro que he quedado satisfecho con semejante encuentro; y ahora, niña, ¿quiere V. aceptar mi cariño?

VI.

—¿Y por cuánto tiempo, señor capitan? preguntó la jóven haciendo un gesto de encantadora coquetería.

—Eso depende de V.

—¡De mí!...

—Sí, señora; con franqueza, ¿cuánto tiempo cree usted que su corazon será capaz de guardar constancia?

—¡Oh!... esas palabras son un tanto ofensivas, y...

—Hija mia, el cariño de las mujeres es como las olas del mar, mucha apariencia y despues espuma, es decir, nada; resistid el primer choque de la ola, y habeis vencido, ya las mirais sin miedo; saltad la primera valla del amor, y despues vendrá el cansancio, y tras este el fastidio.

—En eso hablará V. por sí.

VII.

—Hablo por los dos, y especialmente por V., repuso el marino. Las mujeres son como las aves de los trópicos; pasa un buque de línea y vienen hácia él, revolotean entre sus jarcias, acarician sus mástiles, y cuando los marineros se recrean admirando la belleza y variedad de sus plumajes, abandonan de pronto la embarcacion para ir á engañar con sus mentidos agasajos á otra que va á penetrar en aquellos mares.

—Y V. que de tal manera piensa del amor y de las mujeres, ¿por qué se lanza, en el momento en que pone su planta en tierra, en una aventura amorosa?

—Porque cuando V. sueña con una cosa que la halaga, siente al despertar un dolor inmenso en su corazon, y trata de dormirse nuevamente para continuar soñando...

—Porque un sueño así es un goce, ¡y hay tan pocos en la vida!...

—Pues por la misma razon me lanzo en estas aventuras; el amor es el sueño de la existencia; sueño que á veces suele tener un despertar terrible, pero ¡bah!.., ¿qué importa eso, si al fin se ha gozado?

VIII.

—¿Sabe V., señor capitan, que tiene V. ideas muy estrañas? dijo la jóven.

—¡Phe!... ¿quién sabe?... siempre he hablado á las mujeres que he conocido con una franqueza inmensa, y las he exigido que con la misma me contesten; no despre-

ciaré á la mujer que me diga: «No puedo querer á V., porque no ha sido suficiente á inspirarme cariño», pero sí lo haré á la mujer que me engañe.

—¿Y de qué modo me hablará V. á mí? preguntó la jóven, que no podia menos de escuchar con interés las palabras del marino.

—A V. la diria: hay coincidencias estrañas; hay momentos que forman una época en nuestra vida. Uno de estos ha sido en el que he encontrado á V.; por seguirla ya he faltado á un deber, pero no importa, mi corazon me ha llevado mas lejos de lo que yo creia; creo amar á V.: si algun dia veo que me he equivocado, antes que engañarla y hacerla desgraciada, se lo diria; tal vez yo, que no he amado nunca, me enamore perdidamente de V.; no soy pobre y puedo satisfacer algunos caprichos de la mujer que ame, siempre que estos ataquen solo á mi bolsillo, nunca á mi corazon; podemos ser felices todo el tiempo e V. quiera; y puesto que los lazos con que nos unimos solo los ata el placer, el fastidio de cualquiera de los dos puede desatarlos perfectamente.

Y concluidas de decir estas palabras, el marino calló esperando la respuesta de la jóven.

Esta permaneció un tanto pensativa durante algun tiempo.

El capitan respetó su silencio.

IX.

Cuando la jóven lo rompió, le dijo:

—A un lenguaje tan franco como el de V., es necesario que yo responda con la misma franqueza. V. no ha

amado hasta ahora, yo tampoco. En mi vida hay un misterio que V. no deberá penetrar jamás; puede que algun dia se lo revele yo; lo que únicamente puedo asegurarle, es que este misterio en nada afecta á mi honra; soy jóven, soy sola en el mundo; tengo una voluntad, contra la cual hasta ahora se han estrellado todas las seducciones empleadas contra mí. Se lo confieso á V. con ingenuidad, me ha interesado su manera de espresarse; y quién sabe tambien si llegará un dia en que lo ame; acepto esos lazos que usted me propone, y del mismo modo que V. es incapaz de engañar, yo tambien lo soy; si alguna vez—y el acento de la jóven vibró de una manera particular al pronunciar estas palabras,—si alguna vez mis lábios se empañan con la mentira, no es mi corazon quien la dicta; es una fuerza misteriosa, una voluntad, que á pesar de ser la mia tan potente, nada puede hacer contra ella; ya que la casualidad nos ha unido, vivamos, pues, y tratemos de amarnos, no siendo la culpa de ninguno si acaso la pasion del uno no ha sido correspondida por el otro.

—¡Bravo! ¡voto á cien truenos! eso se llama hablar como una mujer de corazon: bendita sea la casualidad que me ha proporcionado este encuentro.

Y el marino se restregó las manos con satisfaccion.

CAPITULO L.

Continuacion del anterior.

I.

Conforme habian ido hablando, sus piés no habian cesado de moverse, y cuando el capitan concluyó de pronunciar las últimas palabras se encontraba en lo mas retirado de Madrid y delante de una casita, cuya apariencia sencilla no estaba desprovista de cierta elegancia y buen gusto.

La jóven se detuvo delante de la puerta.

—¿Es aquí donde vamos á dar fondo? preguntó el capitan.

—Desde este momento es de V. esta casa, le contestó su amada con una finura esquisita.

—De la misma manera que es de V. mi corazon.

—Pues bien, subamos y cenaremos juntos.

—¡Que me place! una mujer hermosa y una buena ce-

na son cosas demasiado esquisitas para que uno se ande con reparos.

II.

La jóven penetró en la casa seguida del marino, y un momento despues estaban ambos sentados en dos butacas delante de la chimenea donde ardian algunos leños, esparciendo un calor escesivamente agradable en toda la estancia.

Ambos estaban silenciosos.

Quizá en aquel momento supremo, ambos echaban una ojeada en sus corazones para ver si en ellos existia alguna parte de aquel amor que se habian prometido.

El marino miraba de una manera ávida á la jóven y sin duda en aquel escrutinio hecho á sus sentimientos, debió quedar satisfecho, porque dijo:

—Cuanto mas la miro á V. mas hermosa me parece; por mi fé de honrado marino, que creo que he encontrado la mujer que yo buscaba.

III.

La jóven nada le contestó.

Alzó sus ojos, y la mirada que dirigió al marino fué de una irradiacion tal, que este, incapaz de resistir al fluido que se resistia de aquellas pupilas, cerró los ojos, diciendo:

—¡Oh! ¡Qué hermosa eres!

Y tenia razon.

La belleza de la jóven era estraordinaria.

Era una belleza atrevida, si se nos permite decirlo así.

Bajo el arco sumamente pronunciado de sus cejas, se destacaban dos ojos rasgados, negros y brillantes.

La estatuaria griega hubiera envidiado aquella nariz casi recta, debajo de la cual dos lábios frescos, sonrosados é incitantes encubrian unos dientes blancos y pequeños como los de un niño.

Este conjunto de facciones formaban un rostro encantador.

Y este rostro sostenido por una garganta, bajo la cual se alzaba un seno admirablemente modelado, hacian de aquella mujer uno de los séres mas enloquecedores que el capitan habia encontrado en toda su vida aventurera.

IV.

—Y dime, reina mia, dijo al cabo de algunos momentos, porque creo que ya podemos escusar los cumplimientos entre nosotros, ¿qué nombre es el que tienes?

—Me llamo Cármen, contestó con sencillez la jóven.

—Pues si tu alma es tan hermosa como tu nombre, creo que voy á ser el mas feliz de los mortales.

En aquel momento, dos criados penetraron en la habitacion llevando una mesa cubierta con una vajilla que revelaba desde luego el buen gusto de su dueño.

Algunos instantes despues, nuestros dos personajes despachaban los manjares colocados en ella, de un modo que hacia honor á sus facultades gastronómicas.

El marino contemplaba á Cármen de un modo que revelaba perfectamente que el amor, el deseo y el vino empezaban á hacer su efecto.

Se cruzaron entre ambos palabras que espresaban su creciente intimidad.

V.

Alguna vez que otra se tocaron sus manos y aquel contacto les hacia estremecerse.

Los lábios del uno buscaban en la misma copa el sitio donde el otro habia puesto los suyos.

Y si las miradas de Andrés, que así se llamaba el marino, eran ardientes y abrasadoras, las de Cármen eran dobleménte incitantes por la infinita languidez y voluptuosidad que respiraban.

—¡Por vida de mi nombre! ¡Cómo era posible que yo me imaginara tener un encuentro tan agradable, y sin embargo, casi te aseguro que lo presentia! Mira, Cármen, cuántas noches sentado en la popa de mi fragata contemplando las olas que azotaban sus costados, me parecia ver envuelta entre montes de flotante espuma una forma vaga, indecisa y misteriosa que desaparecia instantáneamente, dejándome escuchar antes una especie de gemido que hacia estremecerse las fibras de mi corazon. Y aquella forma flotaba sin cesar delante de mí, ora envuelta en los ténues vapores de la aurora, ora destacándose de entre las densas brumas de la noche; y aquella forma eras tú, Cármen mia, tú, que al posar yo mi planta en tierra cruzaste ante mi vista como un meteoro, pero que despedias una luz tan brillante que reconocí en seguida el ser impalpable que veia en la blanca estela que dejaba mi fragata. ¡Oh! ¡y te amé, Cármen! Parecerá estraño que en tan poco

tiempo haya brotado este amor; pero para corazones como el mio, basta un momento para sentir y para amar.

VI.

Y el marino al pronunciar estas palabras, enlazaba con su brazo la cintura de la jóven.

Cármen no ponia resistencia alguna.

Medio velados sus ojos por las luengas pestañas, lanzaban á través de ellas una mirada tan acariciadora sobre Andrés, que acababa de arrebatarle la poca razon que le quedaba.

Y seguian bebiendo.

Y las palabras se cruzaban y quizá en algun momento tanto acercaron sus rostros que sus alientos llegaron á confundirse.

—¡Diablo, diablo! dijo Andrés, cuya lengua empezaba á tartamudear; nunca me ha hecho el vino el efecto que me ha hecho ahora..... parece que se oscurece mi vista.... se saltan mis sienes.... y vamos, no sé lo que le pasa á mi cabeza.

—¿Has estado en alguna otra situacion semejante? le preguntó Cármen dando á su voz una inflexion de dulcísima ternura.

—Nunca, nunca, pero no me mires de esa manera, Cármen, hay en tus ojos un no se qué que me fascina, se turban mis sentidos..... y tu acento me enloquece..... creo que la muerte se apodera de mi corazon..... pero morir en tus brazos es una muerte feliz; Cármen, Cármen, bendita seas.

VII.

Y el marino dejó caer pesadamente su cabeza sobre la mesa.

Por los lábios de Cármen vagó una sonrisa de una espresion estraña.

Llenó las copas nuevamente y al cabo de algunos segundos Andrés no era mas que una masa sin conciencia alguna del estado en que se hallaba.

Entonces pasó una nube por la frente de Cármen.

Contempló con dolorosa tristeza al marimo y murmuró:

—Cuán noble y cuán leal es. Tengo remordimientos por lo que voy á hacer. ¡Oh! pero yo aseguro que este será el último sacrificio que haré á ese poder misterioso que me subyuga.

VIII.

Y la jóven se levantó de su asiento, se dirigió recatadamente hácia Andrés y se detuvo vacilante diciendo:

—¡Dios mio!... ¿pero engañarle así?..... Ea, valor.

Y entonces comenzó á registrar los bolsillos del marino, hasta que encontró una cartera.

La abrió, registró escrupulosamente los papeles que contenia, separó alguno de ellos, los envolvió bajo un sobre y saliendo á la puerta llamó á un criado y entregándoselos le dijo:

—Tome V., Romo, lleve esto á Madrid y entrégueselo al conde de la Torre.

El criado desapareció y Cármen, cogiendo nuevamente la cartera, fué á esconderla en uno de los secretos que tenian los cajones de su cómoda.

Despues de haber practicado estas operaciones se sentó nuevamente al lado de Andrés, diciendo:

—Ya está consumado el sacrificio, esperemos ahora sus consecuencias.

CAPITULO LI.

Hablamos de antiguos conocidos.—Sufrimiento de una mujer.

I.

Tiempo es ya de que nos ocupemos de la condesa de la Union.

Tal vez se habrá estrañado nuestro silencio respecto á ella, pero no podiamos pasar por otro punto.

Era necesario que nos ocupáramos de otros incidentes, que presentásemos nuevos personajes y que estos personajes se relacionáran con los que ya conocian nuestros lectores, á fin de que la accion de la obra marchase completamente unida á pesar de las distintas esferas en que giran muchos de aquellos.

II.

Esto lo hemos hecho ya, y por lo tanto vamos á encontrarnos con Irene, á quien veremos muy desconsolada y sin poderse dar cuenta de la estraña conducta de Mario.

Para ella habia en todo aquello un enigma que la era completamente indescifrable.

Habia visto á Mario, amante, tierno, enamorado, y ella le habia correspondido de la misma manera.

Habian hablado de su union como de una cosa que quizá no podria realizarse sino á costa de muchos esfuerzos, pero esperaban vencerse todos los obstáculos, porque para ello poseia un talisman poderoso.

Este era su amor.

Pero cuando ella menos lo pensaba se presenta un desconocido.

III.

El marqués de Santillan habla con su hermano, y la influencia que aquel hombre ejercia sobre cuantas personas le trataban no podia aquel por menos de sentirla tambien.

Jorge significó al baron de cierta manera la idea que el marqués de Pino Blanco se habia llevado para provocar aquel escándalo.

El hermano de Irene, como se comprenderá muy bien, se puso furioso y fué necesario que el de Santillan apelase á todos los recursos á fin de que no exigiese de Luciano una satisfaccion.

El marqués habló con Irene.

Supo de esta todo cuanto necesitaba saber.

Es decir, que amaba y era amada.

Que el hombre amado no tenia mas defecto que el de ser pobre.

Entonces Jorge la prometió emplear toda su influencia para obtener de su hermano el permiso para que aquella union se verificase.

IV.

El marqués de Santillan conocia por desgracia el mundo lo suficiente, y en su consecuencia trató de averiguar primero si Mario amaba en la jóven á la mujer tan solo ó si su verdadero amor era la riqueza que aquella poseia.

En su consecuencia, tomó informes respecto á Mario y estos fueron lo que debian de ser.

Nadie le habló mal de nuestro amigo.

Se lo pintaron como un modelo de amor filial, y como la personificacion exacta del trabajo, de la aplicacion y del buen deseo.

Así fué que el marqués quedó completamente satisfecho por semejante descubrimiento.

V.

Sabido ya que Mario era digno de la mano de Irene se dirigió inmediatamente á la casa de esta.

La jóven que sabia estaba ocupándose de su felicidad, le esperaba con impaciencia, y cuando llegó le dirigió una mirada interrogadora en la cual iban envueltas cien preguntas, á las cuales contestó Jorge con una mirada llena de promesas.

Inmediatamente el marqués pasó con el baron á las habitaciones de este.

Una vez allí le dijo la verdad.

Le habló respecto á los amores de su hermana.

El baron aferrado á sus antiguas preocupaciones é imbuido en cierta clase de ideas, se puso un tanto furioso al saberlos.

Pero tenia tambien un buen juicio.

Y este le hizo conocer, que por ningun estilo debia de imponer su voluntad á Irene tratándose de un asunto tan sério como el del matrimonio.

Es verdad que para que este buen juicio triunfase de las rancias preocupaciones de su raza, contribuyó muy poderosamente el marqués de Santillan.

VI.

Por fin, al cabo de mucho tiempo consiguió Jorge que el baron diese su consentimiento para aquella union.

Mandaron llamar á Irene, y á consecuencia de la entrevista que medió entre los tres, la jóven escribió á Mario la carta que ya conocen nuestros lectores por haber sido interceptada por Cesarina.

Y tanto el marqués como el baron y su hermana esperaron en vano que fuera Mario á consecuencia de la invitacion que habia recibido.

Y con una estrañeza infinita se vió, que no solamente trascurria la noche sin que nadie se presentase, sino que al dia inmediato sucedió lo mismo.

Esto fué ya demasiado.

El baron creyó que aquello era un desprecio que se le hacia.

El marqués estaba aturdido por la inescusable accion del jóven.

Irene, ya pueden figurarse nuestros lectores cómo estaria.

VII.

—Ahí tiene V., marqués, decia el baron paseándose por la estancia, las consecuencias de las contemplaciones con esa canalla; mientras hemos permanecido en nuestro puesto, nos han respetado, nos han guardado el decoro que se nos debia, pero hemos descendido hasta ellos y nos ha despreciado.

—No, baron, yo no puedo creer...

—Sin embargo, ya vé V., la prueba está bien patente.

—Pues aun así, no puedo creer que sin un motivo justificado haya dejado Mario de venir.

—¿Pero qué motivo es ese?

—Eso es lo que sabremos mañana.

—Si estuviera enfermo podia haber mandado un recado, porque debe comprender què estaríamos esperándole y llenos impaciencia.

—¿Quién sabe, baron, quién sabe lo que puede haber ocurrido?

VIII.

Entretanto Irene no hacia mas que llorar, porque tampoco podia hacer otra cosa.

Ella se lo habia querido, y por lo tanto no tenia derecho alguno para quejarse.

El marqués trató de averiguar el motivo de la estraña conducta de Mario.

Y su estrañeza subió de punto, cuando en casa del jóven le dijeron que se habia marchado á Barcelona.

Esto ya era un poco mas sério.

Era hacer un desprecio injustificado completamente.

El marqués, por efecto de lo que habia oido, tenia necesariamente que haber formado un juicio de Mario que no podia por ningun estilo estar en armonía con la conducta que observaba este.

De manera que pensando sobre aquello se le ocurrieron multitud de ideas.

Temió alguna intriga por parte de la *familia*, de la cual conocia los proyectos que habian estado acariciando durante algun tiempo, y trató por cuantos medios estuvieron á su alcance de averiguar la verdad.

IX.

Por su parte Irene, impulsada por su amor y por sus celos, ciega y desesperada, al dia siguiente muy temprano, con el pretesto de que iba á misa, salió acompañada de su doncella, y se dirigió hácia la casa de Mario.

Se detuvo á la puerta, y mandó que la doncella subiese á ver si el jóven estaba enfermo.

Poco despues sabia que Mario se habia marchado la noche anterior.

Su corazon sintió un dolor terrible con aquella noticia.

Ya no podia tener duda.

Mario la abandonaba.

El jóven no habia querido mas que burlarse de ella, y trató de huir el compromiso, desde el momento que lo vió como una cosa formal.

El marqués de Santillan trató de haber evitado á la jóven aquel disgusto no habiéndola dicho la verdad.

Asi fué, que cuando mas tarde estuvo á verla se encontró sorprendido con el inmenso dolor de la jóven.

X.

Esta le confesó lo que habia hecho, y el marqués la dió de nuevo su palabra de que haria todo cuanto estuviera á sus alcances, á fin de poderle dar una respuesta categórica y terminante, del móvil que habia impulsado á Mario á proceder de la manera que lo habia hecho.

La jóven tenia una fé ciega en las palabras de aquel hombre, y como aquello hasta cierto punto la halagaba, lo creyó mucho mas.

Jorge, aquel mismo dia cuando llegó á su casa, pasó por medio de la comunicacion interior que ya sabemos existia entre la casa de la calle del Prado y la de la Carrera de San Gerónimo, á las oficinas de giro de los señores Stanley y compañía.

Se sentó en el mismo despacho que ya conocemos, y cuyos balcones daban á la calle del Baño y tocó un timbre que habia en la estancia.

A su vibracion, se presentó en la puerta un criado.

—Díle á D. Félix que entre, dijo Jorge dirigiéndose á él.

XI.

El criado hizo una reverencia, y desapareció.

No habia trascurrido mucho tiempo, cuando Félix, el mismo jóven á quien vimos una noche en el barrio de Maravillas amenazar al marqués sino le daba pan para su familia, apareció en ella.

—Ya hemos dicho en otro lugar que el marqués le habia colocado, así como á su padre, en las oficinas de giro y por lo tanto nada tiene de particular que tan pronto asistiera al llamamiento que se le habia hecho.

—¿Me ha llamado el señor maqués? dijo el jóven al penetrar en la estancia.

—Sí, amigo mio, le dijo Jorge.

—Usted me dirá qué tiene que mandarme.

—Quiero que me haga V. un obsequio, un tanto penoso quizá para V., pero que no puedo por menos de confiarlo á una persona que me inspire una gran confianza.

—Ya sabe V. que al salvar la existencia de mi familia y al sacar de la cárcel á mi padre, ha adquirido V. unos derechos inmensos á mi agradecimiento; por lo tanto puede disponer de mí como guste.

—No es un derecho lo que yo trato de exigir, es únicamente un servicio que pido al amigo.

—Pues bien, hable V.; vuelvo á repetirle, que no tiene mas que decirme marcha por ese camino, y yo marcharé sin vacilar.

—Pero es que en ese camino puede haber peligros, puede haber una esposicion que V. no vé.

—¿Y á mi qué me importa eso? ¿reparó V. acaso en si

éramos muchos ó pocos los que componiamos mi familia, se entretuvo V. en analizar las personas para socorrerlas? pues si V. que era la persona que protegia, no se fijó en nada de eso irá el protegido á vacilar en servir á su protector.

XII.

—Gracias, amigo mio; tiene V. unos sentimientos que le honran, dijo el marqués estrechando afectuosamente la mano del jóven.

—Le debo á V. mucho, y no haré mas que tratar de imitarle en esos sentimientos de que habla.

Jorge estrechó nuevamente en silencio la mano de Félix, y poco despues, le dijo:

—Tiene V. que salir esta noche de Madrid.

—¿Para dónde? repuso el jóven sin que su rostro espresase la menor contrariedad.

—Para Barcelona.

—Usted me dará las instrucciones necesarias.

—Son muy sencillas.

—Diga V.

—Mañana ó pasado debe llegar á aquel puerto una fragata que viene de América; si cuando V. llegue no ha anclado todavia, espere V. su llegada.

—¿Y si está allí?

—Directamente se marcha V. á bordo.

—¿Y despues?

—Pregunta V. por el capitan, que se llama Andrés.

—¿Y le digo que voy de parte de V.?

—Le presenta V. esta sortija y basta.

XIII.

Y Jorge, al decir estas palabras, sacó una que llevaba en el dedo y se la dió á Félix.

—¿Y qué le digo? preguntó este.

—Que va V. de mi parte, á fin de que si trae algun documento de los puntos que él sabe ya, se los confie á V., y si trae alguna noticia verbal que comunicarme que se venga con V.

—Está perfectamente comprendido, ¿y dice V. que la fragrata se llama?...

—La *Reina de los Angeles*.

—Está bien, ¿tiene V. algo mas que mandarme?

—Sí, señor, deseo que busque V. en Barcelona á un jóven que hace pocos dias salió de Madrid.

—¿Cómo se llama?

—Mário.

—¿Sabe V. dónde para?

—No, señor, pero para esto le daré á V. ahora mismo una carta que presentará al gobernador, el cual le prestará todos los auxilios necesarios para encontrarle.

—¿Y una vez encontrado?

—Se va V. á habitar al mismo sitio donde él está, trata V. de hacerse su amigo y averiguar la causa por la cual ha dejado á Madrid.

—Pero como V. comprenderá, repuso Félix, esto no puede hacerse en un solo dia, y sí á V. le urgen esos papeles vamos á detenernos demasiado.

—Es verdad, contestó el marqués, yo no habia caido en eso.

Y Jorge al decir estas palabras, se conoce que se puso á pensar en un medio á propósito para conciliarlo todo.

XIV.

Por fin, al cabo de un rato, dijo:

—En ese caso, ya he discurrido lo que se debe de hacer; al presentarse V. á él, le dice que va de parte de la condesa de la Union, espíe V. entonces el efecto que estas palabras le producen, y si se niega á venirse con V. á Madrid, ya sabemos hasta cierto punto á lo que nos hemos de atener.

—Trataré de complacer á V. en todo.

—No me escribe V. carta alguna, únicamente ha de ser el portador de todas estas noticas y únicamente á V. confio el secreto de la primera parte de este viaje; en cuanto á la segunda nada me importa que se llegara á descubrir.

—¿Tiene V. algo mas que mandarme?

—Nada mas, amigo mio. Supongo que marchará V. esta misma noche.

—Al menos lo pienso así.

Poco despues, Jorge habia escrito la carta para el gobernador de Barcelona y se la entregó á nuestro amigo, que salió para su destino aquella noche presentándose en la capital del Principado, en el momento en que ya veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO LII.

El despertar.—Dolor de un marino.—Una mujer desgraciada.

I.

Con objeto de no separarnos mucho de Madrid, que es el punto á que nuestros misterios se refieren, vamos de nuevo á retroceder en busca de Andrés y de Cármen, á quienes dejamos embriagado á él, y llorosa, pálida y abatida á ella.

Nuestra escursion á la capital del Principado será muy corta.

Pero tenemos que presentar á aquellos personajes en la corte y necesariamente es preciso que sepamos cómo y por qué habian venido.

Y estos antecedentes son mucho mas necesarios al presentar casi á la mitad de nuestra obra á personajes que tienen que ligarse íntimamente con los ya presentados.

II.

Ya dijimos que Cármen, despues de haberle dado al Romo los papeles que sacó de la cartera de Andrés, se volvió al lado de este á velar su embriaguez.

Allí pasó la noche.

Durante las largas horas de ella debió pensar mucho y pensamientos muy siniestros fueron los que debieron cruzar por su imaginacion, porque su frente se plegó mas de una vez, algunas lágrimas corrieron por sus mejillas, y cuando amaneció, su rostro habia perdido el sonrosado encantador de la víspera, dejando lugar á una palidez espantosa.

III.

Inmóvil, silenciosa y triste estuvo Cármen toda la noche.

Pálida, pero tranquila y serena, la encontró Andrés cuando despertó.

Levantó este perezosamente la cabeza, entreabrió sus párpados y miró con asombro á su alrededor.

Poco á poco fueron disipándose los últimos vapores de la borrachera y entonces pudo reconocer donde se hallaba.

—¡Por vida de cien tempestades! ¿quién hubiera creido que tan pronto iba yo á arriar el pabellon?

—Tal vez fuera que tuvieses el estómago débil y en un caso asi el vino causa un doble efecto, le contestó Cámen.

—Eso será. ¡Y parece que es de dia!... prosiguió Andrés

mirando la claridad que penetraba por los balcones.

—Si creo que han dado ya las siete.

—Y tú ¿qué has hecho en toda la noche?

—He estado á tu lado, contestó sencillamente la jóven.

—¡Tú!.... ¿has pasado junto á mí la noche?

—¿Y qué tiene eso de particular?

IV.

—¡Oh! Cármen, esclamó el marino con entusiasmo, creo que vamos á ser los amantes mas felices del universo.

—¡Quién sabe! contestó la jóven con un acento indefinible.

—¿Y por qué?

—Tal vez tú, que hoy piensas así, pienses mañana de otra manera.

—Nunca, yo soy un viejo lobo marino que he sufrido muchas tempestades en el mar y muchas borrascas en la tierra. En medio del Océano he pasado noches enteras sufriendo impávido los vaivenes de mi buque; el huracan zumbaba y sus zumbidos me parecian un lenguaje enérgico, pero claro y elocuente, que hablaba á mi corazon. ¡Oh! creo que cada noche de tempestad ha sido una leccion para mí. Y despues llegaba á tierra, habia hecho un acopio de ilusiones, mi alma se habia purificado, por decirlo así, entre el fragor del trueno y los abismos sin fondo del mar y estaba ávido de sensaciones nuevas, habia entrevisto á la pálida luz de los relámpagos seres impalpables que me sonreian dulcemente y que me decian: «Lucha, y todo cuanto quieras conseguirás,» y yo lo que buscaba era el amor de una mujer. Y las veia y sus ojos me hablaban

de amor en su mas puro lenguaje y despues se burlaban del pobre marino que habia tenido la insensatez de creer en ellas, y ¡voto á cien truenos! el marino iba á ocultar la herida que habia recibido en el alma, en la asquerósa crápula de una orgía; queria encenagarme en el vicio toda vez que no podia encontrar la virtud que yo buscaba, y despues de tres meses de locura, de apurar hasta el esceso la copa del vicio, levaba anclas, mi fragata tendia al aire sus blancas velas, crujian los mástiles, las brisas del mar acariciaban mi frente y me regeneraba. Las noches plácidas de los trópicos, los dias borrascosos de las costas del Mediterráneo eran mi bautismo, por decirlo asi, y cuando llegábamos á tierra era otra vez el niño creyente que se ocultaba bajo la ruda corteza del marino. He amado á las mujeres de todos los paises, y desde la mujer cobriza de Shangay hasta la blanca y pura beldad de las montañas de Escocia; todas, Cármen, todas, si me han visto borracho, me han apartado con el pié por el temor de que las manchara el traje; tú no has hecho eso, mi razon no está aun bastante clara para pensar el móvil que te ha impulsado; tampoco quiero pensarlo; si la ilusion es la vida, quiero vivir un dia mas.

V.

Durante la larga tirada del marino, la jóven le habia estado contemplando sin atreverse á interrumpirle.

Habia estado aspirando, por decirlo así, sus palabras, y hubo instante en que, demudadada por aquel acento lleno de espresion, inclinó su cabeza.

Entonces tembló una lágrima entre sus párpados.

¿Qué hizo brotar aquella lágrima?

¿Era el sentimiento, era la vergüenza, ó era el remordimiento?

Quizá las tres cosas reunidas.

VI.

¿Quién era Cármen? ¿Qué habia sido?

Nadie lo sabia.

En su existencia habia un misterio que nadie habia podido penetrar y que tampoco nosotros nos atrevemos á descubrir—mientras que los acontecimientos no nos lo demuestren de uña manera clara y terminante—á nuestros lectores.

Ya hemos dicho que la lágrima que derramó Cármen, tal vez fuera de vergüenza, de remordimiento ó de emocion.

Y vamos á esplicarlo.

El marino habia depositado su confianza en la jóven.

Creia en su fé.

¿Y de qué manera habia ella correspondido á aquella confianza?

Ligada por otros vínculos; segun ella habia dicho, habia tenido necesidad de quitarle los papeles que guardaba Andrés como un tesoro precioso.

Y si en aquella mujer existia un resto de virtud, de honradez y de sentimiento, justo, muy justo era que llorase al oir aquel hombre esplicarse con tanta franqueza, al escuchar las alabanzas que la prodigaba, y al hablarla de aquel amor que la prodigaba, amor defraudado tantas veces, y tantas veces buscado.

VII.

El marino, sino percibió la lágrima de Cármen, sorprendió su turbacion.

Se detuvo, y la preguntó:

—¿Qué tienes?

La jóven se dominó inmediatamente, y le dijo:

—Nada; te espresas de una manera que le haces á una que sienta.

—¡Oh! bendito sea ese sentimiento, si es tan noble como el que yo estoy esperimentando.

Las megillas de la jóven se enrojecieron.

—Recuerda, Andrés, que me digiste ayer tarde que nuestros amores durarian poco tiempo tal vez.

—O mucho, segun tú quisieras. Recuerdo que te dije que tus caprichos serán leyes para mi, siempre que tus caprichos no atacasen á mi corazon.

—Mira, Andrés; te hablé ayer, y tengo necesidad nuevamente de repetirte mis palabras.

—No te comprendo.

—Me esplicaré. En mi pasado hay manchas, Andrés.

VIII.

La frente del marino se nubló completamente, pero se repuso en seguida, y la dijo:

—¿Esas manchas ha empañado la nobleza de tu alma?

—No.

—Pues bien; entonces nada importa; lo negro del terciopelo hace resaltar mas la blancura del armiño; el amor

es el crisol en que se purifican los corazones. ¿Qué me importan las manchas de tu cuerpo, si tu alma está vírgen?

—Es que las manchas de que yo te hablo podrán encontrarse en mis sentimientos; pero jamás sobre mi cuerpo, contestó con altivez la jóven.

—Ahora te entiendo menos.

—He pasado la noche velándote; he recapacitado sobre los acontecimientos de ayer; he evocado mi pecho; he fondeado mi presente, y he tratado de profundizar el porvenir.

—¿Y bien?

—Hay una mano de hierro que pesa sobre mi cabeza, que me ha impulsado á cometer faltas, que te aseguro que me pesa.

IX.

—¿Y por qué no te has revelado contra ese poder? preguntó Andrés.

—Tú habrás visto en medio del horizonte una nube blanca que corre impelida por las brisas; de pronto, el viento la hace cambiar de direccion, la impele hácia otro punto, la reune con otras nubes negras y amenazadoras, y media hora despues aquella nube blanca, inofensiva, arroja torrentes de agua, aborta de su seno el rayo, y derrama la muerte y la destruccion, ora sobre los buques que cruzan los mares, ora sobre las familias que habitan en la tierra; ¿y por qué esa nube no se revelaba contra la fuerza que la impelia?

—Porque segun la ley de la naturaleza, el viento puede mas que las nubes, que no son mas que vapores.

—Pues las mismas leyes nos rigen aquí en el mundo

material, y cuando yo no he luchado contra ese destino implacable, ha sido porque yo era mas débil que él; porque él era el huracan que me impelía, yo la nube que me dejaba arrebatar en su torbellino.

—¡Pobre Cármen!

—Me compadeces, y tienes razon; hay en mi existencia páginas que quisiera borrar, pero que es absolutamente imposible.

—¿Y por qué?

—Porque ya es muy tarde.

—Vamos, cuéntame todo el pasado de tu vida.

—No puede ser.

—¿Pero qué razon hay?

—Ayer te dije que respetases el secreto de mi existencia, y tú me ofreciste hacerlo; ¿comienzas tan pronto á faltar á tu palabra?

—Es verdad; verdad, lo habia olvidado.

X.

Y el capitan fijó su mirada escrutadora en el semblante de la jóven.

Pero esta era impenetrable.

Pálida, sí, pero tranquila y serena, sostuvo aquella mirada sin que sus megillas se enrojecieran y sin que sus pupilas vacilasen.

Y reinaron algunos momentos de silencio.

Entonces el reló de la iglesia vecina dió pausadamente las ocho, y como si aquel sonido hubiese evocado algunos recuerdos en el marino, se levantó de su asiento, y dándose una palmada en la frente, dijo:

—¿Las ocho ya? diez y seis horas que estoy en Barcelona, y aun no he cumplido el encargo que traia. Ea, me voy.

—¿Dónde? preguntó Cármen.

—A remitir unos papeles que representan la suerte de una gran familia.

Y el marino comenzó á arreglar el desórden que habia impreso en su traje la noche anterior.

La jóven le contempló con inquietud.

XI.

De pronto, Andrés dió un grito terrible.

Habia metido casualmente la mano en uno de los bolsillos de su traje y le habia encontrado vacío.

Sus ojos se dilataron estraordinariamente.

Temblaron sus lábios, y su palidez se tornó en livida.

Al escuchar el grito, al ver aquel rostro desencajado, Cármen no pudo menos de estremecerse.

Y habia un sentimiento tal impreso en las facciones del marino, que la jóven sintió unos remordimientos horribles.

El marino permaneció algunos instantes anonadado.

Y durante ellos, Cármen se repuso, y le preguntó:

—¿Qué te sucede, Andrés?

—¡Oh, voto á mil truenos! lo peor que pudiera haberme sucedido.

—¿Pero qué es?

—Que he perdido los papeles de que te hablaba hace un momento.

—¿Y dices que representaban la fortuna de una familia?

—Sí, Cármen.

—Entonces no los has perdido, Andrés, te los han robado.

—¡Oh! miserable... Pero... eso no puede ser. ¿Quién sabia que los tuviese yo?

XII.

La jóven comprendió que habia dicho mas de lo que debia, y se detuvo bajando la vista ruborizada ligeramente.

—¿Pero qué voy yo á decir ahora á las personas que me han confiado ese depósito?... Dudarán de mí, y ¡vive Dios! que será la primera vez que haya tenido nadie motivo alguno para dudar.

Y al par que esto decia Andrés, se registraba todos los bolsillos con una agitacion febril, y daba cien vueltas á su traje.

Pero los papeles era imposible que pareciesen, y el dolor del marino cada vez y conforme iba perdiendo la esperanza, era mas intenso, mas vehemente.

XIII.

—¡Por vida de cien carronadas!... ¡si fuera cierto que me los habian robado!... Pero eso no es verdad, se me habrán caido al suelo. ¡Ay!... ¡Cármen, qué presagio para nuestros amores!... por ellos abandoné un deber, y por ellos he perdido un depósito sagrado.

—¡Oh!... ¿Ya me reprochas, Andrés?

Y el acento de Cármen vibró de una manera tan tierna, tan dolorida, que el marino sintió que su corazon se estremecia y casi se arrepentia de lo que habia dicho

—Perdóname, la dijo, no he querido ofenderte; mi pena me estravía y no sé qué hacer; es la primera vez que me sucede semejante cosa; hubiera preferido verme en medio del Océano luchando con toda la cólera de los elementos á tener que faltar á un juramento para mí muy sagrado.

Y Andrés se retorcia las manos con desesperacion.

Y la jóven le contemplaba y sucesivamente se retrataban en su rostro las emociones que esperimentaba.

Y trascurrieron las horas.

Andrés no sabia que hacer.

XIV.

Volvió á bordo de su fragata, y su última esperanza se desvaneció.

Los papeles no estaban allí.

Entonces, presa de una profunda desesperacion, regresó de nuevo á la casa de la jóven.

Allí permaneció lo que restaba del dia.

Cármen le contemplaba con un dolor que nada tenia de fingido.

Y ya principiaba á cerrar la noche, cuando resonaron algunos golpes á la puerta de la casa.

Cármen bajó á abrir, y un momento despues, dos hombres aparecieron en la estancia.

El uno era el contramaestre que llevaba Andrés en su

fragata, viejo marinero, encanecido bajo el cielo de todos los mares.

El otro, iba perfectamente embozado.

El contramaestre al ver al jóven, esclamó:

—¡Voto á cien truenos!... ¿Dónde has andado metido, muchacho?

—¿Qué ocurre, Felipe? preguntó Andrés.

—Que este señor ha llegado hoy de Madrid, ha ido á bordo, y como que apremiaba el verte, hemos venido los dos corriendo toda Barcelona hasta que por fin me acordé de las señas que me diste.

XV.

Entonces Andrés miró al desconocido.

Este á su vez se desembozó, dejando ver la fisonomía agraciada y simpática de Félix, el hijo de Santiago, á quien ya recordarán nuestros lectores.

—¿Este caballero viene de Madrid? preguntó el marino disimulando apenas un ligero movimiento de terror.

—Traigo para V. un recado del marqués de Santillan, contestó Félix.

—¡Oh!...

Y Andrés, al escuchar las anteriores palabras, exhaló una especie de gemido y dejó caer la cabeza entre sus manos completamente abatido.

CAPITULO LIII.

Los personajes misteriosos.—Lucio en casa del conde de la Torre.

I.

Nuestros lectores habrán estrañado tal vez que nada les hayamos dicho respecto á la madre de Antonio.

Comprendiendo nosotros esta falta, tan luego como hemos podido nos apresuramos á remediarla.

La pobre Antonia esperó en vano á su hijo toda la noche.

Durante las primeras horas creyó que habria ido al teatro, cuando se habia puesto la ropa de los dias de fiesta.

Pero no dejaba de estrañarla que nada la hubiera dicho.

Sin embargo, ¡iba tan preocupado!....

Aquellos amores le habian trasformado completamente.

Y con una inquietud creciente veia pasar las horas de aquella larga noche.

II.

—¿Dónde estará mi hijo, Sr. Lúcio? preguntaba de vez en cuando al contra-maestre.

—¡Eh!..... ¡quién sabe!.... Tal vez alguna broma de muchachos..... A los jóvenes les gusta divertirse.....

Pero esto que decia el Sr. Lúcio era solo por tranquilizar á la pobre madre.

Tambien estaba él muy preocupado con la tardanza de Antonio.

Y de esta manera pasó la noche.

Confiaban ambos en que al amanecer vendria el cajista á su casa á ponerse la ropa del trabajo.

Pero dieron las siete de la mañana y tampoco pareció.

¿Quién es capaz de espresar la impaciencia de la pobre anciana y del Sr. Lúcio?

III.

El contra-maestre tomó su sombrero, y al salir dijo á la señora Antonia:

—Voy á la imprenta, quizá se le haya hecho tarde y se habrá marchado derecho á su trabajo..... Vuelvo en seguida.

Pero tampoco estaba allí.

Entonces ya no supo el Sr. Lúcio qué pensar.

¿Y cómo se presentaba delante de su pobre madre que le esperaba impaciente por saber noticias de su hijo?

¿Dónde iba él á buscarlas?

Durante una porcion de tiempo estuvo sin saber qué hacer.

Por fin, se decidió á tratar de averiguar alguna cosa.

Fué á casa de los amigos de Antonio, pero ninguno le habia visto.

Desde allí, con el corazon palpitante de temor, se dirigió al hospital.

El resultado fué el mismo que habia obtenido en los pasos anteriores.

Entonces, dudando, porque no podia creer que su Antonio estuviese en aquel sitio, se dirigió á la cárcel.

Preguntó, y las señas que dió coincidian con las de su Antonio; se miró el registro y efectivamente era él.

IV.

El contra-maestre quedó aterrado.

¡Su hijo, como él le llamaba en sus horas de espansion, acusado de robo!..... Era imposible,..... no podia creerlo.... Y sin embargo, las noticias que se le daban eran exactas.

Preguntó cuál era la causa, dónde habia ido con intencion de robar, y se la dijeron.

Inmediatamente se dirigió allá.

El conde estaba en su despacho.

Solicitó verle con tanta urgencia, que se le pasó recado, y al cabo de una hora de esperar pudo ver al banquero.

El contra-maestre estaba turbado.

No sabia ni qué decir ni por dónde empezar.

V.

El conde de la Torre le miraba con impertinencia, y al cabo de algunos instantes le dijo:

—Con que, vamos, buen hombre, ¿qué es lo que trae V.?

—Muchísimo pesar, señor, muchísimo pesar.

—¡Y qué! ¿viene V. á que yo le consuele?

—De V. depende todo.

—Pero ¿qué es eso?... espliquese V., dijo el banquero con visibles muestras de mal humor.

—Anoche, segun tengo entendido, trató de cometerse un robo aquí en esta casa.

—Pero, á Dios gracias, el tunante ya está puesto á buen recado.

—¡Eh!... ¡poco á poco con eso de tunante!

—¿Es V. acaso su padre? preguntó con impertinencia el conde de la Torre.

—Soy mas que eso, soy un hombre que le debe la vida, y le quiero como á las niñas de mis ojos.

—Pues lo que es ahora ya le ha caido buena encima...

—Por esa misma razon vengo á ver á V.

—Aquí mismo, en este sitio donde está V., fué donde se le cogió.

VI.

—Pero ¡Dios mio! esclamaba el Sr. Lúcio, ¿cómo es posible que mi Antonio cediera á tan mal pensamiento?

—¡Es un canalla!... Yo le conocia bastante y pronostiqué lo que habia de suceder.

—¿Que le conocia V.?...

—Si, y se mostró tan altanero y tan nécio que no sé cómo no levanté el baston y...

—¿Y qué hubiera V. hecho? preguntó el Sr. Lúcio frunciendo el entrecejo.

—Le hubiera castigado como se merecia.

—Pero ¿dónde le conoció V.?

—¿Y quién es V., señor mio, para preguntarme á mí?

—Soy un hombre que le ruega en nombre de una madre infortunada, que no pierda á su hijo.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? dijo con brutalidad el banquero.

—Con la humanidad, todo el mundo tiene que ver.

—Ea... ahorremos palabras inútiles, señor mio.

—Vuelvo á suplicar á V. que haga cuanto pueda por mi pobre Antonio.

—Ya lo he hecho, y no llevará mas que su merecido.

—Pero ¿es que V. no tiene corazon? gritó el contramaestre, que empezaba á incomodarse.

—¿Y á V. qué le importa?... Si su protegido está en la cárcel, es porque ha hecho delito; y si vá á presidio, bien empleado le estará, por haber querido robarme.

VII.

—Es que si vá á presidio, bien puede V. guardarse, dijo el Sr. Lúcio, conteniendo apenas su cólera.

—Vamos... ¡fuera de aquí!... ¡no tengo mas gana de conversacion!

—Es decir, que nada quiere V. hacer por él.

—Nada... el que la hace, que la pague.

—No hable V., señor conde; que ¡quién sabe lo que puede sucederle mañana!

—¡Ea!... ¡esto ya es demasiado!... ¡fuera de aquí ó llamaré á mis criados!...

—¿Para qué? ¿Para que los apalee en presencia de su amo?

Y la actitud resuelta del contramaestre impuso al conde de la Torre en tales términos, que no se atrevió á decir una palabra.

VIII.

Aquel prosiguió:

—He venido de paz; he venido á suplicar á V. que no pierda una familia; pero mis súplicas no han sido escuchadas y ¡voto á mil rayos! que si Antonio va á presidio... En fin, quede V. con Dios, señor conde... he visto que el corazon de todos Vds. es mas duro que los rebenques de un barco; pero ya encontrarán Vds. el castigo.

Y concluidas estas palabras, furioso y desesperado, abandonó el Sr. Pedro el despacho del banquero, no pudiendo este decir una palabra, porque estaba un tanto asustado por el tono y la actitud de aquel.

IX.

Al mismo tiempo que sucedia la escena anterior, esos dos personajes que tanto han preocupado la atencion pública y que indudablemente á nuestros lectores tambien deben de haberle llamado la atencion, pasaban por la calle de Alcalá hablando precipitadamente y en voz baja, como siempre acostumbraban á hacerlo.

Para aquellos dos personajes, el estar en medio de una poblacion animada llena de movimiento, era lo mismo que si se encontraran en medio de un desierto.

Los transeuntes que pasaban fijaban sus miradas en ellos llenas de curiosidad siempre; miradas de las cuales no hacian caso alguno nuestros personajes.

Para ellos aquella multitud nada representaba.

Todo el mundo se ocupaba de ellos; pero ellos no se ocupaban de nadie.

Y es mas: hubo personas que tuvieron el capricho ó la curiosidad de seguirlos con el objeto de escuchar su conversacion.

X.

Pero fueron trabajos inútiles.

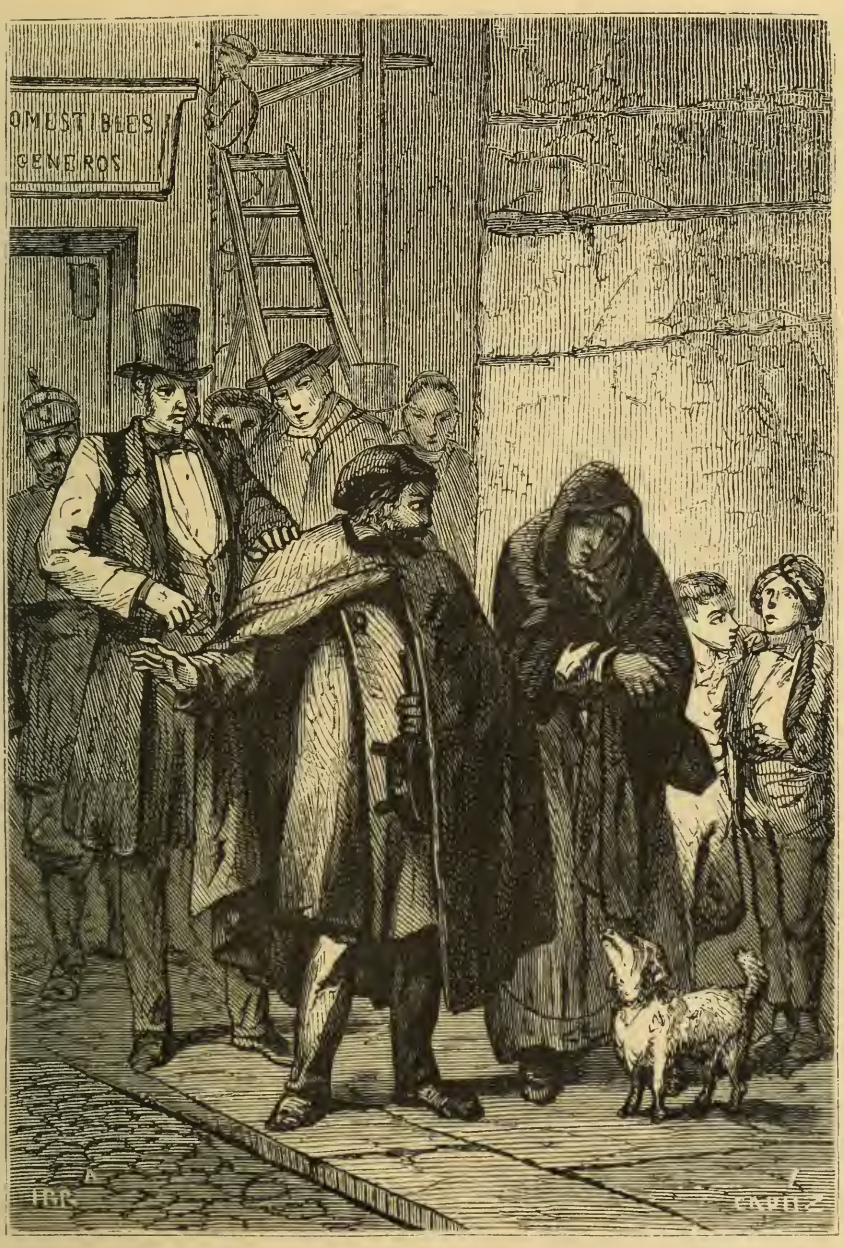
Su conversacion era tan de prisa, tan imperceptible, y á veces entremezclada con frases de otros idiomas de una manera tal, què era completamente imposible que nadie comprendiese una palabra.

Sin embargo; nosotros, en nuestra calidad de novelistas, debemos de descubrir á nuestros lectores lo que iban hablando en el momento en que nos encontramos con ellos.

—Y qué piensas hacer, Juan? decia la mujer, arrebujándose trabajosamente con la mantilla súcia, vieja y descolorida que llevaba.

—No lo sé.

—Unicamente sé decirte que Inés está muy triste, que he advertido en sus megillas las huellas de un dolor profundo, y qué no es por ningun estilo aquella niña alegre,



—Es necesario que veamos á Amparo.

pura y candorosa que habiamos visto hace pocos meses.

—Ay, Juan, positivamente la fatalidad pesa sobre nosotros, segun oimos por todas partes; Luciano está peor cada dia; habiamos creido que Inés pudiera librarse de esa maldicion terrible que pesa sobre nuestra raza, pero ahora vemos que no.

—Parece que el cielo está sordo á nuestros ruegos, murmuró Juan con acento triste y abatido.

XI.

Y se siguieron algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos volvió á romperlo de nuevo Juan, esclamando:

—Es necesario ver á Amparo á toda costa.

—¿A Amparo?... esclamó Maria asombrada.

—Sí.

—¿Para qué?

—Para que ella nos diga dónde vive Inés.

—Tienes razon, no se nos ocurrió nunça seguirla para saber donde vivia.

—Amparo si la conoce, porque la primera vez que la vimos en Madrid iban juntas.

—¿Pero qué tendrá la desgraciada?

—¿Qué ha de tener, María? la desgracia, la fatalidad que ha presidido al nacimiento de todos los miembros de nuestra familia.

—¡Pobres criaturas!...

—Y pobres de nosotros tambien.

—¿Y cuándo quieres que veamos á Amparo?

—En seguida.

—Pero no iremos á su casa.

—No, no sería conveniente, prescindiendo de que nosotros no podemos entrar en ninguna casa, á no ser en un caso estremo.

—¡Es verdad!...

XII.

Y habia tal amargura en el acento de aquellas dos personas al pronunciar las últimas palabras, que parecia desde luego que con ellas habian evocado recuerdos que les eran muy dolorosos.

Despues, ambos guardaron un silencio profundo y siguieron su camino hácia el Pretil de los Consejos, en cuyo punto se sentaron en el suelo, y dispusieron su frugal comida sin hacer caso alguno de las personas que los contemplaban con una curiosidad cada vez mas creciente.

CAPITULO LIV.

Dos amigas.—Consecuencias de Capellanes.—Unos padres desgraciados.

I.

Es necesario que nos ocupemos de la pobre Amalia, víctima sacrificada tambien por la infamia de los miembros que componian el consejo supremo de la *familia*, antes de que llegase el marqués de Santillan.

La pobre jóven, como ya hemos indicado anteriormente, pasaba dias muy crueles.

Para comprender mejor el estado de aquella familia, penetraremos en el gabinete del señor de Perez y allí nos encontraremos con los padres de Angel y de Amalia, que están ocupándose de aquel mismo asunto.

Ambos están tristes, ambos están preocupados, y para ambos de nada sirve la riqueza, toda vez que los disgustos domésticos los asedian por todas partes.

Perez y su esposa, ya hemos dicho que á fuerza de economías y de trabajos, habian aumentado el capital que heredaron de sus padres.

Tenian dos hijos y los amaban de esa manera grande y desinteresada que aman los padres.

Habian trabajado mucho, tenian un inmenso patrimonio que legarles, y por lo tanto habia llegado para ellos la época del descanso y de la felicidad.

Pero la suerte lo dispuso de otro modo.

Vinieron á Madrid, y con esta venida, un sinnúmero de calamidades se desplomaron sobre ellos.

Sus hijos que hasta entonces habian vivido felices y satisfechos, cambiaron repentinamente.

Amalia empezaba á entristecerse y su tristeza influia de una manera muy directa sobre su salud.

Y en vano era que sus padres trataran de descubrir la causa de ella.

La jóven esquivaba siempre el entrar en aquella cuestion, y eran vanos cuantos esfuerzos hiciesen para ello.

II.

En cuanto á Angel, era un poco mas sério lo que sucedia.

Su conducta mientras habia estado en su pueblo, fué siempre buena y arreglada.

Pero vino á Madrid y se operó un cambio notabilísimo.

Se retiraba á las altas horas de la noche, pasaba los dias enteros fuera de sú casa, y esto como es consiguiente, habia de llamar mucho la atencion de los dos ancianos.

Y no queremos decir por esto que los padres de Angel fueran ridículos y estravagantes.

Nada de eso.

Comprendian muy bien las libertades que pueden y deben concederse á un jóven, pero las que este se tomaba eran ya escesivas.

Además, Angel, que hasta entonces no habia tenido de esos vicios que por desgracia posee nuestra juventud, fué á su casa algunas noches en un estado completo de embriaguez y gastaba en una noche de juego lo que á su padre le bastaba para vivir con deshago durante un año.

Y sin embargo, queria á sus hijos entrañablemente y ni con uno ni con otro se habian atrevido á emplear la severidad para descubrir sus secretos.

III.

De esto se estaban ocupando en el momento en que nosotros hemos ido á visitarlos.

—Pero mujer, decia el padre, tú no has preguntado á Amalia qué es lo que tiene.

—Sí.

—¿Y nada te ha dicho?

—Lo mismo que siempre, ha variado de conversacion sin darme una esplicacion que me satisfaga.

—¿Pero qué diablos tendrá esa chica?

—Yo no puedo decirte mas sino que cada dia está peor;

que la he sorprendido llorando muchas veces; que siempre está triste, y que eso no es nada bueno.

—¡Qué ha de ser bueno, mujer; si ha enflaquecido en pocos dias de una manera estraordinaria!

—Unicamente parece que está distraida cuando vá en casa de nuestra vecina la baronessa de la Estrella, ó cuando esta viene á visitarla.

—Sí... pero en cuanto se marcha vuelve á su trisza habitual.

—Y de Angel, ¿qué me dices? preguntó la madre.

—Calla, mujer, calla; no me hables de ese muchacho, porque vá á conseguir sacarme de mis casillas.

—Pero, ¿qué ha hecho?

—Ahí es nada; ¿cuánto querrás creer que lleva gastado en lo que vá de mes?

—Toma, ¿y qué sé yo?

—¡Pásmate!... en los diez dias que van de mes me ha pedido cuatro mil duros.

—¡Jesús María, qué disparate!

—Como lo oyes.

—Pero ¡dónde echa esa criatura tanto dinero!

—Eso es lo que yo no sé; pero lo que sí te digo es, que esto no puede continuar así.

—¡Qué hijos, Dios mio, qué hijos!

IV.

Y ambos esposos inclinaron la cabeza, anonadados por el terrible dolor que esperimentaban.

Momentos despues, la madre dijo:

—Y si al menos ese dinero fuese para hacerlos felices, tal cual.

—¡Cáa! no lo creas; cada dia están mucho peor.

—Las malas compañías han echado á perder á Angel.

—Bien te lo decia yo cuando le veia salir á todas horas con el marqués de Pino Blanco.

—¡Siempre has de tomarla con el marqués; mientras que tu hijo ha ido con él, no ha hecho los disparates que ahora está haciendo!

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Toma, que él no tiene la culpa de todas esas calaveradas.

—En fin, sea él ó sea el diablo, ello es que Angel cada dia está peor, y que yo no encuentro un medio á propósito para cortar de raiz este mal.

—¿Y qué quieres que le hagamos?

—¡Phe! qué le hemos de hacer; marchar de Madrid cuanto antes, porque el aire de esta tierra nos ha sido humanamente perjudicial.

—Eso seria mucho peor para Amalia.

V.

—¡Cómo! esclamó el señor de Perez vivamente.

—He tratado muchas veces de indicárselo, y siempre he observado en ella una tristeza estraordinaria y que se aumentaba mucho mas al decirle semejante cosa.

—Pues estamos bien; ¿con que es decir que uno ha de estar viendo á sus hijos que sufren, y sin embargo no puede aliviarlos?

—Tienes razon, repuso su esposa; nuestra venida á Madrid nos ha sido muy perjudicial.

—Ahora envidiarás la paz de nuestra provincia; tú te incomodabas cuando yo me oponia á venir; yo tenia mas esperiencia, y parecia que el corazon me anunciaba lo que iba á suceder.

—Si yo hubiese sabido esto...

—Ya comprendo que no lo sabias, y no creas que por esto trato de hacerte algun reproche; ya está hecho y no tiene remedio.

—¡Oh!... ¡Qué hijos!... ¡Dios mio!... ¡qué hijos!

Y los dos ancianos se lamentaron durante mucho tiempo de los dolores de Amalia y de la conducta de su hermano.

VI.

¡Pobres gentes!... habian creido que en Madrid iban á ser mas felices, y encontraron la desgracia de sus hijos.

¡A cuántos padres les sucede lo mismo!

Madrid es una luz cuyos resplandores deslumbran á las gentes de provincias, y ansiosos de verlos mas de cerca, vienen por fin á abrasarse en su foco.

Pero dejándonos de digresiones que quizá nos separarian de nuestra narracion, volveremos á tomarla, sin salir de la misma casa donde ya hemos estado escuchando la conversacion de los señores de Perez.

Pero en vez de dirigirnos hácia las habitaciones de estos, preguntaremos al criado dónde se encuentran las habitaciones de la señorita, y una vez sabido esto, penetraremos en ellas.

VII.

Allí nos encontraremos con Amalia y con Pilar.

Ya sabemos que este era el nombre de la baronesa de la Estrella.

Los padres de Amalia eran íntimos amigos, allá en su pais, de unos tios de la baronesa.

Estos escribieron á su sobrina tan luego como se vinieron á Madrid sus amigos, y como consecuencia de aquella carta, la baronesa les proporcionó una casa próxima á la suya y los visitó inmediatamente que llegaron.

Hemos conocido muy poco á esta señora, y como quiera que es uno de los personajes que mas simpáticos se han de hacer á nuestros lectores, necesariamente tenemos que darle algunos detalles respecto á ella.

Pilar Belmonte era una de esas niñas educadas en un colegio estranjero y privada, por efecto de las muchas exigencias sociales, de las caricias de una madre y de los buenos consejos y sábia direccion de un padre.

VIII.

Pero contra lo que sucede generalmente que es encontrar en un colegio una directora que comprenda el cargo que la está confiado, la de aquel en que se hallaba Pilar, supo corresponder dignamente á la confianza que de ella se habia hecho.

Asi fué que Pilar aprendió perfectamente todas las reglas de buena educacion que en el mundo se exigen, supo distinguir el bien del mal, comprendió que entre el orgu-

llo y la dignidad hay una diferencia inmensa, aprendió á querer á sus padres y á respetarlos, y en fin, semejante alumna honraba en todo y por todo á la sábia persona á quien debia su educacion.

Murió su madre y Pilar recibió casi simultáneamente la noticia que la privaba de la persona á quien debia el ser y la de que su padre habia dispuesto de su mano en favor del baron de la Estrella.

La jóven no habia amado nunca y por lo tanto, si bien no aceptó con suma alegría aquella coyunda, no la causó un gran desagrado tampoco.

Salió de colegio, vino á Madrid, trascurrió la época del duelo y se enlazó por fin con el baron de la Estrella.

IX.

Entonces se estendió la primera nube en el cielo puro y despejado de la existencia de Pilar.

Fué iniciada en cierta clase de misterios, comprendió que para vivir con un hombre era necesario, mas que el deber, una afeccion del alma, y entonces y solo entonces adivinó lo que significaba el amor.

Pero, sin embargo, jamás faltó á sus deberes.

Y eso que el baron observaba una conducta bastante desarreglada y trataba con despego, con indiferencia y hasta con brutalidad, á su jóven esposa.

Pilar lloraba en las soledades de sus habitaciones su existencia condenada á un sufrimiento contínuo, pero jamás exhaló una queja.

Dios se compadeció de ella y poco tiempo despues de

haber muerto su padre murió su esposo á consecuencia de una noche de embriaguez y de orgía.

X.

El primer sentimiento, y debemos decirlo en obsequio de Pilar, fué el dolor por la muerte de su esposo.

Despues se fué calmando con alguna rapidez y los negros crespones de la viuda fueron un encanto mas añadido á los que ya poseia.

Y no faltaron personas que se lo dijeron, no faltaron hombres, como no faltan nunca á las mujeres jóvenes y hermosas, que la dijeron lo que valia y que la ofrecieron su corazon.

Pero ninguno de aquellos podian hacer vibrar la fibras de su amor.

De manera que aquella mujer pasaba indiferente por el lado de todos ellos recibiendo homenajes y pagándolos con sonrisas muy afectuosas, pero que nada mas prometian.

XI.

Mas llegó un dia en que se anunció la llegada de un hombre.

Y este hombre tenia una fama particular.

Se decia que aquel hombre poseia un talisman especial para hacerse amar de las mujeres.

Y lo peor era que despues de conseguir ser amado las olvidaba.

La baronesa, mujer que figuraba en primera línea, es-

cuchó con indignacion las hazañas de aquel nuevo D. Juan Tenorio.

Y tenia curiosidad por conocerle.

Y trató de revestirse con una coraza que la hiciera inaccesible, que la hiciera invulnerable al talisman poderoso de aquel hombre.

XII.

Y llegó el marqués á Madrid.

Y á pesar de aquella prevencion, á pesar de lo resuelta que estaba en no dejarse seducir por él, no pudo escucharle una vez sin ansiar escucharle otra.

Ya hemos visto el resultado que tuvieron estos amores.

El amor de Jorge era de fuego y abrasaba el corazon que en él creia.

Mucho sufria la baronesa, y únicamente daba tregua á su sufrimiento hablando á su prima Amalia.

Las dos jóvenes simpatizaron al verse.

Y á pesar de que nosotros abrigamos la idea de que la simpatía en dos mujeres es muy difícil de realizarse, entre Amalia y Pilar aquella simpatía fué un hecho.

XIII.

En el momento en que nosotros penetramos en el gabinete de la jóven, la baronesa, olvidándose de sus pesares, trataba de mitigar los de su amiga.

—Pero vamos, Amalia, decia la baronesa, ¿por qué ese afan de ocultarme la causa de tus dolores?

—No sé por qué os habeis empeñado en que yo padez-

co; la misma manía tienes tú que tiene mi mamá.

—No es manía, es una evidencia.

—Pero...

—Vamos, amiga mia, te aseguro que me ofende esa falta de confianza que tienes en mí; ya comprendo que sufres y no trates de negármelo, porque seria una necedad.

—¿Pero no sé en qué te fundas para decir eso?

—Yo sufro como tú.

—¿Como yo?

—Sí, creo conocer el sentimiento que te devora.

XIV.

—¿Pero qué estás diciendo? esclamó Amalia con alguna turbacion.

—Tú conoces el padecimiento mio, ¿no es cierto?

—Tú me lo confesastes.

—¿Y recuerdas lo que medió para esto?

—Sí.

—Tú me veías triste y afectada, en nombre de nuestra amistad me pediste que te revelára mi sufrimiento, y yo no pude resistir á esta indicacion; te dije que amaba y que era correspondida, tú trataste de consolarme, sigues tratando, y sin embargo, te encuentras en el mismo caso que yo.

—¡Oh!

—¿Qué debo pensar cuando veo que habiendo yo confiado en tí, no soy digna que hagas lo mismo conmigo?

—Perdóname, amiga mia, perdóname, esclamó Ama-

lia arrojándose en los brazos de la baronesa.

—¡Perdonarte!... ¿por qué? contestó Pilar bondadosamente; es natural que nosotras tratemos de guardar nuestro secreto, porque es lo único que nos pertenece; habla, háblame con franqueza y yo derramaré el bálsamo de amistad sobre tus heridas.

XV.

Amalia necesitaba desahogar su corazon en el seno de su amiga.

Hay ciertas confidencias que las jóvenes no se atreven á hacérsela á sus madres, y que sin embargo hacen á sus amigas cuando en estas se tiene la confianza suficiente para comprender que no abusarán de ella.

Así fué que la jóven no vaciló en revelar á Pilar lo que en vano su madre habia tratado de obtener.

La habló de sus ensueños de provincia, de sus deseos de venir á la corte, de su llegada á esta y de su conocimiento con el marqués de Pino Blanco.

Y se quejó amargamente del abandono de este.

La habló de la manera que ella comprendia el amor.

Y esto hizo sonreir tristemente á la baronesa.

XVI.

Entre el amor de Amalia y el amor que sienten algunos hombres, habia una distancia numerosa.

Habia la distancia de la realidad y la ficcion del sentimiento al deseo del amor del alma, al amor de los lábios.

¡Pobre Amalia!

— Amiga mia, esas son consecuencias de Capellanes.

Habia sembrado flores para coger espinas tan solo.

Y decimos espinas, porque eso era lo único que podia recibir de los amores de Luciano.

Pilar la contemplaba con dolor, comprendia que aunque en el fondo era igual la causa de sus dolores, en la forma diferian bastante.

Jorge al menos fascinaba, enloquecia, era de esos hombres á quien se debia amar hasta el desdén.

Pero Luciano era un seductor harto vulgar.

En él, no habia aquella brillantez, aquel lenguaje especial del marqués de Santillan que subyugaba, y al cual no era posible resistir.

XVII.

Amalia seguia llorando, hasta que dijo por fin:

—¡Oh!... maldito el baile, al cual él mismo nos llevó.

—Hé ahí las consecuencias de Capellanes para tí, mi pobre amiga; pero sin embargo, en vano la pureza que hay en tu frente buscará el marqués de Pino Blanco en ninguna otra mujer; tus encantos resaltarán sobre los de las demás y puedes estar segura de que sino hoy, mañana, el marqués volverá á tí como el hijo pródigo vuelve al seno paternal.

—¿De veras? preguntó Amalia con anhelo.

—Sí, mi pobre Amalia; los hombres tarde ó temprano nos rinden justicia, y puedes tener la esperanza de que tú la obtendrás muy cumplida.

—Gracias, amiga mia, gracias; ¡si vieras cuánto bien me hacen tus palabras!

—Con tu tristeza has hecho sufrir mucho á tus pobres padres que no tenian la culpa.

—¡Pobre madre mia!

—Es necesario que siquiera por ellos mismos des tregua á ese sentimiento, que por otra parte, no lo creo yo plenamente justificado; Luciano es tu primer amor, y los primeros amores cuando la razon pone un poco de su parte, se olvidan muy facilmente.

—¡Oh! nunca.

—Tú lo verás.

XVIII.

Y de esta manera prosiguieron aun durante un largo rato su conversacion, prodigando Pilar toda clase de consuelos á Amalia, dándola esperanzas con cierta precaucion, y en fin, agotando todos los recursos hasta que consiguió dejarla un tanto mas sosegada y mas tranquila.

Nosotros no hemos echado en olvido las palabras cambiadas entre el marqués de Pino Blanco y su ayuda de cámara respecto al rapto de Caridad, así como tampoco el trato hecho entre Roque y Mala-facha, á fin de que aquel se verificase.

XIX.

Mala-sangre se escapó del Saladero conforme tenian convenido, yendo á ocultarse á la casa del encubridor en donde supo el nuevo negocio que se le presentaba.

Inmediatamente se puso en accion.

Tiró perfectamente sus líneas y tan buena maña se dió, que pudo escuchar de los lábios de Caridad una noche despidiéndose de su amiga, que al dia inmediato al anochecer irian á visitar á una pobre mujer, á la cual ellas pobres tambien, trataban de proporcionar algun socorro.

CAPITULO LV.

En que se demuestra muy palpablemente que no siempre vá uno donde quiere ir, sino donde le llevan.

I.

Efectivamente, Caridad y su amiga Adela formaron el plan de ir á socorrer á una pobre familia á quien ambas conocian, y que se hallaba en la mayor miseria.

Vivian de un estremo á otro.

Las jóvenes salieron de su casa poco antes de anochecer.

Al llegar delante de San Luis, entraron en la iglesia y rezaron algunos momentos.

Concluido esto, salieron á la calle.

Pero al poner el pié en las escaleras de la iglesia, dos hombres se cruzaron con ellas sin poder unos ni otros dar un paso.

II.

Por fin pudieron encontrar el paso y bajaron las escaleras que hay desde el atrio á la calle, y al mismo tiempo que ponian los piés en la acera un coche de alquiler que habia parado allí echó á andar, despues de haber puesto el cochero la tablilla, señal de que iba vacío.

—¿Te parece que tomemos ese coche para que nos lleve á casa de Rios? preguntó Adela á María.

—Sí, desde luego; porque aquellos barrios son tan malos, y máxime yendo solas, que te aseguro que tengo miedo.

—Pues vamos allá.

Y llamaron al cochero, subieron al vehículo y le dieron las señas de la casa del padre de Manuela.

En la plaza del Progreso el automedonte encontró un amigo suyo que subió al pescante con él.

Y Caridad y Adela comenzaron á hablar de la dicha de que iban á disfrutar.

Hablaron de los goces que produce el hacer bien, de los deberes que tiene el que es rico, deberes que no todos saben cumplir, de los placeres que trae consigo el amor correspondido, y formaron como decirse suele, mil castillos en el aire.

Y entretanto, el coche seguia corriendo sobre el desigual empedrado de las calles de la córte.

III.

De pronto, las ruedas se deslizaron por un terreno mas suave.

Sorprendidas las jóvenes, fueron á asomar la cabeza por las ventanillas, pero al mismo tiempo se abrió una de las portezuelas y un hombre entró en el coche.

Durante el tiempo que este tardó en entrar, vieron las jóvenes con un terror profundo que se hallaban en el campo.

La presencia de aquel intruso en el carruaje, ahogó en sus lábios el grito que iban á exhalar.

—¡Cuidado con lo que se hace, reinas mias! las dijo el hombre que tan inesperadamente se habia presentado en medio de ellas. Cuarta y media de acero llevo en la mano; á la primera que haga un movimiento ó dé un grito, se la soplo entre pecho y espalda. Con que así á callar y al avío.

Y concluidas de decir estas palabras, tan poco tranquilizadoras, se sentó en la bigotera, frente por frente de las dos amigas.

IV.

Y el coche siguió corriendo.

Y Caridad lloraba su perdida felicidad.

Lloraba tanto delicioso ensueño, como se le habia desvanecido.

Adela tambien sufria.

Ella habia sido la que habia incitado á su amiga á que la acompañase.

Y ambas ignoraban aun el peligro que corrian. Se creyeron simplemente en poder de algunos ladrones á los que tal vez pudieran comprar su libertad á costa de algunos miles de reales.

Y ambas lloraban y callaban, aterradas por el acento del prójimo que llevaban enfrente.

Y así anduvieron por espacio de tres horas.

V.

Al cabo de ellas se detuvo el coche.

Volvió á abrirse la portezuela, y dos hombres aparecieron en ella.

—Pueden Vds. bajar cuando gusten, señoras, dijo uno de ellos.

—Ea... basta de llantos, princesas; en este mundo, lo que no se puede conseguir por buenas, se obtiene por malas; así que no hay mas que resignarse, y á vivir. La mujer se ha hecho para el hombre, y...

—¡Eh! soniche, gritó una voz escesivamente colérica; ¿quién te ha dado permiso para hablar?

—Perdone V., ya se me habia olvidado que no estábamos en nuestro terreno.

—Vamos, señoras, dijo el que habia reconvenido al *Madrileño*; cuando Vds. gusten pueden bajar.

Y ambas casi maquinalmente, obedecieren aquella voz.

Miraron á todas partes, y se vieron á la puerta de una gran casa en medio del campo.

—¿Qué es lo que quieren Vds. de nosotras? preguntó Adela á uno de aquellos hombres.

—Nosotros, nada: quien nos paga, tal vez.

—¡Oh! tengan Vds. piedad de nosotras, repuso Caridad; les daremos á Vds. cuanto tenemos, pero no nos hagan daño alguno.

—¡*Quiá*!... ¡si no se trata de hacer daño!... contestó el *Madrileño*. Van Vds. á estar como dos reinas.

—Menos conversacion, y adelante, volvió á decir la misma voz que ya se habia dejado escuchar en otras dos ocasiones.

—No hay que impacientarse, Mala-sangre, que los pájaros temen, como es consiguiente, entrar en la jaula.

VI.

Semejantes palabras, como fácilmente se comprenderá, aumentaban mas el temor de nuestras amigas que las tranquilizaba.

Parecia que sus piés habian echado raices en el suelo, pues no podian ni se atrevian á dar un paso.

Fué necesaria una nueva intimacion de Mala-sangre para que se moviesen; y entonces, acompañadas de dos de sus raptores, penetraron en la casa.

Subieron una escalera de mármol, y al final de ella penetraron en una especie de antesala adornada con un gusto esquisito.

Allí se presentó una anciana, tipo infinitamente mas repugnante que el de los bandidos.

Se dirigió á Caridad, y la dijo cogiéndola una mano:

—Vamos, hija mia, tranquilícese V.... ¡Si aquí no la vá á suceder nada malo!... Vamos, venga V. conmigo, y serénese.

VII.

Adela iba á seguir á su amiga, cuando la vieja dijo á uno de los bandidos:

—Tú, Zorro, llévate á esa niña á las otras habitaciones.

—¡Dios mio! gritó Caridad, ¿quieren Vds. separarnos?

—No tenga V. miedo, hija mia, no tenga V. miedo.

—Yo no me separo de ella, dijo Adela.

—Vamos, vamos, menos aspavientos, y al avío, dijo el Zorro.

Y casi á la fuerza agarró á Adela de un brazo y se la llevó, á pesar de sus gritos y de las lágrimas de la huérfana.

La vieja volvió á redoblar sus instancias, y por fin Caridad atravesó varias habitaciones lujosamente amuebladas, hasta que llegaron á una, en cuya puerta se paró su conductora.

—Entre V. ahí dentro, hija mia; siéntese V., y repose algunos instantes, que vuelvo al momento al lado de V.

Y empujándola dulcemente, la hizo pasar á un gabinete, cuyos muebles eran de un lujo estraordinario, y que estaba iluminado por una porcion de velas colocadas en magníficos candelabros de plata.

VIII.

Caridad no reparó en aquel lujo.

Se hallaba en una situacion completamente estraña, y está únicamente preocupaba su atencion.

Se sentó en una butaca de raso celeste, y se cubrió el rostro con ambas manos, procurando concentrar sus ideas, mientras que sus ojos derramaban un raudal de lágrimas.

Bastante tiempo trascurrió sin que turbase el silencio de la habitacion mas que el ahogado rumor de sus sollo-

zos, hasta que un ligero ruido la hizo alzar la cabeza sobresaltada.

Fijó sus ojos en la puerta, y lanzó un grito desgarrador.

En el dintel de ella habia un hombre.

Aquel hombre era Luciano.

CAPITULO LVI.

Jorge y la duquesa del Campo.—Aclaraciones.

I.

La situacion en que dejamos en uno de nuestros capítulos anteriores á Jorge, la duquesa, Clotilde y la baronesa era demasiado interesante para que haya podido olvidarse.

Ya sabemos que la baronesa de la Estrella se marchó de casa de Jorge desesperada, porque adivinó perfectamente que el marqués no la amaba y que en aquella entrevista debia dar por enterradas aquellas esperanzas.

En cuanto á la pobre Clotilde lloró de la manera que se llora siempre al primer desengaño.

Pero, sin embargo, hubiera deseado una satisfaccion

por parte de Jorge para haberle perdonado inmediatamente.

II.

Pero el marqués estaba preocupado con una porcion de cosas y no tenia tiempo para ocuparse de la herida que habia recibido su pobre vecina.

Su pensamiento único y esclusivo pertenecia á la duquesa.

Aquella visita habia renovado antiguos recuerdos.

Parecia que al presentarse aquella mujer le habia abierto el libro de su vida y aparecia ante sus ojos una de las páginas mas dulces de su historia.

Y pasó una tarde y una noche embebido en aquellos recuerdos.

Se representaban á su imaginacion, escena por escena, todas aquellas de una pasion grande, infinita y ardiente.

Los amores que habia tenido con la duquesa del Campo eran un precioso detalle de la vida de Jorge.

El marqués gozó con aquellos recuerdos.

Se le presentaba una época muy lejana ya, pero época llena de placeres, llena de flores, llena de perfumes.

Y demasiado se sabe que las flores de la juventud exhalan unos aromas que no se aspiran con verdadera delicia hasta que no se ha pasado de ella.

III.

El marqués gozó y sufrió mucho con aquellos recuerdos.

Y tan imbuido estaba en ellos, tan á gusto se hallaba con aquel modo, que cuando el baron del Valle fué á verle como iba todos los dias se negó á ello con el pretesto de que no estaba en casa.

La duquesa tambien habia recibido un choque terrible.

Habia creido muerto, como ya hemos dicho en otro lugar, á Jorge, y necesariamente debia sorprenderla al verle delante de sí.

Blanca le habia amado con toda la fuerza de su alma.

Cuando murió formó en su corazon una especie de tabernáculo donde guardaba el recuerdo de aquel hombre.

Y no cesó un dia de pensar en él.

Y cada uno que trascurria se convencia mas y mas de que con el amor de Jorge habia perdido el cielo de su ventura.

Y de la misma manera que Jorge pasó una noche de insomnio y de recuerdos, ella tambien la pasó de alegría y de dolor.

De alegría por haberle vuelto á ver.

De dolor porque el mutismo absoluto que habia guardado Jorge durante tantos años la revelaba que en su corazon se habia estinguido el amor que ella guardaba en el suyo.

IV.

Y dèspues que trascurrió aquella noche formó una resolucion irrevocable.

La de evitar encontrarse con Jorge.

Blanca tambien tenia su dignidad, tenia su orgullo y

este le prohibia que tratase de buscar una satisfaccion, ya que el hombre que amaba no lo habia hecho durante tanto tiempo.

Jorge al mismo tiempo, paseándose por su despacho, murmuraba:

—Sí, sí, yo debo verla, tengo necesidad de escusarme de mi conducta y... no sé cómo hacerlo, no tengo escusa ninguna... ¡pero qué hermosa está! parece que el tiempo al resbalar sobre su vida no ha dejado huella alguna. Pero he faltado yo, jamás he dejado de reconocer mis faltas, y me echaré á sus piés pidiéndola que me perdone; sí, sí, debo hacerlo y lo haré.

Y como consecuencia de esta resolucion, al dia inmediato Jorge salió de su casa y se dirigió á la de la duquesa.

Entregó una tarjeta á un criado, y este se la pasó á su señora.

V.

Al ver Blanca el nombre que sobre ella habia trazado no pudo menos de estremecerse.

No era ella quien pedia la satisfaccion, era él quien iba á dársela.

Este caso no le habia previsto la duquesa.

Así fué, que estuvo vacilando durante algunos segundos.

¿Recibiría á aquel hombre?

Y si lo hacia, ¿con qué continente habia de escucharle?

¿Qué habia de decirle?

Pero ello era necesario darle una contestacion al criado.

Estaba delante de ella y espiaba todas las emociones, que no podian por menos de trasparentarse en su rostro.

Era necesario alejarle de allí, y en su consecuencia, le dijo:

—Hazle que pase á la sala.

VI.

El criado obedeció á su señora, y esta mientras tanto dejó trascurrir algunos segundos con el objeto de dejar pasar la turbacion que esperimentaba y presentarse de una manera digna y conveniente delante de él.

Ya hemos dicho que veinte años antes la duquesa era una mujer hermosísima.

En la época en que nosotros volvemos á encontrarnos con ella, que tenia treinta y ocho, su belleza se habia trasformado.

Se habia desarrollado; el boceto habia tomado las proporciones de un gran cuadro, y la duquesa todavía era capaz de hacer enloquecer al hombre mas desimpresionado del mundo.

El dolor que habia esperimentado durante tantos años, habia esparcido sobre su rostro un tinte de melancolía y tristeza, si se nos permite esta frase, que realzaba dignamente su espléndida belleza.

Asi fué, que al aparecer en la sala; al presentarse delante de Jorge, este quedó deslumbrado.

Fijó sus ojos de una manera avara é intensa en ella, y tendiendo sus brazos hácia la duquesa, esclamó:

—¡Blanca mia!

VII.

A aquel grito del alma, exhalado por los lábios de Jorge, y modulado del modo que él solo sabia modular, Blanca sintió que vacilaba su resolucion.

Era un llamamiento al alma, y quedó inmóvil sin poder dar un paso.

Agitada y temblorosa, su turbacion estaba á punto de venderla.

Pero sin embargo, su dignidad de mujer ofendida acudió á su ayuda, y la duquesa recobró su frialdad, y dió algunos pasos hácia el interior de la sala, diciendo:

—Caballero...

VIII.

Jorge quedó un tanto cortado por la frialdad de aquel acento.

Pero á su vez se repuso tambien, y aunque afectado siempre por la presencia y por los recuerdos que aquella mujer evocaba, obedeciendo á la invitacion que esta le hizo, se sentó junto á ella.

—Me parece, señora, dijo este, que segun la manera con que nos volvemos á ver, no ha conservado V. recuerdo alguno.

—Si no le hubiera conservado, ¿cree V. que le habria recibido? contestó Blanca con un acento un tanto alterado.

—Sin embargo, la he visto á V. insensible á un acento, que creia lo recordase V.

—¡Dios mio! murmuró Blanca, comprendiendo que, á

pesar suyo, la voz de Jorge hallaba un eco demasiado tierno en su corazon.

—Yo comprendo que he faltado; demasiado sabe usted señora, que una de las cualidades de las cuales me he enorgullecido, ha sido la de confesar ingénuamente mis faltas, y de saber pedir perdon.

—Pero...

—Mi conducta necesita una esplicacion, y esa es la que he venido á dar á V.

—Mas si yo no necesito...

—Escúcheme V., duquesa, y despues... despues, usted obrará como mejor la parezca; yo al menos habré cumplido con mi deber.

—Es que yo no sé á qué venga eso.

IX.

—Hace veinte años, prosiguió Jorge desentendiéndose de la interrupcion de Blanca, un hombre jóven, pero que á pesar de su juventud, tenia una cabeza y un corazon superiores á su edad, se adhirió á una causa noble, santa y buena: á consecuencia de ella, tuve que marchar de un punto á otro, y en estas vagamundas escursiones tropecé con una mujer, y si el país en que ella habitaba era un cielo, ella era indudablemente el mas hermoso de sus ángeles.

—Pero ¿á dónde vá V. á parar?

—El jóven tenia un alma vírgen de amores; habia empezado á vivir muy niño, y fué depositando dia por dia en su corazon un quilate mas de cariño, de abnegacion, de

delirio para una mujer; vió á Blanca, y la amó con toda la fuerza de su alma.

—Caballero, esclamó la duquesa sin poderse contener, y con una agitacion cada vez mas creciente, ¿qué está usted diciendo?

X.

Jorge destelló sobre ella una mirada tan poderosa, tan enamorada, tan acariciadora, que Blanca no tuvo fuerzas para resistirla.

Además el acento de aquel hombre tenia unas inflexiones tan especiales; habia una cosa tan particular en él, que sin quererlo, sin poder evitarlo, la duquesa iba arrojando una por una las piezas de la cota de malla con que habia tratado de cubrirse, y estaba á punto de ponerse á merced de su poderoso adversario.

Este prosiguió:

—Blanca le amó tambien, y si cielo era aquel pais, si un ángel era Blanca, Jorge estaba en un paraiso formado por aquel cielo y por aquel ángel. Pero llegó un dia en que brilló el astro de la libertad; Jorge era uno de los satélites que brillaba á su derredor, y combatió con denuedo hasta el último momento; despues tuvo que huir; el triunfo de su causa dependia de que se le creyera muerto, y tuvo que resignarse á no dar un adios á la mujer querida á la cual se dejaba en cinta.

—¡Dios mio! volvió á murmurar la duquesa.

—Jorge tuvo necesidad de embarcarse, y en tan desgraciada hora lo hizo, que naufragó en las costas de Africa.

XI.

—¿De veras? preguntó precipitadamente Blanca.

—Demasiado sabe V. que jamás he podido mentir; lo que sufrí durante dos años que permanecí entre los africanos, nadie lo sabe; lo que yo pensé al ver la venta que se hacia de los negros, tampoco lo sabe nadie mas que yo. Desde allí pasé á América, habia dado nuevo giro á mis ideas, y la causa de la libertad y de la independencia, era mi norte únicamente. Yo estaba proscripto en Europa; no podia volver á ella, y sin embargo, mi pensamiento, lo mismo que mi corazon, estaba en aquel suelo donde existía una mujer amada, donde tal vez tenia un hijo que no conocia á su padre. ¡Oh!... ¡qué dias tan horribles pasé!

—¡Jorge, Jorge!... esclamó Blanca, incapaz de contenerse mas; ¡yo tambien sufría!...

—Gracias, Blanca, gracias, repuso el marqués dejándose caer de rodillas delante de la duquesa, y llenando de besos sus manos.

XII.

Blanca no habia podido resistir mas.

A aquellas quejas tan doloridas, á aquel dolor espresado de una manera tan elocuente, á aquel lenguaje tan sencillo, tan poético y tan insinuante, necesariamente la resolucion mejor formada tenia por precision que quebrantarse.

Y Jorge sentia cuanto estaba diciendo.

Quizá al penetrar en los profundos arcanos del corazon

de aquel hombre, se encontrará que el amor que mas profundas raices habia echado en él, era el de la duquesa.

Así que despertado súbitamente este amor, impresionado, por decirlo así, por la presencia de la duquesa, cuanto hablara, cuanto digera, tenia que ser hijo de un sentimiento real y verdadero.

XIII.

Rota la valla que habia ocultado aquellos dos sentimientos, desvanecida la atmósfera de frialdad en que uno y otro habian tratado de envolverse, vinieron las esplicaciones.

Jorge estuvo mas inspirado que nunca.

Se desbordaron de sus lábios torrentes de ternura, y no fué posible que Blanca permaneciera indiferente á una pasion que se la formulaba de una manera tan elocuente.

Jorge preguntó por su hijo.

La duquesa le contó entonces todo cuanto nuestros lectores saben ya.

Jorge se comprometió formalmente á buscar á su hija, puesto que la duquesa le dijo que á aquel sexo pertenecia el ser que habia dado á luz.

Aquella entrevista se prolongó demasiado.

Ni uno ni otro se encontraban con valor suficiente para separarse.

XIV.

Por fin, Jorge salió de aquella casa embriagado por aquel nuevo amor.

Pero al poner el pié en la calle, fijó inadvertidamente sus ojos en los balcones de la casa de Clotilde.

La jóven estaba en ellos.

Entonces sufrieron un nuevo giro las ideas de Jorge, que murmuró:

—Diablo... diablo... será necesario ver á esa pobre jóven.

CAPITULO LVII.

Antecedentes sobre lo que hemos dicho en los capítulos anteriores.

I.

La mayor parte de lo que hemos dicho en los capítulos anteriores, habrá parecido un tanto confuso á nuestros lectores, y por lo tanto nos vemos en la obligacion de dar ciertas aclaraciones que satisfagan en un todo, apareciendo por consiguiente plenamente justificada la estancia de Antonio en el Saladero.

Antonio, con la posesion absoluta del amor de Elena, fácilmente se comprende cómo estaria.

Le preocupaba muchas veces aquella casi infinita distancia que le apartaba de ella.

¿Pero qué enamorado repara en semejantes obstáculos?

Estos pequeños óbices desaparecian instantaneamente por la fuerza de su amor.

II.

Y volvió á ver á Elena, y uno y otro se alimentaron de nuevo con aquella pasion que á ambos los dominaba.

Y para colmo de satisfaccion salió del hospital la madre del jóven cajista, que atropellada por el carruaje del marqués de Pino Blanco habia permanecido en él por algun tiempo.

Antonio se informó de la persona que fué á darle la noticia de la desgracia de su madre y que tan liberalmente le prodigó cuantos auxilios estuvieron á su alcance; entonces fué varias veces á casa del baron del Valle y desgraciadamente no le halló en ella.

Pero el amor le compensaba aquellos disgustos.

Una felicidad estraña irradiaba en su semblante.

Su pobre madre estaba alegre con la alegría de su hijo y tambien tenia su parte de orgullo.

III.

El viejo marino la refirió con su rudo lenguaje lo que habia podido descubrir respecto á los amores de Antonio, y esto, como es natural, habia de ponerle un tanto orgulloso.

Pero despues reflexionaba.

Comprendia que la distancia que separaba á su hijo de la mujer amada era inmensa, y por lo tanto que esto podia proporcinarle muchos disgustos.

Pero estos pensamientos, si bien le asaltaban distintas veces, lo principal que le absorvia era el placer de su hijo.

Con él gozaba y con él vivia.

De manera que en aquella reducida habitacion, y en medio de la pobreza que le rodeaba, existia una felicidad inconcebible para las personas que se encontraban en otra posicion mas elevada.

Y sin embargo, la desgracia se cernia sobre ella.

IV.

Esta desgracia estaba representada por Enriquez.

Aquel hombre no podia perdonarle á Antonio el que poseyera el cariño de la condesa.

El caballero queria á todo trance perder al jóven artista.

Pero perderle de una manera que se le hiciera completamente imposible á Elena.

Y no cesó de cavilar un dia y otro buscando aquel medio.

Y necesariamente, todo lo que aquel hombre se le ocurriese habia de ser infame, malo y perverso como él.

Una alegría infernal resplandeció en su rostro al cabo de algunas horas y de algun tiempo de meditacion, y esta alegría, demostraba que habia encontrado el medio que estaba buscando.

V.

Ya digimos en otro lugar que habia comprado á una de las doncellas de Elena.

Derramó de nuevo el oro, y aquella mujer fué el instrumento mas activo para conseguir su objeto.

Habló con la doncella, entre ambos combinaron un plan, y á consecuencia de él, Antonio, una tarde al regresar á su casa desde la imprenta donde trabajaba, se halló con una carta firmada por la condesa.

Antonio no conocia su letra, no le habia escrito nunca y por lo tanto creyó de buena fé que aquella carta era de ella.

La jóven le decia, que encontrándose en un grave compromiso le suplicaba tuviese la bondad de ir aquella noche á las diez, que preguntase por su doncella y que esta le conduciria hasta su presencia.

El cajista no escuchó mas que la voz de su amor.

Esta le decia que fuese de nuevo á embriagarse en la pasion de aquella mujer tan querida.

Por lo tanto, sin reflexionar nada, sin pensar en las consecuencias que aquella pudiera tener, se vistió con un traje un poco mas decente y se dirigió hácia la casa de la condesa.

VI.

Su corazon latia de felicidad.

En cambio, su madre al separarse de él sintió una cosa vaga, indefinible, que no habia sentido otras veces al separarse de su hijo.

¿Sería un presentimiento acaso?

Nosotros creemos que sí; existen voces misteriosas que nos avisan cuando una desgracia está próxima á caer sobre nosotros.

Antonio llegó á la casa de Elena.

Como se le anunciaba perfectamente en la carta, la doncella recibió al jóven y conduciéndole á una habitacion que estaba á oscuras, le dijo:

—Espere V. aquí un momento que voy á avisar á la señorita.

VII.

Antonio se quedó solo, y algunos pensamientos estraños le asaltaron entonces.

Sin saber por qué, se estremeció.

Y este estremecimiento se aumentó mucho mas al percibir el ligero rumor de pasos que se acercaban.

De pronto se abrió la puerta.

Antonio no pudo reprimir un grito de sorpresa.

En el dintel de aquella puerta estaban el conde y Enriquez.

Detrás de ellos habia un criado que llevaba una luz.

Antonio se quedó inmóvil en el ángulo de aquella oscura habitacion.

El primero que le vió fué el conde de la Torre, y gritó inmediatamente:

—¡Ladrones!...

Enriquez al momento se arrojó sobre el burlado cajista que se habia quedado inerte de la sorpresa que de él se apoderó, y le cogió por el cuello sin que este opusiera la menor resistencia.

VII.

Los denuestos mas insultantes, las palabras mas ofen-

—¡Ladrones!...

sivas se escucharon entonces.

El cajista rechazó con indignacion el epíteto de bandido.

Pero le preguntaron qué habia ido á hacer allí puesto que no queria ser tratado como ladron, y á esto no supo qué contestar.

Para vindicarse él, tenia que acusar á ella.

Y en el corazon de nuestro pobre artista habia un tesoro de delicadeza y de honradez estraordinaria.

Así fué, que permaneció silencioso.

Y sufria de una manera indescriptible.

Sobre su frente iba á caer un borron y él no podia, no tenia fuerza suficiente para evitarlo.

En aquel momento supremo pensó en su madre.

Se le representó el dolor que esperimentaria y le pareció ver el austero semblante del Sr. Lúcio, reprochándole por aquel crímen que él no habia cometido, pero del cual, sin embargo, no podia demostrar su inocencia.

Imposible seria describir la amargura de aquellos momentos.

Nuestros lectores podrán comprenderlo mejor por su corazon que por nuestras descripciones, y por lo tanto las suprimiremos.

VIII.

Enriquez habia triunfado.

Cuando Antonio, conducido entre dos guardias como un criminal salia de aquella casa, Elena alarmada por aquel movimiento salió á ver qué era y recibió de lleno el golpe que destrozó su corazon.

La desgraciada nada supo decir.

Antonio la dirigió una mirada suplicante.

La creia de buena fé autora de la carta que habia recibido, y en aquella mirada iba envuelta una súplica para que le librase del terrible anatema que sobre él caia.

Para ella á su vez era inocente.

No tenia antecedente alguno, no sabia nada, no veia otra cosa mas sino que su amante, el hombre á quien ella habia juzgado digno de su amor, lo habian cogido en su casa en el momento en que iba á robar.

Así fué que al verlo arrojó un grito desesperado y cayó desmayada al par que Antonio era conducido al Saladero.

IX.

Dados estos antecedentes muy necesarios para justificar la estancia del jóven en la cárcel vendremos á parar á uno de los dias siguientes á aquel suceso en que nuestro amigo el baron del Valle se dirigia hácia la casa de Amparo.

Iba muy preocupado y no advirtió en un hombre que iba por la acera opuesta y que al verle cambió de direccion y se acercó á él.

Este le tocó ligeramente, diciéndole:

—Muy buenos dias, señorito.

German alzó la cabeza y al reconocer á la persona que le hablaba, dijo:

—Adios, Juan.

X.

Efectivamente, la persona que estaba delante de él era

el tabernero de la calle del Meson de Paredes, en cuyo establecimiento conocimos á Antonio y á Lúcio.

—¿Qué hay de bueno? preguntó el baron.

—Nada, señorito.

—¿Y tú familia?

—Todos siguen bien, gracias á Dios; pasaba por allí enfrente y por cierto que me alegro mucho de haberlo encontrado.

—¿Por qué? ¿te hace falta alguna cosa, te puedo servir en algo?

—Tantas gracias, señor; merced á los beneficios que usted nos ha hecho, ni á mí ni á mi familia nos hace falta nada absolutamente.

—Entonces...

—Es á otro pobre...

—Por quien tú te interesas, ¿no es cierto?

—Y V. tambien, señorito.

—Yo...

—Sí, señor.

—Tú te esplicarás.

XI.

—¿No se acuerda V., dijo el tabernero, una noche que fué á mi tienda á buscar á un jóven que se llamaba Antonio, que estaba allí con otro viejo que se llama el Sr. Lúcio?

—Sí, y que su madre habia sido atropellada por un coche aquella misma tarde, ¿no es esa misma? preguntó el baron.

—Justamente; ya sé que V. los ha estado socorriendo

y que ha cuidado de la pobre madre como si fuera cosa de su familia.

—Bien, bien, ¿y qué es lo que quiere?

—Diga V. mejor, qué es lo que le ha sucedido.

—Habla.

—Ese jóven es muy desgraciado.

—Desgraciado... ¿por qué?

—Porque está en el Saladero.

—¿En el Saladero dices?

—Sí, señor.

—Pero ¿por qué? ¿qué ha hecho?

—Parece que le cogieron en casa del conde de la Torre, en ocasion de que iba á robar.

—¡Imposible!

—Eso mismo he dicho yo; conozco á toda la familia hace algunos años, y le aseguro á V., señorito, que gente mejor, sin ofender á nadie, no la hay en el mundo.

—Pero y él, ¿qué ha dicho?

—Nada absolutamente; ni ha confesado, ni ha negado.

—Entonces, ese chico, ¿qué hace?

—Su pobre madre está desesperada, y el Sr. Lúcio se pasa los dias enteros gruñendo y votando contra todo el mundo.

XII.

—¿Y dices que en casa del conde de la Torre es donde le han cogido? preguntó German despues de haber estado pensativo algunos segundos.

—Sí, señor; y lo particular es otra cosa.

—¿Qué es?

—Que Antonio poco tiempo antes habia salvado á la hija de ese conde de una muerte cierta.

—¿Y ese mismo conde se ha atrevido á acusarle de ladron, despues de haberle salvado á su hija?

—Sí, señorito; no todos los hombres son tan buenos como V.

—Pues bien; deja ese negocio á mi cuidado, que yo te aseguro que lo arreglaré de una manera ó de otra.

—Oh, qué bien he hecho, señorito, en avisar á usted! ¡Pobre madre, qué contenta se va á poner cuando se lo diga! ¡siempre está quejándose de la desgracia que la ha privado de una buena posicion!

—¿Qué apellido tiene?

—Romero, creo que se llama.

—Y su padre, ¿sabe V. qué ha sido?

—No sé, señorito; pero tengo idea de haber oido que era rico; y fué empledo; y en fin, yo no sé qué trastada les jugó uno... vamos no me acuerdo bien.

—En ese caso, yo averiguaré todo lo que me haga falta.

—¡Dios quiera que consiga V. lo que se propone!

—Quizá consiga mas aun de lo que me propongo.

—¡Pobre familia!

XIII.

—No vayas á decirla nada á su madre, dijo el baron al cabo de algunos segundos.

—Pero...

—Nada, nada; no quiero dar esperanzas que vayan á

quedar defraudadas; cuando me haya enterado y sepa lo que hay, entonces será otra cosa.

—Como V. quiera.

XIV.

Aun cambiaron despues algunas palabras los dos, hasta que por fin el baron se despidió de Juan, dirigiéndose hácia la casa de Amparo.

Juan se le quedó mirando durante algun tiempo, murmurando:

—¡Qué hermoso corazon tiene!

Entretanto el baron estuvo aquel dia mas preocupado en casa de Amparo que de costumbre.

La jóven lo advirtió y le hizo algunas preguntas.

Pero German no la reveló nada de cuanto habia sabido.

Y cien ideas distintas se agolpaban á su imaginacion.

Sospechaba del conde.

Le conocia tambien como miembro de la *familia*, y desconfiaba de la mayor parte de los personajes que pertenecian á esta asociacion, pues sabia por esperiencia que, en su mayor parte, eran una cáfila de bribones.

XV.

En su consecuencia, desde la casa de Amparo se dirigió á la del marqués.

Queria consultar con él acerca de aquel negocio, y él que conocia mucho mas á las personas, quizá pudiera dar-

le alguna luz acerca de aquella, y aconsejarle en lo que habia de hacer.

Nosotros los dejaremos por ahora para seguir á otros personajes que no son menos interesantes que estos para nuestros lectores.

CAPITULO LVIII

El pensamiento de D. Lúcas.—El médico y el agente.—Un par de bribones.

I.

Recordarán indudablemente nuestros lectores las últimas palabras que pronunció D. Lúcas cuando fué á visitarle el marqués de Santillan, para exigirle la libertad de Santiago.

Aquellas palabras eran una amenaza terrible.

Amenaza, que á haberla podido adivinar Jorge, de seguro no habria podido por menos de impresionarle.

El agente de negocios recordó dónde habia visto al marqués.

II.

Supuso que él, y solo él, era el padre de la niña que á

Luisa habian confiado en Sevilla, y teniendo en cuenta lo que dias antes habia dicho Luisa respecto á la estancia en Madrid, tanto de Amparo como de su madre, comprenderemos perfectamente cómo se pondria D. Lúcas al hacer aquel descubrimiento.

Aquel hombre á quien habia visto apoderarse del mando supremo de la *familia* con una audacia sin límites.

Aquel hombre, que en el mero hecho de hacer lo que hizo demostraba tener un corazon de acero y una fuerza de voluntad mas terrible aun que su corazon, habia de ser inexorable con las personas que habian abandonado á su hija en el caso de que diera la casualidad que la descubriese.

Esto no podia ser mas que por medio de una casualidad muy grande.

Pero esta casualidad podia realizarse, y entonces ¡ay de él!

Por esta razon era necesario tratar de evitar aquella casualidad.

III.

En su consecuencia llamó á su ama de llaves.

La vieja, de la cual ya hemos dicho que si cabe era mas malvada que su amo, apareció en la estancia y preguntó con un acento de mal humor:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que quiere V.?

—Que tenemos que hablar de asuntos bastante sérios, Luisa.

—Pues, para eso es para lo único que me llama usted; cuando se encuentra apurado me busca; cuando no, maldito si se acuerda de mí.

—Vamos, Luisa, no tengas tan mal génio, mujer.

—Sí, sí, véngame V. ahora con contemplaciones, si no digera la verdad... pero vamos, despáchese V., ¿qué es lo que quiere?

—Siéntate, que tenemos que hablar despacio.

—Estoy perfectamente de pié.

—Te digo que es largo lo que tenemos que hablar.

—¡Jesús, qué demonio de hombre! vamos, ya estoy sentada.

—Así: ¿qué has adelantado respecto al negocio de la chiquilla esa y de su madre?

—Ya sabia yo que ahí vendria V. á parar; cuando se mete V. en un fregao del cual no puede V. salir, entonces llama V. á Luisa para que le saque del apuro, y como lo paga V. tan bien...

—¡Hola!... ¿con que estás quejosa por la cuestion de paga? pues haberlo dicho antes, mujer, á pesar de que ya sabes que eres dueña de todo cuanto hay en casa.

—Si eso lo hubiera dicho antes...

—Y si este negocio nos sale bien te prometo que no quedarás descontenta.

—¿De veras?...

Y los ojos de la horrible vieja chispearon de codicia.

IV.

Entonces aproximó su silla á la de su amo y le preguntó con interés:

—Conque, ¿de qué se trata?

—¿Has averiguado algo de Amparo?

—Sí, señor; yo no me duermo sobre las pajas.

—¿De veras? esclamó el agente con alegría; cuéntamelo, cuéntamelo todo.

—La muchacha vive con una pobre vieja allá en el otro estremo de Madrid.

—¿Y tú la has visto?

—Ya lo creo.

—¿Y crees que se la podrá sacar de allí?

—Phe, un poco difícil es, pero quién sabe, á pesar que ahora tiene dos guardianes en vez de uno.

—¿Qué quieres decir?

V.

Entonces Luisa refirió á su amo la manera por la cual habia averiguado dónde estaba Amparo, manera que hasta cierto punto no interesa á nuestros lectores y por lo tanto la suprimimos.

Aquella mujer era una especie de sanguijuela que en todas partes se introducia.

De este modo pudo averiguar todo cuanto necesitaba saber.

Amparo salia muy pocas veces de su casa.

El baron del Valle no quiso que fuera á cantar á parte alguna y por lo tanto sus salidas se reducian á muy corto número.

El Sr. Pedro, persistiendo en su penoso sacrificio, velaba siempre por la seguridad de la jóven y aun tendia su mano con agradecimiento al baron que le habia salvado de los peligros que la amenazaban con la brutal pasion del *Colorao*.

Estos eran inconvenientes muy graves para la realizacion de cualquier proyecto respecto á la jóven.

VI.

Así lo comprendió tambien D. Lúcas, y en su consecuencia despues que Luisa le hubo narrado lo que hemos dicho anteriormente, dijo:

—Eso puede desbaratar nuestros planes y es menester pensarlo mucho.

—Sin embargo, yo me propongo salir airosa en mi plan, contestó el ama de gobierno.

—¿Pero de qué medios vas á valerte?

—Eso es cosa mia.

—¿Pero tienes confianza? preguntó el agente con insistencia.

—Sino la tuviera, no crea V. que sea tan tonta que fuera á comprometerme en valde.

—Bien, bien.

—Ahora me falta saber qué he de hacer con ella, luego que la saque de su casa.

—¿No te se ocurre que seria muy bueno darla una zambullida en el canal?

—Bien, bien pensado, se le atan dos piedras, y...

—Justamente.

—Y á propósito, ya sabes que un hermano de Mala-facha tiene una casilla por aquellos alrededores.

—Ya, ya, ya he pensado en eso.

—¿Con que te agrada mi plan?

—Ya lo creo, ahora solo falta que el dia en que yo avise á V., disponga las cosas de una manera que el baron

del Valle no parezca en todo el dia por allí.

—Descuida, mujer, así se hará; no te encargo mas que una cosa.

VII.

—¿Cuál es? preguntó Luisa.

—Que lo aligeres todo lo posible, porque hay un personaje aquí que puede complicar mucho la cuestion.

—¿Un personaje dice V.? esclamó Luisa, fijando una mirada inquieta en su amo.

—Sí.

—¿Quién es?

—¿Tú te acuerdas de un caballerito que vimos en Sevilla, de quien se corrieron voces que era el amante de la duquesa?

—Sí, señor, como que ese es el padre de Amparo.

—Pues bien, ese hombre está en Madrid y no es eso lo peor.

—¿Pues qué hay mas?

—Hay que ese hombre es el jefe de la *familia*.

—Vaya, vaya, pues estaria bueno eso de dejar burlado nada menos que á un personaje así.

—Es que el jefe de la *familla* es un hombre muy terrible.

—Ta, ta, ta, á otros mas terribles hemos dominado, repuso Luisa con un cinismo repugnante.

En aquel momento sonó un campanillazo á la puerta.

—¿Quién será? esclamó el agente.

—Voy á ver.

—Si es Félix ó alguno de su familia, ya sabes, que no estoy en casa.

—Estoy enterada.

Y Luisa se levantó y salió de la habitacion á abrir la puerta.

VIII.

D. Lúcas se la quedó mirando antes que desapareciera, diciendo despues con un acento indescriptible:

—Las dos morireis juntas; de esta manera podré respirar un poco mas tranquilo.

Pocos momentos despues de haber salido Luisa, la puerta del despacho tornó á abrirse de nuevo y el doctor Perez apareció en ella.

D. Lucas dejó inmediatamente su asiento, esclamando:

—Hola, mi querido doctor, ¿V. por aquí?

—Vengo furioso, contestó el doctor dejándose caer sobre una silla.

—¿Pues qué ocurre?

—No se puede tratar con el conde de la Torre.

El agente fijó una mirada escrutadora en el semblante del médico, y dijo al cabo de algunos segundos:

—Cuente V., doctor, cuente V.

—Reniega de nosotros, se olvida de nuestra antigua amistad y no quiere darme participacion en las utilidades de negocios que hemos hecho juntos.

—Eso es grave, doctor.

—Ha llegado hasta el estremo de amenazarme, mejor jor dicho, de amenazarnos á los dos, á V. y á mi.

—¿A los dos? esplíquese V.; que tenga mucho cuidado el conde, no sea que se vuelvan las tornas.

—¿Recuerda V. el negocio del conde de la Isla?

—Ya lo creo, como que tuvimos los dos una parte muy activa en él.

—Pues bien, él ha sido el que arrancó la hoja del testamento, él tiene en su poder pruebas que nos comprometen, y se ha atrevido á amenazarme con ellas.

Al escuchar estas palabras D. Lúcas, dió un respingo sobre la silla, y no pudo ocultar un estremecimiento de terror.

—¿Qué dice V.? esclamó.

—Nada mas, que ese hombre nos tiene en su poder.

—¿Y V. qué piensa, doctor?

—Yo no pienso nada, no he venido mas que á consultar con V.

—Entonces, esta es cuestion de meditarla con calma, y no dormirnos como nos estamos durmiendo con el marqués de Santillan.

—No sea V. tan vivo de génio, Gomez; muchas veces me ha dicho V. tambien lo mismo y desengáñese V., que el verdadero talento consiste en saber cuándo se han de dar los golpes.

—¿Pero está resuelto ya?

—Sí, contestó el doctor.

—¿Piensa V. valerse de la fruta ó de la flor, lo mismo que con el conde de la Isla?

—Sí, una cosa parecida.

—¿Con que dice V. que el conde posee todos esos documentos que nos comprometen?.

—Sí, amigo mio, sí, por desgracia.

—Y tanta como es.

IX.

—¿Pero no sabe V. una cosa? dijo el doctor.

—Usted dirá.

—¿A que no sabe V. con quién me he encontrado cuando bajaba la escalera de casa del conde?

—Si V. no me lo dice difícil es que yo lo sepa.

—He visto al Romo.

—¿Al Romo? esclamó D. Lúcas con una sorpresa estraordinaria: ¿pues no estaba en Barcelona?

—¿Y qué habia ido á hacer allí?

—Eso es lo que nosotros no hemos podido saber.

—Pues sin embargo, mucho nos convendria averiguarlo.

—Eso se supone; en fin, ya veré yo si encuentro algun medio para descubrir todos esos misterios.

—Por esa razon he venido á decírselo á V.

—Y nos conviene el decidirnos muy pronto, porque el banquero puede hacernos mucho daño.

—Y dígame V., esclamó el doctor Perez de pronto; ¿no le parece á V. que seria conveniente avisar al jefe de la *familia* y que este le mandase quitar la vida sin que nosotros quedásemos comprometidos?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Por ningun estilo debemos hacer una cosa semejante.

—Usted se entenderá.

—Ya sabe V. que pudiera descubrirse; ya sabe V. que el marqués no nos mira con muy buenos ojos...

—Pues entonces tenemos dos enemigos de quien es necesario que nos desentendamos á toda costa.

—Y dígame V., doctor, ¿cuándo cree V. que podemos dar el golpe con el marqués?

—Muy pronto.

X.

—¿De veras? preguntó el agente con los ojos chispeantes de alegría.

—Sí, amigo mio, sí, repuso el doctor fijando en el agente otra mirada tan fria y penetrante como la punta de un puñal.

—¿Y cuándo ha de ser?

—Dentro de pocos dias va á dar un baile la baronesa de la Estrella,

—Y piensa V. que en él...

—Ya lo creo, allí se le dará el golpe de gracia.

—Vamos, doctor, está visto que es V. un hombre inapreciable.

—Gracias, contestó éste con una hipócrita modestia sumamente repugnante.

XI.

Despues se levantó de su asiento y dijo:

—Con que ya está V. prevenido, ¿no es cierto?

—Nada, nada, descuide V., que todo lo pienso y en todo estoy.

—Bueno, ya me dará V. parte de lo que piensa hacer.

—Es natural.

—Arrebatemos el poder á ese hombre... y ..

—Y despues ya nos entenderemos nosotros.

—Vaya, D. Lúcas, hasta mañana, que vendré yo por aquí á decirle si he podido descubrir algo y á que V. me diga tambien lo que haya.

—Está corriente.

Y aquellos dos dignos amigos se dieron la mano, murmurando el agente á la par que el médico se marchaba:

—Tú líbrame del marqués, que yo despues me libraré de tí.

De la misma manera Perez, al par que salia á la calle, decia con voz apenas perceptible:

—Quítale los papeles al conde de la Torre y despues... despues aun no se me ha concluido el veneno del conde de la Isla.

CAPITULO LIX.

Como realizó Félix todo cuanto deseaba el marqués de Santillan.—Cármen.—Clotilde y Jorge.

I.

Aunque por muy pocos instantes, tenemos necesidad de abandonar á Madrid.

Nuestros lectores supondrán inmediatamente que es á causa de Félix.

Y tendrán razon.

Tenemos necesidad de encontrarnos en Madrid, tanto con aquel personaje como con los que habia ido á buscar á Barcelona, y por lo tanto vamos á ir á buscarlos.

II.

Ya hemos visto en otro lugar el efecto que á Andrés le causó la presentacion de Félix.

El jóven no pudo menos de estremecerse al advertir aquella emocion.

Ella, le revelaba que cuando aquel hombre, al solo nombre del marqués de Santillan, y al presentarse él como enviado suyo, habia sufrido una emocion tan estraordinaria no podia por menos de, ó haber él abusado de su amistad, ó de haber cometido cualquiera otra falta respecto á Jorge.

El jóven no se atrevia á decirle palabra alguna y únicamente cuando vió que aquel sombrío silencio se prolongaba, fué cuando dijo:

—El señor marqués me ha dicho que tenia V. que entregarme unos papeles...

III.

Al escuchar el marino estas palabras, alzó vivamente la cabeza.

Sus ojos brillaban de una manera siniestra.

Sus lábios estaban contraidos y con voz sorda y reconcentrada, contestó:

—¿Dónde está el marqués?

—En Madrid, contestó Félix con sorpresa.

—Quiero ir á verle.

—¿Quiere V. ir á verle?

—Sí, murmuró con voz mas opaca el jóven.

—Pero...

—Vamos á Madrid.

Y al decir estas palabras, Andrés se puso en pié con una agitacion febril.

Félix, entonces le hizo ver que aquella noche le era ab-

solutamente imposible el marcharse.

Tenia que buscar á Mario y nuestro amigo no era capaz de dejar de cumplir un encargo que se le habia dado.

El marino accedió con repugnancia á esperarse hasta el dia siguiente.

IV.

Cármen fijaba sus ojos con una espresion triste y dolorosa en Andrés.

Si Félix hubiera tenido mas conocimientos del mundo, desde luego que habria advertido en la mirada de aquella mujer, en su agitacion y en todo su estado, la fuerza desconocida de un remordimiento estraordinario.

Pero el jóven no pudo conocer esto.

Asi fué, que sin apercibirse siquiera de la persistencia con que Cármen miraba al marino, salieron de allí quedando citados para el dia siguiente que iria á buscarle.

El jóven se dedicó inmediatamente á buscar á Mário.

Y tuvo la buena suerte de encontrarle en una de las fondas mas modestas.

Averiguó la hora en que el jóven estuviera allí y fué á verle.

V.

Cambiaron los primeros saludos y despues, Félix tomó la palabra, diciendo:

—Naturalmente le estrañará á V. que una persona desconocida trate de verle con tanta urgencia.

—Desde luego desearia saber en qué puedo complacerle.

—En mucho.

—Usted dirá.

—Vengo de Madrid y he traido dos misiones muy interesantes para esta poblacion.

—Y bien.

—Una de esas misiones, es referente á V.

—¿A mí? esclamó Mário sorprendido y ruborizándose á su pesar.

El recuerdo de Irene habia cruzado por su imaginacion.

¿Iria aquel hombre mandado por ella?

No, aquel no era un mensajero vulgar, aquel hombre no podia ser el conductor de un mero recado.

Su mision debia ser de otra especie.

Y su curiosidad aumentaba, y sin poderse contener, preguntó:

—¿Pero quién le ha hablado á V. de mí en la corte?

—Una persona que se interesa estraordinariamente por V.

—¿Por mí?...

—Sí, señor.

—¿Y quién es esa persona?

—Una jóven y un caballero.

—¿Luego son dos?

—Sí, señor, antes me equivoqué al decir que era una persona sola.

—Y. . ¿y qué quieren de mí? preguntó con voz valbuciente Mário.

—Que se venga V. á Madrid conmigo.

—¿Que vuelva yo á Madrid?... ¿ella dice que vuelva yo á aquel sitio?... vamos, caballero, dispénseme V. si le digo

que no puedo dar crédito á...

—Comprendo perfectamente que existe en V. cierta desconfianza hija de lo estraños que hasta ahora hemos sido el uno para el otro; pero al venir á Barcelona lo he hecho para decir á V. que es necesario se venga á la córte inmediatamente.

—Pero para qué, ¿no me ha despedido ella misma?

—¿Quién, la condesa de la Union?

—Sí, señor, ella me ha dicho que no podia tener relaciones conmigo, que nuestros amores eran irrealizables y que...

—Vamos, amigo mio, veo que en todo esto hay una trama que únicamente la presencia de V. podrá demostrar palpablemente.

—¡Una trama!...

—Sí, la condesa no puede haber escrito una carta cuando su corazon está desesperado hoy por su ausencia, á la cual no le encuentra un motivo justificado.

—Dios mio, ¿seria verdad?...

—Al menos así me lo ha dicho la persona que me ha mandado aquí, y debo advertirle que yo creo en las palabras de esa persona como creeria en las de un padre.

—¿Con que no ha sido ella quien se lo ha dicho?

—No, señor; pero el marqués de Santillan, que es el alma mas noble y mas hermosa que he conocido, me ha dicho: «La condesa de la Union sufre por un hombre á quien adora, yo amo á la condesa como un hermano á su hermana, y necesito que V. busque á ese hombre, que creo que está en Barcelona.» Yo no he hecho mas que oirle, y aquí me tiene V.

VI.

Mario no pudo por menos de mirar con una atencion profunda á nuestro amigo Félix.

El acento de este respiraba una sinceridad tal, habia tan noble franqueza en su semblante, que el profesor no llegó á abrigar duda alguna, y si la tuvo desapareció inmediatamente.

Despues inclinó la cabeza entre sus manos.

Parecia que sus sienes iban á partirse.

La multitud de ideas que se aglomeraban á su imaginacion no le daban tiempo á pensar en nada.

Félix comprendia muy bien el estado de nuestro pobre amigo.

Aquel mundo de felicidad, porque no vacilamos en valernos de esta frase, que sobre él se desprendia le anonadaba, le volvia loco, por decirlo así, y no sabia ni qué hacer ni qué contestar al jóven.

Algun tiempo se pasó en este estado.

VII.

Al cabo de él alzó la cabeza.

Fijó sus ojos en Félix y tendiéndole la mano, le dijo:

—¿Cuándo es necesario que marchemos?

—Esta misma noche.

—Está bien.

Pocas palabras se cambiaron ya entre los dos individuos.

Félix salió de la fonda, é inmediatamente fué á ver á Andrés.

El marino estaba medio atontado.

Era terrible el golpe que habia recibido y no tan fácilmente podia recobrar su antigua alegría.

Salió de casa de Cármen únicamente para dar algunas órdenes respecto á su buque.

Pero esto lo hizo de una manera tan distraida y estrafalaria, si podemos valernos de esta frase, que sus marinos y la demás gente que tenia á bordo no pudieron por menos de sorprenderse.

VIII.

Entretanto Cármen habia pasado unos dias terribles.

Pudiera decirse que en dos dias habia envejecido dos años.

Miraba á Andres con una ternura infinita.

Se leia en sus ojos de una manera enérgica y terminante que amaba al bravo marino.

Pero al mismo tiempo en aquella mirada habia vergüenza.

Si Andrés la miraba inclinaba sus ojos.

Si el jóven la preguntaba, al contestarle temblaba su acento.

En fin, todo en aquella mujer respiraba un remordimiento estraordinario, remordimiento que la devoraba, que la consumia, que no la dejaba vivir.

Unicamente cuando se aproximó la partida de Andrés fué cuando parecia que adoptaba una resolucion.

El marino se despidió por fin de la jóven.

Andrés tenia un gran corazon y la belleza espléndida de la jóven le habia impresionado de una manera estraordinaria.

Así era que en aquel corazon, que desde el momento en que advirtió la desaparicion de los papeles parecia muerto, no parecia existir mas que el amor que Cármen habia hecho brotar en él.

Durante aquellos dias que habian trascurrido casi podemos asegurar que únicamente la jóven le habia dado aliento, le habia dado vida, habia influido poderosamente para que su desesperacion no tomase otro giro peor.

Pero cuando se veia separado de Cármen, cuando por únicos compañeros tuvo á Mario, que iba pensando en los incidentes que le habian ocurrido en tan pocos dias, y á Félix, que pensaba con estrañeza en la sorpresa del capitan y en la desaparicion de aquellos papeles que con tanto afan esperaba el marqués, el marino tornó de nuevo á no pensar mas que en un objeto solo, y llegó á ponerse tan abstraido que para nada absolutamente se ocupaba de ninguna de las personas que marchaban con él.

IX.

Entretanto Cármen, despues de la salida de Andrés, quedó sumamente pensativa.

Y el resultado de esta meditacion fué que al dia inmediato se puso á hacer sus preparativos de marcha y salió para Madrid, acompañada de su doncella, veinticuatro horas despues de haber salido de Barcelona nuestros amigos.

Nosotros nos anticiparemos ahora á la llegada de unos

y de otros para ver de qué manera el marqués de Santillan guardaba la fé que habia prometido á la duquesa del Campo.

Recordarán nuestros lectores que al mismo tiempo que salió de la casa de aquella tropezaron sus ojos con los de Clotilde.

X.

La vista de la jóven turbó de nuevo su razon.

Salió de allí, llegó á su casa y su pensamiento no cesó un momento de ocuparse de su encantadora vecina.

Al dia inmediato, sin querer él mismo y tratando de evitarlo, sus ojos se dirigieron hácia los balcones de enfrente y allí tambien se encontró con Clotilde, estaba mirándole de esa manera que era imposible que pudiese olvidar ningun hombre habiéndola visto una vez.

La jóven habia luchado mucho con el fantasma terrible de aquella otra mujer á quien ella habia visto en casa de Jorge.

Tuvo celos de ella, pero al ver que Jorge persistia en sus miradas, no pudo resistir.

Comprendia que aquella mujer para ella significaba quizá una rival terrible, pero ella no por eso podia dejar de amarle.

Jorge leía admirablemente en el corázon de la pobre niña.

Sabia lo que pasaba en él mejor que ella misma, y por lo tanto se decidió por ensayar otros medios, toda vez que tenia la gran seguridad en el resultado que pudiera tener su pretension.

Así fué que en aquella gran cabeza, á pesar de la multitud de negocios que llevaba en ella, habia lugar todavía para pensar y para ocuparse de un nuevo plan de seduccion, cuando momentos antes acababa de jurar á la duquesa del Campo, que á ella y solo á ella podria amar.

Y durante los otros dos dias que trascurrieron desde aquella entrevista hasta que pudo obtener otra de la jóven, tuvo momentos de una fluctuacion estraordinaria.

XI.

En tanto pensaba en la baronesa, en aquella pobre mujer, que no habia cometido otra falta que la de haberle amado con delirio.

Queria ir á su casa.

Arrojarse á sus plantas, pedirla perdon, y jurarla que de nuevo y para siempre la amaría,

Despues se acordaba de Blanca.

De Blanca, con la cual, deberes tan sagrados tenia que cumplir.

Pensaba en su hija; en aquella hija que habia desaparecido, y á la cual él, como padre, estaba en la obligacion y en el deber de buscar.

Desde allí dirigía su pensamiento á Clotilde.

A aquella mujer á quien él, por decirlo así, habia enseñado á amar.

Porque el marqués de Santillan tenia un conocimiento especial respecto á las mujeres.

Leia en sus corazones como en un libro, y le era sumamente fácil distinguir la mujer cuya alma estaba vírgen

de la mujer que ya habia sentido las primeras emociones del amor.

XII.

Y á pesar de estos pensamientos, aquel hombre no dejaba un momento los cuidados que exigia su cargo de jefe absoluto de la *familia*.

Su vista estaba en todas partes.

Todo lo inspeccionaba, lo analizaba todo, y en todos los negocios que aquella vasta asociacion esplotaba se percibia la poderosa influencia de Jorge.

Pero á pesar de eso, el hombre galante, el hombre enamorado resaltaba siempre.

Amante de la hermosura, donde quiera que la encontraba, trataba de ponerla al alcance de su maña.

Y su pensamiento era un pensamiento colosal, cuando podia fijarse en cien mujeres distintas.

Y su corazon debia ser un corazon jigante, cuando dentro de él cogian los amores de cinco ó seis distintas mujeres.

XIII.

Pero sobre todos sus amores se enseñoreó el de Clotilde.

Aquella aureola de indefinible pureza que habia esparcido por su semblante.

Aquel perfume de castidad que exhalaba de ella, aquella pasion pura y ardiente como su alma que se trasparentaba en sus pupilas, hacian entrever á Jorge horizontes infinitos de felicidad.

Y de tal manera llegó á apoderarse este pensamiento de la imaginacion del marqués, que no cesó un momento hasta que no consiguió ver á la jóven.

Efectivamente, segun el marqués la indicó en una de sus cartas, cartas terriblemente incendiarias, y á propósito para hacer desfallecer de amores á la mujer mas indiferente, la indicó que saliese á la calle con cualquier pretesto.

XIV.

Clotilde vaciló dos dias.

Pero ¡cómo era posible resistirse á las súplicas de aquel hombre!

La pobre niña no pudo hacerlo.

La voz de su corazon gritó mas alto que la de su cabeza, y pretestando que tenia que hacer algunas compras, pidió permiso á su mamá para que la acompañase la criada hasta la bajada de Santa Cruz, en una de cuyas tiendas debia encontrar los objetos que necesitaba.

La madre asintió en ello sin sospechar nada absolutamente, y Clotilde salió de su casa.

Jorge se encontró con ella

La pobre niña le escuchó, y la fascinacion fué completa.

XVII.

Cuando regresó á su casa llevaba una alegría desconocida en su alma.

Amaba y era amada.

¡Pobre Clotilde!

No sabia que el amor de aquel hombre era una rosa que halagaba al principio, pero que despues heria con sus punzantes espinas el corazon de la mujer que habia aspirado su aroma.

CAPÍTULO LX.

Qué fué lo que hizo D. Lúcas.—El Romo y el agente.—Cármen y el conde de la Torre.—Desaparicion.

I.

D. Lúcas quedó estraordinariamente preocupado despues que el doctor Perez salió de su casa, segun digimos en los capítulos anteriores.

En vano Luisa trató de inquirir la causa de aquella preocupacion.

El agente se encerró en una reserva estraña, atendida la confianza ilimitada que tenia con su ama de gobierno.

Cerca de anochecer salió de su preocupacion D. Lúcas.

Agarró la pluma y trazó algunas palabras sobre el papel.

Despues lo encerró en un sobre, escribió algunas líneas en él, y le puso un sello del interior: llamó á uno de sus escribientes diciéndole que echase aquella carta en el buzon mas inmediato.

Despues se pasó una gran parte de la noche formando cálculos y haciendo apuntaciones.

II.

Al dia siguiente, y á la mitad de su mañana, un hombre se presentó en la casa solicitando ver á D. Lúcas.

Preguntado su nombre, contestó que le digeran estaba allí el Romo.

Los escribientes se echaron á reir, pero cuando anunciaron á su principal la persona que deseaba verlo, inmediatamente contestó aquel:

—Que pase.

El hombre que solicitaba ver á D. Lúcas tenia todas las trazas de un tuno redomado.

Estrecha la frente, achatada en su parte superior, torcido el mirar, carnosos los lábios, dura y sesgada su sonrisa y con la nariz estremadamente chata, todo en aquel hombre demostraba la ferocidad, la bajeza y el crímen.

Cuando se encontró en presencia de D. Lúcas, le dijo con cierto desenfado:

—Hola, señor, ¿qué ocurre de bueno por aquí?

—Muchas novedades, Romo; pero ante todo cuenta, ¿qué tal te ha ido en tu viaje?

III.

Estas últimas palabras no pudieron menos de desconcertar al Romo.

Su mirada se hizo mucho mas torcida, y se fijó de una manera terrible en el agente.

Este con su calma glacial, prosiguió:

—Vamos, hombre, ya sé que has estado en Barcelona y eso no tiene nada de particular.

—¿Pero quién le ha dicho?...

—Eso no creo que te importe á ti; yo sé cuanto necesito saber y nada mas.

—He ido á Barcelona á unos negocios mios.

—Mentira.

IV.

Los ojos del Romo chispearon de cólera.

Su mano se perdió en uno de los bolsillos de su chaqueton buscando quizá una arma, pero el agente que no le perdia de vista, le dijo:

—Mira, Romo, á mi no me asustan las navajas ni los hombres como tú; ten mucha cuenta con lo que haces que pudiera costarte muy caro, ya sabes que hace tiempo te tengo en mi poder.

—Eso es lo que siento, que sino...

—Por lo tanto es necesario que me hables con franqueza, tú sabes que el consejo de la *familia* tiene prohibido que ninguno de sus miembros salga de Madrid sin su consentimiento.

—Es verdad.

—Pero yo trataré de escusar tu ausencia porque tengo tambien que ocuparte en un asunto muy importante.

—Ya sabe V. que la *familia* prohibe que ninguno de sus miembros se ocupe en asuntos de otros, contestó con alguna sorna el Romo.

—Tambien lo sabias al ocuparte de los asuntos del conde de la Torre.

V.

Otra vez volvió á quedar anonadado el Romo.

Pero sin embargo, su impudencia tornó á reaparecer, y adaptándose perfectamente á la situacion en que se encontraba, dijo:

—Pues bien, señor, he estado en Barcelona y creo inútil decirle á qué, puesto que está V. tan enterado como yo.

—Tú has hecho un servicio al conde y quiero que me hagas otro análogo.

—Usted dirá; con tal que se pague bien, no hay inconveniente.

—Te se pagará.

—Viva la broma, así me gustan á mí los hombres.

—Díme, Romo, ¿cuánto te ha dado el conde por los papeles que le has entregado?

—Cuatro mil duros, contestó el bandido sin titubear.

—Pues bien, ocho mil te doy yo porque esos papeles vengan á mi poder.

El Romo se quedó mirando sorprendido al agente.

No comprendió él que se pudieran dar ocho mil duros

por los papeles que él habia recibido de manos de Cármen.

Y al dar él vueltas en su imaginacion á esto, comprendia que aquellos papeles debian valer muchísimo.

Y teniendo este valor, le pesaba ya en el alma no haberle dicho que el banquero le habia dado diez mil.

VI.

Sin embargo, trató de sacar algun partido y en su consecuencia, dijo:

—¡Oh! señor, haré el negocio que V. desee, pero no es lo mismo el haberlos traido de Barcelona que el quitárselos ahora al conde de la Torre.

—Pues si yo no comprediera eso, ¿crees que hubiese sido tan tonto para darte ocho mil duros? da gracias á Dios de que aun no te he rebajado en lo que dices te entregó el conde, porque demasiado sabes que mientras á los otros debes servirlos por lo que te den, á mí, debes de hacerlo por compensarme en algo lo mucho que me debes.

El Romo volvió á arrojar otra mirada indefinible sobre el agente, y dijo:

—Bien, bien, descuide V., que si está listo el dinero, listos estarán los papeles.

—Uno y otro deben de quedar corrientes muy pronto y no te olvides de que esta vez has faltado conmigo, que yo tengo derecho para saber todo cuanto haces y que puedo muy bien castigarte por tu falta de confianza.

El Romo no contestó una palabra, miró á D. Lúcas y le dijo al cabo de algunos segundos:

—Yo soy hombre de palabra; dentro de dos dias estarán aquí los papeles ó yo estaré en el Saladero.

Y despues de esto, saludó bruscamente al agente y salió de su casa murmurando:

—Mucho gruñe este tio, pero al menos paga bien.

VII.

Nosotros dejaremos á unos y á otros y nos iremos á buscar á Cármen, á la cual vimos llegar de Barcelona en el capítulo anterior, un dia despues de aquel en que habia llegado Félix en compañía de Andrés y de Mário.

La jóven se hizo conducir á la fonda de las Peninsulares acompañada de su doncella, y al dia inmediato, ó sea dos dias despues de la entrevista que el Romo tuvo con el agente, la jóven rigurosamente vestida de negro, se presentaba en la casa del conde de la Torre.

Casualmente se hallaba dicho señor en uno de aquellos momentos en que el hombre no se pertenece á sí mismo, cuando uno de sus dependientes, interrumpiéndole en lo mas delicado de sus profundas cabilaciones mercantiles, pasó á anunciarle, no sin cierto embarazo, la visita de la jóven.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que entre Cármen y el padre de Elena debia existir algun misterio, y por lo tanto no se estrañarán de que prescindiese inmediatamente de todo cuanto pudiese preocuparle referente á sus negocios, encargando al dependiente la hiciese pasar á su gabinete particular, hácia el cual encaminóse el señor banquero luego de dar las consiguientes disposiciones á sus empleados de oficina.

No obstante, en los breves instantes que tuvo que aguardar su llegada, el observador mas vulgar hubiera

podido notar en la jóven cierto no sé qué demostrando evidentemente la fatal predisposicion de su ánimo.

VIII.

Al aparecer el banquero, fué cuando Cármen levantó sus ojos, clavados en el suelo desde que quedó sola en el gabinete.

El conde se adelantó al verla con cierto aire de importancia y de amabilidad á un mismo tiempo, sin darla lugar á que abandonase su asiento, diciéndola en tono meloso y con intencion:

—Recibí tu encargo, y te doy gracias por tu actividad y desempeño.

Un profundo suspiro se escapó de lo mas íntimo del corazon de Cármen, y el banquero continuó:

—No esperaba otro resultado, y...

La jóven no le dejó concluir la frase.

Como si hubiese esperimentado una de esas impresiones particulares que nos hacen sentir la mas rápida transicion en el órden moral, Cármen levantóse de su asiento, y con una mezcla de dignidad y de repugnancia, ó cortedad mas bien, dijo:

—El objeto que me ha traido á Madrid desde Barcelona, no es el de la satisfaccion por haber servido de instrumento en una cuestion que por mas que interese al señor conde, y en su consecuencia tenga para él mucho de agradable, no por eso deja de ser repugnante, contemplada por su verdadero prisma, para quien ha de representar en ella el papel que por desgracia me ha correspondido; sino que las mismas razones hablando á mi conciencia...

IX.

El banquero dejó vagar en sus lábios una risita particular, despreciativa, al articular Cármen la palabra conciencia; por lo que la jóven continuó, interrumpiendo súbitamente la oracion:

—Sí, señor, á mi conciencia; porque en este ser impelido por la fatalidad; arrastrado por la poderosa é irresistible mano de la consecuencia mas lógica de la humanidad; por esa ley incontrastable que encadena al ente social, que es la necesidad; en este ser, repito, no se ha operado todavía esa terrible transicion que embrutece los sentidos del alma.

La dignidad y el fuego con que nuestra jóven pronunció estas palabras, no pudieron menos de causar alguna impresion al banquero.

Su incisiva sonrisa cambióse momentáneamente en una espresion de estupor, como si no acertase á darse á sí mismo cuenta de lo que acababa de oir.

El asombro del banquero era muy natural.

Cármen no habia aparecido ante él sino como un ente meramente pasivo.

Como el autómata que obedece ante el déspota que manda.

Las exigencias de aquel hombre habian sido suscritas siempre por la infeliz, sin que esta se atreviera jamás á articular ni un solo monosílabo.

Era la primera vez que se revelaba, ó por mejor decir, que se mostraba dispuesta en cierto modo á revelarse contra aquel hombre, desde cierta época dueño absoluto de su voluntad.

X.

Sin embargo, la admiracion del banquero duró poco.

Pronto asomó á su mente una idea sugerida por la poderosa fuerza de su conveniencia, y comprendiendo la irreparable pérdida á que se hallaba abocado si se le escapaba de las manos, la que él consideraba como la mas preciosa operaria de su trabajo de zapa, cubriéndose con el velo de la mas seductora hipocresía, esclamó, esforzándose en dar á sus palabras toda la entonacion de una verdadera sinceridad:

—¿Qué es esto, Cármen?... ¿Qué significa ese lenguaje?...

XI.

Cármen, de pronto titubeó; pero obedeciendo luego al profundo sentimiento que la habia inducido á dar aquel paso, el fuego de la resolucion pintóse en su correcto semblante; sus ojos se animaron con una espresion de infinito atrevimiento, y dijo:

—Acabemos, señor; acabemos de una vez.

—¿Cómo? murmuró el banquero procurando conservar su nuevo carácter.

—Sí, señor; acabemos, prosiguió la jóven desentendiéndose del asombro de nuestro hombre, y revistiéndose de toda su dignidad. Estoy decidida á que no se abuse mas de mi posicion.

—¿Abusar de tu posicion, hija mia?... ¿Quién pensó jamás en tal cosa?

—El hombre á quien la fatalidad puso un dia en medio de mi camino.

—Para que te tendiera una mano salvadora, interrumpióla el banquero, calcando con intencion sus palabras.

La jóven hizo un movimiento, movimiento producido por una idea que habian despertado en su mente aquellas frases; movimiento que demostraba el efecto de un recuerdo fatídico; y movimiento, por fin, que autentizaba la historia que la unió á aquel hombre, y la cual nos vemos obligados, antes de pasar mas adelante, á trascribir á nuestros lectores.

CAPÍTULO LXI.

Qué habia sido de Cármen.—La infamia de un hombre.

I.

Hé aquí, lectores mios, la historia de Cármen; historia que os descifrará perfectamente los misterios que existian entre ella y el conde.

Era una tarde del mes de enero.

El cielo estaba entoldado, y soplaba un viento Norte glacial é irresistible.

Tal era la fuerza de las ráfagas del viento, que por las calles se veian cruzar muy pocos transeuntes.

Sin embargo de eso, la necesidad, nuestra mayor tirana, carece de consideraciones de todo género; puede mas

de lo que nosotros mismos nos figuramos, y nos encadena á los mas duros lazos.

La tarde de que hablamos tenia, pues, sujeta la tal poderosa señora, á una de las esquinas de la calle de Relatores, á una pobre niña como de unos quince años de edad.

Hermosa como esa belleza pura y casta de la inocencia.

Y afligida y doliente con ese tinte de tristeza y amargura que esparce la miseria, la pobre niña tendia una mano, temblorosa de hambre y de vergüenza, á las personas que pasaban.

Una palabra obscena, una recriminacion, un desprecio, y rara vez una limosna, era lo que obtenia la desgraciada.

Sin embargo, un caballero pasó, y al escuchar aquel timbre de voz dulce y armonioso, se detuvo y miró á la mendiga.

II.

—¿Qué te sucede, niña? la preguntó.

—Mi madre se muere de hambre y de miseria.

—¿Dónde vives?

—En la calle de Lavapiés.

—¿Qué número?

—Sesenta, último piso.

—Bien; vete, y yo iré en seguida.

—¡Oh!... ¡Señor!...

—Nada; no me digas nada; márchate á tu casa, y confia.

Y la jóven se marchó.

Y el caballero la fué siguiendo.

Un momento despues estaban ambos en una mezquina habitacion.

Una pobre anciana estaba moribunda sobre un lecho miserable.

Desde aquella noche nada faltó á aquella familia.

Pero todo fué en valde.

La anciana murió y la niña quedó huérfana.

III.

Sin embargo, su protector no la abandonó.

Se buscó una mujer de las muchas que hay en todas las grandes capitales y la puso en otra habitacion mas decente.

Tres meses despues de haber quedado huérfana la niña, el caballero comenzó á quitarse la máscara.

Aquel hombre era un infame.

Habia visto en la niña una belleza poco comun, y sus deseos se habian escitado poderosamente.

Y se hizo bueno por la lujuria y la socorrió por égoismo.

Y cuando creyó que habia hecho bastante, se atrevió á herir los castos oidos de la vírgen con palabras y proposiciones harto indecorosas.

En aquel momento, la niña se hizo mujer.

Y rechazó á su seductor.

Y este dejó correr el tiempo esperando que algun dia cediese de grado le que no pudo conseguir á la fuerza.

Y pasaron los meses.

El deseo del protector se trocó en cálculo.

Aquel hombre, ya hemos dicho que era muy malo y

pensó en servirse de la belleza de aquella mujer para sus fines particulares.

Y la jóven sufria, y el caballero pensaba.

IV.

Ella, era Cármen.

El, era el conde de la Torre.

El banquero tenia por entonces un amigo bastante íntimo.

Y al decir amigo del banquero, decimos un hombre corrompido y miserable como él.

Sabia, como se podrá suponer, toda la historia de la jóven.

Y deseó conocerla y la conoció y se prendó de ella.

Y el banquero no se opuso á que la conquistase, advirtiéndole que era tiempo perdido todo el que emplease con ella.

Esto irritó el amor propio del amigo.

Y juró que la habia de hacer suya.

Y apostaron ambos una cena.

El amigo fué á verla, y una noche en que la encontró sola, pues la vieja inmunda con quien vivia se habia marchado, trató de ganar la apuesta.

Pero no contaba con la indomable fiereza é incorruptible virtud de Cármen.

Se resistió, y viendo que ni las lágrimas ni las súplicas valian nada para aquel hombre, y por otro lado, viéndose mas hostigada cada vez, cogió un cuchillo y se lo clavó en un costado.

V.

En aquel momento penetraron en la casa el conde y otro amigo sabedor de la apuesta, que se llamaba D. Lúcas Gomez.

La pérdida de Cármen era inminente.

Habia muerto á un hombre.

El banquero vió allí su ocasion, y cogiendo á la jóven violentamente por un brazo, la dijo:

—Vas á morir ó vivir; elige.

—Me es indiferente, le contestó.

—Quiero salvarte, ahora estás escitada.

—Pero... dijo D. Lúcas.

—Calle V., que le tiene cuenta, y veamos de sacar á esta jóven de aquí.

Y tras estas palabras, el otro inclinó la cabeza.

Y ambos agarraron á la jóven y salieron precipitadamente de la casa.

El conde era inmensamente rico y nadie se ocupó de él.

La policía hizo averiguaciones sin resultado, y se habló de aquel hecho misterioso durante algunos dias hasta que ya nadie se volvió á ocupar de semejante asunto.

En cuanto á Cármen, desapareció sin que aun D. Lúcas supiese dónde estaba.

Solo el banquero lo sabía.

Y desde entonces, en mas de una ocasion la belleza de la jóven habia servido para seducir á algunas personas de quienes el banquero tenia necesidad de conocer los secretos.

Hemos de advertir que el conde hizo firmar á D. Lúcas una declaracion de que Cármen era la autora de aquel asesinato estraño, y que aquel documento era la espada de Damocles, pendiente siempre sobre la cabeza de la pobre huérfana.

VI.

Hé aquí la historia descrita á grandes rasgos, por la cual, Cármen estaba supeditada al opulento banquero.

Dados estos antecedentes, continuaremos nuestro relato.

Esta historia que nosotros hemos tardado algunas páginas en referir, la dijo Cármen en algunas palabras al conde, sin hacer caso alguno de los gestos de impaciencia que hacia este.

Por fin este la dijo:

—Pero todo eso ¿á qué viene?

—A que este estado es necesario que concluya, contestó la jóven.

—¿Y por qué? preguntó con mas meloso acento el banquero.

—Porque yo lo quiero.

—Esa podrá ser una razon para tí, Cármen, pero no para mí.

—Pues bien, mi último crímen me ahoga, me hace despreciable ante mis mismos ojos, y no quiero tener mas remordimientos.

—¿Pero por qué es ese cambio?

—Porque amo, repuso con una nobleza y dignidad indescriptibles la huérfana.

—¡Porque amas!...

—Si, señor, y no quiero aparecer ante el hombre leal y noble á quien respeto, manchada con el sello de tanta infamia.

—¡Bah!... ¡Tonterías!

—No lo son, y le aseguro á V. que estoy resuelta á concluir.

VII.

—Pues bien, hija, sea; no tengo inconveniente pero te retiraré mi proteccion y los tribunales se ocuparán de tí.

—¡Oh!... ¡Dios mio!... gritó Cármen palideciendo de una manera intensa.

—¡Tú lo quieres!...

—Pero V. no quiere darme su proteccion mas que á costa de mi condenacion eterna, de mi contínuo sufrir...

—Hija mia, en los negocios no se puede atender mas que al negocio; yo he hecho contigo uno, y desde el momento en que no me sirvas, ¿para qué te quiero tener?

—Déjeme V., por piedad se lo ruego.

—No seas tonta y continúa como hasta aquí.

—Nunca.

—Pues entonces no te quejes.

—Y Cármen lloraba y el conde permanecia inexorable.

VIII.

Aquella escena era sumamente repugnante.

Cármen se convenció de que no obtendria de aquel

hombre que la dejase en una libertad como la que ella ambicionaba.

Habia abrigado durante algun tiempo aquella esperanza.

Pero esta se desvaneció inmediatamente.

Su altivez se resintió del sarcasmo de aquel hombre.

E instantáneamente recobró su dignidad.

Levantó con orgullo su cabeza y arrojando una mirada de punzante desdén, dijo:

—Me parece que nuestra conversacion ha terminado.

—¡Phe!... como tú quieras, contestó el banquero.

—Es V. mas infame, mas bajo y mas miserable de lo que habia creido.

—Pero he tenido el talento para ocultar todos esos vicios, repuso con impudencia el conde.

—Tiene V. razon.

Y despues de estas palabras, Cármen, con el corazon destrozado, pero altiva y severa á la par, salió del despacho del padre de Elena.

Este la estuvo mirando con una espresion indefinible hasta que desapareció.

IX.

Despues murmuró:

—Buen tonto seria yo en desagenarme de esa mujer; y á propósito, aun no he mirado esos papeles que tanta luz deben darme respecto á ese marqués de Santillan; aprovecharé estos momentos en que me dejan un poco libre.

Y diciendo y haciendo se levantó de su sillon y se

acercó á su precioso *secretaire* que habia en uno de los ángulos del aposento.

Lo abrió y tocó un boton que habia en uno de los cajones.

Este quedó al descubierto inmediatamente.

Pero al fijarse sus ojos en el fondo, una palidez espantosa se esparció por su semblante.

Un grito ronco é inarticulado se exhaló de su garganta.

El cajon estaba vacio.

Los papeles no estaban allí.

CAPITULO LXII.

Escena entre dos mujeres.—Alegría inesperada.—Andrés y Jorge.

I.

Siguiendo la narracion de los sucesos ocurridos en la noche del dia de que nos hemos venido ocupando en el anterior capítulo, diremos que de la misma manera que Clotilde, Jorge esperimentaba una especie de satisfaccion por la posesion del cariño de la jóven.

¡Pobre niña! no sabia que aquel hombre habia de condenarla mas tarde á un sufrimiento estraordinario, á una agonía lenta y terrible que habia de acabar con sus ilusiones y con sus esperanzas.

El mismo no sabia esto.

Habria jurado sin vacilar que amaba á Clotilde, y que jamás la olvidaria.

Tal era la vehemencia de aquel corazon que no daba lugar á reflexion alguna.

II.

Aquella noche estuvo algunos momentos en el teatro Real y en el Casino, y tanto en una como en otra parte no pensó mas que en su nueva conquista.

Y como que le incomodaban el que le hablasen de otros objetos se retiró á su casa con ánimo de abandonarse por completo á la idea que tanto le halagaba.

Efectivamente, penetró en su casa.

Pero su criado le dijo :

—Señor, han llegado mientras V. ha estado fuera tres caballeros.

—¿Y dónde están? preguntó vivamente Jorge.

—Los he hecho pasar á las habitaciones del señor marqués.

—Está bien, pásales recado.

Jorge se dirigió por otro lado, hasta que por fin se detuvo en un lindo gabinete murmurando:

—¿Qué noticias me traerá Félix?

Y aun no habia acabado de formular esta especie de pregunta, cuando la puerta del gabinete se abrió de nuevo apareciendo en ella Félix acompañado del criado que habia ido á avisarle.

III.

—Y bien, amigo mio, le preguntó el marqués inme-

diatamente que le vió estrechando afectuosamente entre las suyas la mano del jóven.

—Malas noticias, señor marqués.

—¿Cómo malas noticias? esclamó Jorge palideciendo á pesar del grande influjo que sobre él mismo ejercia.

—Sí, señor; siento que la primera mision que V. me ha confiado no he podido cumplirla á entera satisfaccion mia.

—¿Pero qué es lo que ocurre? ¿qué es lo que sucede? ¿no ha visto V. á las personas á quienes yo le he mandado á buscar?

—Sí, señor.

—Entonces...

—Aunque las he visto es lo mismo que si nada hubiera hecho.

—¿Pues cómo?

—El capitan Andrés llegó á Barcelona un dia antes que yo.

—Y bien, ¿se marchó tal vez en seguida á descargar en alguno otro puerto? ¿qué ha sucedido? hable V. ¿No ha podido encontrar á Mario?

—Sí, señor.

—Vuelvo á repetirle que no le comprendo.

—Los papeles que traia el capitan eran de interés para V., ¿no es cierto?

—¡Oh! ya lo creo, repuso Jorge estremeciéndose; pero ¿qué ha pasado?

—Que el capitan no tiene esos papeles.

—¿Qué está V. diciendo?

—La verdad.

—¡Miserable de él! gritó el marqués poniéndose de pié.

Félix le contemplaba sorprendido.

Jamás se habia imaginado al marqués de la manera que se le presentaba en aquel momento.

IV.

Efectivamente, parecia imposible que pudiera desfigurarse de una manera tan completa.

Su hermoso semblante tomó una espresion de infinita dureza.

Sus ojos brillaron de una manera tal, que Félix no pudo por menos de estremecerse.

Y entonces se convenció mas y mas de que aquellos papéles debian ser muy interesantes, al ver la impresion que su pérdida le causaba.

Y temiendo que en su desesperacion Jorge no amenazase al pobre Andrés, ó aun que llevase la cuestion á otro terreno que pudiera comprometer, le dijo:

—Debo advertir á V., señor marqués, que el pobre capitan padece muchísimo, y no creo muy prudente el que trate V. de aumentar su sentimiento.

—¿Pero cómo se ha dejado robar así?

—Ese es un misterio que yo no he podido descifrar todavía.

—¡Oh!... ¿y á qué manos habrán ido á parar esos papeles? pero cuénteme V., cuéntemelo todo.

—Muy poco es lo que tengo que decir; llegué á Barcelona; me informé si el buque habia llegado; supe que sí; fuí á bordo; no estaba Andrés, y su segundo vino conmigo de nuevo á Barcelona, donde lo estuvimos buscando hasta que lo encontramos en una casa de la Barceloneta.

—¿Y qué dijo?

—Al decirle yo que iba de parte de V., palideció de una manera intensa, y me contestó con voz opaca, que los papeles se los habian robado.

—¿Y nada mas?

—Que queria venir á Madrid.

—¿Y ha venido?

—Sí, señor; pero en un estado que me temo una desgracia.

V.

—¿Cómo?... esclamó Jorge sorprendido á pesar de la preocupacion que le causaba la desaparicion de aquellos papeles.

—Está medio loco; se conoce que ese golpe ha herido su razon de una manera estraordinaria.

—Eso nos faltaba solamente.

—Durante todo el viaje no he podido obtener que hable cuatro palabras; no ha probado alimento alguno, y sus megillas estaban enrojecidas, sus ojos sanguinolentos, y sus miembros se agitaban convulsivamente.

—¿Y ahora?

—Ahora está allí en su despacho de V., sumergido en profundas cavilaciones y sin querer alzar sus ojos del suelo.

—¡Oh!... ¡qué desgracia!... ¡qué desgracia!... murmuró Jorge con un acento indefinible.

Despues volvió á fijar sus ojos en el jóven, y le dijo:

—¿Y Mario?

—Tambien ha venido; el pobre jóven está loco de felicidad.

—Pues bien; vamos, amigo mio; vamos allá; vamos á ver á uno y á otro.

Y al decir estas palabras el marqués, se levantó, saliendo pocos momentos despues del gabinete.

VI.

Como habia dicho perfectamente Félix, Andrés no habia pronunciado palabra alguna.

Estraordinariamente encendidas sus megillas, temblo-roso y agitado, fijaba de cuando en cuando sus miradas á la puerta con una espresion inquieta y recelosa.

De pronto vió que la puerta de la estancia se abria; en ella aparecieron Jorge y Félix.

Al ver al primero el marino, se aumentó su agitacion, y un temblor convulsivo agitó todos sus miembros.

Jorge posó sobre él una mirada estraordinariamente severa.

Al sentir el jóven la fuerza de aquella mirada, se levantó de una manera automática, y arrojándose á los piés del marqués, murmuró con voz reconcentrada:

—¡Perdon, señor, perdon!...

Jorge le preguntó entonces con aquel acento brillante y severo:

—¿Qué has hecho del depósito que te habian confiado?

Al escuchar aquel acento terrible, Andrés no pudo resistir mas.

VII.

Fijó sus estraviados ojos en el marqués, y lanzándose á

—Ya no hay esclavitud... ja... ja... ja .. hemos hecho una gran accion... ¡viva la libertad!...

su cuello, exhaló una carcajada estridente y gutural, diciendo:

—Já, já, já... vamos, Jorge, los negros nos esperan... todo está arreglado para el combate; hemos conseguido libertar á un gran pueblo...

—¡Desgraciado! gritó Jorge, poniendo su mano en la boca del marino.

Pero éste, desasiéndose de aquella presion, volvió á arrojar otra carcajada diciendo:

—Ja... ja... nadie sabe tus secretos mas que yo... ya no hay esclavitud, hemos dado una gran accion. ¡Viva la la libertad!...

—¡Oh!... esto es demasiado, esclamó el marqués.

Y al tiempo que pronunció estas palabras se lanzó sobre Andrés y con una fuerza, de la que nadie le hubiera creido capaz, le cogió y con voz estraviada tambien, al ver que Mario y que Félix trataban de acudir en su ayuda, les dijo:

—Quietos ahí, señores, quietos ahí, á ninguno de vosotros necesito.

Despues de pronunciadas estas palabras desapareció por una de las puertas que habia en la estancia.

Poco despues salió el marqués, y disculpándose con ambos jóvenes respecto á aquel incidente, suplicó á Mario se retirase á su casa, que ya le avisaria él lo que habia de hacer respecto á Irene.

VIII.

Cuando uno y otro hubieron salido de la casa, el marqués tornó de nuevo á la misma habitacion, de la cual

habia salido algunos momentos antes.

Nosotros le abandonaremos por ahora para seguir á otros personajes, cuya situacion no puede dejar de sernos en estremo interesante.

Dijimos en otro lugar que Cármen salió desesperada de la casa del conde de la Torre.

Se dirigió de nuevo hácia la fonda y un momento despues salia de nuevo en un carruaje al cual dió órden de que la condujesen á la calle de la Greda.

Si en otro capítulo hemos descrito el estado de insensatez, por decirlo así, en que se hallaba Angel, ahora tenemos necesidad á nuestra vez de ocuparnos del de Cesarina.

Ya hemos presenciado una entrevista que tuvo con Luciano y en ella se nos daguerreotipó, si se nos permite esta frase, el verdadero estado de la jóven.

Conforme Angel, á pesar de encenagarse en medio de la crápula y del desórden, del vicio, no podia olvidar un momento aquella mujer, Cesarina tampoco se olvidaba un instante de aquel hombre que, por decirlo así, la habia regenerado.

IX.

En el momento en que nosotros penetramos en aquella casa la encontramos pensativa, llorosa y cabizbaja, ocupándose únicamente de aquel sueño tan querido que tuvo para ella un despertar tan terrible.

Cuando mas sumergida estaba en sus cabilaciones, cuando mas abstraida se hallaba del mundo en que vivia, se percibió un ligero rumor en la puerta de la estancia.

Alzó la cabeza y sus labios no pudieron contener una esclamacion de sorpresa.

Cármen estaba allí.

Cesarina se levantó inmediatamente y abriendo sus brazos estrechó á la jóven diciéndola:

—Gracias á Dios que has vuelto, hermana mia.

—¿Qué tienes? preguntó Cármen, ¿por qué te alegras, me has echado de menos durante mi ausencia?

—¡Oh!... muchísimo, contestó Cesarina con un acento indefinible.

—Cuéntame, cuéntame lo que te sucede; si vieras tambien cuánto he sufrido yo.

—Ahora hablaremos, ahora nos confiaremos nuestras penas; casi desde la niñez nos conocemos y hemos sido mas que amigas dos hermanas; nunca como ahora he comprendido lo que vale la amistad.

X.

—Sí, mi pobre Cesarina, repuso Cármen condoliente, yo tambien he venido á buscar tus consuelos.

—Pues bien, yo te contaré mis pesares, porque indudablemente los mios han de ser mayores que los tuyos.

—Siempre hemos de creernos que nuestros pesares son mayores que los agenos, contestó Cesarina sonriendo tristemente; pero sin embargo, háblame tú, te contaré todos los incidentes que me han ocurrido desde que no nos hemos visto.

—Dije antes que tus pesares serian menores que los mios, porque si bien en tu vida hay algunas manchas,

puedes ofrecer á cualquier hombre tu amor sin tenerte que ruborizar, pero yo...

—Comprendo tu sufrir, porque amas.

—Si; pues estamos en el mismo caso; vamos, habla, que puede haber remedio para tu mal, asi como tambien espero que lo haya para el mio.

—Dichosa tú que tienes esperanza.

—Eso es lo último que se pierde ; pero vamos, estamos hablando una porcion de tiempo y nada me has dicho todavía.

—Tienes razon; escúchame y comprenderás si la tengo.

XI.

Entonces Cesarina refirió á su amiga todo cuanto ya saben nuestros lectores.

La habló de sus amores, de la manera con que los habia tenido al principio y del resultado que la dieron despues.

Hubo momentos en que se trató de nécia por la franqueza con que le habia hablado á Angel.

Quizá si no lo hubiera hecho así aun poseeria el amor del jóven.

Pero á pesar de eso tenia la seguridad de que no le habia perdido.

Cármen lloró con ella y trató de consolarla diciéndola, que quizá llegase un dia en que Angel comprendiese la regeneracion que habia hecho en ella y aceptase solo la mujer de entonces olvidándose de la mujer que habia sido.

XII.

—¡Oh!.., no lo creas, repuso Cesarina; Angel morirá quizá en una de esas orgías á que la desesperacion le ha conducido, pero lo que es volver á mí no volverá nunca.

—Quién sabe eso.

—No, hay mucha nobleza en él, hay mucha honradez y jamás dará su nombre á una mujer que tan manchado tiene el suyo.

—Si te empeñas en mirarlo de esa manera...

—Lo miro como debo mirarlo, Cármen; tú puedes tener esperanzas, quizás encuentres algun hombre que te ame, pero al par que le hagas la confesion de tu vida, al par que le digas los lazos que la miseria te ha echado al cuello podrás hacerlo con la cabeza muy erguida, mientras que yo... te aseguro que muchas veces creo que me voy á volver loca, amo á Luciano, mejor dicho, le conocí en los primeros años de mi vida y cedí porque yo creí que era una consecuencia del amor; cuántas lágrimas me ha costado, cuántas lágrimas, Cármen.

—Pues á pesar de todas esas ventajas que tú pones de mi parte, yo sufro hoy tanto como tú.

—Imposible.

—Tú te convencerás de ello.

XIII.

Cármen á su vez refirió á Cesarina todos los incidentes ocurridos desde que salió de Madrid.

Tanto la una como la otra, eran dos instrumentos del antiguo consejo de la *familia*.

Y de la misma manera que Cesarina recibió la órden de dejarse enamorar por Angel y hacer creer á Mário que ella era Irene, Cármen recibió particularmente del conde de la Torre la órden para marchar á Barcelona.

La una estaba ligada á la *familia* en general, la otra pertenecia, como ya saben nuestros lectores, al conde de la Torre, miembro de aquella en particular.

XIV.

Cuando Cármen relataba á su amiga lo que le habia sucedido, llegó al momento en que los papeles vinieron á poder del conde de la Torre. Entonces Cesarina miró con atencion á su amiga, y la dijo:

—¿Esos papeles, los ha traido el Romo?

—Sí.

—Pues sigue, sigue.

Cármen se lamentó amargamente del abuso de confianza que habia hecho con Andrés tan leal, tan bueno y tan amante.

Dijo tambien el poco resultado que habia tenido su entrevista con el conde, significando de una manera clara y terminante que no habria sacrificio alguno por costoso que fuera que no hiciera, con tal de recuperar aquellos papeles y devolvérselos á Andrés.

XV.

Cesarina habia estado escuchándola con profunda atencion.

Cuando concluyó, la dijo:

—Cuando yo te decia antes que no encontraba motivos para que te disgustase, que tú podias tener esperanza y que no tenias motivos para comparar tu suerte á la mia en nada...

—¿Por qué? preguntó Cármen; tú padeces y yo padezco, tú no esperas consuelo, yo he perdido hoy toda mi esperanza con lo que me ha dicho el conde.

—Pero en cambio aquí la vas á recobrar.

—¡Cómo! esclamó la jóven sorprendida.

—Los papeles que tú crees que existen en poder del conde no están ya en su *secretaire*.

—¿Qué quieres decir?

—Que esos papeles, por lo visto debian de ser muy interesantes, toda vez que mas de una persona tenian empeño por cogerlos.

—¡Oh!... sí, yo te aseguro que cuando el mensajero que mandó el marqués de Santillan por ellos, supo que los habian robado, sintió una sorpresa estraordinaria.

—Esos papeles están hoy en poder de una persona que tú no te puedes imaginar.

—Pero ¿quién es? ¿cómo han desaparecido esos papeles?

—El cómo, no te lo podré esplicar hoy, pero si puedo asegurarte que hoy existen en poder del agente de don Lúcas.

—¿Que D. Lúcas los tiene? ¿quién te lo ha dicho?

—Luciano, que ha salido de aquí pocos momentos antes de llegar tú.

—¿Y qué tiene que ver Luciano en esto?

—Ya tu sabes que el Romo pertenece á la seccion que está bajo las órdenes de él.

—Sí.

—Pues bien, él notó la ausencia del Romo, averiguó que el dia antes de salir de Madrid tuvo una entrevista con el conde de la Torre, espió con esa insistencia que le caracteriza la vuelta del bandido, y supo que su primera visita habia sido para él; continuó observándole, y supo que habia recibido una carta de D. Lúcas á consecuencia de la cual fué á su casa, visita que repitió al cabo de dos dias; entonces, que fué ayer casualmente, segun me ha dicho, lo llamó, y amenazándole con los derechos que la *familia* concedia para castigarle, ó mas bien cediendo á la vista de algunos billetes de banco le reveló que habia traido unos papeles para el conde, papeles que D. Lúcas tambien queria poseer y los cuales le habia entregado el dia anterior sustrayéndolos del poder de su segundo dueño.

XVI.

—Gracias, Cesarina, repuso Cármen con efusion; gracias, hermana mia; no sabes la alegria que me has dado con semejante noticia; yo iré á ver al marqués de Santillan y le revelaré todo cuanto he sabido.

—¿Ves como te decia que tus pesares no eran como los mios?

—¡Oh! pero tienes una amistad que tratará de atenuar los tuyos.

—Te encargo que tengas mucho cuidado, porque á pesar de ser el marqués de Santillan el jefe de la *familia*, una lucha con D. Lúcas podrá ser muy peligrosa.

—¿Que el marqués de Santillan es el jefe de la *familia*?

—Sí.

—Entonces Andrés tambien pertenecerá á ella.

—Es lo mas posible.

—¡Oh! voy corriendo á ver al marqués; él me dirá indudablemente dónde vive Andrés; tú que amas, hermana mia, comprenderás el placer que me has causado.

Y tras estas palabras vinieron de nuevo los abrazos, y un tanto envidiosa por la alegría de Cármen, esta salió de aquella casa dirigiéndose inmediatamente hácia la del marqués de Santillan.

CAPITULO LXIII.

El ama de gobierno.—Cómo se deshacia el agente de negocios de las personas que lo estorbaban.

I.

Coincidiendo con los sucesos anteriores, y en el mismo dia en que el marqués de Santillan tuvo su entrevista con Clotilde, el ama de gobierno salió de su casa, y tomando un carruaje, hizo que la condujera hasta cerca del Canal.

Allí se detuvo; descendió de él; hizo al cochero que la esperase, y ella sola echó á andar precipitadamente hácia una casilla que veia á bastante distancia sola y abandonada: el cochero no pudo menos de observar el capricho de aquella señora, pero se contentó con encogerse de hombros, murmurando:

—Mejor, con eso descansará el caballo.

Entretanto Luisa llegó á la casa.

Una puertecilla chica y estrecha daba paso á una especie de sala ennegrecida y súcia, en cuyo fondo se veia un mostrador tan mugriento como la sala, sobre el cual habia algunos jarros de vino, tan asquerosos como todo lo que llevamos descrito.

Una mujer horrible, záfia, una de esas mujeres quo llevan retratadas en su rostro las huellas del crímen, que ha de conducirlas á terminar su vida en una galera ó en otro sitio peor, era la que estaba sentada remendando unos pantalones.

II.

Al ver á Luisa, levantó la cabeza, y preguntó con mal talante:

—¿Qué se ofrece?

—Buenas tardes, *Pelona*, dijo Luisa, aludiendo sin duda con este mote, á que la mujer en cuestion llevaba el pelo cortado.

—¡Ah!... es V., señora Luisa; bien adivinaba yo que me parecia que estaba oliendo á difunto.

—Siempre de broma.

—Y ahora veo que tenia razon, porque al ver á los cuervos, no debe andar el cadáver muy lejos.

—Qué cosas tiene V.

—¿No tengo razon, acaso?

—Sí; pero ¿dónde está el Niño?

—¿Quién, mi hombre? ayer me lo trajeron un poco *alpistao*, pues, se marchó con otros compañeros.

—¿Pero ahora, dónde está?

—Por ahí fuera; ¿quiere V. verle?

—Sí.

La *Pelona* tiró los pantalones, y saliendo á la puerta de la casa, dió un silvido que hubiera hecho honor al viajero mas consumado.

Poco despues se escuchó otro muy lejano.

Inmediatamente repuso ella con otro, y cuando tuvo contestacion aquel diálogo, entró de nuevo en la casa, diciendo con aire satisfecho:

—Ya viene; no tardará en estar aqui.

III.

Nosotros haremos gracia á nuestros lectores de la conversacion de aquellas dos mujeres, y vendremos á parar al momento mismo en que el *Niño* se presentó en la puerta.

Si la *Pelona* era asquerosa y repugnante, mas repulsion todavía inspiraba el *Niño*, que era una especie de gigante, con la mirada sesgada y dura, la cara llena de cicatrices, los cabellos crespos y revueltos, naciéndole casi desde las cejas, y andar torpe y perezoso.

—¡Hola, buena vieja! dijo al entrar, ¿qué se ofrece?

—He venido á verte, para que veas que yo me acuerdo siempre de tí.

—Bien, bien; menos paja y vamos al grano.

—Eso es; haga V. beneficios para encontrar ingratos.

—¿Pues no parece sino que me hace V. un favor? A usted ó á su amo, que es lo mismo, les estorba una persona, vienen Vds. á mí, y yo me encargo de darle pasaporte para el otro barrio; esto no tiene nada de malo; me lo pagan, y hemos concluido; pero no me hacen Vds. favor ninguno,

pues si Vds. dan dinero, yo pongo trabajo; váyase lo uno por lo otro; ahora ya puede V. hablar.

—Eso ha estado bien dicho; cuando yo digo que mi hombre vale mucho...

—Si yo no trato de quitarle su mérito; si yo sé que para estas cosas se pinta solo el *Niño*.

—Con que vamos, ¿quién estorba, y cuánto se paga?

—Estorba una mujer.

—Phe, pues pronto se despacha.

—¿Hay algun testamento de por medio, ó alguna herencia que el marido quiera virlarla? preguntó la *Pelona*.

—Es una muchacha soltera.

—¡Pobrecita paloma!

—¿Y bien, cuánto se da?

—Se dan cuarenta *jaras* (1).

—Seiscientos cuarenta *chulés* es poco.

—Pues entonces, pide.

—Quiero... Quiero...

—Cuánto.

—Mil *chulés*.

—¡Veinte mil reales!...

—Ni un *chavo* menos.

—Pues bien, está convenido.

—Aun has pedido poco, bobalicon.

—Ya lo sé, pero siempre ha de dejarse uno engañar. ¿Y cuándo va á ser eso?

—Yo avisaré un dia antes de la manera que está combinado.

—Está bien.

---

(1) Onzas.

IV.

Aun siguieron hablando algun tiempo, disponiéndose la vieja para marchar.

—Entonces el *Niño* la dijo con un acento casi amenazante.

—Vamos, ¿no trae V. por ahí algunos papelillos para que pueda refrescar la gente honrada?

La vieja se sonrió, contestando:

—¿Ya os creias que me iba á marchar sin daros nada?

Y al mismo tiempo que metió la mano en un bolsillo dió algunos pasos hácia la puerta, no sacando el portamonedas hasta que no se halló casi en el campo, ó lo que es lo mismo, en sitio que pudiera ser socorrida inmediatamente en el caso de que aquella gente intentase algo contra ella.

V.

Una vez allí, sacó algunas monedas de oro, las cuales entregó al *Niño*, diciéndole:

—Vamos, me parece que no tendreis queja.

—Es por lo único que se la puede servir á V., porque la paga está tan lista como el trabajo.

—De esa manera se tiene derecho para exigir que la sirvan á una.

—¿Pero sabe V., señora Luisa, que su amo debe ser un mozo de chapa?

—¡Phe! así, así; con que yo os avisaré tan luego como esté todo corriente á fin de que despachemos cuanto antes.

—Descuide V.

Y tras estas palabras, el ama de gobierno se alejó de aquella casa dirigiéndose hácia donde habia dejado el coche.

VI.

Penetró en él, é inmediatamente se dirigió á su casa donde encontró á D. Lúcas pensativo, receloso, y meditabundo como siempre.

Al ver entrar á su ama de gobierno y á través de sus anteojos verdes, la dirigió una mirada escrutadora y sostenida como si hubiera tratado de leer hasta lo mas íntimo de su pensamiento.

Pero Luisa no se apercibió de ella.

Entró, y dijo alegremente mientras cerraba la puerta de la estancia:

—Ya estoy de vuelta.

—Me alegro, contestó el agente; ¿y qué tal?

—Bien, todo ha salido como yo esperaba.

—¿El *Niño* se compromete á desembarazarnos de esa chiquilla?

—Habiendo dinero todo se hace.

—¿Y cuánto me cuesta?

—¡Phe!... una friolera, treinta mil reales.

—¡Treinta mil reales!... esclamó el agente sorprendido.

—¿Y en qué me he visto de que el *Niño* entre en varas? contestó Luisa con aplomo.

VII.

Como se vé, el ama de gobierno no tenia nada de lerda.

Ella tenia que dar mil duros al asesino del canal, y se embolsaba una mitad mas que le pedia al agente.

D. Lúcas tenia de cicatero una gran parte y de avaro mucho más.

Así era que aquella noticia tenia que ponerle de mal humor.

Por lo tanto, dijo:

—Pues, ahora, gástese V. un puñado de dinero en hacer que á esa muchacha se la lleve el demonio.

—Toma, y gracias que no le sucede á V. una cosa peor.

—Pero entretanto no sabemos todavia nada de lo principal.

—¿Y qué es lo principal?

—Toma, cómo te las vas á componer para sacar á esa chica de su casa.

—Mañana lo sabrá V.

—¿Pero no puedo saberlo yo?

—No, señor, porque ni aun yo misma sé todavia lo que voy á hacer.

—Entonces...

—Eso depende de las circunstancias; segun como yo la vea que se presenta, así procederé.

—Veo que vas perdiendo algo de tu buen talento, Luisa; en otras ocasiones de fijo que ya te se hubiera ocurrido una idea, y ya tendrias un plan formado.

—Pues bien, si le parece á V. que no sirvo para nada, contestó el ama de gobierno un tanto resentida, arréglese usted por sí mismo sus negocios y será mejor.

VIII.

Y el ama de gobierno, al par que decia estas palabras, se levantó, dando algunos pasos hácia la puerta.

El agente le contestó con una sonrisa indefinible, y la dijo:

—Vamos, mujer, no seas tan viva de génio; ¿sabes que eres atroz? Ven aquí y hablemos como dos buenos amigos.

—Si con V. es enteramente imposible.

Por fin el ama de gobierno cedió á las instancias de don Lúcas volviendo nuevamente á sentarse, y continuó hablando con su amo respecto á aquel asunto, que tanto les preocupaba al uno y al otro.

Cuando la vieja salió de allí para ocuparse de los medios mas á propósito para realizar su plan, el agente la dirigió una mirada harto espresiva; mirada en la que ella no se pudo fijar por estar fuera de la estancia, murmurando al mismo tiempo:

—Anda, anda, pobre tonta; pronto vas á concluir de encargarte de mis asuntos.

Estas palabras ú otras análogas, que en varias ocasiones hemos oido al bueno de D. Lúcas, necesitan esplicacion.

IX.

El agente de negocios pensaba como piensan casi todos los criminales.

Que los cómplices generalmente suelen ser demasiado exigentes, y no proporcionan demasiada tranquilidad.

En su consecuencia, cuando un estorbo se presenta, hay que hacerlo desaparecer.

Luisa era un estorbo para el agente.

Este habia cometido muchos crímenes.

Su ama de gobierno no le iba en zaga.

Y demasiado se sabe que la asociacion de dos criminales, no puede ser muy duradera.

X.

El ama creia tener algun derecho por su complicidad, sobre su amo, y este por ningun estilo podia ni debia soportarlo.

En su consecuencia hacia mucho tiempo que estaba pensando en el medio de deshacerse de ella.

Tenia un gran capital, debido á la multitud de espoliaciones y de infamias que habia cometido, y estaba resuelto á comerse tranquilamente en los últimos dias de su vida el dinero que habia robado á mas de cuatro infelices.

Pero para hacer esto tenia necesidad de separarse completamente de Luisa.

Y esta separacion no podia ser, mas que por medio de un crímen.

Pero ¿qué le importaba á aquel hombre aumentar á los remordimientos que debian asaltarle, uno mas?

Jamás hombre alguno ha podido ocultarse bajo un manto de una honradez, de una virtud y de una pureza estraordinaria, como él lo habia hecho.

Analizó con una calma estraordinaria todas las consecuencias que podria tener la desaparicion de Luisa.

Todo lo pensó; lo reflexionó todo perfectamente, y una

vez adoptado un plan, lo siguió con todo el aplomo que hacia honor á sus facultades.

En su consecuencia, principió á esparcir la voz, tanto entre sus dependientes como entre las personas que le conocian, que Luisa, le habia dicho el doctor Perez se hallaba enferma, y que seria conveniente fuera á tomar los aires de su pais; pero que no le habia querido decir nada á ella por no darla un disgusto con aquella separacion.

XI.

Esto, hábilmente dicho, dejaba preparado el campo para lo que pudiera ocurrir.

El dia antes de que Luisa fué al Canal á ver al *Niño*, el agente escribió una carta que él mismo fué á depositarla en el correo.

En el momento en que Luisa salió para desempeñar su comision, bajo diversos pretestos hizo que salieran tambien los dos escribientes que tenia y se quedó él solo en su casa.

XII.

Entonces se asomó al balcon.

Miró su reló, y se le oyó murmurar con cierta satisfaccion:

—Ya no tardará en venir.

—Efectivamente, pocos momentos despues un hombre penetraba en la calle, dirigiéndose hácia la casa del agente.

Subió inmediatamente la escalera; el agente abrió la puerta del despacho, y nuestro hombre, que no era otro que Mala-facha, penetró en él.

Una vez allí, el agente, despues de haberse asegurado de que el cajon de su mesa encerraba las armas para poderse defender en caso de ser atacado, dijo al encubridor:

—Siéntate, Mala-facha; tenemos que hablar, y de largo.

—Toma, eso se comprende, cuando V. me escribió señal que me necesitaba.

—Ya sabes tú que para las cosas de provecho he contado siempre contigo y con tu familia.

—Y nosotros le hemos servido á V. con mucho gusto; es verdad que para eso estamos en el mundo, hoy por V. y mañana por mí.

—Es cierto.

—Con que vamos, ¿qué se ofrece?

—Phe, poca cosa, hay que deshacerse de una jóven y de una vieja.

—Báa, eso no es mucho, contestó con una indiferencia estraordinaria el bandido.

—Ya lo sé. Esta tarde ha ido Luisa á ver á tu cuñado para combinar con él la desaparicion de la muchacha.

XIII.

—¿Y por qué no me ha avisado V. á mí? preguntó Mala-facha un tanto ofendido por lo que acababa de escuchar.

—Porque si bien la desaparicion de esa muchacha está ligada con la de la vieja, no era conveniente que ella te hubiese visto entrar aquí.

—¡Ah! ya caigo, es la señora Luisa.

—Sí, esa mujer me hace un poco de sombra; ya ha

—Phe!... poca cosa: hay que deshacerse de una jóven y de una vieja.

vivido demasiado, y conviene que desaparezca.

—Ya lo creo, la madera vieja no sirve mas que para quemarla.

—Luisa ha ido á decirle á tu cuñado que esa jóven irá uno de estos dias al Canal acompañada por ella, ya se buscará el medio mas á propósito para hacerla desaparecer sin inspirar sospechas.

—¡Oh! como que está en nuestro interés; no creo yo que ninguno tengamos gana de ir á la *trena*.

—Pero lo que es necesario, y compréndelo bien, es que Luisa no ha de volverme á comunicar la noticia de la desaparicion de esa jóven.

—Está comprendido.

—Tú te compondrás con tu cuñado para dar á esas dos pasaportes para el otro mundo, y si te parece que está bien pagada la parte de tu trabajo con mil duros, ya sabes que yo los tengo para tí.

—¡Phe!... no es mucho, pero á V. se le puede servir por cualquiera cosa; da V. mucho trabajo, y como dijo el otro, lo que no va en costuras va en bebederos.

—Como tú quieras.

XIV.

—No, señor, como V. lo merece únicamente, contestó con cierta adulacion el bandido.

—Nada, pues entonces yo te avisaré el dia en que se ha de verificar todo lo que te he dicho; mientras tanto tú lo vas arreglando todo con tu cuñado.

—Descuide V., D. Lúcas, será V. servido como lo ha sido siempre.

Continuaron hablando algun tiempo hasta que viendo que se aproximaba la hora en que Luisa podria volver, le hizo que se marchase, á fin de que esta no pudiera sospechar nada por aquella entrevista.

CAPÍTULO LXIV.

El marqués de Santillan se ha perdido.—Dos entrevistas.

I.

Un rumor sordo circulaba por los salones de la alta sociedad madrileña.

El marqués de Santillan habia desaparecido.

Esta noticia tenia un carácter verdaderamente alarmante, atendida la importancia que en el mundo elegante se daba á aquel hombre.

Pero la desaparicion de Jorge era escesivamente estraña.

No se habia marchado fuera de Madrid ; únicamente estaba encerrado en una habitacion.

Pero encerrado de una manera tal que ni aun su mas

íntimo amigo, que era el baron del Valle, podia penetrar hasta el sitio en que se hallaba.

II.

La primer noche que dejó de verse en el Teatro Real llamó bastante la atencion.

Pero al dia siguiente tampoco se le vió en la fuente Castellana.

Dió la casualidad que fueron algunas personas á visitarle aquel dia y sus criados dijeron que no recibia á nadie.

Aquella noche tampoco apareció en ninguno de los círculos á que él acostumbraba á ir.

Esto ya dió en qué pensar.

Madrid estaba acostumbrado á que Jorge hiciese alguna cosa que llamase la atencion cada veinticuatro horas y al ver que trascurrian cuarenta y ocho sin que se le viera por ninguna parte necesariamente habian de formar las mas estrañas conjeturas y las suposiciones mas aventuradas.

Pasaron otros dos dias mas y el marqués no salió de su estraño retiro.

Sin saber cómo ni cuándo el mundo elegante se apercibió de que Jorge estaba encerrado en una estancia sin salir de ella mas que estrictamente para las horas de comer, y aun esto muy pocos instantes.

Sabido esto, las imaginaciones recibieron un impulso estraordinario.

III.

Ciertas señoritas de la alta aristocracia, cuyas almas poéticas se habian estremecido mas de una vez bajo las miradas del terrible seductor, fraguaron cien historias á cual mas disparatadas, de las cuales otros tantos caballeritos *fashionables* se hicieron de muy buen grado los editores responsables.

Respecto á aquel retraimiento del marqués y mucho mas respecto á las habitaciones misteriosas en las cuales se hallaba encerrado, se formaron los cálculos mas absurdos.

Pero entre todas las suposiciones, entre toda la multitud de cuentos, entre toda la multitud de fábulas, la que obtuvo mejor éxito fué la de la jóven marquesita de la Zarza.

En medio de una reunion y en un círculo en el cual se estaba hablando de la estraña desaparicion de Jorge, dijo la jóven que el marqués de Santillan poseia una especie de *Harem* formado con las mujeres mas hermosas de todos los paises, y que adormecido por sus caricias pasaba sus dias entre ellas.

IV.

Esta atrevida idea emitida por una jóven que apenas tenia diez y seis años, obtuvo un éxito estraordinario.

Todo el mundo elogió la buena ocurrencia de aquella niña admirándose de la precocidad de aquella imaginacion.

Ya se vé... ¡en la alta aristocracia se adelanta tanto!...

Pero la buena ocurrencia de la marquesita de la Zarza, quedó olvidada muy pronto por otras suposiciones mas atrevidas que aquellas.

Hubo quien dijo que el marqués tenia en aquellas habitaciones donde no dejaba penetrar á nadie, una mujer de una belleza espléndida é incomparable.

Quien supuso que esta era su mujer propia, y que él celoso en estremo, la tenia encerrada allí para que nadie la viese consagrándola algunas temporadas.

Pero esta suposicion era demasiado prosáica y quedó muerta, por decirlo así, ante otra que decia que el marqués tenia en aquellas habitaciones los bustos en mármol de algunas de las mujeres que mas habia amado en su larga carrera de aventuras.

V.

Si fuéramos á enumerar toda la multitud de congeturas que se hicieron, tendríamos necesidad de ocupar algunas páginas.

Pero como estas nos hacen falta para trazar los cuadros que aun nos faltan, y como quiera que el espacio de que podemos disponer sea ya bastante corto, ahorraremos digresiones inútiles y trataremos de encontrarnos con Jorge para ver hasta qué punto eran erróneos y exagerados los cálculos y las suposiciones del mundo.

VI.

Retrocedamos al último dia en que estuvimos en casa del marqués de Santillan.

Nuestros lectores no lo habrán olvidado.

Fué la misma noche en que llegaron de Barcelona Félix, Andrés y Mario.

Desde aquel dia nadie vió á Jorge.

Habia desaparecido.

Pero nosotros vamos á buscarle.

Y le encontraremos en una de las habitaciones donde ni aun sus criados habian penetrado jamás.

Si alguna de las personas que tanto hablaban de aquellas habitaciones hubieran penetrado en esta, de fijo que esperimentarian un desengaño terrible.

Era estremadamente reducida.

Tenia una gran ventana que daba á un corredor, el cual percibia la luz por un balcon que tenia en su fondo.

Pero á aquella estancia no le hacia falta la luz natural.

Una lámpara pendiente del techo daba un colorido un tanto fantástico al aposento.

La ventana de que antes hicimos mencion, estaba herméticamente cerrada y despues cubierta con una espesa capa de algodon, sobre la que se estendia una tapicería de terciopelo morado.

En los tres testeros de la estancia habia tres cuadros de cuerpo entero.

Reparando con atencion en aquellas pinturas se comprendia que tenian un gran mérito.

Las figuras que allí estaban retratadas parecian saltarse de sus marcos, segun la verdad y valentía con que el pincel las habia copiado.

Una de aquellas figuras representaba una mujer jóven todavia.

El otro era un hombre.

El tercer cuadro representaba otra mujer.

VII.

La del primero era una mestiza con una pureza de contornos, con una delicadeza de líneas admirable.

El fondo del cuadro representaba un *cafetal*.

Era uno de esos bellísimos paisajes americanos en que el cielo, las flores y los naturales tienen un carácter peculiar únicamente á aquellas abrasadoras regiones.

La jóven parecia regresar del campo hácia la casa.

En aquella mujer estaba caracterizada esa tristeza melancólica, triste y resignada que se admira en algunas esclavas americanas.

Iba vestida con un traje de listas que le llegaba á la mitad de la pantorrilla, la cual iba desnuda de la misma manera que el pié.

Una sarta de corales rodeaba su cuello.

Sus facciones, como ya hemos dicho, tenian una regularidad perfectísima y sus cabellos estaban apenas recogidos por un pañuelo de colores muy vivos que formaba una especie de gorrito que agraciaba doblemente su semblante.

Enfrente de ella habia un jóven que vestía el traje de los ricos hacendados de los Estados-Unidos.

Era jóven, pero en la frente de aquel hombre habia una nobleza y una honradez especiales.

Mirando aquellos dos retratos y contemplado despues á Jorge se advertia una especie de semejanza que no podia por menos de estrañar.

VIII.

En cuanto al tercer retrato, no tenemos que calentarnos mucho la cabeza para conocer á quién pertenece.

Es el de la duquesa del Campo.

Está retratada en el momento de acercarse á la pila del agua bendita que fué donde, como recordarán nuestros lectores, la vió Jorge por primera vez.

Las sombrías naves de la catedral de Sevilla esparcian una tinta fantástica, triste y melancólica sobre la faz de aquella mujer.

Frente á la puerta, por la cual nosotros hemos entrado en aquella estancia, hay otra.

Junto á ella sentado en una butaca está Jorge.

Aquella puerta da á una alcoba.

En aquella alcoba hay un lecho tan rico como todos los muebles de aquella casa.

En aquel lecho hay un hombre.

A través de las colgaduras de aquel lecho se exhalaba esa respiracion anhelante y fatigosa.

Jorge, pálido, abatido, fijaba una mirada desesperada hasta cierto punto, en la persona que estaba tendida en aquella cama.

Sus ojos, rodeados de ese círculo que imprimen los insomnios y las vigilias, se cerraban algunas veces como no pudiendo soportar el peso de alguna idea torturadora.

Todo en él demostraba una fatiga y un desaliento estraordinarios.

IX.

El hombre que estaba en la cama era Andrés.

Ya vimos que la última noche que estuvimos con estos personajes, Jorge cogió violentamente á Andrés y desapareció con él prohibiendo que nadie le siguiese.

El bravo marino no habia podido resistir á la presencia del marqués.

La desaparicion de los papeles le habia causado una impresion terrible, impresion que dió por resultado un ataque al cerebro que se desarrolló en muy pocos instantes, tomando un carácter de locura sumamente marcado. Y en su delirio pronunciaba espresiones que no debian convenirle por ningun estilo á Jorge, toda vez que á pesar de encontrarse allí solo encerrado con él, no podia por menos de estremecerse y de dirigir inquietas miradas hácia las puertas de aquella estraña habitacion.

Y Jorge debia ser un médico especial.

A la cabecera de la cama de Andrés se veian algunos frascos conteniendo pociones preparadas por el marqués.

Ni el médico mas inteligente, ni el padre mas cariñoso, ni el hermano mas amante de su hermano, habrian hecho lo que hacia Jorge con el desgraciado capitan de la fragata *Reina de los Angeles*.

Su calenturienta imaginacion, escitada por el delirio y fija siempre en un objeto, le hacia muchas veces ver á la persona que le habia robado los papeles que tenia para Jorge.

X.

Entonces se lanzaba de la cama, increpaba de una ma-

nera terrible á los que creia autores de aquel robo, y á no contenerle el marqués, Dios sabe á donde le habria conducido su locura.

Andrés, en medio de aquellos vértigos, pronunciaba, como ya hemos dicho, palabras estrañas, que en el momento que Jorge las oia se apresuraba á ahogar con su mano teniéndola que retirar mas de una vez llena de sangre por efecto de alguna mordedura.

Y cada una de las luchas que tenia que sostener con aquel hombre aniquilaban las fuerzas de Jorge.

Pero no por esto se separaba de allí.

Si él se retiraba, ¿á quién iba á confiar el pobre loco?

¿En qué persona podia depositar él esa confianza ilimitada para olvidar instantáneamente la que Andrés depone en los momentos de su perturbacion mental?

En nadie.

Jorge creia conocer el mundo en que vivia y para cierta clase de secretos no tenia confianza en nadie absolutamente.

En el momento en que nosotros hemos penetrado en aquella estancia ya hemos dicho que el marqués contemplaba á Andrés y que la respiracion de este nada tenia de tranquila y sosegada.

Jorge se levantó al cabo de algunos segundos, descorrió las cortinas de aquel lecho y cogiendo una de las muñecas del enfermo la oprimió ligeramente con la yema de sus dedos.

XI.

Despues movió tristemente la cabeza murmurando:

—Nada, no cede el pulso, la fiebre crece en vez de disminuir, se acerca la crísis y no sé si tendré fuerzas suficientes para luchar con él.

Despues sacó el reló y prosiguió diciendo:

—Las cuatro; dentro de dos horas quizá empezará la lucha, sería horrible, Dios mio, sería horrible... si yo sucumbiera en ella...

En aquel momento el enfermo se agitó y con esa voz sorda y gutural que hace estremecerse al que la escucha, dijo:

—Aquí está la salvacion... ya no hay esclavos... el marqués de Santillan ha sido un génio.

—Pero un génio impotente para luchar con la fatalidad, esclamó Jorge al mismo tiempo que hacia aspirar al enfermo el contenido de un botecito que tenia sobre la mesa de noche.

XII.

Pareció respirar con mas libertad el marino durante algunos segundos.

Abrió perezosamente los ojos, pero los volvió á cerrar precipitadamente esclamando:

—Me los han robado... me los han robado...

—¡Se los han robado! repuso Jorge con amargura: ¿pero quién, Dios mio, quién?... ¡Oh! parece que á mi tambien la razon quiere abandonarme... hace veinticinco años que no he cesado de trabajar una hora y sin embargo, llevo siete dias detenido en mitad de mi camino por no sé qué horrible fatalidad... y yo debiera salir; yo debiera averiguar á qué manos han ido esos papeles, pero ¿cómo

dejo yo á este hombre?... si otro que yo escuchara sus palabras... esto es insoportable.

—¡Qué hermoso dia será el de la libertad para los negros!... murmuraba Andrés pronunciando pesadamente aquellas palabras; ya no hay esclavitud... dentro de pocos dias estallará la insurreccion.

—Siempre esas palabras, siempre esas mismas palabras, y yo sin saber qué significan... ¡Dios mio, Dios mio! esclamó el marqués con desesperacion; dame un rayo de luz para que yo pueda distinguir algo en las tinieblas que me rodean... qué envidia les tengo á aquellos que no tienen que esconderse para sus proyectos... y sin embargo, mi idea es mas noble, mas generosa que la de todos ellos... pero yo estaba solo... y solo para luchar contra todo el mundo... pero mi corazon era suficiente para luchar contra todos... Y yo, que no he vacilado nunca, ahora me encuentro detenido por este hombre... por este hombre, á quien quiero como hijo, y que sabe de mí lo suficiente para perderme.

—Sí... sí... allí están... ¡pobres negros!... el marqués nos llevará á la victoria... ¿no sabeis quién es el marqués?... es un esclavo como vosotros.

—¡Calla, desgraciado! gritó el marqués palideciendo intensamente, y tapando con su mano la boca del enfermo.

XIII.

Pero como si aquello hubiese irritado al enfermo, se agitó convulsivamente, esclamando:

—¡Quieres robarme mis secretos!... pero no te saldrás

con la tuya; yo te arrebataré los papeles, aunque tenga que arrancarte la vida.

—¡Otra lucha! ¡Dios mio! y yo no tengo fuerzas para luchar... este hombre me matará... esta mañana creí que iba á espirar bajo la presion de su mano, á la cual presta nuevas fuezas la calentura... y ¡bien sabeis, Dios mio, que no es por mí por quien siento la muerte... es por esos millares de desgraciados que tienen cifrada toda su esperanza en mí!

XIV.

En aquel momento Andrés se incorporó rápidamente en la cama.

Sus cabellos estaban erizados, su respiracion cada vez era mas anhelante.

Y con su acento estridente y amenazador, murmuró:

—Sí... tú quieres saber quién es el marqués de Santillan... pero no lo sabrás nunca... dame... esos papeles.

Despues se detuvo como si escuchase á alguien, diciendo al cabo de algunos segundos:

—¿Qué, no quieres?... ¿y por qué me los has robado?... espérate un poco.

Durante estas palabras su voz se habia enronquecido: sus ojos sanguinolentos giraban sobre sus órbitas, y su frente estaba bañada de sudor.

El marqués, tembloroso y agitado, fijó una mirada inesplicable en aquellos retratos, mudos testigos de sus luchas, y se preparó para resistir el ataque, que no debia de tardar mucho.

CAPITULO LXV.

Continuacion del anterior.

I.

Andrés dirigió á todas partes sus miradas estraviadas.

Sus ojos tropezaron con los de Jorge.

Su respiracion se hizo mas anhelante, y arrojando la ropa que le cubria, se lanzó sobre el marqués.

Su aliento abrasó el rostro del poderoso jefe de la *familia*, y las uñas del loco se clavaron en su piel.

Aquella fué una lucha horrible.

Una lucha semejante á aquellas que por desgracia se ven en los asilos de los dementes.

II.

El marino, impelido por la fuerza de aquel vértigo, cada vez mas creciente, se arrojaba una y otra vez sobre

Jorge, mordiéndole y arañándole con un furor inconcebible.

Su antagonista no podia devolverle golpe por golpe.

Unicamente podia permanecer á la defensiva, y esta, como se comprenderá muy bien, tenia que ser muy cansada para el marqués.

Durante algunos segundos no se escuchó mas que la anhelante respiracion de ambos combatientes.

Aquella era una lucha de jigantes.

Andrés podia sostenerla, porque la calentura le prestaba fuerzas.

Unas fuerzas con las cuales no podia contrarestar el marqués.

Así fué, que con una angustia infinita vió que su adversario le dominaba.

III.

Hasta entonces él habia vencido siempre.

Pero en aquel instante sentia que sus piernas vacilaban, que se aflojaban sus músculos, y que ya no podia resistir mas.

El marino le estrechaba cada vez con mayor fúria.

Le habia cogido contra su cuerpo, y Jorge advertía que su respiracion se ahogaba, que la vista le faltaba por instantes, que aquella muerte que tanto habia temido, se acercaba á pasos ajigantados.

Jorge hizo un esfuerzo desesperado.

Estrechó entre sus robustos brazos al marino, y consiguió tenderlo de nuevo en la cama.

Hecho aquello, creyó haber vencido ya.

Esto fué lo que le perdió.

Aflojó un tanto la presion para respirar, pero Andrés se incorporó rápidamente, y abrazándose con él, lo hizo con tanta fúria, que el marqués vaciló cayendo al suelo mientras que el marino en el paroxismo de la demencia, le apretaba la garganta diciendo con ese acento monótono y gutural que tanto daño hace al que lo escucha.

—¿Conque no querias darme esos papeles?... ahora verás... esos papeles... já... já... já... encierran toda una conspiracion... la de los esclavos... ¡gran proyecto!... pero no lo sabrás... porque... porque vas á morir.

IV.

No habia esperanza ninguna para Jorge.

Sus brazos cayeron inertes, y se encontraba tan débil y tan abatido, que ni aun conseguia recobrar el instinto de su propia conservacion.

Se sentia desfallecer y no se atrevia á luchar.

Mejor dicho, no podia hacerlo tampoco.

Aquella fué una agonía terrible.

Agonía torrible y grande, como todo lo que sentia, y como todo lo que emanaba de aquel hombre.

En aquel instante supremo se le presentó ante sus ojos toda su vida pasada, todo su presente, todo su porvenir.

Vió próxima á terminarse la grande obra, á la cual habia sacrificado su existencia.

Vió que no le faltaba mas que un dia, una hora para conseguirlo, y sin embargo sentia que su existencia se debilitaba.

Y no queria pedir socorro.

El socorro para él significaba el descubrimiento de todos sus planes.

Y el marqués de Santillan preferia morir á que nadie pudiera penetrar aquellos misterios de su vida.

Y en aquel momento supremo sentia una cólera estraordinaria.

V.

El, habia sido mas que un hombre.

Habia concebido un proyecto colosal, habia sobresalido por encima de todas las inteligencias humanas y que en el momento supremo cuando iba á dar cima á la idea que habia sido el sueño de su vida, descendia otra vez á la esfera del hombre.

Habia pensado en la resurreccion de una raza y sucumbia en una lucha en la cual habria obtenido la victoria el mas estúpido loquero de cualquiera de las casas de dementes.

Pero entretanto, Andrés seguia apretando su garganta.

Un velo oscurísimo se estendia ante sus ojos.

Pero á través de ese velo veia flotar indecisas, vagas y misteriosas las formas á todos los séres á quienes habia amado.

Entreveia la figura pálida, triste y melancólica de la duquesa del Campo.

Las miradas ardientes y enloquecedoras de Pilar le acariciaban tambien.

La sonrisa purísima de Clotilde endulzaba sus últimos instantes.

¡Qué triste era una agonía como la de Jorge!

Sin embargo, al refugiarse en estos recuerdos plácidos y tranquilos, el marqués esperimentó una sensacion dulcísima que fué como un bálsamo suave á refrescar las heridas de su alma.

VI.

En aquel momento el loco, fatigado, por decirlo así, tanto por la lucha que habia sostenido, como por la victoria que acababa de alcanzar, se dejó caer en el suelo junto al cuerpo inmóvil de su enfermero.

Fijó sus inquietas miradas en todos los objetos que le rodeaban, deteniéndose por fin en el marqués.

Se pasó repetidas veces la mano por la frente y despues afectando un terror estraordinario, se levantó y al par que retrocedia hácia la cama, murmuraba:

—¡El marqués!... ¡Oh! que no me vea... pediria los papeles y yo no se los podria dar.

Y dejándose caer sobre el lecho se acurrucó bajo la ropa exhalando un gemido doloroso y lastimero.

Durante algunos segundos reinó un silencio estraordinario en aquella estancia.

Al cabo de ellos, se alzó con sumo cuidado el pestillo de la puerta y una mirada avara y ansiosa recorrió todo el aposento.

VII.

Aquella mirada era la de Félix.

El pobre jóven habia velado tambien de la misma manera que el marqués.

La noche que llegó de Barcelona se retiró á su casa á descansar.

Pero al dia siguiente cuando fué á casa del marqués, se quedó sorprendido al saber que Jorge no habia salido del aposento de aquél y escuchó á través de la puerta.

Era uno de los momentos de lucha.

Félix escuchaba la jadeante respiracion del marqués, y lleno de terror abrió la puerta.

Un espectáculo estraño se presentó á su vista.

El marqués por medio de su gesto bastante espresivo le indicó que se retirára y le obedeció.

Cuando terminó aquel acceso, Jorge salió de allí y le dijo á Félix que en lo sucesivo se abstuviera de penetrar en aquella estancia sin su permiso.

Pero Félix no hizo caso alguno.

Durante los siete dias que el marqués estuvo encerrado con Andrés, él tampoco se separó de la habitacion inmediata.

Y escuchó luchas terribles, palabras estrañas hirieron sus oidos.

Pero como tras aquellas luchas escuchaba de nuévo la voz del marqués, le obedecia no penetrando en la estancia.

En el momento en que de nuevo volvemos á encontrarnos con él, habia estado escuchando junto á aquella puerta, habia esperado en vano que Jorge pronunciase una palabra.

Y cansado de aquella espera se aventuró á penetrar en la estancia.

Se lanzó precipitadamente sobre Jorge, esclamando:

—Señor marqués, señor marqués.

Pero Jorge no podia contestarle.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué ha pasado aqui? murmuró el jóven al mismo tiempo que introducia su mano entre la casaca y el pecho del marqués.

—¡Vive! esclamó con alegría.

Y saliendo precipitadamente á la habitacion inmediata llamó á su criado y le dijo:

—Pronto, pronto, vaya V. á buscar un médico.

—¿Pues qué ocurre? preguntó su criado.

—Que se muere el señor marqués.

—El criado salió precipitadamente, diciendo:

—Voy á ver si el doctor Perez está todavia en casa; hace un momento llegó y se le dijo que el señor marqués no recibia.

—¡Oh!... corra V., corra V.

VIII.

Pocos momentos despues, el criado entraba de nuevo en la estancia acompañado del doctor.

El semblante de mármol del doctor Perez se coloreó ligeramente al ver el estado del marqués.

—Necesito quedarme solo con él, dijo á Félix, que le habia acompañado.

—¿Quedarse V. solo? esclamó el jóven sorprendido.

—Sí.

—Pero...

—Se está perdiendo el tiempo.

—Pero... ¿hay esperanza de conservarle la vida?

—No lo sé, contestó con frialdad el médico.

—Es, que...

—Me gusta estar solo con mis enfermos.

—¿Pero me avisará V. si ocurre alguna cosa?...

—Sí, señor.

IX.

Félix comprendió que no tenia mas remedio que obedecer y salió por fin de la estancia.

El doctor quedó solo con el marqués.

Y decimos solo, porque Andrés no era mas que un accesorio de aquel cuadro sombrío y terrible.

Perez se aproximó á Jorge y cogiéndole uno de sus brazos lo soltó de pronto.

Aquel miembro quedó inerte y sin movimiento alguno.

Una sonrisa estraña, diabólica, horrible, vagó por los delgados y pálidos lábios del doctor.

X.

Miró fijamente al marqués y murmuró:

—Al fin estás en mi poder. ¡Oh!... ¿quién te lo habia de decir á tí? Tan altanero, tan confiado en tu fuerza... ¿Quién habia de decirte que despues de habernos dominado á todos, yo te habia de dominar á tí?... ¡Yo que hubiera podido ser el primero entre la *familia*!... Y para corregirlo ahora, la casualidad me presenta los medios... Aun hay vida en ese hombre y sin embargo, si yo le dejo morirá.

Y el doctor tornó de nuevo á hacer que asomase á sus lábios aquella sonrisa de que ya hemos hablado anteriormente.

Despues prosiguió:

—Mi clemencia es tu única salvacion, marqués; pero mi clemencia... mi clemencia no debes esperarla...

Dió algunos pasos por la estancia y de nuevo fué á detenerse delante de Jorge.

Durante algunos segundos estuvo sumamente pensativo.

Al cabo de ellos se le oyó murmurar:

—No sé qué hacer... aborrezco y admiro á este hombre... ¿podria yo solo dominar á toda aquella gente? Son demasiado fuertes y quizá me vencieran... ¡Oh!... yo necesito poseer un secreto de este hombre... necesito tenerlo en mi poder porque no me atrevo á darle muerte... veamos, veamos cómo está.

Y al decir estas palabras puso su mano sobre el corazon de Jorge, y un gesto de sorpresa se daguerreotipó en su semblante.

XI.

—¡Diablo!... esclamó; este hombre tiene mas vida de la que yo creia... sin embargo, prosiguió con una sonrisa estraña; sin mi ayuda esa vida se irá estinguiendo poco á poco... parece imposible que no haya muerto ya... la estrangulacion no ha sido completa... ¡Oh!... este hombre es de hierro... pero será necesario que muera. Busquemos, busquemos un secreto suyo por si acaso, á pesar de mi abandono, vuelve á la vida. Sepamos quién es este hombre.

Y el doctor, al decir estas palabras, se dirigió hácia la alcoba donde se percibia la agitada respiracion de Andrés.

Separó la ropa que le cubria, y murmuró:

—No le conozco, ¿qué quiere decir esto?

El marino estaba sin movimiento.

Despues de uno de aquellos accesos venia, como es consiguiente, el decaimiento mas absoluto.

Perez puso su mano en la frente de Andrés, despues le tomó el pulso, lo miró con una atencion que revelaba al hombre de la ciencia, y dijo:

—¡Magnífica fiebre!... daria cualquier cosa por poder estudiarla... seca y ardiente la piel, frecuente el pulso. ¡Oh!... pero este hombre está salvado... ¿quién le habrá hecho esta sangría?... prosiguió observando el brazo bendado que tenia el jóven, ¿habrá sido el marqués?... ¡Oh!... ese hombre entiende de todo, de todo, esa es nuestra desgracia.

XII.

El médico volvió á sumergirse en sus cabilaciones.

Un silencio, que tenia algo de fatídico, reinaba en la estancia.

—Busquemos por aquí; quizá este hombre tenga algo que pueda darme luz sobre tantos misterios que debe haber en su existencia.

Y diciendo y haciendo volvió á salir de la alcoba y su mirada se fijó en los retratos.

—¿Quién serán estos personajes? esclamó.

Y sus dedos oprimieron el boton, y una esclamacion de sorpresa se exhaló de sus lábios.

Una puerta quedó abierta en el hueco que dejó el cuadro al girar.

—Volvió la cabeza...

El doctor se detuvo en el dintel de aquella puerta diciendo:

—¡Ah!... por fin se me va á revelar algo desconocido; cuánto he deseado un momento así; dueño yo de sus secretos seré jefe tambien de la *familia*.

Y Perez dió un paso hácia aquella habitacion.

Pero instantáneamente se sintió detenido por una fuerza desconocida.

Presa de una agitacion desconocida volvió la cabeza y quedó petrificado de espanto.

El marqués de Santillan, pálido, cadavérico, con los ojos horriblemente dilatados, se habia arrastrado hasta él y le tenia cogido por una pierna.

CAPITULO LXVI.

La resolucion que adoptó Cármen.—D. Lúcas y la jóven.—El martirio de un hombre.

I.

El mismo dia en que Cármen estuvo en casa del conde de la Torre, al salir tropezó casualmente con el agente don Lúcas, que pasaba por allí.

Al verla este no pudo contener un movimiento de sorpresa, y sus ojos brillaron de una manera impúdica al contemplar los encantos de la jóven.

Esta no hizo caso de él, y continuó su camino hácia casa de Cesarina.

Cuando esta la dijo que los papeles que ella habia arrebatado á Andrés estaban en poder del agente, entonces una idea se presentó á su imaginacion.

Así fué, que inmediatamente que salió de su casa fué á espiar la de D. Lúcas.

Y al dia siguiente le vió salir.

Y le fué siguiendo hasta la casa del doctor Perez.

Este vivia un poco mas arriba de la casa de Cesarina.

Nuestra amiga subió á verla y estuvo durante algunos segundos esponiéndola su plan.

Sabido esto, vamos á ocuparnos del agente.

II.

Hablemos del *fac símile* de una de las mas sobresalientes creaciones de Eugenio Sué.

De nuestro ladron de capa larga, como diria nuestro poeta Quevedo; y del infame D. Lúcas, como decimos nosotros.

Ya hemos dicho el efecto que habia producido en él el encuentro de Cármen en casa de su amigo el conde de la Torre.

La chispa eléctrica que habia inflamado su organismo, no podia apagarse con la facilidad con que se borran esas inflamaciones producidas por el fluido magnético que se desprende de la mirada de unos ojos negros y arrebatadores como los de nuestra jóven en cuestion.

Lo que Cármen le inspiraba á aquel hombre no nos atrevemos á clasificarlo; porque como aquel hombre era, considerándolo moralmente, inclasificable, no sabemos si el sentimiento ó el deseo operaba en él la especie de sobrescitacion que hemos dicho, y que se retrataba en su semblante con una espresion notablemente sospechosa.

Nuestros lectores pueden tomarse la molestia de interpretarla á su modo.

Nosotros nos abstenemos de ello por no ofender el pudor de alguna de las pocas hijas de Eva que tengan el fatal é delicioso capricho de leernos.

Por de pronto diremos que teniendo en cuenta las tendencias de la organizacion humana y la pasta de su carácter, y unidas estas circunstancias á la situacion provocada por nuestra jóven, nos dejamos llevar de la consecuencia mas lógica, racionalmente considerada, y comprenderemos que el fuego calienta y la nieve hiela.

III.

Cármen, al salir de la casa de Cesarina, tomó un carruaje, y con todas las precauciones propias del que tiene un interés marcado en rodearse del mas impenetrable misterio, se habia acantonado á la distancia conveniente, para que no se escapara de su vista D. Lúcas, cuya salida se habia propuesto espiar.

Habia sorprendido el efecto que su presencia habia producido en el corazon del agente, y una súbita idea le hizo comprender que debia utilizarlo.

Efectivamente, D. Lúcas, al salir, no pudo evadirse de fijar su atencion en el carruaje desde cuya portezuela se habia desprendido un significativo monosílavo que se dirigia á él.

La sorpresa de aquel hombre fué escesiva al ver que la autora de aquel chits... era Cármen.

Cármen, la encantadora personificacion de las aspiraciones impúdicas de su brutal materialismo; Cármen, que

habia despertado sus mas impúdicos deseos; Cármen, por fin, que sintetizaba todas sus ilusiones, y la cual se habia interiormente prometido poseer á costa de los mayores sacrificios.

Sus ojos, pequeños y grises como los de una ardilla, giraron en sus cóncabas órbitas con una espresion de indefinida lujuria, y sin dar treguas á la mas ligera reflexion, se lanzó hácia el carruaje con toda la celeridad que le permitia la movilidad de sus piernas.

Llegado á él, la portezuela se abrió despues de cruzarse entre nuestro hombre y la jóven algunas palabras.

D. Lúcas se encaramó en el estribo con la agilidad de un chiquillo de doce años, sentóse al lado de Cármen, cerró la portezuela, y el carruaje partió en direccion á su casa.

Por consiguiente en el momento en que le presentamos de nuevo, se hallaba en ella acompañado de Cármen.

IV.

El que está junto al fuego se quema, hemos dicho antes; ó alambicando el aforismo, está espuesto á quemarse.

Queda justificada, pues, la sobrescitacion de aquel pobre diablo, mas bien digno de desprecio que de otra cosa, con saber que estaba al lado de Cármen.

La contemplaba ávidamente, y la dijo al cabo de un momento:

—Con que ¿no quiere V. marcharse otra vez?

—¡Oh!... le aseguro á V. que no me disgustaría quedarme en Madrid.

—Y tiene V. razon, prosiguió D. Lúcas con un acento mas meloso; ¡es tan triste la vida fuera de aquí!...

—Y yo que no salgo á parte alguna, contestó Cármen con una hipocresía admirablemente fingida; ¡yo que no sé lo que es un teatro ni un baile!...

—¡Jesús, María y José!... si parece increible.

—Pues es la verdad.

—¿Y de qué manera piensa V. quedarse en Madrid?

—Si aun no estoy resuelta.

V.

Cármen lanzó una mirada tan fascinadora al agente, que éste no pudo menos de sentir que sus megillas se enrojecian con el fuego impuro del deseo.

—¡Oh!... sí, hija mia, dijo, es necesarió que V. se quede aquí.

—¿Y qué dirá mi familia?

—Nada absolutamente, siempre que lo haga V. en una casa honrada.

—¿Y dónde voy á buscar eso, cuando no tengo relaciones aquí?

—De eso, el conde y yo nos encargamos.

—¡Oh!... el señor conde no quisiera que supiera nada.

—¿Por qué?

—Porque hace mucho tiempo que me anda diciendo que soy muy bonita y que le gusto mucho, de una manera que me dá miedo.

—¡Ah... tunánte! pues bien, entonces yo seré quien me encargue de buscar á V. un acomodo.

—¡Oh!... ¡señor, cuánto tengo que agradecerle!

VI.

Y Cármen cruzó sus manos sobre el pecho, arrojando una mirada impregnada de un tan voluptuoso reconocimiento, que los ojillos del escribano brillaron de placer, y su nariz tomó la rubicundez de un pimiento.

Mil ideas halagadoras cruzaron por la imaginacion de aquel hombre, y dió á su conversacion el giro que mas convenia á los mil castillos en el aire que aquellas le hacian ver en el porvenir.

—Yo me creeré feliz, hija mia, el dia que pueda probarte lo mucho que te aprecio; lo mucho que me interesas, dijo D. Lúcas al cabo de un momento.

—Nunca me consideraré acreedora á tanto, señor, advirtió Cármen.

—Hay cosas en el mundo que apenas pueden esplicarse, que están sujetas á una ley suprema que está fuera del alcance de la inteligencia humana; pero que existen peripecias que se realizan en un momento dado, á pesar de sus anomalías, contra todos los obstáculos.

Y despues de un momento de pausa, del instante brevísimo que se necesita para dejar escapar un espansivo suspiro, continuó D. Lúcas:

—Tal es la simpatía; esa atraccion inesplicable que siente un ser hácia otro, y la cual no le es posible combatir por mas que emplee todos los esfuerzos de la reflexion y la voluntad.

VII.

La jóven fingió una manifestacion de modestia, y dijo:

—No le comprendo, señor.

D. Lúcas tomó una actitud melo-dramática, la actitud que él creyó que mas convenia al papel que se disponia á representar, y repuso:

—Hablo del interés que me inspiraste desde la primera vez que tuve la dicha de verte.

—Fué mia, señor, murmuró Cármen.

—Desde aquel dia, prosiguió el escribano desapercibiéndose de la frase de la jóven; desde aquel venturoso dia sentí que en mi corazon se agitaba una singular emocion, desconocida para mí hasta entonces; y en mi conciencia una duda, una duda funesta, torturadora; la duda inherente al deseo de la satisfaccion, del sentimiento que conmueve nuestra fibra mas sensible, la delicada fibra de la impresion mas dulce, del amor.

Y al llegar aquí Cármen lanzó casi involuntariamente una sentida esclamacion.

Tal era la entonacion de las incisivas frases del escribano, su febril escitacion manifestada por sus palabras, que aquella jóven no pudo menos de esperimentar cierto sobresalto.

Afortunadamente una idea que de repente asomó á su mente recordándola la causa que la imponia la necesidad de conservar el carácter que habia adoptado, desvaneció pronto su alarma.

Lúcas ni siquiera pudo apercibirse de ello, y creyó que aquella esclamacion solo era hija de la imprevista declara-

cion que acababa de hacerla; así es que continuó:

—Si, Cármen, conozco que te amo desde el dia que tuve la ventura de verte, y que te amo de modo que seria imposible resistir tu ausencia.

VIII.

Cármen fingió entonces una mirada estupefacta y formuló:

—Señor...

—¡Oh!... sería para mí una verdadera desgracia; créelo, Cármen.

—Yo siento, señor, el no poder evitarla, dijo la jóven con una entonacion de candor y de sentimiento irresistibles.

—¡Cómo! esclamó el escribano.

—Porque dentro de breves instantes debo partir, dijo la jóven.

—¡Imposible!

—Imposible poder permanecer en la capital por mas tiempo... murmuró Cármen bajando los ojos como aparentando rubor.

—¿Por qué?... se apresuró á preguntar D. Lúcas.

—Porque mi familia y mis recursos no me lo permiten, aunque esa fuese mi voluntad, repuso la jóven con la dicha entonacion y fingido rubor.

Una espresion particular que brilló desde luego en la fisonomía de aquel hombre, retrataba su satisfaccion interi r.

En aquella manifestacion veia él una formidable arma que aseguraba mas su triunfo.

IX.

Por consiguiente, despues de una breve pausa, dijo, dando á sus palabras toda la dulzura que le fué posible:

—Cármen, es un obstáculo el que acabas de manifestar...

—Harto poderoso, señor, interrumpió ella.

—Que no debieras haber mentido, se adelantó á replicar el escribano.

—Seguramente, repuso la jóven; no se hace V. cargo de la situacion de la pobre niña que no puede contar con un miserable hogar amigo...

—¿Pues no has contado con mi casa? repuso el agente.

—¡Cómo!... ¿con su casa de V.?

—Digo, á menos que tú prefieras una estraña á la mia.

—¡Oh!... no señor, nada de eso, ¿dónde podré yo estar mejor que en casa de una persona tan buena como V.?...

—Hija mia, no digas eso.

—De una persona que tanto se compadece de las pobres mujeres abandonadas.

—Ese es un deber; con que nada, te quedas en casa y punto concluido; el ama que tenia se ha marchado á su pueblo porque estaba enferma, y tú podrás desempeñar perfectamente sus funciones.

—¡Oh! sí señor, yo haré todo cuanto V. me mande.

—Con que harás todo cuanto yo te mande... je... je...

X.

Y el buen escribano se sonrió de una manera que es-

presaba claramente su placer.

Y se frotaba las manos con satisfaccion y sus ojos grises volvieron á brillar de la misma manera que lo habian hecho momentos antes.

—¿Con que decididamente te quedas?

—Y con muchísimo gusto; mi mayor deseo será el de complacerle.

—Tú desde luego; ¿qué cosa mal hecha será posible que hagas?

—Estoy espuesta lo mismo que las demás á equivocarme alguna vez y para entonces le suplico á V. me dispense y me perdone.

Y Cármen lanzó otra vez sus incitantes miradas al escribano.

Este sintió que todo su ser se estremecia y con voz balbuciente dijo:

—¿Suplicarme tú, Cármen? ¿ofenderme yo por lo que hagas? Vamos, no sé por qué me dices esto, cuando no para obedecer, sino para mandar, vienes á mi casa.

—Tanta bondad...

—¿Con que quedamos en eso, eh?...

—Sí, señor, voy á llegarme á buscar algunas cosas que me he traido y avisaré á mi casa participando lo que he hecho.

—Bien, hija mia, apruebo por completo tu resolucion, aunque no necesitas ir á buscar esas cosas que dices.

—¿Y con qué me he de vestir entonces? preguntó con una candidez admirablemente fingida la jóven.

—Estás en mi casa y por mi mismo decoro tendrás todos los trajes que tú quieras.

—Sin embargo, es un esceso de bondad que me con-

funde y que no debo permitir.

—No seas tonta y déjame que yo me ocupe esclusivamente de tí.

XI.

Y aun siguieron hablando algunos momentos.

Y la escitacion del escribano aumentaba cada vez mas, hasta que Cármen le puso término levantándose y disponiéndose á partir.

Cuando esta salió, D. Lúcas la fué siguiendo con la vista, y frotándose las manos de placer, esclamó:

— Es una mujer deliciosa y siento que por ella se abrasa mi corazon en un fuego desconocido.

Sin embargo, la pobre Cármen estaba desesperada.

Aquella atmósfera de ficcion en que vivia no podia por menos de serla sumamente repugnante.

Por lo tanto, al encontrarse sola en su habitacion, dió rienda suelta á su dolor esclamando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dame fuerzas para que pueda sostener esta lucha.

CAPÍTULO LXVII.

Una escena de amores.—Interrupcion.—El marqués de Santillan y Enriquez.

I.

Recordarán nuestros lectores que hace algunos capítulos nos ocupamos de Adela y de Caridad, á las cuales dejamos en una situacion bastante crítica.

Ya vimos que á consecuencia del encargo que el marqués de Pino Blanco dió á su ayuda de cámara, este, puesto en contacto con Mala-facha y otros bribones de su calaña, aprovechándose de la evasion de Mala-sangre, le confiaron la ejecucion del rapto de las dos jóvenes.

II.

Pero Mala-sangre era un bandido especial.

Ya le hemos visto en el Saladero, y reparando en la conducta que habia observado con Antonio, comprenderemos desde luego que en aquel hombre habia cierto buen fondo, si se nos permite esta frase, oscurecido por la rusticidez y por la ferocidad de sus formas.

Habia hablado de algunos misterios que existian en la vida de Antonio, y habia hecho apreciaciones que deben demostrarnos que el bandido no pertenecia á la clase de los mas vulgares.

Luciano no supo que Mala-sangre se habia mezclado en aquel asunto; es mas, no supo tampoco que se habia evadido del Saladero.

Así fué que estuvo esperando con impaciencia que le avisasen que ya caminaban las jóvenes para Carabanchel, y en el momento que lo supo mandó disponer su carruaje para dirigirse á la quinta.

Ya vimos en otro capítulo la manera que tuvo de aparecer ante los asombrados ojos de Caridad.

La jóven al verle ante sí, comprendió todo cuanto habia pasado.

Entonces esplicó perfectamente por qué se las habia llevado allí.

III.

Caridad tenia un temple de alma especial tambien.

Habia sentido un dolor horrible cuando German la dijo, de una manera indirecta, el peligro á que se esponia.

Lloró mucho, pero no pudo arrancar de su alma el recuerdo de aquel hombre.

Pero cuando este recurrió á un medio tan bajo como

aquel para obligarla á que cediera á sus exigencias; cuando le vió delante de sí, entonces su orgullo de mujer dominó á su cariño de amante, y fijó una mirada que respiraba un desdén indescriptible en aquel hombre.

Al cariño habia sucedido el desdén.

Mejor dicho, en aquel momento sentia un ódio terrible hácia el hombre que tan infamemente habia abusado de su situacion.

A su anterior abatimiento sucedió una energía estraordinaria.

Luciano habia quedado en la puerta inmóvil.

IV.

Caridad fijó en él una mirada desdeñosa, y le dijo con un acento un tanto severo:

—Pase V. adelante, caballero; á pesar de que no creo necesite V. mi permiso estando en su casa.

—No, Caridad; V. únicamente es la dueña aquí.

—Esas no son mas que palabras; si yo fuera la dueña, debe V. comprender que no me encontraria en este sitio.

—Veo que está V. muy resentida conmigo, continuó Luciano.

—¿Y no cree V. que tengo motivos para ello? preguntó la jóven con un acento ligeramente irónico.

—Mire V., Caridad, yo la amo, y creo que quien ama como yo, merece algun perdon.

—Son creencias bastante estrañas.

—V. podrá pensar lo que quiera.

—No pienso absolutamente nada; los hechos hablan

mucho mas claro que cuanto yo pudiera decir.

—¿Y qué es lo que dicen los hechos?

V.

Al escuchar Caridad estas palabras no fué dueña de contenerse.

El rubor de la indignacion empañó sus megillas, y con voz un tanto trémula por el dolor que esperimentaba, dijo:

—Me pregunta V. qué hechos son los que hablan; si tuviera V. un poco de pundonor nada mas, no se atrevería á hacer semejante pregunta.

—Suplico á V., Caridad, que suprima los insultos.

—Quien dice las verdades no insulta nunca; ¿qué calificacion cree V. que merece el hombre que se presenta en casa de una pobre mujer con un nombre supuesto, que la finge un amor que no siente, que aspira gota por gota la esencia del corazon de aquella desgraciada, y que no contento con eso, para deshojar la flor de su honra, la arrebata de su casa? Todas las calificaciones que yo pudiera encontrar para un hombre así, serian terribles... V. que disculpa semejante hecho; V. que nada de malo le encuentra, puede darle la que mejor le acomode.

Luciano la habia escuchado con un interés un tanto marcado.

Despues, al comprender el desden que respiraba, al advertir aquella mirada fria, indiferente y glacial, entonces no pudo por menos de sentir que la cólera se agitaba sordamente en su corazon.

VI.

Así fué que dirigió sus ojos hácia ella con una espresion irritada.

Y cuando concluyó de hablar, la dijo cambiando completamente de modales y de acento:

—Pues bien, Caridad, puesto que lo toma V. de esa manera, será conveniente que hablemos con franqueza.

—No; con demasiada lo ha hecho V. ya.

—Ahora me esplicaré mejor, contestó el marqués con un cinismo estraordinario; te ví y me gustastes; no podia presentarme á tí con mi titulo de marqués, y cambié mi nombre por otro; tú te enamoraste, peor para tí; yo que no tengo nada de bucólico, que en los amores platónicos no veo mas que los amores de los tontos si te hubiera hecho una proposicion para que dejaras á un lado tu ridícula virtud, indudablemente te habrias incomodado; lo comprendí perfectamente al ver tu falta de cumplimiento á la cita que te dí, tu exagerada pureza de principios, y como que por otra parte me gustabas demasiado para que te abandonase sin mas ni mas, me decidí por el camino mas corto, que fué el de robarte ahora: ya lo ves; estás en mi poder, y cuando una cosa no se concede de grado se toma por fuerza.

—¿Ha concluido V. ya? preguntó Caridad con una calma que contrastaba con la tempestad que crugía en su corazon.

—Sí, á menos que tú no quieras que hable mas.

—Me hace tanta gracia todo cuanto me está V. diciendo, que desde luego no vacilo un momento en apellidar de

bajo y miserable al hombre, que no contento con arrebatar á una mujer de su casa, la insulta en medio de su desgracia.

—Vamos, vamos, niña, menos melindres y menos palabras tontas.

VII.

La mirada que Caridad dirigió al marqués de Pino Blanco, fué completamente indescriptible.

Habia en ella un desprecio tan punzante, una cólera tan terrible, y una altivéz tan estraordinaria, que Luciano no pudo por menos de sorprenderse algun tanto.

Pero aquel hombre no era muy á propósito para que aquella sorpresa le hiciera un gran efecto.

Pasó el primer instante, y tornó á aparecer en su rostro la misma insolencia y el mismo descaro que en él era tan habitual.

VIII.

Dió un paso hácia la jóven, y la dijo:

—¿Con que no me quieres ya?

—Si aun hubiese quedado en mi corazon algun resto de cariño hácia V., creo que me lo habria arrancado para hacerlo desaparecer.

—Resolucion se necesitaba.

—Tengo tanta como bajeza tiene V.

—Já, já, já... ¡Qué tonta eres!...

—Tiene V. razon; lo fuí porque nunca me habia imaginado que pudieran existir hombres como V.

—Terrible estás conmigo.

—Y aun me parece todo muy poco.

—¡Phe!... haz lo que quieras.

—Lo único que quiero es salir de aquí, dijo Caridad resueltamente.

—No me parece mal deseo, repuso Luciano con indiferencia.

—¿Y supongo que V. no querrá llegar hasta el colmo de la infamia reteniéndome aquí?

—¡Quién sabe!...

—¿Qué quiere V. decir?

—Que me has costado bastante cara para que yo vaya á soltarte sin mas ni mas.

—¿Y qué espera V.?... preguntó Caridad con un terror creciente.

—Buena pregunta, ¿qué he de querer?... lo que tengo derecho.

—¿Lo que tiene V. derecho?... ¿Quiere V. llamar derecho á la infamia?... Vamos, marqués, no equivoque V. las palabras.

—Lo mismo me dá; el resultado será siempre igual.

—Tiene V. razon.

IX.

Y el acento de Caridad respiraba una amargura infinita.

La sensibilidad de la mujer dominó al orgullo de la amante.

Las lágrimas se asomaron á sus ojos, y los sollozos se exhalaron de su pecho.

El marqués la contemplaba profundamente.

Al cabo de algunos segundos se aproximó á ella y la dijo:

—Vamos, Caridad, vamos, acabemos por entendernos.

Y al decir estas palabras trató de coger una mano de la jóven.

XII.

Pero si como aquel contacto hubiera hecho que se despertase de aquella especie de estupor que la embargaba, Caridad se levantó de su asiento y separando su mano de la del marqués gritó:

—Alto, señor marqués, no estoy tan degradada que vaya á ceder ante lo falso de mi posicion.

—Será peor para tí.

—¿Cómo?...

—Tendrás que ceder de una manera ó de otra.

—Nunca.

—Muy pronto lo has dicho.

—No digo jamás otra cosa que lo que estoy resuelta á cumplir.

—Ya comprenderás que te encuentras en mi poder y que no existe nada absolutamente que te pueda salvar.

—Me salvaré yo misma.

—¿De qué manera?

—La muerte antes que la deshonra.

—Muy dramático es eso; ya pasaron los tiempos en que las jóvenes hacian todo eso.

—Usted pensará lo que quiera.

—Ea, Caridad, ahorremos palabras inútiles; te amo y no esperes que renuncie á tí.

—Y yo le repito que le aborrezco.

—Me importa poco que me aborrezcas; me pareces muy hermosa, y yo, que he soñado con tu posicion, no iria ahora á abandonarte.

—¡Marqués!

—¡Oh!... ¡eres muy hermosa!

XIII.

Y el marqués, con los ojos brillantes de deseo, dió un paso hácia Caridad

La jóven fué á refugiarse en una de las esquinas del aposento esclamando:

—¡Marqués, marqués, tenga V. piedad!

—No la esperes, has de ser mia y nadie podrá evitarlo.

—Poco á poco, señor marqués, dijo en esto una voz burlona que se escuchó en la habitacion; mucho decir es eso.

Ambos personajes se volvieron precipitadamente y el semblante de Luciano no pudo por menos de espresar una sorpresa no muy exenta de terror.

El hombre que habia pronunciado las anteriores palabras y que se presentó sin saber por dónde en la estancia, era el bandido que habia robado á Caridad.

Era Mala-sangre.

CAPITULO LXVIII.

—

La astucia de una mujer.—Credulidad de Amparo.—Preparativos.

I.

Segun hemos oido ya en la conversacion que tuvieron D. Lúcas y su ama de gobierno, esta quedaba encargada de buscar los medios necesarios para sacar á Amparo de su casa y conducirla al sitio del cual no habia de volver.

Largo rato estuvo la vieja ocupándose en buscar un medio á propósito para realizar aquello á que se habia comprometido, hasta que por fin se dió una palmada en la frente, esclamando:

—¡Qué tonta soy! el mejor medio para inspirarla confianza es presentarme bajo mi mismo nombre, bajo la forma que ella me ha conocido.

Y en consecuencia de este razonamiento, la vieja fué á

situarse al dia siguiente cerca de la casa de la jóven con objeto de espiar su salida.

II.

Antes de esto habia estado ocupándose ya de averiguar la manera de salir Amparo; si iba acompañada, y si eran ó no periódicas sus salidas.

En su consecuencia tuvo ocasion de advertir que próximamente al oscurecer era cuando mas salia.

Con una impaciencia estraordinaria esperó á que saliese de su casa.

Amparo, alegre, feliz y satisfecha, como puede estarlo la mujer que ama y es amada, salió á la hora que acostumbraba á hacerlo, para dirigirse á la tienda á entregar su labor.

Luisa se hizo la encontradiza con ella, y fingió admirablemente la sorpresa que aquel encuentro la causaba.

Amparo vaciló durante algunos segundos.

III.

Se quedó verdaderamente sorprendida al ver que una mujer á quien no conocia se detenia delante de ella, y no pudo por menos de decirla:

—No tengo el gusto de conocer á V.

—No tiene nada de estraño que no me conozcas, replicó Luisa, afectando una tristeza que no sentia; los años y los disgustos me han cambiado mucho.

—Pero...

—No hay peor cosa que los remordimientos, hija mia;

yo los sufro muy horribles, y bien sabe Dios que estos remordimientos, únicamente tú me los causas.

—¡Yo!... esclamó la jóven cada vez mas sorprendida.

—¿Pero no me has conocido aun?

—Estoy tratando de recordarlo y no puedo conseguirlo: he escuchado en otra parte esa voz; me parece que su fisonomía la he visto en otro sitio, pero no puedo caer dónde ni cómo.

—Muy triste será para tí el recordarlo, pero estoy segura que te alegrarás como yo de este encuentro, cuando sepas lo que tengo que decirte.

—Pero ¿quién es V.?

—Figúrate que estás en Sevilla en vez de encontrarte en Madrid, y que cuentas ocho años...

—¡Oh!... esclamó Amparo retrocediendo algunos pasos.

IV.

Las palabras que Luisa acababa de decirla, la habian revelado los primeros años de su vida.

¡Aquellos años en que tanto habia sufrido.

La mujer que tenia delante de sí habia sido su verdugo.

Pero un verdugo horrible; uno de esos verdugos de niños, que son indudablemente los mas bajos y los mas miserables.

Luisa acababa de evocar las páginas mas tristes de su existencia.

Y ella no podia mirar sin sentir una repugnancia estraordinaria al ama de gobierno de D. Lúcas.

Generalmente las impresiones que los niños sienten hácia determinadas personas las conservan durante casi toda la vida.

Por lo tanto, Amparo las guardó profundas, indestructibles, y siempre contrarias hácia Luisa.

Así fué que su primer movimiento no debió satisfacer mucho al ama de gobierno.

Pero como que la convenia fingir, como que la convenía no darse por ofendida de nada, la dijo fingiendo admirablemente el acento doloroso y triste de la persona embargada por un horrible remordimiento:

—Comprendo perfectamente que me aborreces; te he martirizado tanto que no tengo derecho á exigir de tí otra cosa mas que el desprecio.

V.

La entonacion con que la vieja pronunció estas palabras era tan triste, respiraba un sentimiento tan profundo, se advertia una desesperacion tan real en él, que Amparo no pudo por menos de mirarla con algun interés.

Luisa prosiguió:

—Mucho he sufrido cuando la voz de mi conciencia me reprocha una y otra vez el mal trato de que te hice víctima. ¡Oh!... pero creo que Dios ha tenido piedad de mí cuando ha permitido que vuelva á encontrarte.

—Bien, bien, dijo Amparo, que no podia menos de estremecerse ante el dolor que tan bien sabia representar la vieja; olvidemos ya lo que ha pasado.

—¡Olvidar!... eso podrás hacerlo tú que tienes un corazon noble y hermoso para olvidar las injurias y perdonar

á los que te han injuriado, pero yo no puedo, no podré olvidar nunca los malos tratamientos que te he dado.

—Yo perdono todo aquello, y me alegro infinito de que Dios haya tocado en su corazon para hacerla comprender toda la injusticia con que habia procedido.

—Gracias, hija mia, gracias; ¿con que no me aborreces?

—Yo no he sabido aborrecer nunca, señora, contestó la jóven con ingenuidad.

—¡Oh!... ¡qué buena eres, y cuán orgullosa se va á poner tu madre al verte!

VI.

—¡Mi madre! esclamó Amparo vivamente.

—Si, hija mia, tu madre; tu madre, que está inconsolable, que te estoy buscando en vano hace una porcion de tiempo.

—Pero mi madre, preguntó Amparo cada vez mas agitada, ¿quién es? ¿dónde está?

—Tu madre está en Madrid; ocupa una posicion elevada.

—¡Gracias, Dios mio! repuso la jóven con un acento indefinible; ¡vive mi madre! vamos á verla, continuó dirigiéndose á Luisa.

—Ahora no puede ser.

—Y ¿por qué?

—Porque hay razones especiales que lo impiden; las mismas razones que la obligaron á entregarte á mí apenas naciste.

—Ya comprendo; ¡qué desgraciada habrá sido! y ¿dónde vive?

—Vive bastante lejos de aquí; no vayas á creerte que es tu madre una mujer cualquiera, es una duquesa.

—¿Y á mí qué me importa su título para querer á una madre, lo mismo de que sea una duquesa como que sea una mendiga?

—Eso honra muchísimo tus sentimientos, y la duquesa del Campo podrá estar muy orgullosa con su hija.

—¿Pero cuándo vamos á verla?

—Mañana á la una.

—¿Pero por qué ahora no?

—Ya te lo dirá mañana tu madre.

—¡Oh!... qué contenta se va á poner Rosa y Pedro.

—¿Y quién son esos?

—Mis dos protectores, el uno lo fué en Sevilla y la otra en Madrid; ambos me quieren como si fuera su hija y ambos gozarán con mi felicidad.

—Guárdate muy bien de decirles nada.

VII.

—¿Cómo?... esclamó la jóven con sorpresa.

—Hay personas en Madrid que andan en busca tuya; quizá á estas horas alguna te haya descubierto; hay un gran interés en que tú desaparezcas, hija mia.

—¡En que yo desaparezca! ¿Y quién?

—Esos son misterios de familia que mas adelante conocerás.

—¿Pero no puedo decirles á Pedro ni á doña Rosa lo que V. me acaba de anunciar?

—No; tu madre al encargarme que te buscase por todas partes, que inquiriese, que averiguase tu paradero, lo primero que me dijo fué, no solamente que á nadie revelara lo que acababa de decir, sino que ni aun á tí misma te lo dijera.

—Pues bien, repuso la jóven haciendo un gesto de resignacion, nada diré.

—Despues que veas á tu madre, entonces ella dispondrá lo que crea mas conveniente.

—¡Oh!... si estoy segura que mi madre no podrá negarse jamás á que sean partícipes de mi dicha las personas que con tanto afan y con tanto esmero han cuidado de ella.

—Indudablemente, pero por ahora ni podemos ni debemos separarnos de sus prescripciones.

VIII.

—¿Y hace mucho que está mi madre en Madrid? preguntó Amparo.

—Ya lo creo; lo mismo ella que yo te hemos buscado por todas partes hasta hace unos quince ó veinte dias que yo te ví atravesar por la Puerta del Sol, ibas muy lejos, te llamé, pero no me oiste; cuando llegué al sitio donde tú estabas habias desaparecido: ya mi desesperacion no tuvo límites; me figuré que Dios no queria perdonarme cuando no permitia que te encontrase otra vez, pero ya veo que me ha perdonado cuando te ha puesto de nuevo en mi camino.

—¿Con que mañana?

—Sí, hija mia.

—Mañana á la una vendré á buscarte en uno de los carruajes de la señora duquesa para llevarte á su quinta.

—¿Pues qué no vive en Madrid? preguntó Amparo con alguna sorpresa.

—Para poder ocultar mejor su dolor se marchó á Carabanchel, en cuyo punto tiene una casa magnífica.

IX.

—¡Pobre madre mia! esclamó la jóven, ¡qué feliz va á ser, y cuánto voy á serlo yo tambien!

—¿Y me perdonarás?

—¡Cómo no habia de perdonar á V. cuando me proporciona V. uno de los placeres mas grandes que pudiera esperimentar en la vida!

Pocas palabras cruzaron ya despues de las anteriores.

La vieja tornó de nuevo á encargar á Amparo mucho silencio respecto á aquella entrevista, y quedando citadas para el dia inmediato, se separaron Amparo sumamente satisfecha, llena de una alegría inmensa porque iba á ver á su madre, y Luisa mas contenta porque su plan iba realizándose maravillosamente.

X.

El ama de gobierno regresó inmediatamente á su casa.

D. Lúcas esperaba con impaciencia el resultado que dieran los pasos de Luisa.

Ya sabemos la segunda idea que iba envuelta en aquello.

Así fué que su alegría no tuvo límites cuando se enteró del buen resultado que habia tenido la mision de la vieja.

XI.

Aquella misma tarde marchó esta hácia el Canal á avisar al Niño y á su digna consorte, de que al dia siguiente por la tarde irian á aquel punto.

Al mismo tiempo D. Lúcas mandaba llamar á su casa á Mala-facha.

El agente no podia estar tranquilo mientras Luisa viviese.

Esta mujer sabia demasiados secretos del agente, y podia comprometerle sériamente el dia en que mejor hubiese creido.

Por lo tanto, necesario era que á toda costa tratase de evitar aquel peligro.

Quizá este pensamiento habia pasado tambien por la imaginacion de aquella mujer y esto mismo le daba seguridades, pues no podia imaginarse jamás que su amo tratase de deshacerse de ella cuando era poseedora de tan terribles secretos.

Pero como ven nuestros lectores, de nada la servia ni podia servirla semejante confianza.

Convenia á la seguridad de D. Lúcas que aquella mujer sucumbiese, y el agente no era hombre que reparase en un crímen mas á menos.

XII.

En su consecuencia, quedó dispuesto todo para el dia siguiente.

Ella creia que iba á morir Amparo.

El agente contaba con que iba á quedar libre de todo cuanto le causaba temor en ciertos y determinados momentos.

Entretanto la jóven, bien agena de la suerte que la esperaba, no pensaba mas que en la dicha que iba á disfrutar al encontrarse con su madre, y en el placer que esta esperimentaria al encontrarse con una hija á quien habia llorado durante tanto tiempo.

Y como consecuencia de esta alegría, como una consecuencia directa del placer que iba á esperimentar, estaba pensativa y un tanto cavilosa.

Y tanto doña Rosa, como el baron y el torero, no pudieron por menos de advertir aquella turbacion.

Y la hablaron sobre ella, pero nuestra amiga no vendió su secreto.

Todos lo respetaron creyendo seria un capricho de mujer.

XIII.

Y de esta manera llegó el dia inmediato y la jóven, consecuente á lo que habia quedado con Luisa, salió de su casa, y pocos momentos despues penetraban en un magnífico carruaje que las esperaba en la calle de Toledo.

CAPITULO LXIX.

Continuacion del anterior.—Casualidades providenciales.

I.

El carruaje que conducia á Luisa y á Amparo rodaba con estraordinaria rapidez.

La vieja, preocupada algun tanto por lo que iba á hacer, no decia una palabra.

Amparo llena de satisfaccion, preocupada á su vez por las emociones que esperimentaba, llena de alegría porque iba á encontrarse por fin con su madre, ni hablaba ni tampoco podia hacerlo.

Llevaba demasiado lleno el corazon de felicidad para que sus lábios pudieran pronunciar palabra alguna.

II.

Salieron fuera de la puerta de Toledo y entonces alzó nuestra amiga la cabeza y mirando hácia el camino, dijo:

—¿Y está muy lejos Carabanchel?

—No, hija mia, si está un paseo.

—Tengo tanta impaciencia por llegar á donde me espera mi madre...

—Ya se comprende; es muy natural; tambien tu madre te estará esperando con unos deseos...

—¡Pobre madre mia!... ¿y V. la ha avisado ya?

—Ya ves, cuando ella misma ha mandado uno de sus carruajes para que te condujesen...

—Tiene V. razon, ¿y es jóven mi madre? ¡Oh! me parece que la estoy viendo, debe ser muy hermosa.

—Tanto como tú.

—Cuando lo sepan mis buenos amigos ¡qué felices van á ser!...

—No lo serán mas que yo, eso te lo aseguro.

III.

Y de esta manera hablaron todavía algunos minutos.

Despues ambas volvieron á sumergirse en sus meditaciones.

Y entretanto el carruaje seguia corriendo.

Pasó el puente de Toledo y muy pronto tomó la direccion del Canal.

Nosotros nos anticiparemos á su llegada para ver los

preparativos que hacian las dignísimas personas que le estaban esperando.

A la puerta de la casa, que ya conocemos, estaban la Pelona, el Niño y Mala-facha.

Los tres dirigian sus ojos hácia el camino por donde debia venir el carruaje.

IV.

—Mira, *chavó*, ya no deben tardar, decia el Niño.

—¡Buen golpe va á ser!... añadia la Pelona.

—¡Oh!... lo que es D. Lúcas se pinta solo para estos asuntos.

—¿Sabes tú que debe tener el alma bien *atravesáa* el tal mozo?

—No, pues lo que es su ama, tambien es una hembra de *mistó*.

—Bah, poco tiempo le *quea* ya para hacer diabluras, repuso Mala-facha.

—Se conoce que el *gachó* está *mu* agradecido á sus servicios, añadia con alguna ironía el Niño.

—Ya tú ves, cuando tan buen pago la dan...

—Vaya un baño que va á tomar, dijo la Pelona soltando una carcajada tan brutal como las palabras que habia pronunciado.

—Con que ya lo sabes, tú á la vieja y yo á la jóven.

—Pierde cuidado.

—Cuando oigas que la jóven da un grito, entonces dále sin miedo y al agua.

—Bien, hombre, bien; descuida, que aquí ya sabemos lo que debemos hacer.

—No te olvides que somos criados de la duquesa del Campo.

—Ya, ya.

V.

—Ahí viene, dijo en esto la Pelona mirando hácia el camino por el cual venia el coche.

—Vamos pronto, métete ahí dentro y cierra la puerta, nosotros vamos á salirles al encuentro.

—Vamos allá.

La Pelona se encerró en su casa y nuestros dos hombres se dirigieron hácia el carruaje que iba rápidamente ganando terreno.

Poco le faltaba ya para llegar á donde estaban los dos hombres cuando se detuvo.

VI.

—¿Qué es eso? esclamó Amparo sorprendida; ¿hemos llegado ya?

—Poco nos falta.

—Entonces, ¿por qué se detiene el coche?

—Porque no seria conveniente que penetrásemos en la quinta de esta manera, escitariamos la curiosidad y esto, como tú comprendes, no es conveniente.

—¿De manera que aquí nos apeamos?

—Justamente, y... mira, prosiguió la vieja mirando hácia el camino, allí me parece que veo á dos de los criados de tu madre.

—¿Si?...

—Justamente, ellos son.

VII.

Durante estas palabras las dos mujeres se habian bajado del carruaje y se dirigian hácia donde se hallaban los bandidos.

—Hola, Juan, dijo Luisa, ¿qué ocurre?

—Nada; la señora duquesa, que está impaciente esperándolas á Vds., en términos que nos ha dicho que nos viniéramos por aquí á ver si las encontrábamos.

—Vamos, vamos allá, esclamó Amparo.

Efectivamente, nuestra pobre jóven, ignorando la suerte que la esperaba, precipitó el paso para tratar, segun ella creia, de reunirse cuanto antes con su madre.

—No corras tanto, niña, no corras tanto, dijo la vieja.

—¿Pero á dónde está la casa de mi madre? preguntó Amparo mirando á todas partes de una manera anhelante.

—¡Oh! está mas lejos; no te creas que vas á ver un palacio; es una hermosa casa de campo, pero nada mas.

—¿Y dicen Vds. que está muy impaciente? preguntó de nuevo dirigiéndose á los asesinos.

—Ya lo creo, dos ó tres veces ha preguntado ya si habian Vds. llegado, y aun ha tratado de venir con nosotros.

—¡Oh!... pobre madre mia.

VIII.

De esta manera fueron andando aun bastante trecho.

Amparo, en su impaciencia, se adelantaba algunos pasos á la vieja.

Mala-facha fué á colocarse á su lado inmediatamente.

Luisa iba acompañada por el Niño.

—Dime, le decia, ¿en qué consiste que tu hermano se ha ido á poner junto á la muchacha?

—Toma, eso consiste en que como él tiene mejor ojo le arrimará una *mojáa* buena y despues entre los dos le daremos el baño.

—Anda, siempre has de ser tonto, dijo Luisa; dejas á otro el mejor bocado para sacar menos utilidad.

—Vaya, siempre se ha de hacer algo por los parientes.

IX.

Luisa se encogió de hombros de una manera que equivalia á decir: «vaya unos hombres tontos,» y continuó su camino.

De pronto Amparo arrojó un pequeño grito.

Mala-facha, con una destreza estraordinaria, hizo lo que entre la gente del pueblo se llama la *zancadilla*, haciéndola que tropezase de una manera tan terrible que estuvo á punto de caer al suelo.

Como recordarán nuestros lectores, este grito era la señal convenida entre los dos hermanos.

X.

En su consecuencia, al escucharlo el Niño, tiró de una navaja, y antes que la vieja tuviera tiempo de hacer movimiento alguno la asestó un terrible navajazo en el vientre.

Luisa exhaló un grito terrible.

Al escucharlo Amparo volvió la cabeza precipitadamente.

Entonces Mala-facha, aprevechándose de su descuido, quiso hacer con ella lo mismo que su hermano habia hecho con el ama de gobierno.

Pero la jóven vió el movimiento de su asesino y haciendo rápidamente un movimiento pudo conseguir que el puñal, en vez de penetrar en su pecho, que era donde iba dirigido, la hiriese únicamente en un hombro.

Entretanto el Niño, al ver vacilar á la vieja, la empujó de manera que fuese á caer al Canal, como así sucedió.

Mala-facha iba á secundar el golpe á la jóven, pero la cuestion tomó entonces un carácter completamente distinto.

Al mismo tiempo que el bandido iba á precipitarse sobre la jóven salieron de entre los árboles dos hombres que gritaron:

—¡Alto ahí, tunantes!

Los dos personajes, que tan nuevo aspecto daban á la cuestion, eran dos cazadores de los muchos que suelen encontrarse por aquellos sitios.

XI.

Ambos, con la escopeta á la cara, amenazaron á los asesinos que, viéndose descubiertos, echaron á correr precipitadamente tomando opuestas direcciones.

Los cazadores dispararon sus armas y comprendiendo que seria infructuoso cuanto hicieran para cogerlos, se acercaron á socorrer á la jóven.

Amparo, mas por el susto que por la herida que habia recibido, cayó al suelo desmayada.

—¿Qué te parece, Juan, de esos bribones? dijo uno de los hombres al par que hacia un esfuerzo para incorporar á la jóven.

—Siento que no hayamos podido cogerlos, Sr. Lúcio, ¡cuando yo digo que está el mundo muy malo!

XII.

Nuestros lectores habrán reconocido ya en los dos cazadores al tabernero de la calle del Meson de Paredes y al viejo marino, el amigo de Antonio y de su madre.

Juan trataba de distraer al viejo que se encontraba inconsolable por la prision de Antonio y por lo que se demoraba la libertad de nuestro amigo.

Al contramaestre le gustaba estraordinariamente la caza y el tabernero se le llevaba muchas tardes hácia los molinos, ó por cualquiera otro punto de las afueras de Madrid.

Juan se dirigió á una de las casillas mas próximas y entre los dos trasportaron á ella á nuestra amiga.

Aquello, como es consiguiente, llegó á noticia de la autoridad.

Amparo declaró, y como era natural, declaró la verdad.

Se hicieron averiguaciones, se trató de coger á los bandidos, pero cuando la autoridad se puso en su persecucion ya era tarde.

La herida de Amparo era, como ya hemos dicho, sumamente ligera; así fué que pasados aquellos primeros momentos, recobrada del susto ocasionado por la agresion

de que habia sido víctima, recordó el sitio donde iba, la angustia con que su madre estaria y solicitó que la condujesen á aquella casa.

XIII.

Ella dijo que vivia en Carabanchel, pero como que este pueblo estaba bastante lejos del sitio en que se hallaban y las fuerzas de Amparo no podian nunca ser las suficientes para llegar hasta allí, pensaron marchar á Madrid para desde allí encaminarse á Carabanchel.

Como era natural, la policía tomó el nombre de la jóven y de cuantos testigos habia tenido aquel crímen, é inmediatamente estrajeron el cadáver de la vieja de las cenagosas aguas del Canal.

Poco despues Amparo, acompañada por sus salvadores, se dirigió hácia la puerta de Atocha.

Nosotros los dejaremos por ahora y atravesando Madrid de un estremo á otro, nos dirigiremos hácia la morada del agente D. Lúcas.

XIV.

Este estaba en la disposicion en que se encuentra una persona que va á cometer un crímen.

Agitado, tembloroso, poseido de esa especie de vértigo indescriptible, presa de esa incertidumbre terrible siempre y mucho mas tratándose de un asunto como aquel: el agente de negocios se paseaba de un estremo á otro de la habitacion, recorría una y otra vez las piezas de la casa

sin encontrar en ninguna de ellas el sosiego que iba buscando.

Aquel hombre habia llegado, si así podemos espresarnos, al paroxismo del crímen.

Muchos habia cometido en su vida.

Pero siempre habia tenido á su lado á Luisa.

Y parece que el criminal es mucho mas colectivamente que cuando se encuentra solo.

Acompañado se distrae, habla de sus crímenes como un general de las gloriosas acciones que haya dado.

Se enorgullece con aquellas páginas de la historia de su infamia de la misma manera que el hombre recto con las buenas acciones que forman la corona de su virtud.

Acompañado aquel hombre, será una fiera.

Solo, no pasará de ser un hombre.

Y como tal estará sujeto á debilidades, á terrores y á remordimientos.

Remordimientos; hé ahí el verdadero verdugo del crímen.

Pero el remordimiento, mientras existe la compañía no asalta á la imaginacion.

La voz de la conciencia se ahoga entre las voces de los compañeros, del crímen y de las mujeres partícipes de su infamia.

XV.

Esta voz de la conciencia generalmente no puede escucharse en las cárceles de nuestro pais.

Que nuestro sistema penitenciario es defectuoso, no somos nosotros los únicos que lo decimos, ni nuestros go-

biernos lo desconocen toda vez que desde hace tiempo viene ocupándose de buscar el medio mas á propósito para mejorarlo.

El criminal unido á otros criminales jamás podrá tener enmienda.

El hombre que por efecto de un acaloramiento comete un crimen al rozarse con los otros poco á poco ve infiltrarse en su corazon el virus de criminalidad inoculado por aquellos.

Dios sabe dónde podrian llevarnos las consideraciones que de esto se deducen, y como ya nos hemos separado bastante de nuestro propósito, y como esto es ageno completamente á la índole de la obra que estamos escribiendo, antes de que nuestros lectores nos recuerden que nos separamos de nuestra idea, retrocederemos nosotros hácia el punto de vista del cual trataron de separarnos la multitud de ideas que se agolparon á nuestra imaginacion.

XVI.

Decíamos que el agente se paseaba con impaciencia de una parte á otra sin encontrar sosiego ni quietud en ninguna.

Los dependientes, aquellas dos pobres criaturas, de quienes hemos hablado ya, débiles y enfermizas, se sorprendian del estado escepcional en que se encontraba su amo.

Y el uno al otro se miraban y se preguntaban en voz baja qué causa podria tener aquello.

Por fin, cuando ya la tarde estaba próxima á mediar,

un campanillazo que hizo levantarse rápidamente á los dos chicos vino á esparcir por la fisonomía del agente una especie de alegria infernal.

El mismo salió á abrir la puerta.

Mala-facha apareció en ella.

El bandido venia agitado todavia por la carrera que tuvo que tomar para evadirse de los que le perseguian.

El agente no le dijo una palabra.

Le hizo pasar á su despacho y una vez allí fijó sus ojos interrogadores en el recien llegado.

XVII.

Este se dejó caer sobre una silla y al cabo de algunos segundos dijo:

—Ya está despachado todo.

Una alegría satánica, horrible y repugnante se esparció por la fisonomía de D. Lúcas.

Tendió su mano al bandido, y le dijo:

—¿Con que todo, eh?

—Lo principal al menos.

—¿Cómo?

—La vieja, prosiguió Mala-facha con voz casi imperceptible, ya no le molestará mas.

—¿Y la otra?

—La otra tampoco debe haber quedado muy bien.

—¿Pero qué ha sucedido?

Entonces el bandido refirió al agente todo lo que ya saben nuestros lectores.

Creyó que el golpe que habia dado á Amparo fué mu-

cho mayor, y por lo tanto con toda seguridad decia que no podria vivir mucho.

Le pintó al agente como mucho mayores de lo que habian sido los peligros que corrieron para desempeñar del todo su horrible mision, con objeto de hacérsela pagar mucho mas cara.

Don Lúcas no quedó del todo descontento.

Su pesadilla principal era Luisa.

Por ésta únicamente hubiera podido descubrirse la participacion que él habia tenido en la desaparicion de Amparo en Sevilla, y por lo tanto muerta aquella poco le importaba que esta viviese ó no.

Don Lúcas sabia fingir admirablemente.

Su sorpresa, muy bien representada, engañó á los chicos, que tambien se estrañaban de que el ama de gobierno estuviera tanto tiempo fuera de su casa.

Y esta sorpresa continuó creciendo cuando vieron que pasaba la noche y que no parecia aquella.

XIX.

El agente no durmió en toda la noche.

Y en la madrugada del dia inmediato se marchó á la casa del inspector.

Allí, afectando un sentimiento y una zozobra que no sentia, dió parte de la desaparicion de su ama.

Inmediatamente se hicieron averiguaciones hasta que por fin supo D. Lúcas que se habia estraido un cadáver del Canal sin que pudieran descubrirse á los autores de tan horrendo crímen.

El agente fué á reconocerlo.

Todo el mundo creyó en su verdadera emocion y nadie pudo figurarse nunca que él hubiese sido el autor de aquella muerte.

Regresó á su casa mas satisfecho.

En lo sucesivo nada tenia que temer de Luisa.

Su secreto lo sabian dos personas, pero estas estaban mas comprometidas si cabe que él y por lo tanto podia estar seguro de que no le descubririan.

Estaba tranquilo.

Pero se olvidaba de que para Dios nada hay oculto y que tarde ó temprano su castigo se le haria sentir de una manera terrible é inexorable.

CAPÍTULO LXX.

El sueño de Jorge.—Quién era aquel hombre.

I.

Volvamos al momento en que nos dejamos al marqués de Santillan tendido y sin movimiento sobre el suelo de aquella habitacion misteriosa.

Durante los cortos instantes que trascurrieron desde que Andrés, en su vértigo de locura, casi lo estranguló, hasta que Félix penetró allí y vino el doctor, ya digimos que el marqués veia acercarse su muerte con esa especie de tranquilidad dulce, suave é inconcebible quizá para todo el mundo.

Las figuras de aquellas tres mujeres que sintetizaban, por decirlo así, tres épocas de su vida, eran las que producian semejante fenómeno.

La vista de Jorge adquirió en aquellos momentos una lucidez estraordinaria.

Toda su vida pasada se presentó ante sus ojos.

Como un vasto panorama fueron apareciendo ante su vista todas las escenas de su existencia, y estas escenas, rápidas como él las veia, vamos nosotros á descubrirlas tambien á nuestros lectores.

Jorge soñaba.

. . . . . .

II.

Habia visto la luz primera bajo el ardiente cielo de los trópicos.

Se padre era blanco.

Pero su madre era mulata.

De ambos eran los dos retratos que habia en la estancia en que se encuentran nuestros lectores.

El padre de Jorge, que se llamaba lo mismo que su hijo, era uno de los colonos mas ricos de la América del Norte.

Era huérfano, y sus riquezas eran algo mas que regulares.

Contra la costumbre general de los *yankées*, Jorge no miraba á sus esclavos como bestias, á las que habia que aguijonear para que trabajasen; á fuerza de latigazos.

Sus esclavos estaban considerados como hombres, y no los habia mas felices en ninguna de las plantaciones inmediatas.

Así era que todos tenian envidia á los compañeros que estaban bajo el dulce dominio de Jorge.

Este habia llegado á esa edad en que el corazon principia á despertarse.

III.

El jóven habia sido educado por una madre tierna y piadosa, y por un padre recto, honrado y justo.

Así era que el jóven habia heredado, por decirlo así, todos los gérmenes de virtud, de honradez y de lealtad que aquellos poseian en tan alto grado.

Jorge no podia amar á ninguna de las jóvenes á quienes por su clase y por sus riquezas tenia derecho á aspirar.

En todas ellas encontraba mas materia que espíritu; en todas hallaba el mismo orgullo, el mismo desprecio hácia la clase esclava, que él amaba tanto, y á la cual estaba tan interesado en protejer.

Y mas de una encantadora *miss* fijaba en él sus lindos ojos azules.

Pero era completamente en vano.

Jorge no podia mirarlas de otra manera que como amigas.

Así era que su existencia se resentia de aquel aislamiento en que se encontraba.

Sin embargo, cuando mas triste, cuando mas melancólico y cuando mas meditabundo se hallaba, apareció una luz estraña que vino á iluminar su existencia.

IV.

Iba paseando una tarde cuando le pareció percibir algunos gritos que salian de una plantacion inmediata.

No hizo caso al pronto de aquello.

Pero cuando llegó mas adelante y se hicieron los gritos mas claros y mas distintos, entonces no pudo por menos de detenerse sorprendido.

Y miró hácia el sitio de donde salian aquellos gritos, y vió aparecer ante sus ojos una mulata, cuyo rostro, notablemente hermoso, estaba ligeramente desfigurado por el terror que esperimentaba en aquel instante.

Tras ella, y á muy poca distancia, apareció un hombre de unos treinta años, moreno, grosero en su forma, y en cuyo rostro habia algo de repulsivo y repugnante que hacia se le mirase con alguna prevencion.

Aquel hombre era el dueño de la plantacion.

La mulata era su esclava.

Al ver á Jorge, uno y otro se quedaron sorprendidos.

El dueño conocia á nuestro amigo, y por lo tanto, aunque con la contrariedad impresa en su semblante, no tuvo mas remedio que acercarse á saludarle.

V.

Jorge le miraba con alguna prevencion, de la misma manera que todas las personas lo hacian por aquellos contornos; así fué que contestó con mucha frialdad á su saludo.

Mas como en aquellos gritos y en aquella aparicion debia existir indudablemente algo de estraordinario, Jorge trató de inquirir lo que aquello significaba, y dió algunos pasos para internarse en el mismo sitio de donde acababan de salir la mulata y el señor.

—He oido unos gritos por este lado y voy á ver si pue-

do encontrar á la persona que los ha dado.

Y Jorge al par que decia estas palabras dió algunos pasos en la direccion que hemos indicado.

El *plantador* palideció algun tanto, y dijo:

—No, no tiene V. necesidad de molestarse; ha sido Zoé que se ha asustado al ver una culebra; como es tan bestia ha alborotado todo el campo, pero ya la he quitado el miedo; vamos, prosiguió con un acento mas brutal dirigiéndose á la pobre mulata, vete á casa.

La pobre muchacha inclinó los ojos, y llorosa y apenada dirigióse hácia donde estaba la casa de su señor.

Jorge la fué siguiendo con la vista.

Sin saber por qué, aquella muchacha le habia causado mucho mas efecto que todas las jóvenes señoritas de las inmediaciones.

Durante algun tiempo estuvo hablando con el dueño de la mulata y casi podemos asegurar que no se enteró absolutamente de nada de cuanto este le decia.

Nuestro jóven le preguntó repetidas veces por la mulata, y esto llamó, como no podia por menos, la atencion de su vecino.

Le miró profundamente y una especie de sonrisa indefinible y estraña vagó por sus lábios.

VI.

Zoé era la esclava favorita de aquel hombre.

El honorable caballero Arturo Bimwerflich tenia fama de ser el hombre que peor trataba á sus esclavos.

Zoé era, sin embargo de eso, su esclava favorita.

Esplicaremos el por qué.

Aquel hombre sin educacion, por decirlo así, brutal en sus palabras y brutal en sus acciones, tenia la misma brutalidad respecto á las pasiones que sentia.

Zoé era hija de una esclava de su señor.

En su consecuencia ella, pobre niña, al ser concebida por su madre estaba ya condenada á la misma existencia de dependencia y servidumbre que tenian los que la dieron el ser.

El padre de Zoé habia sido un blanco.

Era mayordomo en la casa donde su madre era esclava.

La vió y le gustó.

Y la consecuencia de esto fué el nacimiento de la mulata.

Su amo tuvo un dia que deshacerse de algunos de sus esclavos.

Entre estos iba la madre y la hija.

El hombre que hemos visto salir al camino detrás de la jóven las compró.

VII.

Conforme la jóven fué creciendo sus encantos se desarrollaron y su amo no pudo menos de mirar con cierta delicia las mórvidas formas y la delicadeza de líneas de la mestiza,

Desde luego que pensó en hacerla su querida, y en su consecuencia, á fin de quitarse testigos incómodos siempre, se deshizo de la madre de Zoé, á pesar de las lágrimas y de las súplicas de esta.

Aquel hombre tenia entrañas de fiera, y no se condolió nada absolutamente del dolor de la jóven.

La madre fué vendida y la hija quedó en su poder.

Entonces se desembozó completamente.

Zoé sentia una repulsion invencible hácia aquel hombre.

Con ese tacto esquisito que tiene la mujer, sea el que sea el pais en que haya nacido, adivinaba todo lo de asqueroso, todo lo de brutal que en él habia.

Así fué, que con un terror invencible escuchó sus palabras, y con mayor todavía comprendió todo el abandono en que se hallaba y la desgracia de su condicion.

La negativa de la jóven irritó mucho mas á su amo, que se empeñó en aquella conquista con la brutal insistencia que le caracterizaba.

En uno de los momentos en que aquel exigia de la mulata el sacrificio de su honra fué cuando Jorge los encontró.

Y regresó el jóven á su casa, como ya hemos dicho, pensativo y melancólico.

VIII.

La imágen de Zoé no se separaba de su imaginacion.

Y al dia siguiente se dirigió hácia el *cafetal* de su vecino.

Allí vió á Zoé trabajando con sus compañeras.

La jóven le reconoció y se ruborizó estraordinariamente.

Se encontraron sus miradas con las de Jorge y cada vez que esto sucedia, un encendido rubor se esparcia por sus megillas.

Nuestro amigo regresó á su casa y entonces se confesó

que aquella mujer le interesaba mucho mas que ninguna de las jóvenes que habia visto.

Al dia siguiente buscó á uno de los negros de la plantacion de su vecino, y gracias á algunos *dollars*, pudo conseguir que le dijera lo que todos los esclavos habian advertido respecto á Zoé, y las lágrimas de ésta y los esfuerzos que hacia para evitar aquello.

IX.

Esto fué una luz para Jorge.

Al resplandor de ella vió que los gritos que habia escuchado la tarde que la conoció, provendrian sin duda de alguna escena de violencia que el amo trataria de ejercer con la esclava.

Esto hizo hervir de cólera la sangre de sus venas.

Entonces fué, por decirlo así, cuando su amor se despertó con mayor fuerza.

Inmediatamente llamó á su amigo y le dió el encargo de que comprase á Zoé sin reparar en el precio.

Al mismo tiempo principió á dar pasos para averiguar quién habia comprado á la madre de la mulata, y cuando lo consiguió la compró con el objeto de proporcionar á la jóven aquella nueva alegría.

El creia que desde luego el dueño de Zoé no vacilaria en vender su esclava, toda vez que una ganancia tan exorbitante se le ofrecia.

Pero se equivocó completamente.

El amo de la mulata se negó á todo, y no solamente lo hizo así, sino que sospechando que Jorge fuese quien la

quisiera comprar, la encerró completamente privándola que saliera al campo.

X.

Jorge no desmayó por esto.

Al contrario, derramó el oro y merced á él pudo entenderse con Zoé.

La dijo que la amaba y que se hallaba resuelto á hacerla su esposa.

La pobre niña, con toda la ingenuidad de su corazon, le dijo que le amaba tambien.

Entonces Jorge principió á buscar los medios para arrebatarla de la casa de su dueño.

Este entretanto, cogió dos veces á la mulata y trató de obtener á la fuerza lo que de voluntad se le negaba.

Esto le irritó.

Y como tenia en su mano los medios de vengarse mandó que castigasen á la jóven con treinta palos.

El dia en que esto tuvo lugar, Jorge habia salido con un àmigo suyo á dar un paseo.

Iban hablando de cosas indiferentes cuando de pronto les pareció percibir á lo lejos algunos gritos desgarradores.

Jorge se estremeció.

Aquèllos gritos le recordaron los que ya habia escuchado en otra ocasion.

Vió que estaban cerca de la casa del amo de Zoé, y sin saber por qué, sin poder esplicarse la causa que á ello le impulsaba, apretó el paso.

Su amigo no pudo por menos de sorprenderse.

Y aun le preguntó qué era lo que motivaba aquel movimiento tan repentino.

Pero Jorge no le contestó.

Un presentimiento terrible se apoderó de su corazon y cada vez mas apresurado, cada vez mas impaciente se dirigió hácia aquella casa.

XI.

Los gritos entonces se percibian mucho mas claros y mas distintos.

Jorge habia empalidecido de una manera intensa.

Le parecia reconocer aquel acento, á pesar de lo enronquecido que ya se encontraba por el dolor.

La casa, como todas las construcciones anglo-americanas, tenia una especie de *parterre* rodeado por una verja de hierro que daba ingreso al edificio.

Jorge llegó á la puerta de la verja.

Se detuvo allí y sus miradas abrazaron de una ojeada el cuadro que ante su vista se ofrecia.

En medio del jardin un grupo de negros estaban mirando hácia uno de los balcones de la casa.

En se él hallaba el amo de Zoé.

Del grupo se exhalaban aquellos gemidos lastimeros que habian escuchado los dos amigos.

Zoé era castigada con una crueldad inaudíta.

Al verla Jorge no fué dueño de contenerse.

Se separó bruscamente de su amigo, y se lanzó hácia el grupo de esclavos.

Temblando de cólera cogió á la jóven en sus brazos, y dando un fuerte empellon á los que la estaban atormen-

tando, alzó sus ojos hácia el balcon, y gritó dirigiéndose al dueño:

—¡Infame!... quien procede de esta manera con una mujer, no merece mas que el desprecio; baja si te atreves á arrancarla de mis brazos.

El plantador, ciego de cólera, penetró en la habitacion, cogió una carabina, y asomándose de nuevo al balcon, apuntó con ella al jóven, diciéndole:

—Suelta á esa mujer; es mi esclava, y puedo hacer con ella lo que quiera.

—Pero yo estoy aquí para impedirlo.

—Deja esa mujer.

—Nunca.

—Pues entonces muere.

Y al decir estas palabras disparó, y quizá aquel momento hubiera sido el último de la existencia de Jorge, si su amigo que habia penetrado detrás de él, no le hubiera separado violentamente librándole de la bala, que fué á hundirse en el pecho de otro negro que habia á su espalda.

XII.

Entonces Jorge y su amigo echaron á correr en direccion á la casa de aquel, sin que los negros, aterrados por la muerte de su compañero, se atrevieran á seguirlos.

Cuando el *yankée* bajó al *parterre* ya nuestros fugitivos estaban bastante lejos.

Comprendió que seria inútil el tratar de perseguirlos, y sintió una cólera doblemente terrible contra aquel hombre que le arrebataba una esclava de quien estaba enamo-

rado, y habia sido causa de que matase á uno de sus mejores esclavos.

Jorge y su amigo conduciendo á la pobre Zoé, que apenas podia moverse, llegaron á su casa.

Inmediatamente la prestaron los socorros que su situacion exigia.

Pero ¡ay!... estos tenian que ser poco duraderos por desgracia.

El plantador recurrió al *Scheriff*, y este se personó en casa de Jorge á reclamar la esclava.

El jóven vió que su amada volvia á caer de nuevo en poder de aquel hombre, y su furor no tuvo límites.

Al dia siguiente los dos hombres se encontraron en medio de un bosque.

Su desafío, á la manera de los de los *yankées*, tiene cierta solemnidad especial é indescriptible.

El amo de Zoé, sin aguardar á que uno de los padrinos diese la señal convenida, disparó sobre nuestro amigo y le hirió en un brazo.

XIII.

Cuando Jorge quiso hacer fuego no pudo.

El arma se escapó de sus manos, y él cayó rodando derramando un raudal de sangre por su herida.

Nuestro pobre amigo fué trasportado á su casa sin sentido, y cuando lo recobró, fué para exigir de su amigo y de sus esclavos que arrebatasen á Zoé del poder de su tirano.

Dos dias despues, y en medio de la noche, un grupo de esclavos, dirigidos por algunos amigos de Jorge, pene-

traron en la plantacion donde estaba Zoé, y aprovechándose de la sorpresa de un repentino ataque, cogieron á la esclava, la llevaron á New-York, y la embarcaron en un buque que salia para Liverpool, acompañada por uno de los esclavos favoritos de Jorge.

XIV.

El plan hábilmente trazado, y llevado á efecto con una destreza admirable, dió el resultado apetecido.

Poco tiempo despues Jorge realizó toda su fortuna; dió la libertad á sus esclavos, se llevó á algunos de los que quisieron acompañarle á Europa, y se dirigió hácia dónde le esperaba Zoé.

Algunos dias despues de su reunion la Iglesia santificaba su matrimonio.

Diez meses despues, la mulata tuvo un niño, al cual le pusieron el mismo nombre de su padre, y que es el Jorge que nosotros hemos conocido, y cuyo sueño estamos analizando, por decirlo así.

CAPITULO LXXI.

Sufrimiento de una mujer.—Continuacion del martirio de un hombre.

I.

Tenemos que abandonar por algunos momentos el sueño de Jorge.

Necesitamos que nuestros lectores se aperciban de la situacion de otros personajes, y como ya tenemos poco espacio de qué disponer, no podemos por menos de saltar de un punto á otro á fin de que no se queden incompletas algunas de las acciones que se siguen en nuestra obra.

Hecha esta pequeña salvedad continuaremos.

II.

Indudablemente existe una Providencia.

El negarlo seria un absurdo, y nosotros, en esa parte, somos muy creyentes.

Esta Providencia se vale las mas de las veces para castigar al hombre que ha pecado, de las mismas armas, por decirlo así, de los mismos medios, de que se ha valido para cometer aquellos.

Ejemplos de esta especie estamos presenciando todos los dias.

Un ejemplo de esta especie es el que nosotros vamos á presentar á nuestros lectores, segun ya hemos iniciado en un capítulo anterior respecto á D. Lúcas.

Cármen cada dia iba ganando mas terreno en el corazon del agente.

Decimos mal hablando del corazon.

Para el agente no habia corazon, no habia mas que un deseo infinito, obcecado, monstruoso, si se nos permite esta frase.

La belleza espléndida de la jóven le seducia.

Escitaba sus sentidos, y hubiera dado un mundo, si posible le hubiera sido, por la posesion de ella.

III.

Pero Cármen comprendia en lo que estribaba su fuerza.

Si se dejaba vencer era perdida.

Y por lo tanto resistia constantemente las asechanzas del viejo.

Y aquella lucha inmensa sobrepujó á las fuerzas de Cármen.

Porque para conseguir su objeto tenia que mantener siempre constante la escitacion de D. Lúcas.

Y esta escitacion no podia mantenerla mas que halagándole, si podemos espresarnos así.

Y ora una palabra cariñosa, ora una abrasadora mirada trastornaban la razon del agente, que cada vez estaba mas supeditado á aquel poder misterioso, al cual ni acertaba ni podia evadirse.

Y la pasion de aquel hombre tomaba, en momentos dados, un carácter tan repugnante, que hacia concebir mucho temor á la pobre jóven.

Pero sobre aquel temor y el disgusto que le causaba la conducta de D. Lúcas, estaba la deuda que tenia contraida con Andrés.

Con Andrés, á quien no habia vuelto á ver, y á quien suponia desesperado por la pérdida de aquellos papeles que ella le habia arrebatado.

Y cuando comparaba el lenguaje apasionado, franco y enérgico del marino con el obsceno y brutal del agente, su repugnancia hácia este último se hacia estraordinaria.

Mas para volver á escuchar de nuevo al marino, necesitaba valerse de aquel hombre.

IV.

Los papeles estaban en poder de D. Lúcas y á este solo podia arrebatárselos ella.

Pero arrebatárselos venciéndole para siempre.

El deseo del agente, si ella sabia utilizarlo, podia ser un arma poderosa para conseguir su objeto.

Y entretanto D. Lúcas sufria de una manera terrible.

Los ojos acariciadores de la jóven, al posarse sobre los suyos, le hacian estremecerse.

Sus palabras, ora tiernas y suaves, ora irritadas y frias, le causaban un malestar indescriptible ó una alegría infinita, pero punzante siempre.

Y solo vivia para Cármen.

Y la veia en todas partes y soñaba con aquella jóven encantadora y voluptuosa.

Y el pobre viejo se desesperaba.

Su deseo crecia á cada instante, y cuando creia que iba á conseguirlo se quedaba defraudado, sin saber cuándo ni cómo podria realizarlo.

Además, aquella mujer le hablaba de una cosa que tambien inquietaba su mente, Cármen le hablaba del conde de la Torre.

Y el banquero era la espina que atarazaba sin cesar el corazon del agente.

Porque este sentia una envidia tremenda hácia su antiguo cómplice.

Y como consecuencia de la envidia, un ódio terrible.

Y Cármen tambien aborrecia á aquel hombre, porque aquel hombre la habia ofendido cruelmente.

Y D. Lúcas, que se hallaba completamente subyugado por aquella mujer, tenia, por decirlo así, nuevos motivos para odiar al conde.

Y escitaba su aborrecimiento y su deseo, y sin poder conseguir la realizacion de éste hasta que no satisfaciese aquel, el agente pasaba dias terribles, como ya hemos dicho en otro lugar.

Y mucho mas terribles por otra porcion de razones que vamos á esplicar.

V.

Hasta ahora D. Lúcas ha figurado poco en nuestra obra, aunque es uno de los personajes mas importantes, y por lo tanto no hemos podido detallarle de una manera terminante y clara para que nuestros lectores puedan conocerle.

D. Lúcas era la avaricia personificada.

Desde su mas tierna edad, para él no habia existido mas Dios ni mas ley que el dinero.

No teniéndolo por herencia, necesariamente tenia que adquirírselo.

Pero la ruindad de su corazon no le permitia trabajar para adquirírselo noblemente.

Siguió la carrera de escribano, y desde que empezó á estudiar, se trazó la línea de conducta que habia de seguir.

Y jamás se apartó de ella.

D. Lúcas era un avaro *sui géneris*.

Generalmente se nos pinta á los avaros como hombres ruines, cobardes, y solo con un pensamiento fijo, el de atesorar caudales sin reparar en los medios.

El avaro no tiene sentimiento alguno humanitario, y poseyendo solo el instinto de crueldad del tigre, está exento de su fuerza y de su valor.

VI.

Pero en el agente no regia esta regla.

El usurero, por lo regular, es débil, desconfia de todo,

y en su diccionario solo tiene una palabra, que es el positivismo.

De todo duda, y solo cree en el oro que amontona, y el negocio que ha realizado.

No se aventura en especulaciones arriesgadas, porque estas las teme por la probabilidad de perder.

Y no trata de hacer daño directamente por temor de que este no se volviera en contra suya, amenazándole perder lo que habia ganado.

Pero D. Lúcas era una escepcion de esta regla.

Se arriesgaba á mucho, porque tenia la seguridad de su destreza y de su hipocresía.

Mas de una vez habia jugado el todo por el todo, y su ingenio y su audacia le habian sacado adelante.

Sus gastos eran sumamente reducidos; nada de supérfluo habia en ellos, y á veces carecia de lo necesario.

Poseia el don de la palabra, y unas veces brusco y arrebatado, otras dulce é insinuante, conseguia dominar completamente á la persona á quien trataba de esplotar.

Para aquel hombre todo era cuestion de cálculo.

VII.

Es demasiado comun en las personas que sienten ese deseo insaciable de riquezas, estar supeditadas, por decirlo así, por otras pasiones como el juego, las orgías ó el lujo.

Pero ninguno de estos vicios tenia el agente.

Y no era porque no sintiese ó hubiese sentido alguna vez un estremecimiento estraño, al escuchar la descripcion de algun banquete suntuoso, ó al penetrar en las lujosas

habitaciones de alguno de sus clientes, ó al oir el relato de una fortuna improvisada sobre una mesa de juego.

Aquel hombre poseia una voluntad de hierro, y bajo ella plegaba y oprimia todos los sentimientos y todas las pasiones de su corazon.

Y D. Lúcas tenia una reputacion de probidad escandalosa, si podemos decirlo de este modo.

Se le creia mas seguro que todas las sociedades de crédito y el *non plus ultra* de la incorruptibilidad.

Y primero en Sevilla y mas tarde en Madrid, los negocios le afluian de todas partes, y los depósitos llenaban por completo sus cajas.

VIII.

Y aquel hombre acariciaba el oro que confiaban á su custodia como el padre acaricia á un hijo, á quien ha visto crecer y desarrollarse, gracias á la multitud de cuidados, de inquietudes y de desvelos que se ha tomado para que llegase á semejante situacion.

Porque un depósito que le confiaban representaba para él un sinnúmero de cálculos, una astúcia, una habilidad, un arte, en fin, que lo encontraba compensado con la posesion de aquellas sumas.

Y se apegaba tanto á aquel dinero que no acertaba á separarse de él.

E inmediatamente comenzaba otra série de cálculos y de infamias para ver de apropiárselos por completo.

Y aquí estaba el riesgo de que antes hemos hablado, riesgo que desafiaba impávido sin otras armas que su habilidad y su hipocresía.

Y como ya hemos dicho antes, D. Lúcas dominaba por completo todas sus pasiones.

Todas escepto una.

IX.

La organizacion oprimida, si podemos valernos de esta frase, constantemente por el círculo de bronce de su voluntad, habia poco á poco concentrado todas sus sensaciones, todas sus pasiones en una sola.

Pero potente, terrible, y que hacia que aquel hombre en momentos dados perdiese la máscara de su habitual prudencia y circunspeccion.

La materia se evadia de aquella presion que le atormentaba, y un deseo impuro, ardiente, inmenso y dominador obstruia la inteligencia y cegaba los ojos del agente.

Y este hombre, que se habia condenado á un celibatismo absoluto por no tener una mujer que espiase sus acciones, que aumentase sus gastos, y sobre todo, porque en su corazon metalizado completamente, no habia lugar para sentir las tiernas afecciones de la esposa; este hombre, repetimos, sufria tormentos horribles al ver una mujer, y sus ojos brillaban de una manera estraña, y la lujuria resplandecia en su semblante, avasallando por entero la voluntad del agente.

Y conforme los años habian ido trascurriendo, aquella fiebre impura que le devoraba habia tomado mas cuerpo, y el apetito carnal era su verdugo mas tremendo cada dia.

X.

Y entre el deseo por una parte y su criminal avaricia por otra, el agente habia enflaquecido semana por semana, concentrándose, aunque á su pesar, toda la vida, toda la sensualidad en la sangre que circulaba por sus venas.

Así es, que dados estos antecedentes, se comprenderá muy bien lo que sufria aquel hombre desde que Cármen estaba en su casa.

Habia empezado haciendo gastos y esto para él erá un dolor terrible.

Y solamente por la profunda impresion que la jóven le habia causado lo hizo.

Y seguia haciéndolo, porque de esa manera creia obligarla mas á acceder á sus exigencias.

XI.

Cármen, por su parte, á los pocos dias de estar en casa del agente conoció el influjo que sobre él ejercia, y mas tarde, cuando ya estuvo convencida de que su amo se habia trasformado completamente en esclavo, despejó la incógnita diciéndole un dia que él la estaba contemplando con delicia:

—Vamos, D. Lúcas, hablemos francamente.

—¿De qué, hija mia? la prèguntó el agente sorprendido.

—¿Qué es lo que V. se ha figurado de mí?

—¿De V.?... no comprendo...

—Veo que seré yo la que tengo que decirlo todo.

Y Cármen, al pronunciar estas palabras, arrojó al agente una mirada tan cargada de voluptuosidad, que este no pudo menos de estremecerse.

XII.

Cármen prosiguió:

—La manera de entrar yo en casa de V. ha sido bastante estraña, y V. sin duda no podrá adivinar el objeto de ella.

—Ya me lo dijo V.

—Es que á veces no es la verdad la que se dice.

—Segun eso, V....

—Le engañé, contestó con impudencia la jóven.

—Muy mal hecho, contestó D. Lúcas tratando de dar á su semblante un aire de gravedad imposible completamente en la situacion en que se hallaba.

—Mi objeto al entrar en casa de V., fué el de vengarme de una persona.

—¿Del conde de la Torre?... dijo vivamente D. Lúcas.

—Sí, señor; del mismo; y para esto V. podria servirme á las mil maravillas.

—¿Es decir, que me tomó V.?...

—Como un mero instrumento.

—En ese caso, yo que no acepto semejantes papeles, puesto que para nada la sirvo, creo que es inútil la permanencia de V. en esta casa, dijo el agente, que sintió germinar en su corazon una cólera inmensa al ver el descaro de Cármen.

—Como V. guste, repuso esta con indiferencia; entonces elegiré otro sistema para vengarme del conde; me iré

á su casa, donde será perfectamente recibida; y con mis halagos y mi amor torturaré el alma de aquel hombre.

XIII.

Y la jóven se levantó de la silla y se dispuso á salir de la habitacion.

Pero D. Lúcas se apresuró á detenerla.

Y la detuvo, porque su pasion habló mas alto que su corazon, y le ofuscó de nuevo.

Por un instante tuvo la idea de despedirla de su casa, toda vez que ella misma le habia confesado con un descaro inaudito, que solo habia pensado utilizarle como un mero instrumento de su capricho; pero cuando Cármen lo hizo, fué porque sabia á ciencia cierta el absoluto dominio que sobre él ejercia.

El agente amaba á su modo á la jóven, y la amaba como á sus tesoros, de una manera avara y terrible.

Y la sola idea vertida por Cármen de irse á la casa del conde, D. Lúcas sentia un furor celoso que aumentaba el ódio que tenia al banquero.

Consideró instantáneamente que si aquella mujer tan encantadora se iba de su casa, podia prodigar á otro hombre las caricias y los halagos que él deseaba, y antes que consentir semejante cosa, estaba dispuesto á todo.

XIV.

Así fué que al ver el movimiento de Cármen, se lanzó á detenerla, diciendo:

—¿Pero dónde vá V.?...

—V. me despide...

—¿Yo despedir á V.?... yo que no vivo mas...

Y D. Lúcas no pudo proseguir, porque una mirada que respiraba un desden glacial, fué á cortar la palabra que iba á brotar de sus lábios.

Cármen le dijo:

—Vamos, D. Lúcas, acabe V. de esplicarse.

Y al mismo tiempo cambió la irradiacion de sus ojos, y sus pupilas destellaron una mirada tan acariciadora, que el agente, no pudiendo sostenerla, cerró los suyos, esclamando:

—¡Oh!... no me mire V. así.

XV.

Cármen se sonrió de una manera indefinible, y al cabo de algunos momentos dijo:

—Está visto que V. se ha enamorado de mí.

—¡Oh!... y en este solo monosílabo espresó D. Lúcas todo el mundo de deseos que se abrigaba en su corazon.

—Pero V. se ha enamorado de mí á su manera.

—¿Cómo?...

—Su amor de V. no es amor, es deseo.

—¿Y qué mas tiene?... preguntó el agente fijando una mirada avara sobre la seductora fisonomía de Cármen.

—¡Phe!... para V. nada, contestó esta con indiferencia.

—¿Pero puesto que V. sabe que yo la amo?...

—Qué es lo que le contesto, ¿no es cierto?

—Sí, eso mismo, dijo D. Lúcas con acento anhelante.

—Antes he de fijar mis condiciones.

—¿Pero despues?...

—Despues, ya veremos.

—Hable V., hable V.

—En primer lugar, á nadie mejor que á V. consta que no he nacido para ser criada de nadie.

—En cuanto á eso, ya habrá V. visto que mi conducta no ha sido la de un amo; porque ¿cómo ha de ser criada la mujer á quien yo adoro?

XVI.

—O á quien desea, que es lo mismo, repuso Cármen; bien; pasemos á lo segundo, y á lo mas principal.

—¿Y es?...

—A V. le consta perfectamente los medios tan viles y tan infames de que se valió el conde de la Torre para supeditarme á su voluntad.

—¡Oh!... no hablemos de ese hombre, dijo D. Lúcas con un acento que espresaba perfectamente el aborrecimiento que tenia á su antiguo consocio de crímen.

—Pues esa es precisamente la piedra de toque.

—¿Por qué?

—Porque yo no olvido fácilmente nada de cuanto se haga.

—¿Y desea V.?...

—Vengarme de ese hombre.

XVII.

Y al pronunciar estas palabras, sus ojos negros lanza-

ron otra mirada apasionada é intensa que hizo estremecer al agente.

—Pero ¿de qué modo?... preguntó este.

—Cuando se ama y se desea conseguir un objeto, no se pregunta el modo, contestó Cármen con desden.

—¡Oh!... por Dios, Cármen, no me hable V. de esa manera, dijo D. Lúcas, que padecia tormentos horribles.

—¿Pues cómo quiere V. que lo haga?

—Todo, menos ese desden con que me trata V. en algunas ocasiones.

—Vamos, está visto que el amor vuelve estúpidos á los hombres, dijo Cármen arrojando una carcajada sonora que llenó de cólera á su señor.

—Eso es; ríase V. de mí.

—¿Y cómo no reirme, cuando le oigo decir ridiculeces?

—Pero...

—Ea, acabemos de una vez, ¿me ama V.?... preguntó Cármen con atrevimiento, posando sus ojos en los del agente.

—¿Que si amo á V.?... pídame cuanto quiera; mi oro, mi crédito, todo cuanto poseo, y podrá V. convencerse de mi amor, contestó aquel con un acento que espresaba perfectamente lo furioso de su pasion.

—¡Oro!... ¿y para qué me serviria?... ¿En qué podia yo emplear su crédito?... vamos, ¡decididamente V. está loco!...

XVIII.

Y Cármen volvió la espalda á D. Lúcas con un ademan de desprecio, pero tan provocativo á la par, que aquel no

pudo por menos de rugir de furor y de deseo.

—¡Oh!... ¡esto es horrible!... esclamó D. Lúcas; esta mujer me martiriza, y yo no puedo vengarme de ella.

Cármen volvió á arrojar otra segunda carcajada, mostrando la doble hilera de sus dientes blancos como el marfil, y entreabriendo sus lábios frescos, sonrosados é incitantes como los de una vacante.

El agente se retorcia las manos con desesperacion.

XIX.

La jóven le dijo al cabo de un momento, revistiéndose súbitamente de una seriedad estraordinaria:

—Todos esos arrebatos es necesario que cesen.

—¡Me hace V. sufrir de una manera!...

—Yo no quiero que nadie padezca por mi causa, mas que aquel que me ha ofendido.

—Pero ¿y yo?... ¡yo, que no trato mas que de hacer todo cuanto V. quiera!

—Por esa misma razon voy á dejar á V. en paz.

—¿Cómo?... dijo D. Lúcas temblando por la gravedad del acento de Cármen.

—Marchándome de su casa, contestó esta.

—¡Marchándose!... ¿y cree V. que así me quedaria tranquilo?... ¡Ese seria el refinamiento de la crueldad!... no, no se marche V., ¡yo haré cuanto quiera!...

Y el agente, tembloroso y agitado, trató de cojer una mano de la jóven.

XX.

Pero esta le rechazó suavemente, y con un timbre de voz armonioso y dulce le dijo, al par que sus pupilas destellaban una mirada fascinadora:

—¿Con que hará V. todo cuanto yo quiera?...

—Todo.

—¿De veras?

—Hasta cometer un crímen, contestó el agente con voz opaca.

—¡Oh!... si así fuera, creo que podria amar á V., dijo Cármen con feroz exaltacion, brillantes los ojos de entusiasmo, encendidas las megillas y agitado el seno.

XXI.

Don Lúcas la contemplaba estasiado.

Sus deseos se escitaban doblemente al admirar los encantos de aquella mujer, y la impureza del fuego que le devoraba se traslucia en su rostro.

—Bien, ¿y qué quereis que haga? preguntó á la jóven.

—Vengarme del conde.

—¿De qué modo?

—Hiriéndole en el corazon de una manera terrible; V. me ha dicho muchas veces que ese hombre ha cometido crímenes; quítele las pruebas de ellos, y el dia en que yo las tenga en mi poder, entonces...

Y Cármen se detuvo al pronunciar estas palabras, fijando su encendida mirada en el agente, que trémulo y anhelante tenia fija su avarienta pupila.

—¿Y entonces, qué?... la preguntó.

—Entonces creo que, loca por el placer que semejante posesion me causará, caeré en sus brazos.

—¡Oh! pues las tendreis, yo os lo juro, contestó el agente cuya razon se iba ofuscando cada vez mas, hasta el punto que, escitado por la suprema belleza de la jóven, se lanzó hácia Cármen diciéndola:

—¡Oh!... ¿Y por qué esperar tanto esa delicia infinita?

XXI.

Pero la jóven no perdia de vista ninguno de sus movimientos y al reparar su accion se levantó rápidamente y de un salto se puso en el otro estremo de la estancia diciendo:

—No, cuando mi venganza esté satisfecha.

Y Cármen, despues de arrojar á su víctima otra mirada mas fascinadora que las anteriores, por medio de un movimiento ejecutado con suma rapidez, se puso junto á la puerta por la que desapareció antes que el agente pudiera volver en sí de la violenta emocion que habia esperimentado.

XXII.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... murmuró Cármen en cuanto penetró en su habitacion, dejándose caer sobre una silla y espresando en su rostro un desaliento y un cansancio inesplicables; esta lucha me mata, ese miserable cada dia va adquiriendo nuevos instintos de fiera, y yo no pue-

do, me repugna estar frente á frente con él.

Al mismo tiempo D. Lúcas se retorció las manos con desesperacion murmurando:

—¡Esta mujer es un demonio!... me está haciendo que me abrase en un fuego desconocido, y sin embargo, yo no puedo arrojarla de mi casa.

CAPITULO LXXII.

Continuacion del sueño de Jorge.

I.

Jorge fué á establecerse en Italia con su esposa y su hijo.

Allí se deslizaron tranquilos los primeros años de la existencia de nuestro amigo.

Algunos de los esclavos que Jorge se habia traido continuaron á su servicio, y la pobre Zoé que al bautizarse habia tomado el nombre de Genoveva, respiraba tranquila y dichosa al lado de su esposo, de su madre y de su hijo.

¡Cuán ajena estaba de que el gabilan acechaba su presa!

En su felicidad entonces, se olvidaba de su dolor pasado, y no recapacitaba que su antiguo dueño sir Arturo,

no perdonaria jamás, ni olvidaria nunca á la esclava que un capricho de la suerte le habia arrebatado.

De nada de esto se acordaba; en nada de esto podia pensar, así como tampoco pensaban en ella ni Jorge ni ninguno de aquellos esclavos que habian contribuido con tanta eficacia á salvar á la jóven del poder de su verdugo.

II.

En este estado trascurrieron algunos años.

El niño Jorge seguia creciendo y sus padres gozando con el desarrollo de su precoz inteligencia.

Los esclavos, que jamás habian sido tales en la casa de Jorge, y que lo eran mucho menos desde que se hallaban en Europa, bien se habian casado algunos ó bien permanecian en la casa, segun hemos dicho en otro lugar.

Entre los primeros estaba un jóven africano que al casarse, perfectamente protegido por su señor, se estableció en Génova dedicándose al comercio.

Jorge asoció algunos capitales á sus especulaciones con tan buena suerte, que muy pronto el negro vió duplicadas sus riquezas, y Jorge no tuvo motivo alguno para arrepentirse de la confianza que habia depositado en él.

Un dia recibió nuestro amigo una carta cuyo contenido no pudo menos de causarle bastante mal efecto.

III.

El comerciante de Génova le decia que en aquel punto habia desembarcado hacia dos ó tres dias el caballero Arturo, antiguo amo de Zoé.

Sabian demasiado que de aquel hombre nada bueno podian prometerse en el caso de que llegara á descubrir su retiro.

Así fué que redoblaron su vigilancia, y esperaron á los acontecimientos, que vinieron, por desgracia, demasiado pronto.

Sir Arturo supo con un furor infinito que Jorge, lo mismo que Zoé, habian conseguido burlar su persecucion.

Habria dado gustoso una parte de su existencia por saber dónde habian ido á parar.

Pero Jorge precabiendo perfectamente cuanto pudiera suceder, habia tenido muy buen cuidado en borrar todas las huellas de su marcha.

De manera que el plantador no tuvo mas remedio que resignarse á considerar como perdida á su esclava favorita.

IV.

Vino á Europa; estuvo viajando durante algun tiempo y se convenció por fin de que era infructuoso cuanto hiciera para encontrar á aquella mujer que él habia deseado con el ardor que le caracterizaba.

Y comprendiendo sus inclinaciones, comprendiendo su carácter, fácilmente adivinaremos que aborreceria á Jorge de una manera implacable; de una manera tal que habria hecho gustoso el mayor sacrificio del mundo con tal de haberse podido vengar de él.

Así fué que regresó de nuevo á su pais.

Pero su cabeza y su corazon le llamaban á Europa, y realizó una parte de sus bienes y regresó de nuevo á las

tierras donde sospechaba con harto fundamento que debia encontrarse Jorge y la esclava.

Era una empresa y un pensamiento el de aquel hombre que solamente un inglés pudiera concebirlo y solamente él llevarlo á cabo.

Y se pasó algunos años recorriendo una y otra nacion sin encontrar á las personas que iba buscando.

Y de esta manera llegó á Génova.

En todos los puntos á donde llegaba, su primera diligencia era la de averiguar iglesia por iglesia ó en los registros civiles de los ayuntamientos, si se habia bautizado, si se habian casado Jorge y la esclava, ó bien si constaban avencidados en aquel punto.

En esta obra habia pasado una porcion de años, y habia consumido una gran parte de su capital.

V.

En Génova fué mucho mas feliz.

Encontró las huellas de su hombre, y su corazon se estremecia de gozo al entrever la nueva felicidad que iba á saborear con la venganza que tomaria de Jorge y de la jóven.

Con las noticias que habia recibido se conceptuó feliz.

Inmediatamente se puso en marcha para la *villa* que poseia Jorge á pocas leguas de la ciudad.

Estaba impaciente por contemplar de una ó de otra manera á las dos personas, que á pesar de cuantos esfuerzos él habia hecho, por fin habian conseguido vencerle.

Y efectivamente, oculto en sitio desde el cual nadie

podia verle, espió, con una ansiedad indescriptible, el momento en que poder ver á la jóven.

Y cuando se enteró de que tenia un hijo, cuando se le reveló, por decirlo así, la nueva aureola que circundaba la frente de aquella mujer, la deseó con mas violencia.

Y su pensamiento no cesó un dia y otro de forjar cien proyectos á cual mas absurdos para obtener de aquella mujer á la fuerza lo que de grado era completamente imposible que pudiera esperar nunca.

Y al pensar esto aquel hombre se escitaba mas poderosamente su cólera y habria hecho cuanto hubiera sido posible por obtener de Zoé que le amase sin tener que recurrir para conseguirlo á los medios que iba á recurrir.

VI.

La mulata habia adelantado en hermosura de una manera inconcebible.

Su cambio de estado y su cambio de vida, como es consiguiente, tuvieron en ella una parte muy activa.

Así era, que el caballero Arturo se decidió á toda costa á poseerla.

Y fueron trascurriendo dias y el esclavo comerciante de Génova le avisó que habia desaparecido de allí el *plantador* y la calma volvió á restablecerse entre nuestros amigos, quizá cuando tenian mas próximo el dolor.

El Jorge que nosotros hemos visto ya, era un niño de siete años entonces, con una inteligencia muy superior á su edad.

VII.

Para mayor inteligencia de la escena que vamos á referir diremos que la *villa* que ocupaba la familia de Jorge estaba edificada en la ladera de una montaña, y que buscando el buen golpe de vista y la buena situacion habian prescindido de la compañía, y por lo tanto, se encontraba bastante aislada.

Una noche todos dormian tranquilamente en la casa.

De pronto se vieron despertados por el resplandor rojizo de las llamas que invadian la casa por todas partes.

El humo los ahogaba.

Los criados, buscando su salvacion, se olvidaron en los primeros momentos de sus amos.

Pero, sin embargo, pasados aquellos primeros momentos y auxiliados por las personas que acudieron, se lanzaron entre las llamas con estraordinario arrojo y valentía.

Pero ¡ay!... no pudieron encontrar mas que un cadáver.

Este era el de Jorge.

En cuanto á la madre y al hijo habian desaparecido.

VIII.

Hé aquí lo que habia pasado.

Arturo habia reunido una de esas hordas de brigantes que tanto abundan por Italia y protegidos por el aislamiento en que se encontraba aquella casa penetraron en ella.

Jorge, su esposa y su hijo dormian en un estremo del edificio y los criados algo mas distantes.

Arturo sabia esto perfectamente y en su consecuencia penetró en la casa y se dirigió á las habitaciones de aquellos.

Entonces pasó una escena horrible.

Sorprendido Jorge en medio de su sueño no pudo ni defenderse ni defender tampoco á su esposa y á su hijo.

Los sicarios del plantador le hirieron mortalmente y Arturo se atrevió á insultar la agonía de su víctima pintándole con los colores mas sombríos el porvenir que reservaba á Zoé y á su hijo.

IX.

El niño miraba aquella escena de esa manera intensa y ávida que caracteriza á la persona que quiere hacer que un objeto se quede perfectamente grabado en su pensamiento.

El miserable trató de borrar las huellas de su crímen prendiendo fuego á la casa, dejando en ella el cadáver de Jorge, y habiendo arrebatado antes á su antigua esclava y al niño.

Al dia siguiente llegaron á Génova.

Un bergantin anglo-americano los esperaba en el puerto.

Se embarcaron en él y aquella misma noche levó anclas haciendo rumbo para los Estados-Unidos.

X.

El haber encontrado el cadáver de Jorge lleno de heri-

das hizo creer con bastante fundamento que su muerte, así como el incendio de su casa, no habia sido un accidente puramente casual.

Se principiaron á hacer averiguaciones, pero fué completamente imposible descubrir la verdad.

Solo una persona lo sospechó, pero á nadie comunicó sus sospechas.

Esta persona fué el comerciante de Génova en cuyo poder existia la mayor parte de la fortuna de Jorge.

Este negro tan honrado y tan leal á sus antiguos señores, se hizo un deber de buscar á Zoé y á su hijo y siguió administrando aquellos bienes y asociándolos á sus empresas de la misma manera que lo habria hecho si hubiese vivido su antiguo amo.

Arturo entretanto, y con arreglo á los derechos que las leyes conceden á los propietarios de esclavos, instaló en su casa á Zoé y á su hijo, produciéndole aquello la ventaja de haber aumentado el número de las gentes de color que tenia en su plantacion con un individuo mas, que era nuestro pequeño Jorge.

XI.

Entonces principió para Zoé la verdadera época de sufrimiento y de dolor.

Lo que jamás hubiese hecho por sí ni por su esposo, lo hizo por su hijo.

Por librarle de los malos tratamientos de su tirano cedió ante su capricho.

Pero Arturo era un miserable y una vez satisfecho su deseo, volvió á Zoé á su condicion de esclava y el látigo

tornó de nuevo á cruzar las espaldas del pobre niño.

Y jamás se exhaló una queja de los lábios de Jorge.

Siempre altivo, orgulloso siempre, parecia desafiar con su impasibilidad marmórea los castigos que le imponia su verdugo.

El mas asíduo al trabajo, pero el mas meditabundo y el mas pensador en las horas de holganza, parecia que estaba madurando un proyecto superior á su edad y á su inteligencia.

De esta manera trascurrieron algunos años.

Cuando Jorge cumplió los diez y siete, su madre le reveló todos los misterios que habia en su existencia.

Jorge estuvo escuchándola con una atencion profunda.

Y de la misma manera que en otra ocasion habia tratado, por decirlo así, de empaparse perfectamente en la escena de sangre que tuvo lugar en su casa, de la misma tambien grabó aquella historia tristísima que su madre le referia.

XII.

Por entonces llegó á New-Yorck un hijo de aquel esclavo comerciante que ya saben nuestros lectores estaba en Génova. Con las instrucciones que su padre le habia dado se proporcionó recomendaciones para Arturo y efectivamente se dirigió á su casa.

Averiguó cuanto queria.

Supo que Jorge y su madre existian aun y se puso en contacto con ellos.

Al saber Jorge el auxilio con que contaba, sintió que renacian sus esperanzas con nueva fuerza y dió á su proyecto un nuevo giro.

Jorge tenia que vengar á su padre y á su madre.

Se puso de acuerdo con el hijo del comerciante y ya hasta marcaron el dia en que habian de evadirse.

Pero este plan tan bueno estuvo á punto de fracasar.

XIII.

Zoé agostada por los pesares, sin poder soportar por mas tiempo la humillacion de haber sido la manceba del asesino de su esposo, no pudo resistir á aquellos dolores y espiró al cabo de dos dias de sufrimientos y de angustias.

Esto retrasó algun tanto el movimiento de nuestro amigo.

Pero por fin se levantó potente y altivo desplomándose, por decirlo así, sobre Arturo, que no pudo menos de vacilar y de sobrecogerse en su presencia.

Jorge no tuvo piedad de él.

Le insultó hasta donde puede insultarse á un hombre, y finalmente le obligó á batirse.

Entonces la suerte estuvo de parte de nuestro amigo.

Su bala fué á esconderse en el corazon del yankée.

Entonces Jorge marchó á New-Yorck.

Se embarcó en el buque del hijo del comerciante y se dirigieron á Génova.

XIV.

El antiguo esclavo no faltó á la confianza que en él se habia depositado.

Jorge se encontró con un capital que no esperaba.

Sus ideas de libertad y de independencia le hicieron

amar con delirio á todos los pueblos que gemian bajo el yugo de la esclavitud.

Vino á España, y su cielo, sus mujeres y sus ideas le entusiasmaron.

Se asoció á la santa causa de la libertad y de la independencia, y en Sevilla fué, como habia dicho muy bien á la duquesa, uno de los que con mas ardor la defendieron.

Cuanto habia dicho á Blanca en la entrevista que ya conocen nuestros lectores era una verdad.

Sofocado el movimiento tuvo que huir, y en el largo cautiverio que siguió á su naufragio se fortificó mas en su resolucion de librar á los negros de la esclavitud en que vivian.

Y salió de allí.

Viajó por todas partes y en todas ellas adquiria un conocimiento mas y una manera para presentarse delante de la sociedad, segun él queria, segun deseaba hacer.

XV.

Despues, como para la grande empresa que él meditaba eran insuficientes sus capitales, tuvo necesidad de crearse, por decirlo así, capitales nuevos, para cuyo efecto se asoció á la *familia*.

Pero su genio no era para estar supeditado; su mision estaba por encima de todo aquello y por lo tanto ya hemos visto la manera que tuvo de absorber el poder supremo.

A su impulso se habian formado en América sociedades para la libertad de los negros y solo se esperaba un momento para dar el grito de libertad y de independencia.

CAPITULO LXXIII.

El despertar de Jorge.—El baron del Valle.—Cármen.

I.

Todo esto, que nosotros hemos tardado algunas páginas en referir, pasó por la imaginacion de Jorge con una rapidez estraordinaria.

En esos últimos momentos de la vida se adquiere en cierta clase de afecciones una lucidez estraordinaria.

Y merced á ella se representan todos los actos, todas las situaciones de la existencia, con una verdad pasmosa.

Jorge soñó, y su sueño le produjo cien encontradas sensaciones.

Pero todas ellas terminaron al llegar á los últimos años de su vida.

Entonces, acariciado por las miradas de todas las mujeres que habia amado, sobre las que se enseñoreaban Blan-

ca, Pilar y Clotilde, se quedó tranquilo, reposado y mas conforme que nunca.

II.

En aquellos momentos fué cuando entró Félix.

El marqués veia su dolor y no podia consolarlo.

Su situacion era una situacion escépcional.

Era la vida en la muerte.

Veia cuanto pasaba á su derredor, sentia la respiracion agitada de Andrés, percibia muy bien todo cuanto pasaba á su lado, pero ni podia despegar sus lábios, ni hacer movimiento alguno, ni sacar sus pupilas de aquella impasibilidad que tanto le asemejaba á la muerte.

Como habia dicho muy bien el doctor Perez, de él dependia el dejarle morir ó el devolverle la vida.

Abandonándolo era segura la muerte.

Para que resucitase, por decirlo así, no tenia mas que hacerle una pequeña sangría.

Llamada toda la sangre á la cabeza por efecto de la presion que habia esperimentado, le ahogaba.

Pero le ahogaba de una manera sosegada y tranquila.

Y cuando vió al doctor penetrar en la estancia, cuando leyó, por decirlo así, en su pensamiento y comprendió lo que iba á hacer y lo que pensaba no tuvo límites su furor.

Hizo un esfuerzo supremo.

III.

A otra naturaleza mas endeble quizá le hubiese hecho sucumbir la violencia de él.

Pero á la suya le dió una parte de vigor.

En aquel movimiento pudo arrastrarse hácia Perez y cogerle por una pierna en la puerta del gabinete donde trataba de penetrar.

Ya han visto nuestros lectores la sorpresa del médico al volver la cabeza y al encontrarse con el hombre á quien juzgaba casi un cadáver.

Así fué que quedó petrificado de espanto.

La mirada de Jorge, lúcida, implacable y dominadora, á pesar de su estado, se fijó en el doctor de una manera que le fascinaba.

Entonces nuestro amigo hizo un nuevo esfuerzo.

Remangó la manga de su bata, dejó al descubierto el brazo y le señaló una vena indicándole que pinchase en ella.

Aquellos movimientos lentos, monótonos y solemnes, por decirlo así, infundian un terror inesplicable al doctor.

Así fué que sin saber cómo, sin poderse esplicar la fascinacion á que obedecia, sacó su estuche del bolsillo, estrajo de él una lanceta y la abrió.

IV.

Los ojos del marqués principiaban á ponerse sanguinolentos.

Parecia que la sangre iba poco á poco ahogándole.

Y su respiracion era cada vez mas agitada.

El doctor cogió el brazo del marqués y aproximó la lanceta á él.

Pero su pulso temblaba de una manera estraordinaria.

Algun pensamiento estraño debia pasar por la imagi-

nacion de Jorge, porque levantó la mano y cogió aquella lanceta.

La limpió perfectamente con la bata y despues él mismo la introdujo en la vena.

Una mirada indescriptible, una de esas miradas características, por decirlo así, en el doctor, fué la que dirigió á Jorge, mirada de la que este no pudo apercibirse por hallarse bastante preocupado á la sazon con lo que habia hecho.

Y conforme la sangre iba saliendo, él se iba despejando.

Sus pupilas tornaban á humedecerse, respiraba con mas facilidad y sus miembros iban desentumeciéndose poco á poco.

El doctor no se atrevia á moverse.

Estaba fascinado como el pajarillo ante la vista de la serpiente.

Poco á poco Jorge fué incorporándose.

Se levantó por fin, y posando sobre el médico una mirada fria y altanera le dijo:

—¿Sabe V., doctor, que lo que acaba de hacer es bajo, miserable y cobarde?

V.

Perez no pudo contestar.

Jorge prosiguió:

—¿Sabe V. que su crímen merece la muerte?

Los ojos del médico despidieron un fulgor terrible.

Y trémulo, agitado y sin saber qué decir esperó las palabras de Jorge.

Estas no se hicieron esperar mucho.

—El que trata de penetrar los secretos del jefe de la *familia*, dijo, merece la muerte; el médico que abandona á un enfermo, cuando con una cosa sencillísima puede salvarlo, merece la muerte; á la cual ha tratado de condenar al paciente; y el amigo, que vendiéndose por tal, se aprovecha de la situacion de este para abusar de sus secretos, tambien merece la muerte; ya ve V., doctor, que por todas partes está condenado.

En aquel momento se abrió la puerta de la estancia y Félix se precipitó por ella.

El pobre jóven estaba impaciente por saber si el doctor habia conseguido devolver la vida al marqués.

Y desde la puerta de la habitacion aquella hasta la habitacion inmediata no cesaba de ir y volver, ansiando con impaciencia escuchar la voz de Jorge.

Y en el momento que pudo percibirla, cuando estaba dirigiéndole aquellos cargos tan severos, abrió la puerta y se precipitó en el aposento esclamando:

—Señor marqués, el cielo ha oido mis súplicas; gracias, doctor, prosiguió dirigiéndose á Perez; gracias, porque V. le ha salvado.

VI.

Un ligero tinte de vergüenza empañó las mejillas del doctor.

Jorge le dirigió una mirada indescriptible y le dijo con un acento ligeramente irónico:

—Sí, el doctor tiene un gran talento y sabe encontrar el secreto mas escondido que tiene la ciencia.

—Cuánto tengo que agradecerle desde hoy, dijo Félix.

—Vamos, doctor, añadió el marqués; tenga V. la bondad de dejarnos solos, tengo que hablar con Félix y recuerde V. muy bien qué le he dicho en mis últimas palabras.

Perez no contestó.

Sus lábios se agitaron convulsivamente y sin decir nada, sin mirar á nadie salió de la habitacion lleno de cólera y abrigando un aborrecimiento mucho mas grande hácia aquel hombre que de nuevo habia vuelto á dominarle.

En la habitacion inmediata se encontró el doctor á German.

VII.

El baron no habia faltado un dia á la casa de Jorge, á pesar de lo invisible que este se hacia.

El doctor le saludó apenas.

Iba murmurando palabras inconexas, y únicamente cuando salió á la calle una persona que hubiera tenido interés en escucharle pudiera haberle oido murmurar:

—Será preciso que recurramos al medio que propuso D. Lúcas para deshacernos de este hombre.

VIII.

Entretanto el marqués tendió su mano á Félix, diciéndole:

—Gracias, amigo mio, gracias; ha penetrado V. alguno de mis secretos, pero me alegro, porque es V. una persona digna de ello.

—Señor marqués, yo le prometo á V. que olvidaré todo cuanto he visto.

—Debe V. olvidarlo para todo el mundo.

—No tenia necesidad de que me dijese V. eso, repuso el jóven con un ligero acento de reconvencion.

—Sin embargo, á veces se dicen las cosas sin creer que se hace daño.

—¡Oh! no crea V. eso; tengo una buena escuela con el baron del Valle.

—¡Pobre baron! ¿hace mucho que no ha venido?

—Todos los dias, y ahora mismo está ahí fuera tambien.

—Ya le veré.

—¡Oh!... indudablemente debe ser un asunto de mucho interés el que tiene que ventilar con V., porque advierto en él cierta agitacion particular, cierto desasosiego, y aun aun me ha dejado entrever que le contrariaba de una manera estraordinaria y que podia perjudicar á alguno el no verle.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—¿Y está ahí ahora?

—Sí, señor; y triste porque no vé á V.

—¡Oh!... pues es necesario que este estado no se prolongue; llevo siete dias que no me he dedicado á mis negocios, y necesito hacerlo.

—¿Segun eso, quiere V. ver al baron?

—Sí, le veré.

Y al decir estas palabras Jorge se levantó y se dirigió á la alcoba donde estaba Andrés.

IX.

La respiracion de este se habia hecho mucho mas tranquila.

El marqués le contempló con asombro.

Le tomó el pulso, y murmuró con un acento visiblemente satisfecho:

—¡Caramba, se conoce que la crísis anterior fué la decisiva; ahora está bien; ya se ha salvado!

Entonces preparó en un momento una pocion que el enfermo tomó perezosamente volviendo á dejar caer la cabeza sobre la almohada.

El marqués se separó de la cama, y dirigiéndose á Félix, le dijo:

—Vamos á ver al baron.

—Vamos allá.

Y nuestros amigos salieron á la habitacion inmediata donde les esperaba German.

Pocos momentos despues el baron y el marqués estaban en el gabinete particular de este.

—Amigo mio, decia Jorge; me ha dicho Félix que tenia V. que hablarme; que le contrariaba estraordinariamente el no haberme visto, y por lo tanto yo no he vacilado en separarme de la cabecera del enfermo para venir á escuchar á mi buen amigo.

—¡Oh!... gracias, marqués; tenia deseos de ver á V. porque efectivamente quiero hablarle de un desgraciado, del cual durante estos dias he estado tomando informes y noticias, y sé cuanto deseo saber, pero no puedo hacer lo que usted.

—Y bien, ¿qué es? preguntó Jorge sorprendido.

X.

Entonces el baron le refirió el estraño conocimiento que habia hecho con Antonio.

Le dijo cuanto Juan le habia indicado, segun recordarán nuestros lectores, el dia en que lo encontró en la calle.

Ahora debemos añadir nosotros todo cuanto habia hecho German durante aquellos dias.

Sin poder ver al marqués para que este á su vez lo hiciera con el conde de la Torre, el que entreveia con harto fundamento que allí existia una intriga cuyo objeto era únicamente de perder al cajista, y en su consecuencia se decidió por ir á verle.

Y efectivamente, fué al Saladero.

Y habló con Antonio, y supo de boca de este todos los pormenores que necesitaba.

Y el cajista le habló de Mala-sangre.

Le dijo las estrañas palabras que aquel habia pronunciado en su larga entrevista.

Le manifestó su evasion y las esperanzas que aquel habia hecho germinar en su corazon.

German le prometió que saldria de allí.

Despues fué á ver á su pobre madre, y la prodigó esa clase de consuelos que en determinadas circunstancias se agradecen tanto, y que tanto valen.

Lucio le dijo la manera que habia tenido de tratarle el conde cuando fué á verle.

Se enteró perfectamente de todos los misterios de aquella familia.

Supo la manera que tuvieron de perder su fortuna, y cada vez fué aclarándose mas ante su vista la significacion que tenia todo cuanto al jóven le habia pasado.

Comprendió que el conde de la Torre era mas miserable de lo que él habia creido.

Y que Enriquez era todavía mas infame que él.

Y entonces deseó con mas impaciencia ver á Jorge.

Y como nuestros lectores han visto, lo consiguió por fin.

XI.

Todo esto fué lo que nuestro amigo refirió al marqués.

Jorge le escuchó profundamente, y cuando concluyó, le dijo:

—Ya creo comprender todo lo que hay en eso, y desde luego le aseguro que el conde de la Torre es un bribon.

—En esa inteligencia ya estoy yo tambien, repuso el baron; además, tengo tambien que confiarle á V. otra cosa.

—¿Y qué es?

—Que me voy á casar...

—¿Usted?...

—Sí, amigo mio.

Y entonces el baron refirió al marqués la manera que habia tenido de conocer á Amparo.

Y cuando llegó á la manera que habia tenido de descubrir el orígen de la jóven; cuando habló de Sevilla como del punto en que habia nacido, entonces Jorge no pudo por menos de estremecerse.

XII.

Aquello le recordó á su hija.

A su hija, á quien habia perdido, sin poderse esplicar quién seria la persona que la habia hecho desaparecer.

Pero aquello no fué mas que una idea que se le ocurrió sin que para nada le preocupase en lo sucesivo.

Dió la enhorabuena al baron, y le prometió que seria su padrino en aquella boda, que segun se demostraba, tenia que llenarlo de felicidad.

Al mismo tiempo le prometió ocuparse de la manera activa que él lo hacia, del asunto de su protegido.

Se trataba de reparar una injusticia.

Se trataba de una injusticia, y demasiado sabemos que Jorge amaba lo justo y lo legal, y por lo tanto comprenderemos muy bien que se dedicase con ardor á lo que su amigo le confiaba.

German salió de allí sumamente satisfecho.

Y trascurrieron algunos dias.

Y llegó aquel en que Amparo salió de su casa para no volver mas.

XIII.

El baron fué á su casa como acostumbraba todos los dias; le dijeron que habia salido, y la esperó.

Pero la esperó en vano.

Al anochecer de aquel dia estaba desesperado.

Y principió á dar pasos, y dió parte, pero nada pudo conseguir.

—Y salvia!... En dos cuartos el manojo de malvas!...

Amparo habia desaparecido.

Y entontecido, por decirlo así, por la misma fuerza de su dolor, se encerró en su casa para no salir de ella hasta que Amparo hubiese parecido, ó á morir como ella si no la encontraba.

Y así trascurrieron tres dias.

Durante ellos, escuchó una mañana una voz que gritaba en la calle:

—Y salvia... ¡En dos cuartos el manojo de malvas!...

Así decia la voz, y German al escucharla recordó á Tiburcio inmediatamente.

Y le mandó llamar, y le dijo la desgracia que pesaba sobre él.

El vendedor ambulante le ofreció buscar á la jóven de la misma manera que en otra ocasion tambien se habia comprometido á descubrir quién era.

Al cabo de aquellos tres dias el baron estaba mas desesperado.

Este mismo tiempo hacia que Cármen estaba en casa de D. Lúcas.

XIV.

German no podia permanecer encerrado mas tiempo.

Salió de su casa y se dirigió á la de Amparo.

Nada se sabia de ella.

El Sr. Pedro y Rosa estaban medio locos.

German salió de allí mas desesperado que nunca.

Y se dirigió hácia la casa del marqués.

Jorge estaba estrañándose, como es consiguiente, de la ausencia de su amigo.

Así fué que cuando le vió entrar, le dijo:

—Pero hombre, ¿qué quiere decir esa ausencia?

—¡Oh!... marqués, marqués, ¡soy muy desgraciado!...

—¡Desgraciado!... ¿qué quiere decir eso?

Entonces el jóven refirió á nuestro amigo todo lo que habia.

XV.

Jorge sufrió con el baron.

Comprendia lo que era amar de la manera que él amaba, y adivinaba perfectamente el dolor que esperimentaría al ver que habia perdido, quizá para siempre, aquella mujer tan adorada.

El marqués no le abandonó en aquellas circunstancias.

Le ofreció su auxilio, y se dispuso á salir inmediatamente con él para hacer las diligencias oportunas, ya que German, ahogado, por decirlo así, por su pena, no habia pensado en lo que habia de hacer.

Mas en aquel momento se presentó un criado.

Traia una carta en la mano.

—¿Qué es eso? preguntó Jorge.

—Una carta que acaba de traer una señora que está esperando.

—Trae.

XVI.

Y Jorge abrió el pliego, y una esclamacion de sorpresa se exhaló de sus lábios.

—¡Dios mio!... estos papeles tan esperados, ¿dónde está la que los ha traido?

—Ahí fuera, contestó el criado.

—Dile que entre, que entre en seguida.

El criado salió, y entonces Jorge dijo al baron:

—¡Amigo mio!... dispénseme V., pero acabo de recibir una noticia interesantísima.

—Esperaré á V. ahí fuera.

—Pase V. á mi gabinete.

Y el baron salió de allí, y pocos momentos despues una mujer penetraba en aquella estancia.

Era Cármen.

CAPÍTULO LXXIV.

Antecedentes.—El martirio de un hombre.

I.

Tenemos necesidad de esplicar la presentacion de Cármen en la casa de Jorge.

Los papeles que el marqués habia recibido eran los que esperaba con tanta impaciencia de América.

II.

Cármen estaba impaciente en casa de D. Lúcas.

No podia permanecer fingiendo durante mucho tiempo, y en su consecuencia se decidió por terminar de una vez.

Así fué que se presentó en el despacho de D. Lúcas el

tercer dia que estaba en su casa.

Eran las últimas horas de la tarde.

Los escribientes no estaban allí, porque el agente, para quedarse mas libre, los habia hecho que se fueran á dormir fuera de su casa.

El agente estaba lleno de ventura.

Todo le habia salido bien aquel dia.

Así fué, que miró con delicia á la jóven, y la dijo:

—Hoy ha sido un dia completamente feliz para mí, Cármen; y solo me falta que tú abandones ese desden con que me tratas.

—Ya sabe V. mis condiciones, le contestó la jóven lanzándole una mirada impregnada de voluptuosidad.

III.

D. Lúcas se estremeció, y la dijo:

—¿Y si yo te dijera que tus deseos estaban satisfechos?

—¡Oh! entonces...

Y un relámpago que espresaba cien afectos distintos; un destello lívido é intenso se exhaló de sus negras pupilas, y fué á encender el semblante del agente, que sintió un deseo insaciable, devorador, de estrechar á aquella mujer entre sus brazos.

Y trémulo, agitado y palpitante, dijo:

—Y dime, Cármen, ¿qué harias entonces?

—Entonces... como que el hombre que me proporcionase esas pruebas, me habria dado una prueba de amor infinito, yo no podria menos de caer en sus brazos, diciéndole: «Has vencido.»

IV.

Y la jóven acentuó de una manera estraña las anteriores palabras.

Y conforme habia ido hablando, se habia ido acercando hácia D. Lúcas.

Su aliento llegó á acariciar aquella frente arrugada y encendida.

Y aquel aliento tibio y perfumado; aquella emanacion de juventud y de belleza que se exhalaban de la jóven, trastornaron por completo la razon del agente.

Así fué que al concluir la jóven de hablar; al espirar la última palabra en sus lábios, palabra que fué modulada de una manera dulce y suave, el agente tendió sus brazos hácia ella, esclamando:

—¡Oh, qué hermosa eres!

V.

Pero la jóven, por medio de un moviento rápido, se separó de él, diciendo:

—Y esas pruebas, ¿dónde están?

—Aquí; míralas aquí, contestó D. Lúcas jadeando por el esceso de la emocion que esperimentaba: mira, prosiguió, estendiendo cada uno de los papeles; aquí tienes un testamento respecto á un asunto del marqués de la Esperanza; aquí unas escrituras, con las cuales se prueba que el banquero ha estafado un millon; aquí una correspondencia entre él y yo, cuyas cartas solas bastarian para llevarle á un presidio; aquí no sé qué otros papeles, pero, en

fin, cualquiera de ellos basta para perderme.

Cármen habia conocido que en los papeles que el agente la habia presentado, no estaban los que ella arrebató de la cartera de Andrés.

Su corazon palpitó con violencia, y presa de una agitacion febril, que trató de ocultar bajo la máscara de la curiosidad, se acercó á la mesa diciendo:

—¿A ver, á ver?

—Ahí los tienes; míralos á tu gusto; míralos, y despues...

Y el agente no pudo proseguir.

VI.

Cármen dió un grito de pronto, y se dejó caer sobre una silla, murmurando:

—¡Ay! ¡cómo se me vá la cabeza!

Y cerró los ojos como si efectivamente se sintiese acometida de alguna repentina indisposicion.

—Cármen, Cármen, dijo el agente dejando su asiento y acercándose á la jóven; ¿qué tienes?

Pero Cármen no respondia, y D. Lúcas no sabia qué hacer.

Por fin la jóven entreabrió los ojos, y murmuró débilmente:

—¡Agua!...

—En seguida voy á traértela.

Y el agente corrió precipitadamente en busca de un vaso para traer el agua que Cármen habia pedido.

Esta, inmediatamente que se quedó sola, estendió la mano y cogió los papeles que habia sobre la mesa, mur-

murando mientras que los leia, con una espresion de dolor infinito:

—¡No son estos, Dios mio!

En aquel momento entró el agente, y la dijo:

—Toma, hija mia, bebe; y quiera Dios que esto te dé alivio.

Y pasaron algunos momentos, durante los cuales no se cambió palabra alguna entre ambos.

VII.

Cármen estaba pensando en lo que haria, y D. Lúcas la dejaba que fuese poco á poco serenándose, contemplándola de una manera ávida y enamorada.

Por fin, la dijo:

—Vamos, ¿y qué tal? ¿te sientes mejor?

—¡Oh!... sí, señor; ¡y cuánto tengo que agradecer á usted!...

—¡Agradecerme tú!... no digas nunca eso, ¿no sabes que yo soy tu esclavo? tú no debes hacer mas que mandarme para que yo te obedezca.

—Señor...

—Vamos, ¿has visto ya los papeles? ¿te has convencido del amor mio?

—Sí, pero...

—Habla, ¿qué es lo que quieres? ¿quieres que te dé esos papeles? ¿quieres que te entregue mi fortuna?

—¿Y seria V. capaz de entregarme esos papeles? ¿Será usted capaz de darme una cosa, un objeto, un documento que pudiera comprometerle?

—¿Qué quieres decir? preguntó D. Lúcas alarmado por las palabras de la jóven.

—¡Eh! no saben Vds. amar, dijo esta arrojando una mirada desdeñosa; exigen Vds. el sacrificio del honor de una mujer y nada sacrifican por ella.

VIII.

Y Cármen, altiva y severa, dejó su asiento dirigiéndose hácia la puerta de la estancia.

—¡Pero Cármen, por piedad! esclamó el escribano, que habia quedado estraordinariamente sorprendido con la estraña salida de la jóven.

—No me hable V. mas de su amor, le contestó esta con frialdad; ha habido un momento en que estaba loca y hubiera caido en los brazos de V.... pero ahora he vuelto en mí y no tengo mas que desprecio para el hombre cobarde que no tiene confianza en la mujer á quien quiere.

Y la jóven sin hacer caso de D. Lúcas, entró en su habitacion y se encerró por dentro en ella.

—¡Oh! ¡Cármen, Cármen! murmuró el escribano retorciéndose las manos con desesperacion; yo te daré cuanto quieras, te entregaré mis papeles, mi fortuna, mi vida, pero déjame que te vea.

—Ya es tarde, le dijo la jóven; váyase V. y déjeme en paz.

—¡Oh, miserable de mí! gritaba D. Lúcas golpeándose la frente; esa mujer no me ama y yo la adoro como un insensato.

IX.

Y las pocas horas que restaban de aquel dia y la noche que siguió á él, las pasó el escribano con una agitacion sumamente violenta.

Si crímenes habia en su vida, si faltas habia cometido, aquellas horas de fiebre horrible, devoradora, que le abrasaba, eran el principio de una espiacion que habia de ser tan tremenda como los mismos delitos que habia cometido.

Aquella noche fué tremenda.

El agente no se movia de la puerta de la habitacion de Cármen.

Y la llamaba con los mas dulces nombres.

Y Cármen no sabia qué hacer.

Don Lúcas habia pasado ya los límites del hombre.

Se habia convertido en fiera.

No existia en él mas que el apetito feroz, horrible y repugnante.

Así era que Cármen no se atrevia á presentarse delante de su señor.

X.

Este la prodigaba los mas dulces nombres.

—Vamos, Carmencita, hija mia, esclamaba el miserable; no me hagas sufrir mas.

—Sufrir, ¿qué sufrimiento es ese, para el cual no sabe usted mismo procurarse el remedio?

Y Cármen, al decir estas palabras, dió á su acento una entonacion particular.

—Si tú eres quien únicamente puedes darme ese remedio, ¿te atreves todavía á decir que tengo yo la culpa?

—No sabe V. amar, murmuró con un acento indefinible la jóven.

—No digas eso, no digas eso, ahulló con dolor el agente.

Y reinaron algunos momentos de silencio.

Don Lúcas miraba con desesperacion aquella puerta que se interponia entre él y el objeto de su deseo.

XI.

Al cabo de algunos segundos dijo Cármen:

—El hombre que ama tiene siempre una confianza ciega en el objeto amado.

—¿Qué quieres decir?

—Que V. no me ama.

—¿Que no te amo yo?... Vamos, Cármen, pídeme lo que quieras, exígeme el mayor sacrificio y yo lo haré en seguida.

—Hay cosas que una no necesita decirlas.

—¿Qué es lo que deseas?... ¿quieres oro?... habla, habla, dímelo, yo te daré cuanto deseas.

—¡Oro!... ¡oro!... y cree V. que por oro iria á ceder una mujer de mi clase; no me conoce V., D. Lúcas, no me conoce V., por eso le dije antes que no me amaba.

El agente exhaló un gemido de dolor.

Aquella mujer, aun hablándole con un acento desdeñoso é incisivo, le fascinaba, le enloquecia, si podemos espresarnos así.

XII.

—Entonces, ¿qué quieres? la dijo.

—Si yo admitiera oro seria vulgarizarme demasiado.

—¿Pero qué deseas?... volvió á preguntar D. Lúcas.

—Quiero un secreto del hombre que me ama, quiero...

—Habla...

—Pues bien, escúche V.

Y Cármen, al decir estas palabras, abrió la puerta de su habitacion.

Habia comprendido que el agente estaba en la situacion que ella queria y por lo tanto iba á hablarle acabándole de enloquecer.

Tuvo muy buen cuidado antes de salir de su habitacion de prevenirse.

XIII.

Cármen no tenia nada de cobarde.

La existencia que habia llevado la habia privado, por decirlo así, de esa debilidad innata en las mujeres.

Sabia antes de entrar en aquella casa la clase de enemigo con quien iba á combatir; asi fué que se llevó un precioso *rewolver* y un puñalito con mango de marfil, el cual no dejaba un momento separarse de sí.

Cuando salió de su habitacion, como ya hemos dicho, se previno.

Cogió el *rewolver* y lo ocultó entre sus vestidos.

Con aquel arma ya se consideró mas tranquila.

Al verla D. Lúcas aparecer ante sí no pudo por menos de dar un paso hácia ella.

Pero Cármen le detuvo con un movimiento tan lleno de altivez y de majestad que el miserable no pudo por menos de retroceder.

—He dicho que V. no me amaba y voy á demostrárselo, dijo Cármen con un acento indefinible.

XIV.

—Habla, habla, tornó á repetir D. Lúcas, á quien acababa de trastornar la presencia de la jóven.

—Una mujer como yo no cede más que ante un cariño ciego, demente; uno de esos cariños que ponen al hombre que los siente en las manos, por decirlo así, de la mujer querida.

—¿Pues no te amo yo así?

—No señor, V. me ha ofrecido oro, y yo desprecio tanto ese miserable metal como á la persona que me lo ofrece.

—¡Cármen!...

—Si hubiera un hombre que me dijera: «Yo te amo, ahí tienes mi vida, ese secreto que te confio es mi muerte, pero yo te adoro, y la prueba mayor que de mi cariño puedo darte es confiarte este secreto, entregarte esos papeles que pueden perderme, tú eres la árbitra de mi muerte, tuya es mi vida.»

—Y si un hombre te dijera eso... preguntó con voz anhelante el agente; ¿qué harias tú?...

—Un amor así, repuso Cármen con una voz cuyas inflexiones eran tan suaves, tan acariciadoras y tan inci-

tantes que el agente no podia por menos de estremecerse, un amor así podia exigir de la mujer amada todos los sacrificios, todo cuanto una mujer puede dar.

—¿Y si yo te entregára las pruebas de mis crímenes? porque yo he cometido crímenes, ¿lo oyes?

XV.

Y el acento de aquel hombre era horrible.

Sus ojos brillaban con el fuego impuro del deseo.

Sus lábios estaban secos y encendidos.

Un sudor frio y espeso bañaba su frente.

Sus cabellos estaban erizados y sus miembros se agitaban convulsivamente.

Cármen le contemplaba de una manera indescriptible.

Sus ojos se velaban voluptuosamente.

Su seno se agitaba dulcemente y aquella agitacion hacia encenderse mas el rostro del agente.

Cuando escuchó sus últimas palabras alzó la cabeza vivamente y fijando sus ojos brillantes de entusiasmo en el horrible viejo, le dijo con el acento trémulo por una emocion admirablemente fingida:

—¿Seria V. capaz de hacer semejante cosa?

—Sí, sí, todo lo haré con tal de que me ames.

—Si V. lo hiciese...

—¡Qué... habla!...

—Pues bien, á un hombre que de ese modo procediera conmigo, yo... yo le amaria.

—¡Oh!...

Y aquel hombre, anonadado, si se nos permite esta

frase, por su misma dicha, se dejó caer de rodillas inclinando la cabeza.

XVI.

La jóven le contempló con una espresion particular.

El agente alzó la cabeza por fin.

Se levantó del suelo y dió algunos pasos hácia Cármen.

Esta ocultó la mano buscando el rewolver.

Pero en aquel momento sonó la campanilla de la puerta.

Hacia ya algun tiempo que habia amanecido y si bien D. Lúcas no se apercibió de ello por la escitacion que le dominaba, Cármen contaba con aquella circunstancia.

El agente se detuvo al escuchar el sonido.

La jóven dijo:

—Esos serán los muchachos.

—Pues bien, que llamen.

—¡Oh!... no es posible eso, repuso la jóven, ¿qué dirian?...

—Tienes razon, voy á despacharlos.

—Hágalos V. entrar y proceda con cautela.

—Tú me has robado la razon.

—Y yo se la devolveré.

—¡Oh!... Bendita seas...

Y D. Lúcas en su entusiasmo quiso abrazar á Cármen, pero esta le esquivó perfectamente, murmurando al mismo tiempo:

—Despues, despues.

—Voy corriendo á despacharlos.

—Pero, ¿y los papeles?... preguntó la jóven.

—Tienes razon, vida mia; toma, toma esa llave que es la de mi cajon y sácalos: ¡comprende ahora cuánto te amo!...

—Y yo tombien, esclamó Cármen con un acento apasionado.

XVII.

Y el agente sacó una llave de su bolsillo; se la entregó á la jóven, y mientras esta desaparecia por la puerta del despacho D. Lúcas se dirigió á la puerta de la escalera.

Cármen abrió el cajon.

Su vista tropezó inmediatamente con los papeles de Andrés.

Los cogió unidos con otros, y rápida como una exhalacion salió de la estancia inmediata antes de que el agente hubiera tenido tiempo de penetrar en ella con los escribientes, y se escondió en su cuarto.

D. Lúcas, seguido de los dos chicos, entró despues en ella.

Les dió algunas órdenes, y bajo diversos pretestos, los hizo salir de la casa.

Entonces creyendo que Cármen estaria en el despacho, entró en él.

Pero la jóven no estaba.

Vió los cajones abiertos, y sin saber por qué, se estremeció.

Llamó á Cármen, recorrió toda la casa, fué á su cuarto, pero no encontró á nadie.

Entonces un frio horrible circuló por sus venas.

Volvió á su despacho, miró el cajon vacío, vió que Cármen le habia robado los papeles que mas le comprometian, y entonces una carcajada histérica, horrible y estridente se exhaló de sus lábios.

El agente se habia vuelto loco.

Su castigo habia llegado.

La Providencia no podia dejar impunes los delitos que aquel hombre habia cometido.

CAPITULO LXXV.

—

Entrevista del marqués de Santillán con el conde de la Torre.—Enriquez.

I.

Tenemos necesidad de decir á nuestros lectores lo que el marqués de Santillan habia hecho para complacer al baron del Valle respecto á su protegido.

Jorge se lo esplicó á German cuando este fué á manifestarle la pérdida de Amparo; pero como nosotros no pudimos escuchar todo lo que en aquella entrevista se habló, necesitamos conocerlo con algunos detalles.

II.

El estado de Andrés era completamente satisfactorio.

La crísis que nosotros presenciamos fué la decisiva.

Como habia dicho Jorge perfectamente, su estado mejoraba de una manera prodigiosa.

Disminuida algun tanto la fiebre, se la podia combatir de una manera mas franca y mas enérgica, por decirlo así.

Jorge, el hombre universal, el hombre que de todo tenia nociones, le propinó algunas medicinas, y su resultado no pudo ser mejor.

III.

Al dia siguiente al en que tuvo lugar aquella crísis, el marqués habia recobrado su antigua energía.

La debilidad de aquel hombre era solo cuestion de momentos.

Permanecia abatido algunos segundos.

Su frente se doblegaba, pero era únicamente para lanzarse despues mas altiva, mas poderosa.

Salió de su casa, y se hizo conducir inmediatamente á la del conde de la Torre.

El padre de Elena estaba, como siempre, grave, preocupado y ensimismado en sus negocios.

En su despacho estaba Enriquez.

El mestizo estaba hablando con su futuro suegro de las declaraciones que habia prestado respecto al asunto de Antonio.

IV.

Al ver al marqués de Santillan penetrar en el despacho, sin saber por qué, ambos se estremecieron.

Y la verdad era que la fisonomía de Jorge era poco tranquilizadora.

Severo y grave, irritado, y hasta cierto punto como juez severo é implacable, el marqués de Santillan inspiraba siempre el mismo terror á todos los miembros de la *familia*.

V.

—¡Tanta honra para esta casa, señor marqués! esclamó el conde.

—Vengo á hablar con V.; mejor dicho, con Vds. dos.

—¡Con nosotros!... esclamaron sorprendidos á la par Enriquez y el padre de Elena.

—Sí, señores; y lo que siento es que mi historia tiene que ser un poco antigua, y quizá tambien un poco larga.

—No comprendo.

—En los archivos secretos de la *familia* se encuentran apuntes sumamente curiosos; allí he encontrado esta historia á que me refiero.

—En fin, marqués, V. dirá.

—Sí, voy á hablar y quisiera ser muy breve, á pesar de que el asunto es de aquellos que tienen que ser largos á la fuerza.

—Todo ese preámbulo aumenta, como es consiguiente, nuestra curiosidad, repuso Enriquez sonriéndose.

—Curiosidad que yo voy á satisfacer inmediatamente.

—Escucharemos con profunda atencion.

Y aquellos dos hombres trataron de dominar el terror que esperimentaban fingiendo una alegría curiosa por conocer lo que el marqués iba á referirles.

VI.

Jorge, frio, impasible y glacial los contemplaba sin que pudiera revelar ni una mirada, ni la espresion de su fisonomía la idea que ocultaba en aquella historia que trataba de referir.

Los dos aproximaron sus sillas á la del marqués y este dijo:

—Hace algunos años vino á Madrid una familia cuyas riquezas eran estraordinarias, pero que tuvo la fatalidad de caer en las garras de un hombre audaz, ambicioso y malvado que no descansó un momento hasta que labró su ruina.

—Lúgubre manera de empezar una historia, dijo Enriquez con un acento ligeramente irónico.

—Esta familia, prosiguió el marqués desentendiéndose completamente de lo que habia dicho el mulato, tenia un pariente, mulato por cierto, que ansiaba la herencia que estaba disfrutando aquella familia.

VII.

Enriquez no pudo disimular un movimiento de asombro.

Y al par que él palidecia, palidecia tambien el conde.

Uno y otro preveian, y con harto fundamento, que aquella historia encerraba algo que ellos no podian comprender, pero que sin embargo, era suficiente para aterrarlos.

Jorge prosiguió:

—El hombre en quien habia depositado su confianza la familia á quien me voy refiriendo, se dió tan buena maña que en muy poco tiempo consiguió casi arruinarlos enredándolos en un pleito con ese pariente que se puso en relaciones con él y que era tan bajo, tan corrompido y tan miserable como el hombre que estaba encargado de los negocios de Romero.

VIII.

—Señor marqués, esclamaron á la par el conde y Enriquez.

—¿Qué sucede, señores? preguntó con su inalterable calma Jorge.

—Nada, nada, prosiga V.

—Iba diciendo, que la familia en cuestion llegó á encontrarse en un estado sumamente triste, y de tal manera se habia embrollado el pleito que no podian contar con mas probabilidades para salvarlo que con unos documentos que existian en poder de un notario de Paris, para recoger los cuales fué un amigo de toda la confianza de Romero á la capital del vecino imperio; pero los dos personajes que estaban interesados en que aquello no se efectuase buscaron dos asesinos y cuando el amigo volvia despues de haber desempeñado su comision, le asesinaron arrebatándole aquellos papeles.

La agitacion de aquellos dos hombres era estraordinaria; quizá conocian ellos perfectamente aquella historia y por lo tanto era natural aquel sobresalto.

IX.

Jorge continuó, fingiendo que nada advertia:

—La prueba única que podia presentar desapareció y Romero perdió el pleito, se vió despojado de todos sus bienes, y murió desesperado, dejando á su mujer y á su hijo en el abandono y la miseria, mientras que el mestizo y su amigo se levantaban ricos y poderosos con el dinero que habian robado á aquel infeliz.

—Caballero... esclamaron los dos á la par.

—¿Qué es eso, señores? ¿se sorprenden Vds. de lo que digo? pues aun me falta que decirles que aquel mulato es V., Sr. Enriquez, y que el falso amigo, el que cometió aquel horrible abuso de confianza, es V., señor conde de la Torre.

X.

Aquellos dos hombres quedaron anonadados durante algunos segundos.

Al cabo de ellos alzaron la cabeza, sus ojos brillaban de una manera irritada y siniestra, y se fijaron en el marqués, en cuyo rostro resplandecia la misma indiferencia glacial de que ya hemos hablado.

—Les incomoda á Vds. acaso el que yo conozca vuestros secretos, ¿eh? la *familia* ha sido muy sábia en establecer su sistema de espionaje entre todos los individuos que la componen; gracias á ese sistema, sé de Vds. todo cuanto debia saber.

—Pues bien, repuso Enriquez con un cinismo estra-

ordinario; puesto que tanto sabe V., ¿á qué viene todo eso?

—Viene, contestó el marqués con la misma impasibilidad y con la misma calma con que habia pronunciado todo lo anterior; viene para decirle que es necesario restituyan Vds., uno y otro, todos esos bienes á su legítimo dueño, advirtiéndole á V., Sr. Enriquez, que de nada le valdrá el intentar alguna nueva infamia respecto á ese jóven, que hay personas que están velando por él y que observan á V. sin cesar.

—¿Pero qué ley, ni en virtud de qué, tenemos que entregar nosotros lo que poseemos?

—En virtud de mi voluntad.

—Señor marqués...

—Señores, basta de palabras inútiles; mañana se reunirá el consejo de la *familia* y como las personas que ahora lo componen son mas dignas, son mucho mejores que ustedes, los espulsarán de una asociacion donde no se admiten asesinos y falsarios, como Vds. lo son, que al mismo tiempo se entablará de nuevo el pleito y entonces, señor conde, no tendrá V. medio ninguno de contrarestar á la justicia, toda vez que los documentos que V. cree tener en su poder no existen hace mucho tiempo. ¡Oh!... cuando yo digo que la *familia* ha sido muy previsora...

XI.

Al escuchar las últimas palabras del marqués el banquero se levantó rápidamente de su asiento y dirigiéndose á un *secretaire*, el mismo que ya en otra ocasion hemos visto, lo abrió y se puso á registrar uno por uno todos los secretos que tenia con una agitacion febril.

Pero cuando llegó al último un grito de sorpresa, de cólera y de dolor se exhaló de sus lábios.

Lo que buscaba no estaba allí.

Entonces murmuró con un acento indefinible:

—Robados como los otros.

Y ciego, desesperado, se lanzó á la mesa, abrió un cajon, sacó un rewolver, y apuntando con él á Jorge le dijo:

—Tú, que me has robado los papeles, vas á morir ahora mismo.

Ni un músculo se alteró en la fisonomía de Jorge.

Tranquilo, grave é imponente fijó sus ojos en el conde y como si aquella mirada tuviese un mágico poder, el banquero dejó caer su arma con una espresion de profundo desaliento.

—Vamos, dispare V., dijo Jorge, y prosiguió dirigiéndose á Enriquez; ¿y V., por qué no vá á ayudarle? ¡Si han sido Vds. sócios para cometer el primer crímen séanlo para cometer el segundo!

Pero ninguno de ellos acertaba á moverse.

Como ya hemos dicho, el marqués los aterraba.

Habia un no se qué de imponente y de terrible en él, que subyugaba al mas determinado.

XII.

Al verlos tan abatidos y tan acobardados, si se nos permite esta frase, una sonrisa indescriptible vagó por los lábios de nuestro amigo, y con su voz sonora y vibrante, les dijo:

—Ahora, señores, tengo que decirles á Vds. otra cosa;

si bien á bien quieren Vds. hacer la restitucion de que se trata, será mucho mejor; de esa manera se evitará el que se le dé publicidad á un asunto que se haria puramente criminal, y en el cual Vds. saldrian perdiendo siempre, porque los dos bandidos que clavaron sus puñales en el seno del amigo de Romero existen aun, y esos bandidos, miembros tambien de la *familia*, aunque en una escala sumamente subalterna, los harian á Vds. concluir de caer bajo el peso de sus tremendas declaraciones.

XIII.

Los dos hombres comprendieron que el marqués tenia razon en lo que decia.

La publicidad de un hecho como aquel equivalia á la deshonra.

Y la deshonra era la equivalencia de la pérdida de su posicion, y quizá de todos los bienes que poseian.

Así fué, que comprendieron que no tenian mas remedio que ceder.

Ambos se miraron, y aquella mirada fué suficiente para ellos.

Así fué, que Enriquez dió algunos pasos hácia el marqués, y le dijo:

—Señor marqués, puede V. hacer lo que guste; estamos dispuestos á sacrificar esa herencia.

—Bien; ahora á mi vez me toca dar á uno y á otro la indemnizacion que necesitan por lo que van á perder.

—¡Cómo!...

—V., Enriquez, supongo que le será indiferente vivir en este ó en el otro punto.

—Desde luego.

—En ese caso quisiera que pasase V. á Ultramar.

—¡A Ultramar!...

—Sí; sabe V. que allá la *familia* está muy desorganizada, que los rendimientos que aquellas cajas producen son muy escasos en comparacion al gasto que proporcionan.

—¿Y qué carácter he de llevar yo á aquel sitio?

—Va V. de encargado de constituir la nueva junta; de jefe de ella; de representante mio.

XIV.

Aquella proposicion anonadó hasta cierto punto al mestizo.

No podia él haberse imaginado nunca una cosa semejante.

Así fué que se le quedó mirando sin saber qué decir.

Desde luego comprendió que aquella proposicion que se le hacia era estraordinariamente deslumbradora.

Un cargo como aquel iba á proporcionarle una ganancia enorme.

Por lo tanto, sabido es que le admitiria sin vacilar.

El conde envidiaba la suerte de su amigo y consócio.

Y por lo tanto, dijo:

—Y para mí, ¿qué indemnizacion hay?

—Para V. una muy buena.

—Sepámosla.

—Que se case su hija con el hijo de Romero.

—¿Cómo?...

—De esa manera se vé V. libre de dar cierta clase de cuentas que siempre le serian embarazosas, y...

—Pero yo estoy comprometido con Enriquez, y ya vé usted...

—Enriquez se marcha á la Habana, y el cargo que lleva le ha de producir mucho mas que cuanto pudiera producirle todo cuanto su hija pudiera llevar de dote.

—Sin embargo...

—Además, Elena tampoco creo que ame mucho á Enriquez; así como este no me parece que sienta un amor muy fuerte hácia su hija.

—Pero...

XV.

—Vamos, Enriquez, dijo Jorge; á eso nadie mejor que usted puede contestar.

—Yo, desde luego que comprendo muy bien que Elena no me ama, dijo el mulato.

—Ya vé V.

—En ese caso nada; obre V., señor marqués, como mejor le parezca.

—Ahora tiene V. que hacer otra cosa, señor conde, y esto va á ser instantáneo.

—V. dirá.

—La otra noche se cogió en su despacho á un hombre que no venia á su casa con intencion de robar.

—¿Pues qué traia entonces?

—Mire V., conde, la Providencia se vale de conductos estraños y misteriosos para reunir las personas, y uno de estos ha sido el que ha unido á Elena con el hijo del hombre asesinado por Vds.

—¿Qué está V. diciendo?

—Que su hija ama al hijo de Romero.

—¡Imposible!

—¿V. se acuerda de un jóven que un dia salvó á Elena de la muerte que tenia próxima?

—Sí señor; como que es el mismo que cogí en mi despacho.

—Pregúntele V. á Enriquez por qué estaba allí ese jóven.

—¿Qué?...

—Vamos, la época del fingimiento ha pasado ya; hablemos con franqueza, y esplique V., Sr. Enriquez, lo que hay en todo esto.

XVI.

El mestizo se vió en una situacion en que no tenia mas remedio que hablar.

En su consecuencia reveló todo lo que ya saben nuestros lectores respecto á Elena y á Antonio.

Esplicó cómo sus celos habian producido aquella escena, y el conde no tuvo mas remedio que convencerse de la nueva injusticia que habia cometido.

Todo quedó esplicado.

El padre de Elena salió de su casa, y acompañado por el marqués fueron al juzgado, donde aquel separó la acusacion, diciendo que todo habia sido hijo de una equivocacion que deploraba, y la cual se hallaba muy dispuesto á remediar.

XVII.

Pocos dias despues Antonio estaba en libertad.

Pero no adelantemos los sucesos, y solo lleguemos al dia en que Jorge refirió todo esto al baron, y en que esta conversacion fué interrumpida por la llegada de Cármen.

CAPÍTULO LXXVI.

Entrevista de Cármen con Jorge.—Un dia ocupado.

I.

Recordarán nuestros lectores que ya vieron la sorpresa que le causó al marqués de Santillan la presentacion de los papeles que le llevó el criado, y que como consecuencia de aquella sorpresa fué el decirle al baron que tuviera la bondad de salir á la habitacion inmediata y al criado que dejase penetrar á la persona que habia llevado aquellos papeles.

Esta persona era Cármen.

Jorge al verla se quedó sorprendido.

Era hermosa, y aquel momento su hermosura resplandecia mucho mas por la alegria que se retrataba de una manera enérgica en su espresivo semblante.

II.

Esto llamó algun tanto la atencion de Jorge.

Pero lo que mas le sorprendia era que no recordaba haber visto en ninguna parte aquella mujer.

Y sin embargo, ella le traia unos papeles que eran suyos, unos papeles que nadie podia traer mas que una persona que á él le conociera.

Así fué que la estuvo contemplando sorprendido durante algunos segundos.

Pero la sorpresa duraba muy poco á un hombre de su temple.

III.

Por lo tanto, trascurridos aquellos brevísimos momentos, le dijo:

—¿Es V. quien ha traido estos papeles?

—Sí, señor, contestó la jóven tranquilamente.

—¿Y quién le ha dicho á V. que eran mios, cuando por lo que he visto en ellos, ni se me nombra, ni existe indicio alguno por el cual pueda venirse en conocimiento de que es á mí á quien se dirigen?

—Muy largo sería de contar.

—¿Segun eso V. supone?...

—Que esos papeles han venido desde América para usted, que serán sin duda de mucha importancia cuando tantas personas se han disputado su posesion, y que, finalmente, son de V., y yo que fuí la primera que los estraje, yo misma se los devuelvo á su verdadero dueño.

—¿Pero qué está V. diciendo? preguntó el marqués con un asombro creciente.

—La verdad.

—Sí, podrá serlo, pero V. se entenderá sola en esa verdad, y yo, francamente, me alegraria tambien de comprender alguna cosa, pues lo que es hasta ahora maldito si entiendo nada absolutamente.

—Es cierto, le debo á V. una esplicacion.

—Que le agradeceré infinito se sirva hacerme, si en ello no se molesta.

—¿Molestarme yo?... ¡oh!... nunca.

—En ese caso...

—No la habia hecho porque me es muy doloroso el evocar cierta clase de recuerdos.

IV.

Habia en el acento de Cármen alguna cosa de estraño que hizo alzar vivamente la cabeza al marqués, y que su mirada se fijase llena de interés en ella.

Y sus pupilas brillaron encantadoras, tratando de penetrar hasta lo mas íntimo del corazon de Cármen.

Esta ya no tenia intencion de ocultar nada absolutamente.

Así fué que dejó, por decirlo así, que la mirada de Jorge sondease todos los misterios de su pecho.

El marqués la dijo:

—Mucho sentiria que en eso que tiene que decirme, y que como V. comprenderá, debe interesarme tanto, hubiera algo que pudiese afectarla, y si fuera así, sacrificaria

gustoso mi curiosidad con tal de que V. no tuviera ese momento de disgusto.

—Mil gracias, señor marqués, mil gracias, repuso con dulzura nuestra amiga; he pecado, y el verdadero mérito de mi arrepentimiento debe consistir únicamente en la confesion sincera de mi conducta.

—¿Y quién, hija mia, no habrá pecado en este mundo? hábleme V., hábleme V., no como lo haria al confesor, hábleme V. como debe hacerlo al amigo, y cuénteme sin ruborizarse, sin afligirse, todo cuanto se refiéra á esos papeles que fueron estraidos del poder de un hombre honrado y leal que ha estado á punto de pagar con la vida la falta de esos documentos.

—¿Con la vida?... esclamó Cármen revelando en sus palabras la pasion que se encerraba en su seno.

V.

Jorge la contempló de nuevo.

Cármen se le presentaba bajo otra forma distinta completamente.

En aquella pregunta estaba, por decirlo así, daguerreotipada la mujer amante.

Por lo tanto la dijo:

—Parece que la interesa muchisimo la salud de Andrés.

—¡Oh!... me interesa, sí, señor marqués, me interesa muchísimo, ¿á qué he de negarlo? le he amado, le amo y amaré siempre; y este amor puedo confesarlo con orgu- porque en él no existe nada absolutamente que pueda er mi frente.

—Bien, señorita, bien; V. le ama de un modo y yo de otro, pero ambos le amamos con el mismo ardor; Andrés está fuera de peligro, pero durante siete dias he tenido que sostener luchas horribles con él, luchas en las que á cada momento he estado á punto de sucumbir.

—¡Dios mio!...

—Pero ahora ya pasó todo, ya está bueno; es decir, está bueno para como ha estado.

VI.

—Gracias, gracias, esclamó la jóven con un acento indescriptible.

—¿Ahora quiere V. hablarme?

—Sí, señor.

—Pues bien, empiece V., porque ya debe adivinar la impaciencia que tendré por conocer cómo han llegado esos papeles á su poder.

—Yo he sido la primera que los tuvo en su mano cuando Andrés llegó á Barcelona.

—¿Usted?... esclamó sorprendido el marqués.

—Sí, señor; yo estaba allí por encargo del conde de la Torre para esperar la llegada de Andrés, fascinarle y quitarle los papeles que traia.

—¿Qué dice V., señora?... ¿El conde de la Torre sabia que yo iba á recibir esos papeles?... ¿y por quién?...

—Eso es lo que yo no puedo decir á V., porque no lo sé.

—Entonces, ¿qué la dijo?

—Me dió unas señas tan claras y tan precisas de la persona que los traia que no la desconocí.

—¿Y V. aceptó una mision semejante?

—¿Pues qué habia de hacer?

—¿Tan ligada, tan supeditada se hallaba V. á ese hombre que no pudo evadirse de semejante infamia?...

—Escúcheme V. y lo comprenderá.

VII.

Entonces Cármen refirió á Jorge todo lo que ya saben nuestros lectores respecto á las cadenas, si así podemos espresarnos, con que el banquero la tenia aprisionada.

El marqués no pudo por menos de sublevarse contra aquel nuevo detalle de la existencia del padre de Elena.

Y trató de consolar á Cármen.

Y esta siguió refiriéndole todo cuanto habia hecho.

Jorge escuchó con una atencion profunda todo lo que la jóven le decia.

Comprendia toda la infamia de aquellos hombres, que cada uno de por sí no ansiaba otra cosa mas que encerrar en su poder al poderoso jefe de la *familia*, á quien no podian ver sin esperimentar un terror estraordinario.

Y comprendió perfectamente todo cuanto la jóven sufriria al encontrarse en casa de D. Lúcas.

Su mirada iba profundizando mas y mas su estudio respecto á Cármen y veia que en aquel corazon no habia nada viciado, no existia el cieno necesario para poder habitar entre el cieno de la casa del agente.

VIII.

Así fué que la tendió su mano y la dijo cuando concluyó:

—¡Bravo, señorita!... La dije antes que no era al confesor á quien iba á hablar sino al amigo, y tendré á mucha honra el serlo de V.

—¡Oh... señor!...

—Y además, la reservo otro galardon que indudablemente la será mas agradable que mi amistad.

—¡Otro galardon! esclamó Cármen ruborizándose á su pesar.

—Sí; ¿acaso le disgustará verse unida á Andrés?...

—¡Dios mio!...

Y Cármen, en la efusion de su alegría, ocultó el rostro entre las manos llorando de felicidad.

—Yo me encargo de todo, y jamás he dejado de cumplir ninguno de los encargos que me he impuesto.

Y aun cambiaron entre sí algunas palabras, saliendo Cármen estremadamente satisfecha del resultado que habia tenido cuanto habia hecho.

IX.

Cuando Jorge se quedó solo abrió aquellos papeles y se puso á contemplarlos con atencion.

Una espresion de desaliento se retrató en su semblante.

Aquellos papeles no eran lo que esperaba.

Habia disidencias entre los negros y esto era un mal muy grave para el momento en que estallase la insurreccion.

Faltaba allí su poderosa inteligencia y por lo tanto la desorganizacion tenia que adelantarse á pasos agigantados.

Sin embargo, se le decia allí que se confiaba en arreglar amistosamente aquellas disidencias y que con lo que hubiera se le mandaria un correo estraordinario.

X.

Un poco mas tranquilo salió á buscar al baron que se hallaba impaciente por aquella tardanza y ambos salieron de su casa dirigiéndose hácia el gobierno civil con el objeto de principiar á hacer las averiguaciones necesarias para descubrir el paradero de Amparo.

Nosotros los dejaremos por ahora, y retrocederemos al momento en que nos dejamos á Mala-sangre interrumpiendo de una manera tan brusca la entrevista de Luciano con Caridad.

XI.

Ya digimos que el marqués de Pino Blanco se habia quedado sorprendido estraordinariamente con la inesperada aparicion del bandido.

Es mas, en su semblante se esparció una nube de terror indescriptible.

Caridad, con ese instinto especial de la mujer, adivinó desde luego que en el recien llegado tenia un salvador.

Así fué que se refugió hácia él mientras que Luciano fijaba sus ojos sorprendido y colérico á la par, en Mala-sangre.

Este se adelantó algunos pasos y dijo dirigiéndose á la jóven :

—Señorita, no se asuste V., ya está libre.

—¿De veras?... esclamó Caridad.

—Sí; abajo tiene V. en la puerta el coche que la ha traido, y él mismo conducirá á V. y á su amiga á su casa.

—Pero...

—Comprendo que quizá tenga repugnancia toda vez que ha sucedido lo que ahora no manda nadie mas que yo, y serán Vds. conducidas á su casa, de donde nunca debieran haber salido.

—¡Oh!... gracias.

—Vamos, vamos, váyanse Vds. pronto porque yo tengo que ajustar unas cuentas á este caballerito.

—Pero ¿qué quiere decir esto? preguntó Luciano, encontrando por fin palabras para poder decir alguna cosa.

—¡Eh!... *soniche*; cállate tú que ahora soy yo el amo, y Mala-sangre prosiguió dirigiéndose á Caridad: ¡ea, niña, vamos, vamos pronto!

XII.

Y el bandido empujó á la jóven hácia fuera de la estancia, gritando desde la puerta de ella:

—¡Eh, Madrileño! conduce á esas señoras donde te he dicho.

—Está bien, repuso el ladron.

—Ahora vamos á hablar los dos solos, dijo Mala-sangre penetrando de nuevo en la estancia.

Y cerró la puerta, y se adelantó hácia donde estaba Luciano, que le contemplaba pálido de espanto.

—¿Sabes á lo que vengo? le dijo.

—No comprendo...

—¿Con que no comprendes, eh? pues yo voy á decirte á lo que vengo.

—Vamos, vamos, dejemos esas cuestiones, dijo Luciano haciendo un esfuerzo; ¿quieres dinero?

XIII.

Mala-sangre hizo un gesto tan enérgico, que Luciano no pudo por menos de estremecerse.

—¡Cállate, *chivato*! ¡no sé como no te aplasto de una *guantáa*!

—Hombre, yo lo decia...

—Eres tan miserable y tan cobarde como siempre.

—¡Mala-sangre!...

—¡Eh, silencio! ¿quién eres tú para hablarme así?

—Hombre...

—¿Recuerdas lo que hicimos hace diez y seis años?

—Sí, murmuró con voz imperceptible el marqués.

—Entonces sabrás que tenemos una cuenta pendiente, ¿no es cierto?

—No sé...

—Mientes; tú lo sabes; tú sabes demasiado que me debes tu vida, y yo vengo á cobrarme.

Y era tan terrible el acento de Mala-sangre, que Luciano comprendió que era llegada su última hora.

Pero el bandido no hizo ademan alguno.

Permaneció silencioso y quieto en su sitio hasta que dijo, al ver el terror que se esparcia por el semblante del jóven:

XIV.

—No tengas miedo, no pienso asesinarte, le dijo.

—Es que...

—Mira, hace diez y seis años que tú, que eras entonces un *chivato* y eras cajista en una imprenta, fuiste llamado por mí, que ya adivinaba entonces que tú volarías muy alto, y te llamé para darte parte en un negocio sério y de utilidad. Tú lo aceptaste; y la primer puñalada que se le dió á aquel pobrete, fué la tuya; el conde de la Torre y el mulato nos pagaron bien; pero tú quisiste algo mas.

—Pero...

—Silencio, y escucha.

—Si ya sabemos...

—Necesitas saber mas aun; tú, miserable, bajo y cobarde, al cabo de algunos años, y aprovechándote del miedo que yo inspiraba á esos dos tunantes, les ofreciste deshacerles de mí.

—Fueron ellos.

—Fuiste tú; ellos consintieron, y el medio que adoptaste fué el de delatarme.

—¡Oh!...

—Y yo pasé un dia y otro en la cárcel, y estuve en presidio, y no dije una palabra: fuí reconcentrando dia por dia una parte de aborrecimiento y de venganza hácia tí.

XV.

Luciano estaba sin poder respirar apenas.

Mala-sangre le contemplaba de una manera siniestra.

Y su acento era cada vez mas sombrío, mas terrible.

Y creciendo de esta manera su entonacion, continuó:

—Yo me escapé de presidio; tú supiste dónde me ocultaba en Madrid; diste parte de nuevo, y otra vez me llevaron á la *trena*; pero ahora que estoy libre otra vez, pobre de tí; te juro que ahora no me has de delatar, ahora vas á ser tú el que sufra, tú el que muera.

—¿Qué dices?...

—Sí, vas á morir, y vas á morir de una manera terrible, de una manera cual tú no podias imaginarte nunca.

—¡Mala-sangre!...

—Pero no creas que vas á morir á mis manos, no lo creas; morirás ahogado por tu dolor, por tu desesperacion.

—Mas...

—A estas fechas ya estará vigilando tus pasos, ya la policía estará sobre tus huellas, porque yo á mi vez te he delatado. Já... já... já... qué bueno será ver al marqués de Pino Blanco en el *Patio*, en medio de los asesinos y de los ladrones.

—¿Pero es verdad eso?

—¡Crees tú que yo me chanceo! tenia que vengarme de tí, y me he vengado.

—¡Oh!...

—Ahora adios; ya estamos en paz.

—¡Miserable de tí!... gritó Luciano ciego de cólera y dando un paso hácia Mala-sangre.

—¡Eh!... quieto; repuso este echando mano á la navaja que en sus manos era un arma doblemente terrible.

XVI.

El marqués quedó anonadado.

Tuvo miedo, y dejó que el bandido, blandiendo siempre su arma, saliese de la estancia.

Largo tiempo permaneció Luciano solo y entregado á sus meditaciones.

De pronto el ruido que hizo la puerta al abrirse le hizo alzar la cabeza.

Un criado habia en ella.

—¿Qué hay? le preguntó Luciano.

—Señor, una pareja acompañando á un inspector de policía está en la verja del jardin.

—¡Oh!... ¡ese miserable!...

—¿Qué hacemos? preguntó el criado.

—Entretenerlos un poco; decidles que no estoy; dadme tiempo.

—Está bien.

Y el criado salió, y Luciano se disfrazó apresuradamente; se puso una peluca, tomó unos anteojos, y guardándose un par de pistolas en los bolsillos, bajó las escaleras, y salió por una puertecilla que iba á dar á otra casa de apariencia mas mezquina, la cual franqueó, encontrándose poco despues en la calle.

XVII.

. . . . . .

A la madrugada del dia inmediato, el sereno acudia hácia la fuente de Neptuno donde habia sonado un tiro.

Un hombre habia tendido en el suelo.

Se avisó al inspector, y cuando le vió, cuando no encontró en él nada que pudiera servirle de indicio para descubrir quién era, esclamó:

—Vaya, este será uno de los muchos misterios que hay en Madrid.

El cadáver que tales palabras hizo decir al inspector era el de Luciano.

—Este será uno de los muchos misterios de Madrid.

CAPITULO LXXVII.

Un dia ocupado.—Qué fué lo que hizo el marqués de Santillan despues que acompañó al baron al gobierno civil.

I.

Nuestros lectores estarán un tanto impacientes por saber lo que habia sido de Mário despues de su llegada á Madrid.

Así lo comprendemos nosotros y vamos á darles las noticias que desean.

El pobre jóven quedó asombrado al presenciar la escena que ya sabemos en casa de Jorge cuando la primera entrevista de Andrés con el de Santillan.

Y esta sorpresa aumentó mucho mas cuando Félix le dijo de parte del marqués que se retirase, que ya le avisaria.

Efectivamente, nuestro amigo lo hizo así, y con grande alegria de su patrona fué á instalarse nuevamente á la casa de huéspedes donde ya le hemos conocido.

Y salió aquel dia y se fué hácia la calle donde vivia Irene.

II.

Pero la jóven no se asomó por los balcones.

La condesa habia pasado y pasaba dias horribles.

Amaba de esa manera enérgica y apasionada que caracteriza á cierta clase de personas.

Mucho sufria y por lo tanto no tenia gusto para nada.

Las reconvenciones de su hermano la afectaban de una manera estraordinaria.

Y como comprendia que hasta cierto punto tenia razon, de aquí el que no tuviera mas remedio que callarse y sufrir.

La única persona que pudiera consolarla la habia abandonado tambien.

De manera que Irene estaba sola, por decirlo así, con su amor y con su pesar.

El marqués de Santillan, que la habia ofrecido ocuparse de Mário y de ella, se olvidó de su promesa y no habia ido por su casa.

Su hermano fué á verle, pero no le recibieron.

Eran tan terminantes las órdenes de Jorge que ninguno de sus criados se hubiese atrevido á desobedecerle.

Así fué que no tuvo mas remedio que retirarse, y quedar nuestra pobre Irene sin esperanza ninguna de consuelo.

No iba á los paseos, no salia á parte alguna y por lo tanto Mário vió con un dolor estraordinario que todos los balcones estaban cerrados herméticamente y que no salia nadie que pudiera darle razon de su amada.

III.

Desesperado se dirigió á su casa.

Y al dia siguiente repitió la misma operacion y obtuvo idéntico resultado.

Entonces se dirigió á la casa de Jorge.

Iba á verle toda vez que él no le habia avisado.

Pero ya saben nuestros lectores que no era fácil verle por la situacion en que se hallaba entonces.

Félix le recibió y Félix le dijo el estado tan escepcional en que nuestro amigo se encontraba.

Mario le pidió consejo.

Pero los consejos que el jóven pudiera darle eran de aquellos que por ningun estilo pueden satisfacer á la persona que los recibe.

¿Qué podia decir Félix?

A haber sido él quien estuviera enterado en todos los pormenores de aquellos amores, desde luego que pudiera haberles dado una solucion.

Pero como no era así, como que él nada sabia mas que aquello que Jorge le habia indicado, de aquí el que no tuviera mas remedio que decirle que esperase hasta que Jorge estuviera en disposicion de poder recibirle.

Y trascurrieron los dias.

Y en cada uno de ellos se fué llevando una parte de la paciencia de nuestro amigo.

Ya estaba resuelto á dar un paso, quizás aventurado, como era el de escribir á Irene, cuando se encontró con un recado del marqués de Santillan.

IV.

Esto sucedia en el mismo dia en que se habia resuelto la crísis de Andrés y en que por lo tanto quedó Jorge libre, por decirlo así, de la especie de vigilancia que tenia que ejercer sobre el marino.

Escusado es decir que Mario acudió precipitadamente á aquella cita.

Penetró en la habitacion de Jorge y este le dijo:

—Dispénseme V., amigo mio, lo muchísimo que le he hecho esperar este momento, pero circunstancias especiales me han obligado á ello.

—Señor marqués, no me diga V. que le dispense, no podria yo quejarme nunca, ni tendria derecho alguno para ello.

—Sé muy bien que un enamorado tiene por necesidad que ser impaciente, y por lo tanto estos dias se le habrán hecho siglos.

—Tiene V. razon, repuso Mario; las palabras que me dijo Félix en Barcelona me llamaron la atencion, me hicieron adivinar que en todo cuanto habia pasado podia existir quizá una trama que yo no acertaba á esplicarme, pero que indudablemente debia existir, y por despejar esta incógnita tenia verdaderamente, y como ha dicho usted muy bien, una curiosidad estraordinaria, una impaciencia que me consumia.

—Lo comprendo; ahora va V. á serme franco, va usted

á hablarme de la manera que yo lo hago siempre y de la que yo exijo que se me corresponda.

—Usted dirá.

—¿Ama V. á Irene?

—¡Oh!... con delirio, como no amaré á ninguna mujer.

—En ese caso, ¿por qué la ha abandonado V.?

—¿Abandonarla yo?...

V.

—Me parece que no puedo calificar de otro modo el no haber acudido á la cita que le dió su hermano, dijo Jorge.

—Si ella misma me despidió ¿qué habia yo de hacer?

—Ella, imposible.

—¡Oh!... conservo su carta.

—¿Pero conoce V. su letra?

—Sí, señor.

—Vamos, voy viendo un poco mas claro en este asunto; Irene no le ha escrito á V. ninguna carta.

—Señor marqués...

—Me lo ha dicho Irene de esa manera que no deja lugar á duda alguna.

—Supongo que tampoco dudará V. de mí, dijo Mario un tanto ofendido.

—No se altere V., amigo mio, no le exijo mas sino que me cuente todo cuanto ha pasado, que me diga usted la verdad desnuda á fin de que yo pueda apreciar como debo lo que existe y lo que debe existir.

VI.

Entonces Mario refirió á Jorge todo lo que ya saben nuestros lectores.

Nada le ocultó.

Desde el momento mismo en que conoció á Irene le fué refiriendo sin omitir ninguna de las incidencias que habian ocurrido.

Le dijo lo que ya conocen nuestros lectores respecto al baile de Capellanes.

Fué repasando dia por dia y carta por carta las que entre ellos se habian cambiado, y todo con esa precision con que el enamorado refiere esas escenas que tan presentes se quedan en su imaginacion.

El marqués le escuchaba con una atencion profunda.

Parecia que estaba comparando lo que el jóven le decia con otras noticias que poseia él y cuando concluyó de hablar el jóven permaneció silencioso durante algunos instantes.

VII.

Al cabo de ellos, dijo:

—Amigo mio, uno y otro han sido Vds. engañados de una manera inícua.

—¡Cómo!...

—Irene, es cierto que estaba en Capellanes, pero la mujer que V. llevaba de su brazo no era la condesa; esta fué engañada allí por el marqués de Pino Blanco, que tenia interés en provocar un escándalo á consecuencia del cual

no tuviera mas remedio que dar su mano al marqués.

—¿Qué dice V.?... esclamó Mario vivamente.

—La verdad, amigo mio; la verdad.

Y Jorge á su vez refirió al jóven todo cuanto la jóven le habia contado, que era lo único que él podia saber.

VIII.

Entonces quedó clara y patente toda la intriga que allí habia existido.

Pero lo que no acertaban á esplicarse ninguno de los dos era quién pudiera ser aquella falsa Irene que tanta semejanza tenia con la verdadera.

Pero esto les preocupó muy poco.

Lo principal era que Mario amaba á Irene y que ella le correspondia.

En su consecuencia el marqués le dijo que á la noche próxima él mismo le conduciria á la casa de la condesa, y escusado nos parece decir que la alegría de nuestro pobre Mario fué estraordinaria, y que bendeciría al marqués de Santillan como á la persona que se le presentaba de una manera tan inopinada á devolverle la felicidad que veia perdida para siempre.

Jorge salió de su casa poco despues.

Inmediatamente se dirigió á la casa de Irene.

Tenia vivísimos deseos de consolar á la jóven que indudablemente en tantos dias debia encontrarse muy afectada por el abandono de su protector.

Como ya saben nuestros lectores, la suposicion del marqués estaba perfectamente fundada.

Jorge penetró en casa de Irene.

Estuvo durante algunos segundos en las habitaciones del baron.

Le indicó algo respecto al verdadero objeto de su ida á aquella casa.

El baron, si bien no se mostró completamente hostil á aquellos amores que él en otra época habia sancionado, tampoco los favoreció abiertamente.

Jorge le pidió permiso para ver á Irene, y pocos momentos despues se encontraba en la presencia de nuestra amiga.

IX.

Al verle esta no pudo reprimir un ligero grito de sorpresa.

—¡Qué, amiga mia, se sorprende V. al verme! ¿no es cierto?

—¿A qué se lo he de negar á V.? Ya me habia acostumbrado casi á no verle, y puedo asegurarle que me hacia daño el tener que renunciar á su amistad.

—¿Segun eso, creia V. que la habia olvidado?

—Ya vé V., tanto tiempo sin vernos.

—¡Ay! mi pobre amiga, ¡si supiera V. qué dias tan malos he pasado!

—¿Ha estado V. enfermo?

—No; pero he estado á la cabecera de uno que para mí es mas que un hermano; en fin, mi pobre amiga, para que yo me haya negado á recibir á ninguna de las personas que han ido á mi casa, ya vé V. si habrá sido grave el motivo que á ello me habrá impulsado.

—Desde luego.

—Pero, en fin, ya me tiene V. de nuevo á su lado, y ahora no vengo á prodigarla un consuelo efímero, no vengo á darla palabras solamente, ahora se trata ya de hechos.

X.

Irene se quedó mirando al marqués llena de sorpresa.

Se habia acostumbrado á creerle como á una especie de oráculo, y por lo tanto advertia en su acento algo de estraño que la infundia una especie de confianza, una especie de consuelo sumamente estraño.

Así fué, que le dijo:

—No comprendo lo que quiera decir con esas palabras.

—Esto no quiere decir mas sino que la hice una promesa, y vengo á cumplírsela.

—¿De veras? esclamó Irene coloreándose enteramente sus megillas.

—Sí, amiga mia; ¿sigue V. amando á Mario?

—¡Ay! amigo mio, ¿cree V. que yo le he olvidado alguna vez?

—Pues bien, siga V. amándole, que él tambien la corresponde de la misma manera.

—Entonces cómo se esplica sus...

—Habia una persona que indudablemente ha tenido un interés especial en estorbar esos amores; lo ha conseguido, si bien no en su totalidad, como ella hubiera deseado.

—Pero ¿qué persona es esa? ¿qué interés pudiera tener?

—¡Ay! amiga mia, es muy malo, y hay indudablemente una mujer que se parece á V. de una manera tan

estraordinaria, que ha servido perfectamente para los proyectos de esas personas.

—Y Mario...

—Mario está en Madrid.

—¿De veras?

—Ya sabe V., amiga mia, que jamás la he dicho una cosa que no fuera cierta.

—Pero...

—Mario me ha enseñado cartas; me ha dado pruebas de todo cuanto la digo, y puedo asegurarla que ha tenido razon para obrar de la manera que lo ha hecho.

—Mas V. sabe que nada de eso es verdad, que yo no he dejado un dia de amarle.

—Ya lo sé, Irene; de esa misma manera le he hablado, y como que no queria él mas que una simple justificacion de todos esos hechos...

—¿Y la ha aceptado? preguntó anhelante Irene.

—Ya lo creo; ¿no comprende V. que él amaba tambien?

—¿Y vendrá?

—Esta noche; seré yo quien le acompañe.

—Gracias, amigo mio, gracias.

XI.

Y aun siguieron hablando durante algun tiempo respecto á este mismo particular.

Ya se vé, tenia la jóven tanto que decir á nuestro amigo...

Aquella alegría inesperada hizo que su corazon se desbordase.

Quejas, confidencias, todo brotó de sus lábios y Jorge

las escuchó con una atencion estraordinaria sonriéndose con todas las espansiones de aquel corazon de niña, lleno de felicidad.

Despues Jorge se retiró á su casa.

XII.

Allí, y solamente cuando al través de los cristales distinguió el rostro de Clotilde, fué cuando pensó en ella.

Preocupado con todos los incidentes que le habian ocurrido durante aquellos dias, su imaginacion no tuvo mas que un momento para pensar en la jóven.

Este fué cuando los dedos de Andrés oprimieron su garganta, á punto casi de estrangularle.

En aquel momento se decidió por hablar de nuevo con la jóven.

Su corazon ardiente y apasionado se despertó de aquel marasmo en que habia estado sumido durante ocho dias, y latió con la misma rapidez y de la misma manera que habia latido cuando la vió por primera vez.

XIII.

A la hora convenida Mario fué á ver á la marquesa.

Desde allí se marcharon ambos á la casa del baron.

¿Qué podemos decir mas?

Mario é Irene se vieron, y mediaron entre uno y otro las esplicaciones que ambos deseaban, y cuyo resultado fué que quedasen completamente arreglados, y dispuesta la boda para dentro de algunos dias.

El baron quedó prendado de Mario.

Efectivamente que el jóven tenia que simpatizar con cualquiera.

El marqués quedó sumamente satisfecho con la acogida que habia tenido su amigo.

Así fué que salió de aquella casa lleno de alegría por la dicha que se reflejaba en los rostros de Irene y de Mario.

CAPITULO LXXVIII.

—

Continuamos ocupándonos de Jorge.—Qué habia sido de Amparo.

I.

Hasta cierto punto Jorge estaba sumamente satisfecho.

Habia recogido los papeles que tanto le afectaban, porque para él positivamente en otras manos le hubieran podido producir sérios disgustos.

El gobernador dió palabra al marqués de que trataria de averiguar el paradero de Amparo, y los dos jóvenes se dirigieron á su casa nuevamente.

Jorge estaba muy preocupado.

Pesaban sobre él los gravísimos asuntos de la *familia,* y por lo tanto no sabia qué hacer.

El nuevo correo que se le anunciaba de América, le preocupaba tambien.

Si se le decia en él que la insurreccion estaba próxima á estallar, no sabia de qué medios valerse para remitir la suma necesaria en aquellos paises, y al mismo tiempo no sabia tampoco cómo estraer de la caja general de la *familia* aquellas sumas.

El marqués tenia las atribuciones de poder disponer de aquel dinero; pero tenia el imprescindible deber de justificar su inversion.

Nuestro amigo tenia un gran capital, pero no era suficiente para la gran empresa que llevaba entre manos.

Por esta razon fué por la que ingresó en la *familia*, y por la que hizo todos los esfuerzos imaginables hasta colocarse en el puesto en que se hallaba.

Luchando con estas dificultades, y en aquellos momentos tan supremos, por decirlo así, se pasó algunas horas en su estancia hasta que al cabo de ellos, la puerta se abrió, y un criado apareció en ella.

II.

Jorge alzó su cabeza y fijó una mirada hasta cierto punto colérica en él.

—¿Qué quieres? le dijo, ¿no sabes ya que te he dicho que no queria recibir á nadie?

—Señor...

—Y bien, ¿quién está ahí, quién es?

—No hay nadie.

—Entonces, ¿qué quiere decir esto? preguntó el marqués fijando una mirada llena de sorpresa en el criado.

—Yo desearia hablar algunos momentos con el señor marqués.

—¡Conmigo! esclamó nuestro amigo, cada vez con mas estrañez.

—Sí, señor; hace unos dias, cuando V. S. estaba todavía encerrado en esas habitaciones y no queria tampoco que nadie penetrase en ellas, trajeron una carta.

—¿Y qué, la has perdido?

—Sí, señor.

—Pues bien, déjalo; ya no tiene remedio; si urgia ya me la reiterará.

—Ya lo han hecho, señor.

—¿Y tienes ahí la carta?

—Acaban de traerla ahora mismo.

—Venga; ¿de quién es?

—No lo sé; el criado nada me ha dicho; no ha hecho mas que entregármela.

—¿Y se ha marchado?

—Sí, señor.

—Pues bien, haz tú lo mismo que él; dame la carta y vete.

III.

El criado hizo lo que su señor le mandaba, y Jorge se quedó solo con la carta en la mano mirándola atentamente.

—Yo conozco esta letra, pero no sé quién pueda ser la persona que me escribe.

Y Jorge permaneció todavía algunos segundos dando vueltas á quel pliego.

Por fin se decidió.

Rasgó el sobre y á las pocas palabras que habia leido

palideció de una manera intensa y exhaló una esclamacion de alegría.

Pero de alegria infinita, delirante, frenética.

Y sin duda por el esceso de su misma alegria permaneció algunos segundos aturdido, anonadado, sin tener movimiento para nada.

Despues alzó la cabeza.

Volvió á abrir la carta y de nuevo se puso á leerla.

IV.

Decia así:

«Jorge: hace cinco dias escribí una carta.

Creia que aun tendria V. un resto, sino de cariño al menos de amistad, para venir á verme inmediatamente que recibiera mi carta.

Pero no ha sido así.

No le decia en ella mas que si tenia la bondad de venir á verme, pues deseaba participarle un asunto de bastante interés.

Pero esto fué insuficiente para V.

He visto que han pasado unos cuantos dias y que usted no ha querido venir á verme.

En esta situacion vuelvo á coger la pluma.

Tengo necesidad de hablarle con franqueza y voy á hacerlo.

Mi hija, su hija de V., está en mi casa.

Ahora V. obrará como mejor le parezca.

Soy de V. afectísima

BLANCA.»

Cuando Jorge concluyó de leer esta carta volvió á inclinar la cabeza murmurando:

—¡Oh.... por ese imbécil!... voy á ver á mi hija. ¡Dios mio!... gracias por esta nueva felicidad.

Y Jorge se vistió apresuradamente y momentos despues salia de su casa.

Nosotros nos anticiparemos á su llegada para esplicar á nuestros lectores el verdadero contesto de la carta que habia recibido Jorge.

V.

Recordarán que Juan y el Sr. Lúcio, acompañando á Amparo, subieron por la calle de Atocha.

No habian andado muchos pasos cuando Juan sintió que le tocaban en el hombro.

Volvióse precipitadamente y esclamó:

—¡Adios, José!... cuánto tiempo que no nos habiamos visto.

—¡Ya, ya!... desde que me fuí á Francia con el señor conde...

—¿Y sigues con él todavía?

—¡Cá!... si estos señores son tan raros... ahora estoy en una buena casa.

—Mas vale así, hombre; ya sabes que yo siempre me alegro de que los amigos estén bien.

—Gracias, Juan.

—Vaya, voy de prisa, tengo que acompañar á estos amigos y...

—Anda, anda, no te detengas; si te se ocurre alguna

cosa estoy en la calle del Prado, en casa de la duquesa del Campo.

—¿Qué dices?... esclamó Juan sorprendido.

—Hombre, ¿qué te sorprende?

—¿Estás en casa de la duquesa del Campo?

—Sí.

—Pues casualmente vamos nosotros á verla.

—¿Tú?...

—Sí, ¿pero estais en Madrid?

—Ya lo creo; si la duquesa no ha salido de aquí desde que vino de Sevilla.

—Hombre, pues esto es raro; espera.

VI.

Y Juan se acercó á Lúcio y á Amparo y les dijo:

—Oigan Vds. y V., señorita, ¿no iba V. á ver á la señora duquesa del Campo?

—Sí, señor, contestó la jóven.

—¿Y dice V. que está en Carabanchel?

—Así me lo ha dicho al menos la desgraciada señora Luisa.

—Pues estaba engañada; la duquesa está en Madrid.

—¿De veras?

—Sí, señorita, este amigo mio está de criado en su casa.

—¡Oh!... vamos allá, vamos á verla.

—Ya lo oyes, José, ya lo oyes, dijo Juan; acompáñanos, pues esta señorita tiene necesidad de verla.

—Vengan Vds. conmigo, dijo el criado.

VII.

Efectivamente, se dirigieron hácia la calle del Prado.

Durante el camino la jóven fué refiriendo á unos y á otros los incidentes que le habian ofrecido aquella tarde.

Efectivamente que habia sido un dia en que los acontecimientos se habian sucedido con una rapidez tan estraordinaria que la jóven no podia ni aun recordarlos del todo por la aglomeracion que de ellos habia habido.

Cuando llegaron á la casa de la duquesa, Lúcio, Juan y la jóven se quedaron acompañando á Amparo en una de las antesalas, y José penetró en las habitaciones de su señora.

VIII.

Blanca estaba como siempre.

Abstraida en su dolor nada veia, en nada pensaba mas que en Jorge y en su hija.

En Jorge, que no la habia hecho mas que una simple visita de etiqueta, y que no habia tratado mas que de engañarla fingiéndola un amor que ya se habia estinguido por completo en su corazon.

Efectivamente, nuestro amigo no habia vuelto por la casa de Blanca.

Preocupado primero con los nuevos incidentes de su amor á Clotilde, y despues encerrado junto al lecho de Andrés, ni tuvo tiempo ni pudo volver de nuevo á visitar á aquella mujer que le amaba tanto.

Esta, que nada sabia de aquello, que no veia mas que

el efecto sin poder adivinar la causa, necesariamente tenia que culpar á Jorge.

Así fué, que cuando el criado penetró en su estancia la encontró como siempre, preocupada y triste.

Alzó lentamente la cabeza y fijando sus ojos en José, le dijo:

—¿Qué quieres?

—Señora, me acaba de suceder una cosa estraordinaria.

—¿Y qué es?

—Iba yo por la calle de Atocha cuando me encontré con un amigo mio, que iba acompañando á una jóven; hablé algunas palabras con él, y cuando le dije que estaba sirviendo en casa de la señora duquesa del Campo entonces se sorprendieron una y otro, pues segun supe, la óven iba á buscar á la señora duquesa, á quien creia encontrar en Carabanchel.

—¡En Carabanchel! esclamó Blanca sorprendida.

—Sí, señora.

—Y esa jóven ¿ha venido contigo?

—Me suplicó con muchísima instancia que la permitiese acompañarme; le han sucedido á la pobre algunas cosas hoy por la mañana que no tienen nada de buenas.

—¿Cómo?

IX.

Entonces José refirió á la duquesa lo que Juan le habia contado respecto á la manera de encontrar á Amparo, y de los incidentes que habian ocurrido.

Blanca le escuchó con una atencion estraordinaria; sus megillas se enrojecieron mas de una vez, y una agitacion

estraña se apoderó de todo su ser.

Cuando José concluyó de hablar, le dijo:

—¿Y qué edad podrá tener esa jóven?

—Unos diez y ocho ó veinte años.

—¿Y es hermosa?

—¡Oh! sí, señora, y despues tiene una especie de lunar ó una mancha que parece una cruz en uno de los carrillos, que tambien le hace mucha gracia.

—¡Qué estás diciendo! esclamó Blanca sin poderse contener.

—Ya lo creo, señora, digo la verdad; fué una de las cosas que mas me chocaron cuando la ví.

—¿Y dices que está ahí esa jóven? volvió á preguntar Blanca, cuya agitacion se redoblaba á cada momento.

—Sí, señora, contestó el criado sorprendido por el estado de su ama.

—Pues bien, dila que entre, que entre en seguida.

El criado salió de la estancia, y Blanca, alzando sus ojos al cielo, murmuró con una espresion indescriptible:

—¡Dios mio! una mancha en forma de una cruz, era la misma señal que tenia mi hija... y luego ese afan de verme... ¡oh! si fuera ella... ¡ah!

Esta última esclamacion fué lanzada al ver que en la puerta de la estancia aparecia Amparo.

X.

Blanca fijó sus ojos en la jóven con una espresion que en vano trataríamos nosotros de describir, murmurando con voz opaca:

—Sí... ella es... ¡cómo se parece á Jorge!

—Señora, murmuró Amparo presa de una agitacion indefinible.

Blanca se levantó de su asiento, corrió hácia la jóven, la cogió de un brazo, y la llevó delante de uno de los balcones.

Allí la contempló de una manera avara, insistente y tenaz.

Sucesivamente fueron daguerreotipándose en su semblante las cien encontradas sensaciones que esperimentaba.

Despues, una espresion de felicidad inmensa se esparció por su rostro.

Dos lágrimas temblaron en sus ojos.

Abrió los brazos, y con esa esplosion de ventura infinita, de cariño delirante; con una espresion que solo modula la garganta de una madre, esclamó:

—¡Hija de mi alma!

XI.

Amparo se precipitó en los brazos de su madre.

Ambas se habian reconocido por intuicion.

La voz de sus almas les reveló el parentesco que entre ellas existía.

Ante esta prueba irrecusable; ante esta prueba esculpida en sus corazones de una manera indestructible, todas las demás pruebas que hubieran querido adherirse, eran pálidas y frias.

Despues de la esplosion de sus almas vinieron las esplicaciones.

Amparo refirió todo cuanto le habia sucedido.

Habló de sus primeros años.

Fué tan exacto el retrato que hizo de Luisa, que la duquesa se convenció de que aquella era la misma mujer á quien ella habia confiado su hija.

Y despues de muchas horas, despues de esas mil confidencias que pueden existir entre una madre y una hija, separadas durante largos años, ambas se acordaron de las personas que hasta allí habian venido acompañando á nuestra amiga.

Pero cuando mandaron recado para decirles que entraran, ya no estaban allí.

XII.

Lúcio y Juan desde el momento en que la jóven penetró en las habitaciones de la duquesa, comprendieron que estaban allí demás.

Y á pesar de las instancias que José les hizo para que se esperaran, no quisieron hacerlo.

Entonces Blanca escribió á Jorge la carta que se le perdió al criado, segun saben ya nuestros lectores.

Aquella misma noche se les mandó un recado á Rosa y al torero, diciéndoles dónde estaba Amparo.

Pero ambos, ocupados en las averiguaciones del paradero de la jóven, no se encontraban en su casa, y el criado no se tomó la molestia de volver mas tarde.

Se decidió que al dia siguiente se les avisase de nuevo, y tanto Blanca como Amparo esperaban con impaciencia la llegada del marqués de Santillan.

La duquesa habia revelado ya á la jóven la clase de vínculos que la ligaban con aquel hombre, y por lo tanto,

natural era que Amparo tuviera deseos de conocerle.

Pero el marqués no pareció.

Y ambas se estrañaban de aquello, y ambas estaban disgustadas por la misma razon.

Y se mandó un nuevo recado á Rosa y al Sr. Pedro.

Pero el criado, que no tenia ganas de ir tan lejos, hizo lo que muchísimos de ellos, dijo que habia dado el recado, y que le habian contestado que irian.

Y de esta manera, y esperando á unos y á otro, trascurrieron los dias hasta que por fin al cuarto, sin poderse contener mas la jóven duquesa, agarró la pluma y escribió la carta que ya conocen nuestros lectores.

XIII.

Jorge ya hemos indicado lo que esperimentó al leerla.

Apresuradamente se vistió y se dirigió á casa de Blanca.

La jóven y su madre estaban sentadas en el gabinete de la duquesa ocupándose de su padre y de aquellos amigos que no se presentaban á verla, segun ella habia esperado.

Quizá por la imaginacion de Amparo cruzaba el recuerdo de German.

La jóven le amaba con toda la fuerza de su alma, y una parte de la alegría que le causaba su nuevo cambio de posicion era porque acortaba la distancia que existia entre ella y el baron del Valle.

Cuando el criado anunció al marqués, las miradas de las dos mujeres se fijaron en aquella puerta.

Al aparecer Jorge, Amparo se levantó y con un movi-

miento irresistible dió algunos pasos hácia él.

Jorge no vaciló.

Abrió sus brazos, y estrechando entre ellos á Amparo, esclamó:

—Hija mia.

XIV.

Largo tiempo permanecieron abrazados.

Despues aquel grupo se aumentó.

Blanca fué tambien á participar de aquel dulcísimo lazo.

Aquellas tres personas estaban unidas por un sentimiento grande, profundo é indestructible.

Asi trarcurrieron algunos segundos.

Ninguno de los tres podia hablar.

Demasiado se sabe que en las grandes emociones de la vida jamás el lábio encuentra palabras para espresar lo que siente el corazon.

Al cabo de algunos segundos Jorge pudo volver en sí, si se nos permite esta frase.

Entonces tendió su mano hácia Blanca diciéndola:

—Blanca, ya hemos encontrado á nuestra hija, ¿quieres ser mi esposa?

Como se comprenderá muy bien, la duquesa quedaria sumamente sorprendida con aquella proposicion tan inesperada.

Nada pudo decir, y arrojando una mirada de inefable ternura sobre Jorge, estrechó entre sus brazos al padre y á la hija, murmurando:

—Gracias, Dios mio.

XV.

Largo tiempo permaneció el marqués en aquella casa.

Cuando salió de allí iba completamente trasformado.

El encuentro de su hija era la causa de aquella trasformacion.

Comprendió que despues de lo que habia mediado, era una infamia el continuar dando pábulo á las esperanzas y á las ilusiones de la pobre Clotilde.

Adivinó tambien que iba á darla un golpe terrible con decirla que todo habia concluido entre ellos.

Pero esto era preferible á continuar engañándola.

Jorge se decidió, pues, por hacer aquello.

Provocó una entrevista con la jóven, y la misma noche que habia encontrado á su hija, habló con su encantadora vecina.

Entonces, con la franqueza y con la lealtad que le caracterizaba, la dijo todas las causas que se oponian á la continuacion de sus amores.

Nada la ocultó.

Clotilde le escuchó silenciosa.

Despues hizo un esfuerzo supremo.

Le tendió su mano, y mirándole por la última vez, se separó de su lado para poder llorar libremente.

CAPÍTULO LXXIX.

Un recuerdo de personajes que no habiamos visto hacia algun tiempo.—Antes del baile.

I.

Hace algun tiempo que no hemos hablado de Cesarina.

Preocupados con seguir la marcha de otros personajes nos habiamos olvidado de ella, pero vamos á tratar de enmendar nuestra falta.

Poco podemos decir respecto á ella.

Llorando siempre el perdido amor de Angel, ni salia de su casa, ni se la veia en parte alguna.

Cuando Cármen realizó su plan, cuando consiguió estraer del cajon de D. Lúcas los papeles que necesitaba, entonces se refugió de nuevo en la casa de su amiga.

Entonces salió únicamente.

Pero estas salidas eran en muy corto número.

Por las mañanas iba á misa.

Despues se retiraba á su casa y únicamente á la caida de la tarde, y por complacer á su amiga, salia á dar un paseo.

Al tercer dia que salió á misa, cuando abandonaba ya el templo, sintió que la tocaban ligeramente en el brazo.

Volvióse vivamente y no pudo menos de estremecerse al contemplar delante de sí la figura siniestra del doctor Perez.

II.

—Adios, hija mia, la dijo el médico; cuánto tiempo que no nos habiamos visto.

—Sí, señor, he estado un poco mala, y además, prosiguió la jóven, queriendo dar una especie de satisfaccion por su abandono, desde que vino ese marqués de Santillan no me ha gustado, y...

—¿Qué, tambien tú le aborreces? preguntó el doctor fijando sus ojillos pardos en el pálido semblante de la jóven.

—Sí, señor, repuso esta tratando de decir alguna cosa.

—Y yo, hija, y yo, y lo mismo todos los de la *familia*.

—¿De veras?

—Como lo oyes, pero no tengas cuidado, que muy pronto las vá á pagar todas juntas.

—¿Qué quiere V. decir? esclamó estremeciéndose la jóven.

—Que muy pronto vamos á estar libres de ese tunante; sí, hija mia, porque no es mas que un tunante.

—Pero oiga V., señor de Perez, ¿por qué le han dejado ustedes tomar tantos vuelos?

—¡Toma!... porque no podia pasarse por otro punto.

—Ya me indicó Luciano alguna cosa.

—¡Pobre muchacho! repuso el doctor con una entonacion estraña; me atreveria á jurar que su muerte ha sido obra tambien de ese condenado marqués, á quien Dios confunda.

—¿Qué dice V.? ¿Luciano ha muerto?

—Sí, hija mia; ¿pues qué, no sabias nada? hace tres dias que su cadáver se encontró en el Prado.

III.

Cesarina nada contestó.

Alzó sus ojos al cielo, y la mirada que destellaron fué de una espresion indescriptible.

Luciano era una de las nubes que habia en la existencia de la jóven.

Era uno de sus remordimientos.

Aquel hombre era la mancha de su pasado.

No se alegraba de su muerte, pero tampoco su dolor era profundo.

Sin embargo, no la convenia demostrárselo así al doctor.

Cuando le oyó hablar respecto al marqués de Santillan, se acordó de lo que Luciano la habia dicho en la última entrevista que tuvo con ella.

La habló de un proyecto de envenenamiento que habia pendiente, el cual habia de realizarse en un baile.

Por esto era por lo que hablaba tan en contra de Jor-

ge, y por esto la vemos espresarse de la manera que lo hacia.

IV.

El doctor no podia comprender la idea que la jóven se llevaba en aquello.

Así fué que al ver el dolor que espresaba el semblante de Cesarina por la muerte de Luciano, la dijo:

—Vaya, vaya, Cesarina, no te aflijas, que Luciano quedará vengado completamente.

—¿De veras?... preguntó la jóven de una manera anhelante.

—Ya lo creo.

—Pero ¿cómo vá á ser eso?

—De una manera muy sencilla; estoy seguro que el marqués no puede adivinar el peligro que le amenaza.

—Pero ¿qué péligro es ese?

—¿Tú no sabes lo que hay? preguntó el doctor bajando la voz y mirando á todos lados recelosamente.

—Hable V., hable V.; no sé nada absolutamente.

—Pues bien; D. Lúcas se ha vuelto loco.

—¡D. Lúcas!... esclamó Cesarina con una admiracion perfectamente fingida.

—Sí, D. Lúcas; y lo peor ha sido que todos sus papeles, que eran de bastante interés para nosotros, todos han sido robados.

—¿Y por quién?

—¿Por quién ha de haber sido? por ese Jorge que nos ha de perder á todos si no nos damos prisa á vencerle.

—¡Oh!... sí, sí; vamos á dominarle; hagamos con él lo

mismo que trata de hacer con nosotros.

—De eso es de lo que se trata.

—¿Y tienen Vds. ya formado algun plan?

—¡Bah!... ¿crees tú que yo soy algun tonto?

—¿Con que ya está V. resuelto? preguntó Cesarina con alegría.

—Sí, hija, sí; ya todo lo tengo bien dispuesto.

—Está visto, señor doctor, que es V. un hombre admirable.

V.

—¡Phe! todos me dicen lo mismo, hija mia, contestó Perez, visiblemente satisfecho por las palabras de la jóven.

—Pero sepamos ese proyecto.

—Vamos á envenenar al marqués.

—¡Oh! me parece que ese hombre debe conocer una porcion de secretos que le servirán de contraveneno inmediatamente.

—Es que de la manera que vamos á administrárselo, de nada le servirá toda su ciencia.

—Como yo no estoy enterada de nada.

—Mira, Cesarina; la baronesa de la Estrella vá á dar un baile dentro de pocos dias, al cual asistirá el marqués.

—¿Y piensa V. allí?...

—Hay venenos cuya sola aspiracion es mortal; los hay tambien, que una cantidad insignificante puesta en los lábios, basta para hacer sucumbir instantáneamente al hombre mas robusto; con estos auxiliares cuento yo para salir del paso.

—¡Magnífico proyecto!

—¡Oh! ¡si tú supieras cuánto aborrezco al marqués!

VI.

Cesarina no pudo por menos de estremerse.

Era tan implacable el acento del doctor, habia un aborrecimiento tan estraordinario, un ódio tan terrible en él que desde luego pudiera temerse, con harto fundamento, por la persona que lo habia inspirado.

—¿Y vá á tardar mucho ese baile?

—No; casualmente no hace mucho que estaba hablando con uno de los empleados en la casa, el cual me ha dicho que ya estaban hasta hechas las papeletas de convite.

—Y dígame V., ¿si el marqués muere, quién vá á quedarse de jefe de la *familia*?

—Mucha curiosidad es esa, hija mia, contestó el doctor con una sonrisa sumamente falsa.

—Yo lo decia, porque desde luego me figuraba que no volverian las cosas á quedarse en su antiguo estado.

—Mucho adelantas las cosas, picarilla.

—Eso lo he aprendido desde que pertenezco á la *familia*; yo era una pobre ignorante, á Vds. debo únicamente lo poco que valgo hoy.

—En fin, ya me has entretenido bastante; dentro de muy pocos dias quizás pueda decirte que ya está todo arreglado.

—Dios le oiga á V.

Y aun hablaron algunas palabras mas, hasta que por fin se separaron muy alegre el doctor y bastante preocupada Cesarina.

VII.

Inmediatamente se dirigió á su casa.

Cármen se sorprendió al verla entrar de la manera que lo hacia.

Y la preguntó inmediatamente qué era lo que la habia sucedido.

Cármen la refirió todo cuanto ya saben nuestros lectores; cuando concluyó de hablar Cesarina, la dijo su amiga.

—El doctor se figura que el marqués ha sido el autor de ese robo.

—Yo te diré, que aunque indirectamente, lo ha sido.

—Pero el doctor es un enemigo terrible, me parece que todavía es peor que D. Lúcas.

—Todos son iguales; mira que el conde de la Torre es tambien un personaje capaz de cualquier cosa, sino ya ves lo que hizo conmigo.

—Te aseguro que la única figura noble que yo he visto entre toda esa gente ha sido la del marqués de Santillan, y...

—Y la de Andrés, ¿no es cierto? dijo Cesarina sonriéndose.

—Por qué he de negarlo.

—Tienes razon, dichosa tú que podrás ser feliz todavia.

—Vamos, Cesarina, déjate de pensar ahora en eso y dime qué es lo que piensas hacer ahora que sabes ya los proyectos del doctor.

—¿Qué es lo que pienso hacer? avisar al marqués, prevenirle á fin de que evite...

—¿Pero de qué modo?

—Ahora lo verás, escribiéndole una carta sin firma alguna á fin de que no sepa quien es la persona que se la dirige.

Y efectivamente, la jóven se levantó de su asiento y se puso á escribir, sobre aquel mismo velador en que ya la hemos visto en otra ocasion escribir á Mario una carta.

VIII.

Nosotros les dejaremos por ahora para ocuparnos del marqués que estaba sumamente satisfecho.

Habia encontrado á su hija y esto habia hecho despertarse en su corazon fibras nuevas, sentimientos desconocidos hasta entonces.

Esperaba con impaciencia conocer el resultado de los negocios de América, y si estos eran satisfactorios entonces su ventura seria completa.

El mismo dia en que vamos hablando, que es el siguiente de aquel en que conoció á su hija, mandó una carta al baron diciéndole que se pasase por su casa.

Queria que participase tambien de su alegría.

Y haciendo tiempo hasta la hora en que aquel llegase, penetró en las habitaciones de Andrés.

El marino avanzaba rápidamente en su curacion.

Desembozada, por decirlo así, la enfermedad y presentándose con un carácter fijo despues de las pasadas crísis, Jorge, con la habilidad de un médico consumado, la atacó de frente empleando las medicinas necesarias para ello.

En el momento en que nosotros penetramos en la estancia del enfermo lo encontraremos incorporado en la

cama, y si bien hallaremos en su semblante el decaimiento, la palidez y el mal estar consiguientes á una enfermedad harto penosa, advertiremos que brilla en sus ojos mas despejados y que todo su semblante está mucho mejor que cuando lo vimos las primeras veces.

IX.

—Hola, Andrés, dijo Jorge al penetrar en la estancia; ¿qué tal vamos hoy?

—Bien, señor, contestó el marino; no tengo la cabeza tan pesada.

—Ya era tiempo; que nos hemos llevado unos dias...

—Cuánto he molestado á V.

—A mí, nada de eso; lo único que yo siento ha sido el mal estado de tu salud.

—¡Oh, señor! hubiera preferido morir cien veces á tener que presentarme á V. de la manera que lo he hecho.

—¿Por qué?

—Traer un depósito y dejarlo perder...

—Pues eso no te inquiete, los papeles que tú traias han vuelto de nuevo á mi poder.

—¡Cómo, señor! ¿qué está V. diciendo? esclamó el marino mirando con sorpresa al marqués.

—De una manera muy particular ; pero en fin, eso no hace al caso; díme, Andrés, prosiguió Jorge acercándose á la cama de nuestro pobre enfermo, ¿qué fué lo que tú hiciste en Barcelona cuando desembarcaste?

X.

Andrés contempló á Jorge sorprendido.

Y se preguntaba, sin podérselo esplicar, qué significado podria tener aquella pregunta.

Pero fuera de ello lo que quisiera, el marino no habia mentido nunca y tampoco debia hacerlo en aquella ocasion.

Así fué que dijo:

—Señor, ignoro el objeto de V. al preguntarme eso, pero como quiera que en lo que yo hice nada de vergonzoso encuentro, voy á referirlo tal como pasó.

Entonces Andrés contó su encuentro con Cármen.

Y lo describió con el mismo entusiasmo que habia sentido al verla.

El marino amaba á la jóven.

La amaba de esa manera impetuosa, enérgica y ardiente que es característica, por decirlo así, en ciertas organizaciones, y describió perfectamente aquella noche de embriaguez que habia pasado en la Barceloneta.

Despues pintó con los mas vivos colores su desesperacion al ver que aquellos papeles le faltaban.

XI.

Jorge le escuchaba atentamente.

Cuando concluyó de hablar le dijo:

—¿Y tú no has sospechado quién ha podido estraerte esos papeles?

—¿Cree V. que si yo hubiera sospechado siquiera no me habria arrojado sobre la persona de quien tuviese sospechas para arrancárselos?

—Muy cerca la has tenido y no lo has sospechado.

—Cerca de mí, ¿qué está V. diciendo?

—El amor nos vuelve ciegos y las mujeres hacen que no veamos mas que aquello que ellas quieren.

—No comprendo.

—Cármen fué la que te quitó aquellos papeles, el vino que bebiste estaba compuesto y se aprovechó de tu embriaguez para estraerte la cartera.

—¡Imposible! contestó el marino.

—Ya sabes que no he mentido nunca.

XII.

El marino inclinó la cabeza con abatimiento.

Conocia demasiado á Jorge y sabia, como le habia dicho muy bien, no mentia.

—Aquella decepcion que esperimentaba respecto á Cármen, le hacia un daño terrible.

Aquella mujer habia descendido hasta la vulgaridad mas baja y mas asquerosa.

Le habia engañado, y este engaño le causaba un malestar horrible.

Jorge estaba leyendo, por decirlo así, en el corazon del enfermo.

Adivinaba lo que sufria, y le dijo:

—Vamos, Andrés, veo que te ha hecho mucho efecto lo que acabas de saber respecto á Cármen.

—Tiene V. razon, contestó el marino con voz dolorida.

—Todo cuanto me has referido antes, ya lo sabia yo.

—¡Que lo sabia V.!

—Si.

—¿Y por quién?

—Por la misma Cármen.

XIII.

—¡Cármen está en Madrid! esclamó con una sorpresa creciente el enfermo.

—Sí, mi pobre amigo; Cármen es una mujer digna y noble ligada á un poder terrible y misterioso; no tuvo mas remedio que obedecer, y quitarte los papeles para mandárselos á la persona que tenia un interés directo en apoderarse de ellos; pero despues, cuando comprendió tu desesperacion y la terrible responsabilidad que pesaba sobre tí, entonces cambió completamente, y se impuso como un deber el recuperarlos.

—¿Y lo ha hecho?... preguntó anhelante el marino.

—Sí, lo ha hecho; ha sufrido mucho; ayer me ha estado refiriendo todo cuanto ha pasado, y he admirado de lo que es capaz una mujer, y una mujer que ama.

—¡Oh!... ¡bendita sea!... esclamó Andrés con efusion.

—Sí, amigo mio, es digna de ser amada; muy digna; tanto, que cuando estés bueno, quiero que seais felices.

—¿De veras?...

—He sabido por ella todo cuanto necesitaba; conozco su historia; sé los medios tan infames por los cuales habia caido bajo ese poder de que te hablé antes, y puedo asegurarte que Cármen es digna de todo tu cariño.

—Gracias, gracias.

XIV.

Aun se cruzaron algunas palabras mas entre ambos referentes al mismo asunto, hasta que por fin un criado en-

tró á avisar á Jorge que el baron habia llegado.

Pocos momentos despues el marqués estrechaba la mano de su amigo, diciendo:

—¡Ay! amigo mio; he mandado llamar á V., porque queria que participase de mi felicidad.

—¡De su felicidad! esclamó sorprendido German.

—Sí, soy muy dichoso.

—Me alegro infinito, contestó German con un acento ligeramente envidioso.

—¡He encontrado á mi hija!

—¡A su hija!...

—Sí, pero V. nada sabe, y voy á esplicárselo todo; no tengo secretos para V., y por lo tanto, debo hablarle con entera franqueza.

XV.

Jorge entonces se puso á referir todo lo que ya sabemos respecto á sus amores con Blanca.

—Cuando el nombre de Amparo se mezcló en aquella confidencia, el baron no pudo por menos de estremecerse.

Y cuando aquel concluyó, le dijo:

—¿Y se llama Amparo su hija de V.?

—Sí, amigo mio.

—¿Y se ha criado en Sevilla? ¿y hace poco que habia venido á Madrid?

—Justamente.

—¿Y hace cuatro ó cinco dias que apareció en casa de la duquesa del Campo?

—Sí.

—¡Marqués, marqués! esclamó German con una agita-

cion febril; ¡yo quiero ver á esa jóven!

—Pero, amigo mio, ¿qué quiere decir eso? esclamó Jorge, sin adivinar la causa de la turbacion de su amigo.

—¿Pero no comprende V., repuso este, que Amparo se llama tambien la mujer que yo adoro?

—¡Ah!...

—Que su hija de V. ha sido hallada hace cinco dias, y que hace cinco dias tambien desapareció Amparo de su casa.

—Tiene V. razon.

—Dígame V., marqués, ¿tiene su hija una señal en un carrillo?...

—Sí.

—¡Oh! es la misma, no tiene duda.

Y el baron, en el esceso de su alegria, estrechó entre sus brazos con efusion á Jorge.

XVI.

Este correspondió de la misma manera.

Queria al baron como si hubiese sido hermano suyo.

Y desde luego, de entregar su hija á cualquier hombre preferia y preferíria siempre que fuera su esposo el baron.

Así fué que convinieron en que Jorge iria á presentarle á la duquesa y á su hija dentro de pocos instantes.

Pero cuando iban á salir, un criado penetró en la estancia.

Llevaba dos cartas en la mano.

—¿Qué es eso? le preguntó Jorge.

—Estas dos cartas que acaban de traer para el señor marqués.

Nuestro amigo las tomó precipitadamente y al mirar el sobre de una de ellas esclamó:

—¡Carta de Pilar! veamos qué dice.

La abrió precipitadamente y leyó lo siguiente:

«Jorge: no he visto á V. despues de la famosa escena de los tres balcones.

Sin duda sus nuevos amores le preocupan demasiado.

Sin embargo, si quiere venir, aunque no sea mas que un momento, á aburrirse con su buena amiga, mañana recibo á mis amigos en celebridad de mi cumpleaños.

Sabe V., que á pesar de todo, le quiere su amiga

La baronesa de la Estrella.»

—Iré, dijo Jorge despues de haber concluido de leer la carta invitatoria; la debo una esplicacion y ningun momento mas á propósito que este.

Despues abrió la segunda carta, y al recorrer sus líneas no pudo por menos de retratarse en su semblante una sorpresa estraordinaria.

—¿Qué es eso? preguntó el baron.

—Lea V., amigo mio; lea V.

Y Jorge le dió la carta, que decia así:

XVII.

«Marqués; si asiste V. al baile de la baronesa de la Estrella, tenga V. mucho cuidado; el doctor Perez y sus

dignos amigos tratan de envenenarle; no admita V. ni una flor, ni un dulce de los que nadie le ofrezca, pues en cualquiera de ellos está el veneno de que piensan valerse. Algun dia quizá sepa V. quién soy.»

—¡Bravo!... esclamó el baron; ya estamos prevenidos, y ¡pobres de ellos!

—Esa gente, no crea V. que se desanimará porque fracase su proyecto; ya formarán otro nuevo; en fin, dejemos eso ahora, y vamos á casa de Blanca.

Pocos momentos despues nuestros dos amigos se dirigian hácia la casa de la duquesa del Campo.

CAPITULO LXXX.

En el baile de la baronesa.—Ultimas noticias.

I.

Atravesemos de un salto las treinta horas que mediaron desde que Jorge recibió las cartas de la baronesa y la Cesarina hasta el dia siguiente en el cual debia verificarse el baile de la primera.

Jorge y el baron se dirigieron hácia la casa de Blanca, segun dijimos en el capítulo anterior.

Escusamos decir la acogida que tuvo el baron en aquella casa.

II.

Blanca habia recibido ya las confidencias de su hija.

Sabia ya sus amores con el baron del Valle y cuando Jorge lo presentó, comprendió perfectamente que ya estaba todo descubierto.

Amparo se ruborizó estraordinariamente.

Le contempló de una manera indefinible y no pudo contener una esclamacion de sorpresa cuando su padre la dijo:

—Hija mia, el señor baron me ha indicado que te ama y que tú le correspondes, ¿quieres ser su èsposa?

Blanca no dijo una palabra, es verdad que tampoco podia contestar.

Se dejó caer en los brazos de su padre ruborosa y palpitante, y esta fué su mejor contestacion.

Desde aquel momento el baron ya no salió de aquella casa.

III.

Entonces se pensó de nuevo en Rosa y en el señor Pedro.

El torero se quedó lleno de asombro cuando supo el cambio de posicion que se habia verificado en aquella pobre niña á quien él habia recogido ateridita de hambre y de frio en Sevilla, y hácia la cual él habia sentido algunos deseos que se habia atrevido á espresarla de una manera bastante enérgica.

Así fué, que al encontrarse en presencia de la jóven y en medio de aquel fausto que la rodeaba, nuestro pobre hombre se encontró un tanto confuso y anonadado.

La señora Rosa se alegró tanto como él de aquella trasformacion.

Y ambos quedaron sumamente encantados cuando

vieron la manera con que los acogia, tanto Amparo como sus padres.

La pobre vieja recibió una recompensa por los servicios que habia prestado á Amparo y el marqués de Santillan regaló al torero, como recuerdo suyo, una botonadura de brillantes de un gusto esquisito y de un valor estraordinario.

IV.

Volviendo nosotros ahora al baile de la baronesa diremos que Pilar habia invitado á todos sus amigos para aquella *petite soirée* de familia, segun ella la calificaba.

Los salones estaban admirablemente dispuestos.

En ellos reinaba ese buen gusto que hace mejor efecto que la riqueza la mayor parte de las veces.

Pero no podemos decir por esto que en los salones de Pilar no hubiera mas que buen gusto.

Habia tambien riqueza.

Pero esta riqueza resaltaba doblemente por el buen gusto que presidió á la manera con que estaba distribuida por ella.

Ya hemos dicho que Pilar habia invitado á todos sus amigos.

Entre estos estaba en primer término la familia de Perez y sus hijos.

Amalia sabia ya la muerte de Luciano.

Su amiga comprendia el padecimiento de la jóven y habia tratado de distraerla convidándola para que asistiese á aquella fiesta.

Amalia trató de escusarse.

Pero la fué imposible.

Pilar hablaba en nombre de la amistad y pocas cosas se niegan á semejante invocacion.

V.

En el momento en que nosotros penetramos en los salones los convidados han principiado á invadirlos ya.

Allí nos encontraremos al doctor Perez, al conde de la Torre, á Enriquez, al vizconde de la Esmeralda y á otros varios personajes, miembros todos de la *familia*.

Todos han ido con la confianza de contemplar la caida de aquel coloso que los oprimia bajo el peso omnímodo de su voluntad.

VI.

Tambien estaba allí Irene.

Pero no la Irene triste, melancólica y abatida que hemos encontrado en algunos de los capítulos de nuestra obra.

Por el contrario, la Irene que vemos ahora es una jóven bellísima, respirando felicidad y amor por todos sus poros.

Principiaba ya á animarse el baile; el cruzamiento de palabras entre unas y otras personas era mas animado y mas vivo cuando de pronto pareció calmarse todo aquel barullo.

A la animacion y al ruido de las cien conversaciones que se cruzaban, sucedió un silencio que tenia algo de solemne.

Todas las miradas se fijaban en la puerta que daba ingreso en el salon de baile.

Los criados acababan de anunciar al marqués de Santillan.

VII.

Sabido esto se comprenderá muy bien la causa del silencio y de aquella inmovilidad.

Jorge apareció en la puerta.

Sus miradas altivas y dominadoras abrazaron de una ojeada desde un punto al otro del salon.

Vió aquellos ojos fijos en él y distinguió mas que ningunos los del doctor Perez.

El efecto que aquella mirada le hizo fué muy estraño.

Se quedó lo mismo que si hubiera visto un reptil.

Estuvo fascinado durante algunos segundos.

Pero por medio de un esfuerzo violento dominó aquel vértigo y destellando una mirada que espresaba un desden supremo, avanzó tranquilamente por el salon.

Pocos momentos despues estaba al lado de Pilar.

La animacion habia vuelto á suceder al silencio.

Las parejas cruzaban en todas direcciones y las galanterías y los epígramas se cambiaban desde un grupo hasta el otro.

Jorge ofreció su brazo á la baronesa y pocos momentos despues ambos iban recorriendo los salones.

VIII.

—Desengáñese V., Jorge, decia Pilar; es completa-

mente imposible el que crea ninguna de las disculpas que usted me da.

—Baronesa, le aseguro á V. que no son disculpas; no he venido antes porque he estado junto al lecho de un enfermo.

—Es V. tan caritativo...

—Y V. muy burlona.

—Y dígame V., marqués, decia Pilar sonriendo de una manera encantadora. ¿Era enfermo ó enferma la persona á quien usted velaba?

—Nada, si lo toma de esa manera será inútil que la diga una palabra.

—Vamos, Jorge, no se incomode V. conmigo.

—Incomodarme yo con V., Pilar, seria imposible.

—Pero en cambio es V. muy capaz de olvidarme.

—Tampoco.

—Me parece que las pruebas...

—Distingamos: si para el amor puede haberse cerrado mi corazon, en cambio para la amistad estará abierto siempre; la que ha sido mi amada siempre será mi amiga.

—Y dígame V., marqués, dijo Pilar que no habia podido por menos de estremecerse al escuchar las palabras de Jorge; si V. hubiera amado á una mujer con delirio, con ese amor que se siente una vez solo en la vida, ¿cree usted que podria contentarse, que podria estar satisfecho con que aquella mujer le diese su amistad en cambio del amor que le habia robado?

IX.

—Segun eso rechaza V. mi amistad, dijo Jorge.

—No, marqués, no la rechazo, porque nada que venga de V. puedo rechazarlo; pero para llenar el vacio que existe en mi alma es insuficiente esa amistad que V. me ofrece; esta será la última vez que le hablaré á V. de amores; ha dicho ya que su corazon se ha cerrado para el amor, aunque yo creo que ahora es cuando está mas abierto.

—Segun eso no da V. fé á mis palabras.

—Si viera V., Jorge, cuánto daño me ha causado el haberlas creido, pero en fin, prosiguió Pilar haciendo un gesto que demostraba perfectamente el esfuerzo que hacia para dominar la multitud de ideas y de recuerdos que se aglomeraban á su pensamiento; dejemos esa cuestion y no pensemos ya mas que en darle á V. las gracias por haberse dignado venir á esta casa, y V. en distraerse todo lo posible y en pasar una noche de baile mas á las muchas que ya ha pasado.

—Intransigente está V. conmigo.

—Estoy únicamente como debo de estar.

—Yo venia á participarle á V. una cosa que indudablemente creo que le hará modificar su opinion respecto á mí.

X.

Y el acento de Jorge era tan severo, tan solemne, por decirlo así, que Pilar no pudo por menos de mirarle sorprendida diciéndole:

—¿Qué es, marqués, se va V. á casar?

—Me ha visto V. frívolo, caprichoso hasta cierto punto, pero era porque no tenia una persona que se tomase por mí un interés directo, mejor dicho, porque no tenia una familia.

—¿Una familia?...

—Sí, Pilar.

—¿Y ahora la tiene V.?

—Ahora la he encontrado.

—¿La ha encontrado V.? esclamó la jóven palideciendo de una manera intensa.

—Sí, he visto á mi hija, y he encontrado á su madre.

—¡Marqués! ¿qué está V. diciendo?

—Sí, Pilar; todos cometemos errores en la vida, y yo los he cometido tambien; de uno de esos es fruto mi hija; la habia perdido hace muchos años, así como á su madre, pero por fin las he visto y debo cumplir como quien soy.

—Es verdad, murmuró con voz opaca la jóven.

—Esto era lo que tenia que decir á V.

—¿Y vá V. á reunirse con... la madre de su hija?

—Sí, amiga mia, voy á darla mi mano; yo la debo una reparacion y la daré.

XI.

Durante algunos segundos no se cruzó palabra alguna entre ambos.

Despues la baronesa alzó la frente, y dijo:

—Marqués, á pesar de todo tiene V. un gran corazon.

—Gracias, Pilar, gracias.

Y aun siguieron hablando durante algunos segundos.

Despues, ambos, distraidos y un tanto preocupados por lo que acababan de hablar, dieron un par de vueltas por los salones, hasta que por fin se separaron.

XII.

Al mismo tiempo que tenia lugar el diálogo anterior, el doctor Perez tambien hablaba con el conde de la Torre y con Enriquez.

—Conque vamos, doctor, ¿está V. seguro del resultado? preguntaba Enriquez.

—Ya lo creo; es infalible.

—¿Conque envenenado?

—Sí.

—Es el mejor medio; lo que es de otro no se consigue nada absolutamente.

—Es un hombre invencible.

—¿Y quién le vá á dar ese dulce?

—¿Quién? miren Vds., allí está la condesa del Alamo, que se despepita por acariciar al marqués; está enamorada de él, y daria cualquier cosa por conseguir cautivar la atencion de tan hermoso caballero.

—¿Y bien?...

—Esa mujer es la que vá á darle el dulce.

—¿Qué está V. diciendo, doctor? esclamaron á la par los dos caballeros.

—La verdad, amigos mios; la verdad.

—¿Pero de qué manera vá á arreglarse eso?

—Ya lo verán Vds.

—¿Y cuándo vá á ser eso?

—Cuando se abra el *buffet*.

—Vamos, doctor, está visto que es V. el hombre de los recursos.

—¡Phe!... se piensa un poco, y se hace lo que se puede.

—¿Conque hasta el *buffet*?

—Sí, dentro de algunos momentos.

XIII.

Poco tiempo despues el marqués de Santillan saludaba á Enriquez, diciéndole:

—¿Conque cuándo es la partida?

—Dentro de diez dias sale el vapor *Santo Domingo* de Cádiz, y me iré con él.

—¡Adios, conde! prosiguió Jorge viendo al padre de Elena; ya he sabido que está en libertad ese jóven, y que anda muy adelantado su casamiento; le felicito por el esposo que vá á dar á su hija, pues me ha parecido una persona muy digna, y que la hará muy feliz.

—Eso es lo principal, contestó el conde con una espresion altamente hipócrita.

Y así sucesivamente fueron trocándose palabras hasta que los criados abrieron las puertas que daban paso á las habitaciones donde estaba preparado el *buffet*.

XIV.

Jorge ofreció su brazo á la baronesa, y caballeros y señoras todos se precipitaron en seguimiento de aquella pareja tan encantadora.

Frente á nuestro amigo se pusieron el conde y Enriquez, y á la derecha de aquel estaba el doctor, al lado de la condesa del Alamo.

Esta, como habia dicho Perez muy bien, se desvivia por obtener de Jorge una mirada ó una sonrisa, y todo se le volvia hacerle obsequios y dirigirle algunas palabras que pudieran provocar una esplicacion.

Cuando mas embebida se hallaba la condesa en esto, el doctor la tocó ligeramente en el brazo, diciéndola:

—Condesa, ofrezca V. al marqués de Santillan este dulce de *banana*; es americano, y se conoce que la baronesa ha querido poner aquí dulces de su pais.

—Gracias, doctor, gracias, contestó la condesa con efusion, cogiendo el dulce que aquel la presentaba.

XV.

Todos los que estaban enterados de lo que aquel dulce significaba estaban con una ansiedad indefinible.

La condesa se volvió hácia Jorge, y le dijo:

—Marqués, he encontrado aquí este dulce de su pais; ¿quiere V. hacerme el obsequio de aceptarlo?

—Condesa, si no lo aceptase mereceria que se me calificase de desagradecido y de poco galante, y eso no lo haré jamás; doy á V. mil gracias.

Y Jorge, olvidándose del aviso que habia recibido el dia anterior, tomó el dulce y se puso á desliarlo del precioso papel en que iba envuelto,

XVI.

Iba ya á acercarlo á sus lábios, cuando sus ojos se fijaron casualmente en el conde y en Enriquez que estaban enfrente de él.

Sin saber por qué, los ojos de aquellos dos hombres no pudieron sostener la distraida mirada del marqués.

Palidecieron, y aquella turbacion chocó á nuestro amigo.

Entonces dirigió su vista hácia todo lo largo de la mesa.

El conde de Piedra Negra, el vizconde de la Esmeralda, y todos los demás miembros de la *familia* estaban contemplándole con avidez.

Aquello fué una luz terrible.

Entonces recordó el anónimo del dia anterior.

Su mano ocultó con rapidez el dulce, y su fisonomía adquirió una espresion particular.

Momentos despues abandonaba el *buffet*.

XVII.

Acercóse á la baronesa, y la dijo:

—Pilar, Pilar, acompáñeme V. á su gabinete.

—¿A mi gabinete?... esclamó la jóven sorprendida.

—Sí, pero pronto, pronto, que urge.

—Deme V. el brazo.

Y efectivamente, andando muy despacio, á fin de que nadie pudiera comprender su idea, recorrieron los salones, y poco despues estaban en el gabinete de la jóven.

—¿Pero qué quiere decir esto? esclamó Pilar así que se encontraron allí.

—Esto quiere decir que me deben haber envenenado.

—¿Qué dice V.?

—Veremos.

Y al decir estas palabras el marqués sacó un frasquito

que llevaba en el bolsillo y tomó algunas gotas de su contenido.

XVIII.

Despues sacó otro y el dulce que habia recibido de manos de la condesa.

—Si no me han dado el veneno antes, debe encerrarse aquí, dijo Jorge.

—¿Qué dice V.?

—Ahora lo veremos.

Entonces sacó otro botecito en miniatura y abrió el dulce, echando en su centro una gota.

Pronto se empapó el licor, é instantáneamente se vieron aparecer algunos puntos verdes en él.

—Aquí está el veneno; ya sé lo que queria saber; vamos al salon, baronesa.

Pilar le siguió medio atontada.

Jorge, poco despues, cogió de un brazo al doctor, y llevándolo á uno de los balcones, le dijo:

—Dos veces ha atentado V. contra mi vida, y dos veces me ha protegido la Providencia; guárdese V. que á la tercera no sea yo quien me cobre en su vida.

XIX.

. . . . . .

Diez dias despues de esta escena Enriquez se embarcaba en Cádiz para América, y Antonio daba su mano á la hija del conde de la Torre.

Irene era ya la esposa de Mario.

CAPITULO LXXXI.

—

Seis meses despues.—Lo que puede suceder en Capellanes.

I.

Han trascurrido seis meses de los sucesos narrados anteriormente.

Durante ellos nuestros personajes han variado de posicion y aun han cambiado tambien de residencia.

Ya hemos indicado en las últimas palabras de nuestro anterior capítulo los casamientos de algunos de nuestros amigos.

Estamos terminando nuestra obra.

Pocas páginas nos restan ya de ella y necesitamos aprovecharlas para ocuparnos de algunos personajes que deben interesar indudablemente á nuestros lectores.

II.

Ya escuchamos las palabras que Jorge dirigió al doctor despues del estraño acontecimiento ocurrido en el baile de la baronesa de la Estrella.

Todos los miembros de la *familia* que se encontraban en el baile no pudieron por menos de contemplar con un terror indecible á aquel hombre que otra vez se habia escapado de sus garras, y que se alzaba mas potente y mucho mas terrible que antes.

El doctor Perez, sobre todos, permaneció aturdido.

Jorge, entretanto, salió del baile y aquel incidente que le habia ocurrido le preocupó de una manera estraordinaria.

Mandó llamar al baron del Valle y los dos se encerraron en su gabinete todo el resto de la noche.

En la madrugada de aquel dia se separaron y el baron le dijo al marqués:

—Tiene V. razon, marqués; el medio mejor de vengarse de esa gente es reunirla, son fieras y ellos se despedazarán entre sí.

III.

Al dia inmediato el doctor Perez recibia un oficio del jefe supremo de la *familia*, en el cual le decia que debiendo ausentarse de España para asuntos de la asociacion, delegaba todas sus facultades en un consejo compuesto del conde de Piedra Negra, del doctor Perez y del conde de la Torre.

Al mismo tiempo que el doctor recibia este oficio, que le llenaba de satisfaccion lo mismo que á sus dos compañeros, Jorge recibia cartas de América que le producian una impresion muy distinta.

Segun de ellas se desprendia, las disidencias entre los jefes de la insurreccion habian aumentado considerablemente, en términos que las autoridades de aquellas islas tuvieron noticias de lo que se tramaba, cogieron presos á una porcion y muy pronto quedó todo descubierto.

Aquella noticia afectó estraordinariamente á nuestro amigo.

Su sueño dorado habia sido, por decirlo así, el sacar de la esclavitud á aquellos pobres esclavos sobre quienes pesaba de una manera tan terrible.

Aquel desengaño que esperimentaba Jorge en medio de su carrera, le causó un efecto estraordinario.

El baron del Valle, á quien el marqués no ocultó nada de lo que habia pasado, le aconsejó que, ya que de aquella manera se le presentaba aquel negocio, que era, por decirlo así, el que á él le ligaba con la *familia*, se desentendiese de ella completamente, y que se dedicase á gustar los nuevos goces que la vida doméstica le ofrecia.

German tambien estaba resuelto á romper con la *familia*.

Su padre habia sido un jugador terrible.

Uno de esos momentos en que el demonio del juego lo tenia cogido, por decirlo así, no ofreciéndole mas alternativa que la de la muerte ó la deshonra, la *familia* le tendió sus redes, y en cambio de su libertad y de su prestigio, le dió el oro que necesitaba para salir de sus compromisos.

IV.

Tal era, en pocas palabras, la historia del pacto por el cual estaba ligado el baron del Valle, historia por la cual el hijo habia quedado comprometido tambien á pertenecer á aquella asociacion que rechazaba completamente su alma.

Y durante largos años el jóven no habia tratado mas que de una cosa.

De reunir las enormes cantidades que la *familia* habia facilitado á su padre para librarse de aquella dependencia que tanto le repugnaba.

German habló de cierta manera á la duquesa del Campo.

Esta á su vez suplicó á Jorge que renunciase para siempre á unos compromisos que no podian por menos, tarde ó temprano, de proporcionarle algun disgusto.

Y tanto efecto hicieron estas palabras de nuestra amiga; tales fueron las súplicas, que tanto Amparo como Blanca hicieron á Jorge, que este se decidió por romper de hecho aquellos lazos.

Así fué que remitió su renuncia en regla á la *familia*, saliendo de Madrid aquel mismo dia en compañía del baron del Valle, de la duquesa y de Amparo, dirigiéndose hácia Florencia, donde efectuaron su doble consorcio.

V.

Algunos meses despues de esto, ó sea á los seis de los últimos sucesos que dejamos referidos en el capítulo ante-

rior, los salones de Capellanes abrian de nuevo sus puertas para dejar penetrar en él á la bulliciosa juventud madrileña, que acudia un año y otro á solazarse en aquellos salones, tan justamente célebres.

La concurrencia era tan grande como los años anteriores.

La estridente algazara de las máscaras se escuchaba desde el ambigú hasta el salon, y desde el guarda-ropa hasta los pasillos.

Entre los hombres que con mas ardor se dedicaban á hacer el amor, como vulgarmente se dice, á la multitud de beldades vergonzantes que pululaban por todas partes, nos encontraremos con Angel, seguido siempre de su amigo inseparable, el vizconde de la Esmeralda.

VI.

Observando todos los movimientos de entrambos jóvenes, iban dos dominós.

Insensibles á las palabras que les dirigian, sin hacer caso de la multitud de hombres que se cruzaban en su camino, seguian impávidas á Angel y al vizconde.

Muy pocos pasos las separaban de ellos, y nuestros amigos no pudieron por menos de apercibirse al cabo de algun tiempo de la especie de espionaje de que eran objeto.

Se volvió el vizconde, y las dijo:

—Mascaritas, os estoy viendo toda la noche que venís tras de nosotros, y francamente, ya que nos dais una parte de satisfaccion, hacédnosla por completo.

—No te comprendo, vizconde.

—Hola, sabes quién soy; mejor que mejor; ¿quieres apoyarte en mi brazo?

—No.

—¡Magnífico monosílabo! repuso Angel, que se habia vuelto tambien, y habia escuchado las anteriores palabras.

VII.

La máscara no pudo disimular un ligero movimiento.

Pero este movimiento no sabemos si era producido por el terror ó por la alegría.

El resultado fué que la máscara se retiró algun tanto como tratando de ocultarse.

En aquel momento se acercó uno de los amigos de Angel y le dijo :

—¡Calla! por fin has reparado en tu encantador espía.

—¿Cómo espía? repuso Angel.

—Ya lo creo, desde que ha entrado en el baile va detrás de tí de una manera que parece tu sombra.

—¿De veras, mascarita? repuso Angel acercándose á la jóven y tratando de cogerla una mano.

Esta retrocedió vivamente, y se hubiera ocultado por completo quizá, á no haberlo impedido una turba de jóvenes que salian del café, presentándose en el salon casi embriagados completamente.

Aquella especie de avalancha, de locura y de embriaguez rodeó á las dos jóvenes de una manera tal que no pudieron evadirse por ningun estilo.

VIII.

—Mira, mira, esclamó uno de ellos; estas son las dos que no han querido subir antes al café con nosotros.

—Vamos, paloma, añadió otro, vente conmigo, que voy á proporcionarte un nido mejor que el que tenias.

Y al decir estas palabras el calavera cogió del brazo á una de las máscaras.

Esta le rechazó diciéndole:

—Estate quieto; déjame; repara en el lugar que estamos.

—Válgame Dios, ¿desde cuándo acá te has vuelto tan remilgada?

—¿Pues sabes, chico, decia entretanto el vizconde de la Esmeralda á Angel, que la moza que nos venia siguiendo debe ser pájara de cuenta?

—Ya tú ves lo que por aquí se acostumbra.

Y el murmullo iba cada vez aumentando alrededor de las dos máscaras.

IX.

Todas las cabezas de las personas que las rodeaban estaban calientes en demasía, y por lo tanto sus dichos eran cada vez mas picantes y sus maneras mas libres y mas desenvueltas.

Angel y el vizconde estaban á algunos pasos de aquel grupo.

—Pues lo que es las niñas parece que se resisten, decia el segundo.

—Y ya debian comprender esos señores que si las pobres no quieren aceptar sus obsequios ni es prudente ni justo el que sean tan pesados, repuso Angel.

—Está visto que tú has de tener siempre algunos arranques de un puritanismo exagerado por mas que yo trato de quitarte esa mala costumbre.

—Míralos, añadia Angel, que sin saber por qué, prestaba una atencion profunda á cuanto pasaba en el círculo que habia á algunos pasos de él; míralos y cómo las acosan.

—Y bien, ¿qué nos importa á nosotros eso?

—Hombre, quién sabe si serán algunas personas decentes, y...

—Quita allá; ya se sabe la gente que viene á Capellanes.

—No digas eso; siempre has de opinar lo mismo.

—Eso terminará por irse á la fonda, y despues... despues donde mejor les parezca.

—Lo que te digo es, que esos hombres van pareciéndome cada vez mas pesados, y...

—No parece sino que á tí te interesan algo esas dos mujeres; vaya, vámonos á ver si encontramos algo que nos convenga.

—Espérate; espérate un poco á ver en qué termina eso.

—Pero hombre...

—Un momento no mas.

X.

El vizconde hizo un movimiento de impaciencia, y se

resignó con aquel nuevo capricho de su amigo.

Ambos fijaron su atencion en el grupo.

Este se habia estrechado mucho mas en derredor de las dos mujeres.

Una porcion de jóvenes se habian agregado á él, y los epígramas y la gritería caia con una fuerza terrible sobre las dos jóvenes.

Estas estaban aturdidas, por decirlo así.

Trataron una y otra vez de romper aquella valla que las cercaba, pero todo fué inútil.

Por mas vergonzoso que nos sea el confesarlo, existen entre nuestra sociedad personas que se tienen por generosas y buenas, y que sin embargo, se gozan hasta cierto punto con el dolor y la desesperacion de los demás.

XI.

Esto era lo que sucedia casualmente con los hombres que rodeaban á nuestras dos máscaras.

Quizá aquella misma tarde habrian estado blasonando de su piedad y de sus buenos sentimientos, y sin embargo, en aquel instante, ni sentian piedad, ni eran capaces de compadecerse de aquellas desgraciadas.

Y si alguien les hubiese afeado su proceder se habrian incomodado tachándole de nécio, porque el burlarse de unas mujeres que ya habian dado algunos pasos en la senda de la degradacion no era un crímen.

¡Como si acaso ellos supieran quiénes eran aquellas mujeres que iban envueltas en un dominó y cuyos rostros se hallaban velados por las caretas!

Y aun dado caso de que aquellas mujeres fuesen lo que

suponian, ¿existe algun derecho en el hombre para burlarse de una mujer, que harta desgracia tiene ya con hallarse en semejante posicion?

Nosotros creemos que no.

Pero contra nuestra opinion existen desgraciadamente muchos hombres, para los que cierta clase de mujeres no son mas que un juguete que pueden destrozar á su capricho.

Las dos máscaras, ya lo hemos dicho, trataban en vano de romper aquella barrera que se oponia á sus esfuerzos.

Pero eran esfuerzos impotentes.

XII.

—Vamos, dejadnos salir, decia una de ellas.

—Cá, contestó uno de los que mas embriagados estaban.

—No lo creais, no salís de aquí.

—¿Pero por qué?

—Toma, vosotras habeis venido á buscar conquista y no me parece que os podeis quejar; ya veis, todos estamos deseando únicamente que os apoyeis en nuestro brazo.

—Ea, señores, basta de broma; os habeis equivocado tratándonos de la manera que lo habeis hecho.

—Calla, ¿de dónde habeis sacado esa virtud tan de repente, hijas mias? ¿qué os parece, señores? vaya un tesoro que hemos encontrado en Capellanes.

—Vuelvo á repetir, señores, que nos dejeis pasar, repuso la máscara que habia hablado desde el principio.

—No seas melindrosa, niña, dijo uno de aquellos calaveras tratando de dar un abrazo á la jóven.

—Si esos remilgos representan dinero, repuso otro.

—Señores, tengan Vds. presente el respeto y la consideracion que se deben á unas señoras.

—Ja... ja... ja... repusieron los jóvenes estrechando cada vez mas entre ellos á nuestras máscaras.

—Ea, dejémonos de gazmoñerías; venios con nosotros, que no lo perdereis.

Y al decir estas palabras, el jóven que las pronunció agarró de un brazo á una de ellas.

XIII.

Esta, pugnando por desasirse, dijo:

—Déjeme V.

—Anda, chiquilla.

—Bravo, bravo, vámonos á la fonda.

—Pero...

—Ea, ea, esta escena es muy pesada ya.

Y toda la turba se precipitó sobre las dos máscaras, que no tuvieron mas remedio en los primeros momentos que dejarse arrastrar.

Pero sin embargo, pasado aquel primer momento de sorpresa, una de las máscaras fijó sus ojos despavoridos en todos los rostros que la rodeaban, y esclamó con un acento indescriptible, pero bastante fuerte para que pudiera ser oido á alguna distancia:

—Angel, ¿dónde estás?

XIV.

Casualmente en aquel momento el vizconde estaba diciéndole á su amigo:

—¿Ves? por fin se han arreglado y se marchan juntos.

Angel vió con alguna tristeza que su amigo tenia razon, y sin embargo, no pudo separar sus ojos de aquel grupo.

Pero al oir el grito de la máscara, un estremecimiento particular recorrió todo su cuerpo.

Aquel acento lo habia él escuchado en otra parte.

Aquel acento estaba constantemente zumbando en sus oidos.

Así fué que al escucharlo esclamó:

—¡Cesarina!

XV.

El vizconde le miró con sorpresa y le dijo:

—Pero hombre, ¿qué es eso?

—Sí, es ella, no tiene duda, repuso Angel sin hacer caso de lo que su amigo le decia.

Y antes que este pudiera adivinar lo que iba á hacer se lanzó hácia el grupo y separando violentamente á los jóvenes llegó á Cesarina y separó bruscamente al que la habia cogido, diciendo:

—¿Qué atropello es este? ¿qué quiere decir esto?

—Angel, por Dios, esclamó la máscara tratando de contener á nuestro amigo.

Todos quedaron sorprendidos con la agresion de este.

Pero especialmente el que habia cogido á la jóven se volvió hácia Angel y un poco exaltado, como ya hemos dicho que se hallaba por los vapores del vino, le dijo:

—¿Y á V. quién le manda meterse en estos asuntos?

—Mas valiera que supiese V. distinguir una señora de

las mujeres con quien sin duda está V. acostumbrado á tratar.

—Yo no admito lecciones de nadie, y por lo tanto...

—Quien insulta á una mujer no es caballero.

Y al mismo tiempo que Angel pronunciaba estas palabras, al ver que su contrario levantaba el brazo para pegarle, le dió una tremenda bofetada.

XVI.

La máscara dió un grito y cayó desmayada en los brazos de su compañera.

Entonces se siguió una de esas escenas que son tan frecuentes en los bailes de máscaras, y con alguna mas especialidad en Capellanes.

Tomaron el partido de su amigo algunos de los jóvenes á quienes ya hemos visto rodear á nuestras máscaras, al mismo tiempo que el vizconde de la Esmeralda tambien terciaba en aquella cuestion.

Todo fué barullo y gritos, y pescozones durante algunos momentos.

Despues medió la autoridad y se detuvo aquella cuestion, cuando estaba ya próxima á llegar á un conflicto, pues amigos de una parte y de otra se habian lanzado á mezclarse en ella.

XVII.

Cesarina, pues ella era la máscara que iba siguiendo á Angel, fué trasladada á la enfermería, donde á poco rato volvió en sí.

— Quien insulta á una señora, no puede ser caballero.

La jóven no habia podido olvidar un momento á Angel.

Con la esperanza de verle fué al primer baile de Capellanes, y lo consiguió.

Desde entonces todas las noches iba á aquel sitio.

Y siempre le seguia, y jamás le dijo una palabra.

La pobre tenia vergüenza hasta de hablarle.

Le veia lanzarse á los placeres con un frenesí demente, y hubiera querido mas de una vez ponerse delante de él y detenerle.

Pero la faltaban las fuerzas, y ya han visto nuestros lectores la manera tan estraña que tuvo Angel de encontrarse por fin con su antigua amada.

CAPITULO LXXXII.

Esplicaciones.—La «familia» va perdiendo mas cada dia.—Quien á hierro mata á hierro muere.

I.

Gracias á la posicion del vizconde de la Esmeralda y de Angel, y á la tolerancia que la autoridad tiene siempre con los jóvenes en los bailes de máscaras, nuestros amigos se evitaron el pasar la noche en la prevencion.

Cesarina fué trasladada á su casa y al dia siguiente Angel se encontraba á su lado.

La jóven no tuvo fuerzas para negarle mas la entrada en su casa.

El amor de nuestro amigo habia vuelto á despertarse con nueva fuerza al verla la noche anterior.

Así fué que con una impaciencia estraordinaria deseó que llegase el dia inmediato.

Y en el mismo momento en que comprendió que ya era hora de que la jóven estuviera visible, fué á su casa.

II.

Cesarina le tendió la mano diciendole:

—Gracias, amigo mio, gracias; á haber yo sabido la escena que iba á provocar, puede V. estar seguro que no hubiera pronunciado su nombre.

—¿Se arrepiente V. de lo que ha hecho? preguntó Angel con un ligero acento de reproche.

—Sí, me arrepiento; ¿quién sabe las consecuencias que eso hubiera podido tener?

—¿Luego es por mí por quien siente V.?...

—¿Por quién ha de ser? repuso la jóven con un acento especial.

—¿De veras, Cesarina? ¿de veras padeces por mí? ¡Oh!... vuévelmelo á repetir, vuelve á decirme que me amas; ¡si supieras cuánto he sufrido durante los largos dias que he estado sin verte! mis ojos te buscaban por todas partes, y en ninguna te encontraban; ¿por qué has sido conmigo tan cruel?... ¿por qué no recibirme cuando venia una y otra vez á tu casa? ¿por qué no dejarme que yo te viera?

III.

Era tan tierno el acento del jóven; respiraba tanta pasion, que Cesarina sintió que toda su aparente frialdad se deshacia ante el calor de aquellas palabras.

Fijó en él sus ojos húmedos por la emocion que esperimentaba, y despues, cubriéndose el rostro con las manos, murmuró:

—¡Dios mio!... ¡qué desgraciada soy!...

Angel la miró con sorpresa.

Separó dulcemente las manos de la jóven, y la dijo:

—¿Desgraciada tú, Cesarina? ¿y por qué?

—Porque te amo, y sin embargo conozco que no debo amarte, repuso con esplosion la jóven.

—¿Que no debes amarme?...

—Sí; hay un obstáculo; hay una mancha en mí, que yo no quiero inocularte.

—No hablemos de eso, Cesarina; no hablemos de eso; si has pecado, tambien has espiado tu culpa de una manera digna y noble; tu alma se ha purificado por medio de mi amor, y tu alma es lo que yo apetezco.

—Pero ¿y mi conciencia? gritó con acento dolorido la jóven; mi conciencia, que á cada paso me reprocharia como un crímen el haber unido tu existencia á la mia.

—Vamos, no pienses en eso ahora; tú ya me has hecho presente tu pasado, nada ignoro; tú no puedes considerarte en esa clase de mujeres vendidas esclusivamente al placer, y tu falta tiene escusa; yo te amo; yo he sondeado, por decirlo así, esa llaga que habia en tu corazon, y tengo la confianza de que mi amor podrá curarla por completo.

—¡Angel!...

—Mira, Cesarina, no son vanas palabras las que voy á decirte; desde que me separé de tí, mejor dicho, desde que tú, escuchando solo á la voz de tu exagerada delicadeza, me cerraste las puertas de tu casa, he sufrido mucho, y mucho tambien he hecho sufrir.

IV.

—¿Tú has hecho sufrir? ¿y á quién? preguntó la jóven precipitadamente.

—A mis padres, á mi hermana, á los amigos que se interesan por mí.

—¿Pero de qué manera? ¿por qué?

—La primera mujer á quien he amado has sido tú; hasta entonces yo habia sido un muchacho bueno, juicioso y exento completamente de vicios. Pero te ví; te amé, me rechazaste, y para olvidar la herida que habia recibido, para que los gritos de mi corazon desgarrado no turbasen mi razon de otra manera, traté de adormecerla en el seno de bulliciosas orgías, y ni el juego, ni la embriaguez, ni las mujeres fueron un vedado para mí. Al órden que hasta entonces habia presidido á todas mis acciones sucedió el desórden mas completo, y sin embargo, yo no podia olvidarte un momento, y te veia siempre, siempre escuchaba tu acento, y siempre te amaba.

—¡Oh!... ¡lo mismo que yo!...

—El desarreglo de mi conducta llamaba la atencion de mis padres; mi pobre madre lloraba, y yo nada hacia por enjugar sus lágrimas; mi padre siempre me miraba severo y grave, y yo no le decia una palabra tan sola para desarrugar aquel entrecejo. ¡Oh... ¡yo era muy mal hijo!

—¡Y todo por mí!...

—Sí, Cesarina, yo te amaba, y queria en mi ceguedad ver si podia olvidarte; ¡qué insensato!... como si el espíritu pudiera ser ahogado por la mentira... mi amor se irritaba doblemente por aquella violencia que trataba de

ejercer sobre él, y yo me desesperaba, venia á tu casa, no querias recibirme y tornaba á encenagarme con mayor frenesi en esos placeres que dejan hastiada el alma y abatido el cuerpo, y mis padres lloraban y yo permanecia insensible á sus lágrimas.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

V.

—Aquí tienes descrito, prosiguió Angel, el cuadro de mi vida durante algunos meses; Cesarina, no te figures que lo que voy á decirte es una fanfarronada, y una de esas muchas palabras que se dicen en el mundo, no, no lo es; si subsisto algunos meses mas en esta vida, mis padres podrán llorar á su hijo para siempre.

—Angel...

—Sí, esa existencia me abate y me mata.

—¿Y por qué la sigues?

—Porque te amo.

—Pero...

—Porque te amo y quiero olvidarte.

—¿Pero si no lo consigues?

—Aduermo al menos mis padecimientos.

—¡Pero Dios mio!... ¡eso es una existencia horrible!... esclamó Cesarina con una emocion cada vez mas creciente.

—Por esa razon te digo, sin que sea por amenaza, sin que pueda tachárseme de fanfarroneria, que tres meses mas de semejante existencia y puedes estar segura de que no te molestaré en lo mas mínimo.

VI.

—Pero yo no quiero que muera V., esclamó la jóven con esplosion.

—No basta ya tu voluntad ni la mia.

—¿Y qué hacer entonces?

—Ahogar esos nécios escrúpulos; yo soy siempre el mismo hombre que vivo amándote, Cesarina, ¿lo oyes? Cada dia que ha pasado desde nuestra entrevista, he analizado mucho mas cuanto me digiste y he comprendido que si no accedes á ser mi esposa no es mas que porque no sientes en tu corazon el amor suficiente para ello.

—¿Qué estás diciendo?...

—Sí, el amor te ha purificado, ya no eres la mujer que cedió ante la voluntad de un hombre en los primeros dias de su juventud; tu arrepentimiento y tus lágrimas han redimido ya tu falta, y sobre todo, yo te amo, yo no tengo vida mas que para tí, ¿serás tú capaz de arrebatármela?

VII.

Era tan sentido el acento de Angel, habia en él tanto amor y al mismo tiempo tanta amargura, que Cesarina vió que la era imposible continuar resistiéndose.

En su consecuencia le miró de esa manera que solo saben y pueden hacerlo las mujeres hermosas y enamoradas.

En la irradiacion de sus pupilas vió nuestro amigo

horizontes inmensos de una felicidad inmensa tambien.

Una esclamacion de alegria delirante y frenética se exhaló de sus lábios.

Leyó en el corazon de su amada y vió que en él existia aquel amor que necesitaba.

Y sin poder articular palabra alguna cayó de rodillas delante de Cesarina.

Entonces dió principio á uno de esos bellísimos idilios que solo saben componer los enamorados.

El resultado de él fué obtener una reconciliacion completa.

VIII.

Aquella noche, contra su costumbre, Angel se retiró á su casa mucho mas temprano.

Estuvo reunido con su familia y esta no pudo por menos de sorprenderse de semejante acontecimiento, pues tal era el de ver al jóven alegre y satisfecho al lado de su familia.

Al dia siguiente Angel llamó á su padre.

Se encerró con él en su despacho y estuvieron hablando durante algun tiempo.

Al cabo de él el Sr. de Perez salió de allí alegre y su hijo tambien.

IX.

Lo que en aquella conferencia se habia tratado fué del casamiento del jóven.

Su padre no se opuso á aquella union.

Se trataba de la felicidad de su hijo, y el padre no era justo que vacilara.

Angel le dijo que cuanto habia hecho hasta entonces no habia sido mas que una consecuencia de su desesperacion, porque creia que no era amado de la mujer á quien adoraba.

X.

Con semejante noticia la alegría volvió á reinar en el seno de aquella familia.

Hemos dicho mal, no todos estaban alegres.

Amalia habia recibido un golpe terrible.

La muerte de Luciano la afectó de una manera estraordinaria.

Ella le amaba como se ama solo una vez en la vida, y este amor no era posible que pudiera olvidarlo tan de repente.

XI.

La baronesa de la Estrella, única persona que conocia el secreto de nuestra amiga, se esforzaba por consolarla, y al fin pudo conseguir que aquella tristeza devoradora degenerase en una especie de melancolía dulce y tranquila, pero que la iba consumiendo lentamente.

La alegría que vió en sus padres y en su hermano consiguió que luciera, por decirlo así, un paréntesis en aquella melancolía.

Pocos dias despues el jóven conducia al altar á Cesa-

rina, que ruborosa y palpitante no se atrevia á levantar sus ojos del suelo.

Luciano habia estampado la primera mancha en su cuerpo.

Pero esta habia sido la única, y despues su amor y sus lágrimas habian conseguido purificarla.

Entretanto que esto sucedia, justo será que digamos tambien lo que acontecia en el seno de la *familia* desde que el marqués de Santillan la habia abandonado.

XII.

El únicamente podia haber dominado á aquella gente.

Fuera de él, las ambiciones y los ódios se desenfrenaban, y tenian que dar por resultado la disolucion completa de la sociedad.

El doctor Perez, el conde de Piedra Negra, y todos los que componian la junta suprema que Jorge habia nombrado, aspiraban al poder, y echaban mano de todos los medios posibles.

Eran malos, eran infames, ninguno de ellos era capaz de sentir afecciones de amistad ni cariño hácia ninguno de sus consocios, y por lo tanto, todo cuanto pudieran hacer, tenia que ser miserable, bajo y repugnante.

Cada uno de aquellos hombres procuraron atraerse á su partido á una parte de los que componian la asociacion subalterna de la *familia*.

Y como consecuencia de esto las quimeras entre aquellos *güelfos* y *gibelinos* madrileños se repitieron con una frecuencia escandalosa.

XIII.

Al mismo tiempo sus señores respectivos sostenian otra lucha de astucias, de emboscadas y de ardides, mas terrible todavía que la de puñaladas que mantenian constantemente sus subordinados.

El doctor Perez era el que se llevaba siempre todas las ventajas.

Era el que mas probabilidades tenia de vencer á todos sus contendientes.

Estos lo comprendieron así, y entonces formaron una especie de alianza ofensiva y defensiva para deshacerse de aquel hombre.

Y lo consiguieron.

Pocos dias despues de formada aquella, el doctor amaneció ahogado en su casa, y todos los muebles rotos y destrozados, así como tambien estaba asesinado el criado que le servia.

La autoridad se puso á indagar la causa de aquel crímen y á buscar á los autores de él, y lo consiguió por fin.

XIV.

Este fué el golpe de gracia para la *familia*.

Los personajes que componian el *Consejo Supremo* se creyeron amenazados, y cada uno robó lo que pudo á sus compañeros, desapareciendo de Madrid inmediatamente.

Pero su terror fué completamente infundado.

Los bandidos á quienes cogieron nada dijeron respecto á ellos, porque nada sabian.

Cada una de las personas de alguna posicion que pertenecian á la *familia*, llevaba, por decirlo asi, un nombre de guerra, sin que los asociados subalternos supieran su nombre ni su posicion; por lo tanto, vanas fueron cuantas diligencias se hicieron para dar con los verdaderos jefes de aquella tremenda asociacion.

CAPITULO LXXXIII.

El Santo de la «señá» Brígida.—En lo que puede terminar un baile de candil.

I.

Vamos á terminar nuestra obra un año despues de haberla empezado.

Estamos otra vez en el dia de Santa Brígida.

La taberna del Rastro donde ha tenido lugar la primera escena de Los Misterios de Madrid, está resplandeciente de luces y retumba con los gritos y la algazara de los convidados á solemnizar el santo de la tabernera.

Allí nos encontramos con esas mujeres que solo se crian en cierta zona de Madrid.

Son perlas, por decirlo así, que temen mostrarse en pleno dia y en medio del bullicio y de la animacion del

centro de la córte, temerosas tal vez de que su belleza eclipse á la del dia y á la de las calles.

Tambien veremos allí *mocitos cruos*, que entre un vaso de vino y un requiebro se pasan la noche alegremente.

La guitarra y la bandurria hacen el gasto de una manera admirable.

II.

Allí está el tio *Carántula*.

Tiene un año mas, pero sus ojos vivos é inquietos se *encandilan* mas de una vez al contemplar los encantos de aquellas deliciosas hijas de Eva.

Sus dedos se enredaban á lo mejor y la seguidilla que está punteando se queda en el aire.

Esto produce, como es consiguiente, la natural gritería, porque los *nombraos* se quedan, como vulgarmente se dice, á media miel.

Pero despues se rehace el tio *Carántula* y entonces hace hablar á la *vigüela*, como dicen aquellas gentes.

El vino circulaba con profusion.

¡Ya se vé, estando en la taberna!...

La *señá* Brígida se multiplica aquella noche.

No para, no sosiega, á todo el mundo agasaja, y á través de alguna que otra palabra, de esas que el Diccionario no ha tenido por conveniente estampar en sus páginas, se desvive porque todos sus favorecedores queden complacidos de aquella fiesta.

Multitud de frases se cruzaban entre todas aquellas gentes, frases tan diversas como eran diversas sus catadu-ras y sus profesiones.

III.

—Vamos, tio *Carántula*, eche V. por esa boca.

—*Miste* que si se va V. á embelesar como la otra vez vale mas que lo deje.

—Pierde *cuidao* lucero, á pesar de que quién será el guapo que al mirarte no se quede *patilifaso*.

—*Miste* qué cosa, pues vaya que tiene unas *gromas* el hombre...

—Morena, ¿sabes que me estás gustando cada vez mas?

—¿De veras? pues cómpreme V. dulces.

—Mira, chiquilla, te he visto ya bailar dos veces con el *Mellao* y esto no me gusta.

—Toma, ¿pues y qué?

—Vamos, que no me gusta y por lo tanto esto va á acabar mal.

Y al decir estas palabras, el majo dirigió unas miradas furiosas hácia el *Mellao*.

—Ande, tio *Carántula*, mueva V. esos dedos.

—Y menea tú la lengua, chiquilla.

—Venga de ahí.

IV.

Y acompañada por el tio *Carántula*, que *punteaba* que era un primor, una de aquellas muchachas se puso á cantar con una voz argentina:

Quien quiera ver la gloria
que venga al Rastro,

allí cada muchacha
canta en la mano.
Se pasa el tiempo
y si quereis cogerlas
venid corriendo.

—Bien *cantao*.

—Ahora V., tio *Carántula*.

—Tengo la voz muy *cascarrá*.

—Beba V. un traguete de *mostagan* y se le pondrá mas clara.

—Si tú me lo das, dijo el tio *Carántula* dirigiendo una mirada picaresca á una de las muchachas que le rodeaban.

—Por qué no?

Y la jóven alarga un vaso al viejo, que lo paladea con delicia mirando á la muchacha.

V.

Despues hace correr sus dedos por las cuerdas de la guitarra, y detrás de un corto preludio, se pone á cantar con voz avinada:

No te fies de hombres
que llevan gafas,
que lo que no ven, suplen
con lo que palpan.
Yo lo he notado,
hombre corto de vista,
largo de mano.

—Já... já... já...

—¡Bien *cantáo*!

—¡Venga otra!... ¡venga otra!...

Y el jarro circula; se cantan nuevas seguidillas; se baila con mas bríos, y la confusion y la gritería llegan, por decirlo así, á su grado máximo.

A las dos horas de aquel jaleo, las lenguas que antes estaban un poco torpes se tornan en espeditas, y las que antes estaban de esta manera se vuelven torpes, y tartamudean de una manera inconveniente.

VI.

Estos son los efectos del vino.

Todos los personajes allí reunidos hablan y ninguno se entiende.

Todas las pupilas brillan, y todas las manos están tan ardientes como sus semblantes.

La *señá* Brígida está llena de satisfaccion.

Sus parroquianos llevan ya apurados un par de pellejos de vino puro.

Pero vá tan aguado durante el año que bien puede permitirse aquel despilfarro en el dia de su santo.

De la misma manera que en otra ocasion vimos entrar al *Colorao* en la sala de la taberna, tambien ahora le vemos aparecer.

Con la diferencia de que entonces venia persiguiendo á la *cantaora*, y en esta ocasion le vemos entrar solo.

Pero como la vez primera, aparece tambaleándose y demostrando todos los síntomas de una embriaguez.

—Vamos, ya la tenemos armada, dice el tio *Curántula*

al ver aparecer al *Colorao*, si vé al Señorito.

—Vaya, vaya, á bailar.

—¡Hum! milagrillo será que esto no acabe como el rosario de la Aurora, sigue murmurando el viejo, al par que hace correr los dedos por las cuerdas de la guitarra.

—Que salgan los *nombraos*, dice el que hace de bastonero.

—Mal me *güele* esto, murmuró el tio *Carántula*, al ver que el Señorito sacaba á bailar á una preciosa muchacha de diez y seis años.

—A *defunto* me *güele*, dice una de las comadres del barrio al oido de la vecina; ahí está el *Colorao*, y la Paquilla vá á bailar con el Señorito.

—Si está *chalaita* por él.

—¡A bailar, á bailar!

Y efectivamente, los cantares principiaron, se agitaron las parejas, y pocos momentos despues todo era bulla, y jaleo y animacion.

VII.

De pronto, el *Colorao*, que hasta entonces no habia hecho mas que mirar á todas partes con ojos irritados, lanzó una especie de ahullido, y empujando á todo el mundo se lanzó al medio del círculo donde estaban bailando, y gritó:

—Vamos, ya no se baila mas, y tú, *perra*, prosiguió dirigiéndose á la jóven que estaba bailando con el Señorito: ¿no te he dicho que no quiero que bailes con *naide*?

—¿Y á V. qué le importa eso? dijo el *Señorito* dando un paso hácia el *Colorao*.

— Toma, gachó.

—Eh, yo no quiero escándalos en mi casa; fuera, fuera, dijo la *señá* Brígida empujando á los dos hombres.

—Ahora verá, dijo el *Colorao* sacando la navaja y arrojándose sobre el *Señorito*; toma, *gachó*, yo te quitaré las ganas de bailar.

Y al decir estas palabras asestó una tremenda puñalada al *Señorito*, que alcanzándole en un hombro le hizo vacilar hasta que cayó al fin.

—¿No lo decia yo? murmuró el tio *Carántula*.

VIII.

A consecuencia de la caida del *Señorito* una confusion espantosa reinó en la taberna.

Algunas navajas salieron á relucir y entre los gritos de las mujeres y las blasfemias é imprecaciones de los hombres se armó una baraunda en la cual nadie se entendió.

Felizmente el ruido y la gritería llamó la atencion de los serenos, los cuales, acompañados de los guardias civiles, se presentaron muy á tiempo para impedir alguna otra desgracia.

El *Colorao* fué conducido al Saladero, desde cuyo punto fué á parar al presidio en castigo de su última hazaña.

IX.

Poco tiempo despues de estos sucesos las campanas de la iglesia de San Sebastian doblaban á muerto.

Clotilde, la encantadora jóven de la calle del Baño, habia muerto.

Angel la habia conocido el marqués de Santillan; su amor la habia trasformado en mujer, pero Dios tuvo piedad de ella y la tornó en ángel al llamársela de nuevo junto á sí.

CAPITULO LXXXIV.

Últimas noticias respecto á varios personajes.

I.

Creeríamos incompleta nuestra tarea si por una casualidad nos olvidásemos de hablar de cualquiera de nuestros personajes, por mas insignificancia que este tuviese.

En la presentacion de cuadros que hemos venido haciendo durante casi toda nuestra obra, no habrán quizá olvidado nuestros lectores, la brigadiera de Arnedillo, ni á sus dos hijas Virginia y Aurora.

Nada hemos dicho de ellas desde la noche en que la policía se presentó en su casa, y nada hemos dicho, porque como en casas parecidas á la de la brigadiera, todas las escenas que se suceden llevan el sello de una igualdad prodigiosa; de aquí el que nosotros, huyendo de esa espe-

cie de monotonía, hayamos hecho abstraccion hasta cierto punto de la brigadiera y de sus hijas.

Pero sin embargo, ahora estamos al final de nuestra obra, y es distinto.

Debemos decir aunque no sean mas que cuatro palabras respecto á ellas, y vamos á decirlas.

II.

Teniendo en cuenta la clase de sociedad en que vivian las jóvenes, se comprenderá perfectamente cuál seria su paradero.

Hoy cada una de ellas es la amada de un personaje, que las presenta con un tren y un lujo deslumbradores.

Han llegado al apogeo de su felicidad.

Porque para ellas esta estriba solamente en hoy.

El *mañana* las importa muy poco.

Y sin embargo, este mañana para ellas representa una *galera*, ó la sala de un hospital.

Tal es el porvenir de Aurora y de Virginia.

Desde la casa del juego á la carretela de un gran señor.

Desde esta á las manos de los practicantes de las salas de cirujía.

Esa es la carrera de cierta clase de mujeres.

Si la mirasen á través del prisma por que debian mirarla, quizá ninguna se lanzaria por su senda.

Pero seduce tanto un vestido de seda y una mantilla de blonda, que se tiende la mano para cogerlos aunque despues toda la existencia sea un padecer continuado.

Ya vemos el presente de las hijas de la brigadiera de

Arnedillo, y tambien nos hemos atrevido hasta levantar el velo que oculta su porvenir.

Por lo tanto podemos pasar á otros personajes.

III.

Félix y sus padres eran felices con la felicidad que únicamente debian al marqués de Santillan.

Inmediatamente que se pusieron en posesion de los bienes que tan inícuamente les habia arrebatado D. Lúcas, Jorge no quiso que Félix permaneciese en las oficinas de los señores Stanley y compañía.

Pero en su lugar y por su influencia entró en las oficinas del Estado.

Escusamos decir que con la separacion de Jorge de la *familia*, la tienda de modas, las oficinas de trasportes y la casa de giro de Stanley y compañía fueron poco á poco decayendo hasta que por fin desaparecieron del todo.

IV.

Con la desaparicion de Amparo los dos hermanos, que ya conocen nuestros lectores bajo los nombres de Juan y María, se quedaron sin saber el paradero de Inés.

Ya recordarán que esta desgraciada, víctima de la perfidia de Enriquez, lloraba un dia y otro su deshonra, teniendo por único consuelo las palabras del Sr. Lúcio y las lágrimas de la madre de Antonio.

Cuando este cambió de posicion, no se olvidó ni un momento de su hermana adoptiva.

Se la llevó á su casa, y al cabo de algun tiempo Lúcio,

que amaba á la pobre huérfana como un padre, para legitimar á aquel hijo que resultó de sus amores con el mulato, la ofreció su mano.

La jóven aceptó con reconocimiento semejante oferta, y aunque rehusó al principio, por fin consintió, en vista de las instancias del marino y de los consejos de Antonio y de su madre.

Quizá en otra obra nos ocupemos del misterio inmenso que existia en la vida de Juan y de María, pero lo que es por ahora nos está completamente vedado el poder decir nada absolutamente.

Hay misterios que no se pueden revelar siempre que se quieren, y este es uno de ellos.

EPÍLOGO.

No se me habia ocurrido escribir este epílogo.

Pensé que mi novela terminase en el capítulo anterior.

Pero la casualidad lo ha dispuesto de otro modo.

Y digo la casualidad porque únicamente á esta caprichosa señora debeis, lectores carísimos, el que yo trace estas líneas.

Este epílogo tiene una historia.

Esta historia es la que voy á contaros.

No será muy larga y por lo tanto no creo molestar mucho vuestra paciencia.

Escuchad pues.

II.

Hace pocos dias estaba yo muy aburrido.

Tan aburrido como puede estar un hombre que no tiene un real y que vé en perspectiva una multitud de acreedores que le esperan como fieras para arrojarse sobre él.

En medio de este aburrimiento se me ocurrió de pronto ir á visitar á una de mis amigas.

Vamos, lectores, no os sonriais porque hable de amigas; la amistad puede existir tal vez con mayor firmeza, tal vez con mas sinceridad entre un hombre y una mujer, que entre dos seres pertenecientes á este último sexo.

Iba diciendo que se me ocurrió irme á visitar á mi amiga, y efectivamente, me dirigí inmediatamente á su casa.

Mi amiga tiene madre y una hermana.

Cuando entré en la sala me ví á las tres muy ocupadas en leer las entregas de *Los Misterios de Madrid* que yo les habia mandado el dia anterior.

Cambié con ellas los saludos de ordenanza, y omitiendo por ser agenas de este lugar las palabras que me dijeron á propósito de la novela llegaré al momento en que rodando la conversacion vino á parar á las obras que llevaba entre manos.

III.

—¿Escribe V. mucho ahora? me preguntó la mamá de mi amiga.

—Poco, muy poco, la contesté yo.

—¿Cuándo termina V. los *Misterios*?

—Ya los he concluido.

—¿De veras?... ¡oh!... pues haga V. el favor de mandarme todas las entregas, porque estoy impaciente por saber una cosa.

—¿Cuál?... la pregunté yo.

—Qué clase de relaciones misteriosas podian existir entre el baron del Valle y el *Colorao,* para que este esperimentase un terror tan grande cuando le veia.

IV.

Estas palabras me dejaron parado.

En mi obra habia omitido esta esplicacion.

Y ello era necesario darla.

Mi amiga y su madre y su hermana estaban impacientes esperando á que yo hablara.

Y yo en aquel momento no podia hacerlo.

Una idea me salvó.

Sonriéndome todo lo mas amablemente que pude las dije:

—Siento no poder dar á su curiosidad la solucion que con tanta ánsia espera.

—¿Por qué? me preguntaron todas no muy satisfechas.

—Porque sabiendo el desenlace ya no se lee la novela con interés.

—Pero si nosotras la leeremos con el mismo con que la hemos empezado.

—Nada, nada, á su tiempo lo verán Vds.

V.

Y yo permaneci inflexible.

Y cuidado, que para resistir á las suplicantes miradas de los ojos de mi amiga, se necesita una fuerza de voluntad terrible.

Y la tuve porque no podia pasar por otro punto.

Y salí de su casa un tanto mortificado porque mi amiga no habia quedado satisfecha, y un mucho de incómodo porque no sabia cómo arreglármelas, pues si estaba impresa ya la última entrega no habia medio posible de que yo arreglase aquello.

Así fué que volé mas bien que corrí hácia la imprenta.

Por fortuna aun no habian *ajustado* el pliego.

Entonces me puse á escribir.

Dos horas despues estaba terminado mi trabajo.

Ya teneis, lectores mios, esplicada la historia de este epílogo.

Ahora os falta conocer este.

Oidlo pues.

VI.

El *Coloraо* era uno de los hombres mas infames que han existido, y al mismo tiempo tambien, uno de los mas supersticiosos.

Su perversidad estaba en relacion con su ignorancia, asi como esta lo estaba de la misma manera con su supersticion.

El baron del Valle habia amado á su madre con delirio.

La pobre señora falleció dos años antes que su esposo, y su muerte llenó de dolor á German.

Su padre, entregado completamente á la disipacion y á los placeres, para nada se cuidaba ni de su esposa ni de su hijo.

Cuando murió aquella desgraciada, víctima del injustificable trato de su esposo, German estuvo á punto de sucumbir víctima tambien de su dolor.

La baronesa, adornada con sus mas ricas joyas, fué conducida al cementerio.

VII.

German cuando llegó la noche pudo burlar la vigilancia de los que le observaban y se marchó al Campo Santo á rezar por la última vez delante de la tumba de su madre.

Llenó de oro las manos del sepulturero y gracias á esto pudo penetrar en el palacio de la muerte.

Y buscó la tumba de su madre.

Y cuando se acercaba á ella le pareció que habia cerca de allí un objeto que se movia de una parte á otra.

Entonces un terror desconocido se apoderó de él.

Y no acertó á moverse del sitio en que estaba.

Los dientes castañeteaban á impulsos de un temblor que en vano trataba de dominar.

Y sus ojos no podian separarse de aquel sitio, en el cual se agitaba y volvia á agitarse aquel fantasma estraño y misterioso que llenaba su corazon de espanto.

VIII.

Le parecia que aquel ser removia una á una las piedras de los sepulcros que le rodeaban.

Y tomaba cada vez proporciones mas gigantescas en la imaginacion de nuestro amigo.

Esperaba de un momento á otro que los muertos abandonasen sus sepulturas para rodear á aquel personaje misterioso.

Y su terror crecia, y no sabia qué hacer.

El personaje misterioso exhaló una esclamacion bastante enérgica, y que reveló á nuestro amigo la existencia puramente material del hombre que tanto le preocupaba.

IX.

German no tenia nada de cobarde.

Conoció que era un hombre el que estaba en la sepultura de su madre, y comprendió inmediatamente lo que estaria haciendo.

Entonces, ocultándose y andando cautelosamente, trató de acercarse á él.

El hombre que tanto terror le habia causado no era mas que un ladron.

Era el *Colorao*, que perseguido entonces por varios crímenes que habia cometido, escarmentaba profanando las sepulturas y robando á los cadáveres los últimos objetos que habian llevado á la tumba.

Arrancó la lápida que cubria el nicho de la baronesa, y habia sacado el ataud, cuya tapa iba á forzar, cuando se

sintió detenido por una mano de hierro que oprimió fuertemente su garganta.

X.

El terror del bandido fué estraordinario.

Volvió trabajosamente su cabeza, y su supersticion revistió de formas mas aterradoras á German, que era el que estaba á su lado y el que le habia cogido.

La luna, rompiendo la cortina de nubes que hasta entonces la habia ocultado, destellaba sus amarillentos rayos sobre la faz de nuestro amigo, dando á su fisonomía cierto no se qué de fantástico, que aumentaba la impresion que habia causado al *Colorao*.

—¡Miserable! ¿qué estás haciendo?...

XI.

Estas palabras de German fueron su sentencia de muerte, por decirlo así.

Ellas revelaban al bandido que quien le estaba oprimiendo por el cuello no tenia nada de sobrenatural, no era mas que un hombre como él.

De la misma manera antes el baron habia descubierto el verdadero orígen del *Colorao*.

Perdida, por decirlo así, la aureola de superioridad de que habia visto rodeado al jóven, su naturaleza bravía y salvaje recobró su imperio.

Trató de desasirse de la mano que le apretaba, pero no pudo.

German tenia unos músculos de hierro, y sin aflojar en su presion, añadia:

—¡Ibas á cometer un sacrilegio! ¡Ibas á profanar la santidad de un cadáver; arrepiéntete!...

Pero el *Colorao* lo que trataba era de encontrar la navaja que llevaba escondida en el bolsillo de su chaqueta.

XII.

El baron no podia apercibirse de aquello.

Contemplaba con un dolor infinito el ataud de su madre, y se felicitaba interiormente por haber llegado á tiempo para impedir el crímen que se trataba de cometer.

No podia imaginarse que el bandido, viéndose sorprendido y sujeto como lo tenia, pudiera hacerle daño alguno.

Pero el *Colorao* queria á toda costa librarse de las garras de él.

Y cuando consiguió sacar la navaja, cuando ya se conceptuó seguro del golpe, hizo un rápido movimiento y asestó una tremenda puñalada á German.

XIII.

Este exhaló un grito desgarrador y cayó al suelo sin sentido arrojando sangre á raudales por la ancha herida que tenia en el costado.

El bandido al verse libre, comprendió que quizá el grito del jóven habria sido escuchado y despues de contem-

plarle de una manera feroz murmuró:

—Anda, que ya tienes bastante.

Y en seguida saltó la tapia, y cuando el sepulturero que habia escuchado el grito de German llegó al sitio donde este se hallaba, lo encontró solo.

El estado en que el nicho se hallaba y la herida del jóven le hicieron sospechar alguna cosa.

XIV.

Inmediatamente se dió parte á la autoridad.

Cuando los facultativos reconocieron al baron, declararon que si bien la herida era grave no habia peligro alguno.

El deseo del *Colorao* no habia llegado á realizarse.

German declaró todo cuanto habia sucedido.

Pero por mas diligencias que se hicieron no pudo encontrarse el autor de aquel atentado.

XV.

Y trascurrió el tiempo.

El baron se puso bueno, y como ya hemos dicho, dos años despues de su madre murió su padre tambien.

Entonces fué cuando nuestro amigo tuvo necesidad de ingresar en la *familia* por efecto de los compromisos que habia adquirido su padre, compromisos de los cuales ya nos hemos ocupado en otro lugar.

Entonces tuvo ocasion de encontrarse con el *Colorao*.

Pero mientras que á German no le inspiró mas que un

sentimiento de lástima la vista del bandido, para este fué un nuevo objeto de terror.

Sus supersticiones brotaron con mayor fuerza.

XVI.

Aquel hombre á quien él habia encontrado en un cementerio y donde le habia dejado por muerto, volvia á presentarse delante de él, melancólico, triste y pálido como entonces.

Pero como entonces, sus ojos se fijaban en él y le hacian estremecerse.

El bandido tembló ante aquel cadáver que se alzaba de su tumba para arrojarle al rostro la sangre de su herida.

Y sin poder resistir á una fascinacion estraña, sin poderse dar cuenta de lo que sentia, cayó ante él de rodillas pidiéndole perdon.

El jóven le habló con acento severo, y mucho despues de haberse separado de él, permaneció el *Colorao* anonadado por aquella aparicion.

Y otra vez volvieron á encontrarse y otra vez la conciencia del bandido le reprochó sus crímenes y le hizo dar á German unas proporciones que no tenia.

Y el *Colorao* no revelaba á nadie absolutamente la clase de relaciones que mediaban entre él y el baron.

Tenia á este un miedo cerval.

German no trató de disipárselo, porque comprendia que quizá pudiera servirle mas de una vez.

Y ya hemos visto que no se engañaba, y que Amparo

pudo librarse del amor de aquel hombre gracias á aquella especie de supersticion.

XVII.

Tal era el estraño orígen del terror que el *Colorao* esperimentaba al ver al baron del Valle, y el por qué del dominio que este ejercia sobre aquel.

Adios, lectores mios, ya estais satisfechos, y podeis dar las gracias á mi amiga, pues á no haber sido por ella no hubieseis podido esplicaros el miedo del *Colorao* ni el dominio del baron.

FIN.

ÍNDICE.

Capítulos.		Páginas.
I.	Donde se vé que en vez de ir una persona al baile de Capellanes puede muy bien quedarse colgada en una taberna.—Lo que puede suceder en Capellanes.	4
II.	Qué era lo que sucedia una noche en el camino de Estremadura y qué fué lo que sorprendió al dia inmediato á los vecinos de Madrid.	25
III.	Otro baile en Capellanes.—Un pollo bobalicon, y una máscara que sabe donde le aprieta el zapato. —Una familia de provincia.	34
—	Un misterio.—La opulencia y la miseria.—Un agente de negocios.	51
IV.	La presentacion en el gran mundo.—El domingo de Carnaval.—Una broma.	80
V.	La familia del pintor.—El primer dia de Carnaval.—Una broma.	67
VI.	Continúa tratándose del mismo asunto.	87
VII.	Reanudamos antiguos conocimientos.—Un torero y una mujer.—El Chaval.	104
VIII.	Una entrevista curiosa.—El marqués de Pino Blan-	

Capítulos.		Páginas.
	co.—Alianza ofensiva y defensiva.	125
IX.	Continúa una conversacion interesante.—Dos ambiciones.	131
X.	El agente de negocios.—Un ama de llaves.—La loca de Fuencarral	140
XI.	Algo respecto al marqués de Santillan.	154
XII.	Continuamos ocupándonos del marqués de Santillan.—El marqués de Pino Blanco	161
XIII.	Una visita diametralmente opuesta á la anterior. .	169
XIV.	El proyecto del marqués de Santillan.—Termina la entrevista	175
XV.	Cesarina vista por su lado bueno.—Cesarina vista por su lado malo.	181
XVI.	Continúa dejándose ver el lado bueno de Cesarina .	192
XVII.	Termina el lado bueno de Cesarina.—El lado malo.—Correspondencia interceptada	198
XVIII.	*La familia.*—Un poder que se derrumba.—Otro poder que se eleva..	210
XIX.	Un desenlace inesperado.—Lo que sucedió despues de la reunion.	225
XX.	La conclusion de la cena.—Lo que puede suceder en una noche.	238
XXI.	Algo respecto á Mario.—Lo que puede resultar de una semejanza	251
XXII.	Al dia siguiente.—Un misterio.	265
XXIII.	Continuacion del anterior.	276
XXIV.	Ojeada retrospectiva.—El marqués de Santillan en casa de Félix.—Qué habia sucedido allí. . . .	292
XXV.	Nuevos personajes.—Como se pierden las familias. .	304
XXVI.	La mesa de juego.—Una interrupcion imprevista. .	317
XXVII.	Recuerdos.—Clotilde.—La baronesa de la Estrella.—La duquesa del Campo.	331
XXVIII.	En que el lector tiene necesariamente que hacer conocimiento de nuevos personajes.—Una orgía.	348
XXIX.	De la casa del marqués de Pino Blanco á la taberna	

Capítulos.		Páginas.
	de Juan.	360
XXX.	Una conversacion interrumpida.—Un protector desconocido.	370
XXXI.	Presentaciones.—Entrevista.—El marqués de Pino Blanco.	379
XXXII.	Antecedentes respecto á Antonio.—Lo que puede suceder en un paseo.—Un rico como muchos. . .	392
XXXIII.	Tres escenas que reconocen por causa una sola. .	402
XXXIV.	Continúan los antecedentes respecto á la duquesa del Campo.—Una mujer desgraciada.	414
XXXV.	Un mal hombre.—Antecedentes sobre él.—Qué era lo que traia á Madrid.	430
XXXVI.	En que se prueba palpablemente que para el amor no hay clases.	441
XXXVII.	Continuacion del anterior.—Una entrevista. . . .	457
XXXVIII.	Qué iba á buscar D. Alejo Enriquez por aquellos barrios.—Infamia y seduccion.	468
XXXIX.	Dos familias desgraciadas.—Efectos que provienen todos de una misma causa.	482
XL.	Lo que puede suceder en el teatro.—El baron del Valle.—Contrastes.	494
XLI.	Volvemos á encontrarnos con personajes de los que nuestros lectores crean que nos hemos olvidado. .	509
XLII.	Dos corazones que se acercan.—El torero.—Esplicaciones.	519
XLIII.	Quién entró en casa de Inés.—Dos rivales. . . .	531
XLIV.	El marqués de Pino Blanco hace una hazaña como suya.	547
XLV.	Tramas infames.—Cuadros sombríos.—Escenas repugnantes.	557
XLVII.	Donde hay interés no puede existir amistad.—Sorpresa.	578
XLVIII.	Cesarina y Luciano.—El baron del Valle y el *Colorao*.	588
XLIX.	En todas partes se encontraba *La familia*.—Qué era	

Capítulos.		Páginas.
	lo que pasaba á algunas leguas de la córte. . .	600
L.	Continuacion del anterior.	608
LI.	Hablamos de antiguos conocidos.—Sufrimientos de una mujer.	615
LII.	El despertar.—Dolor de un marino.—Una mujer desgraciada.	626
LIII.	Los personajes misteriosos.—Lúcio en casa del conde de la Torre.	638
LIV.	Dos amigos.—Consecuencias de Capellanes.—Unos padres desgraciados.	647
LV.	En que se demuestra muy palpablemente que no siempre vá uno donde quiere ir, sino donde le llevan.	662
LVI.	Jorge y la duquesa del Campo.—Aclaraciones. . .	669
LVII.	Antecedentes sobre lo que hemos dicho en los capítulos anteriores.	680
LVIII.	El pensamiento de D. Lúcas.—El médico y el agente.—Un par de bribones.	692
LIX.	Cómo realizó Félix todo cuanto deseaba el marqués de Santillan.—Cármen.—Clotilde y Jorge. . .	703
LX.	Qué fué lo que hizo D. Lúcas.—El Romo y el agente.—Cármen y el conde de la Torre.—Desaparicion.	716
LXI.	Qué habia sido de Cármen.—La infamia de un hombre.	726
LXII.	Escena entre dos mujeres.—Alegría inesperada.—Andrés y Jorge.	735
LXIII.	El ama de gobierno.—Cómo se deshacia el agente de negocios de las personas que le estorbaban. .	750
LXIV.	El marqués de Santillan se ha perdido.—Dos entrevistas.	763
LXV.	Continuacion del anterior.	775
LXVI.	La resolucion que adoptó Cármen.—D. Lúcas y la jóven.—El martirio de un hombre.	786
LXVII.	Una escena de amores.—Interrupcion.—El marqués	

Capítulos.		Páginas.
	de Santillan y Enriquez.	798
LXVIII.	La astucia de una mujer.—Credulidad de Amparo. —Preparativos.	806
LXIX.	Continuacion del anterior. — Casualidades providenciales	816
LXX.	El sueño de Jorge.—Quién era aquel hombre. . .	829
LXXI.	Sufrimiento de una mujer.—Continuacion del martirio de un hombre	843
LXXII.	Continuacion del sueño de Jorge.	861
LXXIII.	El despertar de Jorge.—El baron del Valle.—Cármen.	872
LXXIV.	Antecedentes.—El martirio de un hombre. . . .	886
LXXV.	Entrevista del marqués de Santillan con el conde de la Torre.—Enriquez.	900
LXXVI.	Entrevista de Cármen con Jorge.—Un dia ocupado.	913
LXXVII.	Un dia ocupado.—Qué fué lo que hizo el marqués de Santillan despues que acompañó al baron al gobierno civil.	927
LXXVIII.	Continuamos ocupándonos de Jorge.—Qué habia sido de Amparo.	939
LXXIX.	Un recuerdo de personajes que no habiamos visto hacia algun tiempo.—Antes del baile.	953
LXXX.	En el baile de la baronesa.—Ultimas noticias. . .	969
LXXXI.	Seis meses despues.—Lo que puede suceder en Capellanes.	982
LXXXII.	Esplicaciones.—La *familia* va perdiendo mas cada dia.—Quien á hierro mata á hierro muere. . .	996
LXXXIII.	El santo de la *señá* Brígida.—En lo que puede terminar un baile de candil.	1007
LXXXIV.	Ultimas noticias respecto á varios personajes. . .	1015
	Epílogo.	1019

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	Páginas.
Portada..	1
¡Miserables!... les dijo Stanley.	75
¿Sabes que eres ambiciosa, Cesarina?. . . .	132
El marqués de Santillan!	224
¡Por la reina!...	330
¡Blanca!... murmuraba..	347
Un grito horrible...	418
Es necesario que veamos á Amparo.	645
Amiga mia, esas son consecuencias de Capellanes.	659
¡Ladrones!...	684
Ya no hay esclavitud... ja... ja... ja... hemos hecho una gran accion... ¡viva la libertad!...	741

¡Phe!... poca cosa: hay que deshacerse de una jóven y de una vieja. 760
Volvió la cabeza... 785
¡Y salvia!... ¡En dos cuartos el manojo de malvas!.... 883
Este será uno de los muchos misterios de Madrid. 926
Quien insulta á una señora, no puede ser caballero. 994
Toma, gachó. 1013

321050

Author Castillo, Rafael del LS

Title Los misterios de Madrid. C3527mi

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED